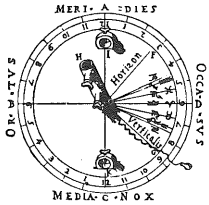
Editorial *Crítica*

BRUCE G. TRIGGER

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO

Claudia Echeverri



CRÍTICA/ARQUEOLOGÍA

Directora: M.ª EUGENIA AUBET

BRUCE G. TRIGGER

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO

EDITORIAL CRÍTICA
BARCELONA

Título original:
A HISTORY OF ARCHAEOLOGICAL THOUGHT

Traducción castellana de ISABEL GARCÍA TRÓCOLI
Revisión de SÍLVIA GILI

Cubierta: Enric Satué
© 1989: Cambridge University Press, Cambridge
© 1992 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S.A., Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-530-8
Depósito legal: B. 556-1992
Impreso en España
1992.—HUROPE, S.A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

A Barbara

PREFACIO

Este estudio es un producto combinado del aprendizaje proporcionado por los libros, por la experiencia arqueológica y por la tradición oral. Nació a partir de un curso sobre «Historia de la Teoría Arqueológica» que he impartido anualmente desde 1975. Desde que empecé el curso, he estado intentando escribir un libro sobre la materia. Mis primeros esfuerzos produjeron unos ensayos originales publicados en Time and Traditions *(Trigger, 1978a) y en* Gordon Childe: Revolutions in Archaeology *(Trigger, 1980a). Aunque continué escribiendo artículos sobre varios aspectos de la historia de la arqueología (véase especialmente Trigger, 1980b, 1981a, 1984a, 1984e, 1985a, 1985c, 1986b), por distintas razones dos intentos de empezar este libro a principios de los años ochenta se quedaron en nada. Una de las razones era que yo aún no creía que fuese el tiempo más propicio para hacerlo. Después, en la primavera de 1986, hice un tercer intento y me encontré con que el libro se «escribía solo». Creo que este cambio refleja mi satisfacción creciente con el desarrollo actual de la interpretación arqueológica. Muchos arqueólogos, no solamente en Occidente sino aparentemente también en la Unión Soviética, están empezando a mostrar su preocupación por lo que se percibe como una fragmentación teórica de su disciplina. Por el contrario, creo que el desarrollo actual insta a los arqueólogos a trascender las limitaciones de los enfoques sectarios y de visión estrecha, y a producir interpretaciones más globales y fructíferas de los datos arqueológicos. También existe un realismo creciente en la consideración de las limitaciones de los datos arqueológicos, paralelo a una mayor flexibilidad en la búsqueda de métodos de superación de esas limitaciones. Esta coyuntura se beneficia no sólo de los logros alcanzados en el pasado, sino también en el presente. Se trata, por tanto, de un momento adecuado para revisar el pensamiento arqueológico desde una perspectiva histórica.*

No querría dejar de exponer brevemente mi propia posición teórica. Siempre he considerado que para el conocimiento del comportamiento humano la perspectiva materialista es más productiva que cualquier otro enfoque. Aplicada con inteligencia, no disminuye en absoluto la apreciación de las características únicas de la mente humana, y facilita la inserción de la teoría de las ciencias sociales dentro de un conocimiento biológico más amplio de los orígenes y del

comportamiento humano. Con todo, nunca he creído que el determinismo ecológico, la teoría neoevolucionista o el materialismo cultural proporcionasen explicaciones satisfactorias sobre el abanico de variaciones que muestra el comportamiento humano o sobre la variada complejidad de las secuencias concretas de cambio cultural. A lo largo de mi carrera he intentado reconciliar el enfoque materialista con los esfuerzos por relatar la diversidad histórica que caracteriza el registro arqueológico. Esto ha hecho que haya ido apreciando cada vez más el materialismo histórico, al cual me dirigí inicialmente, no desde unas convicciones políticas dogmáticas, sino en mis esfuerzos por comprender el pasado. En particular, considero que el marxismo histórica y contextualmente orientado de Gordon Childe es infinitamente preferible a los enfoques, más deterministas, del marxismo evolucionista o al flirteo con el idealismo que caracteriza el llamado neomarxismo.

Aunque este libro se ha escrito como una unidad, en todo momento me he dirigido en mayor o menor grado a mis escritos anteriores. El esbozo del estudio de la historia de la arqueología del ensayo bibliográfico del capítulo primero está basado en gran medida en Trigger (1985a). Muchas de las ideas utilizadas para la estructuración de los capítulos cuarto y quinto se desarrollaron en Trigger (1978a) y (1984a), mientras que las partes que tratan de Childe en los capítulos quinto y séptimo están basadas parcialmente en Trigger (1984b) y (1986c). El capítulo sexto está basado en parte en Trigger (1984c), aunque he modificado los enfoques expresados sobre la arqueología soviética en aquel artículo considerablemente. El capítulo noveno utiliza ideas desarrolladas en Trigger (1982a, 1984e, 1985b, 1985d, 1988). Algunas de las referencias citadas en el capítulo sexto me las ofreció Rosemarie Bernard durante la confección de su tesis de licenciatura en McGill: «Marxist Archaeologies: A History of their Development in the U.S.S.R., Europe, and the Americas» (1985). También agradezco a Peter Timmins su consejo y su esbozo de la sección dedicada en el capítulo noveno a los procesos de formación de los yacimientos. Agradezco por su información objetiva y por su ayuda bibliográfica a Chen Chun, Margaret Deith, Brian Fagan, Norman Hammond, Fumiko Ikawa-Smith, June Kelley, Philip Kohl, Isabel McBryde, Mary Mason, Valerie Pinsky, Neil Silberman, Robert Vogel, Alexander von Gernet, Michael Woloch y a Alison Wylie, así como a muchos otros colegas de todo el mundo que me han enviado separatas de sus artículos.

La historia de la arqueología no es un tema nuevo. Por tanto, cualquiera que escriba un estudio general se está basando en los trabajos de sus predecesores. Debido a ello, me ha parecido más apropiado citar segundas fuentes autorizadas que producir una bibliografía mastodóntica con referencias a fuentes primarias imposibles de obtener en muchas bibliotecas. A pesar de ello, he revisado cuando me ha sido posible esas fuentes primarias y, si he detectado discrepancias, he abandonado las fuentes secundarias defectuosas o bien he llamado la atención sobre sus deficiencias. Siempre que ha sido posible, he citado

las reimpresiones en inglés de trabajos antiguos e inaccesibles, añadiendo la fecha del original entre corchetes.

Las investigaciones realizadas para este libro se han beneficiado en gran medida de un año sabático (1976-1977) concedido por la McGill University y por una beca del Canada Council, y por otra ayuda sabática cuando obtuve en 1983 una beca del Social Sciences and Humanities Research Council of Canada. Desearía agradecer a aquellos alumnos universitarios y postgraduados que asistieron al curso de «Historia de la Teoría Arqueológica» por sus numerosas contribuciones al desarrollo de las ideas expuestas en este libro. También doy las gracias a mis hijas Isabel y Rosalyn, por su ayuda en el procesamiento del texto y por su afán en la búsqueda de la máxima claridad de expresión. Finalmente, dedico este libro a mi esposa, Barbara.

1. LA IMPORTANCIA DE LA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA

> Aunque exista una industria académica principal ... que explique a los científicos sociales ... cómo pueden llegar a ser genuinos científicos, existe otra, con un potencial igual de floreciente, que establece supuestamente que el estudio del hombre y la sociedad no puede ser científico.
>
> ERNEST GELLNER, *Relativism and the Social Sciences,* 1985, p. 120.

Desde los años cincuenta, la arqueología, especialmente en Norteamérica y Europa occidental, ha pasado de una ortodoxia histórico-cultural aparentemente complaciente a unas ambiciosas innovaciones teóricas. Estas últimas, lejos de producir el nuevo consenso esperado, han conducido al surgimiento de crecientes desacuerdos acerca de cuáles deben ser los objetivos de la disciplina y cómo debe llegarse a ellos (Dunnell, 1983, p. 535). Cada vez más, los arqueólogos, subiéndose al carro de los historiadores y los sociólogos, han ido abandonando la seguridad positivista y han empezado a abrigar algunas dudas sobre la objetividad de sus investigaciones. Consideran los factores sociales determinantes no sólo de los problemas que ellos plantean sino también de las soluciones que según su impresión se consideran convincentes. Algunas versiones extremas de este punto de vista niegan que los arqueólogos puedan ofrecer interpretaciones de los datos que sean algo más que un reflejo de los valores transitorios de las sociedades en que viven. Es más, si la arqueología no puede producir clase alguna de conocimiento acumulativo sobre el pasado ni comentarlo, aunque sea, al menos, parcialmente independiente de contextos históricos específicos, ¿qué justificación científica —como concepto opuesto a política, psicológica o estética— puede darse a la investigación arqueológica?

Este libro examina las relaciones entre la arqueología y su contexto social desde una perspectiva histórica. Este modo de abordar la cuestión proporciona un punto de vista comparativo, a partir del cual pueden tratarse problemas como la subjetividad, la objetividad y la acumulación gradual de conocimiento. En los últimos años, un número creciente de arqueólogos ha mostrado su acuerdo

con el filósofo y arqueólogo R. G. Collingwood (1939, p. 132) acerca de que «ningún problema histórico debería ser tratado sin estudiar antes ... la historia del pensamiento histórico sobre él» (Dunnell, 1984, p. 490). La investigación histórica sobre la interpretación arqueológica se ha multiplicado, y se han adoptado metodologías más sofisticadas (Trigger, 1985a). Sin embargo, este enfoque no carece de críticas. Michael Schiffer (1976, p. 193) ha afirmado que los cursos de licenciatura deberían dejar de ser «historias del pensamiento» para pasar a exponer y articular sistemáticamente teorías actuales. Su opinión encarna la idea de que la verdad o la falsedad de las formulaciones teóricas es independiente de las influencias sociales y, por lo tanto, de la historia, pero puede estar determinada por la aplicación de procedimientos de evaluación científicamente válidos a colecciones de datos suficientes. Aceptando esta idea hasta sus últimas consecuencias, resulta que la historia y la filosofía de la arqueología están totalmente desconectadas. Irónicamente, el análisis histórico proporciona un punto de vista privilegiado desde el cual se pueden evaluar los respectivos méritos de estas posiciones contrapuestas.

En los capítulos siguientes se examinarán las ideas principales que han influido en la interpretación de los datos arqueológicos, especialmente durante los últimos doscientos años. Se tratarán en detalle algunos de los factores sociales que han ayudado a construir las ideas que han estructurado este trabajo y el impacto recíproco que las interpretaciones en arqueología han provocado en otras disciplinas y en la sociedad. Para llevar esto a cabo, hay que comparar el modo en que se ha desarrollado el pensamiento arqueológico en las diferentes partes del mundo, aunque sería imposible en un único volumen examinar todas las teorías arqueológicas o cada una de las tradiciones arqueológicas regionales. A pesar de ello, espero que concentrándome en un número limitado de desarrollos significativos pueda vislumbrar los factores principales que han dado forma a la interpretación arqueológica. Siguiendo a L. R. Binford (1981), se puede distinguir entre un diálogo interno, a través del cual los arqueólogos han intentado desarrollar métodos para inferir el comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos, y un diálogo externo, en el que utilizan estos hallazgos para referirse a problemas más generales concernientes al comportamiento y a la historia humanos. Sin afirmar que se trate de dos niveles de discusión claramente diferenciados, la dialéctica interna trata de los rasgos distintivos de la arqueología como disciplina, mientras que la externa constituye la contribución de la arqueología a las ciencias sociales. A pesar de todo, se trata de una distinción que hasta hace muy poco no estaba demasiado clara para muchos arqueólogos.

La reacción del público ante los hallazgos arqueológicos indica la necesidad de contemplar la historia de la arqueología a través de un contexto social amplio. La imagen más popular que ofrece la arqueología es la de una disciplina esotérica sin ninguna relevancia para las necesidades o inquietudes actuales. Ernest Hooton (1938, p. 218) describió en cierta ocasión a los arqueólogos como

«seniles casanovas de la ciencia que se mueven entre los montones de basura de la antigüedad». Pero el extendido interés durante casi doscientos años por todo aquello que llevaban implícito los descubrimientos arqueológicos contradice esta imagen de la arqueología. Nadie puede negar la fascinación romántica que han ejercido los hallazgos arqueológicos espectaculares, como los de Austen Layard en Nimrud o Heinrich Schliemann en Troya en el siglo XIX, y los más recientes descubrimientos de la tumba de Tutankhamon, el Palacio de Minos, el ejército de terracotas de tamaño natural del emperador chino Qin Shihuangdi y los fósiles de homínidos de hace millones de años del África Oriental. Sea como fuere, ello no explica el gran interés del público por las controversias que han rodeado la interpretación de muchos hallazgos arqueológicos rutinarios, la atención que los diversos movimientos políticos, sociales y religiosos de todo el mundo han prestado a la investigación arqueológica, y los esfuerzos de diversos regímenes totalitarios por controlar la interpretación de los datos arqueológicos. Durante la segunda mitad del siglo XIX, se acudió a la arqueología en busca del apoyo para cualquiera de las dos partes que debatían si era el evolucionismo o el libro del Génesis el que proporcionaba una respuesta más fidedigna al interrogante de los orígenes humanos. En una época tan reciente como los años setenta, un arqueológo empleado por el gobierno se halló con serias dificultades cuando se negó a poner en duda que las ruinas de piedra de África Central hubiesen sido construidas por los ancestros de los modernos bantúes.

Que yo adopte una perspectiva histórica no significa que abogue por un estatus privilegiado con respecto a la objetividad. Las interpretaciones históricas son notoriamente subjetivas, hasta el punto de que muchos historiadores las tienen por meras expresiones de opiniones personales. También se ha reconocido que, debido a la abundancia de datos históricos, la evidencia se puede manipular para «probar» cualquier cosa. Debe haber algo de verdad en el argumento de William McNeill (1986, p. 164), cuando decía que incluso si la interpretación histórica es una forma de creación de mitos, éstos ayudan a guiar la acción pública y constituyen un sustituto humano para el instinto. Si esto es así, se deduce que los mitos están sujetos a la operación del equivalente social de la selección natural y, por tanto, pueden aproximarse más de cerca a la realidad durante largos períodos de tiempo. Esta es, sin embargo, una base endeble sobre la que cimentar nuestras esperanzas acerca de la objetividad de las interpretaciones históricas.

No pretendo que el estudio histórico presentado aquí sea más objetivo que las interpretaciones de datos arqueológicos o etnológicos que examina. Creo, sin embargo, como muchos otros que estudian la historia de la arqueología, que el enfoque histórico ofrece una posición especialmente ventajosa desde la cual poder examinar las relaciones cambiantes entre la interpretación arqueológica y su medio social y cultural. La perspectiva temporal, mejor que la filosófica o la sociológica, proporciona una base diferente para el estudio de los

vínculos entre la arqueología y la sociedad. Concretamente, permite al investigador identificar factores subjetivos mediante la observación de cómo y bajo qué circunstancias han ido variando las interpretaciones del registro arqueológico. Si bien no se eliminan los prejuicios del observador, o la posibilidad de que estos prejuicios ejerzan una influencia sobre la interpretación de los datos arqueológicos, al menos incrementa casi con absoluta seguridad las posibilidades de hacerse una idea de lo que sucedió en el pasado.

Aproximaciones a la historia de la arqueología

La necesidad de un estudio más sistemático de la historia de la interpretación arqueológica viene indicada por los serios desacuerdos sobre la naturaleza y significación de esa historia. Ha existido una gran controversia sobre el papel desempeñado por la explicación en el estudio de los datos arqueológicos durante los dos últimos siglos. G. R. Willey y J. A. Sabloff organizaron su *History of American Archaeology* (1974, 1980) basándose en cuatro períodos sucesivos: especulativo, clasificatorio-descriptivo, clasificatorio-histórico y explicativo, fijando el comienzo de este último en 1960. Este esquema implica que la arqueología ha experimentado en el hemisferio occidental una larga gestación durante la cual han predominado más los objetivos descriptivo y clasificatorio, que el desarrollo de teorías significativas que explicaran los datos. Pero, como el historiador británico E. H. Carr (1967, pp. 3-35) nos ha recordado, la mera caracterización de datos como relevantes o irrelevantes, cosa que ocurre incluso en los estudios históricos más descriptivos, implica la existencia de algún tipo de marco teórico. Yendo más lejos, podría sostenerse, en oposición a la idea de un lenguaje observacional neutro, que ni siquiera el más simple de los hechos puede constituirse independientemente de un contexto teórico (Wylie, 1982, p. 42). En el pasado, la mayoría de estos marcos teóricos no eran formulados explícita o incluso conscientemente por los arqueólogos. Hoy día, sin embargo, especialmente en la arqueología norteamericana, se elaboran sistemáticamente numerosas propuestas teóricas, aunque seguramente es erróneo restringir el estatus de teoría a las tímidas formulaciones de las recientes décadas. Además, un examen más en profundidad de la historia de la interpretación arqueológica sugiere que las primeras teorías no siempre eran tan implícitas o inconexas como normalmente se ha venido creyendo.

Otros aceptan que en el pasado los arqueólogos emplearon teorías, pero mantienen que no ha sido hasta épocas recientes cuando este proceso ha adquirido la consistencia necesaria para que estas teorías constituyan lo que Thomas Kuhn ha llamado un paradigma de investigación. Kuhn (1970, p. 10) ha definido un paradigma como un canon aceptado de práctica científica, incluyendo leyes, teoría, aplicaciones e instrumentación, que proporciona un modelo para una «tradición coherente y particular de investigación científica». Mantiene esta tra-

dición una «comunidad científica» y es propagada en revistas y libros de texto controlados por esa comunidad. D. L. Clarke (1968, p. XIII) describió la arqueología como una «indisciplinada disciplina empírica» y sugirió que su desarrollo teórico, al menos hasta tiempos recientes, debe considerarse en un estado preparadigmático. Hasta la década de los sesenta, la teoría arqueológica no fue más que un «legajo de subteorías insuficientes y desconectadas», que todavía no se habían estructurado según un sistema global. También indicó que sólo aquellas propuestas reconocidas internacionalmente pueden calificarse como paradigmas (*ibid.*, pp. 153-155). Detalló que los estudios de las primeras fases del desarrollo de la arqueología están revelando formulaciones mucho más globales e internamente consistentes de lo que hasta ahora se creía. Esto es especialmente cierto para los estudios que respetan la integridad del pasado y juzgan el trabajo hecho según las ideas del período y no a través de modelos modernos (Meltzer, 1983; Grayson, 1983, 1986).

Algunos arqueólogos combinan la idea de Kuhn sobre las revoluciones científicas con una visión evolucionista del desarrollo de su disciplina. Mantienen que las fases sucesivas del desarrollo de la teoría arqueológica poseen una consistencia interna suficiente como para ser calificadas de paradigmas y que la sustitución de un paradigma por otro constituye una revolución científica (Sterud, 1973). Según esta visión, sucesivos innovadores como Christian Thomsen, Oscar Montelius, Gordon Childe y Lewis Binford detectaron graves anomalías y deficiencias en las interpretaciones convencionales de los datos arqueológicos y dieron forma a nuevos paradigmas que cambiaron significativamente la dirección de la investigación arqueológica. Estos paradigmas no sólo alteraron el significado que se le otorgaba a los datos arqueológicos, sino que también determinaron qué tipo de problemas se consideraban o no importantes.

Con todo, los arqueólogos no están de acuerdo sobre la secuencia real de los paradigmas principales que se supone han caracterizado el desarrollo de la arqueología (Schwartz, 1967; ensayos en Fitting, 1973). Esto podría reflejar parcialmente una falta de claridad en la concepción Kuhn de un paradigma (Meltzer, 1979). Algunas críticas han dado por sentado que una disciplina debe caracterizarse simultáneamente por varios tipos de paradigmas funcionalmente diferentes. Éstos pueden estar relacionados libremente y alterarse a diferentes ritmos para producir un modelo general de cambio, que será más gradual que brusco. Margaret Masterman (1970) ha diferenciado tres tipos principales de paradigmas: el metafísico, relativo a la visión del mundo que tiene un grupo de científicos; el sociológico, que define lo que está aceptado; y el constructivo, que provee de instrumentos y métodos para solventar los problemas. Ninguno de estos tipos constituye por sí solo «el» paradigma de una era en particular. A Kuhn también se le ha acusado de desatender la importancia de la competición y la movilidad entre «escuelas» rivales para efectuar cambios en la disciplina (Barnes, 1974, p. 95). También podría ser que, debido a la complejidad de su materia, las ciencias sociales tengan más escuelas y paradigmas en com-

petición que las ciencias naturales y quizás debido a ello los paradigmas individuales tienden a coexistir y sustituirse uno por otro con bastante lentitud (Binford y Sabloff, 1982).

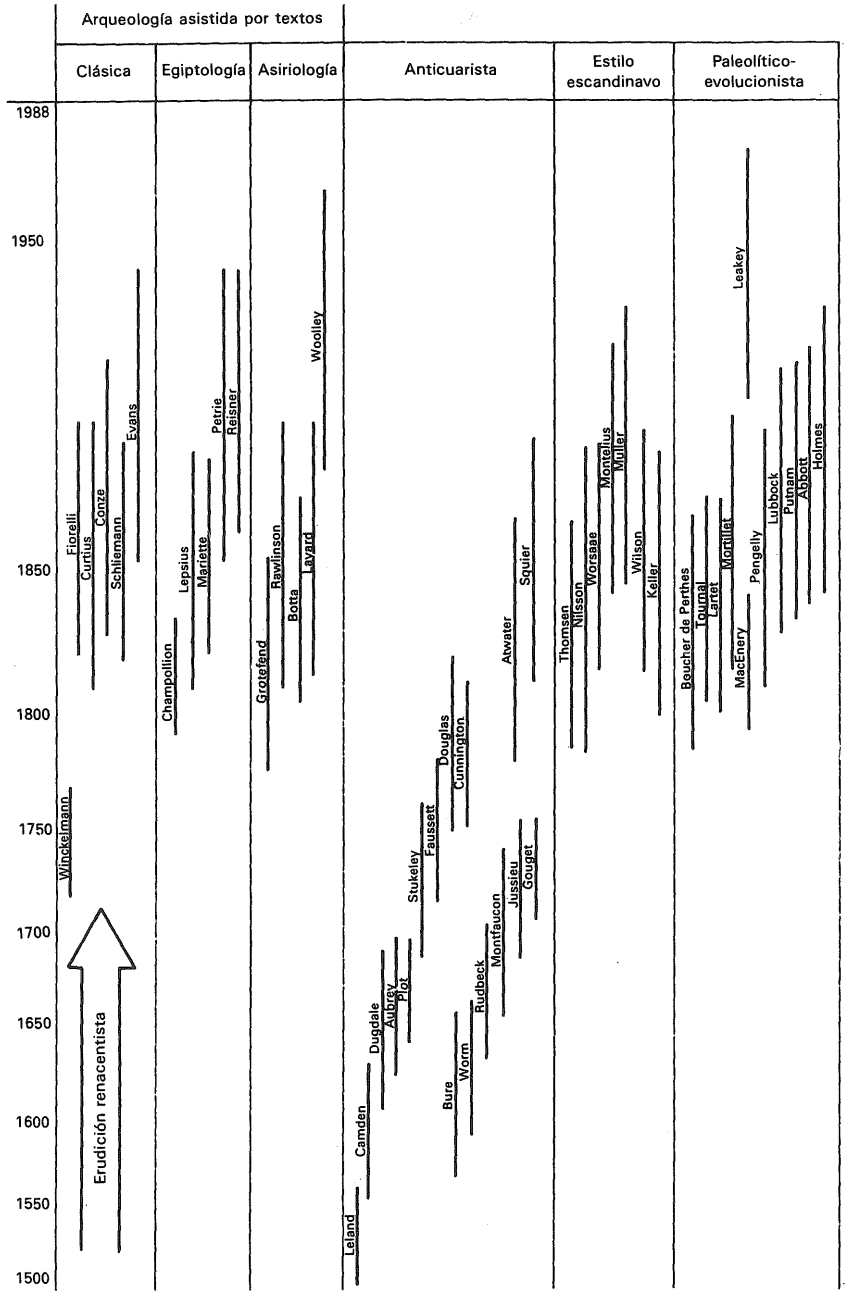
Una visión alternativa, más próxima a la de los críticos de Kuhn y a la tesis de Stephen Toulmin (1970), según la cual las ciencias no experimentan revoluciones sino cambios graduales o progresiones, sostiene que la historia de la arqueología ha implicado desde sus inicios hasta la actualidad un crecimiento acumulativo de conocimiento sobre el pasado (Casson, 1939; Heizer, 1962a; Willey y Sabloff, 1974; Meltzer, 1979). Se mantiene que, a pesar de que algunas fases dentro del desarrollo de la arqueología puedan ser delineadas arbitrariamente, la arqueología cambia de una manera gradual, sin cortes radicales ni transformaciones súbitas (Daniel, 1975, pp. 374-376). Algunos arqueólogos ven el desarrollo de su disciplina siguiendo un curso unilineal e inevitable. La base de datos se considera continuamente en expansión y las nuevas interpretaciones son tratadas como la elaboración, refinado y modificación gradual de un corpus de teoría existente. Con todo, esta visión no tiene en cuenta que los arqueólogos fracasan a menudo al desarrollar sus ideas de una manera sistemática. Por ejemplo, mientras que los naturalistas del siglo XIX que poseían inquietudes arqueológicas, como Japetus Streenstrup (Morlot, 1861, p. 300) y William Buckland (Dawkins, 1874, pp. 281-284), llevaban a cabo experimentos para determinar cómo los restos de fauna se introducían en los yacimientos, las investigaciones de este tipo no se hicieron rutinarias en arqueología hasta los años setenta (Binford, 1977, 1981).

Una tercera vía trata el desarrollo de la teoría arqueológica como un proceso que no es lineal y raramente predecible. Los cambios se consideran provocados no tanto por los nuevos datos arqueológicos sino más bien por las nuevas ideas sobre el comportamiento humano que se han formulado en las ciencias sociales y que pueden estar reflejando valores sociales que muestran fluctuaciones en la popularidad. De resultas de ello, la interpretación arqueológica no cambia de una manera lineal, en que los datos van siendo interpretados cada vez más global y satisfactoriamente. Al contrario, las percepciones cambiantes del comportamiento humano pueden alterar radicalmente las interpretaciones arqueológicas, descubriendo información que previamente parecía de relativo poco interés (Piggott, 1950, 1968, 1976; Daniel, 1950; Hunter, 1975). Este punto de vista concuerda con la observación de Kuhn (1970, p. 103) acerca de que los paradigmas cambiantes no sólo seleccionan nuevas cuestiones por su importancia, sino que también desvían la atención de aquellos problemas que de otra manera podrían haberse tenido como merecedores de un estudio más profundo. Esta postura, al contrario que las evolucionistas, pone en entredicho que la mayoría de los cambios que se producen en la orientación teórica motiven el movimiento hacia adelante de la investigación arqueológica.

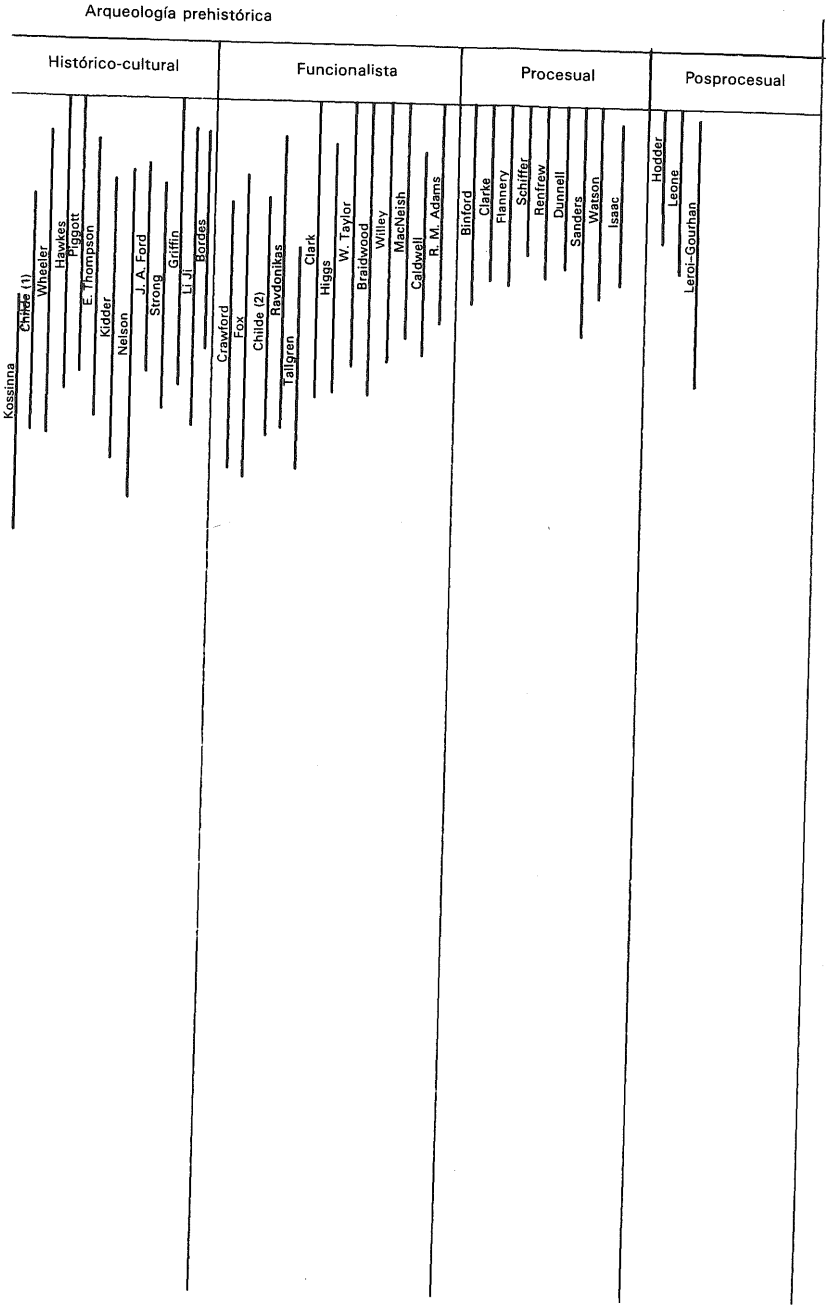
Algunos arqueólogos dudan de que los intereses y los conceptos de su disciplina cambien significativamente de un período a otro. Bryony Orme (1973,

p. 490) mantiene que las interpretaciones arqueológicas que se ofrecían en el pasado eran más parecidas a las del presente de lo que comúnmente se cree y que las preocupaciones arqueológicas han cambiado poco. Muchas ideas que parecen nacidas de la modernidad han demostrado poseer una remarcable antigüedad. Los arqueólogos ya argüían que las crecientes densidades de población condujeron a la adopción de formas de producción de alimentos intensivas, mucho antes de que ellos redescubrieran esta idea en el trabajo de Ester Boserup (Smith y Young, 1972). En una época tan temprana como 1673, el estadista británico William Temple ya había enunciado esta teoría en sus observaciones sobre las altas densidades de población, elemento que forzaba a la gente a trabajar más (Slotkin, 1965, pp. 110-111). En 1843, el arqueólogo sueco Sven Nilsson (1868, p. LXVII) adujo que el crecimiento de la población había provocado el cambio del pastoralismo a la agricultura en la Escandinavia prehistórica. Este concepto también estaba implícito en la teoría del «oasis» sobre el origen de la producción de alimentos expuesta por Raphael Pumpelly (1908, pp. 65-66) y adoptada por Harold Peake y H. J. Fleure (1927) y por Gordon Childe (1928). Estos investigadores proponían que la desecación posglacial del Próximo Oriente había obligado a la gente a arracimarse alrededor de los puntos de agua, y a partir de ahí tuvieron que innovar para poder alimentar poblaciones cada vez más densas. Sea como fuere, aunque las ideas persistan y se repitan a lo largo de la historia de la arqueología, esto no quiere decir que no haya novedades con respecto a la interpretación de los datos arqueológicos. Estas ideas deben ser examinadas en relación a los diferentes marcos conceptuales de los que formaron parte en cada período. Es precisamente a partir de estos marcos que los conceptos adquieren su significado dentro de la disciplina, de manera que si los marcos conceptuales cambian, sus significados también varían. El hecho de conceder excesiva importancia a ideas particulares sin prestar la debida atención al contexto cambiante en el que se inscriben puede conducir a los arqueólogos a subestimar la cantidad de cambios significativos que han caracterizado el desarrollo de la interpretación arqueológica.

Muchos arqueólogos advierten que una de las principales características de la interpretación arqueológica ha sido su diversidad regional. David Clarke (1979, pp. 28, 84) y Leo Klejn (1977) han tratado la historia de la arqueología cada uno según su escuela regional. Clarke mantenía que hasta hace muy poco la arqueología estaba formada por una serie de tradiciones divergentes, cada una con un conjunto apreciable de teoría y formas de descripción, interpretación y explicación favoritas. Está claro que siempre han existido, y aún existen, tradiciones regionales en la interpretación arqueológica (Daniel, 1981b; Evans *et al.*, 1981, pp. 11-70; Trigger y Glover, 1981-1982). Lo que todavía no ha sido bien estudiado es la naturaleza de sus divergencias. ¿Hasta qué punto representan diferencias irreconciliables en la comprensión del comportamiento humano, o diferencias en las cuestiones que se formulan?, ¿o bien se trata de las mis-



1. Los movimientos más importantes en arqueología, y algunas figuras principales asociadas a ellos.


Arqueología prehistórica
Histórico-cultural
Funcionalista
Procesual
Posprocesual
Kossinna
Childe (1)
Wheeler
Hawkes
Piggott
E. Thompson
Kidder
Nelson
J. A. Ford
Strong
Griffin
Li Ji
Bordes
Crawford
Fox
Childe (2)
Ravdonikas
Tallgren
Clark
Higgs
W. Taylor
Braidwood
Willey
MacNeish
Caldwell
R. M. Adams
Binford
Clarke
Flannery
Schiffer
Renfrew
Dunnell
Sanders
Watson
Isaac
Hodder
Leone
Leroi-Gourhan

mas ideas básicas que se estudian bajo la capa de diferentes terminologías? Las diferencias culturales son importantes. Con todo, si se realiza una inspección más detenida, la mayoría de las interpretaciones de arqueólogos que trabajan dentro de diferentes tradiciones nacionales pueden ser agrupadas en un número limitado de orientaciones generales. En total, yo he identificado tres tipos: colonialista, nacionalista e imperialista o de visión mundial (Trigger, 1984a). Éstas se han reproducido en la arqueología de países geográficamente remotos, y la arqueología de una nación en particular puede cambiar de un tipo a otro según sus circunstancias políticas. Estas aproximaciones a la interpretación arqueológica se examinarán en detalle en posteriores capítulos.

A pesar de todo, los estudios sobre tradiciones regionales, con pocas y notables excepciones (Bernal, 1980; Chakrabarti, 1982) no han conseguido documentar el vasto intercambio intelectual que ha caracterizado el desarrollo de la arqueología en todo el mundo durante los siglos XIX y XX. Este tema viene drásticamente ilustrado por los estudios primigenios sobre los concheros. Los informes sobre los estudios pioneros de los investigadores daneses, que empezaron a trabajar en 1840, estimularon un gran número de proyectos en concheros de todo el Atlántico, y posteriormente en la costa oeste de Norteamérica, en la segunda mitad del siglo XIX (Trigger, 1986a). Cuando el zoólogo norteamericano Edward Morse fue a Japón como profesor, después de analizar el material de los concheros de toda la costa del estado de Maine para el arqueólogo de la Universidad de Harvard, Jeffries Wyman, se dedicó a descubrir y excavar en 1877 un gran depósito mesolítico de conchas en Omori, cerca de Tokio. Algunos de sus estudiantes de zoología excavaron por su cuenta otro conchero, poco antes de que algunos arqueólogos japoneses que habían estudiado en Europa estableciesen profesionalmente las bases del estudio de la cultura mesolítica de Jomon (Ikawa-Smith, 1982). Los estudios escandinavos también estimularon la incipiente investigación sobre los concheros en Brasil (Ihering, 1895) y en el sureste asiático (Earl, 1863). Incluso las ideológicamente opuestas tradiciones arqueológicas de la Europa occidental y la Unión Soviética se han influido mutuamente de manera significativa, a pesar de todas las décadas en que cualquier contacto científico era muy difícil e incluso peligroso. Por todas estas razones parece poco sabio sobreestimar la independencia o la especificidad teórica de estas arqueologías regionales.

Se ha prestado menos atención al efecto que ha tenido dentro de la arqueología la especialización disciplinaria por lo que respecta a la interpretación de los datos arqueológicos (Rouse, 1972, pp. 1-25). En estas líneas encontraremos igualmente diferentes orientaciones en este sentido, tantas como en las tradiciones regionales. La arqueología clásica, la egiptología y la asiriología han estado fuertemente comprometidas con el estudio de la epigrafía o de la historia del arte dentro de un marco histórico (Bietak, 1979). La arqueología medieval se ha desarrollado como una línea de investigación de los restos materiales que complementa el estudio basado en la documentación escrita (M. Thompson,

1967; D. M. Wilson, 1976; Barley, 1977). La arqueología paleolítica se ha desarrollado paralelamente a la geología histórica y a la paleontología, disciplinas con las que ha mantenido y mantiene estrechos vínculos, mientras que el estudio de períodos prehistóricos posteriores combina los datos aportados por los hallazgos arqueológicos con otra serie de fuentes, que incluyen la lingüística, el folklore, la antropología física y la etnología comparada (D. McCall, 1964; Trigger, 1968a; Jennings, 1979). Así, varios de estos tipos de arqueología se han desarrollado en un considerable aislamiento intelectual durante muchos períodos, habiendo sido encasillados como resultado de la balcanización de sus respectivas jergas y porque las conexiones históricas, la interacción esporádica y los intereses metodológicos comunes han sido suficientes para que todas ellas pudieran seguir compartiendo numerosos conceptos interpretativos.

En un esfuerzo por evitar, al menos, algunos de los problemas subrayados hasta ahora, el presente estudio no tratará las diversas tendencias de interpretación arqueológica desde una perspectiva específicamente cronológica, geográfica o subdisciplinaria (Schuyler, 1971); al contrario, intentará investigar una serie de orientaciones interpretativas en el orden más o menos cronológico en el que se originaron. Estas tendencias con frecuencia se imbricaron e influenciaron temporal y geográficamente. El trabajo de muchos arqueólogos refleja a veces varias de ellas, ya sea en combinación o en diferentes momentos de sus carreras. Este punto de vista permite un estudio histórico que tenga en cuenta el estilo mudable de la interpretación arqueológica, el cual no puede encasillarse en compartimentos cronológicos o geográficos claramente definidos, pero pueden reflejar innovaciones que, a modo de onda expansiva, han transformado la arqueología.

El entorno de la arqueología

Nadie niega que la investigación arqueológica está influida por diferentes tipos de factores. En el presente, el más controvertido es el contexto social en el que los arqueólogos viven y trabajan. Muy pocos arqueólogos, incluyendo aquellos que se inclinan por el positivismo en la investigación arqueológica, negarían que las cuestiones que los arqueólogos se plantean están influidas al menos hasta cierto punto por este medio. Así, los positivistas mantienen que, siempre que los datos disponibles sean los adecuados y sean analizados según los métodos científicos convenientes, la validez de las conclusiones resultantes es independiente de los prejuicios o creencias del investigador. Debido al objeto de su disciplina, es decir, hallazgos del pasado que consciente o inconscientemente se cree que pueden tener implicaciones sobre el presente o sobre la naturaleza humana en general, otros arqueólogos creen que las condiciones sociales cambiantes modifican no sólo las preguntas que los arqueólogos formulan sino también las respuestas que están dispuestos a considerar aceptables.

David Clarke (1979, p. 85) tenía en la mente estos factores externos cuando describió la arqueología como un sistema adaptativo «relacionado internamente con su contenido cambiante y externamente con el espíritu de los tiempos». En alguna otra parte escribió: «A través de exponernos a la vida en general, a los procesos educacionales y a los sistemas cambiantes de pensamiento contemporáneo, adquirimos una filosofía general y una filosofía arqueológica particular —un sistema de creencias, conceptos, valores y principios, reales y metafísicos, en parte consciente y en parte inconsciente» (*ibid.,* p. 25). Antes, Collingwood (1939, p. 114) había observado que cada problema arqueológico «en el fondo siempre surge de la vida "real" ... estudiamos historia para poder investigar la situación en la que estamos llamados a actuar».

En años más recientes, la arqueología ha estado fuertemente influida por los ataques que los relativistas han vertido sobre el concepto de ciencia como una empresa racional u objetiva. Estos ataques hunden sus raíces en el antipositivismo de la Escuela paramarxista de Frankfurt, tal como se nos presenta recientemente a través de los escritos de Jürgen Habermas (1971) y Herbert Marcuse (1964). Estos investigadores ponen de relieve que las condiciones sociales influencian no sólo el criterio de selección de datos, sino también la manera en que son interpretados (Kolakowski, 1978c, pp. 341-395). Sus puntos de vista se han visto reforzados por el concepto paradigmático de Kuhn, por las argumentaciones del sociólogo Barry Barnes (1974, 1977) acerca de que el conocimiento científico no se diferencia de ninguna otra forma de creencia cultural, y por las inquietudes anarquistas del filósofo de la ciencia norteamericano Paul Feyerabend (1975) respecto a que la ciencia no puede encadenarse a reglas rígidas porque no existen criterios objetivos para la evaluación de teorías y que las preferencias personales y los gustos estéticos deberían ser tenidos en cuenta a la hora de evaluar teorías rivales. Ideas de este tipo han despertado una polémica considerable en los últimos años entre los arqueólogos críticos del estilo personal, sobre todo en Gran Bretaña y los Estados Unidos. Mientras que unos dicen que a largo plazo una mayor conciencia sobre prejuicios sociales repercutirá en aras de la objetividad (Leone, 1982), otros mantienen que incluso los datos arqueológicos básicos son construcciones mentales y por tanto no son independientes del medio social en el que se utilizan (Gallay, 1986, pp. 55-61). Las formulaciones más extremas ignoran los argumentos de Habermas y Barnes sobre que «el conocimiento surge de nuestros encuentros con la realidad y está continuamente sujeto a una retroalimentación correctiva en cada uno de estos encuentros» (Barnes, 1977, p. 10). Al contrario, aquéllas concluyen que las interpretaciones arqueológicas están totalmente determinadas por sus contextos sociales más que por cualquier evidencia objetiva. Así, las afirmaciones sobre el pasado no pueden ser evaluadas por otros criterios que no sean la coherencia interna de todo estudio particular, «el cual podrá ser sólo criticado en términos de relaciones conceptuales internas y no a través de modelos impuestos desde fuera o criterios para "medir" o "determinar" la verdad o la

falsedad» (Miller y Tilley, 1984, p. 151). Un amplio espectro de alternativas se yergue entre los arqueólogos hiperpositivistas, quienes creen que solamente la calidad de los datos arqueológicos y de las técnicas analíticas determina el valor de las interpretaciones arqueológicas, y los hiperrelativistas, inclinados a no otorgar ningún rol a los datos arqueológicos, explicando las interpretaciones arqueológicas exclusivamente en términos de las lealtades sociales y culturales del investigador.

Aunque la influencia ejercida sobre la interpretación arqueológica es potencialmente muy diversa, el desarrollo de la arqueología se ha correspondido en el tiempo con la llegada al poder de las clases medias en la sociedad occidental. A pesar de que muchos de los primeros mecenas de la arqueología clásica pertenecían a la aristocracia, desde Ciriaco de'Pizzicolli en el siglo XV los arqueólogos han sido predominantemente gente de clase media: funcionarios, clérigos, mercaderes, hacendados rurales y, con una profesionalización creciente, profesores de universidad. Además, gran parte del interés público provocado por los hallazgos arqueológicos se ha localizado en las educadas clases medias, incluyendo a veces líderes políticos. Todas las ramas de la investigación científica que se han desarrollado desde el siglo XVII han seguido el mismo esquema bajo los auspicios de la clase media. Sea como fuere, la arqueología y la historia son ya disciplinas formadas y maduras y sus descubrimientos tienen mucho que ver con la naturaleza humana y con el por qué las sociedades modernas han llegado a ser tal como son (Levine, 1986). Esta relevancia tan transparente en los asuntos sociales, económicos y políticos hace que las relaciones entre la arqueología y la sociedad sean especialmente complejas y de una gran importancia. Por tanto, parece razonable examinar la arqueología como una expresión de la ideología de las clases medias y tratar de descubrir hasta qué punto los cambios producidos en la interpretación arqueológica reflejan los vaivenes de la fortuna en ese grupo.

Esto no quiere decir que las clases medias sean un fenómeno unitario. La burguesía del Antiguo Régimen, compuesta en su mayor parte por clérigos, profesionales y administradores reales, se debe considerar como algo diferente de la burguesía capitalista de la Revolución industrial (Darnton, 1984, p. 113). Los intereses y el grado de desarrollo de las clases medias varían también en gran medida según los países. En cada uno de ellos, las clases medias están divididas en varios estratos y en cada uno de ellos encontraremos individuos con preferencias más o menos radicales o conservadoras. También es evidente que la arqueología se asocia sólo a una parte de la clase media, la compuesta mayormente por profesionales, esto es, la inclinada a la investigación, e interesada por ella (Kristiansen, 1981; Levine, 1986).

Las relaciones entre intereses e ideas están mediatizadas contextualmente por un gran número de factores. Los arqueólogos, por tanto, no pueden pretender establecer una correspondencia estricta entre interpretaciones arqueológicas específicas e intereses particulares de clase. Por el contrario, deben anali-

zar las ideas que influyen en las interpretaciones arqueológicas como instrumentos con los que los grupos sociales buscan la consecución de los objetivos en situaciones particulares. Entre estos objetivos está el de aumentar la confianza del grupo en sí mismo tratando de aparentar que su éxito es algo natural, predestinado e inevitable; inspirar y justificar la acción colectiva, y disfrazar de altruismo el interés común (Barnes, 1974, p. 16); y en resumen, proveer a los grupos y a las sociedades enteras de una cobertura mítica (McNeill, 1986). Sin negar la significación de los rasgos psicológicos individuales y las tradiciones culturales, las relaciones entre arqueología y las clases medias arrojan un intenso foco de luz para el examen de las relaciones entre arqueología y sociedad.

La mayoría de arqueólogos profesionales también creen que su disciplina ha sufrido una influencia significativa de otros numerosos factores externos e internos. Todos ellos, excepto los relativistas más radicales, están de acuerdo en que uno de estos factores es el conjunto de datos arqueológicos. Los datos arqueológicos se han ido acumulando de manera continuada a lo largo de varios siglos y nuevos datos se utilizan tradicionalmente como prueba para confirmar interpretaciones tempranas. Así, qué datos se recogen y con qué métodos dependen en cada arqueólogo según el sentido de qué es o no importante, cosa que se deriva de sus presupuestos teóricos y los refleja. Esto crea una relación recíproca entre la recolección y la interpretación de los datos que las deja a ambas abiertas a las influencias sociales. Además, los datos recogidos en el pasado son a menudo insuficientes o inapropiados para solventar el tipo de problemas que se consideran importantes en el presente. Esto no es así simplemente porque los arqueólogos no estuviesen familiarizados con técnicas que adquirieron importancia en un tiempo posterior y por tanto no se preocupasen, por ejemplo, de guardar el carbón para la datación radiocarbónica o muestras de tierra para el análisis de los fitolitos, cosa que produce grandes lagunas en la documentación. Las nuevas perspectivas abren con frecuencia nuevos caminos de investigación. Por ejemplo, el interés de Grahame Clark (1954) por la economía del período mesolítico le llevó a plantearse interrogantes que no podían contestarse con los datos recogidos cuando el principal interés de los estudios mesolíticos era tipológico (Clark, 1932). De la misma manera, el desarrollo del interés por los patrones de asentamiento revolucionó la prospección de yacimientos arqueológicos (Willey, 1953) y dio un mayor impulso al registro y análisis de las distribuciones *intrasite* de rasgos y artefactos (Millon *et al.*, 1973). Por tanto, aunque en arqueología los datos se van recogiendo de manera continuada, los resultados no son necesariamente acumulativos, como muchos arqueólogos creen. Así, parece que con frecuencia los arqueólogos prefieren partir más bien de las conclusiones que sus predecesores extrajeron sobre el pasado que de la evidencia en la que se basaban tales conclusiones.

Las investigaciones arqueológicas también están influidas por los recursos que se destinan a ellas, por el contexto institucional en el cual se inscriben y por el tipo de investigación que las sociedades o gobiernos están dispuestos a

apoyar y realizar. Para obtener apoyo, los arqueólogos han de recurrir a patrocinadores, sean éstos ricos mecenas (Hinsley, 1985), colegas o políticos que manejan los fondos públicos (Patterson, 1986a), o al público en general. También se encontrarán con ciertas restricciones cuando se propongan excavar cierto tipo de yacimientos, como en cementerios o lugares religiosos (Rosen, 1980). Habrá ocasiones en que los arqueólogos se sientan forzados a llegar a unas determinadas conclusiones.

Hasta el siglo XX, pocos eran los arqueólogos que se educaban en la disciplina. Por el contrario, la mayoría aportaba una gran variedad de aptitudes y enfoques procedentes de diferentes campos y actividades. Todos ellos estaban bien instruidos en los períodos bíblico y clásico especialmente. Los principios básicos derivados de un amplio interés por la numismática jugaron un papel importante en el desarrollo de la tipología y la seriación llevada a cabo por Christian Thomsen, John Evans y otros arqueólogos pioneros (McKay, 1976). En el siglo XIX, un número cada vez más creciente de estudiosos de la arqueología se educaba en ciencias físicas y biológicas. Hasta la actualidad se ha venido haciendo notar la diferencia significativa en el trabajo realizado por un arqueólogo procedente de las humanidades y otro procedente de las ciencias naturales (Chapman, 1979, p. 121). Más recientemente, un gran número de arqueólogos prehistoriadores se ha venido educando en los departamentos de historia o antropología, dependiendo de las preferencias locales. El papel desempeñado por profesores particularmente agraciados por el éxito o arqueólogos carismáticos es también significativo, como ejemplos nacionales e internacionales a seguir. Los jóvenes arqueólogos intentan iniciar nuevas direcciones y técnicas nuevas de interpretación y análisis con tal de labrarse ellos mismos su reputación. Este fenómeno acostumbra a suceder durante aquellos períodos en que se produce una rápida expansión y una ampliación del espectro de oportunidades laborales.

La interpretación arqueológica también se ha visto influida por desarrollos en las ciencias físicas y biológicas. Hasta décadas recientes, cuando la colaboración en la investigación que unía a arqueólogos y científicos procedentes de las ciencias naturales era habitual, con raras excepciones el flujo de información entre ambas disciplinas era unidireccional, siendo los arqueólogos los receptores. Por tanto, la investigación en las ciencias naturales sólo se relacionaba de manera fortuita con las necesidades de los arqueólogos, a pesar de que de vez en cuando se realizaban descubrimientos de excepcional importancia para la arqueología. El desarrollo de la datación radiocarbónica y otras técnicas de datación geocronométricas después de la Segunda Guerra Mundial proporcionó por vez primera a los arqueólogos una cronología de aplicación universal, y otra que permitía determinar la duración y el orden relativo de las manifestaciones arqueológicas. El análisis del polen nos ha provisto de valiosas perspectivas de investigación de los cambios climáticos y ambientales en la prehistoria, mientras que el análisis de elementos-traza ha añadido una dimensión importante al estudio del movimiento en la prehistoria de ciertas clases de ítems. Las

innovaciones derivadas de las ciencias físicas y biológicas se han incorporado a la investigación arqueológica en todo el mundo con rapidez y poca oposición. El principal obstáculo para su propagación es la falta de fondos y personal científico entrenado en los países pequeños y pobres, factor que probablemente crea más disparidad que ningún otro entre las arqueologías de los países con muchos o pocos recursos. Incluso ahora, cuando se lleva a cabo un gran volumen de investigación física y biológica dedicada específicamente a solventar problemas arqueológicos, los descubrimientos en este sentido son los que menos influencia tienen en la interpretación arqueológica.

La proliferación de formas electrónicas de procesamiento de los datos ha revolucionado el análisis arqueológico en la misma medida que en su tiempo hizo la datación radiocarbónica. Hoy día es posible correlacionar de manera rutinaria grandes cantidades de datos, cosa que en el pasado sólo un arqueólogo excepcional como W. M. F. Petrie fue capaz de hacer (Kendall, 1969, 1971). Esto permite a los arqueólogos utilizar los abundantes datos a su disposición para hacer estudios más detallados del registro arqueológico y para poner a prueba hipótesis más complejas (Hodson *et al.,* 1971; Doran y Hodson, 1975; Hodder, 1978; Orton, 1980; Sabloff, 1981). Algunas aplicaciones matemáticas han dado origen a nuevas orientaciones teóricas. La teoría general de sistemas (Flannery, 1968; Steiger, 1971; Laszlo, 1972a; Berlinski, 1976) y la teoría catastrofista (Thom, 1975; Renfrew, 1978; Renfrew y Cooke, 1979; Saunders, 1980) no son otra cosa que enfoques matemáticos en el estudio del cambio, a pesar de que sus aspectos más estrictamente matemáticos no se pongan tanto de relieve como los conceptos que realmente interesan a los problemas arqueológicos.

La interpretación de los datos arqueológicos ha recibido también una considerable influencia de las diferentes teorías sobre el comportamiento humano expuestas por las ciencias sociales. Pero han sido especialmente los conceptos derivados de la etnología y la historia los que han mantenido con la arqueología los lazos más estrechos. También los conceptos teóricos procedentes de la geografía, la sociología, la economía y las ciencias políticas han tenido influjo sobre la arqueología, ya sea directamente o a través de la historia y la antropología. Así, normalmente es muy difícil diferenciar las influencias que han tenido las ciencias sociales sobre la arqueología de las propias influencias sociales, ya que estas disciplinas han sido modeladas por los mismos movimientos sociales que han influido en la arqueología.

La interpretación de los datos arqueológicos recibe igualmente el influjo de las creencias sobre el pasado que la misma arqueología ha establecido. Ocurre con frecuencia que algunas ideas interpretativas sobre el pasado, en vez de ser puestas en tela de juicio, sirven para apoyar, sin pasar por ninguna revisión crítica, los nuevos enfoques, incluso si tales interpretaciones fueron formuladas de acuerdo con un punto de vista que ya no se acepta. Por ejemplo, R. S. MacNeish (1952) utilizó las seriaciones cerámicas para demostrar que el desarrollo local explicaba mejor que las migraciones el origen de las culturas iroquesas

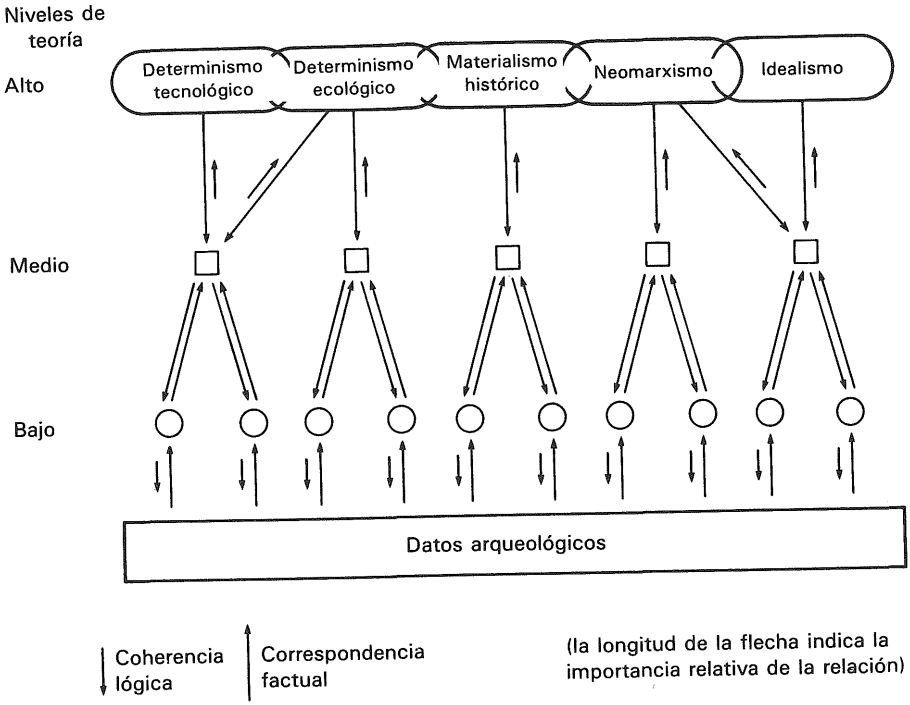
en el este de Norteamérica, aunque continuaba aceptando el argumento de las migraciones a pequeña escala para explicar el origen de pequeños grupos específicos. Pero como otros arqueólogos habían hecho, cometió el error de olvidar que estas micromigraciones no estaban basadas en datos arqueológicos, sino que procedían de una gran teorización migratoria a gran escala que el mismo MacNeish había puesto en tela de juicio. De esta manera, puntos de vista específicos sobre el pasado pueden influir en la interpretación arqueológica mucho después que el razonamiento que llevó a su formulación haya sido rechazado y abandonado (Trigger, 1978b).

La interpretación arqueológica

La arqueología es una ciencia social en el sentido que intenta explicar qué les sucedió en el pasado a unos grupos específicos de seres humanos y generalizar los procesos de cambio cultural. A diferencia de los etnólogos, geógrafos, sociólogos, estudiosos de la política y economistas, los arqueólogos no pueden observar el comportamiento de la gente a la que estudian y, a diferencia de los historiadores, muchos de ellos no tienen acceso directo al pensamiento de esta gente a través de sus fuentes escritas. En su lugar, los arqueólogos deben inferir el comportamiento y las ideas humanas a partir de los restos materiales de todo aquello que los humanos han creado y utilizado y a partir del impacto medioambiental de sus actuaciones. La interpretación de los datos arqueológicos depende de la comprensión del comportamiento presente de los humanos y particularmente de cómo este comportamiento se refleja en la cultura material. Los arqueólogos igualmente deben acudir a principios uniformes que les permitan la utilización de los modernos procesos geológicos y biológicos para inferir cómo tales procesos han ayudado a completar el registro arqueológico. Con todo, están lejos de ponerse de acuerdo en cómo estos conocimientos deber ser aplicados de una manera legítima y global que permita la comprensión del comportamiento humano pasado a través de sus datos (Binford, 1967a, 1981; Gibbon, 1984; Gallay, 1986).

Los arqueólogos han empezado a seguir el ejemplo de los filósofos de la ciencia (Nagel, 1961) y de otras disciplinas que integran las ciencias sociales al clasificar sus teorías o generalizaciones en categorías altas, medias o bajas (Klejn, 1977; Raab y Goodyear, 1984). Este esquema facilita un conocimiento más sistemático de la naturaleza de la teoría arqueológica y de los procesos de razonamiento que caracterizan la disciplina.

Las teorías de nivel bajo han sido descritas como investigaciones empíricas con generalizaciones (Klejn, 1977, p. 2). Estas parecen ser equiparables a las leyes experimentales de Ernest Nagel (1961, pp. 79-105), el cual pone el ejemplo de que todas las ballenas hembra amamantan a sus crías. Tales generalizaciones se basan normalmente en regularidades que se han venido observando repeti-



2. Las relaciones entre niveles de generalizaciones.

damente y que pueden ser refutadas por la observación de casos contrarios. La gran mayoría de generalizaciones sobre las que se basan las interpretaciones arqueológicas posteriores son generalizaciones empíricas de este tipo. En ellas se incluye una gran parte de las clasificaciones tipológicas de artefactos, la identificación de culturas arqueológicas específicas, las demostraciones basadas en la estratificación, seriación o datación radiocarbónica sobre la fecha relativa de cualquier manifestación arqueológica, y la observación, por ejemplo, de que en una cultura determinada todos los individuos se entierran en una posición particular acompañados de un tipo específico de artefactos. Estas generalizaciones se basan en la observación de que algunos tipos de artefactos o atributos específicos se manifiestan repetidamente asociados, coincidiendo con una localidad geográfica, una fecha o un período determinado. Las dimensiones en las que se mueven estas generalizaciones son las clásicas de espacio, tiempo y forma (Spaulding, 1960; Gardin, 1980, pp. 62-97). Los arqueólogos también suponen que unos tipos específicos de puntas de proyectil sirviesen para unas funciones particulares y que cada cultura arqueológica se asocie con un pueblo específico. Estas inferencias, que se refieren al comportamiento humano, difie-

ren sustancialmente de las generalizaciones basadas en observaciones empíricas de las correlaciones entre dos o más categorías de datos arqueológicamente tangibles. En muchos casos, las suposiciones que se derivan del estudio del comportamiento acaban siendo incorrectas, no probadas o engañosas. Debido a la naturaleza de los datos arqueológicos, las generalizaciones de nivel bajo nunca se refieren al comportamiento humano. Desde el punto de vista de este comportamiento, existen regularidades explicables más que explicaciones por derecho propio.

Las teorías de nivel medio han sido definidas como generalizaciones que intentan dar cuenta de las regularidades que existen en múltiples casos entre dos o más conjuntos de variables (Raab y Goodyear, 1984). Las generalizaciones en las ciencias sociales deberían gozar de validez intercultural e igualmente hacer alguna referencia al comportamiento humano. Además, deben ser suficientemente específicas como para permitir ser probadas mediante su aplicación a conjuntos particulares de datos. Un ejemplo de generalización antropológica de nivel medio puede ser la proposición de Ester Boserup (1965) referente a que, entre las economías agrarias, la presión de la población conduce a situaciones que requieren incrementar el trabajo sobre cada unidad de tierra arable con tal de obtener más alimento de cada una de ellas. Esta teoría podría ser arqueológicamente puesta a prueba si los arqueólogos pudieran establecer medidas fiables de los cambios relativos o absolutos de la población, de la intensidad del trabajo y de la productividad de ciertos modelos agrarios, y una cronología suficientemente precisa que permitiese especificar la relación temporal entre los cambios en la población y la producción de alimentos. Llevar a cabo esto requeriría lo que Lewis Binford (1981) llama teoría de alcance medio, la cual intenta utilizar los datos etnográficos para establecer relaciones válidas entre fenómenos arqueológicamente observables y comportamientos humanos imposibles de observar arqueológicamente. Aunque las teorías de «nivel medio» y de «alcance medio» no son idénticas, ya que la primera sólo se puede referir al comportamiento humano y la segunda al comportamiento y a los rasgos arqueológicamente observables, se puede decir que la teoría de alcance medio de Binford es un tipo de teoría de nivel medio. La teoría de alcance medio es vital para probar cualquier teoría de nivel medio relacionada con datos arqueológicos.

Las teorías de nivel alto, o teorías generales, que Marvin Harris (1979, pp. 26-27) etiquetó como «estrategias de investigación» y David Clarke (1979, pp. 25-30) llamó «modelos de control», han sido definidas como reglas abstractas que explican las relaciones entre las proposiciones teóricas relevantes para el conocimiento de las categorías principales de fenómenos. El evolucionismo darwiniano y más recientemente la teoría sintética de la evolución biológica, que combina los principios darwinianos con los genéticos, son ejemplos de teorías generales relativas a las ciencias biológicas. En el ámbito humano, las teorías generales se refieren exclusivamente a la conducta humana; de ahí que no haya

formulaciones teóricas a este nivel que pertenezcan exclusivamente a la arqueología, sino a las ciencias sociales en general. Tampoco existen teorías generales que hayan sido aceptadas universalmente por los científicos sociales como los biólogos han hecho a propósito de la teoría sintética de la evolución. Ejemplos de teorías enfrentadas de nivel alto que han influido en la investigación arqueológica son el marxismo (o materialismo histórico), el materialismo cultural y la ecología cultural. Todas ellas son aproximaciones materialistas y, por tanto, se solapan en ciertos puntos. Aunque las aproximaciones idealistas, como las inherentes a la antropología boasiana a principios de este siglo, están menos elegantemente articuladas que las materialistas, esta orientación todavía inspira una gran parte del trabajo que se hace en las ciencias sociales (Coe, 1981; Conrad, 1981). Estas teorías intentan interrelacionar conceptos antes que dar cuenta de observaciones específicas, por lo que no pueden ser confirmadas o falseadas directamente (Harris, 1979, p. 76). En este sentido, se asemejan a dogmas o creencias religiosos. Su credibilidad puede, con todo, afirmarse o resentirse mediante el éxito o fracaso repetidos de las teorías de medio nivel, que lógicamente dependen de ellas.

Sea como fuere, esta puesta a prueba indirecta no es una cuestión simple. Mientras que muchas teorías de alcance medio pueden utilizarse para la distinción entre formas de explicación materialistas o no materialistas, los científicos sociales muestran una gran ingenuidad al contemplar como excepciones los resultados que no se avienen con sus presupuestos e incluso al reinterpretarlos como una confirmación inesperada de lo que ellos creen. Dada la complejidad del comportamiento humano, el campo para tal gimnasia mental es considerablemente grande. Para los arqueólogos es todavía más difícil la distinción entre las tres posiciones materialistas citadas más arriba. Debido a estas puestas a prueba indirectas, el auge o la caída en la popularidad de las generalizaciones específicas de nivel alto parece estar influido más por los procesos sociales que por el examen científico de sus, por lógica, teorías relacionadas de nivel medio. Entre 1850 y 1945 se ponía un gran énfasis en las explicaciones biológicas, y más particularmente raciales, del comportamiento humano. Las demostraciones científicas, las cuales no venían corroboradas por las explicaciones de este tipo sobre casos concretos, eran incapaces de socavar la extendida fe de los estudiosos en la validez general de las aproximaciones racistas (Harris, 1968, pp. 80-107). A pesar de todo, las teorías raciales se abandonaron casi por completo como explicación científica del comportamiento humano después de la derrota militar de la Alemania nazi en 1945 y la consiguiente revelación de la naturaleza de sus atrocidades cometidas en pro del racismo.

Idealmente, sería posible establecer una relación lógicamente coherente entre teorías de nivel alto, medio y bajo y una correspondencia entre generalizaciones de nivel bajo y medio y los datos observables. En los últimos años, los arqueólogos norteamericanos han debatido arduamente si las teorías de nivel medio deberían derivarse de manera deductiva de las teorías de nivel alto como

un conjunto coherente de conceptos interrelacionados o deberían construirse inductivamente a partir de los datos y de las generalizaciones de bajo nivel. Aquellos que apoyan el punto de vista deductivo arguyen que las explicaciones sobre el comportamiento humano, como algo opuesto a las generalizaciones empíricas sobre éste, sólo pueden formarse al abrigo de leyes establecidas como hipótesis y probadas en conjuntos independientes de datos (Watson *et al.,* 1971, pp. 3-19; Binford, 1972, p. 111). Aquellos que están por un enfoque deductivo persiguen el establecimiento de conexiones explícitas y lógicas entre las teorías de nivel alto y medio. A pesar de todo, generalmente éstos subestiman la naturaleza, sutil, compleja y casi insoluble, de las relaciones entre estos dos niveles. Por otra parte, los hiperinductivistas tienden a enfocar la teoría general como el objetivo último que sólo puede ser contemplado una vez que ha sido establecido un gran corpus de generalizaciones fiables a nivel bajo y medio (M. Salmon, 1982, pp. 33-34; Gibbon, 1984, pp. 35-70; Gallay, 1986, pp. 117-121). Numerosos presupuestos implícitos sobre la naturaleza del comportamiento humano ilustran explicaciones aparentemente sólidas de los datos arqueológicos; por esta razón los conceptos de alto nivel pueden ser ignorados sólo corriendo el riesgo de que otros también implícitos distorsionen las interpretaciones arqueológicas. Las técnicas de construcción de teorías científicas que han tenido más éxito contemplan una combinación de ambos enfoques. En primer lugar, las explicaciones pueden formularse inductiva o deductivamente, pero, sea como fuere, su estatus de teorías científicas depende no sólo de su propia coherencia lógica, interna y con otras teorías aceptadas sobre el comportamiento humano, sino también del establecimiento de una correspondencia satisfactoria entre ellas y otras generalizaciones empíricas cualesquiera, lógicamente relacionadas, y finalmente, de la existencia de un corpus suficiente de evidencia factual (Lowther, 1962).

Los arqueólogos no están de acuerdo con la naturaleza formal de las generalizaciones que tratan de elaborar. En la arqueología norteamericana moderna, como igualmente ocurre en la tradición positivista, se acepta que las leyes han de ser universales por naturaleza. Esto significa que proporcionan afirmaciones acerca de las relaciones entre las variables que se suponen ciertas sea cual sea el período temporal, región geográfica o culturas en cuestión que se estudien. Estas generalizaciones varían en escala desde las asunciones principales sobre procesos históricos hasta regularidades sobre aspectos relativamente triviales del comportamiento humano (M. Salmon, 1982, pp. 8-30). Este enfoque queda ejemplificado por las economías formalistas, las cuales mantienen que las reglas utilizadas para explicar el comportamiento económico de las sociedades occidentales explican el comportamiento de todos los seres humanos. Semejante enfoque justifica las variaciones significativas del comportamiento humano en las diferentes sociedades como el resultado de nuevas combinaciones y permutaciones de un conjunto fijo de variables interactivas (Burling, 1962; Cancian, 1966; Cook, 1966). Las generalizaciones universales

son a menudo interpretadas como reflejo de una naturaleza humana invariable.

Otros arqueólogos mantienen que las leyes generales de este tipo que conciernen a la naturaleza humana son relativamente pocas. Sin embargo, existen un gran número de generalizaciones aplicables sólo a sociedades que comparten el mismo o parecido modo de producción. Esta posición es similar en su orientación general a la de los economistas sustantivistas. En contraste con la posición adoptada por los formalistas, los sustantivistas mantienen que las reglas, y también las formas, de comportamiento económico están fundamentalmente alteradas por procesos evolucionistas (Polanyi, 1944, 1966; Polanyi *et al.*, 1957; Dalton, 1961). El enfoque sustantivista supone que las nuevas propiedades pueden emerger y de hecho emergen como resultado del cambio sociocultural y que la naturaleza humana puede transformarse a consecuencia de ello (Childe, 1947a). Esta distinción entre generalizaciones universales y otras más restringidas podría no ser tan trascendental o absoluta como mantienen los que la han propuesto. Algunas generalizaciones que se aplican sólo a tipos específicos de sociedades pueden ser reescritas en la forma de generalizaciones universales, mientras que las universales pueden ser reformuladas, normalmente con mayor detalle, para que sean aplicables de manera específica a un tipo particular de sociedad. Así, aquellos que ponen de relieve la importancia de las generalizaciones restringidas arguyen que todas o la mayoría de ellas no pueden ser transformadas en generalizaciones universales sin que sufran una importante pérdida de significado y contenido (Trigger, 1982a).

El tercer tipo de generalización es específico de una cultura individual o de un grupo simple de culturas relacionadas históricamente. Un ejemplo sería la definición de los cánones que gobernaban el arte del antiguo Egipto o el griego clásico (Childe, 1947a, pp. 43-49; Montané, 1980, pp. 130-136). Este tipo de generalización es potencialmente muy importante ya que la mayoría de modelos culturales son probablemente de esta clase. Con todo, no se ha hallado ningún procedimiento convincente que permita superar la especulación en la interpretación del significado de tales modelos en el registro arqueológico en situaciones donde no se dispone de documentación histórica o etnográfica suplementaria. En estos casos, las regularidades permanecen en el nivel de generalizaciones empíricas.

Desafío

La cuestión final es si un estudio histórico puede medir el progreso en la interpretación de los datos arqueológicos. ¿Se realizan avances sólidos hacia un conocimiento más objetivo y global de los hallazgos arqueológicos, como muchos arqueólogos dan por sentado?, ¿o es quizás en gran medida la interpretación de tales datos una cuestión de modas y los logros de un período posterior no tienen por qué ser más objetivos y globales que los de un período

anterior? En el examen de los sucesivos modelos que han influido en la interpretación de los datos arqueológicos, intentaré determinar hasta qué punto la comprensión del comportamiento y de la historia humana ha sido alterada irreversiblemente como resultado de la actividad arqueológica. Es probable que las influencias sociales que dieron forma a una tradición científica pasada se revelen ahora con más claridad después de que las condiciones sociales hayan cambiado, mientras que las influencias actuales son mucho más difíciles de reconocer. Esto hace que las interpretaciones de los datos arqueológicos actuales parezcan más objetivas que las del pasado. Por tanto, las observaciones históricas por ellas mismas no necesariamente distinguen el progreso objetivo de las cambiantes fantasías compartidas culturalmente. Para poder hacer esto, los investigadores de la historia deben tratar de descubrir hasta qué punto esta irreversibilidad está asegurada no sólo por el atractivo lógico de las interpretaciones arqueológicas, sino también por su continuada correspondencia factual con un conjunto de datos cada vez mayor. Si esto puede llevarse a cabo, podemos esperar aprender algo sobre la objetividad o la subjetividad de las interpretaciones arqueológicas; hasta qué punto la arqueología puede ser más que el pasado revivido en el presente, en el sentido que Collingwood define este proceso; hasta qué punto cualquier tipo de conocimiento es comunicable de una época o cultura a otra; y hasta qué punto el conocimiento de la historia de la arqueología puede influenciar la interpretación arqueológica.

Para hacer justicia a estos tópicos, intentaré evitar escribir una historia de la interpretación arqueológica que sea excesivamente expositiva y afanarme por comprender la historia intelectual de cada tendencia principal en su contexto social. Con el objetivo de mantener este libro dentro de unos límites razonables, me referiré más a los trabajos que han contribuido al desarrollo a largo plazo de la interpretación arqueológica que a estudios repetitivos y poco exitosos o a las muchas publicaciones que se han añadido a nuestro conocimiento factual de los restos del pasado. En su estudio sobre la historia de la interpretación de Stonehenge, Chippindale (1983) ha mostrado que los trabajos de estas dos últimas clases constituyen la mayor parte de la literatura arqueológica.

2. LA ARQUEOLOGÍA CLÁSICA Y EL ANTICUARISMO

Conocer el pasado es tan fascinante como conocer las estrellas.

GEORGE KUBLER, *The Shape of Time* (1962), p. 19.

Algunos de los trabajos sobre la historia de la arqueología realizados recientemente han sugerido que el corriente interés por la interpretación es un hecho moderno (Willey y Sabloff, 1980, pp. 9-10). Se alega que hasta la década de los sesenta no se dispuso de un cuerpo de teoría establecido, ya que cada investigador gozaba de libertad para reconstruir la disciplina según sus propias ideas. Así, antes de que naciese la disciplina de la arqueología, ya se habían producido ideas generales sobre el origen y el desarrollo humanos que potencialmente podían ser puestas a prueba con datos arqueológicos. Conceptos como estos fueron los que constituyeron, ya fuese implícita o explícitamente, las primeras teorías de nivel alto que proporcionaron unos objetivos y una dirección al hecho de coleccionar y estudiar datos arqueológicos. Por lo tanto, la arqueología, como cualquier otra disciplina científica, atravesó una etapa en que los datos se empezaron a recoger por ninguna razón en concreto o bien con la esperanza de que en el futuro se sabría lo suficiente como para formular las cuestiones convenientes. Cuando los datos arqueológicos se convirtieron en un objeto serio de estudio, los investigadores procedieron a su examen con la esperanza de que su tarea arrojaría luz sobre los problemas que se consideraban significativos desde un punto de vista filosófico, histórico o científico.

EL MUNDO ANTIGUO

Todo grupo humano parece poseer cierto grado de curiosidad por el pasado. Durante gran parte de la historia humana, este interés se satisfacía mediante mitos y leyendas concernientes a la creación del mundo y de la humanidad, y crónicas tradicionales sobre las aventuras vividas por grupos étnicos individuales. Entre grupos de organización tribal, estos relatos se refieren con fre-

cuencia a una esfera sobrenatural y desempeñan el papel de estatuto mítico que regula las relaciones políticas y sociales del presente, como es el caso del concepto de tiempo-sueño de los aborígenes australianos (Isaacs, 1980). En otros casos, la tradición oral sirve para preservar viva en la memoria durante generaciones historias sobre ciertas actividades humanas (Vansina, 1985).

En las primeras civilizaciones existió también un enfoque diferente representado por los registros escritos, los cuales proveían de un marco cronológico y de cierta información sobre acontecimientos ocurridos en el pasado pero independientes de la memoria humana. Incluso así, la compilación de anales no dio lugar a la escritura de una narrativa histórica ni en el Mediterráneo ni en China hasta después del 500 a.C. (Van Seters, 1983; Redford, 1986). Además, el desarrollo de la historia como género literario no desembocó en el surgimiento de un interés disciplinado por los restos materiales de los tiempos pasados.

Algunas sociedades tribales recogieron artefactos procedentes de un pasado ignoto. En los yacimientos iroqueses de los siglos XV y XVI del este de Norteamérica se han hallado puntas de flecha, pipas de piedra y objetos de cobre nativo hechos hacía miles de años. Estos objetos se hallarían y se recogerían seguramente durante la realización de las actividades cotidianas de los iroqueses (Tuck, 1971, p. 134), al igual que los campesinos europeos de la época medieval recogían las «piedras del trueno» (pedernal), que se vendían a los orfebres (Heizer, 1962a, p. 63) o los «cerrojos de los duendes» (puntas de flecha de piedra). Aunque carecemos de un registro directo de cómo contemplaban los iroqueses estos hallazgos, con seguridad se trataría de amuletos que, al ser piedras de formas particulares, habrían sido olvidadas por los espíritus en los bosques (Thwaites, 1896-1901, vol. 33, p. 211). En muchas culturas se creía que estos objetos poseían un origen más sobrenatural que humano y se les atribuían ciertos poderes mágicos, circunstancia por la cual seguramente se recogían.

Los restos del pasado eran contemplados de manera similar en las prácticas religiosas de las primeras civilizaciones. En el siglo XVI, los aztecas llevaban a cabo regularmente rituales en las ruinas de Teotihuacán, ciudad que había estado habitada en el primer milenio d.C. y en la que se creía que los dioses habían restablecido el orden cósmico al principio del ciclo más reciente de existencia (Heyden, 1981). En las ofrendas y depósitos rituales que periódicamente se colocaban en los muros del Gran Templo de Tenochtitlán, se incluían figurillas olmecas procedentes de todos los lugares del imperio, ya que eran consideradas un bien muy valioso (Matos, 1984). Pero el hecho de considerar tales actividades como arqueología, aun «arqueología indígena», significa ampliar el sentido de la palabra más allá de límites razonables.

En los últimos períodos de las civilizaciones antiguas, los artefactos se consideraban de gran valor por haber pertenecido a dirigentes determinados, por ser propios de las etapas de grandeza nacional, y también porque aportaban información sobre el pasado. En Egipto, en la construcción de las tumbas reales de principios de la dinastía XII (1991-1786 a.C.) se añadía conscientemente

cierto toque de arcaísmo (Edwards, 1985, pp. 210-217). Durante la dinastía XVIII (1552-1305 a.C.) los escribas inscribían sus *graffiti* en los monumentos antiguos o abandonados para dejar constancia de su visita, mientras que en una paleta predinástica fragmentada se ha hallado inciso el nombre de la reina Tiye (1405-1367 a.C.). En la dinastía XIX (1305-1186 a.C.), Khaemwese, un hijo de Ramsés II cuya fama como mago y sabio duraría hasta la época grecorromana, llevó a cabo un estudio detallado de los cultos asociados a los monumentos antiguos que existían cerca de la capital, Menfis, con el propósito de reinstaurar tales creencias (Kitchen, 1982, pp. 103-109), y durante el período saíta (664-525 a.C.) los grandes conocimientos adquiridos acerca de los relieves del Imperio Antiguo permitieron realizar un intento de restablecimiento estilístico (W. Smith, 1958, pp. 246-252). Una hija del rey Nabonidus, Bel-Shalti-Nannar, que vivió en el siglo VI a.C., formó una pequeña colección de antiguos artefactos babilonios, incluyendo inscripciones, que ha sido considerada como el primer museo de antigüedades conocido (Woolley, 1950, pp. 152-154). Esta toma de conciencia creciente por los restos materiales del pasado formaba parte del elevado interés por los tiempos pasados que existía entre las clases letradas, interés que, por otra parte, poseía un fuerte componente religioso. Se creía que los dioses o los héroes habían establecido una forma perfecta de civilización en el principio de los tiempos, pero las generaciones posteriores de seres humanos habían fracasado en el mantenimiento de aquel estatus ideal. Los monumentos y los registros escritos del pasado constituían el vínculo tangible con etapas más cercanas al tiempo de la creación y por tanto eran considerados medios por los cuales poder aproximarse al prototipo sagrado de civilización. Debido a su más estrecha relación con el drama cósmico de la creación, a estos artefactos se les atribuían poderes sobrenaturales inusuales.

En la civilización grecorromana, la sustancial producción de narrativa histórica basada en los registros escritos y en las tradiciones orales, así como el interés por las prácticas religiosas, las costumbres locales y las instituciones civiles del pasado, raramente se acompañaba de una preocupación por los restos materiales de ese pasado. El historiador griego Tucídides se percató de que algunos de los enterramientos hallados en Delos, cuando la isla fue purificada en el siglo V a.C., pertenecían a los carios, ya que contenían armamentos muy parecidos a los de los carios de su tiempo. En su opinión, esto confirmaba la tradición que decía que los carios habían vivido en algún tiempo pasado en la isla (Casson, 1939, p. 71). En su *Descripción de Grecia,* escrita en el siglo II d.C., el físico Pausanias describió de una manera sistemática los edificios públicos, obras de arte, ritos y costumbres de diferentes regiones del país, junto con las tradiciones históricas asociadas a ellos. Así, aunque describió brevemente las celebradas ruinas de la Edad del Bronce de Tirinto y Micenas, tanto para él como para otros escritores clásicos de libros-guías, los edificios en ruinas «apenas valía la pena mencionarlos» (Levi, 1979, vol. 1, p. 3). Los griegos

y los romanos conservaban valiosas reliquias del pasado como ofrendas votivas en sus templos y las tumbas se profanaban con frecuencia en busca de reliquias de «héroes». Pausanias advirtió que la hoja de la supuesta lanza de Aquiles que se conservaba en el templo de Atenea en Phaselis era de bronce, cosa que corroboraba la evidencia literaria que decía que los guerreros de la edad homérica usaban armas de bronce (Levi, 1979, vol. 2, p. 17). La importancia de estas inferencias históricas radica en su rareza. Los bronces y los recipientes antiguos que se hallaban accidentalmente o se saqueaban se vendían a altos precios a ricos coleccionistas de arte (Wace, 1949). Con todo, los investigadores no hacían ningún esfuerzo por recuperar de una manera sistemática estos artefactos, ni siquiera intentaron hacer de estos objetos una materia digna de especial estudio, a pesar de algunas voces clasicistas que abogaban por lo contrario (Weiss, 1969, p. 2). No existía en absoluto conciencia clara de que los restos materiales del pasado podían ser de utilidad para probar las numerosas y conflictivas especulaciones filosóficas sobre los orígenes humanos y las ideas generales de la historia humana que caracterizó la civilización clásica.

Si-ma Qien, el primer gran historiador chino, que escribió en el siglo II a.C., visitó muchas ruinas antiguas y examinó reliquias y textos del pasado para la compilación del *Shi Ji,* un importante relato sobre la historia de la China antigua. El estudio sistemático del pasado era muy valorado por los investigadores del tiempo de Confucio como una guía moral de comportamiento y desempeñó una función muy poderosa dentro del proceso de unificación de la vida política y cultural china por el hecho de poner de relieve un patrimonio común que se remontaba hasta de dinastía Xia (2205-1766 a.C.) (Wang, 1985). Durante casi un milenio, aunque los historiadores chinos continuasen basándose en los registros históricos para confeccionar sus libros, la atención hacia los recipientes de bronce, relieves en jade u otras obras de arte antiguas sólo tenía un carácter de curiosidad o de reliquia familiar, como sucedía en las civilizaciones clásicas del Mediterráneo.

A pesar de que unos pocos investigadores del mundo antiguo utilizaron de manera ocasional algunos artefactos para complementar los conocimientos sobre el pasado que aportaban los registros escritos, no se desarrollaron técnicas específicas de recuperación o estudio de estos artefactos y fracasaron por completo en el establecimiento de una tradición en este sentido. En ninguna de las civilizaciones conocidas existió una disciplina parecida a lo que ahora entendemos por arqueología. Aunque algunos filósofos se esforzasen en reemplazar las creencias religiosas por explicaciones estáticas, cíclicas o evolucionistas sobre los orígenes del hombre y de la civilización, éstas se mantuvieron en un nivel puramente especulativo.

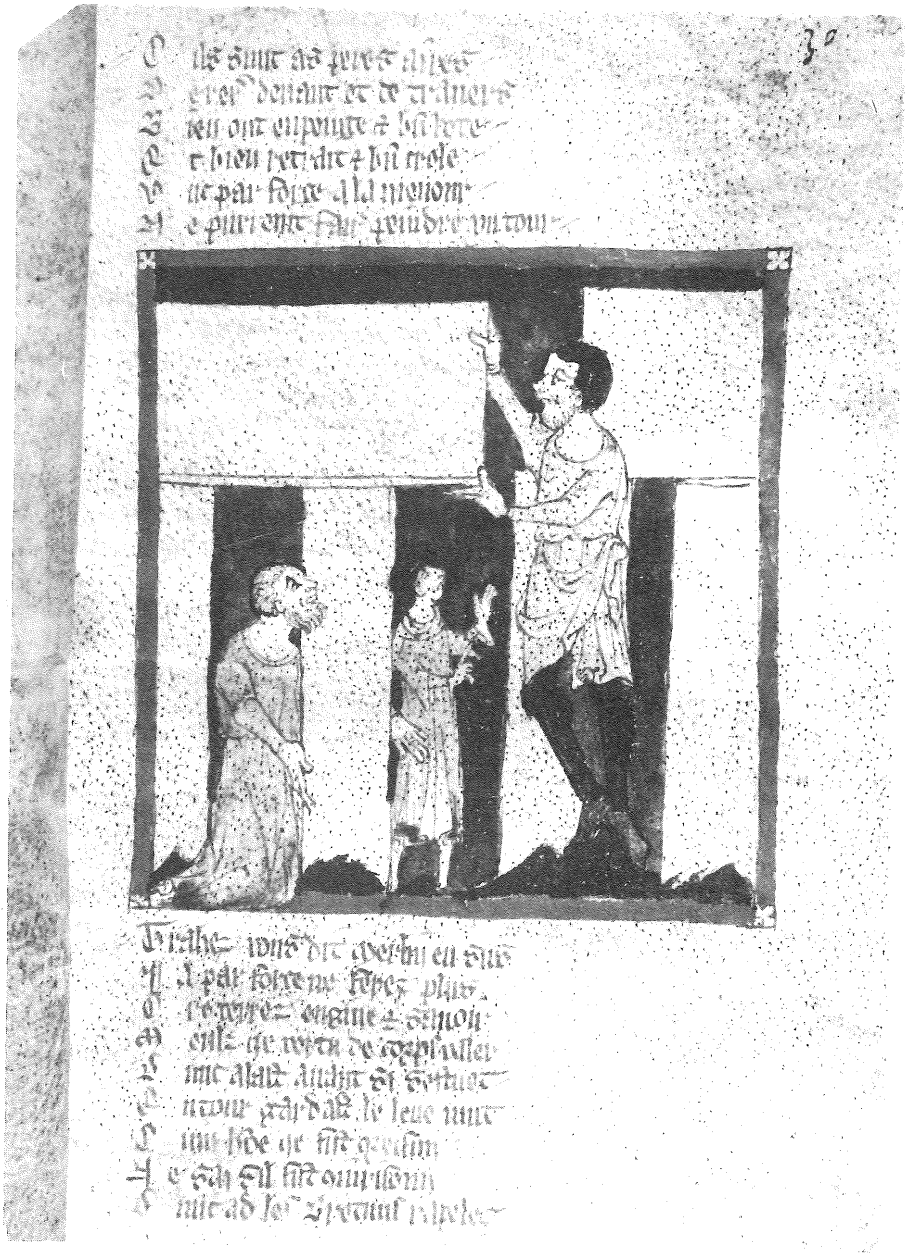
El paradigma medieval de la historia

En la Europa medieval, los túmulos y los monumentos megalíticos eran objeto de interés local, y en ocasiones los clérigos hacían recopilaciones de los cuentos populares que a ellos se referían. Pocos de estos monumentos escaparon al saqueo realizado, ya por señores, ya por siervos, con el convencimiento de que contenían tesoros (Klindt-Jensen, 1975, p. 9). Las edificaciones antiguas también se violaban con el objetivo de obtener material de construcción, reliquias sagradas y tesoros (Kendrick, 1950, p. 18; Sklenář, 1983, pp. 16-18). Se creía que las únicas noticias sobre tiempos pasados estaban contenidas exclusivamente en la Biblia, en los libros de la antigüedad grecorromana que habían sobrevivido, y en los registros históricos que incorporaban tradiciones de épocas más oscuras. Esta visión cristiana sobre el pasado que existía en la Edad Media ha influido en la interpretación de los datos arqueológicos hasta el presente. Este enfoque puede ser resumido en seis puntos:

1. Se creía que el mundo tenía un origen sobrenatural y relativamente reciente, y que no era probable que durase más allá de unos pocos miles de años más. Las autoridades rabínicas calculaban que había sido creado sobre el 3700 a.C., mientras que el papa Clemente VIII dató la creación en el 5199 a.C., y en una época tan tardía como el siglo XVII el arzobispo James Ussher colocó el hito en el 4004 a.C. (Harris, 1968, p. 86). Estas fechas, computadas a partir de genealogías bíblicas, coincidían en asignarle al mundo unos pocos miles de años de antigüedad. De la misma manera se pensaba que este mundo finalizaría con el retorno de Cristo, y aunque no se conociese exactamente cuándo se produciría ese evento, se creía que se estaban viviendo los últimos días de vida de la Tierra (Slotkin, 1965, pp. 36-37).

2. El mundo físico, según se creía, se hallaba en avanzado estado de degeneración y los cambios naturales eran signos de la decadencia de la creación divina original. Como la Tierra iba a durar poco tiempo más, no había ninguna necesidad de que la divina providencia se molestase en contrarrestar las mermas producidas por los procesos naturales y por la explotación humana de estos recursos. La documentación bíblica sobre la mayor longevidad humana en los tiempos pasados era una garantía para sostener la creencia de que los seres humanos, así como su entorno, habían sufrido un proceso de deterioro físico y mental desde que fueron creados. La decadencia y el empobrecimiento del mundo físico apoyaban igualmente la idea de transitoriedad de todas las cosas materiales (Slotkin, 1965, p. 37; Toulmin y Goodfield, 1966, pp. 75-76).

3. La humanidad fue creada por Dios, se pensaba, en el Jardín del Edén, situado en el Próximo Oriente. Desde allí, los hombres se extendieron a otras partes del mundo, no sin antes haber sido expulsados del Jardín y haber sufrido el diluvio de Noé. En una segunda diáspora se habría producido la diferenciación de las lenguas, que fue impuesta por Dios a la humanidad, tras su presunción de construir la Torre de Babel. El centro de la historia del mundo



3. Merlín erigiendo Stonehenge, de un manuscrito británico del siglo XIV.

permaneció en el Próximo Oriente durante largo tiempo, donde la Biblia registraba el desarrollo del judaísmo y desde donde el cristianismo se difundió por Europa. Los investigadores trataron de vincular la Europa occidental con la historia registrada en el Próximo Oriente y el mundo clásico, construyendo caprichosas genealogías que identificaban a algunos personajes bíblicos o conocidos a través de otros relatos históricos, como los fundadores de las naciones europeas o como sus primeros reyes (Kendrick, 1950, p. 3). Así, y casi siempre por etimología popular, se atribuía a uno de los hijos de Noé, Gog, el origen del pueblo godo (Klindt-Jensen, 1975, p. 10), y a Brutus, el príncipe troyano, se le reconocía como el primer rey de Bretaña después del aniquilamiento de la raza de gigantes que en un principio vivía allí. Las deidades paganas se interpretaban a menudo como mortales deificados que se identificaban con personajes bíblicos menores o con sus descendientes (Kendrick, 1950, p. 82). De la misma manera, los monjes de Glastonbury, en 1184 d.C. afirmaron que José de Arimatea había llevado allí el Santo Grial en el año 63 d.C. (Kendrick, 1950, p. 15).

4. Se consideraba como algo natural que el modelo establecido de conducta humana degenerase. La Biblia afirmaba que Adán y sus descendientes habían sido granjeros y pastores, y que el trabajo del hierro se había empezado a practicar en el Próximo Oriente sólo algunas generaciones más tarde. Los primeros humanos gozaban y compartían revelaciones divinas directas. El conocimiento de Dios y de sus deseos se fue manteniendo y elaborando a través de los patriarcas y los profetas hebreos. Esto, junto con las revelaciones contenidas en el Nuevo Testamento, se convirtieron en el patrimonio de la Iglesia cristiana, la cual heredó la responsabilidad de mantener los modelos ideales de conducta humana. Por otra parte, los grupos que habían abandonado el Próximo Oriente habían fracasado en la renovación periódica de su fe a través de las revelaciones divinas o de las enseñanzas cristianas, y se habían arrojado en brazos del politeísmo, la idolatría o la inmoralidad. La teoría de la degeneración se utilizaba también para dar razón de las primitivas tecnologías de los cazadores-recolectores y de las tribus de agricultores cuando llegaron a las tierras europeas. Aplicado a la esfera de la tecnología y de la cultura material, el concepto de degeneración entró en liza con la visión alternativa, abanderada por historiadores romanos de la talla de Cornelio Tácito, de que la prosperidad material acelera la depravación moral. Los eruditos medievales se preocupaban mucho más de poder explicar la decadencia moral y espiritual que la del progreso tecnológico.

5. La historia del mundo se interpretaba como una sucesión de eventos únicos. El cristianismo alentó la institución de un enfoque histórico de los asuntos humanos, ya que la historia del mundo se veía como una serie de acontecimientos que poseían un significado cósmico. Éstos se interpretaban como el resultado de intervenciones predeterminadas de Dios, la última de las cuales pondría fin a la lucha entre el bien y el mal. Por tanto, no tenía ningún sentido pensar que el cambio o el progreso fuese intrínseco a la historia humana o que

los seres humanos fuesen capaces, sin la ayuda de Dios, de conseguir ningún hecho de significación histórica (Kendrick, 1950, p. 3; Toulmin y Goodfield, 1966, p. 56). Entre las intervenciones periódicas de Dios, los asuntos humanos continuaban su curso de forma estática o cíclica.

6. Finalmente, los eruditos medievales eran todavía menos conscientes de los cambios históricos en la cultura material que los griegos o los romanos. Unos cuantos papas y emperadores, como Carlomagno y Federico Barbarroja, coleccionaron monedas y gemas antiguas, reutilizaron elementos de la arquitectura romana e imitaron su escultura (Weiss, 1969, pp. 3-15). Pero en general no se era consciente de una manera explícita de que en los tiempos bíblicos o clásicos se llevaban ropas o se construían casas significativamente diferentes a las de la Edad Media. Cuando se descubrían estatuas de deidades paganas, eran con frecuencia destruidas o mutiladas ya que se consideraban indecentes u objetos de adoración del demonio (Sklenář, 1983, p. 15). Casi universalmente, los tiempos bíblicos se veían como algo cultural, social e intelectualmente idéntico a los de la Europa medieval.

Durante la Edad Media, el interés por los restos materiales del pasado fue mucho más restringido que durante la época clásica, estando limitado a la colección y conservación de reliquias sagradas. Esto no estimuló en absoluto el desarrollo de un estudio sistemático de los restos materiales del pasado, pero la visión que de éste se tenía constituyó el punto de partida conceptual a partir del cual se desarrollaría en Europa el estudio de la arqueología, cuando las condiciones sociales cambiasen.

El desarrollo de la arqueología histórica

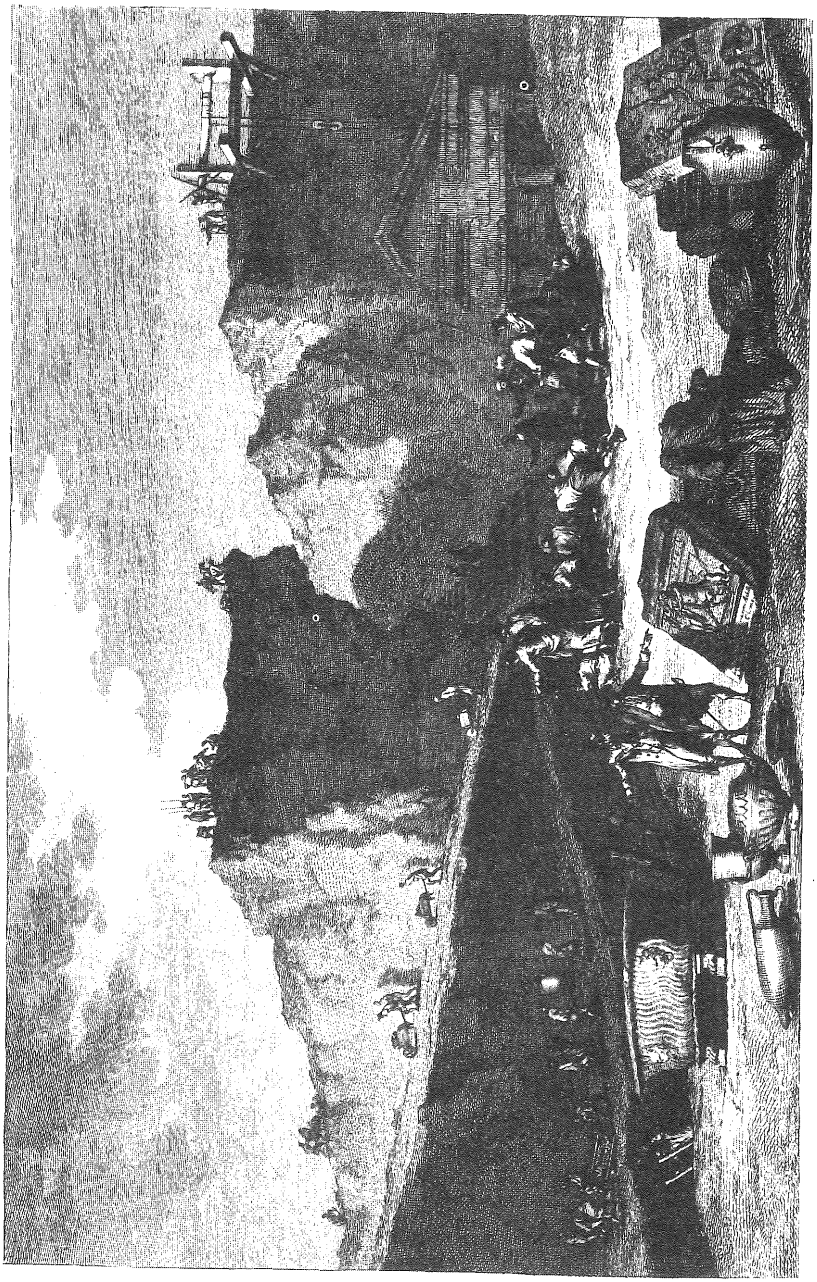
En el siglo XIV, los rápidos cambios sociales y económicos que marcaron el fin del feudalismo en el norte de Italia, llevaron a los investigadores a intentar justificar las innovaciones políticas aduciendo que tales hechos tenían sus precedentes en tiempos anteriores. Los intelectuales del Renacimiento empezaron a tener en cuenta la literatura clásica que había sobrevivido con el objetivo de proveer de un pasado glorioso a las emergentes ciudades-estado italianas y para justificar la creciente secularización de la cultura italiana (Slotkin, 1965, p. x). Los enfoques de estos intelectuales reflejaban generalmente los intereses de una nueva nobleza y una naciente burguesía, de cuyo mecenazgo dependían. Aunque la utilización de precedentes históricos que justificasen las innovaciones hunde sus raíces en el pensamiento de la Edad Media, es en estos momentos cuando la búsqueda de precedentes se hace más intensa, cosa que permite la constatación de que la vida social y cultural de aquel tiempo no se parecía en nada a la de la antigüedad clásica. Como consecuencia de este proceso, los textos históricos y literarios referidos a la antigüedad, desconocidos o poco estudiados en la Europa occidental desde la caída del Imperio romano, se van

haciendo más familiares, y los investigadores van cayendo en la cuenta de que el pasado es algo muy diferente del presente, de que cada época ha de ser estudiada según sus propias premisas, y de que el pasado no puede ser juzgado a partir de los modelos del presente (Rowe, 1965). Los logros culturales de Grecia y Roma se interpretaban como una evidencia que apoyaba la degeneración cultural producida desde aquel tiempo, visión que a su vez reforzaba el concepto cristiano tradicional sobre la historia humana. El objetivo de los estudiosos renacentistas era comprender e intentar emular lo mejor posible los gloriosos logros de la antigüedad. En un principio no se creía que, en su estado de degeneración, los seres humanos pudiesen abrigar alguna esperanza sobre la consecución de logros semejantes. Sólo había una esfera en la que el hombre, sin lugar a dudas, había superado a la antigüedad, y era en la posesión de una religión basada en revelaciones divinas, y eso era lo único que importaba.

El aprecio por la antigüedad clásica no se reducía sólo a la literatura, sino que rápidamente se extendió a las artes y a la arquitectura. Pronto, los nobles y los ricos mercaderes rivalizarían entre ellos como patrocinadores de las artes. En este sentido, se rechazaba el estilo gótico, y se prefería optar por emular el arte y la arquitectura de la antigua Roma. Este desarrollo provocó enseguida que empezasen a considerarse importantes no sólo la palabra escrita, sino también los objetos materiales supervivientes de aquel pasado, como fuentes de información decisivas sobre las civilizaciones clásicas.

Ambas facetas se hallan expresadas en el trabajo de Ciríaco de Ancona (Ciriaco de'Pizzicolli, 1391-1452 d.C.), cuyas investigaciones lo convierten en el primer arqueólogo conocido. Era un mercader italiano que viajó regularmente por Grecia y el Mediterráneo oriental durante un período de veinticinco años. Algunos de estos viajes tenían el objetivo específico de recavar información sobre monumentos antiguos. En el curso de estas visitas copió cientos de inscripciones, hizo dibujos de monumentos, coleccionó libros, monedas y obras de arte. Su interés principal fueron las inscripciones públicas, que recogió y comentó en seis volúmenes, algunos de los cuales se han conservado, siendo los restantes pasto de las llamas (Casson, 1939, pp. 93-99; Weiss, 1969, pp. 137-142).

A finales del siglo XV, los papas, como Pablo II y Alejandro VI, los cardenales y los miembros de la nobleza italiana, se dedicaban a coleccionar y mostrar obras de arte antiguas, al mismo tiempo que comenzaban a patrocinar la búsqueda y la recuperación de tales objetos (Taylor, 1948, pp. 9-10). En una fecha tan temprana como 1462, el papa Pío II promulgó una ley de preservación de las edificaciones antiguas de los estados papales y, en 1471, Sixto IV prohibió la exportación de bloques de piedra o estatuas de sus dominios (Weiss, 1969, pp. 99-100). Durante un largo período, aunque no se realizó ninguna excavación arqueológica en el sentido que hoy conocemos, se cavó en busca de objetos que tuviesen un valor estético y comercial. Las excavaciones que se iniciaron en los bien preservados yacimientos romanos de Herculano y Pompeya en la primera mitad del siglo XVIII, las llevaban a cabo buscadores de tesoros



4. Excavaciones en Herculano, 1782.

de este tipo, aunque gradualmente se fue adquiriendo un interés por la arquitectura doméstica romana junto al deseo de recuperar estatuas y otras obras de arte. Sea como fuere, había poco interés por comprender el contexto en el que se hallaban los objetos. Los propietarios de las tierras en las que se halló enterrada Pompeya acordaron con algunos contratistas la excavación por metro cúbico (Leppmann, 1968).

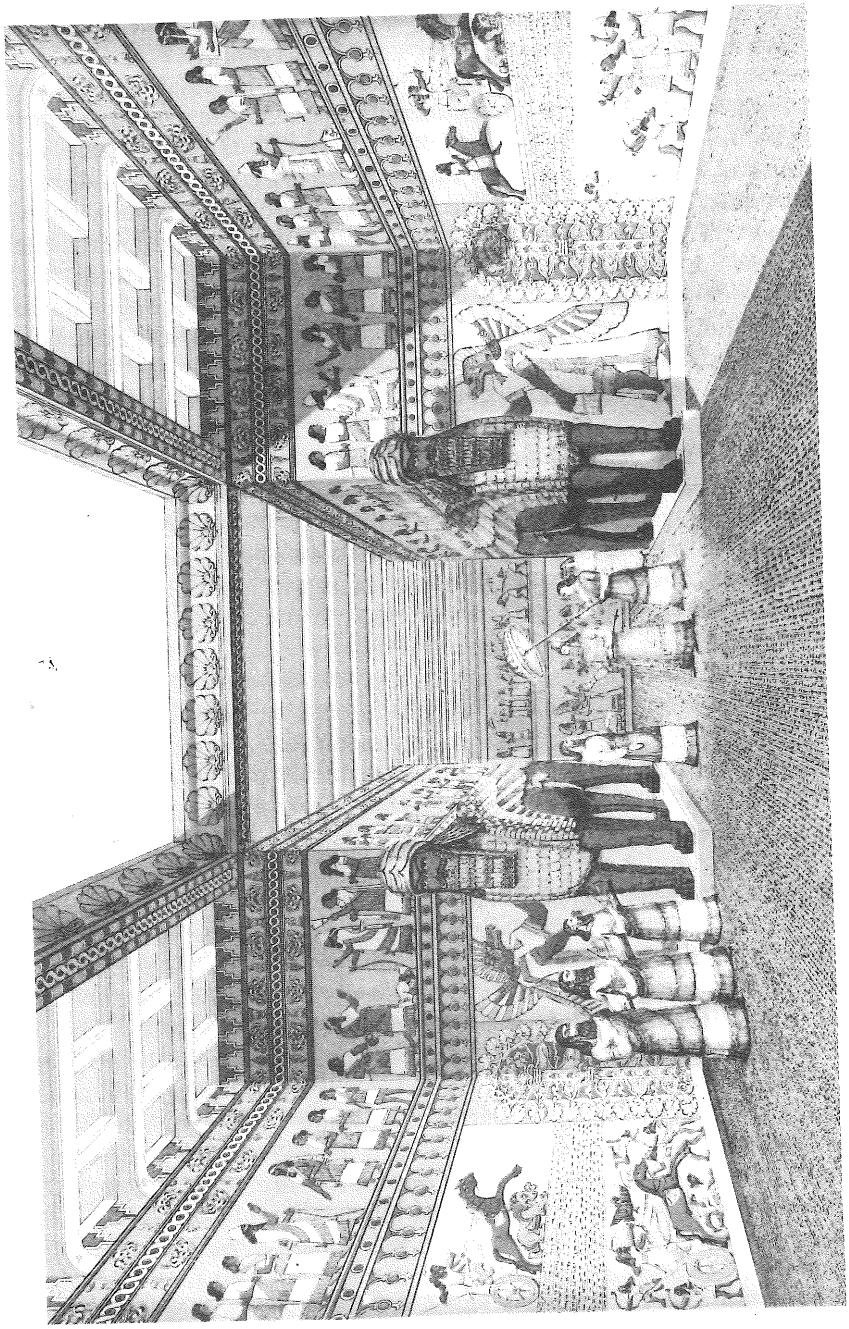
El interés por la antigüedad clásica se fue extendiendo lentamente por toda Europa. Con el tiempo, los miembros de la nobleza se convirtieron en ávidos coleccionistas de arte griego y romano, que les era proporcionado por sus agentes destacados en el Mediterráneo. A principios del siglo XVII, Carlos I, el duque de Buckingham y el conde de Arundel llegaron a rivalizar amistosamente por la importación a Inglaterra de tales objetos. En 1734, un grupo de caballeros ingleses que habían viajado a Italia formaron en Londres la Sociedad de Diletantes para estimular el gusto por el arte clásico. En los siguientes ochenta años, esta sociedad patrocinó algunas investigaciones arqueológicas en la región del Egeo (Casson, 1939, pp. 202-205). Las inscripciones clásicas, los monumentos y las obras de arte romanos hallados en Inglaterra, Francia, Alemania occidental y otros lugares que habían sido conquistados por el Imperio romano, empezaron a ser estudiados sistemáticamente por los anticuarios locales, como William Camden (1551-1623) en la Inglaterra de comienzos del siglo XVI. El gran valor monetario atribuido a las obras de arte de gran calidad tendió a restringir la investigación de estos materiales y de la arqueología clásica a la nobleza o a aquellos investigadores que podían permitirse el lujo del mecenazgo (Casson, 1939, p. 141).

El establecimiento de la Historia del Arte como una rama diferente de los estudios clásicos llegó con el trabajo del investigador alemán Johann Winckelmann (1717-1768). Su *Geschichte der Kunst des Altertums* (Historia del arte antiguo) (1764) y otros de sus escritos proporcionaron la primera periodización de los estilos escultóricos de Grecia y Roma, así como una descripción meticulosa de algunos trabajos individuales y discusiones sobre los factores que influyen en el desarrollo del arte clásico, como el clima, las condiciones sociales y la artesanía. Igualmente intentó definir modelos ideales, y, en su opinión, eternamente válidos, de belleza artística. El trabajo de Winckelmann fue el germen del desarrollo futuro de los estudios clásicos, los cuales hasta la época actual han continuado basándose en la investigación dual de documentación escrita y obras de arte. Los registros escritos se veían como el factor esencial que proveía del relato indispensable de la historia y del desarrollo del pensamiento en la Grecia y Roma antiguas. La historia del arte, aunque dependía de los registros escritos para la datación y la contextualización requerida para estudiar los cambios en los estilos artísticos, extendía el estudio del pasado a la esfera de la cultura material, la cual, a su vez, no podía ser investigada de una manera sistemática utilizando exclusivamente los datos proporcionados por las fuentes literarias. A pesar de que no constituyera una disciplina independiente de los

estudios clásicos, la historia del arte fue mucho más allá de la mera ilustración de los datos que se extraían de los documentos escritos.

Los estudios clásicos conformaron un modelo para el desarrollo de la egiptología y de la asiriología. A finales del siglo XVIII no se sabía casi nada sobre las antiguas civilizaciones de Egipto y del Próximo Oriente excepto que habían sido registradas por la Biblia y por los escritores griegos y romanos. Los manuscritos de estas culturas no pudieron leerse, y todos sus escritos y obras de arte permanecieron enterrados y sin estudiar durante un gran período de tiempo. Las investigaciones sistemáticas sobre el antiguo Egipto empezaron con las primeras observaciones hechas por los estudiosos franceses que acompañaron a Napoleón Bonaparte cuando invadió Egipto entre 1798 y 1799 y que elaboraron una *Description de l'Égipte* de varios volúmenes comenzada en 1809. Otro resultado de esta campaña militar fue el descubrimiento accidental de la Piedra Rosetta, una inscripción bilingüe que constituyó un acontecimiento primordial para que Jean-François Champollion (1790-1832) descifrase los escritos del antiguo Egipto, tarea que empezó a producir resultados sustanciales hacia 1822. Los egiptólogos, como Champollion y Karl Lepsius (1810-1884), iniciaron sus visitas a Egipto para registrar los templos, las tumbas y las inscripciones monumentales a ellos asociadas. Utilizando estas inscripciones, fue posible esbozar una cronología y una historia esquemática del antiguo Egipto, a partir de la cual los egiptólogos pudieron rastrear el desarrollo del arte y la arquitectura egipcios. Al mismo tiempo, surgieron los aventureros, como el artista de circo y «hombre forzudo» Giovanni Belzoni y los agentes del cónsul general francés Bernardino Drovetti, que luchaban encarnizadamente por reunir grandes colecciones de obras de arte egipcias para su exhibición pública en Francia e Inglaterra (Fagan, 1975). Este saqueo de las tumbas y templos egipcios no finalizó hasta que el egiptólogo francés Auguste Mariette (1821-1881), que había sido nombrado conservador de los monumentos egipcios en 1858, puso coto a todo trabajo no autorizado. Incluso las propias excavaciones que él realizaba estaban destinadas a adquirir material para la colección nacional más que a estudiar y registrar las circunstancias de los hallazgos.

A pesar de que ya se tenían noticias de la escritura cuneiforme en la Europa de 1602, el primer intento por traducirla con éxito lo hizo Georg Grotefend (1775-1853) en 1802. No fue hasta 1849 que Henry Rawlinson (1810-1895) halló la ocasión de publicar un estudio de la versión en persa antiguo del largo texto trilingüe que el rey aqueménida Darío I (que reinó desde el 522 al 486 a.C.) había hecho grabar en la roca en Bisitun, Irán. En 1857, fue él quien descifró, junto a otros investigadores, la versión que de este texto se había compuesto en lengua babilónica, mucho más antigua, poniendo así las bases para desentrañar la historia de Asiria y de la antigua Babilonia. Las excavaciones esporádicas en busca de tesoros en Irak dieron paso en 1840 a las intervenciones de Paul-Émile Botta (1802-1870) en las ruinas de Nínive y Khorsabad y las de Austen Layard (1817-1894) en Nimrud y Kuyunjik. Estas excavaciones de los elabo-



5. Reconstrucción de un palacio asirio por Layard, de *Monuments of Nineveh*, 1853.

radísimos palacios neoasirios proveyeron de grandes cantidades de esculturas e inscripciones. Estas últimas despertaron un gran interés, al referirse a las primeras historias explicadas en la Biblia. Finalmente, como sucedió para Egipto, se pudo esbozar una cronología para la civilización mesopotámica que permitió a los eruditos estudiar los cambios producidos en los estilos artísticos y en la arquitectura monumental desde los primeros estadios de la escritura.

El desarrollo de la egiptología y de la asiriología durante el siglo XIX añadió tres mil años de historia a dos áreas del mundo que revestían un especial interés en lo que se refería a los estudios bíblicos, ya que hasta entonces no se había dispuesto de documentación directa. Ambas disciplinas se fueron moldeando como lo habían hecho los estudios clásicos. Para suplir los datos cronológicos, los datos históricos y la información acerca de las creencias y los valores del pasado, se basaron en los escritos, aunque también se interesaron por el desarrollo del arte y de la arquitectura monumental que iba revelando la arqueología. Es más, tanto la egiptología como la asiriología dependieron mucho más de la arqueología que los propios estudios clásicos, ya que la gran mayoría de textos que se conseguían tenían que ser previamente desenterrados. Así, mientras que la investigación sobre la historia del arte continuó basándose en los registros escritos para la ordenación cronológica de sus datos, los problemas que presentaba la aplicación de este método a períodos más antiguos con poca o nula escritura provocó que creciese el número de arqueólogos que adquirieron conciencia de la importancia que revestían los objetos recuperados mediante la arqueología para conocer los logros humanos. El desarrollo de la arqueología clásica, que empezó en el Renacimiento, incentivó los estudios arqueológicos aplicados a los tiempos prehistóricos. Es importante señalar que algunos arqueólogos clásicos, como D. G. Hogarth (1899, p. VI), continuaron considerando como algo inferior y sin importancia el estudio arqueológico de los períodos que podían ser perfectamente conocidos a través de los registros escritos.

En China, como ya hemos anotado anteriormente, los textos históricos se conformaron como género literario gracias a la tarea de Si-ma Qien, a principios de la dinastía Han. Durante la dinastía Song (960-1279 d.C.), el hecho de que se desenterrasen unas vasijas de bronce de la dinastía Shang provocó un nuevo interés por la antigüedad hasta el punto de desviar el curso del río Amarillo. Estas vasijas formaron el núcleo de una colección imperial de antigüedades que todavía se conserva en Beijing (Elisseeff, 1986, pp. 37-39). Los investigadores contemporáneos a la dinastía Song se afanaron en publicar detalladas descripciones y estudios sobre objetos antiguos de bronce y jade, especialmente los que presentaban inscripciones. Uno de los trabajos más antiguos que han sobrevivido, el *Kaogutu* de Lu Dalin, describe con palabras y dibujos doscientos diez artefactos de bronce y trece de jade, que datan desde la dinastía Shang a la Han, y que pertenecían a la colección imperial y a otras treinta privadas. Las inscripciones sobre estos objetos se estudiaban como fuentes de información acerca de la epigrafía y de la historia antigua, y los objetos en sí eran mi-

6. Vasija ritual shang de bronce fundido, ilustrada con el calco de sus inscripciones y su transcripción a caracteres convencionales del catálogo *Bogutu,* del siglo XII d.C.

nuciosamente ordenados en categorías en un esfuerzo por recavar información sobre formas rituales antiguas y otros aspectos de la cultura que no figuraban en los textos antiguos. Las inscripciones, los motivos decorativos y las formas generales de los objetos se utilizaban como criterios cronológicos y para asegurarse de la autenticidad de éstos, y muy pronto los investigadores dispusieron de un criterio exclusivamente formal a través del cual se fechaban las vasijas. Aunque el anticuarismo tradicional sufrió una acentuada decadencia tras la dinastía Song, los estudios sistemáticos se reemprendieron durante la dinastía Qing

(1644-1911) y son éstos los que conforman la base indígena del desarrollo de la arqueología en la China moderna. Estos trabajos incluyeron los primeros estudios sobre las inscripciones en los huesos del oráculo Shang, que fueron desenterrados en Anyang a principios de 1898 (Chang, 1981). Pero no fue hasta los años veinte que los investigadores chinos empezaron a sentir interés por las excavaciones, y el anticuarismo permaneció como una rama de la historiografía tradicional, sin evolucionar hacia una disciplina por derecho propio, como ocurrió en Occidente con los estudios clásicos, la egiptología o la asiriología.

En Japón, durante el próspero período Tokugawa (1603-1868), caballeros estudiosos de la clase de los samurai y de los comerciantes coleccionaron y describieron artefactos antiguos y registraron túmulos funerarios y otros monumentos del pasado como datos para confeccionar la historia local y nacional. Al final del período Tokugawa, estos investigadores iniciaron minuciosos exámenes de yacimientos y artefactos incluso en áreas remotas de los centros urbanos (Ikawa-Smith, 1982). Michael Hoffman (1974) ha sugerido que estas actividades surgieron a partir del estímulo de los influjos occidentales, cosa que no es en absoluto cierta. Es posible que en Japón, como ocurrió en China y en Italia, el interés por los estudios históricos a través del examen de los textos se extendiese a los restos materiales.

Por lo que respecta a la India, no se desarrolló un movimiento de interés sistemático por el pasado hasta la época colonial. A pesar de haber alcanzado impresionantes logros en otras esferas, la civilización india no generó una fuerte tradición de estudios históricos (Chakrabarti, 1982), quizás porque la religión hindú utilizó otros métodos para comprender el sentido de la vida humana y los hechos históricos, como la cosmología (Pande, 1985). Tampoco se desarrolló un interés de este tipo en el Próximo Oriente, donde los pueblos islámicos vivían rodeados de impresionantes monumentos de la antigüedad. Aun así, en la región existió un fuerte interés por la historia y se intentó explicar la historia en términos naturalistas, especialmente por parte de Abu Zayd Abd al-Rahman ibn Jaldun (1332-1406), investigador a quien en la actualidad se le asigna uno de los primeros lugares entre los estudiosos de la historia de todo el mundo (Masry, 1981). El fracaso del anticuarismo en el mundo árabe quizás deba atribuirse a su rechazo de las civilizaciones paganas preislámicas, sumidas según ellos en una Era de Ignorancia, o bien por atribuir un carácter cíclico a su historia, junto con un desdén de origen religioso por toda obra de arte figurativa. Los casos de la India y del mundo árabe ilustran el tipo de factores individuales que siempre deben tenerse en cuenta cuando se intentan explicar los orígenes de la investigación arqueológica en cualquier cultura.

A pesar de todo, los paralelos entre Europa, China y Japón sugieren que allí donde han existido tradiciones historiográficas sólidas, también han habido buenas oportunidades para complementar el estudio de documentos escritos con una investigación sistemática de la paleografía y de la historia del arte. El hecho que haya sido Europa, aunque más tarde que en China, en donde se

hayan desarrollado extensiva e intensivamente estos estudios puede atribuirse, al menos en parte, a la gran importancia que el cristiano medieval concedía a los episodios históricos como elementos de aprendizaje de la condición humana. El redescubrimiento de la antigüedad clásica era visto como un medio para obtener información sobre el glorioso pasado de Italia, que había recibido poca atención en los relatos bíblicos, mientras que el deseo por conocer Egipto y Mesopotamia en el siglo XIX estuvo especialmente motivado por un deseo de saber algo más sobre las civilizaciones registradas por el Antiguo Testamento. Este sentimiento de discontinuidad y diversidad en el origen de las civilizaciones europeas estimuló un interés por la arqueología como fuente de obtención no sólo de artefactos sino también de documentación escrita. Esta situación, muy diferente de la gran continuidad que se registra en las historias china y japonesa, actuó como acicate para el desarrollo de la arqueología como una fuente principal de información sobre las antiguas civilizaciones literarias.

Anticuarismo en la Europa septentrional

Sin embargo, ¿qué significado tuvo el desarrollo de la arqueología complementada por textos antiguos para la mayoría de los países de la Europa central y septentrional? Se ha de tener presente que en estos países los registros escritos más antiguos se remontan raras veces a la época romana y normalmente no existen hasta el 1000 d.C. Se creía que el mundo se había creado en el 4000 a.C., y la Biblia proporcionaba una crónica fiable de los eventos acaecidos en el Próximo Oriente, que servía para explicar el pasado de toda la humanidad; por tanto, el alcance de los textos escritos o del estudio de las tradiciones se consideraba bastante reducido. Durante la Edad Media, los cronistas, casi todos hombres de la Iglesia, construyeron un cuadro colorista del pasado remoto de cada uno de los pueblos europeos. Estos relatos estaban basados en leyendas e invenciones. En un clima donde la crítica brillaba por su ausencia, los investigadores podían fraguar nuevos documentos que tuvieran muy poco fondo de verdad (Sklenář, 1983, p. 14). Los estudiosos ingleses proclamaban orgullosos que Arturo y antes que él Brutus habían conquistado la mayor parte del mundo (Kendrick, 1950, pp. 36-37). En numerosas ocasiones, las crónicas se confeccionaban para apoyar a uno u otro grupo dirigente. Por ejemplo, Geoffrey de Monmouth, escritor del siglo XII, ensalzó el pasado bretón de Inglaterra frente al componente anglosajón, para poder contentar a sus amos normandos (*ibid*, p. 4). No es extraño que en estas crónicas se mencionen los monumentos prehistóricos. Geoffrey de Monmouth asociaba Stonehenge con las leyendas artúricas, mientras que en Alemania los sepulcros megalíticos y los túmulos se asignaban a los hunos, que habían invadido Europa en el siglo V d.C. (Sklenář, 1983, p. 16).

Las inquietudes patrióticas de la Europa septentrional, que llevaron a la Re-

forma, estimularon un renovado y más secular interés por la historia de esos países, interés que era evidente en el siglo XVI. Este patriotismo era especialmente fuerte entre la clase media urbana, cuya prosperidad creciente, ya estuviese basada en los servicios prestados a la realeza ya en sus propios méritos profesionales, estaba vinculada a la decadencia del feudalismo y al desarrollo de los estados nacionales. En Inglaterra, la dinastía Tudor fue glorificada a través de renovados estudios históricos sobre leyendas artúricas, que reflejaban el pasado bretón —no inglés— de la familia. También se produjo un marcado interés por estudiar la historia de Inglaterra antes de la conquista normanda y por maquillar los registros de manera que pareciese que el protestantismo, lejos de ser una innovación, era en realidad una restauración del verdadero cristianismo, que había sido destruido o desfigurado por el catolicismo romano (Kendrick, 1950, p. 115).

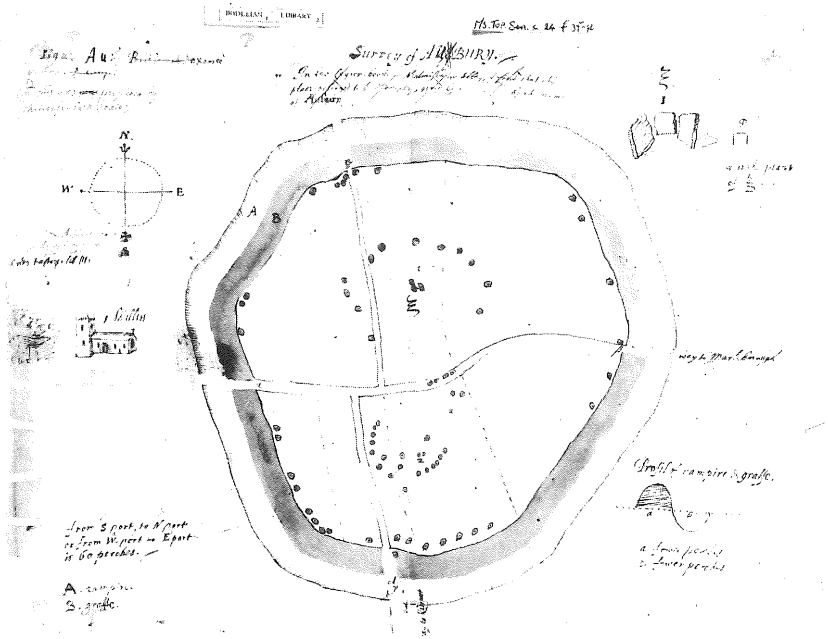
Así, T. D. Kendrick (1950) ha interpretado el resurgimiento del interés por la historia en Inglaterra durante el siglo XVI como un triunfo del Renacimiento sobre el pensamiento medieval. Algunos historiadores, como Polidoro Virgilio, rechazaron el enfoque acrítico de los cronistas medievales e intentaron basar su trabajo en documentos realmente fiables, hecho que implicaba negar la historicidad de muchas leyendas nacionales que no se sostenían como elemento de comparación con registros históricos de otros países (*ibid.*, p. 38).

En Inglaterra, ya en el siglo XV, John Rous (1411-1491) y William de Worcester (1415-1482) eran conscientes de que el pasado había sido algo materialmente muy diferente del presente. William trabajaba en una descripción de Gran Bretaña que implicaba la medición y la descripción de los antiguos edificios (Kendrick, 1950, pp. 18-33). Esta preocupación por los restos materiales del pasado se reforzó con la disolución de los monasterios durante el reinado de Enrique VIII. El desmantelamiento de estos hitos geográficos seculares y la dispersión de sus bibliotecas incitó a los investigadores a registrar todo lo que se destruía junto con los monumentos del más remoto pasado. Así, el estudio de los restos materiales empezó a complementar el de los registros escritos y las tradiciones orales, dando lugar a la figura del anticuario, una figura distinta del investigador puramente histórico. Estos anticuarios, personas con mucho tiempo libre aunque no ricas, procedían de las clases medias administrativas y profesionales, que conocieron su expansión y prosperidad bajo el gobierno más centralizado de los Tudor (Casson, 1939, p. 143). Para estos ingleses patrióticos, las antigüedades locales eran un sustituto muy aceptable de las procedentes de Grecia y Roma. Visitaban monumentos que databan de la época medieval, romana o prehistórica y los describían como parte de la historia y la topografía del condado. También se preocupaban de registrar las leyendas y las tradiciones locales que giraban alrededor de los yacimientos. Además, algunos anticuarios se dedicaron a coleccionar curiosidades locales o exóticas. John Twyne, fallecido en 1581, coleccionó monedas, vidrios y cerámicas romanobritánicas, y estudió megalitos y terraplenes (Kendrick, 1950, p. 105). Una co-

lección más variada y extensa, pero menos arqueológica, la del jardinero real John Tradescant, iba a formar el núcleo del Ashmolean Museum, que se estableció en Oxford en 1675. Hasta ese momento, las colecciones de antigüedades consistían en reliquias religiosas o pertenecientes a familias nobles.

En un principio no existía una distinción clara entre las curiosidades de origen humano y las de origen natural. Los estudiosos, al igual que la gente no versada, creían que las hachas de piedra eran «piedras del trueno» (creencia apoyada por el naturalista romano Plinio [Slotkin, 1965, p. x]) y que las puntas de proyectil de piedra eran «cerrojos de los duendes», mientras que en Polonia y en Europa central se creía que las vasijas de cerámica crecían bajo la tierra por generación espontánea (Abramowicz, 1981; Sklenář, 1983, p. 16). En un mundo totalmente ajeno a la evolución biológica no era nada evidente que una hacha prehistórica fuese un producto humano mientras que un fósil fuese una formación natural. La mayoría de estas curiosidades se hallaban al labrar los campos y no existía ninguna tradición de excavación en busca de restos prehistóricos.

John Leland (1503-1552) fue nombrado Anticuario Real en 1533, desempeñando una importante labor respecto a los libros dispersos de las bibliotecas monásticas. Asimismo viajó por Gales e Inglaterra registrando restos visibles de yacimientos prehistóricos, topónimos, genealogías y objetos de interés histórico. De todas maneras, su interés mayor era el hecho de viajar y ver cosas más que registrar estilos arquitectónicos o simplemente estudiar los registros escritos (Kendrick, 1950, pp. 45-64). William Camden, el autor de la primera planimetría topográfica global de Inglaterra, hizo sobre todo hincapié en los restos romanos y medievales. Su *Britannia*, publicada en 1586, conoció muchísimas reediciones póstumas. Camden fue igualmente miembro fundador, en 1572, de la Society of Antiquaries, una sociedad londinense garante de la preservación y estudio de las antigüedades nacionales. Esta sociedad fue suprimida por Jacobo I en 1604, presumiblemente porque el monarca, escocés de nacimiento, temía que pudiese estimular el nacionalismo inglés y, en consecuencia, actuase en menoscabo de sus intereses (Taylor, 1948, p. 10; Joan Evans, 1956, p. 14). John Aubrey (1626-1697), el más famoso de todos los anticuarios del siglo XVII, trabajó principalmente en la zona de Wiltshire. Confeccionó descripciones de Stonehenge y de Avebury, y aportó la idea de que estos grandes monumentos prehistóricos podían ser templos druídicos (Hunter, 1975). Las investigaciones de estos primeros anticuarios fueron continuadas por una sucesión de historiadores y topógrafos que siguieron trabajando en su mayoría a un nivel local, sin realizar una gran actividad excavadora y careciendo de un sentido de la cronología que no fuese el que les proporcionaba el registro escrito. Al igual que los arqueólogos clásicos, intentaban explicar los monumentos antiguos mediante su asociación con los pueblos mencionados en los relatos históricos. Esto significaba que todo aquello que ahora reconocemos como restos prehistóricos se atribuía generalmente de manera bastante arbitraria a los bre-



7. Planta de Avebury, de Aubrey, de su *Monumenta Britannica, c.* 1675.

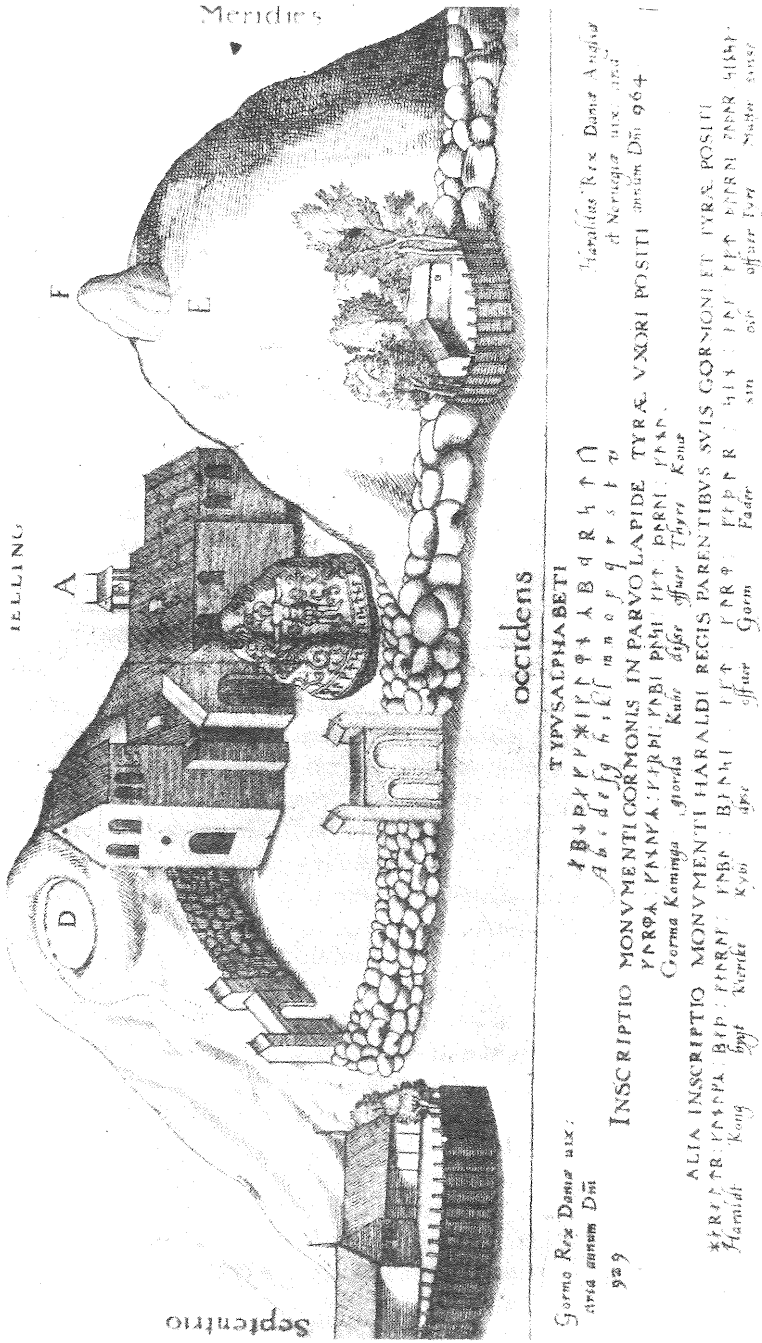
tones, es decir, a los habitantes que había en las islas cuando llegaron los romanos, o a los sajones y los daneses, los cuales habían invadido Gran Bretaña después de la caída del Imperio romano.

Las investigaciones sistemáticas protagonizadas por anticuarios se desarrollaron en Escandinavia algo posteriormente que en Inglaterra y fueron en parte producto de la rivalidad militar y política que siguió a la separación de Suecia y Dinamarca en 1523. En esa región, los historiadores del Renacimiento se interesaron por los respectivos patrimonios nacionales tan pronto como en Inglaterra. Los reyes Cristián IV de Dinamarca (que reinó durante los años 1588 a 1648) y Gustavo Adolfo II de Suecia (que reinó desde el año 1611 al 1632) estimularon el estudio de los registros históricos y del folklore para crear un cuadro de grandeza y valor que enorgulleciese a la nación. Este interés se extendió rápidamente al estudio de los monumentos antiguos. El patronazgo real hizo posible la aparición de anticuarios destacados que los registraron de una manera sistemática. Johan Bure (1568-1652), un funcionario sueco, y Ole Worm (1588-1654), un médico danés, documentaron gran número de ruinas. Las inscripciones pétreas halladas, que datan del final de la Edad del Hierro, permitieron cotejar con la arqueología clásica los últimos tiempos prehistóricos y el comienzo de la era histórica. Estos anticuarios recogieron igualmente informa-

ción sobre tumbas megalíticas y pinturas rupestres. Tanto Bure como Worm aprendieron de sus mutuos trabajos a pesar de las tensas relaciones políticas entre sus países y a pesar de su compromiso para promover el sentimiento patriótico respectivo (Klindt-Jensen, 1975, pp. 14-21). Parte de su trabajo se realizó por medio de cuestionarios que se distribuyeron por toda la nación. También se crearon museos donde se exponían curiosidades naturales u objetos de fabricación humana. En Dinamarca, uno de los primeros fue el museo particular de Worm, el cual se convirtió en la base de la Kunstkammer, o Colección Real, que fue abierta al público en 1680. En Suecia, en 1666, se estableció un Colegio de Anticuarios en Uppsala, con el fin de estimular la investigación, y se promulgaron leyes que aseguraban la protección de los monumentos antiguos. El rey proporcionaba una recompensa a todo aquel que le entregaba un hallazgo valioso. Olof Rudbeck (1630-1702) hizo trincheras y dibujó secciones verticales de gran número de túmulos de la época vikinga en la vieja Uppsala, determinando de esta manera la edad relativa de los enterramientos individuales en túmulo. Rudbeck creía que el grosor del césped acumulado sobre las tumbas podía utilizarse como indicador de los siglos que habían pasado desde que se había practicado el enterramiento (Klindt-Jensen, 1975, pp. 29-31). Desgraciadamente, la investigación de los anticuarios languideció tanto en Suecia como en Dinamarca debido a las ambiciones políticas de estos estados y a los titubeos de su economía a finales del siglo XVII.

También en Europa central y occidental se desarrolló, aunque menos intenso, un interés por los restos físicos del pasado. En la Francia medieval, las ruinas romanas y prehistóricas se adscribían a los héroes, como Carlomagno y Roland, y a los santos locales. Con el Renacimiento, las antigüedades romanas fueron pronto identificadas como tales y Francisco I (que reinó durante 1515-1547) y Enrique IV (que reinó durante 1589-1610) reunieron sustanciosas colecciones de estatuas de mármol y bronces locales e importados. La mayoría de los estudios se concentraban en las inscripciones romanas, mientras que a las antigüedades prehistóricas se les concedía poco valor. No fue hasta el siglo XVIII que se desarrolló un interés por los primeros habitantes celtas de Francia y sus orígenes, razón por la cual se practicaron algunas excavaciones en yacimientos prehistóricos. En el último tercio de ese siglo surgió un deseo creciente de demostrar los logros culturales de los celtas, que eran reconocidos como los ancestros de los franceses, y en consecuencia se inició el estudio de los tiempos prerromanos de manera independiente a la arqueología clásica. Este movimiento, que continuó durante el siglo XIX, estaba ligado a un creciente nacionalismo, y al igual que los primeros estudios ingleses sobre restos prerromanos, más que ayudar al desarrollo de la arqueología, engendró especulaciones fantasiosas (Laming-Emperaire, 1964).

En Alemania, el redescubrimiento en 1451 de la obra *Germania*, del historiador romano Cornelio Tácito (*c.* 56-120 d.C.), la cual contenía una detallada descripción de las costumbres de los antiguos germanos, llevó a los investiga-



8. Grabado de túmulos y piedras rúnicas en Jelling, Dinamarca, 1591.

dores a utilizar fuentes clásicas y no leyendas medievales para sus estudios de historia antigua. Este hecho puso los cimientos para la realización del primer estudio histórico general sobre la Alemania antigua, *Germaniae Antiquae,* de Philip Klüver, publicado en 1616 (Sklenář, 1983, pp. 24-25). Este estudio condujo a un refuerzo del interés por los restos materiales del pasado. La excavación de túmulos en Marzahna (Sajonia) en 1587, fue una de las primeras en toda Europa que se realizó no a la búsqueda de tesoros o para enriquecer colecciones, sino para hallar la respuesta a un interrogante específico, a saber, si las vasijas halladas en tales estructuras eran manufactura humana o eran producto de la generación espontánea natural (*ibid.*, p. 38). No se llevaron a cabo demasiadas iniciativas encaminadas a clasificar megalitos o vasijas funerarias según su forma y uso (*ibid.*, p. 33).

Desarrollos análogos tuvieron lugar en Hungría y en los países eslavos. Figuras de la esfera política, hombres de la Iglesia y estudiosos varios incorporaron hallazgos arqueológicos a sus colecciones de curiosidades. En algunas colecciones principescas, los hallazgos locales que se consideraba poseían cierto mérito artístico eran mostrados junto a estatuas y vasijas pintadas importadas de Italia y Grecia. Ocasionalmente se efectuaba algún trabajo de excavación para conseguir objetos y se promulgaban leyes para proteger las antigüedades y para asegurar los nuevos hallazgos a las colecciones nacionales (Sklenář, 1983, pp. 32-33). Si por una parte, aunque de manera caprichosa, los hallazgos arqueológicos se intentaban asignar a pueblos históricamente conocidos, por otra no se hacía ningún esfuerzo por crear un sistema de datación del conjunto de artefactos prehistóricos europeos. Así, ante la ausencia de inscripciones, no estaba nada claro qué hallazgos se databan antes o después de los primeros registros escritos conocidos en una área en concreto.

La identificación de utensilios de piedra

Los siglos XVI y XVII marcaron el inicio de la exploración y la colonización de todo el mundo por parte de los países de la Europa occidental. Los marinos empezaron a familiarizarse con los grupos de cazadores-recolectores y las tribus de agricultores de las Américas, de África y del Pacífico. Empezaron a circular por Europa descripciones sobre estas gentes y sus costumbres y, a modo de curiosidad, se mostraban sus instrumentos y sus ropas, traídos por los viajantes. En un principio, el descubrimiento de grupos humanos que no sabían trabajar los metales y que practicaban costumbres totalmente contrarias a las enseñanzas cristianas pareció confirmar la tradicional visión medieval de que aquellos grupos que se habían alejado más del Próximo Oriente, la cuna de la humanidad, eran los que más lejos se hallaban de la revelación divina y, por tanto, los más degenerados moral y tecnológicamente. Pero gradualmente se empezó a tomar conciencia de estas gentes y de su tecnología, naciendo una

visión alternativa, que, entre otras cosas, sirvió para esbozar paralelos entre esos pueblos primitivos «modernos» y los pueblos prehistóricos que habían habitado Europa. Pero aún tenía que pasar mucho tiempo para que se aceptara esta comparación de forma general y aún más para que se desarrollaran todas sus implicaciones.

El primer paso en este proceso se dio cuando los investigadores empezaron a considerar la idea de que los instrumentos de piedra hallados en Europa se debían a la manufactura humana y no a causas naturales o sobrenaturales. Hasta el siglo XVII, los cristales, los fósiles de animales, los instrumentos de piedra y otros objetos de piedra trabajada se habían considerado como fósiles en general. En 1669, Nicolaus Steno (1638-1686) comparó algunos fósiles con conchas de moluscos actuales, dándose cuenta de que se parecían casi tanto como los cristales inorgánicos. En consecuencia, concluyó que las conchas fosilizadas eran los restos de animales que una vez estuvieron vivos. Las comparaciones etnográficas desempeñaron un papel similar en el establecimiento del origen humano de los utensilios de piedra (Grayson, 1983, p. 5). La posibilidad de que en un pasado hubiesen vivido en Europa grupos humanos que no conocían el uso del metal fue sugerida por vez primera a principios del siglo XVI por Pedro Mártir de Anglería, cuando relacionó los nativos de las Indias Occidentales con las tradiciones clásicas de una Edad de Oro primigenia (Hodgen, 1964, p. 371).

El geólogo italiano Georgius Agricola (1490-1555) expresó la opinión de que los instrumentos de piedra tuviesen muy probablemente un origen humano (Heizer, 1962a, p. 62), mientras que Michel Mercati (1541-1593), superintendente de los Jardines Botánicos del Vaticano y físico del papa Clemente VII, sugirió en su *Metallotheca* que, antes de la utilización del hierro, seguramente los utensilios de piedra habían sido «extraídos del más duro pedernal para ser usados en la locura de la guerra» ([1717] Heizer, 1962a, p. 65). Citaba testimonios bíblicos y clásicos que probaban el uso de utensilios de piedra y procuró familiarizarse con los especímenes etnográficos del Nuevo Mundo que habían sido entregados al Vaticano como regalos. Ulises Aldrovandi (1522-1605) también reconocía en su *Museum Metallicum,* publicado en 1648, que los instrumentos de piedra eran de origen humano. En 1655, el francés Isaac de La Peyrère, uno de los primeros escritores que se atrevió a poner en tela de juicio los relatos bíblicos sobre la creación de la humanidad, adscribió las «piedras del trueno» a la raza «preadamita», la cual según él había existido antes de la creación del primer hebreo descrito en el libro del Génesis.

En Gran Bretaña, el conocimiento creciente de los pueblos nativos que poblaban el Nuevo Mundo desembocó en una convicción cada vez mayor de que los instrumentos de piedra eran producto de seres humanos. En 1656, el anticuario William Dugdale (1605-1686) atribuyó la manufactura de tales objetos a los antiguos bretones, añadiendo que éstos habían empleado utensilios de piedra antes de aprender a trabajar los metales. Robert Plot (1640-1696), yerno de Dugdale y conservador del Ashmolean Museum, compartía la opinión de

su suegro hasta el punto de que en 1686 escribió que los antiguos bretones habían utilizado la piedra como primer material antes que los instrumentos de hierro y que sería perfectamente posible dilucidar la creación de tales instrumentos pétreos a partir de la comparación de éstos con los de los indios de Norteamérica observados en sus construcciones de madera. En 1699, su asistente Edward Lhwyd llevó a cabo comparaciones específicas entre las puntas de flecha hechas de lascas de los indios de Nueva Inglaterra y las flechas que se decían de los duendes. Una iniciativa similar la emprendió el anticuario escocés sir Robert Sibbald en una fecha tan temprana como 1684. Alrededor de 1766, el obispo Charles Lyttelton especuló con la posibilidad de que los instrumentos de piedra hubiesen sido realizados antes de que se conociese el trabajo del metal y que, por tanto, fuesen anteriores a la conquista romana (Slotkin, 1965, p. 223). Una década después, el escritor Samuel Johnson ([1775] 1970, p. 56) comparó las puntas de flecha de piedra halladas en Gran Bretaña con las de los habitantes coetáneos de las islas del Pacífico, llegando a la conclusión de que las primeras habían sido manufacturadas por una nación que no conocía ciertamente el uso del hierro. En el siglo XVIII, estas observaciones llevaron a la creencia general en Gran Bretaña de que las antigüedades podían ser una fuente de información sobre el pasado a la vez que curiosidades dignas de mencionarse en las topografías locales.

En Francia, en 1719, dom Bernard de Montfaucon (1655-1741), quien veinticuatro años antes había publicado una memoria de la excavación de una tumba megalítica que contenía hachas de piedra pulimentadas, adscribió ese tipo de tumbas a una nación que no conocía la utilización del hierro. Para llegar a esa conclusión había sido influido por el conocimiento de las investigaciones arqueológicas que se llevaban a cabo en Gran Bretaña y Escandinavia (Laming-Emperaire, 1964, p. 94). Cinco años después, el investigador francés Antoine de Jussieu (1686-1758) efectuó detalladas comparaciones entre los utensilios de piedra europeos y las piezas de interés etnográfico traídas de Nueva Francia y del Caribe. Constató que «la gente de Francia, Alemania y otros países del norte, si no hubiesen descubierto el hierro, se asemejarían a los salvajes de hoy día, ya que hasta entonces compartieron los mismos instrumentos y las mismas necesidades que ellos, es decir, aserrar madera, extraer corteza, cortar ramas, matar animales salvajes, cazar para comer y defenderse de los enemigos» ([1723] Heizer, 1962a, p. 69). En 1738, Kilian Stobeus, profesor de Historia Natural en la Universidad de Lund, afirmó que los implementos de pedernal eran anteriores a los de metal, al menos en Escandinavia, y los comparó con los especímenes etnográficos traídos de Louisiana, opinión que recoge en 1763 el investigador danés Erik Pontoppidan (Klindt-Jensen, 1975, pp. 35-39). En una fecha tan tardía como 1655, el distinguido anticuario Ole Worm continuaba pensando que las hachas de piedra pulimentada poseían un origen celestial y no se trataba de herramientas de hierro o de piedra fosilizadas, a pesar de que poseía en su colección ejemplos etnográficos de instrumentos de piedra procedentes

del Nuevo Mundo (*ibid.*, p. 23). Sin embargo, en el siglo XVII eran ampliamente aceptados en Europa el origen humano de los utensilios de piedra y su considerable antigüedad.

Con todo, la progresiva toma de conciencia en Europa de que los instrumentos de piedra se habrían usado seguramente antes que los de metal no hacía todavía necesaria la adopción de una perspectiva evolucionista (cf. Rodden, 1981, p. 63), ya que los de piedra seguían siendo utilizados durante las épocas en las que se conocían y usaban los metales. A través de la Biblia, Mercati pudo colegir que el trabajo del hierro se practicaba desde los primeros tiempos, cosa que le llevó a pensar que el conocimiento de estas habilidades metalúrgicas se perdió entre los pueblos que migraron hacia áreas donde no había mineral de hierro ([1717] Heizer, 1962a, p. 66). Parecidos enfoques degeneracionistas también estaban muy extendidos. Otros anticuarios mantenían que los instrumentos de piedra se usaban al mismo tiempo que los de metal, pero los de metal sólo los podían poseer aquellas comunidades más ricas. En una fecha tan tardía como 1857, se argüía, en oposición a la teoría que anteponía el uso de los utensilios de piedra a los de metal, que los de piedra eran imitaciones de los de metal, que habían sido los prototipos originales (O'Laverty, 1857; Trevelyan, 1857). Careciendo de los conocimientos cronológicos adecuados y de la información arqueológica de muchos lugares del mundo, era posible que la presencia o la falta del conocimiento del trabajo del hierro coexistieran a lo largo de la historia humana. Hasta el siglo XIX no existió una evidencia factual que permitiese un enfoque evolucionista más plausible que las visiones degeneracionistas. Las fuertes sanciones religiosas impuestas por los degeneracionistas hizo que muchos anticuarios evitasen desafiarlo.

El paradigma ilustrado

El desarrollo de la visión evolucionista del pasado no fue fruto solamente de la acumulación de evidencia arqueológica sino, sobre todo, de la transformación gradual que sufrió desde el siglo XVII el pensamiento en la Europa septentrional, región que se configuraría rápidamente como el centro económico de la economía de un nuevo mundo (Wallerstein, 1974; Delâge, 1985). Este enfoque estaba basado en la rápida y creciente confianza adquirida con respecto a las habilidades de los seres humanos por mejorar y desarrollarse, tanto económica como culturalmente. A principios de ese siglo, el filósofo y político inglés Francis Bacon protestó contra la idea de que la cultura de la antigüedad clásica había sido superior a la de los tiempos modernos. En Francia había tenido lugar una confrontación similar a finales del siglo XVII entre los Modernos y los Antiguos. Los primeros propugnaban que el talento humano no estaba en absoluto en decadencia y que, por tanto, los europeos actuales estaban en condiciones de producir obras que igualasen o sobrepasasen a las de los an-

tiguos griegos o romanos (Laming-Emperaire, 1964, pp. 64-66). A pesar de que Raleigh y otros escritores isabelinos seguían creyendo, a la manera medieval, que el mundo se acercaba a su fin, en la segunda mitad del siglo XVII, en muchos países de la Europa occidental se tenía esperanza en el futuro (Toulmin y Goodfield, 1966, pp. 108-110). Las razones para este optimismo creciente abarcaban las revoluciones científicas de los siglos XVI y XVII que protagonizaron Galileo y Newton, la aplicación de los descubrimientos científicos al desarrollo de la tecnología y el extendido reconocimiento de las creaciones literarias de los escritores ingleses y franceses que habían desempeñado su tarea durante los reinados de Isabel I y de Luis XIV. Estos desarrollos, sobre todo entre las clases medias, estimularon el nacimiento de una fe creciente en el progreso y en la creencia de que los seres humanos eran los dueños en gran medida de sus propios destinos. Esto también hizo caer en la cuenta a los habitantes de Europa occidental sobre los modos de vida de los pueblos tecnológicamente menos avanzados que habían sido descubiertos en muchos lugares del mundo y que empezaron a ser tomados como los supervivientes de una condición humana primigenia, más que como productos de una degeneración.

Ni el descubrimiento durante el Renacimiento de que el pasado era algo muy diferente del presente, ni la toma de conciencia sobre el desarrollo tecnológico que se estaba produciendo en Europa occidental condujeron de una manera directa a pensar que el progreso era un tema general en la historia humana. En el siglo XVII, los períodos históricos sucesivos eran vistos como una serie de variaciones caleidoscópicas de un conjunto de temas pertenecientes a una naturaleza humana fija, y no como una secuencia de desarrollo digna de estudio en sí misma (Toulmin y Goodfield, 1966, pp. 113-114). El filósofo italiano Giambattista Vico (1668-1744) creía que la historia poseía unas características cíclicas y afirmaba que todas las sociedades humanas evolucionan cumpliendo unos estadios similares de desarrollo y decadencia que reflejan las acciones uniformes de la providencia. Pero, prudentemente, puso también de manifiesto que esta visión de la historia humana como algo gobernado por unas leyes estrictas no se podía aplicar a los hebreos, cuyo progreso estaba guiado por mediación divina. A pesar de que no fuese un evolucionista, su enfoque ayudó al nacimiento de la creencia de que la historia puede ser entendida en términos de regularidades análogos a los que se proponían para las ciencias naturales (*ibid.*, pp. 125-129).

La filosofía ilustrada del siglo XVIII formuló una visión evolucionista de la historia humana que fue suficientemente global como para poner en entredicho el esquema medieval en su totalidad. Este movimiento empezó en Francia, donde estuvo asociado a filósofos que actuaron como los líderes, como Montesquieu, Turgot, Voltaire y Condorcet, pero también floreció en Escocia, en la escuela de los llamados pensadores «primitivistas», que incluía a John Locke, William Robertson, John Millar, Adam Ferguson y el excéntrico James Burnett, quien, bajo el nombre de lord Monboddo, se hizo famoso por su afirma-

ción de que el hombre y el orangután pertenecen a la misma especie (Bryson, 1945; Schneider, 1967).

Los filósofos de la Ilustración combinaron una comprensión más naturalista del progreso social con la firme creencia de que éste produciría un conjunto integrado de conceptos que llevarían a la explicación del cambio social. También crearon una metodología que ellos creían capaz de estudiar el curso general del desarrollo humano desde los primeros tiempos. En Inglaterra y los Países Bajos, donde el poder político estaba todavía en las manos de una clase media mercantil, la actividad intelectual se dirigió hacia el estudio de la significación política y económica de ese cambio. La creciente debilidad de la clase media francesa frente al poder autocrático de los Borbones parece haber servido de estímulo a los intelectuales franceses para iniciar un más amplio debate sobre la naturaleza del progreso. El gran impacto que estas ideas tuvieron sobre los investigadores de Edimburgo refleja no sólo los estrechos lazos culturales existentes entre Francia y Escocia sino también la prosperidad y el poder creciente que había adquirido la clase media escocesa tras su unión con Inglaterra en 1707.

Los puntos siguientes son las ideas principales de la Ilustración que se hallan en la base del pensamiento evolucionista popular que existía entre las clases medias europeas:

1. Unidad psíquica. Se creía que todos los grupos humanos poseían en esencia el mismo nivel y la misma clase de inteligencia, y que compartían las mismas emociones básicas, a pesar de que los individuos que formaban esos grupos fuesen muy diferentes los unos de los otros en lo que respecta a estas características. Por tanto, se consideraba que no existían barreras biológicas que impidiesen a cualquier raza o nacionalidad beneficiarse de los nuevos conocimentos o bien contribuir al desarrollo de éstos. Igualmente se pensaba que todos los grupos humanos aspiraban por un igual a perfeccionarse. Esta idea, en su faceta más etnocéntrica, constituía la convicción de que todos los seres humanos podían beneficiarse de la civilización europea, pero también implicaba que la posesión de una tecnología avanzada no estaba destinada a ser exclusiva de los europeos. Las diferencias culturales se explicaban generalmente en términos climáticos o de influencias medioambientales o bien se despachaban simplemente como accidentes históricos (Slotkin, 1965, p. 423).

2. El progreso cultural se consideraba la característica dominante de la historia humana. El cambio se entendía como algo continuado, no episódico, y se adscribía a causas naturales, no sobrenaturales. Se creía que la principal motivación para el progreso era el deseo de los seres humanos por mejorar su condición, principalmente por medio de la obtención de un mayor control sobre la naturaleza (Slotkin, 1965, p. 441). Muchos filósofos ilustrados estaban convencidos de que el progreso es inevitable, o incluso llegaban a considerarlo una ley de la naturaleza, mientras que otros lo veían como algo bueno que cabía esperar (*ibid.*, pp. 357-391; Harris, 1968, pp. 37-39).

3. El progreso caracteriza no sólo el desarrollo tecnológico sino también todos los aspectos de la vida humana, incluyendo la organización social, la política, la moralidad y las creencias religiosas. Los cambios producidos en todas estas esferas del comportamiento humano se contemplaban como sucesos concomitantes y, de una manera general, como consecutivos en una única línea de desarrollo. Como resultado de maneras de pensar similares, los seres humanos que se hallan en un mismo nivel de desarrollo tienden a encontrar soluciones uniformes a sus problemas y por tanto sus formas de vida evolucionan paralelamente (Slotkin, 1965, p. 445). El cambio cultural era con frecuencia conceptualizado en términos de una serie universal de estadios. Los europeos habían evolucionado a través de todos estos estadios, mientras que las sociedades tecnológicamente menos avanzadas sólo habían pasado por algunos de los primeros.

4. El progreso perfecciona la naturaleza humana, no modificándola sino procediendo a la eliminación de la ignorancia, la pasión y la superstición (Toulmin y Goodfield, 1966, pp. 115-123). El nuevo enfoque evolucionista del cambio cultural no negaba la idea cristiana tradicional ni la idea cartesiana de una naturaleza humana fija e inmutable. Sin embargo, ésta se pudo liberar pronto de la preocupación medieval acerca del pecado o de la dependencia individual de la gracia divina como los únicos medios de adquirir la salvación.

5. El progreso es el resultado del ejercicio de un pensamiento racional encaminado a mejorar la condición humana. De esta manera, los seres humanos han ido adquiriendo gradualmente una mayor habilidad para controlar el medio ambiente, hecho que revierte en una mayor riqueza y tiempo libre, condiciones necesarias para formar sociedades más complejas o para desarrollar un conocimiento de la humanidad y del universo más profundo y objetivo. Hacía tiempo que este ejercicio del raciocinio venía siendo considerado la característica crucial que distinguía a los seres humanos de los animales. Muchos filósofos ilustrados también enfocaron el progreso cultural teleológicamente, como la toma de conciencia y el conocimiento por parte de la humanidad de los planes de una deidad benévola. Más que creer en Dios, todos aquellos que estudiaban las sociedades humanas, tenían fe en la existencia de leyes benévolas que guiaban el desarrollo humano.

El filósofo escocés Dugald Stewart hablaba de historia «teorética» o «conjetural» cuando se refería a la metodología que los filósofos de la Ilustración utilizaban para trazar el desarrollo de las instituciones humanas (Slotkin, 1965, p. 460). Este hecho abarcaba el estudio comparativo de los pueblos contemporáneos cuyas culturas se decía estaban en niveles de complejidad diferente con el objetivo de identificar en ellas una secuencia lógica, usualmente unilineal, de más simple a más complejo. Estos estudios se basaban principalmente en la información etnográfica derivada de relatos de los exploradores y misioneros que trabajaban en diferentes lugares del mundo. A pesar de que existían diferencias sobre algunos detalles, por ejemplo si se había desarrollado prime-

ro la economía agraria o la pastoril, se creía que tales secuencias podían tomarse perfectamente como históricas y podían ser utilizadas para examinar el desarrollo de toda clase de instituciones sociales. En los escritos del historiador William Robertson y otros, las secuencias aparentemente similares de las culturas del hemisferio oriental y de las Américas se interpretaban como prueba de la validez general del principio de unidad psíquica y de la creencia de que aquellos seres humanos que se hallaban en el mismo nivel de desarrollo responderían de la misma manera a los mismos problemas (véase Harris, 1968, pp. 34-35).

Generalmente se reconoce que mucho antes de la publicación por Darwin de *El origen de las especies,* ya existía una amplia aceptación del enfoque cultural-evolucionista de la historia humana. Glyn Daniel (1976, p. 41) duda de la importancia de la filosofía ilustrada para el desarrollo de la arqueología, con algunas excepciones (Harris, 1968, p. 34), ya que los investigadores ilustrados ignoraron los datos arqueológicos en sus escritos. Este hecho es escasamente sorprendente debido a que, ante la ausencia de medios establecidos para datar los materiales prehistóricos, la arqueología poco podía contribuir a sus discusiones sobre la evolución cultural. Esto no significa que las obras de la Ilustración no influyesen sobre el pensamiento de los anticuarios, sino al contrario, su convencimiento de un desarrollo humano evolucionista estimuló un conocimiento global de los tiempos prehistóricos.

En particular, la Ilustración propició un renovado interés por los enfoques materialistas y evolucionistas del desarrollo cultural que ya habían sido expuestos por el filósofo epicúreo romano Tito Lucrecio Caro (98-55 a.C.) en su poema *De rerum natura* (Sobre la naturaleza de las cosas). Afirmaba Lucrecio que los primeros implementos fueron las manos, las uñas, los dientes, así como las piedras y trozos de madera. Sólo después se dispuso de instrumentos de bronce y de hierro. A pesar de que su esquema está apoyado en escritos referidos a una época en la que los utensilios y las armas de bronce todavía no habían sido reemplazados por los de hierro, se ha de reconocer que sus ideas se basan en gran medida en especulaciones evolucionistas, que postulaban que el mundo y todas sus especies vivientes se habían desarrollado a partir de partículas de materia irreducibles y eternas, que llamó átomos, que se fueron combinando de una manera cada vez más complicada. Ni Lucrecio ni cualquier otro estudioso romano pudo probar su teoría y permaneció sólo como uno de los muchos esquemas especulativos propuestos por los romanos. Una alternativa más popular postulaba la degeneración moral de la humanidad a través de sucesivas edades de oro, plata, bronce y hierro.

A principios del siglo XVIII, los investigadores franceses se familiarizaron con las ideas de Lucrecio y con la evidencia creciente de que los instrumentos de piedra se habían usado en toda Europa. También conocían los textos clásicos y bíblicos que sugerían que los instrumentos de bronce se habían utilizado antes que los de hierro. En 1734, Nicolás Mahudel leyó un artículo en la Académie des Inscriptions de París, en el cual citaba a Mercati y proponía la idea

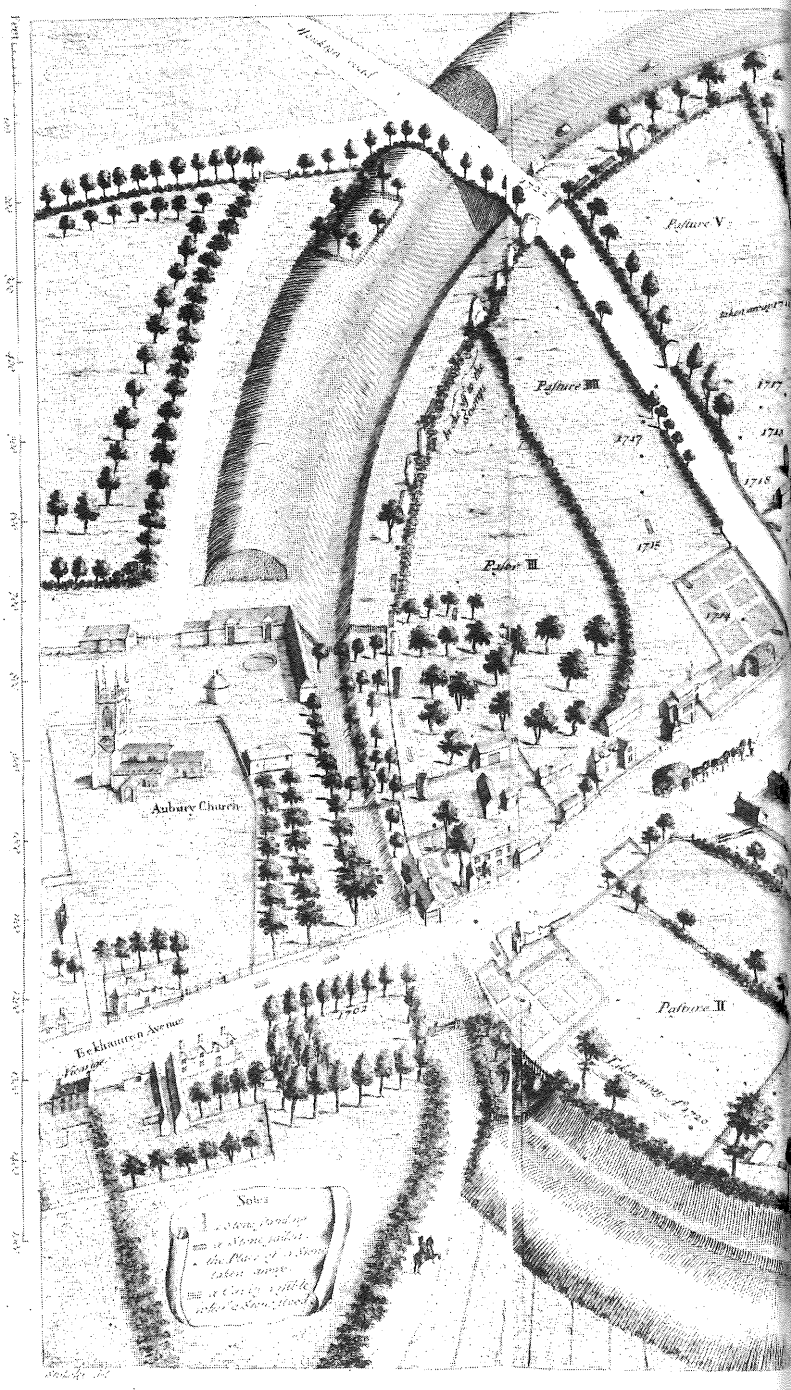
de tres edades sucesivas de piedra, bronce y hierro como una secuencia plausible del desarrollo humano. Bernard de Montfaucon y muchos otros estudiosos repitieron esta idea a lo largo de todo el siglo XVIII. En 1758 Antoine-Yves Goguet (1716-1758) apoyó la teoría de las tres edades en un libro que fue traducido al inglés tres años después con el título *The Origin of Laws, Arts, and Sciences, and their Progress among the Most Ancient Nations.* Creía que los salvajes modernos nos proporcionaban un sorprendente retrato de la ignorancia reinante en el mundo antiguo y de las prácticas de los tiempos primitivos ([1761] Heizer, 1962a, p. 14). Para poder conjugar este enfoque evolucionista con la afirmación bíblica de que el trabajo del hierro se había inventado antes del Diluvio, explicó, siguiendo a Mercati y a otros evolucionistas contemporáneos, que «aquella terrible calamidad privó a la mayor parte de los seres humanos de esta y de otras artes», y por tanto, tuvo que ser reinventado. Glyn Daniel (1976, p. 40), advirtió correctamente sobre la exageración que la influencia de la teoría de las tres edades pudo ejercer en el pensamiento de los anticuarios durante el siglo XVIII. Así, a medida que el interés sobre el progreso cultural se hacía cada vez más fuerte, la teoría de las tres edades ganaba en apoyo popular. En Dinamarca esta idea fue expuesta por el historiador P. F. Suhm en su *Historia de Noruega, Dinamarca y Holstein* (1776) y por el anticuario Skuli Thorlacius (1802), así como por L. S. Vedel Simonsen en su libro de texto sobre la historia danesa publicado en 1813. Con todo, a pesar de poseer un número creciente de seguidores, la teoría de las tres edades permaneció como algo tan especulativo como no probado, como en los tiempos de Lucrecio. En comparación, la observación de que alguna vez en un pasado remoto algunos europeos hubieran usado instrumentos de piedra se aceptaba más ampliamente.

Anticuarismo científico

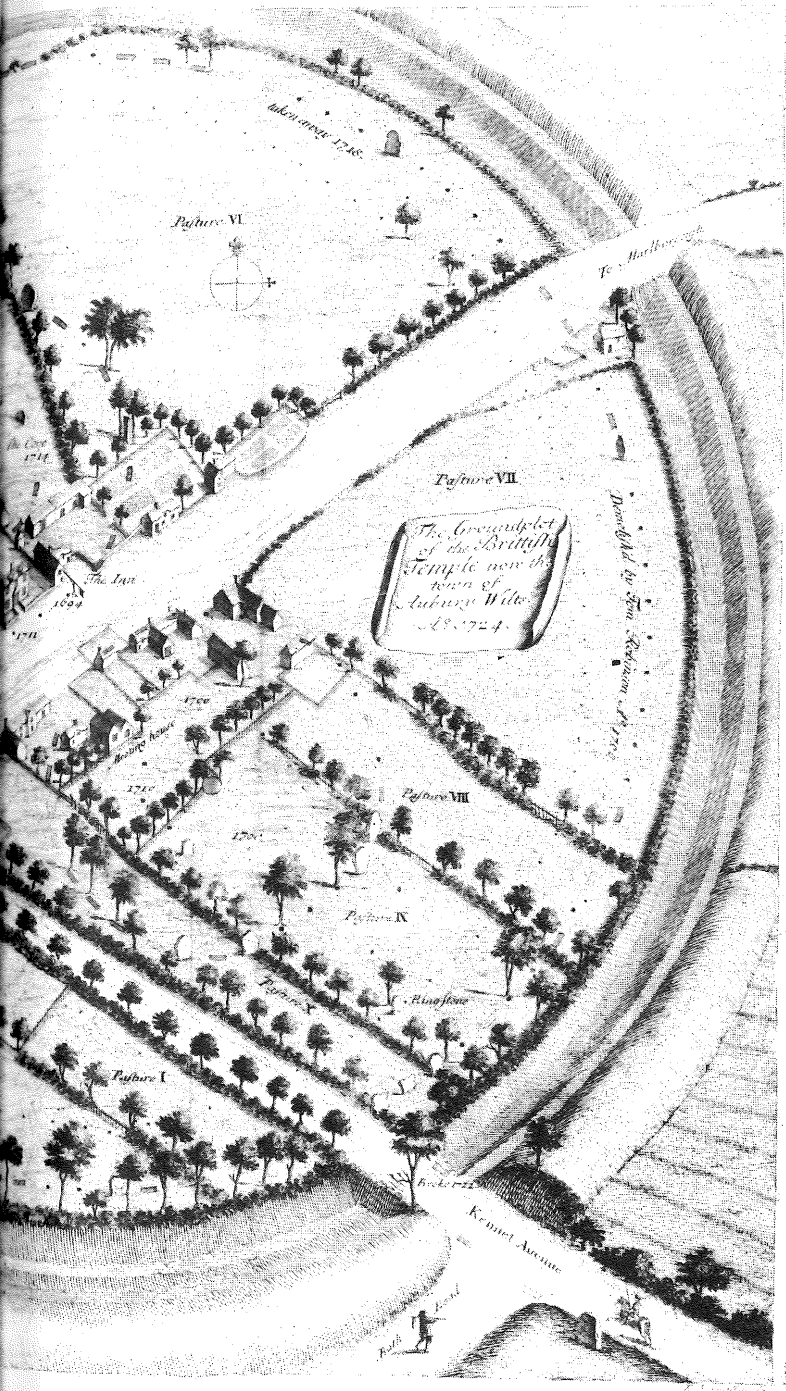
El estudio de las antigüedades prehistóricas recibió también el influjo del desarrollo general de la metodología científica, la cual a su vez estaba íntimamente relacionada con la habilidad creciente de los europeos para manipular tecnológicamente su entorno. El filósofo René Descartes (1596-1650), como parte de sus esfuerzos por explicar todo fenómeno natural en términos de un sistema simple de principios mecánicos, expuso la idea de que las leyes que gobernaban la naturaleza eran universales y eternas. La existencia de Dios se consideraba aparte de la existencia del universo, que Él había creado como una máquina capaz de funcionar sin ninguna otra intervención (Toulmin y Goodfield, 1966, pp. 80-84). Las ideas aportadas por Descartes, junto con el énfasis puesto por Francis Bacon sobre la metodología inductiva y la exclusión de los casos negativos, produjeron un nuevo espíritu de investigación científica reflejado en la importancia que la Royal Society of London, fundada por Carlos II en 1660, dedicó a la observación, clasificación y experimentación. Los miembros de la

Royal Society rechazaron la idea medieval de que las obras eruditas de la antigüedad eran la fuente más completa de conocimiento científico e iniciaron el estudio de las cosas, y no de lo que se había dicho o escrito sobre ellas. De todas maneras, muchos investigadores se alegraban al ver que muchos de sus experimentos más recientes se hallaban ya explicados en los más grandes tratados científicos de la antigüedad. Los anticuarios empezaron a ser elegidos miembros electos de la Royal Society, excepto durante la época en que Isaac Newton fue su presidente, entre 1703 y 1727. Aunque Newton era un gran físico, su interés en la historia humana era de carácter decididamente místico y casi medieval.

Los miembros de la Royal Society elaboraron muchas descripciones detalladas y precisas de hallazgos arqueológicos. Identificaron los huesos animales de los yacimientos arqueológicos e intentaron dilucidar cómo se confeccionaban y utilizaban los instrumentos. El tipo de investigación que la Royal Society se dedicó a estimular queda ejemplificado en los primeros trabajos de William Stukeley (1687-1765). Como hizo Camden antes que él (Daniel, 1967, p. 37), se percató de que las huellas geométricas que los agricultores de toda Inglaterra venían hallando desde tiempos medievales en los cultivos (y que siempre habían sido interpretadas como fenómenos sobrenaturales) no eran más que los cimientos enterrados de estructuras desaparecidas (Piggott, 1985, p. 52). Agrupó en varios conjuntos tipos de monumentos según la forma, como restos alineados de terraplenes o túmulos funerarios, con la esperanza de poder interpretarlos a la luz de la magra evidencia histórica de que se disponía. Stuart Piggott (1985, p. 67) ha apuntado que Stukeley fue uno de los primeros anticuarios británicos en reconocer la posibilidad de una larga ocupación prerromana, durante la cual se construyeron muchas clases de monumentos prehistóricos en épocas diferentes y por parte de varios pueblos que habitaron sucesivamente el sur de Inglaterra. Pero este hecho ya se hallaba indicado en la documentación de Julio César sobre una invasión belga del sureste de Inglaterra poco antes de la conquista romana. Al mismo tiempo, Stukeley y otros anticuarios dieron los primeros pasos en el descubrimiento del concepto de cronología relativa de todos los hallazgos para los que no se disponía de registros históricos. Stukeley observó los niveles de construcción en los túmulos y apuntó que Silbury Hill, el montículo artificial más grande de Europa, se había construido antes que una calzada romana vecina, la cual describía una abrupta curva para evitar ese obstáculo (Daniel, 1967, pp. 122-123). También observó que las calzadas romanas cortaban en varias localidades algunos túmulos circulares («druídicos») de la Edad del Bronce (Piggott, 1985, p. 67) y utilizó como evidencia algunas lascas de un tipo de piedra azulada aparecida en algunos túmulos funerarios cerca de Stonehenge para inferir que aquellos enterramientos eran contemporáneos a la construcción del templo (Marsden, 1974, p. 5). En 1758 su hija Anna dató la figura incisa sobre rocas cretosas de White Horse en el período prerromano, según sus concomitancias estilísticas con los caballos que aparecían en las monedas bretonas prerromanas, descartando lo que hasta en-



9. Panorámica de Avebury, de Stukeley, publicada en *Abury,* 1743.


Pasture VI.
Pasture VII.
The Ground plot of the British Temple now the town of Aubrey Wilts. A.D. 1724.
Pasture VIII
Pasture IX
Pasture I
Kennet Avenue
The Inn
1694
1714
1716
1700

tonces se había dicho sobre la adscripción sajona del monumento (Piggott, 1985, p. 142). En 1720 el astrónomo Edmund Halley calculó la edad aproximada de Stonehenge entre 2.000 o 3.000 años de antigüedad, según el examen del desgaste de las piedras, y una comparación llevada a cabo posteriormente por Stukeley del grado de desgaste de las piedras de Avebury llevó a este investigador a decir que el citado monumento era anterior a Stonehenge (Lynch y Lynch, 1968, p. 52). En Dinamarca, en 1744, Erik Pontoppidan excavó cuidadosamente una tumba megalítica en el subsuelo de un palacio real en el noroeste de Sjaelland, la principal isla danesa. La memoria de esta excavación, de sus estructuras y de sus hallazgos, se halla en el primer volumen de *Proceedings of the Danish Royal Society,* donde llega a la conclusión de que los enterramientos de incineración hallados cerca de la parte superior del túmulo eran más recientes que los que se hallaban en la cámara de piedra inferior y que el mismo túmulo (Klindt-Jensen, 1975, pp. 35-36). Cuando en 1776 se abrieron tres tumbas megalíticas que contenían artefactos de piedra y bronce pero no de hierro, O. Hoegh-Guldberg, el excavador, supuso que se trataba de un hallazgo de mucha antigüedad (*ibid.*, pp. 42-43).

Estudios de este tipo contribuyeron al avance de la investigación sobre los tiempos prehistóricos y estimularon una más precisa observación y descripción de los artefactos y monumentos antiguos, así como una aproximación mucho más disciplinada y esforzada, con el objetivo de datar, ya fuese en términos relativos o absolutos. De todas maneras, estos estudios eran demasiado fragmentarios y sus resultados a menudo se producían de forma inconexa, hecho que no ayudaba mucho a que se pudiese constituir una disciplina que tratase la arqueología prehistórica, aunque ayudó a poner los cimientos para el desarrollo de esa materia. Karel Sklenář (1983, p. 59) se ha percatado de que en las investigaciones de los anticuarios de la Europa continental del siglo XVIII sucedió algo similar. Este investigador ha observado que «el hecho de que los arqueólogos de la Europa central prefiriesen la descripción analítica de los hechos a la formación de un cuadro sintético del pasado» muestra qué poco contribuyó el nuevo enfoque científico al mejor conocimiento de la prehistoria. Esta constatación no puede aplicarse a Inglaterra y a Escandinavia, donde los anticuarios habían llevado a cabo un progreso sustancial en la conceptualización de los problemas a que debe hacer frente el estudio de los tiempos prehistóricos, habiendo recorrido ya algo de camino en ese sentido.

Anticuarismo y romanticismo

La influencia creciente del pensamiento evolucionista-cultural durante el siglo XVIII produjo una reacción conservadora que en aquel tiempo ejerció un mayor influjo incluso que el evolucionismo sobre la investigación que desarrollaban los anticuarios. En 1724, el misionero jesuita francés Joseph-François

Lafitau (1685-1740), que había trabajado entre los indios canadienses, publicó su obra *Moeurs des sauvages ameriquains comparées aux moeurs des premiers temps.* Aunque con frecuencia se haya descrito este libro como la primera contribución a la antropología evolucionista, Lafitau afirmaba que las religiones y costumbres de los amerindios y de los grecorromanos poseían un gran parecido pues se trataba de versiones corruptas y distorsionadas de la verdadera religión y de la verdadera moralidad que había sido revelada por Dios a Adán y sus descendientes en el Próximo Oriente. Estos enfoques, que resucitaban la doctrina del degeneracionismo, eran similares a los que sostenía Stukeley, quien al final de su vida se obsesionó con la creencia de que la religión de los antiguos druidas era una supervivencia relativamente pura de un monoteísmo primordial y, por tanto, muy próximo al cristianismo. Stukeley asociaba todos los principales monumentos prehistóricos de Gran Bretaña con los druidas y basó sus extravagantes interpretaciones sobre esta premisa. Sus escritos estaban dirigidos contra los deístas, quienes opinaban que los pueblos con una mínima capacidad de raciocinio podían comprender a Dios sin necesidad de ninguna revelación, enfoque que tenía mucho en común con la Ilustración.

El pensamiento de Stukeley también reflejaba una creciente tendencia hacia lo que será el romanticismo. Este movimiento intelectual, que comenzó a finales del siglo XVIII, estaba ya anticipado en la filosofía de retorno a la naturaleza de Jean-Jacques Rousseau. A pesar de que creía en la importancia de la razón, enfatizó igualmente la importancia de la sensibilidad como aspecto del comportamiento humano. También puso de relieve la bondad inherente de los seres humanos y atribuyó la codicia y la envidia a influencias corruptas y a la artificialidad de la civilización. En Alemania e Inglaterra, el romanticismo floreció en parte como una rebelión contra la dominación cultural francesa y las restricciones literarias y artísticas del neoclasicismo. En su preferencia por las emociones fuertes, el romanticismo hacía una mixtura de la preocupación por el horror y el mal con el gusto por la belleza natural. Los individuos inclinados hacia este movimiento desarrollaron un gran interés por las ruinas de las abadías, por las tumbas y otros símbolos de la muerte y de la decadencia del cuerpo, como los esqueletos humanos sonriendo «en cadavérica mueca» (Marsden, 1974, p. 18). También se interesaban por las sociedades «primitivas» o «naturales» y por el «espíritu» de las naciones europeas preservado en sus monumentos y tradiciones, especialmente los de la época medieval, período ideal para la inspiración artística y literaria (K. Clark, 1962, p. 66). En esta dirección, el romanticismo se relacionó estrechamente con el nacionalismo, el cual se dirigía a las capas más conservadoras de las clases medias, que identificaban el neoclasicismo con los valores de la aristocracia y relacionaban el racionalismo con el ateísmo y el radicalismo político. De manera significativa, la Society of Antiquaries of London, fundada en 1717 y que recibió carta de legalidad en 1751, siempre estuvo muchísimo más interesada en la Inglaterra medieval que en la Gran Bretaña prehistórica o romana (Piggott, 1985, pp. 43-44). El movimiento

romántico se afianzó entre los círculos conservadores en los años que siguieron a la Revolución francesa, cuando se culpó a la Ilustración de alentar la libertad popular y el republicanismo. Durante la restauración conservadora que siguió a la derrota de Napoleón Bonaparte, se realizó un esfuerzo concertado en Europa central y occidental para suprimir las ideas ilustradas.

El final del siglo XVIII se ha visto como un período de decadencia intelectual en lo que se refiere a los estudios históricos en Gran Bretaña (Piggott, 1985, pp. 108, 115-117, 154-155). Con todo, el romanticismo parece haber sido el instrumento que estimuló un mayor interés por las excavaciones, y especialmente por las excavaciones de tumbas, hecho que contribuyó al desarrollo del anticuarismo en la última parte de este siglo. Entre 1757 y 1773, el reverendo Bryan Faussett (1720-1776) excavó más de setecientos cincuenta túmulos funerarios anglosajones en el sureste de Inglaterra. James Douglas (1753-1819), en su *Nenia Britannica, or Sepulchral History of Great Britain,* publicada por partes entre 1786 y 1793, y basada en una exhaustiva compilación de la información derivada de las excavaciones de túmulos en toda Inglaterra, sugirió que las tumbas que contenían sólo artefactos de piedra eran más antiguas que las que contenían metal (Lynch y Lynch, 1968, p. 48). Algunos de los mejores trabajos hechos durante este período se debieron a William Cunnington (1754-1810) y a su rico patrón sir Richard Colt Hoare. Juntos, prospectaron una gran zona de Wiltshire, localizando numerosos yacimientos arqueológicos y llevando a cabo la excavación de 379 túmulos. Se preocuparon de registrar cuidadosamente todas sus observaciones, clasificaron los túmulos en cinco tipos y emplearon la estratigrafía para distinguir entre enterramientos primarios y secundarios. Igualmente utilizaron las monedas para datar algunos túmulos del período histórico y, como Douglas, pensaron que las tumbas que contenían sólo artefactos de piedra podían ser anteriores a los enterramientos prehistóricos que fuesen acompañados de objetos de metal. Pero, a pesar de estas avanzadas tentativas, fueron incapaces de demostrar «a cuál de los sucesivos pueblos que habitaron» Gran Bretaña se adscribía cada clase de monumentos y si éstos eran producto del trabajo de uno o más pueblos. Además, Cunnington no pudo descubrir una regularidad suficiente en las clases de ajuar funerario asociadas a un estilo particular de túmulos que pudiese ilustrar la idea del anticuario Thomas Leman de que la aparición de armas de piedra, bronce y hierro podía utilizarse para distinguir tres edades sucesivas (Chippindale, 1983, p. 123). Así, en palabras de Glyn Daniel (1950, p. 31), «fracasaron en encontrar un medio para derribar la aparente idea de contemporaneidad de todos los restos prerromanos». Incluso al nivel más elemental, siempre hubo anticuarios preparados para argumentar que las tumbas que sólo contenían instrumentos de piedra no tenían que ser necesariamente más antiguas que las demás, sino que podían pertenecer a tribus más rudas o a grupos sociales más pobres. Nunca hubo un contraargumento satisfactorio para esta afirmación.

El Nuevo Mundo

Las primeras cuestiones históricas que los europeos se preguntaron sobre los nativos de América fueron quiénes eran y de dónde habían llegado. Entre los siglos XVI y XVIII, los estudiosos especulaban que los indios podían ser descendientes de los iberos, cartagineses, israelitas, cananeos o incluso de los tártaros. Escritores todavía mucho más imaginativos afirmaban que eran los descendientes de los supervivientes de la Atlántida. La mayoría de estas especulaciones respondían a los intereses de los diferentes grupos de colonizadores. Algunos de los primeros colonos españoles negaron que los indios tuviesen alma, hecho que significaba que no se les reconocía como seres humanos. En realidad, lo que les interesaba era justificar la explotación inhumana a la que los sometían. A pesar de ello, la corona de España prefirió esperar a tener la seguridad eclesiástica de que los indios no tenían alma, ya que de esta manera el gobierno español no perdía por el momento su derecho sobre aquellas tierras frente a las ansias de independencia de algunos colonizadores. Cuando la Iglesia católica romana proclamó que los nativos eran seres humanos, ese hecho implicaba que los cristianos debían aceptar que los indios eran también descendientes de Adán y Eva y, por tanto, originarios del Próximo Oriente (Hanke, 1959).

Algunos de los líderes de las colonias asentadas en el siglo XVII en la bahía de Massachusetts eran proclives a pensar que ellos, en su condición de colonizadores, emulaban un nuevo Israel, donde los indios eran los cananeos, cuyas posesiones habían llegado a manos de los colonizadores a través de Dios, de la misma manera que Él había dado Palestina a los antiguos hebreos. Esto fue interpretado como la concesión del derecho a los puritanos para poder instalarse allí y esclavizar a los indios. En una época tan reciente como 1783, Ezra Stiles, el presidente de la Universidad de Yale, promovió la idea de que los indios de Nueva Inglaterra eran descendientes directos de los cananeos huidos de Palestina en el tiempo de la invasión de Josué, como registraba la Biblia (Haven, 1856, pp. 27-28).

A medida que fue pasando el tiempo, empezó a hacerse popular la idea expuesta en 1589 por el sacerdote jesuita José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias,* que sugería que los indios habían cruzado el estrecho de Bering como cazadores nómadas procedentes de Siberia (Pagden, 1982, pp. 193-197). Aunque Acosta creía que los indios habían perdido el conocimiento de la vida sedentaria a lo largo de sus migraciones, algunos protoevolucionistas posteriores constataron en América la evidencia de lo que podía haber sido la infancia de la humanidad. A finales del siglo XVI, se había llegado a afirmar que en los tiempos antiguos los nativos de Gran Bretaña habían sido tan primitivos como los indios modernos de Virginia (Kendrick, 1950, p. 123). Por otra parte, los degeneracionistas veían las culturas nativas como las supervivientes corruptas de un modo de vida patriarcal de revelación divina como el que se describía en el libro del Génesis. También les pareció advertir entre estas cultu-

ras la evidencia de unas enseñanzas casi olvidadas que habían recibido de los primeros misioneros cristianos. En el siglo XVII, la inferioridad tecnológica y la supuesta degeneración cultural de las culturas nativas americanas en comparación con las europeas, se interpretaban en términos teológicos como manifestaciones del enojo divino (Vaughan, 1982). Durante el siglo siguiente, algunos de los eruditos europeos más prestigiosos sugirieron el argumento, mucho más naturalista, de que el Nuevo Mundo era climáticamente inferior a Europa y Asia y que ello determinó la inferioridad de las culturas indígenas así como de su vida animal y vegetal (Haven, 1856, p. 94).

En México y Perú, durante los siglos XVI y XVII, los monumentos arqueológicos con frecuencia se ignoraban o destruían en un intento por eliminar de la memoria de los pueblos nativos su pasado precristiano (Bernal, 1980, pp. 37-39). Se hizo un importante esfuerzo para borrar los símbolos de la soberanía azteca y de su identidad nacional. Sólo un pequeño número de viajeros europeos trataron y estudiaron antes del siglo XIX los grandes monumentos prehispánicos de México y Perú.

Antes de que el siglo XVIII tocase a su fin todavía no se había prestado demasiada atención a los restos prehistóricos de Norteamérica, excepto en referencias ocasionales a los grabados y a las pinturas rupestres que normalmente se atribuían a los pueblos nativos modernos. En Norteamérica se descubrieron pocas colecciones de artefactos arqueológicos y las excavaciones de yacimientos eran sumamente raras. Pero, a modo de excepción, se ha de citar la espléndida colección de instrumentos de piedra pulimentada del período arcaico reciente hallada cerca de Trois-Rivières, en Quebec, en 1700, que se ha conservado hasta el presente en un convento (Ribes, 1966). Igualmente excepcional fue la detallada excavación y memoria que Thomas Jefferson llevó a cabo en un túmulo funerario indio en Virginia en 1784 (Heizer, 1959, pp. 218-221) y la supuesta exploración llevada a cabo en otro túmulo funerario en Kansas una década antes (Blakeslee, 1987). A lo largo de este período, un recalcitrante etnocentrismo llevaba a los europeos a dudar de que pudiera aprenderse algo de la historia de los pueblos que ellos llamaban salvajes, y que lo único que se merecían era la desaparición, o en raros casos la asimilación, por el avance de la civilización europea. Debido a los escasos datos arqueológicos, muchas de las discusiones sobre la historia nativa tenían que basarse en tradiciones orales (a menudo falseadas por la larga transmisión y tomadas de manera descontextualizada), en la etnología comparada y en las similitudes físicas. Una excepción notable viene representada por el naturalista y explorador William Bartram, quien en 1789 estudió las estructuras ceremoniales contemporáneas pertenecientes a los indios creek del sureste de los Estados Unidos como base para la interpretación de los yacimientos prehistóricos de la región. Ian Brown (s.a.) ha apuntado que este es uno de los primeros ejemplos conocidos de empleo de un enfoque histórico directo para interpretar los restos arqueológicos de Norteamérica.

EL *IMPASSE* DEL ANTICUARISMO

En Norteamérica, al igual que en Europa, los anticuarios interesados en lo que ahora se llama restos prehistóricos, confiaban tanto como los arqueólogos clásicos en los registros escritos y en las tradiciones orales con la intención de hallar un contexto histórico para sus hallazgos, incluso en el caso de que no hubieran registros escritos de restos prehistóricos. En su libro sobre las antigüedades de la isla de Anglesey, publicado en 1723, el reverendo Henry Rowlands advirtió que «en estos inextricables recesos de la antigüedad, debemos hacernos guiar por otra luz o contentarnos con avanzar a oscuras» (Daniel, 1967, p. 43). Proseguía declarando que «las mejores autoridades en las que podemos confiar para esta materia, cuando reina el silencio con respecto a otras relaciones o registros de más garantía, son las similitudes de nombres y palabras antiguas, una coherencia basada en la razón y una congruencia de las cosas, unas inferencias naturales y simples y unas deducciones basadas en todo lo anterior». Generalmente, la explicación de un monumento consistía en intentar identificar aquello que los pueblos o los individuos mencionaban en los registros antiguos, y la razón de su construcción. Este enfoque permitió a Camden especular si Silbury Hill había sido erigido por los sajones o por los romanos y si se había construido para conmemorar la muerte de un gran número de soldados en una batalla o bien para servir de límite de demarcación. Aunque Stukeley demostró estratigráficamente que el montículo en cuestión era más antiguo que la calzada romana vecina, su conclusión de que se trataba de la tumba del rey británico Chyndonax, el fundador de Avebury, no era más que una mera concesión a la fantasía (John Evans, 1956, p. 121). Stonehenge era alternativamente atribuido a los daneses, a los sajones, a los romanos, a los bretones o más específicamente a los druidas.

Como resultado de su dependencia de los textos escritos, a lo largo del siglo XVIII y principios del XIX, los anticuarios generalmente se desesperaban por conocer más sobre el período antes de que se dispusiera de tales registros. En 1742, Richard Wise comentó que «allí donde la historia es silenciosa y los monumentos no hablan por sí mismos, no podemos esperar poder demostrar nada; lo único es la conjetura apoyada por la probabilidad» (Lynch y Lynch, 1968, p. 57). Colt Hoare concluía que «poseemos evidencia de la más lejana antigüedad testimoniada por los túmulos de Wiltshire, pero no sabemos nada acerca de las tribus a los que pertenecieron, eso es lo único sólido». Posteriormente, en su *Tour in Ireland* añadió: «Como las historias de los increíbles templos de Avebury y Stonehenge ... permanecen envueltas en oscuridad y olvido» (Daniel, 1963a, pp. 35-36). En 1802, el anticuario danés Rasmus Nyerup expresó un desespero similar: «todo lo que nos ha sido legado del paganismo está envuelto en una espesa niebla; pertenece a un espacio de tiempo que no podemos medir. Sabemos que es más antiguo que la cristiandad pero no sabemos si esa antigüedad es un par de años o un par de siglos, o incluso más de un milenio,

no podemos hacer más que conjeturas» (*ibid.*, p. 36). El ensayista y lexicógrafo inglés Samuel Johnson, que tenía poca paciencia con los anticuarios, expuso de una manera mordaz el poco futuro que les esperaba: «Todo aquello realmente conocido sobre el estado pasado de Gran Bretaña se puede contener en unas pocas páginas. Nosotros no podemos conocer más que aquello que nos cuentan los escritores antiguos» (*ibid.*, p. 35). Incluso J. Dobrovsky, «el padre de la prehistoria checa», quien en 1786 afirmó que los hallazgos arqueológicos eran «documentos parlantes» que por ellos mismos podrían iluminar períodos desconocidos de la historia nacional, no tuvo demasiado éxito cuando intentó poner en práctica estas ideas (Sklenář, 1983, p. 52).

Los anticuarios continuaron pensando que el mundo había sido creado en el 4000 a.C. También creían que debían existir registros escritos en la región más decisiva para la historia humana que se remontasen al tiempo de la creación. Si la humanidad se había extendido desde el Próximo Oriente al resto del mundo, en la mayor parte de las regiones era probable que el período que iba desde la más temprana ocupación humana hasta el alba de la historia hubiese sido bastante breve, siempre teniendo en cuenta esa supuesta fecha de creación. Los anticuarios no estaban demasiado seguros sobre si el curso general de la historia humana respondía a un desarrollo, a una degeneración o a una serie de ciclos.

Con todo, la situación no era de estancamiento como normalmente se cree. Entre los siglos XV y XVIII los anticuarios europeos habían aprendido a describir y a clasificar monumentos y artefactos, a excavar y registrar los hallazgos, y a usar varios métodos de datación, incluida la estratigrafía, a estimar la edad de algunos hallazgos. Algunos de ellos habían llegado a la conclusión, a través de la evidencia arqueológica, que probablemente existió una edad en que sólo se utilizaban en Europa instrumentos de piedra, y eso fue antes de aprender el uso del metal, y que la utilización del bronce había precedido a la del hierro. Estos desarrollos representaban el progreso genuino y llevaron el estudio de los restos prehistóricos más allá de lo que se había hecho en China, Japón y otras partes del mundo antes de que sufrieran la influencia occidental. El más serio obstáculo en el establecimiento de una cronología relativa de los tiempos prehistóricos, y por tanto en la adquisición de un conocimiento más sistemático de los más tempranos desarrollos humanos, fue la creencia de que los artefactos y los monumentos meramente ilustraban los acontecimientos históricamente registrados sobre el pasado. Este hecho estaba basado en la creencia compartida por los arqueólogos clásicos de que el conocimiento histórico podía ser adquirido exclusivamente a través de documentos escritos o tradiciones orales mínimamente fiables y que si no se disponía de ellos no era posible conocer los tiempos más antiguos. La creación de la arqueología prehistórica requirió que los anticuarios hallasen los medios para liberarse de esa restrictiva convicción.

3. LOS COMIENZOS DE LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA

> En un período no demasiado lejano, el estudio de las antigüedades ha pasado, arropado por la estima popular, del desprecio a un honor relativo.
>
> E. OLDFIELD, «Introductory Address», *Archaeological Journal* (1852), p. 1.

El desarrollo independiente y el estudio sistemático de la prehistoria, como algo diferente al anticuarismo de los primeros tiempos, abarcó dos movimientos distintos que tuvieron su comienzo a principios y a mitad del siglo XIX respectivamente. El primero se originó en Escandinavia y estaba basado en la invención de nuevas técnicas para la datación de los hallazgos arqueológicos que hiciesen posible un estudio global de los últimos períodos de la prehistoria. Este desarrollo marcó el comienzo de la arqueología prehistórica, la cual pronto alcanzaría una importancia paralela a la de la arqueología clásica como componente significativo dentro del estudio del desarrollo humano. La segunda corriente, que tuvo sus inicios en Francia e Inglaterra, fue la pionera del estudio del período paleolítico, añadiendo una vasta profundidad temporal, hasta entonces inimaginable, a la historia humana. La arqueología del paleolítico trataba problemas referentes a los orígenes humanos que habían llegado a ser de importancia crucial para toda la comunidad científica y de las inquietudes del público en general como resultado de las polémicas entre evolucionistas y creacionistas que siguieron a la publicación del *Origen de las especies* en 1859.

LA DATACIÓN RELATIVA

El investigador danés Christian Jürgensen Thomsen (1788-1865) intentó la creación de una cronología controlada, aunque no basada en los registros escritos. El principal móvil de Thomsen era el patriotismo, como sucedía con la mayoría de los primeros anticuarios. La investigación de sus colegas del si-

glo XVIII y los conceptos evolucionistas de la Ilustración fueron precondiciones indispensables para el éxito de su trabajo. Pero estos precedentes habrían sido de poco valor si Thomsen no hubiese desarrollado una nueva y poderosa técnica de datación de los hallazgos arqueológicos sin necesidad de recurrir a los registros escritos. Desafortunadamente, Thomsen no fue nunca demasiado dado a poner sus investigaciones por escrito, hecho que ha provocado que la importancia de sus logros haya sido subestimada por historiadores y detractores. Se impone, por tanto, clarificar en qué consistió en realidad su tarea.

Thomsen nació en Copenhague en 1788. Hijo de un rico comerciante, estudió en su juventud en París y, tras la vuelta a casa, empezó a organizar una colección local de monedas romanas y escandinavas, afición que durante el siglo XVIII se había convertido en algo muy corriente entre las clases acomodadas (McKay, 1976). A partir de las inscripciones y las fechas vio que era posible ordenarlas en series según el país o el reino en el cual habían sido acuñadas. También vio que aquellas monedas cuya leyenda era ilegible podían asignarse a las series ya establecidas a través de unos meros criterios estilísticos. Trabajando con su colección de monedas, Thomsen debió de caer en la cuenta de los cambios estilísticos y de su valor para la datación relativa de los artefactos.

Los comienzos del siglo XIX presenciaron un período de nacionalismo creciente en Dinamarca, que se vio reforzado cuando los británicos, luchando contra Napoleón y sus renuentes aliados continentales, destruyeron gran parte de la armada danesa en el puerto de Copenhague en 1801 y bombardearon la ciudad en 1807. Worsaae, poco tiempo más tarde, argumentó que estas calamidades estimularon a los daneses a estudiar sus glorias pasadas a modo de consuelo y coraza con la que afrontar el futuro. También apuntó que la Revolución francesa provocó un mayor respeto por los derechos políticos de un más amplio espectro de la población, despertando en Dinamarca un nuevo interés popular —como concepto opuesto a dinástico— por el pasado (Daniel, 1950, p. 52). Muchos europeos occidentales de la clase media, faltos de derechos políticos, vieron en la Revolución primero, y en Napoleón después, una esperanza para su progreso político y económico, mientras que aquellos que gozaban de poder político la vieron como una amenaza para sus intereses.

Dinamarca estaba en aquellos momentos política y económicamente menos avanzada que el resto de la Europa occidental; por tanto, los ideales de la Revolución francesa eran muy atractivos para muchos de los daneses pertenecientes a las clases medias. Estos mismos daneses habían sido igualmente muy receptivos a las enseñanzas de la Ilustración, la cual se hallaba en el pensamiento popular muy cerca de los ideales de la Revolución francesa (Hampson, 1982, pp. 251-283). Dinamarca poseía una tradición anticuarista muy arraigada, aunque en las últimas décadas no había sido tan floreciente como la inglesa. La gran mayoría de los anticuarios ingleses eran individuos conservadores que habían rechazado los ideales de la Ilustración, refugiándose en un nacionalismo romántico. Por contraste, los arqueólogos escandinavos iniciaron su estudio del

pasado espoleados por razones nacionalistas, aunque estos intereses no excluían un enfoque evolucionista. Para ellos, historia y evolución eran conceptos, más que antitéticos, complementarios.

En 1806, Rasmus Nyerup, el bibliotecario de la Universidad de Copenhague, publicó un libro protestando contra la destrucción incontrolada de monumentos antiguos y abogando por la creación de un Museo Nacional de la Antigüedad, inspirado en el modelo del Museo de Monumentos Franceses, establecido en París tras la Revolución. En 1807, nace la Real Comisión Danesa para la Preservación y Colección de Antigüedades, siendo Nyerup su secretario, el cual inició una colección de antigüedades de todo el territorio de Dinamarca. Ésta pronto se convirtió en una de las más grandes y representativas de Europa. En 1816 la Comisión propuso a Thomsen que la catalogara y preparara para ser expuesta. Las mejores cualidades que reunía Thomsen para el puesto, que en modo alguno era remunerado, eran su gran conocimiento de numismática y su carácter independiente. El resto de su vida, Thomsen la dividiría entre los negocios familiares y la investigación arqueológica.

El principal problema con el que se enfrentó fue el de exhibir la colección de la manera más eficaz. Desde el principio decidió proceder de manera cronológica, subdividiendo el período prehistórico o pagano en edades sucesivas de piedra, bronce y hierro. Presumiblemente tuvo conocimiento del esquema de las tres edades de Lucrecio a través del trabajo de Vedel Simonsen, si no por los escritos de anticuarios franceses tales como Montfaucon y Mahudel. También parece haber sido consciente de la evidencia arqueológica que sugería la existencia de una época en la que se usaba la piedra pero no los instrumentos de metal, así como de los textos clásicos y bíblicos que afirmaban que el bronce se había usado antes que el hierro. La idea de las tres edades sucesivas de piedra, bronce y hierro no se trataba, por tanto, de mera especulación (como con frecuencia se ha mantenido), sino de una hipótesis para la cual ya se disponía de algún tipo de evidencia.

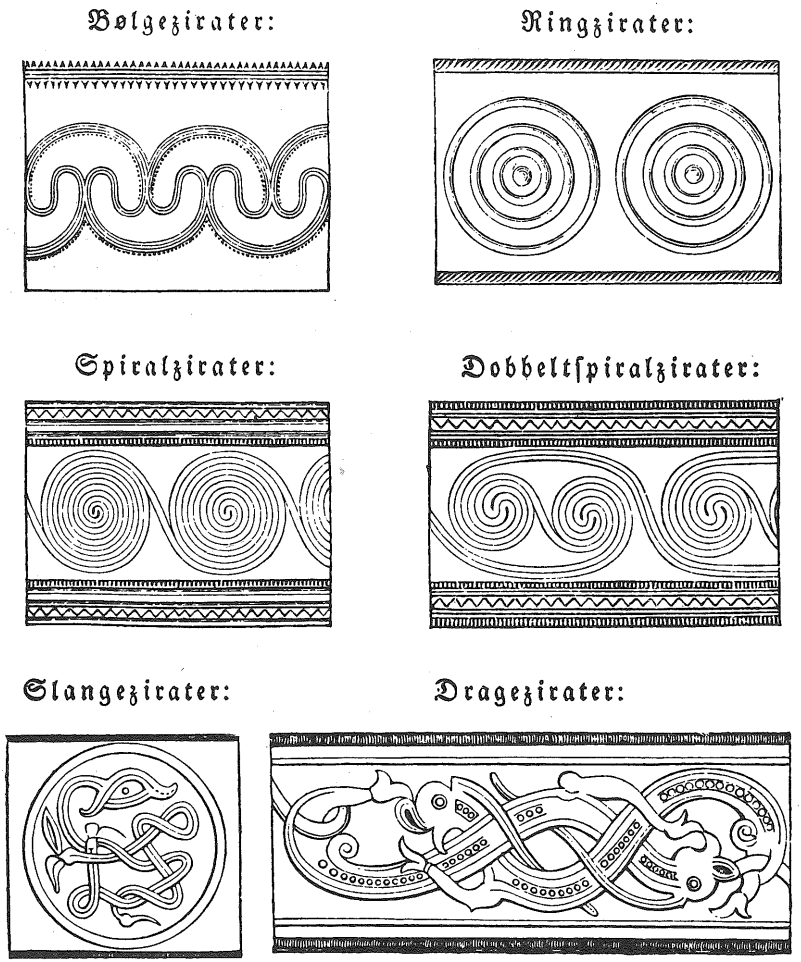
Se ha de reconocer que el intento de clasificar el material prehistórico de la colección en tres períodos sucesivos, se presentaría ante Thomsen como una tarea ciertamente desalentadora. Desde el principio constató que tanto para los objetos de piedra como para los de metal no resultaría una clasificación mecánica. Los artefactos de piedra y de bronce habían continuado fabricándose durante la Edad del Hierro, al igual que los de piedra durante la Edad del Bronce. El reto consistía en diferenciar los instrumentos de bronce hechos durante la Edad del Hierro de aquellos fabricados en la Edad del Bronce, así como distinguir los instrumentos de piedra de cada una de las edades. Junto a ello estaba el problema de a qué época asignar los objetos de oro, plata, vidrio y otras sustancias. Los artefactos de manera individual no tenían nada que aportar a esta tarea. En la colección existían conjuntos de artefactos que habían sido hallados en la misma tumba, en el mismo tesoro o en cualquier otro contexto donde era lícito suponer que habían sido enterrados en una misma fecha. Thomsen

los denominó «hallazgos cerrados» y pensó que, a través de la comparación minuciosa de los varios objetos de cada hallazgo de este tipo, sería posible determinar clases de artefactos característicos de diferentes períodos (Gräslund, 1974, pp. 97-118; 1981).

Thomsen clasificó y sistematizó los artefactos en varias categorías de uso, como cuchillos, azuelas, recipientes de cocina, fíbulas y collares. Dentro de cada categoría hizo divisiones según el material de que estaba hecho cada objeto y por sus formas específicas. Una vez llegado a este punto, empezó a examinar más de cerca cada uno de los hallazgos cerrados con el objetivo de determinar qué tipos se encontraban o no juntos. Sobre la base de la forma y la decoración, Thomsen pudo distinguir los objetos de bronce hechos durante la Edad del Bronce y los fabricados durante la Edad del Hierro. También fue capaz de demostrar que los grandes cuchillos de pedernal y las puntas de lanza que poseían una forma similar a los de bronce, estaban hechos en la Edad del Bronce. Finalmente, pudo asignar cada artefacto individual a un sector de su secuencia según sus similitudes estilísticas. De esta manera, Thomsen esbozó una secuencia cronológica a grandes rasgos de toda la prehistoria danesa.

Thomsen fue más allá, cuando procedió al examen del contexto en que, según los registros, habían sido hallados los artefactos. Así, confeccionó una secuencia de desarrollo que comprendía cinco estadios. El primero era la Primera Edad de la Piedra, donde sólo se habrían utilizado instrumentos de piedra. A ella seguiría una Segunda Edad de la Piedra, descrita como la etapa en que el metal empieza a utilizarse y en que los muertos se inhuman en tumbas megalíticas acompañados de burdas vasijas de cerámica con decoración incisa. En la plena Edad del Bronce las armas y los instrumentos cortantes se harían de cobre o bronce, los muertos se incinerarían y sus cenizas serían guardadas en urnas enterradas bajo pequeños túmulos junto a artefactos decorados con motivos circulares. En la Edad del Hierro, los instrumentos y las armas se harían de hierro templado, mientras que el bronce se continuaría usando para ornamentos y bienes de lujo. La Edad del Hierro se dividiría en dos períodos, el primero caracterizado por motivos curvilíneos y serpenteantes y el segundo por dragones y otros animales fantásticos. Las formas de ornamentación iniciadas durante este período se prolongarían en la época histórica ([1837] Heizer, 1962a, pp. 21-26).

En el pasado, pocos arqueólogos se habían atrevido a subdividir los materiales prehistóricos en diferentes segmentos temporales. Posiblemente, el más elaborado de estos intentos lo protagonizó Pierre Legrand d'Aussy (1737-1800), cuando ordenó las prácticas funerarias en seis períodos, desde los primeros tiempos a la Edad Media (Laming-Emperaire, 1964, pp. 100-101). Estos esquemas se basaban principalmente en la intuición y no convencieron a demasiada gente. Thomsen superó este desafío mediante el desarrollo de una forma de seriación tosca pero efectiva, que proveyese la evidencia científica en la que apoyar la validez histórica de sus series cronológicas. Para que este esquema funciona-



10. Estilos sucesivos de ornamentación, de la obra de Thomsen *Ledetraad til Nordisk Oldkyndighed* (arriba, las formas más antiguas).

se, era insuficiente formar una secuencia con una sola clase de datos. Al contrario, todas las características de los artefactos individuales y de aquellos hallados en conjuntos cerrados habían de ser ordenadas en una secuencia en que tanto el material, el estilo, la decoración y el contexto de su descubrimiento formasen un modelo coherente de variación. La aparición de discrepancias en cualquier parte del modelo (como el descubrimiento de instrumentos de hierro decorados con modelos circulares de la Edad del Bronce) habría provocado el desmoronamiento del esquema en su totalidad. La suposición hecha por Thom-

sen de que la secuencia correcta era de piedra a hierro y no al revés quedaba corroborada por las continuidades decorativas entre el último estadio de la Edad del Hierro y los primeros tiempos históricos. A pesar de que muchos anticuarios se burlaron de él por no contemplar edades del vidrio, de la madera o del oro, y de que otros intentasen adscribir los objetos de piedra, bronce o hierro a diferentes economías que habrían existido de forma paralela, ninguno de ellos pudo decir que la clasificación hecha por Thomsen fuese el resultado de una acción mecánica, ya que se basaba en el análisis convergente del estilo, la decoración y el contexto, tres elementos que se reforzaban entre sí y producían como resultado una cronología, aunque basta, efectiva.

El Museo de Antigüedades del Norte, de Thomsen, con las colecciones ordenadas según el nuevo sistema, abrió sus puertas al público en 1819, aunque el primer escrito que recogía sus investigaciones no apareció hasta 1836, en *Ledetraad til Nordisk Oldkyndighed* (Guía de Antigüedades Escandinavas), traducido al alemán al año siguiente y al inglés en 1848. Como mínimo, parte del atractivo que ofrecía el trabajo de Thomsen era que aportaba un sostén independiente para un enfoque evolucionista del primer desarrollo humano, enfoque que lentamente fue ganando popularidad, sobre todo en Inglaterra, a medida que el temor a la Revolución francesa y a Napoleón fue decreciendo. Ni Thomsen ni sus sucesores quisieron caracterizar esta teoría como la secuencia evolucionista propia de Escandinavia. Al contrario, se apresuraron a argumentar que el conocimiento del trabajo del bronce y del hierro fue llevado a la región por varias olas migratorias procedentes del sur, o bien fue el resultado de la «relación con otras naciones» (Daniel, 1967, p. 103). Pero, sea como fuere, suponían que ese desarrollo evolucionista se habría dado en algún lugar de Europa o del Próximo Oriente. La arqueología decimonónica no contempló los conceptos de migración o difusión como algo antitético a la evolución, sino como dos factores que contribuyeron a promover los cambios evolutivos (Harris, 1968, p. 174).

El desarrollo y la difusión de la arqueología escandinava

Incluso durante sus primeros trabajos, Thomsen no se interesó de manera exclusiva por los artefactos y su desarrollo a lo largo del tiempo sino también por los contextos en los que éstos se hallaban, aspecto que podía revelar ciertos cambios en las costumbres funerarias o en cualquier otra faceta de la vida prehistórica. Durante la primera mitad del siglo XIX, la arqueología continuó desarrollándose en Escandinavia como la disciplina que trataba de la evolución de las formas de vida a través de los tiempos prehistóricos. Estos progresos contaron con la importante contribución de Sven Nilsson (1787-1883), discípulo del gran paleontólogo francés Georges Cuvier y durante muchos años profesor de Zoología en la Universidad de Lund. Nilsson aceptaba sin titubeos la evolución cultural pero, al contrario que Thomsen, estaba sobre todo interesado

11. Thomsen mostrando a los visitantes el Museo de Antigüedades del Norte.

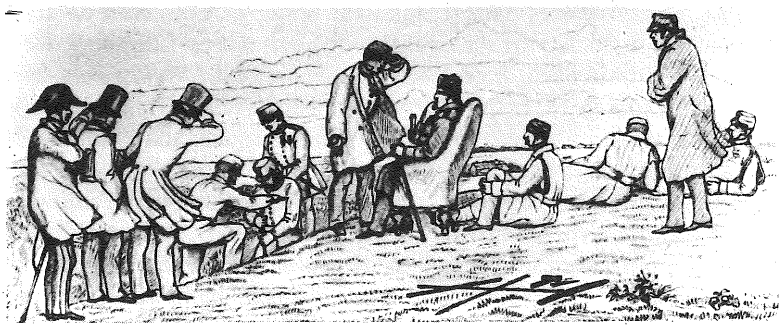
en el desarrollo de las economías de subsistencia más que en la tecnología. Como muchos de los filósofos del siglo XVIII, pensaba que el incremento poblacional había sido el principal factor que obligó a los cazadores-recolectores escandinavos a convertirse primero en pastores y después en agricultores. Su aportación más importante al estudio de la prehistoria fue su esfuerzo sistemático por determinar el uso que se había hecho de los artefactos de piedra y hueso por medio de detalladas comparaciones con especímenes etnográficos de todo el mundo. Muchos de los artefactos escandinavos habían formado parte de obje-

tos compuestos, algunas de cuyas partes no se habían conservado, y llegar a dilucidar las varias clases de estos objetos compuestos era tarea no precisamente fácil. Como exponentes de una evolución unilineal, creía que los especímenes etnográficos recogidos en Norteamérica, el Ártico y las islas del Pacífico podrían arrojar luz sobre las culturas prehistóricas escandinavas que se encontraban en el mismo nivel de desarrollo. También recomendaba verificar paralelos etnográficos a través del estudio de los modelos de uso de los artefactos prehistóricos (Nilsson, 1868, p. 4). Así, intentó inferir directamente de los datos arqueológicos modelos prehistóricos de caza o pesca. Su estudio más importante sobre la Edad de la Piedra se publicó en cuatro partes entre 1836 y 1843 y fue traducido al inglés como *The Primitive Inhabitants of Scandinavia* en 1866.

Una figura aún más influyente en el desarrollo de la arqueología escandinava fue Jens J. A. Worsaae (1821-1885). Fue el primer arqueólogo prehistoriador profesional y la primera persona en ser preparada para tal disciplina, aunque de manera informal, como voluntario que trabajaba con Thomsen. Fue nombrado Inspector para la Conservación de Monumentos Antiguos de Dinamarca en 1847 y el primer profesor de arqueología en la Universidad de Copenhague en 1855. Al contrario que Thomsen, quien siempre investigó en los museos, Worsaae se reveló como un prolífico arqueólogo de campo. Sus excavaciones ayudaron a la confirmación de la cronología de Thomsen mediante el descubrimiento y estudio de más hallazgos cerrados y gracias a las excavaciones estratigráficas, que ofrecían una demostración mucho más concreta que la que aportaba la seriación del cambio cultural a lo largo del tiempo. Las excavaciones del biólogo Japetus Steenstrup en las turberas de Dinamarca, llevadas a cabo con el objeto de trazar los cambios producidos en los modelos de fauna y flora desde el final de la última glaciación, también aportaron una importante evidencia estratigráfica que apoyaba la teoría de las tres edades. Se hallaron muchos artefactos en el curso de esas excavaciones. Éstas mostraron cómo los bosques de pinos iniciales correspondían a la ocupación de la Edad de la Piedra, mientras que la Edad del Bronce había sido coetánea de los bosques de robles, y la Edad del Hierro de los bosques de hayas. Los hallazgos de Steenstrup fueron confirmados por los arqueólogos, que relacionaron sus propios descubrimientos con estos cambios ambientales (Morlot, 1861, pp. 309-310).

Worsaae fue un escritor prolífico y en su primer libro *Danmarks Oldtid* (Las antigüedades primitivas de Dinamarca), publicado en 1843 (traducción inglesa en 1849), utilizó los hallazgos de Thomsen como base para una prehistoria de Dinamarca. En 1846-1847, con el apoyo financiero del rey Christian VIII, visitó Gran Bretaña e Irlanda, principalmente para estudiar los restos vikingos de aquellos países. Sus observaciones sobre los hallazgos vikingos allí encontrados lo convencieron de que el esquema de las tres edades de Thomsen era aplicable a grandes regiones —si no a la totalidad— de Europa.

Worsaae también desempeñó un importante papel en el desarrollo de la investigación interdisciplinaria en arqueología. En una fecha tan temprana como



12. Worsaae perforando uno de los grandes túmulos de Jelling, y explicando el procedimiento al rey Federico VII de Dinamarca.

1837, en Sjaelland se habían observado a poca distancia tierra adentro de la actual línea de costa, montones de conchas de berberechos y ostras que contenían numerosos artefactos prehistóricos. Con el deseo de ampliar sus conocimientos sobre los cambios geológicos, en 1848 la Real Academia Danesa de Ciencias designó una comisión para estudiar estos concheros. Esta comisión estaba encabezada por Worsaae, el biólogo Steenstrup y J. S. Forchhammer, el padre de la geología danesa. A principios de la década de 1850 estos investigadores publicaron seis volúmenes sobre sus estudios de estos «concheros-cocina». Su investigación interdisciplinaria demostró que estos elementos tenían un origen humano y trazó los modelos de acumulación. También determinó que, una vez que los concheros se habían formado, el entorno paleoambiental estaba formado por bosques de pinos y abetos, con algunos robles, que el único animal que quizás estuviese domesticado fuese el perro, y que los concheros se ocupaban durante el otoño, el invierno y la primavera, pero no durante el verano. La distribución de hogares y artefactos dentro de los concheros fue igualmente estudiada con el objetivo de conocer más a fondo las actividades humanas que se desarrollaban en semejantes yacimientos. Incluso se llevaron a cabo experimentos, como alimentar a algunos perros con huesos de animales, para poder descifrar incógnitas como el hecho de haber encontrado numerosísimos huesos largos de pájaros, a los que les faltaban los extremos, hecho que contrastaba con el escaso número de los demás huesos del esqueleto (Morlot, 1861, pp. 300-301). El único aspecto en el que Worsaae y Steenstrup no estaban de acuerdo era la datación de los concheros. Steenstrup mantenía que eran neolíticos, y por tanto, contemporáneos de las tumbas megalíticas, pero al no contener suelos de ocupación claros ni instrumentos de piedra pulida, Worsaae creía, con razón, que eran anteriores (Klindt-Jensen, 1975, pp. 71-73).

La arqueología que se estaba desarrollando en Escandinavia proporcionó un modelo aplicable en todo el mundo. Por ejemplo, fue a partir del contacto con Worsaae que el anticuario escocés Daniel Wilson (1816-1892) se inspiró en

la teoría de las tres edades para reorganizar una gran colección de artefactos pertenecientes a la Society of Antiquaries of Scotland de Edimburgo. Esta tarea constituyó la base de su libro *The Archaeology and Prehistoric Annals of Scotland* publicado en 1851. En esta primera síntesis científica sobre los tiempos prehistóricos escrita en lengua inglesa, Wilson organizaba los datos arqueológicos en una Era de la Piedra (Primitiva), una del Bronce (Arcaica), una del Hierro y una Cristiana. Con todo, su estudio no era una servil imitación del trabajo del escandinavo. Demostró que, mientras que Escocia y Escandinavia habían pasado por los mismos estadios de evolución durante los tiempos prehistóricos, los artefactos escoceses diferían estilísticamente de los escandinavos, sobre todo en la Edad del Hierro. En su libro, Wilson acuñó el término Prehistoria, que definió como el estudio de una región antes del primer documento escrito que a ella se refiera. Puso de relieve que el conocimiento sobre el pasado que puede extraerse de los artefactos es muy diferente a la información que brindan los registros escritos. Asimismo expresó el deseo de que en un tiempo no muy lejano los arqueólogos estuviesen en condiciones de saber más sobre la vida social y las creencias religiosas de los tiempos prehistóricos. En su compromiso con el enfoque evolucionista, Wilson demostró ser un fiel heredero de la Ilustración escocesa. Entre los anticuarios ingleses había mucha más resistencia a aceptar el enfoque escandinavo (Daniel, 1963a, pp. 58-59) y el deseo expresado por Wilson de reorganizar todas las colecciones del British Museum según el nuevo sistema fue durante mucho tiempo desoído. Desgraciadamente para la arqueología británica, aunque Wilson ostentaba el honor de haberse doctorado en la Universidad de St. Andrews, no consiguió ningún trabajo satisfactorio en Escocia, por lo que en 1855 decidió enseñar inglés e historia en el University College de Toronto, en Canadá.

La arqueología escandinava también sirvió de modelo en Suiza. En este país, como consecuencia de una sequía durante el invierno de 1853, los lagos bajaron a unos niveles sin precedentes, revelando así la existencia de antiguos asentamientos que se habían preservado sumergidos bajo las aguas. El primero de estos asentamientos, un yacimiento de la Edad del Bronce en Obermeilen, fue estudiado el verano siguiente por Ferdinand Keller (1800-1881), profesor de inglés y presidente de la Sociedad de Anticuarios de Zurich. Su estudio inicial permitió la identificación de otros cientos de yacimientos, incluyendo el poblado neolítico de Robenhausen, que sería excavado por Jakob Messikommer a principios de 1858 (Bibby, 1956, pp. 201-219). Estos llamados «poblados lacustres» se interpretaron como asentamientos construidos sobre pilones hincados en el fondo de los lagos, basándose en las descripciones del viajero C. Dumont d'Urville de los poblados de ese tipo existentes en Nueva Guinea (Gallay, 1986, p. 167). Actualmente se cree que habrían estado construidos en las zonas pantanosas que rodeaban el lago en aquel tiempo.

Estas excavaciones pusieron al descubierto pilones de madera y plataformas domésticas, instrumentos de hueso y piedra que todavía conservaban los

mangos de madera, esteras, cestería, y un amplio abanico de cacharros para contener alimentos. Estos yacimientos del Neolítico y de la Edad del Bronce proporcionaron a los arqueólogos suizos la oportunidad de estudiar los cambios producidos en el medio ambiente, en la economía y en las formas de vida de aquellas gentes. Los hallazgos suizos no sólo pusieron al descubierto muchos tipos de artefactos de materias perecederas que normalmente no aparecían ni en Escandinavia ni en Escocia, sino que también sirvieron para verificar las reconstrucciones de instrumentos de piedra y hueso que habían hecho Nilsson y otros. Suiza era ya en aquellos momentos un gran centro turístico y el estudio continuado de estos restos prehistóricos era una atracción que despertaba un gran interés. Este hecho fue primordial para que los europeos occidentales se convenciesen de la evolución cultural y de que los tiempos antiguos podían ser estudiados utilizando exclusivamente la evidencia arqueológica (Morlot, 1861, pp. 321-336).

La arqueología prehistórica, de esta manera, se había ya desarrollado antes de 1859 en Escandinavia, Escocia y Suiza como una disciplina bien definida. La base en la que se apoyaba esta nueva disciplina era la capacidad de construir cronologías relativas a partir de los datos arqueológicos, utilizando la seriación y la estratigrafía. Thomsen había sido un pionero de la seriación, que había aplicado a su extensa y representativa colección, mostrada en su museo, mientras que Worsaae había utilizado la estratigrafía para confirmar sus hallazgos. Por primera vez, se ofrecían cronologías relativas dentro de las cuales poder colocar los datos prehistóricos ya conocidos. Esto demostraba que los artefactos procedentes de contextos arqueológicos más o menos bien documentados podían ser usados como base para el conocimiento de la historia humana.

El desarrollo de la arqueología prehistórica se ha venido relacionando desde hace tiempo con la influencia ejercida por las ideas de la evolución geológica y biológica. Se ha aceptado que las cronologías del tiempo geológico estratigráficamente obtenidas construidas por los geólogos y los paleontólogos constituyeron un modelo para el desarrollo de las cronologías arqueológicas de la prehistoria. Con todo, en los trabajos pioneros de Thomsen se aprecia una cronología de la prehistoria humana basada en la seriación e inspirada en las teorías ilustradas de la evolución social, combinadas con los datos aportados por los primeros anticuarios y con un conocimiento implícito de los cambios estilísticos probablemente derivado del estudio de la numismática. La arqueología prehistórica no fue el resultado de tomar prestados mecanismos de datación de otras disciplinas, sino que tuvo su inicio en el desarrollo de una nueva técnica de datación relativa adecuada al material arqueológico.

El tipo de historia producida por la arqueología escandinava también estaba basada en la perspectiva de evolución cultural de la Ilustración. Tradicionalmente, la historia se había ocupado de los pensamientos y las acciones de individuos famosos. Incluso la egiptología y la arqueología clásica, por más que intentasen interesarse por la cultura material, y no exclusivamente por la epi-

grafía, trataban de obras de arte que explicaban en relación a la historia documentada por escrito. Aun así, Worsaae apuntó que en muchos casos, los arqueólogos de la prehistoria no podían llegar a saber por qué la gente había confeccionado los instrumentos que estaban estudiando. Tanto él como Wilson no estaban de acuerdo con la idea de que los primeros pueblos mencionados en las fuentes escritas se correspondiesen verdaderamente con los primeros habitantes de Europa (Daniel, 1950, p. 50). Una cronología que ofreciese una confirmación independiente del desarrollo de la sociedad europea desde la Edad de la Piedra sólo interesaba a aquella gente dispuesta a aceptar la evolución cultural como una tema digno de tomar en consideración. Las primeras semillas de ese interés habían sido sembradas por la Ilustración con su enfoque de la naturaleza humana. Hacia principios del siglo XIX y a pesar de las etapas de recesión económica, como la que duró desde 1826 hasta 1847 (Wolf, 1982, p. 291), muchos miembros de la cada vez mayor clase media empresaria se imaginaron a ellos mismos como las puntas de lanza del desarrollo que aspiraba a crear un mundo nuevo y mejor para todos. Por medio de la identificación del progreso moral y social como algo paralelo al desarrollo tecnológico, siendo este último una característica fundamental del avance de la historia humana, la Ilustración les reafirmó a las clases medias de la Europa occidental la significación cósmica y, por tanto, el éxito inevitable de su papel en la historia, retratando sus ambiciones personales y las de su clase como promotoras del bien social general. El progreso tecnológico también se atribuía a la iniciativa de los seres humanos individuales por utilizar sus capacidades intelectuales innatas para controlar la naturaleza. Este era un enfoque optimista, apropiado para las clases medias, en el nacimiento de una era en la que éstas verían crecer su poder y su prosperidad en toda la Europa occidental. Así, proveyendo de lo que parecía ser la confirmación material de la realidad del progreso a lo largo de la historia humana, la arqueología que siguió el estilo escandinavo fue un reclamo para aquellos que se estaban beneficiando de la Revolución industrial. Mientras que la arqueología danesa continuaba siendo fuertemente nacionalista y seguía avanzando bajo los auspicios de generaciones sucesivas de la familia real, sus innovadores y la audiencia, cada vez mayor, de que disponía, eran miembros de una clase media que iba en aumento (Kristiansen, 1981), para quien el nacionalismo y el evolucionismo representaban conceptos muy atractivos. Por contraste, en el ambiente políticamente reaccionario de la Alemania posnapoleónica, los arqueólogos, inspirados por el nacionalismo, tendieron a rechazar el enfoque escandinavo en parte porque su evolucionismo se alineaba demasiado con la filosofía ilustrada (Böhner, 1981; Sklenář, 1983, pp. 87-91).

Los arqueólogos escandinavos y los que seguían esa corriente no limitaron sus esfuerzos a demostrar la realidad de la evolución cultural. También intentaron conocer las tecnologías y las economías de subsistencia de los pueblos prehistóricos y el medio ambiente en el que habían vivido, así como su vida social y sus creencias religiosas. Su objetivo era extraer todo el conocimiento que la

evidencia arqueológica permitiese sobre los modelos de vida de cada período y sobre cómo esos modelos habían cambiado y se habían desarrollado a lo largo del tiempo. Para poder entender el significado relativo al comportamiento de los hallazgos arqueológicos, realizaban comparaciones de datos arqueológicos y etnográficos y experimentos para determinar cómo se habían fabricado y utilizado esos instrumentos y cómo se habían manipulado los huesos que se hallaban en los yacimientos arqueológicos. También aprendieron a cooperar con geólogos y biólogos para reconstruir los paleoambientes y determinar las dietas prehistóricas.

Lo que no hicieron los arqueólogos de esta época fue desafiar la cronología bíblica tradicional, que calculaba unos 6.000 años para la totalidad de la historia humana. Para Thomsen, Worsaae y otros, era suficiente con varios miles de años para reflejar los cambios que el registro arqueológico revelaba. Worsaae dató la llegada de los primeros humanos a Dinamarca alrededor del 3000 a.C. y el comienzo de la Edad del Bronce entre el 1400 y el 1000 a.C. Por una irónica coincidencia, Escandinavia, Escocia y Suiza habían estado todas cubiertas por glaciares durante la glaciación de Würm y hasta la fecha han proporcionado pocos datos sobre su ocupación humana antes del Holoceno. Por esa razón, la cronología ideada por los escandinavos, escoceses y suizos para sus hallazgos no estaba tan lejos de la realidad como normalmente se tiende a creer.

La antigüedad de la humanidad

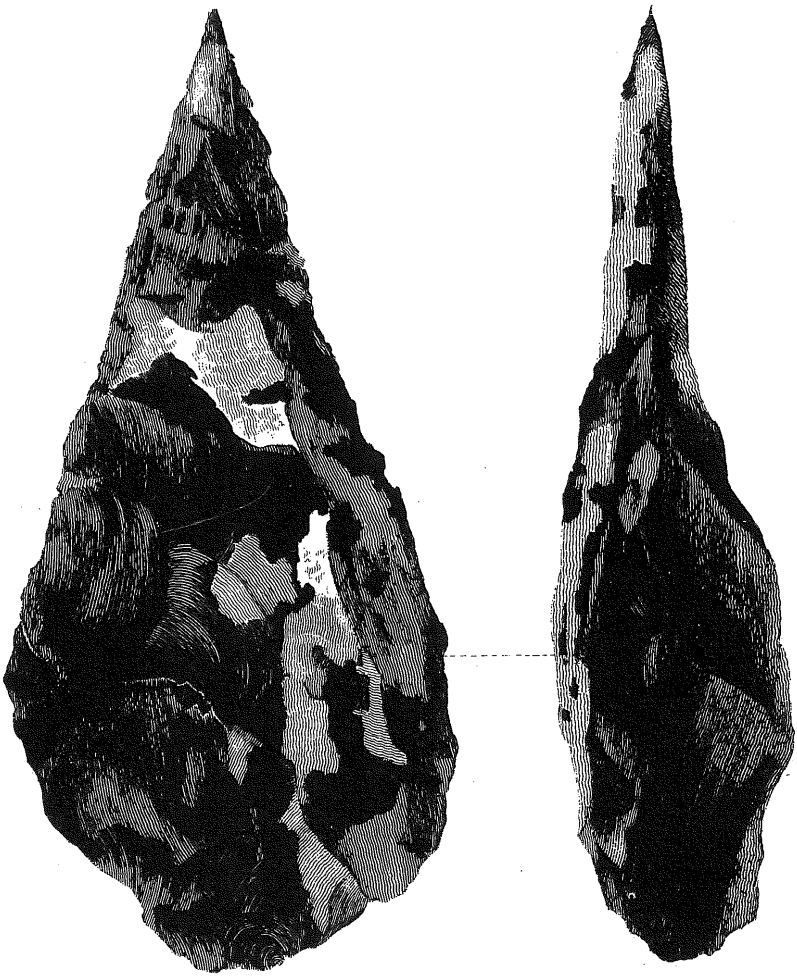
La arqueología prehistórica iniciada por los escandinavos influyó sobre la arqueología de algunos países más pequeños de la Europa septentrional y occidental, pero fue en gran parte ignorada por los anticuarios de Francia e Inglaterra, quienes, aunque estuviesen perfectamente preparados para traducir a su lengua los trabajos de Thomsen y Worsaae, eran reacios a seguir el ejemplo de los colegas de un país periférico como Dinamarca. Su actitud conservadora provocó que el estudio científico de la prehistoria no diese comienzo en estos países antes de finales de la década de 1850, desarrollándose de manera bastante independiente de la arqueología de estilo escandinavo. Al contrario que en Escandinavia, la primera arqueología científica en Inglaterra y Francia se preocupó sobre todo del Paleolítico y de dilucidar la antigüedad de la humanidad. La presencia en el sur de Inglaterra y en Francia de cuevas y depósitos glaciales con indicios de actividades humanas que se remontaban al Paleolítico inferior brindaba a los arqueólogos de esos países la oportunidad de estudiar las primeras fases de la existencia humana, las cuales no se daban en Escandinavia, Escocia o Suiza.

El desarrollo de la arqueología referida al período paleolítico dependía de que previamente surgiese una perspectiva evolucionista en geología y también de algún conocimiento paleontológico. Fue necesario el desarrollo de esos cam-

pos para que se plantease un estudio científico de los orígenes humanos que estuviese en condiciones de poner en tela de juicio los relatos bíblicos tradicionales. Así como los principales avances arqueológicos en el estudio de la antigüedad de la humanidad precedieron, aunque con poca distancia, a las primeras manifestaciones del evolucionismo darwiniano, la arqueología del Paleolítico pronto se vio inmersa en las controversias que acompañaron el trabajo de Darwin y fue fuertemente influida por los conceptos derivados de la evolución biológica.

Cuando se halló una hacha de sílex cerca de un esqueleto de lo que probablemente había sido un mamut bajo una calle de Londres a finales del siglo XVII, el anticuario John Bagford interpretó el hallazgo como un elefante del ejército llevado a Gran Bretaña por el emperador romano Claudio en el año 43 d.C., que había sido matado por un antiguo bretón armado con una lanza con enmangue de piedra (Grayson, 1983, pp. 7-8). Esta interpretación estaba claramente en el ámbito de la tradición arqueológica textual. Por otra parte, en 1797 John Frere describió una colección de hachas achelenses halladas junto con huesos de animales desconocidos a una profundidad de cuatro metros en el este de Inglaterra. Argumentó que los estratos que las cubrían, que incluían una probable incursión marina y la formación de medio metro de tierra vegetal, se habrían creado a lo largo de un extenso período, concluyendo que «la situación en que se hallaron estas armas nos tienta a datarlas en un período muy remoto, incluso más allá del mundo presente» ([1800] Heizer, 1962a, p. 71). Con esto, quería poner de manifiesto que quizás tenían una antigüedad de más de 6.000 años. La Society of Antiquaries creyó su artículo digno de publicación, aunque no despertó ninguna discusión en su tiempo. El ambiente intelectual era claramente contrario a asignar una gran antigüedad a la humanidad, y Donald Grayson (1983, p. 58) ha apuntado que el fracaso de Frere en identificar los huesos o las conchas hallados en la estratigrafía lo hicieron inmerecedor de estar o no de acuerdo con su conclusión.

En el curso del siglo XVIII, científicos como Georges Buffon empezaron a proponer que el mundo tuviese un origen natural y a especular que tuviese decenas de miles o incluso millones de años de antigüedad. Esto, a su vez, sugirió la necesidad de interpretar la Biblia simbólicamente, sin tomar al pie de la letra el relato que se refería a los siete días de la creación. El zoólogo francés Georges Cuvier (1769-1832), quien proporcionó a la paleontología su rango de disciplina científica, utilizó sus conocimientos de anatomía comparada para reconstruir esqueletos completos de cuadrúpedos fósiles, hasta entonces desconocidos. De esta manera, pudo darse cuenta de que muchas especies animales se habían extinguido. También observó que cuanto más antiguos eran los estratos geológicos, los restos animales que contenían eran menos parecidos a las especies conocidas en la actualidad. Al aceptar un lapso de tiempo relativamente corto desde la creación del mundo, tuvo que concluir que especies enteras de animales habían sido destruidas por una serie de catástrofes naturales que, a su vez,



13. Hacha de mano achelense hallada por Frere en Hoxne, publicada en *Archaeologia,* 1800.

habían ido dando forma a la moderna configuración geológica del planeta. Mientras que él creía que las zonas devastadas habían sido repobladas por migraciones de animales procedentes de otras áreas, otros geólogos, como William Buckland (1784-1856), un sacerdote anglicano, profesor de Mineralogía de la Universidad de Oxford, veían en esas catástrofes un carácter universal que barrió a la mayoría de las especies. Eso requería que Dios crease nuevas especies para reemplazar a las desaparecidas. La complejidad creciente de la vida animal y vegetal observada en los estratos geológicos sucesivos se veía, por tan-

to, como una secuencia de desarrollo y no como una serie de creaciones más complejas. Este científico concebía la evolución como algo que ocurría en la mente de Dios y no en el mundo natural.

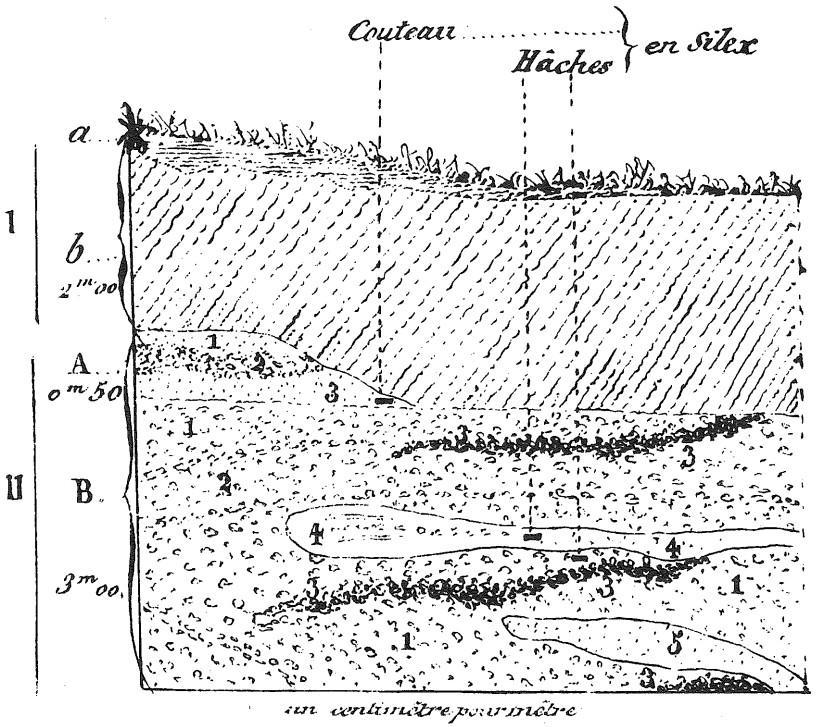
En la primera mitad del siglo XIX, naturalistas y anticuarios hallaron restos humanos asociados a instrumentos de piedra y restos de animales extinguidos en depósitos de cuevas por toda Europa occidental. La tarea más importante fue la realizada por Paul Tournal (1805-1872) cerca de Narbona y Jules de Christol (1802-1861) en el noreste de Montpellier, ambos en Francia, Philippe-Charles Schmerling (1791-1836) cerca de Lieja, en Bélgica, y el reverendo John MacEnery (1796-1841) en Kent's Cavern en Inglaterra. Cada uno de estos hombres creyó que sus hallazgos podían constituir una evidencia de la contemporaneidad de los seres humanos y especies animales extinguidas, pero sus técnicas de excavación no estaban suficientemente desarrolladas como para excluir la posibilidad de que el material humano fuese intrusivo procedente de depósitos más modernos. Los hallazgos de MacEnery se hallaban incluidos en un nivel de travertino que tardó muchísimo tiempo en formarse. Buckland mantenía que los antiguos bretones habían cavado hornos en la tierra, atravesando el travertino y que sus instrumentos de piedra se habían así infiltrado en depósitos mucho más antiguos que contenían los huesos de animales fósiles. MacEnery, aunque rechazaba esta afirmación, aceptaba que los huesos humanos, aunque antiguos, no tenían por qué ser contemporáneos de los animales extinguidos. Se argumentaba que todos los depósitos contenían mezclas de huesos de animales y artefactos de diversos períodos que habían rodado hasta las cuevas y se habían mezclado en tiempos más o menos recientes (Grayson, 1983, p. 107). Algo que se hizo obvio fue que en las cuevas no se hallarían los datos concluyentes, ya que sus depósitos presentaban numerosas dificultades para ser datados y era muy difícil averiguar si los huesos humanos se habían mezclado con los huesos de animales extinguidos en época reciente como resultado de la actividad humana o geológica.

El hecho de poder encontrar asociados restos físicos y materiales humanos con mamíferos ya extinguidos fue una cuestión muy debatida. Los huesos de mamut y rinocerontes lanudos se hallaban frecuentemente en los depósitos glaciales que cubrían Francia y el sur de Inglaterra. A principios del siglo XIX se creía en general que esto era el resultado del Diluvio Universal, la última gran catástrofe que había convulsionado la faz de la Tierra. Como la Biblia registraba la existencia de seres humanos antes de esa fecha, parecía posible hallar restos humanos en depósitos diluviales. Con todo, los cristianos fundamentalistas creían en la Biblia cuando se refería a que, como resultado de la intervención divina, todas las especies animales habían sobrevivido al Diluvio; así la presencia de especies extinguidas en esos niveles indicaba que databan de antes de la creación de la Humanidad, y no simplemente de antes del Diluvio. Incluso los paleontólogos que optaban por interpretar la Biblia de una manera menos literal creían que un Dios benevolente había conducido a la Tierra hacia su es-

tado moderno, antes de proceder a la creación de la especie humana. A partir de la década de 1830 se empezó a aceptar de manera generalizada que todo el material del Diluvio no se había depositado al mismo tiempo. También se creía que, al ser anterior a la inundación, no podía contener restos humanos (Grayson, 1983, p. 69).

Los problemas intelectuales del momento se hallan claramente ejemplificados en la obra de Jacques Boucher de Crèvecoeur de Perthes (1788-1868), director de la parroquia de Abbeville, en el valle del Somme, en la Francia noroccidental. En 1830, Casimir Picard, un médico local, localizó en la región unos hallazgos consistentes en instrumentos de piedra y de cuerna. Boucher de Perthes inició el estudio de estos hallazgos en 1837. Poco después, en las excavaciones para la construcción de un canal y de una vía férrea, encontró hachas del Paleolítico inferior asociadas a huesos de mamuts y rinocerontes extinguidos, enterrados a gran profundidad en las graveras estratificadas de las terrazas del río, de datación anterior a las turberas locales.

Las observaciones estratigráficas de Boucher de Perthes le convencieron de que los instrumentos de piedra y los animales extinguidos tenían la misma an-



14. Perfil que muestra la situación del material paleolítico, de la obra de Boucher de Perthes *Antiquités celtiques et antédiluviennes,* 1847.

tigüedad. Así, como catastrofista, decidió que esos intrumentos pertenecían a una raza humana antediluviana que había sido completamente aniquilada por una gran inundación «anterior al Diluvio bíblico». Después de un largo período de tiempo, Dios creó una nueva raza humana, la de Adán y Eva y sus descendientes (Grayson, 1983, pp. 126-130). No sorprende demasiado que cuando estas fantásticas ideas se publicaron en el primer volumen de su *Antiquités celtiques et antédiluviennes* en 1847, no fuesen tomadas en consideración ni por los investigadores franceses ni por los ingleses. Ni siquiera cuando sus observaciones de campo fueron corroboradas por el físico Marcel-Jérôme Rigollot (1786-1854) en Saint Aucheul y en otro yacimiento cercano a Amiens, a cuarenta kilómetros de Abbeville, y los depósitos fueron datados por los geólogos, incluyendo a Edmond Hébert de la Sorbona, en la «época del Diluvio», tanto geólogos como anticuarios continuaron expresando su convencimiento de que los artefactos pudieran ser intrusivos. Grayson (1983, p. 207) ha llegado a la conclusión de que el rechazo de la sólida evidencia de Rigollot «provenía de la creencia absoluta de que tales cosas no podían ser» y de que Rigollot no perteneciese a la elite científica de aquel tiempo.

La resolución de estas controversias sobre la antigüedad de la humanidad requería un mejor conocimiento del registro geológico. En 1785, el físico de Edimburgo James Hutton (1726-1797), propuso una visión uniformista de la historia geológica, en la que la lenta erosión de las rocas y del suelo quedaba compensada por la elevación de otras superficies terrestres. Creía que todo estrato geológico podía explicarse en términos de fuerzas continuadas que operan durante largos períodos de tiempo. En los años siguientes, William (Strata) Smith (1769-1839) en Inglaterra y Georges Cuvier y Alexandre Brongniart en Francia, reconocieron que los estratos de diferentes épocas poseían cada uno su conjunto característico de fósiles orgánicos, llegando a la conclusión de que estos conjuntos podían ser utilizados para identificar las formaciones de los depósitos de las cuevas de una gran área. Smith, al contrario que Cuvier, aceptó el principio de la deposición ordenada de las formaciones rocosas a lo largo de grandes períodos de tiempo.

Entre 1830 y 1833, el geólogo inglés Charles Lyell (1797-1875) publicó *Principles of Geology,* donde presentaba una cantidad abrumadora de datos, muchos de ellos procedentes de sus observaciones de la zona del Etna en Sicilia, apoyando la visión uniformista de que los cambios geológicos habían tenido lugar en el pasado como consecuencia de los mismos agentes geológicos que actuaban durante largos períodos y aproximadamente con la misma cadencia que lo siguen haciendo en la actualidad. El libro de Lyell provocó muy pronto múltiples adhesiones a la visión uniformista en geología, la cual, contrariamente al catastrofismo, indicaba que el pasado había sido un período largo y geológicamente ininterrumpido durante el cual pudieron haber sucedido muchos acontecimientos. Esta idea abonó el terreno para que muchos investigadores empezasen a pensar en la posibilidad de la evolución biológica, concepto que Lyell

rechazaba, pero por el que Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829) se había ya pronunciado en favor.

Esta nueva visión de la historia geológica requería una respuesta empírica para la antigüedad de la humanidad. La favorable acogida dispensada al libro de Lyell reflejaba la gradual apertura de los investigadores y del público británico a las ideas evolucionistas. Hacia la mitad del siglo XIX, Gran Bretaña se había convertido en el «taller del mundo» y el crecimiento del industrialismo había reforzado en gran medida el poder político y la propia confianza de las clases medias, que se veían a sí mismas como una de las fuerzas principales de la historia del mundo. Esta nueva actitud se reflejaba en los escritos de Herbert Spencer (1820-1903), quien en 1850 empezó a liderar un enfoque evolucionista general para los problemas filosóficos y científicos. Argumentaba que el desarrollo del sistema solar, de la vida animal y vegetal y de la sociedad humana había empezado desde una homogeneidad uniforme y simple hasta llegar a entidades crecientemente complejas y diferenciadas. El énfasis que ponía sobre el individualismo y la iniciativa privada como las fuerzas motrices de la evolución cultural, rescató a esta última de sus primeras asociaciones revolucionarias y contribuyó a reforzar una gran parte de la ideología de las clases medias británicas, cuya fe en el progreso había sido ya expresada en la Exposición Universal de Londres en 1851 (Harris, 1968, pp. 108-141). De esta manera, las clases medias, excepto los miembros más religiosamente conservadores, se inclinaron y empezaron a ver con buenos ojos los argumentos cercanos a la evolución geológica y a la antigüedad de la humanidad.

En 1858, William Pengelly (1812-1894) excavó Brixham Cave cerca de Torquay en el suroeste de Inglaterra. Se trataba de un yacimiento de descubrimiento reciente conocido por contener huesos fosilizados. La Geological Society of London patrocinó estos trabajos, los cuales fueron supervisados de cerca por un comité de prestigiosos científicos, que incluía a Charles Lyell. Durante el curso de sus excavaciones se hallaron instrumentos de piedra y huesos fósiles humanos bajo un depósito estalagmítico intacto de 7,5 centímetros de grosor, dato que sugería una considerable antigüedad (Gruber, 1965). Como resultado del interés creciente en la antigüedad de la humanidad, en la primavera y el verano de 1859, en primer lugar el geólogo John Prestwich y después el arqueólogo John Evans y un gran número de otros científicos británicos, incluyendo a Charles Lyell, visitaron los yacimientos del valle del Somme. Todos estos científicos estaban convencidos de la validez de los hallazgos de Boucher de Perthes y de Rigollot, y los geólogos reconocieron que los estratos en que se hallaron estos restos se debieron haber depositado mucho antes del 4000 a.C. En los informes entregados a las principales asociaciones británicas, entre las que se hallaba la British Association for the Advancement of Science, la Royal Society of London y la Geological Society of London, se llegaba a la conclusión de que existía una sólida evidencia de que los seres humanos habían coexistido con mamíferos extinguidos en algún tiempo muy lejano al presente en años de

calendario (Chorley *et al.,* 1964, pp. 447-449; Grayson, 1983, pp. 179-190). Este nuevo enfoque sobre la antigüedad de los seres humanos se convirtió en algo oficial a partir del libro de Lyell *The Geological Evidences of the Antiquity of Man* (1863).

El origen de las especies de Charles Darwin fue publicado en noviembre de 1859. Este libro, que resumía los resultados de casi treinta años de investigaciones inspiradas en el enfoque geológico uniformista, significó para la biología evolucionista lo que *Principles of Geology* de Lyell para la geología. El concepto de Darwin sobre la selección natural fue aceptado por muchos científicos y por el público en general, ya que suponía un mecanismo que hacía posible creer en un proceso de evolución biológica para las especies modernas y explicaba los cambios observados en el registro paleontológico. La implicación obvia de que la humanidad había evolucionado a partir de un primate antropoide no sólo convirtió el tema de la antigüedad de la especie humana en un tema candente que tenía que ser empíricamente estudiado, sino que también significó una parte vital de una encendida controversia, más general, sobre la teoría de la evolución biológica de Darwin. Así, la arqueología dedicada al Paleolítico pronto se colocó cerca de la geología y de la paleontología en los debates sobre una materia que provocaba un creciente interés público.

La arqueología del Paleolítico

El nombre de arqueología paleolítica apareció por primera vez en 1865 cuando, en su libro *Pre-historic Times,* el banquero y naturalista inglés John Lubbock dividió la Edad de la Piedra en un primer Paleolítico o Arqueolítico (Piedra Antigua) y en un más reciente Neolítico (Piedra Nueva). Estaba meramente nombrando de manera formal una distinción que ya era obvia, es decir, un período inicial cuando todos los instrumentos eran de piedra tallada y un segundo momento en que algunos instrumentos de piedra, como las hachas y gubias habían sido amoladas y pulimentadas (Daniel, 1950, p. 85). Después de 1860, los principales avances en arqueología paleolítica tendrían lugar en Francia, donde las terrazas de los ríos en el norte y los abrigos rocosos del sur proporcionaban una evidencia mucho mejor que la inglesa. Los principales objetivos de estos estudios eran determinar durante cuánto tiempo los seres humanos habían estado en el área y si los rasgos evolucionistas podían detectarse ya en el período paleolítico. La teoría evolucionista predecía que a lo largo del tiempo los seres humanos se habían ido haciendo más complejos tanto morfológica como culturalmente. El primer objetivo de los paleolitistas era, por tanto, ordenar sus yacimientos cronológicamente.

La figura principal de estos primeros tiempos de investigación del Paleolítico fue Édouard Lartet (1801-1871), un magistrado que se había inclinado por el estudio de la paleontología y que había reconocido públicamente la impor-

tancia de los descubrimientos de Boucher de Perthes en 1860. Apoyado económicamente por el banquero inglés Henry Christy, empezó a explorar algunas cuevas de la Dordoña en 1863. No tardó en darse cuenta de que el Paleolítico no era una simple fase del desarrollo humano, sino una serie de fases que podían individualizarse a través de los diferentes tipos de artefactos y su asociación con animales prehistóricos. Prefería una clasificación basada en criterios paleontológicos, como la que realizó en cuatro períodos o épocas, de más moderno a más antiguo: 1) uros o bisontes; 2) ciervos, yacimientos típicos: La Madeleine y Laugerie Basse; 3) mamuts y rinocerontes lanudos, y 4) osos de las cavernas, aunque reconocía que estos últimos dos períodos quizás no tuviesen una distinción cronológica. El yacimiento de Le Moustier fue designado como típico de los períodos 3 y 4. A los tres períodos de Lartet, Félix Garrigou añadió un período todavía más temprano de los Hipopótamos, cuando los seres humanos habían habitado sobre todo en yacimientos abiertos y que no estaba representado en las cuevas del sur de Francia (Daniel, 1950, pp. 99-103).

La obra de Lartet fue continuada por Gabriel de Mortillet (1821-1898), un geólogo y paleontólogo que se convirtió en arqueólogo. Fue ayudante del conservador del Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye durante diecisiete años, tras lo cual desempeñó el cargo de profesor de Antropología Prehistórica en la Escuela de Antropología de París en 1876. Aunque admiraba el trabajo de Lartet, creía que una subdivisión arqueológica del Paleolítico tenía que estar basada en criterios más culturales que paleontológicos. A este respecto, prefirió seguir el ejemplo de Lubbock y Worsaae.

A pesar de todo, su visión de la arqueología estaba muy influida por sus conocimientos de geología y paleontología. Intentó distinguir cada período por medio de la especificación de un número limitado de tipos de artefactos característicos exclusivamente de aquel período. Estos artefactos específicos eran el equivalente arqueológico a los fósiles-tipo que los geólogos y los paleontólogos habían utilizado para identificar los estratos pertenecientes a un período geológico particular. Mortillet también siguió la costumbre de los geólogos de llamar cada período o subdivisión a partir del yacimiento-tipo utilizado para definirlo. Al igual que los paleontólogos, confió en la estratigrafía para establecer una secuencia cronológica. En la investigación sobre el Paleolítico que se llevó a cabo durante el siglo XIX, la seriación desempeñó un papel menor como medio para el establecimiento de la cronología. Sin duda esto era en parte debido a que las secuencias estilísticas y tecnológicas eran más difíciles de definir en los instrumentos de piedra del Paleolítico que en artefactos posteriores y porque los elementos que se discutían eran tan controvertidos que universalmente sólo se habrían aceptado secuencias temporales conclusivas basadas en la más clara evidencia estratigráfica. La confianza en la estratigrafía tanto de Mortillet como de Lartet era un reflejo de su gran bagaje en ciencias naturales.

La Edad de los Hipopótamos de Lartet se convirtió en la época Chelense, llamada así por un yacimiento cercano a París, y la Edad de los Osos de las

cavernas y de los Mamuts de Lartet fueron, con Mortillet, el Musteriense, aunque este último investigador situó en una época Auriñaciense los hallazgos de Aurignac que Lartet había emplazado en su Edad de los Osos de las cavernas y de los Mamuts. La Edad de los Ciervos de Lartet fue dividida en una primera época Solutrense y una posterior época Magdaleniense. Mortillet no estaba muy seguro de la fecha de la época Auriñaciense. Finalmente, la colocó después de la Solutrense, aunque acabó por suprimirla en su clasificación de 1872. También añadió una época Robenhausiense que representaba el período neolítico, y en posteriores estudios, como en su *Formation de la nation française* (1897), todavía añadió más épocas, correspondientes a la Edad del Bronce y a la Edad del Hierro. Pero no está claro que creyese seriamente en la universalidad de este sistema de períodos distintivos en gran medida de la Europa occidental (Childe, 1956a, p. 27).

Mortillet también inventó la época Thenaisiense y la Puycourniense para cubrir los hallazgos pre-Chelenses. Entre 1863 y 1940 los arqueólogos descubrieron los eolitos, o posibles artefactos de manufactura excepcionalmente tosca, en los más antiguos depósitos del Pleistoceno, y en los aún más antiguos del Plioceno y Mioceno en Francia, Inglaterra, Portugal y Bélgica. La teoría evolucionista implicaba que los hallazgos más antiguos debían ser tan rudimentarios que casi no se distinguirían de las piedras transformadas por los agentes naturales; así, ante la ausencia de huesos humanos u otras pruebas convincentes de presencia humana, se ponía en entredicho la autenticidad de estos hallazgos. A finales de la década de 1870, Mortillet y otros investigadores que defendían el estatus artefactual de los eolitos empezaron a desarrollar un conjunto de criterios que pudiesen usarse para distinguir el trabajo intencional de la piedra del rompimiento puramente natural. Los desafíos a estos criterios se alternaban con los esfuerzos por realizar pruebas nuevas y más convincentes. Se llevaban a cabo estudios experimentales y comparativos de eolitos y rocas procedentes de formaciones de hace cientos de millones de años, incluyendo las observaciones hechas por S. H. Warren (1905) sobre las estrías de las piedras seccionadas por presión mecánica, el estudio de Marcelin Boule (1905) de las piedras sometidas al desgaste en una máquina mezcladora de cemento, y los análisis cuantitativos de A. S. Barnes (1939) sobre aristas en piedra hechas por la mano humana y por procesos naturales. En el curso de estos estudios se pudo aprender mucho sobre el trabajo de la piedra y se descartaron muchos yacimientos como proveedores de evidencia humana (Grayson, 1986). Fuese por coincidencia o como resultado de una influencia directa, estas investigaciones se desarrollaron a partir de la tradición de experimentación arqueológica establecida en Escandinavia a partir de 1840.

La formación en ciencias naturales de Mortillet se reflejaba más allá de su enfoque clasificatorio. Tanto él como la mayoría de los arqueólogos que estudiaban el Paleolítico estaban interesados en primer lugar en establecer la antigüedad de la humanidad. Dentro de su marco de trabajo evolucionista, esto

TEMPS		AGES	PÉRIODES	ÉPOQUES
Quaternaires actuels.	Historiques.	du Fer.	Mérovingienne.	Wabenienne. (*Waben, Pas-de-Calais.*)
			Romaine.	Champdolienne. (*Champdolent, Seine-et-Oise.*)
				Lugdunienne. (*Lyon, Rhône.*)
	Protohistoriques.		Galatienne.	Beuvraysienne. (*Mont-Beuvray, Nièvre.*)
				Marnienne. (*Département de la Marne.*)
				Hallstattienne. (*Hallstatt, haute Autriche.*)
		du Bronze.	Tsiganienne.	Larnaudienne. (*Larnaud, Jura.*)
				Morgienne. (*Morges, canton de Vaud, Suisse.*)
	Préhistoriques.	de la Pierre.	Néolithique.	Robenhausienne. (*Robenhausen, Zurich.*)
				Campignyenne. (*Campigny, Seine-Inférieure.*)
				Tardenoisienne (*Fère-en-Tardenois, Aisne.*)
Quaternaires anciens.			Paléolithique.	Tourassienne. (*La Tourasse, Haute-Garonne.*) Ancien Hiatus.
				Magdalénienne. (*La Madeleine, Dordogne.*)
				Solutréenne. (*Solutré, Saône-et-Loire.*)
				Moustérienne. (*Le Moustier, Dordogne.*)
				Acheuléenne. (*Saint-Acheul, Somme.*)
				Chelléenne. (*Chelles, Seine-et-Marne.*)
Tertiaires.			Éolithique.	Puycournienne. (*Puy-Courny, Cantal.*)
				Thenaysienne. (*Thenay, Loir-et-Cher.*)

15. Las épocas de la prehistoria según Mortillet, de *Formation de la nation française,* 1897.

significaba intentar encontrar en el registro arqueológico pruebas de evidencia humana tan antiguas como fuese posible y demostrar que las culturas primigenias eran más primitivas que las posteriores. La secuencia que Lartet y Mortillet establecieron estratigráfica y paleontológicamente cumple muy bien esa misión. Al comparar los estadios más recientes del Paleolítico con los más antiguos, cada vez crecía más el número de instrumentos, la precisión de su factura, el número de estadios y la cantidad de instrumentos de hueso. Esto demostraba que el progreso tecnológico ilustrado por Worsaae y Thomsen con su clasificación desde la Edad de Piedra hasta la Edad del Hierro, se cumplía igualmente dentro del Paleolítico.

A pesar de que los paleolitistas discutían sobre la alimentación de las sociedades primitivas en cada una de las épocas y de que, a raíz de ciertos objetos artísticos hallados, se debatía si los caballos ya se domesticaban desde el Magdaleniense (Bahn, 1978), el interés hacia las formas de vida de las sociedades prehistóricas era mucho menor del que habían hecho gala los arqueólogos escandinavos. En este sentido, los paleolitistas se asemejaban a los paleontólogos, quienes estaban en aquel tiempo mucho más preocupados por demostrar las secuencias evolucionistas que por estudiar las relaciones ecológicas dentro de las formaciones geológicas de cada período individual. Las principales unidades de excavación arqueológica eran los estratos, excavados la mayoría de las veces de manera muy rudimentaria. Los yacimientos se excavaban normalmente con una supervisión mínima, hecho que implicaba la pérdida de elementos menores dentro de los niveles principales y una absoluta indiferencia hacia la estratigrafía cultural detallada. Especialmente en los abrigos rocosos donde se habían preservado niveles de ocupación, se perdía impunemente toda la información concerniente al modo de vida. Los artefactos que se recuperaban para su estudio en museos se reducían con frecuencia a aquellos que podían ofrecer datos para determinar la cronología y las afinidades culturales del yacimiento. Los restos de talla y los objetos que no se consideraba que aportasen ningún dato en este sentido, se desechaban la mayoría de las veces. Esto alentó una visión no cultural de los artefactos como elementos de datación y como pruebas de progreso muy diferente al enfoque escandinavo. Ni siquiera la crítica que Boyd Dawkins hizo de Mortillet por su excesiva preocupación por el desarrollo evolucionista y por su incapacidad para reconocer que algunas de las diferencias entre los diversos conjuntos paleolíticos podrían corresponder a variaciones tribales o étnicas o bien a un acceso desigual a los recursos, no produjo ningún análisis alternativo satisfactorio (Daniel, 1950, pp. 108-109).

Mortillet, como los geólogos y los paleontólogos del siglo XIX, se hallaba inmerso en el entusiasmo evolucionista que caracterizaba la investigación del momento. Veía su secuencia paleolítica como un puente entre la evidencia geológica y paleontológica de la evolución biológica anterior al Pleistoceno y la documentación, ya establecida, del progreso cultural de Europa en los tiempos pospaleolíticos. Como ha apuntado Glyn Daniel (1950, p. 244), una de las ideas

fundamentales de la arqueología evolucionista era que el desarrollo cultural de la humanidad podía representarse por medio de una secuencia simple y podía ser leído en la sección de una cueva, de la misma manera que las secuencias geológicas en los perfiles del terreno.

Mortillet recibió asimismo la influencia del gran interés etnológico que durante la segunda mitad del siglo XIX despertó la evolución cultural. En 1851, el etnólogo alemán Adolf Bastian (1826-1905) realizó una serie de viajes alrededor del mundo con la intención de iniciar la colección del Museo Real de Etnología de Berlín. Impresionado por las similitudes culturales que pudo constatar en regiones muy distanciadas, apoyó la doctrina ilustrada de la unidad psíquica aduciendo que, como resultado de unas «ideas elementales» (*Elementargedanke*), universalmente compartidas, los pueblos que se hallen en un mismo nivel de desarrollo y con problemas similares que afrontar, dentro de los condicionantes impuestos por su medio ambiente, tenderán a plantear soluciones parecidas.

A partir de 1860, se produjo un resurgimiento de la historia teórica, ya que los etnólogos intentaron, a través de la comparación de sociedades modernas que se hallaban en niveles diferentes de desarrollo, averiguar los estadios a través de los cuales las sociedades europeas habían pasado en los tiempos prehistóricos. Estos estudios iban desde la investigación dedicada a temas específicos, como la teoría de Johann Bachofen (1861) de que todas las sociedades habían evolucionado a partir de unos inicios marcados por premisas matrilineales hasta la de John McLennan (1865) de que las más antiguas sociedades humanas habían sido poliándricas, y las ideas más generales de desarrollo desde el salvajismo a la civilización de E. B. Tylor (1865) y Lewis H. Morgan (1877). Al contrario que las historias «teóricas» del siglo XVIII, estas formulaciones etnológicas eran presentadas como teorías científicas más que como especulaciones filosóficas. Estos trabajos, aunque eran un reflejo de la tendencia general de mediados del siglo XIX hacia las ideas evolucionistas y normalmente se referían a cuestiones que los datos arqueológicos no podían tratar con comodidad, basaban mucha de su autoconfianza en una evidencia arqueológica que hacía pensar cada vez más que los avances tecnológicos habían constituido un elemento importante de la historia humana. Recíprocamente, estas formulaciones etnográficas llevaron a los arqueólogos a interpretar sus datos desde una perspectiva unilineal.

En la guía realizada para las colecciones arqueológicas de la Exposición de París de 1867, Mortillet declaraba que los estudios sobre la prehistoria revelaban que el progreso humano era una ley de la naturaleza, que todos los grupos humanos pasaban por estadios similares de desarrollo y que la humanidad era muy antigua (Daniel, 1967, p. 144). Los dos primeros conceptos hundían sus raíces en la filosofía de la Ilustración y el tercero era el resultado de las investigaciones realizadas anteriormente a la publicación de *El origen de las especies*. Así, a pesar de que la arqueología del Paleolítico reivindicaba un origen evolu-

cionista de la humanidad, las dos primeras leyes de Mortillet estaban muy lejos de poder ser probadas. Todavía no se había realizado un trabajo suficiente fuera de Europa occidental para poder determinar si todos los grupos humanos habían cumplido la misma secuencia paleolítica. Aunque algunos científicos se mostraban preparados para aceptar la invención múltiple de algunos objetos simples, como puntas de lanza o contenedores de calabaza, abogaban por un origen común de aquellos más complejos, como el boomerang o el arco y las flechas (Huxley [1865] 1896, p. 213). De la misma manera, la estricta aplicación de las ideas sobre el progreso llevó a muchos arqueólogos, aunque no a Mortillet (Daniel, 1950, p. 131), a rechazar la autenticidad de las pinturas rupestres, ya que se consideraban demasiado avanzadas para haber sido realizadas durante los primeros estadios de la humanidad. Esta idea sólo se superaría a medida que se fuesen sucediendo los hallazgos de más pinturas y de objetos trabajados de hueso en contextos que claramente databan del Paleolítico superior (*ibid.*, pp. 131-132). Una vez aceptado, el arte rupestre europeo se interpretaría durante mucho tiempo como algo totémico, a la manera de los aborígenes australianos (Reinach, 1903; Ucko y Rosenfeld, 1967, pp. 123-128).

La arqueología del Paleolítico fue muy importante en términos científicos y arrastró un gran interés entre el público, ya que reveló la, hasta entonces inesperada, gran antigüedad de la humanidad y la evolución gradual de la civilización europea desde unos comienzos muy primitivos. También estableció nuevos modelos para el análisis estratigráfico en arqueología. La arqueología del Paleolítico disfrutaba de un gran prestigio por sus estrechos vínculos con la geología y la paleontología, ciencias que estaban a la vanguardia de la creación de una nueva visión de la historia del mundo. Las tres disciplinas eran apreciadas porque demostraban la realidad del progreso durante los tiempos prehistóricos. La arqueología de este período se respetaba porque se había desarrollado en Francia e Inglaterra, el centro del desarrollo político, económico y cultural a nivel mundial de la época. Debido a su prestigio, la arqueología del Paleolítico proveyó de un modelo para el estudio de la prehistoria pospaleolítica en Europa occidental. Con todo, el enfoque que hacía de los artefactos como meros elementos de datación y como evidencia de evolución cultural era ciertamente estrecho comparado con la arqueología prehistórica escandinava, preocupada no sólo por el estudio de la evolución cultural sino también por tener una visión totalizadora de cómo los seres humanos habían vivido en su ambiente prehistórico. La cooperación interdisciplinar de los arqueólogos escandinavos con los geólogos y los biólogos en la consecución de ese objetivo contrasta con la rigidez de la investigación arqueológica, encorsetada a menudo en métodos inadecuados procedentes de las ciencias naturales, practicada por los arqueólogos que estudiaban el Paleolítico. Como resultado, la arqueología prehistórica desarrollada en este tiempo en Francia e Inglaterra, sumida en la profundidad de los tiempos que estudiaba, poseía un limitado abanico de intereses en comparación con la arqueología escandinava.

Reacciones contra la evolución

La lucha de los que rechazaban la historia evolucionista de los orígenes humanos o la negación de los relatos bíblicos como explicación de éstos, se desarrolló en varios frentes. Durante la década de los sesenta, los creacionistas que aceptaban las interpretaciones del momento sobre el registro arqueológico, aún podían hipotizar que el hombre hubiese sido creado mucho antes de lo que previamente se había supuesto y esperar que los primeros esqueletos de homínidos que se hallasen se pareciesen mucho más a los seres humanos modernos que a las «formas pithecoides» predichas por los darwinianos (Grayson, 1986, p. 211). Pero no todo el mundo aceptaba una visión evolucionista del registro arqueológico. En una fecha tan temprana como 1832, Richard Whately, arzobispo de Dublín (1787-1863), se ocupó de avivar la doctrina del degeneracionismo. Argumentó que se carecía de evidencias de que los salvajes hubiesen podido desarrollar, sin ayuda ninguna, una forma de vida menos bárbara. Continuaba que la humanidad, originalmente, debió de haber existido en un estadio «mucho más superior» del de los salvajes modernos, enfoque que decía estar en sintonía con el libro del Génesis (Grayson, 1983, pp. 217-220). Esta posición se hizo crecientemente popular entre los conservadores a partir de 1860, aunque no todos los degeneracionistas rechazaban la gran antigüedad de la humanidad o atribuían los primeros logros culturales a la revelación divina. Uno de los degeneracionistas más eminentes fue el geólogo canadiense, aficionado a la arqueología, John William Dawson, director de la McGill University de Montreal desde 1855 a 1893. Dawson aceptaba la asociación entre restos humanos y huesos de mamíferos extinguidos, pero decía que tales asociaciones confirmaban la poca antigüedad de los niveles pleistocénicos en que se hallaban. En un viaje a Europa en 1865, inspeccionó los depósitos geológicos del valle del Somme, describiendo a su mentor Charles Lyell la opinión que le merecían, «en tono amistoso» creía que no se disponía de evidencia que demostrase «la excesiva antigüedad que en aquel tiempo algunos autores atribuían [a tales formaciones]» (Dawson, 1901, p. 145). También mantenía que la evidencia etnográfica norteamericana revelaba que los pueblos que utilizaban los más desarrollados implementos de piedra también usaban los más toscos y que la secuencia de desarrollo aplicada en Europa podría representar tendencias locales idiosincrásicas o la casual transmisión de ideas entre vecinos coetáneos pero con culturas diferentes. Así, llegaba a la conclusión de que no había evidencia de que culturas con diferentes niveles de complejidad no hubiesen coexistido a lo largo de la historia humana (Dawson, 1888, pp. 166-167, 214; Trigger, 1966). Aunque en retrospectiva pueda parecer que Dawson defendía una causa perdida, era más fácil para sus oponentes ignorar sus objeciones que refutarlas. Todavía no se sabía lo suficiente sobre las secuencias prehistóricas que habían tenido lugar fuera de Europa como para establecer la idea de la evolución como una tendencia general de la historia humana.

Existían más vínculos entre los arqueólogos que estudiaban el Próximo Oriente y los que intentaban demostrar al pie de la letra los relatos de la Biblia. A partir de 1870, cuando George Smith publicó una tableta de barro procedente de Nínive que contenía el relato babilónico del Diluvio, se reavivó el interés por la arqueología mesopotámica. El *Daily Telegraph* ofreció mil libras esterlinas para organizar una expedición a Irak en busca de los fragmentos que faltaban de la tableta en cuestión, los cuales se hallarían posteriormente (Daniel, 1950, pp. 132-133). La mayoría de los primeros trabajos de la Egypt Exploration Society fueron en yacimientos del Delta, como Tell el-Muskhuta, lugar relacionado con los relatos bíblicos. En 1896 W. M. F. Petrie pronto identificó el nombre étnico *I. si. ri. ar?,* que aparecía en una estela recientemente descubierta del faraón Merneptah (que reinó entre 1236-1223 a.C.), como la primera mención conocida de Israel en los textos egipcios (Drower, 1985, p. 221). En una fecha tan tardía como 1929, Leonard Woolley despertó gran interés cuando halló gruesos depósitos de limo en sus excavaciones de los niveles prehistóricos de Ur y argumentó que el gran diluvio registrado en Mesopotamia podría haber dado pie al relato bíblico (Woolley, 1950, pp. 20-23). En Egipto y en Mesopotamia tenían lugar espectaculares hallazgos arqueológicos que atraían el interés del público en sí mismos, pero los relacionados con la Biblia y los que parecían confirmar sus relatos aseguraban el apoyo generalizado para la investigación arqueológica que se llevaba a cabo en estos países y en Palestina. Los arqueólogos, durante la última parte del siglo XIX y principios del XX, se hallaban zarandeados por ambas corrientes, la que apoyaba la revelación divina y la del evolucionismo (Casson, 1939, pp. 207-208).

La arqueología en Norteamérica

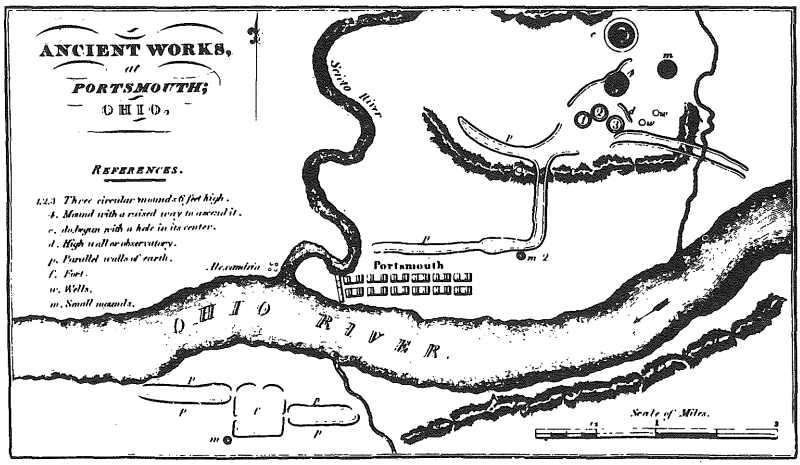
Aunque los visitantes europeos y hasta cierto punto los investigadores locales estudiaron facetas aisladas de la prehistoria de Latinoamérica (Bernal, 1980, pp. 35-102), los Estados Unidos fueron el único país fuera de Europa que desarrolló su propia tradición de investigación arqueológica antes de finales del siglo XIX. A partir de 1780, cuando los colonos europeos empezaron a extenderse hacia el oeste, los mitos raciales habían ya eclipsado de manera general a los religiosos como justificación de la guerra que se hacía a los indios y de la violación de sus tratados. Se pensaba ampliamente que los indios eran brutales y belicosos por naturaleza y biológicamente incapaces de un desarrollo cultural significativo. También se les creía, a pesar de la sustancial evidencia de lo contrario, no aptos para adaptarse al estilo de vida europeo y, por tanto, destinados a desaparecer como civilización (Vaughan, 1982). Muchos norteamericanos blancos vieron en estas premisas la manifestación de la divina providencia, lo que implica que las nuevas explicaciones biológicas sobre la supuesta inferioridad nativa no excluían la religión.

A medida que los europeos empezaron a asentarse al oeste de los Montes Apalaches, fueron descubriendo túmulos y terraplenes de tierra a lo largo de las cuencas del Ohio y del Mississippi, los mismos que ahora sabemos fueron construidos por las culturas de Adena y Hopewell, asentadas en el valle del Ohio entre el 800 a.C. y el 500 d.C., y por la cultura del Mississippi, distribuida a lo largo del sureste de los Estados Unidos entre el 500 y el 1500 d.C. Estos hallazgos, que a menudo contaban con artefactos de cerámica, concha, mica y cobre nativo, pusieron en entredicho el convencimiento de que las culturas americanas nativas eran sin lugar a dudas muy primitivas. Pronto se convirtieron en el foco de las más variadas especulaciones. Algunos norteamericanos, como el naturalista William Bartram, el reverendo James Madison y sobre todo el doctor James McCulloh, llegaron a la conclusión de que esos túmulos habían sido construidos por los indios, pero el viajero Benjamin Barton los atribuyó a los daneses, quienes habían dado lugar a los Toltecas de México, mientras que el gobernador De Witt Clinton de Ohio pensaba que eran obra de los vikingos, y Amos Stoddard los identificó como galeses. El sagaz etnólogo Albert Gallatin los relacionó con México, aunque desconocía si los mexicanos se habían desplazado hacia el norte o si habían sido los Constructores de Túmulos los que habrían frecuentado el sur (Silverberg, 1968; Willey y Sabloff, 1980, pp. 19-25; Blakeslee, 1987).

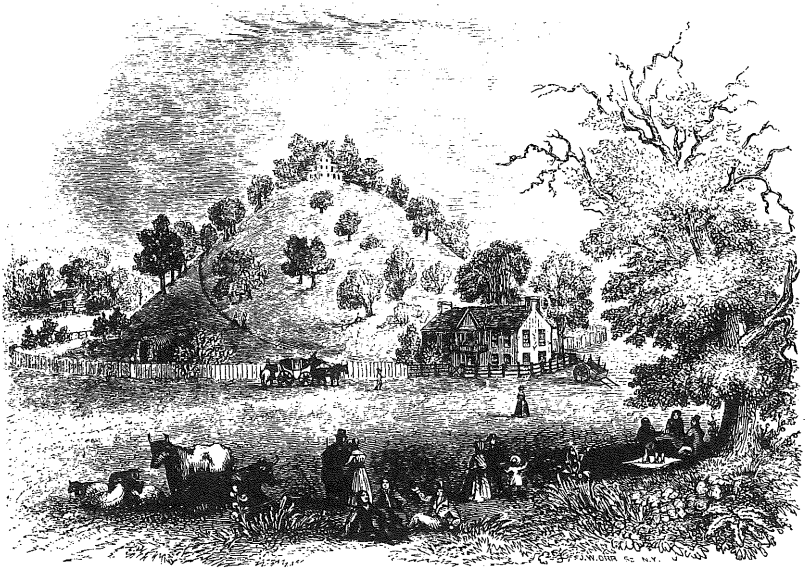
El público norteamericano estaba ansioso por que su continente dispusiese de su propia historia para rivalizar con la de Europa y, por tanto, estaba muy intrigado por todos los hallazgos, sobre todo por el que John L. Stephens realizó de las ciudades mayas perdidas en las junglas de Centroamérica en 1840. Con todo, aparte de los que interpretaban todo esto como una evidencia de la degeneración (Bieder, 1986, pp. 33-34), la mayoría de los investigadores y del público en general no estaban preparados para adscribir los hallazgos de los valles del Ohio y del Mississippi a los antepasados de los indios americanos. Preferían atribuirlos a una raza de Constructores de Túmulos que se imaginaban había sido destruida o expulsada de Norteamérica por hordas salvajes de indios. La crónica de la prehistoria de Norteamérica se basaba en las diferentes versiones de la teoría de los Constructores de Túmulos, pero, a fuerza de atribuir las mayores realizaciones de su prehistoria a pueblos desaparecidos de indios no norteamericanos, no hacían más que enfatizar la visión estática y la potencial naturaleza acivilizada de los indios. El registro arqueológico se interpretaba como una evidencia más de la amenaza que representaban los indios, ya que los revelaba como destructores de civilización a la mínima oportunidad. Así, las víctimas eran retratadas como monstruos sanguinarios y se inventaban nuevas razones para justificar la guerra que los blancos norteamericanos habían emprendido contra ellos y la ocupación de sus tierras. Los libros que exponían la teoría de que los Constructores de Túmulos eran una raza civilizada desaparecida, como el de Josiah Priest *American Antiquities and Discoveries in the West* (1833), pronto se convirtieron en grandes éxitos de ven-

ta. Tanta era la atención que se prestaba a esa teoría que, incluso después que el físico y anatomista Samuel Morton (1799-1851) fuese incapaz de encontrar diferencias entre los cráneos de los Constructores de Túmulos y los de indios recientemente fallecidos, se llegó a dividir la raza americana en familias toltecas y familias bárbaras a partir de una base puramente cultural (Silverberg, 1968).

Pero fue algo positivo que el descubrimiento de los túmulos y los terraplenes al oeste de los Apalaches generó más positivamente y por vez primera un amplio interés en la descripción de los monumentos prehistóricos y en la colección de artefactos. Entre 1780 y 1860 la arqueología practicada en el centro y en el este de los Estados Unidos pasó por una fase anticuarista, que se remitía al desarrollo de la arqueología en Inglaterra y en Escandinavia entre el 1500 y el 1800. A finales del siglo XVIII, los oficiales del ejército estacionados en el valle del Ohio empezaron a trazar planos de los terraplenes y el reverendo Manasseh Cutler se dedicó a contar el número de anillos de los árboles que habían crecido en la cima de los terraplenes de Marietta cuando tuvieron que ser cortados para la construcción de la ciudad. En 1813, H. H. Brackenridge distinguió entre túmulos-templo y túmulos funerarios y sugirió acertadamente que los funerarios eran más antiguos (Willey y Sabloff, 1980, p. 23). La investigación y las publicaciones científicas adquirieron gradualmente un carácter más sistemático. La American Philosophical Society participó activamente en el debate sobre los Constructores de Túmulos. En 1799, y como uno más de sus numerosos proyectos científicos, su presidente, Thomas Jefferson, distribuyó una circular solicitando información sobre fortificaciones prehistóricas, túmulos y



16. Planta de terraplenes prehistóricos en Portsmouth, Ohio, del trabajo de Atwater «Description of the antiquities discovered in the State of Ohio», 1820.



17. Grave Creek Mound, Virginia occidental, de *Ancient Monuments of the Mississippi Valley,* 1848, de Squier y Davis.

artefactos de los indios. En 1812 el editor Isaiah Thomas fundó la American Antiquarian Society, que constituyó una plataforma de difusión del interés creciente sobre las cuestiones arqueológicas. El primer volumen de la Sociedad, *Transactions,* que apareció en 1820, contenía la «Descripción de las antigüedades descubiertas en el estado de Ohio y en otros estados del oeste», de Caleb Atwater. Este estudio contenía valiosos planos y descripciones de terraplenes, muchos de los cuales serían más tarde destruidos. Dividió los restos en tres clases: europeos modernos, indios modernos y Constructores de Túmulos, y llegó a especular, con una magra evidencia, que los hallazgos correspondientes a estos últimos habían sido construidos por indios de la India, quienes había llegado a Norteamérica procedentes de Asia y más tarde se habían desplazado hacia el sur, a México.

La siguiente gran contribución a la arqueología norteamericana fue la de Ephraim G. Squier (1821-1888) y Edwin H. Davis (1811-1888) con su libro *Ancient Monuments of the Mississippi Valley* (1848). Squier, editor de un periódico, y Davis, un físico, vivían en Ohio. Se dedicaron a examinar con gran cuidado un buen número de túmulos y de terraplenes, llegando a excavar algunos y poniendo en común los hallazgos con los de otros investigadores. Reunieron una gran cantidad de datos sobre este tipo de construcciones del este de los Estados Unidos, que muy pronto serían destruidas. A pesar de ser fervientes

seguidores de la teoría de los Constructores de Túmulos, se limitaron a un trabajo básicamente descriptivo. Su clasificación, basada en criterios formales, hacía una distinción entre los túmulos-efigie del valle del alto Mississippi, los cercados simétricos de Ohio y los túmulos truncados del sur. La única especulación a la que se aventuraban se refería siempre al posible uso de tales estructuras.

La tónica general del libro la estableció Joseph Henry, físico renombrado y primer secretario de la Smithsonian Institution, fundada en 1846. El volumen fue la primera publicación de esta institución y fue el pionero de la serie *Contributions to Knowledge.* Henry estaba decidido a desterrar de la arqueología norteamericana las tendencias especulativas y a estimular la investigación científica inductiva, siguiendo la tradición de Bacon. Insistió en eliminar cualquier especulación de Squier y Davis sobre los Constructores de Túmulos de manera que su «positiva contribución al conjunto del conocimiento humano fuese sólida» (Washburn, 1967, p. 153; Tax, 1975; Willey y Sabloff, 1980, p. 36). Henry también animó a Samuel Haven, bibliotecario de la American Antiquarian Society, a que preparase una revisión histórica de la arqueología de los Estados Unidos, que bajo el título de *Archaeology of the United States,* sería publicada en 1856. En este libro se examinaban de manera rigurosa y a la luz de la información disponible muchas de las especulaciones hechas sobre la prehistoria americana, la mayoría de las cuales fueron tachadas de insostenibles. La teoría de los Constructores de Túmulos fue uno de los blancos de los ataques de Haven. Para dar una imagen más profesional, Henry también publicó trabajos sobre el desarrollo de la arqueología europea en los *Annual Reports of the Smithsonian Institution,* con gran difusión en Norteamérica. El estudio con más éxito de esta serie fue «Visiones generales sobre la arqueología», traducción de un artículo publicado originalmente en francés por el geólogo y arqueólogo aficionado suizo Adolf Morlot (1861). Morlot resumía cuidadosamente los últimos avances de la arqueología europea, especialmente en Dinamarca y Suiza. En particular, sus relatos de las excavaciones de los vertederos daneses estimularon los trabajos en los vertederos de la costa este de Norteamérica, desde Nueva Escocia a Florida, a partir de 1860 (Trigger, 1986a). A pesar de la convicción de Henry de que la colección de datos debe siempre preceder a la teorización, la tendencia hacia las interpretaciones caprichosas no disminuyó en absoluto, prevaleciendo entre los arqueólogos aficionados y el público en general. Pero su preocupación por una arqueología más seria y su deseo de promover una investigación más sistemática creó el ambiente para iniciar una arqueología más científica y profesional a partir de 1860.

Conclusión

En Europa, la arqueología prehistórica se desarrolló a principios y mediados del siglo XIX, principalmente a modo de estudio evolucionista de la historia humana. Reveló no sólo que las más complejas tecnologías industriales se habían desarrollado a partir de unos comienzos situados en la Edad de la Piedra sino también que en la misma Edad de la Piedra se había iniciado una elaboración gradual de la capacidad de los seres humanos para controlar su medio ambiente. La arqueología prehistórica se originó a partir de dos tendencias complementarias. La primera, que empezó en Dinamarca en 1816, estudiaba principalmente el desarrollo cultural del Neolítico, de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro, mientras que la segunda, que dio comienzo cincuenta años más tarde en Inglaterra y Francia, desarrolló el estudio del Paleolítico. Aunque la arqueología paleolítica no empezó de una manera completamente independiente a los trabajos que se llevaban a cabo en Escandinavia, tenía otros objetivos y métodos. La arqueología sobre el Paleolítico tendió a tomar forma a partir de las ciencias naturales, mientras que la arqueología escandinava estaba mucho más interesada en extraer de los datos arqueológicos la información relativa a la forma de vida de los pueblos en el pasado. También fue una pionera en la seriación como una forma de cronología adecuada para la ordenación de los restos culturales.

Ambas ramas de la arqueología prehistórica se revelan como productos intelectuales de la Ilustración. Estaban comprometidas con la creencia de que la evolución de la cultura material provoca también mejoras morales y sociales. Gran número de personas de la clase media, cuyo poder económico y político se había incrementado como resultado de la Revolución industrial, estaban satisfechas de verse a ellas mismas como un flujo de progreso inherente a la naturaleza humana y quizás a la constitución del universo. Los norteamericanos blancos estaban orgullosos de compartir esta visión optimista, pero no estaban dispuestos a aplicarla también a los pueblos indígenas cuyas tierras estaban ocupando. Para ellos, los nativos eran una excepción y eran el resultado de una insuficiencia biológica que no les permitía participar en el progreso que el destino había preparado para los europeos. Lejos de ser discordantes, estas dos visiones pronto iban a combinarse para formar una poderosa síntesis internacional.

4. LA SÍNTESIS IMPERIAL

> Pocos de nosotros podemos abordar los datos sobre los hábitos y condición física de los primeros habitantes de esta isla [Gran Bretaña], atestiguados por los restos de sus toscas moradas y por los burdos implementos que se hallan ocasionalmente, sin un sentimiento de agradecimiento de que nuestro destino nos haya deparado benévolamente unos tiempos de mejores conocimientos, civilización avanzada y hábitos más refinados.
>
> CONDE DE DEVON, «Conferencia Inaugural» del Congreso de Exeter, 1873, *Archaeological Journal,* 30 (1873), p. 206.

Durante las décadas de los sesenta y los setenta del siglo pasado, se produjo el alineamiento de la arqueología prehistórica y la etnología en Europa occidental y los Estados Unidos debido al compromiso compartido con el enfoque evolucionista. En Europa, la base para este alineamiento era la creencia en la evolución cultural unilineal desarrollada por los filósofos de la Ilustración. Se aceptaba que la ordenación, de más simple a más compleja, de las culturas modernas ilustraba los estadios por los que las culturas más avanzadas habían pasado desde los tiempos prehistóricos. Glyn Daniel (1950, pp. 185-186) ha aducido que la parquedad del registro arqueológico hizo que los arqueólogos recurriesen a las conclusiones de los antropólogos físicos, lingüistas y etnólogos, en un esfuerzo por reconstruir el pasado. Parece ser que los arqueólogos británicos y franceses no pusieron todo su empeño en dilucidar el pasado a través de los datos arqueológicos ya que, debido a su compromiso con el evolucionismo unilineal, creían que la etnología revelaba casi todo lo que deseaban saber acerca de los tiempos prehistóricos. Los arqueólogos escandinavos, especialmente Nilsson, se hallaban fuera de esta norma, pues utilizaban las comparaciones etnográficas, más que para averiguar la naturaleza de las culturas en su globalidad, para inferir formas específicas de comportamiento, por ejemplo el uso que se habría hecho de los diferentes tipos de artefactos.

En los Estados Unidos, donde se creía que durante los tiempos prehistóricos había tenido lugar muy poca, en términos relativos, evolución cultural, la arqueología, la etnología, la antropología física y la lingüística empezaron a

partir de 1840 a ser vistas como diferentes ramas de la antropología, que se identificaba con el estudio de los pueblos indígenas. El principal objetivo de la antropología norteamericana fue románticamente definido por el etnólogo Henry Schoolcraft como el de preservar para tiempos venideros algunas de las huellas de una raza moribunda (Hinsley, 1981, p. 20).

Uno de los principales problemas a los que se tuvo que enfrentar desde sus inicios el evolucionismo cultural fue el de explicar por qué algunas sociedades se habían desarrollado rápidamente mientras que otras habían permanecido aparentemente estáticas durante miles de años. En el siglo XVIII estas disparidades eran atribuidas normalmente a factores ambientales, aunque algunas de las explicaciones de este tipo a veces se hallaban muy lejos de ser convincentes. El interés creciente sobre la evolución cultural dirigió la atención hacia esa deficiencia.

La aparición del racismo

Al mismo tiempo que se producía ese estrecho acercamiento entre la arqueología prehistórica y la etnología en Europa occidental y América, algunas de las principales ideas ilustradas en las que éste se basaba estaban sufriendo cambios significativos o, en otros casos, estaban empezando a ser abandonadas. Por ejemplo, la idea de unidad psíquica padeció en Europa occidental durante el siglo XIX una lenta decadencia. Las conquistas napoleónicas se habían encargado de estimular una reacción nacionalista, alentada posteriormente por los regímenes conservadores que restaurarían el poder en Francia, Alemania e Italia tras la derrota de aquél. En lugar del racionalismo de la Ilustración, este nuevo conservadurismo favoreció la idealización romántica de las diferencias étnicas y nacionales. Esto despertó entre los intelectuales la idea de que las características nacionales diferenciales hundían sus raíces en las diferencias biológicas de los grupos humanos. En lugar de la creencia extendida durante el siglo XVIII sobre las similitudes emocionales e intelectuales de los diferentes grupos étnicos y sobre las veloces, en términos relativos, influencias ambientales como las causas principales de las diferencias físicas y de comportamiento (Grayson, 1983, pp. 142-149), algunos investigadores empezaron a enfocar tales diferencias como ancladas en unos factores biológicos que serían insensibles a los cambios. Estas ideas tomaron cuerpo en los escritos de Joseph-Arthur, conde de Gobineau (1816-1882), especialmente en su cuarta obra *Essai sur l'inégalité des races humaines* (Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas) (1853-1855). Miembro de una familia aristocrática y monárquica francesa, Gobineau creía que el destino de las civilizaciones venía determinado por su composición racial, y que cuanto más se «diluyese» el carácter racial de una civilización potente, más probabilidades tendría de estancarse y corromperse. Afirmaba en particular que las sociedades europeas florecerían sólo mientras

sus miembros evitasen el «mestizaje» con elementos no europeos. Las enseñanzas de Gobineau influirían en racistas europeos desde Richard Wagner hasta Adolf Hitler, y en América haría populares obras como *The Passing of the Great Race* (1916), de Madison Grant. No tendría que transcurrir mucho tiempo para que tanto novelistas como investigadores invocasen factores raciales en vez de ambientales para explicar las variaciones del grado de desarrollo de los diferentes grupos a lo largo de la historia humana.

Algunas de estas teorías estaban relacionadas con la doctrina de la poligénesis, cuyas huellas se remontan al siglo XII (Slotkin, 1965, pp. 5-6), pero que resurgió con fuerza en los tiempos modernos de la mano del bibliotecario calvinista francés Isaac de La Peyrère (1594-1676), en 1655. Afirmaba que el personaje bíblico de Adán era el ancestro de los judíos exclusivamente, mientras que los ancestros de los demás grupos humanos habían sido creados separadamente en un tiempo anterior. Aunque las autoridades de la Iglesia indujeron a La Peyrère a retractarse de sus ideas, éstas continuaron siendo debatidas. En 1774, Edward Long (1734-1813), que había trabajado en las Antillas, afirmó que los europeos y los negros eran especies separadas, y en 1799 Charles White (1728-1813) proclamó que los europeos, los asiáticos, los americanos, los negros africanos y los hotentotes constituían una secuencia creciente y gradual de especies primitivas.

Samuel Morton sugirió en su *Crania Americana* (1839) que los indios americanos constituían un tipo homogéneo que la providencia había adaptado desde el principio para la vida en el Nuevo Mundo. En su *Crania Aegyptiaca,* publicado cinco años después, argumentaba que los cráneos egipcios y las representaciones en sus monumentos revelaban que los tipos humanos no habían cambiado en esa parte del mundo durante 4.500 años, casi tanto como la edad de la Tierra según las medidas basadas en la Biblia. Inicialmente Morton creía que Dios había diferenciado las razas después de haber creado a una humanidad común, pero hacia 1849 empezó a abogar por la poligénesis divina, postura apoyada por el influyente naturalista suizo-norteamericano Louis Agassiz (1807-1873) y popularizada por el físico de Alabama Josiah C. Nott (1804-1873) y el egiptólogo aficionado George R. Gliddon (1809-1857) en su libro *Types of Mankind* (1854). Con todo, el poligenismo permaneció como una moda científica, siendo generalmente repudiado por los cristianos practicantes, a los cuales ofendía cualquier rechazo de las enseñanzas de las autoridades bíblicas. A pesar de sus supuestas pruebas según las cuales los negros eran inferiores a los blancos, las ideas de Nott y Gliddon no se hicieron populares entre los propietarios de esclavos del sureste de los Estados Unidos, ya que sus ataques a la Biblia ofendían las conservadoras sensibilidades religiosas de la región (Stanton, 1960, pp. 161-173). Incluso James Cowles Prichard (1786-1848), el abanderado del monogenismo británico, quien afirmaba que los seres humanos se habían diferenciado como resultado de un proceso de autodomesticación, mantenía que los pueblos más civilizados eran los que más se asemejaban a los europeos.

Así, los grupos más primitivos tendrían la piel oscura, y a medida que se iban civilizando se les iba aclarando (Prichard, 1813, pp. 174-242).

Como resultado del evolucionismo darwiniano, la idea de la desigualdad de las razas ganó credibilidad científica. En sus esfuerzos por hacer creíbles los orígenes evolucionistas de la especie humana, Darwin y muchos de los que le apoyaban afirmaban que las sociedades humanas variaron su estatus biológico evolutivo desde grupos que apenas se diferenciaban de los monos más evolucionados hasta los altamente desarrollados. Darwin creía que los pueblos menos civilizados eran también los menos desarrollados intelectual y emocionalmente con respecto de los europeos; por tanto, su estimación sobre el desarrollo biológico se correspondía con la supuesta escala de evolución cultural. En 1863, Thomas Huxley apuntó algunas similitudes entre cráneos neanderthales y los de modernos aborígenes australianos, afirmando que también eran parecidos culturalmente (Huxley [1863], 1896). Las sociedades culturalmente avanzadas eran vistas como aquellas en las que los mecanismos de la selección natural habían producido individuos con una inteligencia superior y un mayor autocontrol. Alfred Wallace (1823-1913), el codescubridor de la selección natural, vivió como naturalista durante largos períodos entre algunas tribus de Suramérica y del sureste asiático. A partir de sus conocimientos personales negó que los europeos fuesen muy diferentes de estos grupos, ni en inteligencia ni en capacidades innatas y mantenía que las más altas habilidades mentales humanas no podían estar regidas por la selección natural. Darwin deploró estas observaciones ya que constituían una falta de apoyo a su teoría conjunta (Eiseley, 1958). Para aquellos que estaban predispuestos a creerlo, el enfoque darwiniano sobre la selección natural ofrecía una explicación mucho más convincente que el poligenismo sobre cómo se habían desarrollado las desigualdades biológicas entre los grupos humanos. El darwinismo también reforzó el punto de vista evolucionista sobre la evolución cultural, tomándola como una extensión de la evolución biológica, como algo inseparable a ésta. A pesar de que Darwin se oponía de manera vehemente a la explotación y a los malos tratos de todos aquellos pueblos no occidentales, su teorización sobre la evolución humana proporcionó un espaldarazo de respetabilidad científica sin precedentes a las interpretaciones raciales del comportamiento humano, las cuales constituyeron la contrapartida biológica al nacionalismo romántico por medio del desafío y superación posterior de la creencia en la unidad psíquica.

La síntesis de Lubbock

El versátil John Lubbock (1834-1913), quien posteriormente se convertiría en lord Avebury, incorporó a la arqueología prehistórica el enfoque de Darwin sobre la naturaleza humana, en su libro *Pre-historic Times, as Illustrated by Ancient Remains, and the Manners and Customs of Modern Savages.* Entre

1865 y 1913, esta obra conoció siete ediciones tanto en Inglaterra como en Estados Unidos y sirvió durante mucho tiempo como manual de arqueología, siendo sin lugar a dudas el libro de arqueología más influyente de todo el siglo XIX. En una segunda contribución, *The Origin of Civilization and the Primitive Condition of Man* (1870), que también fue objeto de varias ediciones, Lubbock exponía sus ideas de una forma más radical y poniendo menos énfasis en los datos arqueológicos. Lubbock fue vecino desde la infancia de Charles Darwin, cuya casa se hallaba cercana a la propiedad que la familia de Lubbock poseía en Kent. A la edad de 22 años empezó a trabajar en el banco de su padre y, posteriormente, como miembro del Parlamento apoyó la Holidays Bank Act (1871) y una ley destinada a la protección de monumentos antiguos (1882). Sus investigaciones como naturalista lo situaron como uno de los más reputados expertos en comportamiento animal. Como uno de primeros seguidores de Darwin, empezó a aplicar su teoría de la evolución a la arqueología prehistórica.

A primera vista, *Prehistoric Times* (para adoptar el título de las últimas ediciones) parece una curiosa colección de material dispar. La primera parte, que ocupa más de la mitad del libro, presenta una serie de capítulos ordenados en un orden cronológico muy rudimentario, que tratan de temas tópicos en arqueología: el uso del bronce en la antigüedad, la Edad del Bronce, el uso de la piedra, los megalitos y los túmulos, los asentamientos lacustres, los vertederos, la arqueología norteamericana, los mamíferos cuaternarios, el «hombre pri-

18. John Lubbock (lord Avebury) (1834-1913).

mitivo», los depósitos pleistocenos y la antigüedad de los seres humanos. Lubbock afirmaba que así como los elefantes modernos proporcionaban información sobre la naturaleza de los extinguidos mamuts, las sociedades primitivas modernas podrían arrojar luz sobre el comportamiento de los seres humanos prehistóricos. Así, continuaba pasando revista a las formas de vida de una serie de sociedades tribales modernas: los hotentotes, los vedas, los pobladores de las islas Andaman, los aborígenes australianos, los habitantes de Tasmania, los de las islas Fidji, los maoríes, los tahitianos, los tonganos, los esquimales, los indios de Norteamérica, los indios de Paraguay, los habitantes de la Patagonia y los de la Tierra de Fuego. La ordenación de estos capítulos es claramente geográfica, no evolucionista, y no se hace ningún intento por indicar qué grupos modernos en particular pueden aportar evidencias sobre estadios específicos del desarrollo prehistórico. Entre los pocos paralelismos específicos que sugería se hallaba la idea, proclamada durante largo tiempo por los escandinavos, de que los instrumentos de piedra de los esquimales eran muy similares a los instrumentos del Paleolítico superior europeo. También estableció un paralelo entre los fueguinos y el pueblo sin nombre que había dado lugar a los vertederos daneses, aunque notó que estos últimos habían superado a los fueguinos, ya que manufacturaron cerámica cruda.

Lubbock se sentía profundamente comprometido con la idea de la evolución cultural unilineal. El paralelo que trazó entre las analogías paleontológicas y las que hacían referencia a los pueblos modernos «primitivos» y los prehistóricos, más que la exposición de innovaciones metodológicas parece haber sido un intento para insuflar respetabilidad científica a las comparaciones culturales. A pesar de ello, apuntó que no existía evidencia clara de que la humanidad hubiese inventado tipos específicos de instrumentos según una secuencia en particular. Los factores ambientales habrían provocado variaciones en «grado» y en «tipo» entre los grupos humanos. Pero ninguno de estos argumentos que limitaban la utilidad del enfoque unilineal era nuevo.

Lo que sí era nuevo era su insistencia darwiniana en que, como resultado de la selección natural, los grupos humanos se habían diferenciado unos de otros no sólo culturalmente, sino también por lo que respecta a sus capacidades biológicas para utilizar la cultura. Lubbock veía a los modernos europeos como el producto de una evolución biológica y cultural intensa. Creía que los pueblos menos avanzados tecnológicamente eran más primitivos no sólo culturalmente, sino también intelectual y emocionalmente, que los civilizados. También mantenía que, como resultado de la acción diferencial de la selección natural entre los europeos, los inclinados a instintos criminales y las clases inferiores eran biológicamente inferiores a las clases media y alta, más afortunadas. Así, una explicación tan simple explicaba la desigualdad social de las sociedades occidentales y la supuesta superioridad de las sociedades europeas sobre los demás grupos humanos.

Al igual que otros evolucionistas, Lubbock se pronunciaba con vehemencia

contra la idea de que la degeneración cultural había desempeñado un papel significativo en la historia humana. El degeneracionismo era retratado sin descanso como una doctrina desfasada y desacreditada. También se opuso a los seguidores románticos de Jean-Jacques Rousseau, quienes cuestionaban que el desarrollo de la civilización había conllevado un incremento de la felicidad humana. Con el fin de reforzar la perspectiva evolucionista, se desvió de su camino al describir los pueblos primitivos como inevitablemente pocos en número, despreciables y depravados. Describió a los modernos grupos tribales como incapaces de controlar la naturaleza y como poseedores de intelectos semejantes a los de los niños. Supuso que en sus lenguajes faltaban las palabras abstractas y que no podían comprender los conceptos abstractos. También se les creía esclavos de sus pasiones, incapaces de controlar la furia o de seguir el curso específico de una actividad durante mucho tiempo. Mantenía que se trataba de pueblos mucho más deficientes en el sentido moral de lo que generalmente se pensaba y procuró con gran esfuerzo y dedicación documentar cómo en grupos determinados se maltrataba a los niños, se asesinaba a los viejos, se comía carne humana y se practicaban sacrificios humanos. Para demostrar la falta entre ellos de los valores victorianos más elementales, puso especial énfasis en su falta de limpieza. Afirmaba que el desarrollo cultural desembocaba en un crecimiento de la población, mientras que los pueblos primitivos, abandonados a su suerte, permanecían estáticos o bien decrecían en número. El desarrollo cultural también ampliaba la conciencia humana y conducía a una mayor prosperidad material y progreso espiritual. Se imaginaba la evolución cultural como una fuerza que continuaría de manera indefinida hacia un futuro marcado por unas más grandes mejoras tecnológicas y morales y por el crecimiento de la felicidad y el bienestar humanos. *Pre-historic Times* finalizaba con una entusiasta expresión del credo evolucionista:

> Incluso en nuestros tiempos se puede observar alguna mejora, pero la mente generosa encontrará su más alta gratificación en la idea de que, cualquiera que sea nuestro caso particular, nuestros descendientes comprenderán muchas cosas que ahora permanecen ocultas para nosotros, apreciarán mejor el precioso mundo en el que vivimos, evitarán muchos de los sufrimientos a los que ahora estamos sujetos, disfrutarán de muchas bendiciones de las que ahora aún no somos merecedores y escaparán a muchas de las tentaciones que hoy deploramos pero no resistimos (Lubbock, 1869, p. 591).

El crecimiento de una economía capitalista e industrial, en conjunción con la acción de la selección natural sobre los seres humanos, conducía claramente hacia un paraíso en la tierra. Gracias a la evidencia que ofrecía de que aquel progreso era la aceleración de lo que había estado ocurriendo a lo largo de toda la humanidad, la arqueología prehistórica reforzó la confianza de las clases medias británicas y el orgullo de ser la vanguardia de este proceso.

Pero no todos los grupos humanos iban a compartir esta felicidad. Los más

primitivos estaban condenados a desaparecer como resultado de la generalización de la civilización, ya que por más educación que recibiesen no se podría compensar los miles de años durante los cuales la selección natural no los adaptó biológicamente a una forma de vida más compleja y ordenada. No se ponía ninguna objeción a la idea de reemplazarlos por gentes más desarrolladas, ya que ello significaba la mejora global de la raza humana. Así, mediante la aplicación de principios darwinianos, Lubbock llegó a la misma conclusión que los antropólogos e historiadores norteamericanos a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, sobre las insalvables diferencias biológicas entre los europeos y los pueblos nativos. Sus enfoques sobre estas sociedades sirvieron para justificar la colonización británica y el establecimiento de un control político y económico en el exterior mediante la idea de que el objetivo primero era promover el progreso general de las especies humanas. También se absolvía a los pobladores británicos y norteamericanos de mucha de la responsabilidad moral de la rápida decadencia de los pueblos nativos de Norteamérica, Australia y el Pacífico. Estas poblaciones estaban desapareciendo, no por lo que los colonizadores les hiciesen, sino mejor porque durante miles de años la selección natural no los había preparado para sobrevivir cuando la civilización se extendiese. La imposición de puestos inferiores a los grupos nativos no era tanto un acto político como la consecuencia de sus supuestas capacidades naturales limitadas. Ya fuese respecto a las clases obreras de Gran Bretaña o a los pueblos indígenas de cualquier parte del mundo, el darwinismo social transfirió las desigualdades humanas de lo político a lo natural, interpretándolo como consecuencia de las diferencias biológicas, las cuales podían ser alteradas muy lentamente, si es que era posible hacerlo.

Esta visión marcó una gran inflexión con respecto a las ideas de la Ilustración. La naciente burguesía francesa del siglo XVIII había expresado sus esperanzas para el futuro en términos de un progreso en el que todos los seres humanos podrían participar. Por el contrario, las clases medias que dominaban en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX se disponían cada vez con más convencimiento a defender sus ganancias a través del establecimiento de los límites naturales de todos aquellos que razonablemente esperaban compartirlas. A partir de 1860, el evolucionismo darwiniano desempeñó esta función admirablemente. A través de la versión de Lubbock sobre la evolución cultural, la prehistoria se vio vinculada a la doctrina que abogaba por la preeminencia europea.

A pesar de que la síntesis de Lubbock era claramente un producto de la Inglaterra victoriana, no había en ella nada de chauvinismo. Los argumentos sobre la superioridad estaban formulados en términos del contraste que existía entre la civilización europea y las sociedades tecnológicamente menos desarrolladas. Intentaban explicar el sistema mundial que progresivamente se iba extendiendo bajo el dominio de Europa occidental. La hegemonía política y económica de Inglaterra era tan grande comparada con la de cualquier otra nación que no requería una especial defensa. Al acuñar sus convicciones en términos

de civilización europea, Lubbock dio por supuesto el liderazgo de su propio país. Ello permitió que sus obras fuesen atractivas no sólo para los británicos, llegando a influenciar la interpretación de los datos arqueológicos en muchos lugares del mundo.

La arqueología colonial en América

Los escritos de Lubbock desempeñaron un papel muy significativo en el refuerzo y en la línea seguida por la arqueología evolucionista americana a finales del siglo XIX, aunque algún arqueólogo americano de primer orden no aceptase de todo corazón la aplicación del darwinismo para desentrañar los asuntos humanos (Meltzer, 1983, p. 13). Los antropólogos euroamericanos no tuvieron ninguna dificultad para aplicar el punto de vista evolucionista a su propia sociedad. Los conceptos ilustrados de razón y progreso, que habían desempeñado un gran papel en la Revolución americana, y la expansión territorial y económica de los Estados Unidos a lo largo de todo el siglo XIX, contenían la convicción de que el progreso era inherente a la condición humana. En trabajos como los de Lewis Henry Morgan (1818-1881), *Ancient Society* (1877) y Otis Mason (1838-1908), *The Origins of Invention* (1895), los antropólogos trazaban el desarrollo de la cultura a través de una perspectiva que situaba a la sociedad euroamericana a la cabeza de los avances humanos. Lubbock ofreció a los americanos una explicación darwinista para la inferioridad biológica que ellos habían atribuido a los indios americanos desde finales del siglo XVIII. Muchos hallaron estas explicaciones mucho más persuasivas que las anteriores, indudablemente debido al prestigio que los más importantes biólogos y el público en general concedían a la obra de Darwin. El número cada vez menor de indígenas y su incapacidad para oponerse a la expansión euroamericana ayudó a consolidar la creencia de que estaban condenados a la extinción, lo cual concordaba con la visión de Lubbock. Como resultado, la mayoría de arqueólogos norteamericanos continuaron poniendo de relieve la naturaleza estática del registro arqueológico, intentando siempre atribuir cualquier cambio a los procesos y no a las alteraciones producidas dentro de las culturas nativas.

La arqueología de México, América Central y Perú constituía un desafío para este enfoque. Algunos escritores, incluso los que identificaban a los pueblos nativos de México con los Constructores de Túmulos, los veían como racialmente superiores a los indios de Norteamérica. El descubrimiento de J. L. Stephens de las ruinas de las ciudades mayas en México y en América Central fue bien recibido por los investigadores americanos ansiosos por contradecir las tesis propuestas por los naturalistas e historiadores europeos del siglo XVIII tales como Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, Guillaume-Thomas Raynal y William Robertson, ya que era una prueba de que el Nuevo Mundo había

desarrollado sus propias civilizaciones y no que el clima de Norteamérica conllevase la degeneración de la vida animal y humana (Haven, 1856, p. 94). Las celebradas *History of the Conquest of Mexico* (1843) de William H. Prescott y su posterior *History of the Conquest of Peru* (1847) retrataban a los aztecas y a los incas como pueblos civilizados, aunque mantenían que, debido a sus supersticiones y a su agresividad, los aztecas supusieron la destrucción de los logros de sus más civilizados predecesores. El etnólogo Albert Gallatin (1761-1849) defendía el enfoque ilustrado sobre el evolucionismo cultural y se opuso con contundencia a la poligénesis, pero a partir de 1840 sus argumentos se consideraban pasados de moda y resultaban poco convincentes (Bieder, 1975). Aun así, E. G. Squier continuaría defendiendo no sólo el evolucionismo unilineal sino también la unidad psíquica (Bieder, 1986, pp. 104-145). Finalmente, en 1862, Daniel Wilson, en aquellos momentos profesor del University College de Toronto, publicó la primera edición de *Prehistoric Man: Researches into the Origin of Civilization in the Old and the New World.* Esta obra era una importante síntesis de todo el pensamiento antropológico del Nuevo Mundo. Wilson, producto de la ilustración escocesa, continuó, como Gallatin, resistiéndose a las interpretaciones raciales del comportamiento humano. Una parte importante de su libro se ocupaba del impacto que los colonos europeos y los esclavos africanos estaban teniendo sobre los pueblos nativos del hemisferio occidental y los efectos que el nuevo ambiente natural les estaba infligiendo. En la sección de la obra que trataba la prehistoria, Wilson, a pesar de que aceptaba el mito de los Constructores de Túmulos, trazó una secuencia evolutiva de las civilizaciones de México y Perú, independientemente de la influencia extranjera, comparable a las del antiguo Egipto y Mesopotamia.

Estos enfoques encontraron una tenaz oposición. La guerra entre los Estados Unidos y México, que finalizó en 1848, extendió un sentimiento antimexicano en Norteamérica. Era ampliamente aceptado que los mexicanos eran racialmente inferiores a los euroamericanos porque los colonizadores españoles se habían mezclado con la población nativa (Horsman, 1975). El etnólogo Lewis Henry Morgan, ignorando obstinadamente la evidencia arqueológica, mantenía que los españoles del siglo XVI habían exagerado la sofisticación de los aztecas y los incas con el único objetivo de glorificar sus propios logros al haberlos conquistado. Argumentaba que la forma de vida tradicional de estos pueblos no habría diferido demasiado de la de los iroqueses del estado de Nueva York y que ningún grupo humano del Nuevo Mundo había rebasado nunca el nivel de la sociedad tribal (Morgan, 1876). No descartaba la posibilidad de que los indígenas americanos hubieran podido evolucionar hacia formas de vida más complejas dentro de su propia dinámica, aunque creía que cualquier avance cultural dependía de un incremento del tamaño del cerebro, y eso ocurriría muy lentamente (Bieder, 1986, pp. 194-246). Esta posición fue durante largo tiempo mantenida por muchos euroamericanos, quienes encontraban poco que admirar en los pueblos indígenas de los Estados Unidos. Hacia 1860 existía un

gran apoyo hacia el enfoque que proclamaba el primitivismo inherente de las culturas nativas no sólo de Norteamérica sino también de todo el Nuevo Mundo, y su estatismo a lo largo de los tiempos prehistóricos.

Se ha apuntado que la falta de preocupación en la arqueología americana por la cronología antes del siglo XX fue debida a que ninguno de los pueblos nativos había avanzado más allá de la Edad de la Piedra, a la escasez de yacimientos estratificados y a la falta de familiaridad con las técnicas de las que se derivaba la cronología ante la ausencia de cambios tecnológicos importantes (Willey y Sabloff, 1980, pp. 80-81). Pero, de todas maneras, estos factores no ofrecen ninguna explicación. La poca frecuencia de yacimientos pospaleolíticos estratificados en comparación con los que se conocían en la Europa septentrional y occidental en el siglo XIX no impidió en esas zonas la construcción de detalladas cronologías, sobre todo por medio del empleo de los principios de seriación de Thomsen (Childe, 1932, p. 207). Además, todos los métodos cronológicos utilizados en Europa eran conocidos en América y fueron aplicados con éxito por los arqueólogos en situaciones en las que intentaban emular la investigación europea. A partir de 1860, los concheros se estudiaron seriacional y estratigráficamente y según esa evidencia se construyeron cronologías culturales locales según estilos cerámicos o modelos adaptativos. Ese tipo de observaciones fueron hechas por Jeffries Wyman (1875), S. T. Walker (1883) y Clarence B. Moore (1892) en el sureste de los Estados Unidos; William Dall (1877) en Alaska; y el arqueólogo visitante alemán Max Uhle (1907) en California. También se empleaban métodos estratigráficos en los estudios de túmulos hechos por Squier y Davis en 1840 y por Cyrus Thomas en 1880, así como por W. H. Holmes y F. W. Putnam en sus investigaciones «paleolíticas» en 1880 (Meltzer, 1983, p. 39). La evidencia sobre los cambios culturales locales aportada por estos arqueólogos fue rechazada u olvidada ya que era considerada trivial por los arqueólogos coetáneos, incluyendo a veces a los mismos que empleaban esos métodos (Thomas, 1898, pp. 29-34). En la discusión de la evidencia de Uhle para demostrar «la gradual elaboración y refinamiento de los procesos técnicos» dentro del conchero de Emeryville en California, A. L. Kroeber (1909, p. 16) propuso que las culturas nativas halladas en aquella región en tiempos históricos eran tan primitivas que eso invalidaba ya cualquier posibilidad de cambio cultural significativo en el pasado. También es significativo que ni siquiera los estudios locales sobre concheros contemplasen el desarrollo acumulativo en aquel período. Así, la investigación más perspicaz y productiva de cada una de aquellas regiones no era necesariamente la más reciente (Trigger, 1986a).

De acuerdo con la creencia de que los cambios durante la prehistoria habían sido mínimos, el estudio sistemático de las variaciones culturales del registro arqueológico se orientó desde un principio hacia la definición de modelos geográficos más que cronológicos. Este hecho fue paralelo a la tendencia entre los etnólogos americanos de finales del siglo XIX de organizar el estudio de las similitudes y las diferencias culturales en términos de áreas culturales.

MAP OF
NORTH AMERICA
GREENLAND
ARCTIC OCEAN
ATLANTIC OCEAN
PACIFIC OCEAN
GULF OF MEXICO
SOUTH AMERICA
CANADA
ASSINIBOIA
SASKATCHEWAN
Winnipeg
Ottawa
Quebec
Philadelphia
Washington
Cincinnati
St Louis
Memphis
Santa Fe
Mobile
Charleston
Bermuda Is
Bahama Is
HAYTI
Cuba
San Salvador
New Guatemala
Mexico
Vancouver
San Francisco
Sitka
Yukon R
Cape Fear
Cape Hatteras
Cape Cod
Cape Horn
Cape Blanco
Cape Mendocino
Cape Flattery
Cape Prince of Wales
Cape Farewell
Cape Chidley
Cape Bathurst
Cape Parry
Cape Bedford
Cape Dorset
Cape Kellett
Cape Lisburne
Cape Nome
Cape Rodney
Cape Sabine
Cape Thetis
Cape Wolstenholme
Cape Yorke
Cape Zachary
Cape Ward Hunt
Cape Sherman
Cape Sumner
Cape Tennant
Cape Tuckerman
Cape Vera
Cape Warrenton
Cape Washington
Cape Wilkes
Cape Wilkinson
Cape Wrangell
Cape Yakutat

Los arqueólogos eran conscientes desde hacía mucho tiempo de las variaciones geográficas en la distribución de ciertas clases de datos arqueológicos, por ejemplo los tipos diferentes de túmulos. Cyrus Thomas (1825-1910), un entomólogo que trabajaba como arqueólogo para el Bureau of American Ethnology, subdividió los túmulos en ocho unidades geográficas que según él representaban a más de una nación o grupo de tribus, algunas de las cuales habrían sobrevivido hasta los tiempos históricos (1894). Posteriormente, en su *Introduction to the Study of North American Archaeology* (1898), dividió Norteamérica en tres grandes zonas culturales: ártica, atlántica y pacífica, con esta última subdividida a su vez en varias regiones. J. D. McGuire (1842-1916) examinó la distribución de los diferentes tipos de pipas indias según quince divisiones geográficas (1899) y W. H. Holmes (1846-1933), un individuo con formación artística, utilizó análisis estilísticos y criterios tecnológicos para definir las diferencias en la cerámica de las regiones orientales de los Estados Unidos (1903). En 1914, dividió toda Norteamérica en veintiséis «áreas de caracterización cultural» a partir de los datos arqueológicos y según procedimientos etnológicos. En todo este trabajo no se percibe ningún esfuerzo por asignar un valor cronológico relativo a las diferentes unidades o por trazar variaciones cronológicas dentro de ellas.

En general se asumía que la forma de vida de cada una de las tribus prehistóricas no habría cambiado demasiado a lo largo del tiempo. Los cambios registrados en la evidencia arqueológica se interpretaban más como movimientos de pueblos que como alteraciones producidas dentro de las culturas mismas. Por ejemplo, el cambio de lo que ahora conocemos como fase arcaica de la cultura de Woodland a la de fase media en el norte del estado de Nueva York, se atribuía a la sustitución de la población tipo inuit por otra hablante de la lengua algonkiense, que a su vez sería desplazada por los pueblos que hablaban iroqués, portadores de un modelo cultural distintivo procedente del valle del Mississippi. Este modelo incluía agricultura de subsistencia, cerámica incisa y en general se pensaba que se hallaba mucho más cercano a las formas de vida constatadas en el sureste de los Estados Unidos que las culturas anteriores que habían existido en su territorio histórico (Beauchamp, 1900; Parker, 1916, 1920). El etnólogo R. B. Dixon (1913) interpretó la complejidad del registro arqueológico, que en aquel tiempo empezaba a ser importante en el este de Norteamérica, como un «palimpsesto» resultante de sustituciones repetidas de población durante los tiempos prehistóricos. Esa sucesión se veía como una serie de movimientos aleatorios a gran escala, característicos de la vida aborigen de un gran continente poco poblado.

También se estaba de acuerdo en que allí donde no se habían dado grandes movimientos de población, los datos etnográficos sobre las tribus que habían vivido en la región en los tiempos históricos podían ser usados de una manera bastante directa para explicar los datos arqueológicos sobre la prehistoria. Cyrus Thomas (1898, p. 23) argumentaba que desde que América había sido poblada

por indígenas, éstos habían tendido siempre a permanecer en el mismo lugar; por tanto, el registro arqueológico era en su mayor parte producido por la misma gente que seguía viviendo en la región durante los tiempos históricos. Según él, esta estabilidad poblacional sólo podría ponerse en tela de juicio si se hallaban testimonios convicentes sobre lo contrario. Arqueólogos como Frank Cushing (1857-1900) y J. W. Fewkes (1850-1930), en sus estudios sobre los indios pueblo del suroeste de los Estados Unidos, prestaron mucha atención al uso que se había hecho de los artefactos prehistóricos y cómo habían sido construidos, mediante la aplicación de paralelismos etnográficos (Cushing, 1886; Fewkes, 1896). Generalmente se suponía que no había diferencias sustanciales entre la vida que habrían llevado los indios pueblo prehistóricos y los modernos. Así, los esfuerzos realizados por entender el pasado llevaron a los arqueólogos a relacionarse más estrechamente con los etnólogos y con frecuencia con las poblaciones nativas. Los estudios de este tipo constituyeron los primeros ejemplos de interpretación de datos arqueológicos según el enfoque histórico directo. Sólo Edgar Lee Hewett (1865-1946) expresó algunas reservas significativas sobre la importancia de este método (1906, p. 12).

Para los antropólogos empleados por el Bureau of Ethnology (renombrado Bureau of American Ethnology en 1894) esta visión «plana» de la historia nativa unificaba el estudio de la etnología y de la arqueología prehistórica como ramas muy conectadas de la antropología. Fundado como una entidad dependiente de la Smithsonian Institution en 1879, el Bureau creció bajo el liderazgo de su director, el renombrado geólogo y explorador John Wesley Powell (1834-1902), como el centro que encabezaba la investigación antropológica en Norteamérica. Aunque originalmente emprendió el estudio de los problemas etnográficos y lingüísticos con tal de hacer más efectiva la administración de los asuntos indios, también puso «la base empírica de la arqueología de los Estados Unidos ... a una escala geográfica amplia» (Hallowell, 1960, p. 84). El pasado «plano», medio suficiente por sí mismo para conocer el registro arqueológico, dependía de que se aceptase la idea de que los tiempos prehistóricos no eran cualitativamente diferentes del presente etnográfico. Samuel Haven (1864, p. 37) observó que «los utensilios de sílex de la Edad de la Piedra descansan sobre la superficie de la tierra ... Las gentes que los hicieron y los usaron todavía no han desaparecido del todo». Con todo, esta negación del cambio cultural, tan radical como el evolucionismo cultural extremista de los arqueólogos europeos, subordinaba la investigación arqueológica a la etnológica, ya que se creía que nada podía aprenderse del registro arqueológico que no hubiese sido ya antes averiguado más fácilmente por la investigación etnográfica. Esta visión «plana» no sólo unificó la antropología, sino que reforzó los estereotipos negativos sobre los pueblos primitivos. Como Meltzer ha apuntado (1983, p. 40) este enfoque fue «una consecuencia predecible del enfoque gubernamental de la investigación arqueológica [que estaba] basado en un estereotipo subliminal y denigrante del nativo americano».

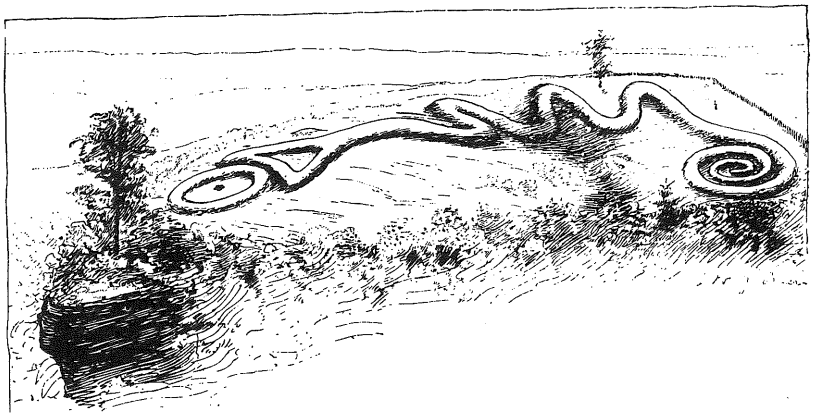
Para la consecución de su programa, los antropólogos del Bureau of American Ethnology intentaron eliminar aquellos aspectos de la prehistoria que no podían ser abordados por medio del enfoque histórico directo (Meltzer, 1983). La primera de estas anomalías se refería a la raza perdida de los Constructores de Túmulos. Debido al gran interés que la cuestión despertaba entre el público, el Congreso de los Estados Unidos había insistido en que el Bureau destinase cinco mil dólares por año a los estudios sobre los túmulos. En 1882, Powell seleccionó a Cyrus Thomas para encabezar dicha tarea. Thomas puso en marcha un extenso programa de prospección y excavación que le condujo a la conclusión de que muchos de aquellos túmulos habían sido construidos después de los primeros contactos con los europeos y que todos ellos eran obra de los ancestros de los nativos americanos modernos (Thomas, 1894). También intentó demostrar que las culturas de los indios que habían construido los túmulos no eran de ningún modo superiores a las de los grupos indios que habían vivido en el este de los Estados Unidos durante los siglos XVII y XVIII. Así, refutar el mito de los Constructores de Túmulos implicaba no sólo el rechazo total de las encendidas adhesiones que siempre había recibido (se dijo incluso que esta cultura habría sido capaz de producir hierro), sino la infravaloración de los logros reales de los diferentes grupos constructores. Parece como si los arqueólogos de aquel tiempo se hubiesen visto forzados a elegir entre asignar a los Constructores de Túmulos una cultura muy avanzada y, por tanto, negar que se hubiese tratado de grupos indios, o bien aceptarlos como indios y negar que su cultura no era más avanzada que la de los grupos indios que vivían en el norte de México durante los tiempos históricos. Ningún arqueólogo estaba preparado para pensar que en los tiempos prehistóricos los nativos norteamericanos habrían podido llegar a desarrollar culturas más complejas que las observadas en los tiempos históricos, teniendo en cuenta que por aquel entonces muchos grupos indios habían sido severamente reducidos en número por las epidemias y las enfermedades llevadas por los europeos y muchos habían sido desarraigados y desnaturalizados por las agresiones y las guerras con los colonos europeos. Bajo esas circunstancias, no es sorprendente que la destrucción del mito de los Constructores de Túmulos «no consiguiese cambiar la actitud popular que prevalecía contra el indio americano» (Willey y Sabloff, 1980, p. 42).

Los arqueólogos del Bureau of American Ethnology adoptaron una actitud bastante escéptica hacia aquellos que proclamaban que en Norteamérica existía evidencia sobre la antigüedad humana que podía rivalizar con los conjuntos paleolíticos europeos. La afirmación más significativa en este sentido estaba basada en las excavaciones que Charles C. Abbott (1843-1919), un físico, llevó a cabo en las terrazas fluviales cercanas a su granja familiar en Trenton, Nueva Jersey. Hacia 1877 empezó a convencerse de que aquellos hallazgos eran producto, no de los ancestros de los modernos indios americanos, llegados en época relativamente reciente, sino de los habitantes que poblaron aquella región durante la época glacial, los cuales no tenían nada que ver con los indios ame-

ricanos. Posteriormente sugirió que esta raza temprana podría haber sido el ancestro de los inuit (Abbott, 1881). Durante un tiempo, su investigación pudo disfrutar del apoyo y del patrocinio de Frederic W. Putnam (1839-1915), quien, aunque se había formado como ictiólogo, desempeñó desde 1874 el cargo de conservador del Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology de la Universidad de Harvard. Mientras tanto, otros científicos de otros lugares de los Estados Unidos empezaron a hallar instrumentos «paleolíticos» similares, algunas veces en contextos geológicos que demostraban una gran antigüedad. Holmes y Thomas fueron los máximos representantes de los que se opusieron a estas ideas. Argumentaban que los llamados instrumentos paleolíticos eran los primeros intentos fallidos de los indios por manufacturar la piedra. Igualmente arrojaron un velo de duda sobre los contextos geológicos en los que fueron hallados los mencionados artefactos. Posteriormente, Aleš Hrdlička (1869-1943), un antropólogo físico checo que trabajó durante 1903 en el Museo Nacional de los Estados Unidos, se dedicó a estudiar todos los esqueletos que se decía pertenecían al «Primer Hombre», demostrando que ninguno de ellos podía datarse con claridad antes de la era postglacial. A tal contundencia llegaron las objeciones que tanto geólogos como arqueólogos abandonaron la idea de una etapa estrictamente paleolítica en Norteamérica, aunque sin excluir la posibilidad de que el ser humano hubiese habitado el Nuevo Mundo desde varios miles de años atrás. También aceptaron que se necesitaba una evidencia más rigurosa. Está claro en este caso que los científicos empleados por el gobierno federal utilizaron todo su poder y prestigio no sólo para proporcionar a la arqueología «una base realmente científica», sino también para promover un enfoque del pasado que concordase con su concepción de cómo la arqueología y la etnología tenían que caminar conjuntadas como ramas de la antropología (Meltzer, 1983).

Los arqueólogos estaban preparados para reconocer que durante los tiempos prehistóricos había tenido lugar un cierto grado de innovación. Warren K. Moorehead (1866-1939) incluso creía probable ese progreso ya que «el cerebro de los indios es mejor que el cerebro de los australianos o el de los africanos» (1910, vol. I, p. 331). Sin embargo, existía una tendencia a interpretar los artefactos de alta calidad, como las pipas de piedra con efigie o los ornamentos de metal o de piedra profusamente decorados, a falta de instrumentos de hierro o de inspiración artística, reflejando así una fuerte influencia europea. Estas interpretaciones implicaban que las culturas nativas habían sido durante los tiempos prehistóricos incluso más simples de lo que la idea general derivada de los restos arqueológicos vistos en su conjunto podría sugerir.

El período entre 1860 y 1910 fue testigo de una creciente profesionalización de la arqueología en los Estados Unidos. Los arqueólogos prehistóricos empezaron a poder ganarse la vida dedicándose exclusivamente a sus investigaciones en los principales museos de las grandes ciudades o bien como profesores de universidad, como Putnam, quien llegó a ser profesor, designado por el Pea-



20. Dibujo del Great Serpent Mound de Ohio, de un artículo de divulgación de Putnam, 1890.

body Museum, de arqueología y etnología americana en la Universidad de Harvard en 1887. El primer doctorado en arqueología prehistórica de los Estados Unidos se produjo precisamente en esa universidad en 1894 (Hinsley, 1985, p. 72). Los euroamericanos expresaron con convicción su supuesta superioridad étnica al situar las colecciones de arqueología y etnología nativa en los museos de historia natural, y no junto a las antigüedades europeas y del Próximo Oriente en los museos de arte, y al enseñar prehistoria en los departamentos de antropología y no en los de historia. A pesar de los ruegos de antropólogos como John W. Powell o Lewis H. Morgan, para preservar las «humildes antigüedades indias», generalmente era muy difícil encontrar el apoyo de un patrocinador rico para la investigación de la prehistoria de los indios norteamericanos, ya que interesaba más coleccionar antigüedades clásicas procedentes de Europa «para incrementar el nivel de nuestra civilización y de nuestra cultura» (Hinsley, 1985, p. 55). De todas maneras, se siguió recogiendo mucha información nueva y estableciendo nuevos modelos de investigación, así como se pusieron las bases para conservar los principales monumentos prehistóricos, como el Great Serpent Mound en Ohio y Casa Grande en Arizona. La Smithsonian Institution y el Bureau of American Ethnology desempeñaron un papel importantísimo en la consecución de una posición de liderazgo para la arqueología. Esto con frecuencia implicó la dirección de todo su prestigio y sus recursos hacia los aficionados, quienes pronto se resentirían amargamente por la injerencia en sus actividades de científicos profesionales empleados por el gobierno federal (McKusick, 1970). Con todo, a pesar de estos desarrollos, no se produjo ningún cambio en la visión que se tenía sobre los indios y que prevalecía desde finales del siglo XVIII en la arqueología y en la sociedad americanas. Al contrario, la creencia de que las sociedades indias eran entidades fosilizadas, incapa-

ces de ningún progreso, y por tanto, condenadas a la extinción, se vio reforzada y racionalizada gracias a la idea darwinista de evolución, y conjuntada con la perspectiva universal de la evolución humana que había sido popularizada por John Lubbock. La visión de los nativos americanos como primitivos y estáticos por naturaleza era ahora compartida no sólo por un gran número de americanos blancos de todas las clases sociales sino también por la comunidad científica internacional, la cual era cada vez más receptiva a las explicaciones racistas sobre el comportamiento humano. Sin cambios significativos, el enfoque tradicional que los arqueólogos euroamericanos habían sostenido sobre la prehistoria americana era congruente con aquellas ideas de la arqueología imperialista de Lubbock que se aplicarían en las situaciones coloniales.

La arqueología racista en África

Estos acontecimientos en la arqueología americana presagiaban otros que ocurrirían más tarde en contextos coloniales. En el África subsahariana la investigación arqueológica que se realizaba esporádicamente había empezado a comienzos del siglo XVIII de la mano de visitantes europeos. De acuerdo con Brian Fagan, la primera excavación registrada es la del naturalista sueco Andrew Sparrman en 1776. Concretamente excavó uno de los túmulos de piedra de un conjunto hallado cerca del río Great Fish en Suráfrica. Aunque no encontró nada, pudo llegar a la conclusión de que aquellos túmulos eran la prueba irrefutable de la existencia de una población más poderosa y numerosa que había habitado el área antes de «ser degradada a la raza actual de los cafres, los hotentotes, los boshi y otros salvajes» (Fagan, 1981, p. 42).

La investigación arqueológica sistemática no dio comienzo en África hasta 1890, tiempo en el que el continente ya había sido repartido entre los varios poderes coloniales europeos. Arqueólogos y colonizadores vieron en las culturas indígenas del África subsahariana un museo viviente del pasado humano. Existía mucha más diversidad entre estas culturas que entre las de Norteamérica, las cuales pudieron ser adscritas formalmente a la Edad de la Piedra. En África las tecnologías contemplaban el hierro así como la piedra, y las sociedades variaban en complejidad desde pequeñas bandas de cazadores a grandes reinos. Aun así, la mayoría de europeos estaba de acuerdo en que los logros tecnológicos, culturales y políticos eran menos significativos de lo que parecían. Esta postura se sostenía en la atribución de estas obras a las ideas que se habían ido difundiendo desde el norte. Los exploradores y los misioneros que se encontraron por vez primera con las sociedades complejas del África negra, llegaron a la conclusión de que la agricultura, la metalurgia, la vida urbana y las varias formas de arte habían sido introducidas por los antiguos egipcios o por cualquier otra civilización mediterránea o del Próximo Oriente (Fagan, 1981, p. 43; Schrire *et al.*, 1986). En su estudio sobre la arqueología del

sur de África, Miles Burkitt (1890-1971), *lecturer* de Prehistoria en la Universidad de Cambridge, pudo incluso vislumbrar no sólo influencias europeas, sino también del Paleolítico inferior, del Musteriense y del Paleolítico superior europeos, en los conjuntos de instrumentos de piedra y en el arte rupestre (1928). Esta visión de la región como un cajón de sastre era más o menos compartida por su alumno A. J. H. Goodwin (Goodwin y Van Riet Lowe, 1929).

En 1880, el egiptólogo alemán Karl Lepsius sugirió que las poblaciones nativas de África estaban constituidas de dos componentes principales, el hamítico, del norte y de piel clara, y el negro, procedente del sur. Un gran número de etnólogos, entre los que se contaba Charles Seligman (1930), identificaron a los hamitas como la gran fuerza civilizadora del África negra, explicando de esta manera los aspectos más avanzados de las culturas subsaharianas. Así, los pastores hamíticos, mucho más creativos culturalmente, habrían conquistado e impuesto los rudimentos de una tecnología y una cultura más avanzada, procedente en último término del Próximo Oriente, sobre las poblaciones negras de África, culturalmente inertes, hasta que su propia creatividad resultó minada a consecuencia del fatal mestizaje de razas. La dicotomía entre negroides y caucasoides y la denigrante idea sobre la creatividad africana, se puede rastrear hasta los años sesenta del presente siglo en los estudios de etnología y prehistoria. El papel asignado a los prehistóricos conquistadores hamíticos guardaba un sorprendente parecido con la misión civilizadora que los colonizadores europeos decían protagonizar desde finales del siglo XIX (MacGaffey, 1966).

Pronto se realizaron descubrimientos arqueológicos que mostraban ser demasiado sofisticados o importantes para ser el producto de un pueblo tan primitivo e indolente como se decía que eran los africanos. El ejemplo más significativo sobre la mentalidad colonialista de la arqueología que se llevaba a cabo en África son las controversias que rodearon las ruinas de piedra halladas en lo que hoy día es Zimbabwe. Fagan (1981, pp. 43-44) ha apuntado que tales controversias constituyen más o menos lo que fue el debate sobre los Constructores de Túmulos en Norteamérica. Los primeros investigadores europeos que estudiaron estos monumentos llegaron a la conclusión de que se trataba de la prueba de una colonización prehistórica blanca del sur de África.

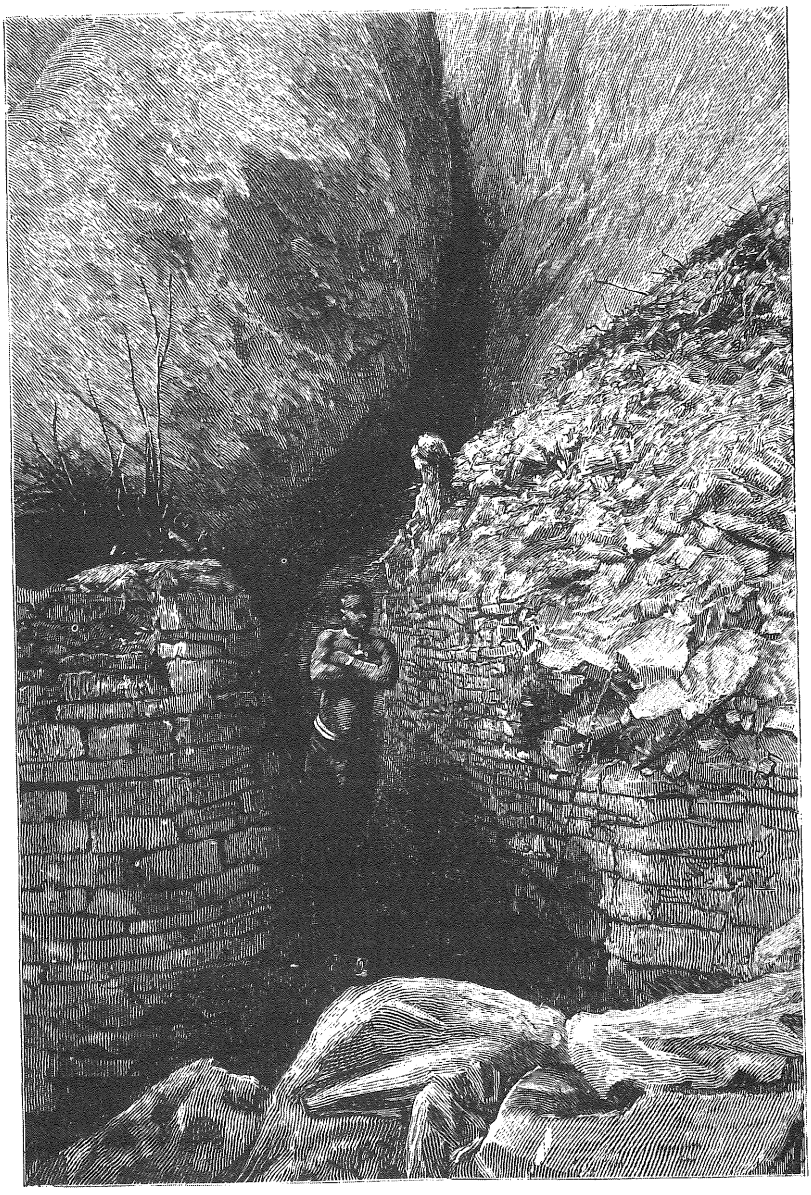
En el siglo XVI, algunos colonizadores portugueses recibieron en Mozambique algunos informes de los swahili sobre la existencia de ciudades de piedra en el interior. Estos relatos estimularon las especulaciones europeas y se llegó a decir que se trataba de las ciudades construidas por el rey Salomón y la reina de Saba durante el curso de sus actividades relacionadas con la búsqueda de oro. La identificación de las construcciones de piedra de Zimbabwe con la tierra bíblica de Ofir continuó excitando la imaginación de aquellos que, a lo largo de los siglos, se interesaron por la geografía africana. A finales del siglo XIX, estas conjeturas se hicieron especialmente atractivas para los afrikaaners, nuevos habitantes del Transvaal y cuya fe calvinista les instaba a creer que su nueva tierra prometida bordeaba una región con asociaciones bíblicas. Las in-

formaciones recogidas en el Transvaal sobre las ruinas del norte inspiraron a H. M. Walmsley *The Ruined Cities of Zululand*, novela publicada en 1869. Ya en 1868 el misionero alemán A. Merensky persuadió al joven geólogo y compatriota suyo Carl Mauch para reconocer sobre el terreno las ruinas. En 1871, Mauch se convirtió en el primer europeo conocido en poner el pie en las ruinas del Gran Zimbabwe, y así, siguiendo las enseñanzas de Merensky, concluyó que se trataba del palacio perdido de la reina de Saba.

Especulaciones de este calibre fueron activamente promovidas por Cecil Rhodes, después de que la British South Africa Company ocupase Mashonaland en 1890, y la vecina Matabeleland tres años más tarde, con el fin de explotar los recursos de oro de la región. El Gran Zimbabwe se convirtió pronto en un símbolo de la justicia de la colonización europea, retratada como la raza blanca que volvía a la tierra donde originariamente había reinado. El primer intento serio de estudio del Gran Zimbabwe fue patrocinado por la British South Africa Company con la ayuda de la Royal Geographical Society y la British Association for the Advancement of Science. El hombre elegido para esa tarea fue J. Theodore Bent (1852-1897), un explorador del Próximo Oriente con intereses anticuarios. Aunque sus excavaciones revelaron un lapsus de tiempo de ocupación bantú con pocas centurias de antigüedad durante el cual se habría comerciado a larga distancia, acabó por concluir, siguiendo el poco científico criterio de valorar las características estilísticas y arquitectónicas, que las ruinas habían sido construidas por «una raza del norte» que había llegado al sur de África desde Arabia en tiempos bíblicos. Basándose en supuestas orientaciones astronómicas de las ruinas pétreas, las dató entre el 1000 y el 2000 a.C. (Bent, 1892).

En 1895, una compañía llamada Rhodesia Ancient Ruins Limited obtuvo la licencia para buscar oro en los yacimientos arquitectónicos de Matabeleland, excepto en el Gran Zimbabwe. Esta operación, que consistía en el saqueo de tumbas, finalizó en 1901; tras ello, y en un esfuerzo por otorgar cierta respetabilidad a semejante pillaje, uno de los prospectores, W. G. Neil, en colaboración con Richard Hall (1853-1914), un periodista local, publicó *The Ancient Ruins of Rhodesia* (Hall y Neal, 1902). Este libro fue el primer estudio general sobre las ruinas de la región. Aún más, la British South Africa Company nombró a Hall conservador del Gran Zimbabwe, donde se dedicó a llevarse depósitos arqueológicos estratificados alegando que tal práctica no era más que limpiar el yacimiento «de toda la suciedad y decadencia de la ocupación kaffir». En un segundo libro, definió tres estilos arquitectónicos, que según él revelaban una degeneración progresiva, siendo los muros más finamente aparejados los que forman un recinto elíptico, e interpretó el Gran Zimbabwe como la metrópolis perdida de una colonia fenicia. En años recientes, cuidadosos estudios arquitectónicos han revelado que los muros de Zimbabwe que se hallan regularmente aparejados en hileras son posteriores a los que describen ondulaciones, aunque anteriores a otros de técnica rudimentaria (Garlake, 1973, pp. 21-23).

Las críticas arqueológicas que recibió el trabajo de Hall llevaron a su despido



21. «Aproximación a la acrópolis», de *The Ruined Cities of Mashonaland,* 1892, de J. T. Bent.

en 1904, tras lo cual la British Association for the Advancement of Science, utilizando fondos procedentes de Rhodes Trustees, invitó a David Randall-MacIver (1873-1945), un arqueólogo profesional que había trabajado con el egiptólogo Petrie, a estudiar Gran Zimbabwe y otras ruinas de Rhodesia (1906). Gertrude Caton Thompson (1893-1985), una famosa arqueóloga británica, fue quien realizó un estudio mucho más científico y basado en criterios estratigráficos, llevado a cabo bajo los mismos auspicios, en 1929 (Caton Thompson, 1931). Estos dos arqueólogos demostraron definitivamente que tales ruinas eran de origen bantú y databan de la era cristiana. A pesar de que estas conclusiones fueron aceptadas por la comunidad arqueológica mundial, estos científicos dejaron de ser bien recibidos entre los colonos blancos de Rhodesia y Suráfrica, donde arqueólogos aficionados se encargaron de mantener viva la idea de que las ruinas de Zimbabwe eran obra de los invasores, mercaderes o trabajadores del metal procedentes del Próximo Oriente, India e Indonesia (Posnansky, 1982, p. 347). En 1909, Hall, apoyado por una subscripción entre algunos líderes blancos surafricanos, publicó *Prehistoric Rhodesia,* un trabajo emotivo y denso en donde intentó refutar las ideas de Randall-MacIver. Mantenía que la «decadencia» de los bantú «fue un proceso que operó durante muchas centurias [y] admitido por todas las autoridades», atribuyendo tal proceso a «una súbita detención de la inteligencia» que «sufre cada bantú durante la pubertad» (p. 13). Así, como ha apuntado Peter Garlake (1973, p. 79), Hall explicitó por vez primera las teorías raciales que se hallaban implícitas en la exclusión de los africanos del pasado de Zimbabwe. Similares ideas de exótico origen se han mantenido vivas hasta el momento que A. J. Bruwer (1965), R. Gayre (1972), Wilfrid Mallows (1985) publicaron sus obras y Thomas Huffman escribió la guía oficial de Gran Zimbabwe bajo el régimen de Ian Smith. Para los colonizadores blancos, que constituían menos del 10 por 100 de la población de Rhodesia del Sur, estas afirmaciones servían para despreciar el talento africano y sus logros pasados, así como para justificar la dominación del país, y se hicieron especialmente insistentes después de que la colonia blanca proclamase ilegalmente la independencia en 1965. En 1971, Peter Garlake, que había sido inspector de monumentos desde 1964, dimitió en protesta por una orden secreta del gobierno de Smith para que no apareciese en ninguna publicación oficial la idea de que Gran Zimbabwe era obra de negros. En aquel tiempo, al gobierno le interesaba especialmente no hacer de aquellas ruinas un símbolo del patrimonio cultural que pudiera ser utilizado por los africanos del país, que eran mayoría. Desde la independencia de Zimbabwe en 1980, algunos nacionalistas han afirmado que sólo los africanos tienen el derecho moral o los conocimientos suficientes como para interpretar las antiguas ruinas de Zimbabwe, y se han llevado a cabo intentos para promover nuevas mitologías, en este caso negroafricanas (Mufuka, 1983; Garlake, 1984).

La comparación de las controversias que rodearon a los Constructores de Túmulos en Norteamérica en el siglo XIX y a Zimbabwe a finales de ese mismo

siglo, revelaría sorprendentes semejanzas aunque también diferencias significativas. En ambos casos, tanto los arqueólogos aficionados como la opinión pública rechazaron la asociación de los vestigios con los pueblos indígenas en un esfuerzo por menospreciar aquellos logros. Igualmente, la comunidad científica contemporánea expresaba algunas reservas sobre las explicaciones más caprichosas que se daban sobre los monumentos. Lo que es significativo es que después de 1905 la misma comunidad arqueológica internacional rechazó unánimemente las afirmaciones sobre que Zimbabwe no había sido construida por los bantúes, dejando el mantenimiento del mito de Zimbabwe a arqueólogos aficionados y al público en general. Esto sugiere que, aunque existiesen en ambos lugares las mismas presiones sociales para distorsionar el pasado, hacia 1905 los avances en la técnica arqueológica como método de resolución de cuestiones históricas había alcanzado un punto en que se halló en condiciones de, en manos de arqueólogos profesionales, contrarrestar esas presiones sociales y evitar esa distorsión. El trabajo realizado en Zimbabwe desde 1950 por arqueólogos profesionales locales como Keith Robinson, R. Summers y Peter Garlake ha contribuido considerablemente al conocimiento de la historia de Zimbabwe durante el final de la Edad del Hierro. Durante el régimen de Smith sólo hubo un arqueólogo profesional que se sometió, contra lo que realmente pensaba, según posteriores afirmaciones que se le atribuyen (S. Taylor, 1982), a las presiones para satisfacer los requerimientos políticos de los colonizadores blancos.

Otra característica de la arqueología colonial africana es la gran atención prestada a los estudios sobre el Paleolítico. En 1890, el geólogo J. P. Johnson investigó los contextos geológicos en que aparecían instrumentos paleolíticos en el estado de Orange Free en el Transvaal. En 1911, Louis Péringuey, el director del South African Museum de Ciudad del Cabo, dividió la prehistoria surafricana en una fase paleolítica, caracterizada por los implementos de las terrazas fluviales, y una fase posterior llamada Bosquimana, representada por los vertederos de conchas y los abrigos rocosos (Fagan, 1981, pp. 42-43). Entre 1913 y 1924 se descubrieron en Suráfrica restos de fósiles humanos que cubrían el abanico del desarrollo humano desde el *Homo Sapiens* del Paleolítico superior hasta el primer cráneo identificado de Australopithecus.

En Kenia, se pudieron reconocer instrumentos de piedra en una fecha tan temprana como 1893, aunque los trabajos sistemáticos no dieron comienzo hasta 1926, cuando Louis Leakey (1903-1972), nacido en Kenia, organizó desde la Universidad de Cambridge la primera expedición arqueológica a África oriental. En su obra *The Stone Age Cultures of Kenya Colony* (1931), Leakey esboza un marco histórico-cultural para África oriental que continuaba en uso todavía en la década de los cincuenta. Los conjuntos de instrumentos de piedra fueron designados, como siempre, con los términos usados en los estudios sobre el Paleolítico europeo, como chelense, achelense, musteriense y auriñaciense. Leakey averiguó toda una serie de períodos pluviales e interpluviales que equiparó en general con los períodos glaciales e interglaciales europeos. Con el tiempo

se descubrió que muchos hallazgos no se correlacionaban con las categorías europeas y a finales de la década de los veinte se propusieron unas designaciones específicas para los conjuntos culturales africanos (Goodwin y Van Riet Lowe, 1929). Los dos sistemas continuaron usándose durante mucho tiempo de manera simultánea, hasta que se descartaron definitivamente los términos europeos, excepto para designar las técnicas de manufactura de los instrumentos (Posnansky, 1982, p. 348).

Entre 1936 y 1962 se llevaron a cabo un gran número de descubrimientos de australopitecinos en Sterkfontein, Kromdraai, Makapansgat y Swartkrans, en Suráfrica. Estos hallazgos provocaron un interés creciente por estas primeras fases del registro arqueológico que hasta entonces no habían sido estudiadas en ninguna otra parte del mundo. A finales de la década de los cincuenta se pudieron establecer nuevas cronologías geológicas para el Plioceno y el Pleistoceno en África, las dataciones realizadas con el método del potasio-argón extendieron de seiscientos mil a dos millones de años el período supuesto sobre la máxima antigüedad de los restos culturales, los artefactos paleolíticos hallados en las terrazas fluviales demostraron tener un valor interpretativo limitado y empezó a tenerse en cuenta el estudio de los pólenes fósiles y otros datos paleoambientales. En 1959, Louis y Mary Leakey, pioneros en Olorgesaillie durante la década de los cuarenta en arqueología de suelos de habitación paleolíticos, protagonizaron el primer hallazgo espectacular de primeros homínidos en los niveles olduvaienses que contenían los instrumentos más antiguos, en la garganta de Olduvai (M. Leakey, 1984). Este hecho volcó el interés mundial sobre la arqueología del Paleolítico inferior. El patrocinio internacional para tales investigaciones conoció un auge sin precedentes y gran número de arqueólogos europeos y americanos empezaron a trabajar en África oriental. Sus descubrimientos se veían como la confirmación de las conclusiones de Darwin que apuntaban a África como probable cuna de la humanidad. A pesar de que era bien reconocida la gran importancia de estas investigaciones, gran parte de su interés provenía de la idea de que se estaba cerca de hallar no sólo los orígenes de la humanidad como un todo, sino más concretamente de los europeos y de los euroamericanos. Así, las primerísimas fases de la prehistoria europea y euroamericana no iban a tener lugar en Europa, sino que parecía que iban a ocurrir en África.

Por contraste, anteriormente al fin de la década de los cincuenta, los europeos contemplaban las fases más recientes de la prehistoria africana como un período de estancamiento cultural. Para los arqueólogos de otros lugares del mundo, estas épocas revestían muy poco interés comparadas con las fases primeras del Paleolítico inferior, y muchos arqueólogos locales empezaron a concienciarse sobre la arqueología de esta época. Fagan (1981, p. 49) ha apuntado que casi ningún historiador se preocupaba por el África preeuropea. Según la visión de éstos, la historia de África empezó con los primeros contactos establecidos con los europeos. Esto reforzaba la creencia de que los arqueólogos

tenían poco que descubrir sobre los recientes milenios, aunque existían excepciones significativas que se desmarcaban de esta línea de pensamiento. Kenneth Murray, un profesor de arte que durante mucho tiempo había luchado por conservar las tradiciones indígenas nigerianas y por convencer a los investigadores de que eran merecedoras de estudio, fue nombrado primer director del Servicio de Antigüedades Nigerianas en 1943. Persuadió a Bernard Fagg, un arqueólogo formado en Cambridge, para que se uniese a su equipo para fundar toda una serie de museos regionales a lo largo de la colonia. Este trabajo acercó el arte y la cultura tradicionales a las corrientes del naciente nacionalismo africano. La obra de John Schofield *Primitive Pottery* (1948) presentaba la primera tipología de cerámicas de la Edad del Hierro de yacimientos de Rhodesia y el Transvaal, aunque las principales cuestiones sobre la cronología de esta época no pudieron ser resueltas hasta la década de los cincuenta (Fagan, 1981, pp. 48-49).

Fue a partir de 1945 cuando se asistió a una marcada tendencia a contratar arqueólogos por parte de los museos, los servicios de antigüedades y los departamentos de las universidades, sobre todo en las colonias británicas y francesas. Así, estos investigadores expatriados de formación reciente supieron combinar los avances técnicos y conceptuales de la arqueología de la Europa occidental con los esfuerzos pioneros de los aficionados locales (normalmente blancos). A medida que la perspectiva de la independencia se fue haciendo más clara, en algunas colonias se acrecentó el interés por saber más «sobre los pueblos que iban a gobernar África en el presente y no tanto sobre sus ancestros remotos de la Edad de la Piedra» (Posnansky, 1982, p. 349). También se despertó el interés por enseñar historia africana, y no exclusivamente europea y colonial, en las escuelas africanas, como se había hecho en el pasado. Los arqueólogos empezaron a investigar el desarrollo de los primeros estados africanos y los importantes yacimientos precoloniales de Benin, Gedi y Kilwa entre otros. Al mismo tiempo, los historiadores africanos insistieron en que debía prestarse más atención a la Edad del Hierro. En la década de los sesenta, se estimuló la introducción de los primeros cursos regulares de arqueología en Uganda y en Ghana (Posnansky, 1976). La arqueología de la Edad del Hierro supo basarse en fuentes etnográficas e históricas. Simultáneamente, los arqueólogos abandonaron la postura de atribuir los cambios producidos durante los tiempos prehistóricos casi exclusivamente a causas externas e intentaron empezar a comprender la dinámica interna de las últimas fases del desarrollo prehistórico africano. Esta reorientación venía apoyada por la rápida acumulación de evidencias que sugerían que África había desempeñado en tiempos precoloniales un papel principal en el desarrollo de la agricultura y de la metalurgia y que, sin estímulos externos de importancia, estos pueblos habían creado numerosas civilizaciones.

La historia de la arqueología africana revela que las cambiantes condiciones sociales han influenciado cada fase de la prehistoria, que ha sido estudiada

en períodos diferentes, así como las cuestiones planteadas y el grado en que se ha recurrido a factores externos e internos para explicar los cambios. También está claro que el corpus creciente de datos arqueológicos, producidos por un gran número de arqueólogos profesionales utilizando técnicas para el estudio del pasado internacionalmente aceptadas, restringió la libertad de los arqueólogos que hubiesen apoyado una visión de la prehistoria afín a ideologías coloniales. Al mismo tiempo, las modas cambiantes sobre interpretación arqueológica en los países europeos, donde se habían formado muchos de los arqueólogos que trabajaban en África, influyeron igualmente en la interpretación de la prehistoria africana. Tales modas no estuvieron relacionadas directamente con el cambiante panorama colonial. Todo esto sugiere unas relaciones significativas y complejas entre la arqueología y el establecimiento colonial en África.

La arqueología en Nueva Zelanda

En Nueva Zelanda, los pequeños y dispersos asentamientos británicos que habían empezado a establecerse en 1840 a raíz de las primeras actividades de balleneros y misioneros europeos, fueron durante mucho tiempo incapaces de subyugar a los indígenas maoríes, quienes, sobre todo en la Isla Norte, eran numerosos y belicosos. Los conflictos armados entre los nativos y los colonizadores se prolongaron hasta 1847, volviendo a estallar en 1860. A pesar de que la población maorí se vio debilitada por las enfermedades europeas, su resistencia continuada hizo que se ganase un receloso respeto por parte de los colonizadores.

No existió ningún arqueólogo profesional con rango universitario en Nueva Zelanda hasta 1954. Con todo, en una fecha tan temprana como 1843, los colonizadores europeos ya se habían percatado de algunos instrumentos de piedra asociados a los huesos de moa gigante y otras especies de pájaros extinguidas. En 1870, Julius von Haast (1822-1887), influido por los escritos de Lyell y Lubbock sobre la antigüedad de los seres humanos en Europa, argumentó que los cazadores de moa habrían sido un pueblo paleolítico desaparecido, muy diferente a los posteriores maoríes neolíticos, que habría subsistido a base de pescado y crustáceos marinos. Pero pronto fue presionado para que aceptase que los cazadores de moa no eran culturalmente muy diferentes de los maoríes (1871, 1874).

A partir de ahí, las principales líneas de investigación histórica se centraron en los orígenes de los maoríes. Durante el siglo XIX se fue despertando un gran interés por sus costumbres, su mitología, su folklore y su antropología física. Gran parte de esta investigación se debía a la decadencia de la población maorí y al rápido cambio cultural, hecho que traería como consecuencia que en pocos años una gran parte de su cultura tradicional hubiese desaparecido. Entre

1898 y 1915, Percy Smith (1913, 1915) intentó sintetizar varios relatos tribales sobre migraciones maoríes que habían sido recogidos en 1850, con el fin de crear una historia uniforme de su asentamiento en Nueva Zelanda. Llegó a la conclusión de que los primeros habitantes habrían llegado por mar desde la Polinesia y, en último término, desde la India. Nueva Zelanda habría sido poblada en primer lugar por los maruiwi, un pueblo melanesio supuestamente inferior que fue posteriormente conquistado por los maoríes. En 1916, Elsdon Best (1856-1931) identificó a los maruiwi con los cazadores de moa de la Isla Sur. Algunas tribus maoríes conservaban tradiciones orales que se referían a su llegada a Nueva Zelanda entre el 950 y el 1150 d.C., tras lo cual arribaría en 1350 la Gran Flota, que llevaría a los grupos de los que descenderían las tribus principales. Se pensaba generalmente que el modelo básico de la cultura maorí no habría cambiado desde entonces (Sorrenson, 1977).

Este esquema sobre los orígenes era ampliamente aceptado por los neozelandeses blancos y maoríes, incluyendo al antropólogo maorí Peter Buck (Te Rangihiroa, 1877-1951). Peter Gathercole (1981, p. 163) ha llamado la atención sobre el paralelo que este relato establecía entre la llegada de los maoríes y la de los europeos a Nueva Zelanda. Los maoríes, según la opinión europea, eran colonizadores recientes de Nueva Zelanda, la cual habrían arrebatado a un pueblo culturalmente inferior, por lo que no era lícito objetar nada a los colonizadores europeos. Parecía que tanto la etnología como las tradiciones orales revelaban todo lo que era necesario saber sobre la prehistoria de los maoríes.

En los años veinte, Henry D. Skinner, quien había estudiado antropología en Cambridge, empezó a examinar los yacimientos de cazadores de moa de la Isla Sur. Combinando datos lingüísticos, etnográficos, arqueológicos, físicos y antropológicos con las tradiciones orales, intentó demostrar que los cazadores de moa eran maoríes, y, por tanto, de origen polinesio. Tras rechazar el mito maruiwi, estableció el papel de los maoríes como «el primer pueblo de esta tierra», y puso a la arqueología a la cabeza del movimiento para su rehabilitación (Sutton, 1985). Skinner se percató igualmente de las variaciones regionales dentro de la misma cultura maorí, las cuales interpretó de naturaleza adaptativa, en parte, afirmando que se produjeron cambios culturales indígenas (Sutton, comunicación personal). Pero su obra estaba falta de un reconocimiento del cambio cultural y un tratamiento secuencial sistemático, excepto del impacto económico de la extinción de los moa (Skinner, 1921). Como todos los demás arqueólogos colonialistas, continuó viendo la arqueología más como un medio para recuperar cultura material que aumentase y complementase las colecciones etnológicas, que como una fuerza independiente de información histórica, aunque sí apoyó la expansión de la investigación arqueológica y el nombramiento de David Teviotdale (1932) para el Otago Museum. Teviotdale se convirtió así en el primer arqueólogo profesional de Nueva Zelanda. Hacia 1950 la investigación arqueológica continuó centrándose en el estudio de los cazadores de moa (Duff, 1950), mientras que los períodos subsiguientes permanecieron sin que

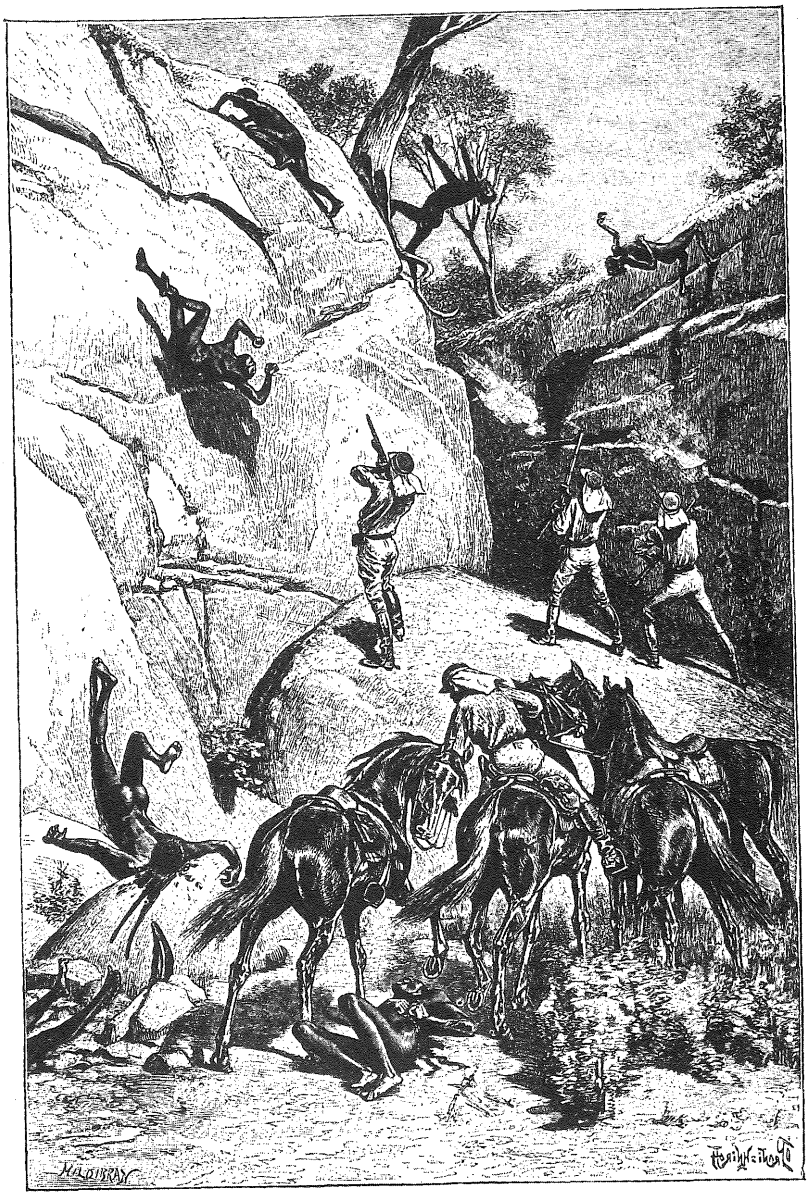
nadie se ocupase de ellos (Gathercole, 1981). A pesar de que las tradiciones orales habían generado una concienciación sobre los acontecimientos históricos, los arqueólogos de Nueva Zelanda aún no habían desarrollado un interés en seguir los cambios en la cultura material y los estilos de vida que habría estimulado un estudio global de los cambios en el registro arqueológico.

En años recientes, la arqueología en Nueva Zelanda ha ido progresivamente profesionalizándose y redefiniendo su asociación tradicional con la etnología maorí. Se ha llevado a cabo una gran tarea en la Isla Norte, que hasta ahora había sido ignorada por los arqueólogos, pero que fue donde la mayoría de población maorí había vivido y donde las más grandes elaboraciones de su cultura prehistórica habían tenido lugar. Este trabajo, que cada vez implica a más maoríes, no sólo ha remontado en varios siglos la llegada de los humanos a Nueva Zelanda, sino que también ha revelado cambios importantes en la cultura material y en la organización económica y social de los maoríes, así como los efectos del cambio climático y una considerable diversificación regional a medida que se adaptaron a la vida en Nueva Zelanda. Los cazadores de moa han sido reinterpretados como un episodio de la colonización polinésica de la Isla Sur (Davidson, 1979). También existe un interés creciente por la investigación arqueológica sobre los contactos entre esta tierra y las regiones vecinas del Pacífico (D. G. Sutton, comunicación personal). Nueva Zelanda proporciona un ejemplo de situación colonial en la que hubo un mínimo de respeto por los habitantes nativos. Con todo, los arqueólogos aficionados, como en todas partes, vieron las culturas nativas como algo estático y atribuyeron las alteraciones en el registro arqueológico a cambios étnicos y no a desarrollos internos. De todas maneras es cierto que durante el siglo XX la gran profesionalización de la arqueología ha contribuido a desterrar tales ideas.

La prehistoria australiana

En Australia, los estudios sobre las costumbres de los aborígenes comenzaron con los primeros exploradores y colonizadores europeos. Hacia 1850 gran parte de la Australia meridional había sido ocupada por los europeos y los aborígenes habían muerto por enfermedad, desatención o simple asesinato, o bien habían sido desplazados de sus tierras. Como en Norteamérica, los prejuicios raciales ayudaron a reducir el sentimiento de culpa que los colonos europeos podrían haber sentido sobre la manera de tratar a los pueblos indígenas.

En la segunda mitad del siglo XIX, los etnólogos de Europa y América alentaron los estudios sobre los aborígenes, ya que se trataba de «las tribus más primitivas» conocidas por la ciencia antropológica. Hacia 1900, una serie de importantes estudios, como el de Baldwin Spencer y F. J. Gillen *The Native Tribes of Central Australia* (1899), habían proporcionado a la etnografía sobre los aborígenes una respetada base internacional. Spencer, al igual que sus men-



22. «La policía nativa dispersando a los negros», Western Queensland, *c.* 1882.

tores ingleses, describió a los aborígenes como «una reliquia que la más temprana infancia de la humanidad dejó varada ... en una baja condición de salvajismo» (Spencer, 1901, p. 12).

Las primeras investigaciones sobre la prehistoria de los aborígenes fracasaron en descubrir alguna evidencia clara de asociación entre los seres humanos y los animales prehistóricos, como sí se había hecho en Europa. Además, los artefactos descubiertos en los yacimientos arqueológicos no parecían diferir mucho de los que se usaban en el presente. Hacia 1910, los naturalistas abandonaron la búsqueda de las evidencias más antiguas sobre los pueblos nativos de Australia. La suposición de que habían llegado en tiempos recientes y sus culturas no habían cambiado de manera significativa coincidía con la creencia de los etnólogos según la cual estas culturas eran primitivas y esencialmente estáticas. Desde 1910 hasta 1950, los arqueólogos aficionados coleccionaban artefactos «con el pensamiento y la seguridad de que los aborígenes eran un pueblo inmutable, con una tecnología inmutable» (Murray y White, 1981, p. 256). Spencer, bajo un supuesto oportunismo tecnológico y una falta de interés por los tipos formales de instrumentos de la cultura de los aborígenes, atribuía las variaciones en forma y función de los artefactos a las diferentes materias primas, ignorando así las posibilidades alternativas de cambio a lo largo del tiempo, preferencias culturales idiosincrásicas o adaptaciones funcionales (Mulvaney, 1981, p. 63). John Mulvaney (1981, pp. 63-64) ha argumentado que este concepto del «salvaje inmutable», que respondía a la denigración popular de la cultura aborigen, inhibió el desarrollo de la arqueología prehistórica en Australia a lo largo de este período. También es digno de mención que el primer departamento de arqueología que iba a ser creado en Australia, por parte de la Universidad de Sydney en 1948, estudiase inicialmente sólo la arqueología de Europa y del Próximo Oriente.

A principios de 1929, la excavación en Australia meridional de una serie de depósitos estratificados con diferentes tipos de instrumentos sugería una larga ocupación humana y ponía en tela de juicio la imagen de una prehistoria estática. A pesar de todo, el cambio cultural se atribuyó inicialmente a que un grupo reemplazó a otro y así sucesivamente, hasta llegar a los invasores recientes. En 1938, Norman Tindale vinculó su secuencia a la teoría trirracial híbrida sobre los orígenes raciales australianos del antropólogo físico norteamericano J. B. Birdsell. Tindale también sugirió que durante el período de ocupación aborigen podrían haber tenido lugar cambios ambientales. La preocupación por el cambio cultural o por las variaciones regionales no apareció en la arqueología australiana hasta que unos jóvenes arqueólogos profesionales, bajo los auspicios de John Mulvaney y la Universidad de Melbourne, empezaron a estudiarlas en 1953. Muchos de estos arqueólogos se habían formado en la Universidad de Cambridge, donde Grahame Clark los había instado a trabajar en Australia. Como resultado de sus investigaciones, ha quedado claro que los seres humanos llevan unos 40.000 años viviendo en Australia. Los arqueólogos han documenta-

do numerosos cambios en la tecnología, medio ambiente, adaptaciones y algunos aspectos no tecnológicos de la cultura nativa. Las cronologías culturales que han establecido han desterrado la creencia de que todo cambio cultural en los tiempos prehistóricos se produce como resultado de estímulos externos.

Desde los años setenta, la interpretación de los datos arqueológicos ha venido reflejando una preocupación creciente por una identidad nacional distintiva entre los australianos blancos. Los artistas blancos se han inspirado en el arte nativo de los aborígenes y éste es visto como parte del patrimonio nacional australiano de manera mucho más rotunda que en el caso de las artes nativas en Norteamérica. Dentro del contexto de este creciente nacionalismo, los arqueólogos australianos empiezan a no estar de acuerdo con ver la prehistoria de su país como un espejo de la época paleolítica del desarrollo humano. Así, han empezado a enfatizar la singularidad de la prehistoria australiana, teniendo en cuenta el alto grado en que los aborígenes australianos manipularon y alteraron aspectos significativos de su medio ambiente. La imagen actual de los aborígenes prehistóricos como agricultores de roza está muy lejos de la visión tradicional que se tenía de ellos como cazadores-recolectores del Paleolítico superior.

Resulta más difícil para los arqueólogos australianos el considerar la posibilidad de que la prehistoria de su país pueda ser algo más que etnología decimonónica retrotraída cincuenta milenios (Murray y White, 1981, p. 258; Mulvaney y White, 1987). Pero existe hoy día una viva discusión sobre si es legítimo científicamente ver la prehistoria global australiana como la de los ancestros de los aborígenes modernos (cf. White y O'Connell, 1982, p. 6; Flood, 1983).

Los arqueólogos se han visto igualmente obligados a replantear sus objetivos a consecuencia de las crecientes actividades políticas de los aborígenes. El Partido Laborista Federal, que fue elegido en 1972, aseguró durante toda su legislatura a los aborígenes un papel mucho más significativo en aquellos órganos de decisión que trataban asuntos que les concernían, incluyendo la protección de los yacimientos arqueológicos. Así, los arqueólogos se han visto muy presionados para considerar la relevancia de su investigación para los pueblos nativos (Ucko, 1983; McBryde, 1986). La situación es compleja, y ha cambiado rápidamente. Algunos de los enfoques tradicionales sobre el mundo que tenían los aborígenes les llevaron a tratar la actividad arqueológica como inútil y profanadora, otros apreciaron el valor del trabajo arqueológico para resolver disputas territoriales y para ensalzar su imagen en general. El deseo de estos últimos de utilizar los hallazgos arqueológicos para fines políticos les ha llevado en numerosas ocasiones a entrar en conflicto con los objetivos «científicos» perseguidos por los arqueólogos blancos. Las dificultades culturales de este tipo incluyen el problema de que las arqueólogas visiten yacimientos sagrados, en los que sólo los aborígenes masculinos tienen derecho a entrar.

Entre los estudiosos australianos blancos existen significativas diferencias de opinión sobre hasta qué grado la prehistoria australiana debería ser vista

como patrimonio nacional o como posesión exclusiva de los aborígenes. Se han dado casos de activistas aborígenes que ven en el interés de los australianos blancos por su patrimonio un intento más de apropiarse de aquello que pertenece a los pueblos nativos, y les recuerdan a los arqueólogos australianos su pasada complicidad en la propagación de la idea sobre los pueblos primitivos condenados a la extinción (Langford, 1983). La resolución de estos conflictos entre aborígenes y arqueólogos no puede darse independientemente de la resolución de los principales puntos de agravio de los aborígenes contra la moderna sociedad australiana. A pesar de todo, la arqueología australiana ha hecho grandes esfuerzos por implicar al pueblo aborigen en su tarea. La orientación general de los modernos arqueólogos australianos hacia una visión de la prehistoria más histórica que evolucionista, alentada por su formación británica, hace que la solución de estos problemas sea mucho más fácil que para los arqueólogos norteamericanos, formados en la tradición antropológica.

El legado de Lubbock

De 1860 a 1880 los arqueólogos continuaron creyendo en el origen evolucionista de la sociedad europea. En aquel período empezaron a inclinarse por ofrecer explicaciones raciales para la incapacidad de otras sociedades por evolucionar en el mismo sentido que la suya. La explicación darwinista hecha por Lubbock sobre estas diferencias raciales reforzó los enfoques racistas inherentes a las situaciones coloniales e influyó en la interpretación de la evidencia arqueológica en los Estados Unidos. La arqueología desarrollada en todas aquellas comunidades nativas donde se establecieron los europeos tiene mucho en común. Las sociedades nativas se suponían estáticas y la evidencia de cambio en el registro arqueológico, cuando se tenía en cuenta, se atribuía más a migraciones que a un dinamismo interno. Los puntos de vista racistas subyacentes en determinadas explicaciones estaban con mucha más frecuencia implícitos que explícitos. Sea como fuere, la arqueología colonialista sirvió para denigrar las sociedades nativas que los europeos intentaban dominar o reemplazar bajo la justificación de que en los tiempos prehistóricos ellos habían sido incapaces de tomar la iniciativa de su propio desarrollo. Este tipo de arqueología estaba estrechamente vinculada a la etnología, la cual documentó la condición primitiva de las culturas nativas tradicionales y su incapacidad general para el cambio. El primitivismo fue ampliamente utilizado por los europeos para apoderarse de las tierras de estos pueblos. Aunque con el tiempo estos enfoques fueron desbancados por la cantidad de evidencias arqueológicas relativas a los cambios internos que habían tenido lugar en las sociedades nativas, retrasaron la búsqueda de tales evidencias y también, de manera significativa, el desarrollo de la arqueología prehistórica en países como Australia, donde se llegó a creer que la arqueología podía aportar muy poco sobre el pasado. Además, este de-

sarrollo no sucedió hasta que la arqueología evolucionista dio lugar en Europa a la visión histórica de la prehistoria.

Esto ocurrió porque el evolucionismo unilineal, fuese en la acepción racista de Lubbock o en la más antigua de tipo universalista liderada por Mortillet, adolecía de grandes debilidades como modelo de acopio e interpretación de los datos arqueológicos. Estas debilidades eran especialmente evidentes en la arqueología evolucionista que se había desarrollado en Francia y Gran Bretaña alrededor del estudio del Paleolítico. Al argumentar que las culturas modernas se ordenaban desde la más simple a la más compleja resumió la secuencia de la evolución de las sociedades europeas, y la evolución unilineal negaba que pudiera aprenderse nada nuevo de los registros arqueológicos. El principal valor de la arqueología eran las pruebas que podía aportar de que esa evolución había ocurrido en realidad, en mayor o menor grado, en diferentes partes del mundo. Lubbock y otros arqueólogos afirmaban que la evidencia etnográfica les proveía de un camino fácil para obtener un conocimiento total de cómo los pueblos habían vivido en los tiempos prehistóricos. Si los datos arqueológicos, bajo la forma de artefactos que servían para el diagnóstico, podían revelar el nivel de desarrollo alcanzado por una cultura determinada, los datos etnográficos referentes a las sociedades modernas que se hallaban al mismo nivel, aportaban todo lo que era necesario saber sobre la naturaleza de la vida asociada a aquella cultura. Sólo los hallazgos arqueológicos más antiguos carecían de la correspondiente evidencia etnográfica. En una fecha tan tardía como 1911, las culturas del Paleolítico inferior y medio se equiparan con los pueblos de Tasmania y los aborígenes australianos (Sollas, 1911). Estas analogías globalizadoras alentaron una «reactualización» del anticuarismo, hasta el punto de que la arqueología volvió a su antigua situación, cuando el pasado se ilustraba meramente por los artefactos, sin ninguna intención de constituir un estudio sobre el comportamiento humano en la prehistoria. Dentro del contexto del evolucionismo unilineal, la matriz para la comprensión de los datos arqueológicos no era la documentación histórica, como había sido antes de la obra de Thomsen o como seguía siendo en los estudios clásicos, sino la etnografía.

Otro gran problema era que ninguno de los arqueólogos del evolucionismo unilineal consiguió idear una metodología para hacer efectivas las comparaciones globalizadoras. No se llevó a cabo ningún esfuerzo sistemático para correlacionar tipos específicos de instrumentos con culturas etnográficas de manera que esos tipos pudieran, a su vez, utilizarse para trazar comparaciones controladas y detalladas entre conjuntos etnográficos y arqueológicos. Los esfuerzos en este sentido habrían podido revelar en mayor detalle algunos de los problemas del evolucionismo unilineal. Los arqueólogos eran conscientes de las dificultades impuestas por las variaciones geográficas y ambientales, aunque nunca trataron este tema de manera sistemática. Como resultado, las comparaciones entre los conjuntos arqueológicos y las culturas etnográficas permanecieron a un nivel impresionista.

El fracaso en abordar de manera conveniente estos problemas produjo un sentimiento creciente de parálisis y esterilidad en la arqueología evolucionista después de que fuese esbozada la secuencia del Paleolítico europeo. El problema que atenazaba a la arqueología evolucionista unilineal era que se había convertido en parte demasiado integral de la antropología y demasiado dependiente de la etnología. En la arqueología pospaleolítica de estilo escandinavo se había mantenido una creatividad sin punto de comparación, aunque fue temporalmente eclipsada por los descubrimientos trascendentales sobre las fases más remotas del desarrollo humano. A pesar de que la arqueología escandinava se derivaba de una perspectiva evolucionista, supo volver la espalda a las analogías globalizadoras e intentó buscar paralelos para interpretar las facetas individuales del registro arqueológico. Gracias a la toma de conciencia progresiva sobre las insuficiencias del enfoque evolucionista unilineal, una nueva generación de arqueólogos profesionales iba a presenciar su decadencia más como una liberación que como una pérdida.

5. LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICO-CULTURAL

> Hablando en general, la ideología nacionalista sufre de una mala conciencia omnipresente. Sus mitos invierten la realidad: declara proteger una antigua sociedad popular mientras que de hecho no hace más que ayudar a construir una sociedad anónima de masas.
>
> E. GELLNER, *Nations and Nationalism* (1983), p. 124.

> El verdadero patriota viene a ser por necesidad el anticuario.
>
> O. F. OWEN, *Surrey Archaeological Collections*, I (1858), pp. 2-3.

A finales del siglo XIX, el evolucionismo cultural recibió simultáneamente en toda Europa el desafío de un nacionalismo creciente y de una pérdida de la fe en los beneficios del progreso tecnológico. Estos dos acontecimientos estaban estrechamente vinculados, ya que un compromiso menor con el evolucionismo convirtió la etnicidad en el factor más importante de la historia humana. En la Europa occidental el nacionalismo creció a medida que la expansión de la industrialización endureció la competencia por los mercados y los recursos. Hacia finales de siglo fue fomentado por los intelectuales que buscaban promover un marco de solidaridad dentro de sus propios países ante el creciente desasosiego social, culpando de los problemas económicos y sociales a los estados vecinos.

En Inglaterra y Francia, el nacionalismo fue expresado de manera importante a través de escritos históricos que enfatizaban la solidaridad de estos grupos nacionales. Su impacto sobre la arqueología quedó un poco amortiguado en parte debido a la gran influencia que todavía ejercían Lubbock y Mortillet. El emperador francés Napoleón III ordenó excavaciones a gran escala entre 1861 y 1865 en los *oppida* célticos o poblados fortificados en Mont Auxois y Mont Réa, en Borgoña. Estos yacimientos, que habían sido sitiados por Julio César cuando invadió la Galia, revelaron la cultura material de los pobladores celtas de Francia durante el siglo I a.C. Napoleón buscaba, mediante el estímulo del nacionalismo, reforzar el poder de su régimen (Daniel, 1950, pp. 110-111). Por

contraste, en una Gran Bretaña llena de confianza en sí misma, fantasear sobre posibles asociaciones druídicas de los yacimientos del Neolítico y de la Edad del Bronce, que había sido la forma más corriente de patriotismo que se habían permitido los anticuarios en el siglo XVIII, fue reducido al ámbito de la historia y de la cultura popular (A. Owen, 1962, p. 239).

En la Europa central y septentrional, la arqueología se asoció con el nacionalismo a lo largo de todo el siglo XIX. Mediante el estímulo de un sentimiento de identidad étnica, aquélla desempeñó un papel significativo en la unificación de Alemania en 1871 y más tarde fue la expresión del orgullo que los germanos tenían por sus realizaciones como pueblo. El renacimiento de la literatura alemana en el siglo XVIII se había caracterizado por una rebelión contra el patrimonio clásico de la Europa occidental y la glorificación del pasado y del medievo germánicos. Al mismo tiempo, el filósofo Johann Herder definió la historia como el relato del desarrollo de un pueblo ejemplificado por su lenguaje, tradiciones e instituciones (Hampson, 1982, pp. 241, 248-249). El estudio de la prehistoria continuó formando parte de la reacción danesa a las pérdidas territoriales en favor de vecinos más poderosos. En Europa del este, la arqueología, mediante el estímulo de un sentimiento de identidad étnica entre polacos, checos, húngaros y muchos otros grupos que se hallaban bajo la dominación austríaca, rusa y prusiana, desempeñó un papel muy importante en la destrucción de esos imperios y en la emergencia de una serie de estados nacionales.

A lo largo del siglo XIX se fueron recuperando grandes cantidades de material arqueológico en toda Europa central, como resultado de la construcción de carreteras, líneas férreas, canales y fábricas, de la creación de numerosos museos e institutos de investigación y de la designación de plazas de profesores de arqueología en las universidades. A medida que se fue incrementando esta evidencia, los arqueólogos empezaron a variar su centro de interés desde los megalitos, las fortificaciones y los túmulos al estudio de los artefactos. Su objetivo principal era determinar, a veces mediante criterios bastante caprichosos, a qué grupos étnicos pertenecían, de manera que las naciones emergentes pudiesen conocer mejor sus orígenes y saber cómo habían vivido sus ancestros (Sklenář, 1983, p. 91). Entre 1870 y 1890 la investigación arqueológica en esas regiones recibió la influencia de la arqueología evolucionista de Inglaterra y Francia. Este hecho favoreció un mayor cuidado en la clasificación y comparación de los hallazgos arqueológicos. Pero el desarrollo de cronologías locales se retardó debido a los reparos en adoptar el sistema escandinavo de las tres edades, al que se oponían por motivos nacionalistas algunos arqueólogos alemanes de renombre (Böhner, 1981; Sklenář, 1983, pp. 87-91). Los flirteos con la antropología evolucionista no duraron demasiado, y a finales del siglo XIX la arqueología volvió a reafirmar sus vínculos con el estudio de las historias nacionales. La preocupación de los arqueólogos por los problemas históricos y étnicos les llevó a prestar cada vez más atención a la distribución geográfica de los diferentes tipos y conjuntos de artefactos, en un esfuerzo por relacionarlos con gru-

pos históricos. Esta orientación nacionalista provocó que la arqueología de Europa central se concentrase en el estudio del Neolítico u otros períodos más recientes en detrimento del Paleolítico. Los gobiernos imperiales algunas veces intentaron obstaculizar o anular la investigación arqueológica debido al gran papel que los arqueólogos desempeñaban en la promoción de un sentimiento de identidad étnica. Por la misma razón, disfrutaban del apoyo de los elementos nacionalistas, como las clases medias checas y la aristocracia terrateniente polaca.

El difusionismo

Hacia 1880, los crecientes problemas económicos y sociales de Europa occidental estimulaban la idea del conservadurismo y la rigidez de la naturaleza humana y de la etnicidad, en la cuna de la antropología evolucionista. Los problemas provocados por la Revolución industrial se ponían cada vez más de manifiesto, especialmente en Gran Bretaña, que había sufrido la más larga crisis económica, bajo la forma de suburbios, y una creciente competencia extranjera. Paralelamente, la supremacía política de las clases medias empezaba a vislumbrar el desafío de los primeros movimientos obreros. Como resultado de estos acontecimientos, la generación más joven de intelectuales empezó a rechazar la idea de progreso. El industrialismo, que había sido en un principio una fuente de orgullo, se veía ahora como causa de deformidad y de caos social (Trevelyan, 1952, p. 119). Se buscaban razones externas para los conflictos, alentando así las doctrinas raciales. Se argumentaba que los franceses, los alemanes y los ingleses eran entre ellos biológicamente diferentes y que su comportamiento estaba determinado, no por factores políticos o económicos, sino por diferencias raciales esencialmente inmutables. Se fomentaba la unidad nacional bajo el pretexto de que, dentro de cada nación, todas las personas, sin tener en cuenta la clase social, se hallaban unidas por un patrimonio biológico común que constituía el más fuerte de todos los lazos humanos.

La desilusión sobrevenida con el progreso, junto con la idea de que el comportamiento humano estaba biológicamente determinado, produjo un creciente escepticismo sobre la creatividad humana. Los escritores y los analistas sociales mantenían que la gente no poseía una inventiva innata y que el cambio era contrario a la naturaleza humana y potencialmente dañino para el hombre. Se argumentaba que los seres humanos poseían una condición más bien estática y por naturaleza estaban predispuestos a oponer resistencia a cualquier alteración en su estilo de vida. Esto llevó al desprestigio del concepto de desarrollo independiente, ya que se creía que era improbable que determinadas invenciones se produjesen más de una vez a lo largo de la historia humana, con el consiguiente éxito de las teorías difusionistas o migratorias para explicar el cambio cultural. También se produjo un interés creciente en las características idiosin-

crásicas asociadas a grupos étnicos particulares, en detrimento de las características generales de los estadios sucesivos del desarrollo cultural. Si la inseguridad de las clases medias en Europa occidental desde 1860 había llevado a Lubbock y a otros darwinistas a abandonar la doctrina de la unidad psíquica y a tratar los pueblos nativos como biológicamente inferiores a los europeos, la todavía mayor inseguridad de 1880 llevó a los intelectuales a desechar la doctrina del progreso y a considerar los seres humanos como mucho más resistentes al cambio que como se había venido pensando desde antes de la Ilustración.

Pronto se hicieron evidentes en las obras de algunos etnólogos alemanes una creciente confianza en la difusión y la emigración, así como un concepto de cultura como forma de vida característica de grupos étnicos específicos, por ejemplo Friedrich Ratzel (1844-1901) y Franz Boas (1858-1942). Ratzel, geógrafo y etnólogo, rechazó el concepto de la unidad psíquica de Bastian. En obras como *Anthropogeographie* (1882-1891) y *The History of Mankind* ([1885-1888] 1896-1898) afirmaba que, como el mundo era pequeño, los etnólogos no debían caer en el error de pensar que incluso las más simples invenciones podrían haber tenido lugar más de una vez. Ambos conceptos, invención y difusión, eran descritos como procesos caprichosos, por lo que era difícil precisar si un grupo en particular podría haber copiado de sus vecinos cualquier invención útil. Ratzel escribía que, debido a esto, era necesario excluir la posibilidad de la difusión para poder afirmar con seguridad que el mismo tipo de artefacto se había inventado más de una vez. Intentó demostrar que instrumentos como la pipa o el arco y las flechas, fuese cual fuese el lugar del mundo en que se hallasen, respondían a un origen común; y también que, a pesar de su arbitrariedad, la difusión creaba áreas culturales, o bloques de culturas similares y adyacentes.

Las ideas de Ratzel influyeron al joven Boas, quien las introdujo en Norteamérica. Boas se opuso a la doctrina del evolucionismo cultural y afirmó que cada cultura era una entidad única que tenía que ser entendida en sus propios términos. Esto implicaba aceptar dos ideas: el relativismo cultural, el cual negaba la existencia de cualquier modelo universal que pudiera ser usado para comparar el grado de desarrollo o valía de culturas diversas, y el particularismo histórico, que consideraba cada cultura como el producto de una secuencia única de desarrollo en el cual la intervención, en gran parte casual, de la difusión desempeñaba un papel principal en el desencadenamiento del cambio. Boas creía que si el desarrollo de las culturas ofrecía alguna regularidad, ésta era tan compleja que desafiaba su conocimiento. La única manera de explicar el pasado era determinar los sucesivos episodios idiosincrásicos de la difusión que habían dado forma al desarrollo de cada cultura (Harris, 1968, pp. 250-289). Durante la misma época, la escuela vienesa de antropología, desarrollada por los sacerdotes católicos Fritz Graebner y Wilhelm Schmidt, afirmaba que en Asia central se había desarrollado una serie única de culturas, desde donde culturas de diferentes tipos se habrían extendido por varios lugares del mundo. Las com-

plejas variaciones culturales que se observan en cada continente se explicaban como la mezcolanza de culturas en diferentes niveles de desarrollo (*ibid.*, pp. 382-392; Andriolo, 1979).

La difusión desplazó el enfoque evolucionista en la etnología inglesa a partir del trabajo de W. H. R. Rivers (1914), investigador de Cambridge. Incapaz de detectar ningún modelo evolucionista en su detallado estudio sobre la distribución de los rasgos culturales en las sociedades de Oceanía, rechazó el enfoque evolucionista y adoptó el difusionista (Slobodin, 1978). El difusionismo fue llevado todavía más lejos en la antropología británica por parte de Grafton Elliot Smith (1871-1937). Nacido en Australia, Smith estudió medicina y se interesó por la momificación durante sus clases de anatomía en la Universidad de El Cairo, antes de trasladarse a la Universidad de Londres. Observó que la embalsamación se practicaba en varios lugares y de formas diferentes y llegó a la conclusión de que su origen se hallaba en Egipto, donde había alcanzado las más altas cotas de desarrollo, y a partir de ahí, a medida que se había ido difundiendo, había ido perdiendo perfección. Seguidamente teorizó que el primer desarrollo cultural había tenido lugar en Egipto antes que en ninguna otra parte. Anteriormente al 4000 a.C. no habrían existido la agricultura, ni la arquitectura, ni la religión, ni el gobierno en ningún lugar del mundo. Entonces, la cosecha accidental de la cebada y del mijo salvaje llevó al desarrollo de la agricultura, que fue seguido por la invención de la cerámica, del tejido, de la arquitectura monumental y de las monarquías divinizadas. Smith creía que estos acontecimientos habían ocurrido en una única escena y que era muy poco probable que se hubieran dado en otro lugar. Las innovaciones egipcias se habrían difundido por todo el mundo gracias a mercaderes egipcios que viajaban en busca de materias primas que tenían el poder de prolongar la vida humana. Mientras estas influencias actuaron como «estímulo exótico» que desarrolló la agricultura y la civilización en otras partes del mundo, civilizaciones como la de los mayas habrían entrado en decadencia cuando cesaron los contactos directos con Egipto (Smith, 1923, 1933).

Las ideas hiperdifusionistas de Smith fueron elaboradas a partir de datos etnográficos por W. J. Perry, quien enseñaba antropología cultural en la Universidad de Londres. Sus dos obras principales *The Children of the Sun* (1923) y *The Growth of Civilization* (1924) todavía resultan una lectura fascinante, a pesar de que la explicación de sus paralelos a nivel mundial sobre organización política y creencias religiosas es ingenua. Lord Raglan (1939) también abogaba por el hiperdifusionismo, pero creía más en Mesopotamia que en Egipto como fuente. Las ideas que estos tres hombres tenían en común eran varias: que la mayoría de los seres humanos son por naturaleza primitivos y si no fuese por las clases gobernantes siempre tenderían a retornar a su estado de salvajismo; que los salvajes son incapaces de inventar nada; que el desarrollo de la civilización y, por extrapolación, de la Revolución industrial, son simples accidentes que han producido efectos contrarios a la naturaleza humana, y que la religión

es un factor primordial en la promoción del desarrollo y extensión de la civilización. Con todo, al negar que el progreso era natural o que no existía ningún plan a seguir por la historia humana, los hiperdifusionistas no hacían más que llevar al extremo las ideas que eran cada vez más compartidas por un creciente número de antropólogos desde 1880. Marvin Harris (1968, p. 174) ha observado que los difusionistas generalmente eran mucho más dogmáticos en rechazar la posibilidad de que la misma invención se hubiese llevado a cabo dos veces, de lo que lo fueron los evolucionistas cuando negaban la importancia de la difusión.

Algunos arqueólogos europeos sufrieron la influencia de Elliot Smith hasta el punto que llegaron a afirmar que las tumbas megalíticas podrían ser la forma degenerada de una pirámide, idea que habría sido traída a Europa occidental por egipcios en su búsqueda de sustancias naturales para alargar la vida (Childe, 1939, pp. 301-302; 1954, p. 69). Hacia 1920 el registro arqueológico se conocía lo suficiente como para que el hiperdifusionismo dejara de ejercer atracción para los arqueólogos como explicación para la prehistoria del mundo. Es más, cada vez se generalizaba más la idea de que las culturas del Viejo y del Nuevo Mundo eran estilísticamente distintas y se tendía a creer que se habían desarrollado de manera independiente desde el estadio de la caza y la recolección hasta la civilización. Pero dentro del marco difusionista que había empezado a surgir a partir de 1880, la capacidad humana para la innovación fue considerada tan limitada y quijotesca que los descubrimientos básicos, como la cerámica o la metalurgia del bronce, parecían no haber podido ser inventados más que una vez y por tanto se recurría al difusionismo como explicación de su expansión por todo el mundo. Las cronologías que fueron elaboradas antes de las dataciones radiocarbónicas, especialmente las de escala intercontinental, no estaban lo suficientemente calibradas como para excluir tales interpretaciones. Casi todos los cambios culturales del registro arqueológico se atribuían a la difusión de ideas de un grupo a otro o a migraciones que habían propiciado la sustitución de un pueblo y de su cultura por otro. Al aceptar la capacidad de los grupos para aprender unos de otros, los arqueólogos que creían en la difusión eran en general mucho más optimistas sobre la capacidad de cambio de las sociedades humanas que los que atribuían todo cambio a las migraciones. La última moda queda ejemplificada en la obra de W. M. F. Petrie (1939) quien, al tratar el desarrollo prehistórico de Egipto, explicaba todo cambio cultural en términos de migraciones en masa o bien de la llegada de pequeños grupos que trajeron consigo el cambio cultural al mezclarse cultural y biológicamente con las poblaciones existentes. Petrie no contemplaba ninguna posibilidad de cambio cultural significativo sin que fuese acompañado de un cambio biológico.

La transición entre el modelo de pensamiento evolucionista y el difusionista fue gradual y las explicaciones difusionistas compartían con frecuencia muchas de las características de las evolucionistas. W. J. Sollas, en su libro *An-*

cient Hunters and their Modern Representatives (1911), basado en una serie de conferencias pronunciadas en 1906, sigue un modelo evolucionista cuando compara con varios grupos de cazadores-recolectores modernos las etapas sucesivas de desarrollo durante el Paleolítico. Así, los musterienses estarían «representados» por los habitantes de Tasmania, los auriñacenses en parte por los bosquimanos y los magdalenienses por los inuit y los indios americanos. Mantenía que la mayoría de estos grupos modernos son buenos ejemplos de comparación porque son descendientes directos de los grupos paleolíticos, los cuales, a medida que fueron emergiendo razas más «inteligentes», «fueron expulsados y confinados en los peores lugares de la tierra» donde habían permanecido en un estado estancado de desarrollo (1924, p. 599). Bajo el impacto del difusionismo, las analogías globalizadoras basadas en el supuesto de que grupos históricamente no relacionados que están al mismo nivel de desarrollo pueden poseer similitudes culturales, fueron gradualmente reemplazadas por el supuesto de que, como las culturas son estáticas por naturaleza, sólo la comparación con aquellas que están relacionadas históricamente podría facilitar la interpretación de los datos arqueológicos (Wylie, 1985a, pp. 66-67).

La síntesis de Montelius sobre la prehistoria europea

El creciente interés en las ciencias sociales por la variación cultural y la difusión creó un marco adecuado que permitió a los arqueólogos intentar explicar la evidencia sobre las variaciones espaciales y temporales que empezaban a ser obvias cuantos más datos arqueológicos se iban acumulando por toda Europa. En una fecha tan temprana como 1851, Daniel Wilson había observado diferencias estilísticas importantes entre los artefactos de la Edad del Hierro de Escandinavia y de Escocia. Durante el siglo XIX, algunos arqueólogos trazaron en Gran Bretaña, Francia, Suiza, Alemania y Europa central la distribución geográfica de las monedas (J. Evans, 1850), megalitos y otros restos de las Edades de la Piedra, del Bronce y del Hierro (Daniel, 1950, pp. 303-305; Sklenář, 1983, pp. 111-112). Como los hallazgos de La Tène eran los más firmemente identificados con grupos celtas prehistóricos tardíos, se vio mucho más claro su estatus como cultura y no como estadio de desarrollo o como período. Este proceso se aceleró en 1870 cuando Mortillet interpretó los artefactos de La Tène hallados en el norte de Italia como la evidencia arqueológica de una invasión céltica documentada históricamente sobre aquellos territorios (Daniel, 1950, p. 111). En 1890 Arthur Evans asoció con los *Belgae* un campo de urnas céltico tardío en el sureste de Inglaterra. Este pueblo, según los romanos, había invadido Inglaterra en el siglo I a.C. John Abercromby (1902) asoció, probablemente de forma equivocada (Harrison, 1980), la cerámica campaniforme de la Primera Edad del Bronce con un supuesto «pueblo campaniforme» que habría migrado por gran parte de Europa occidental. En 1898 el arqueólogo danés So-

23. Oscar Montelius (1843-1921).

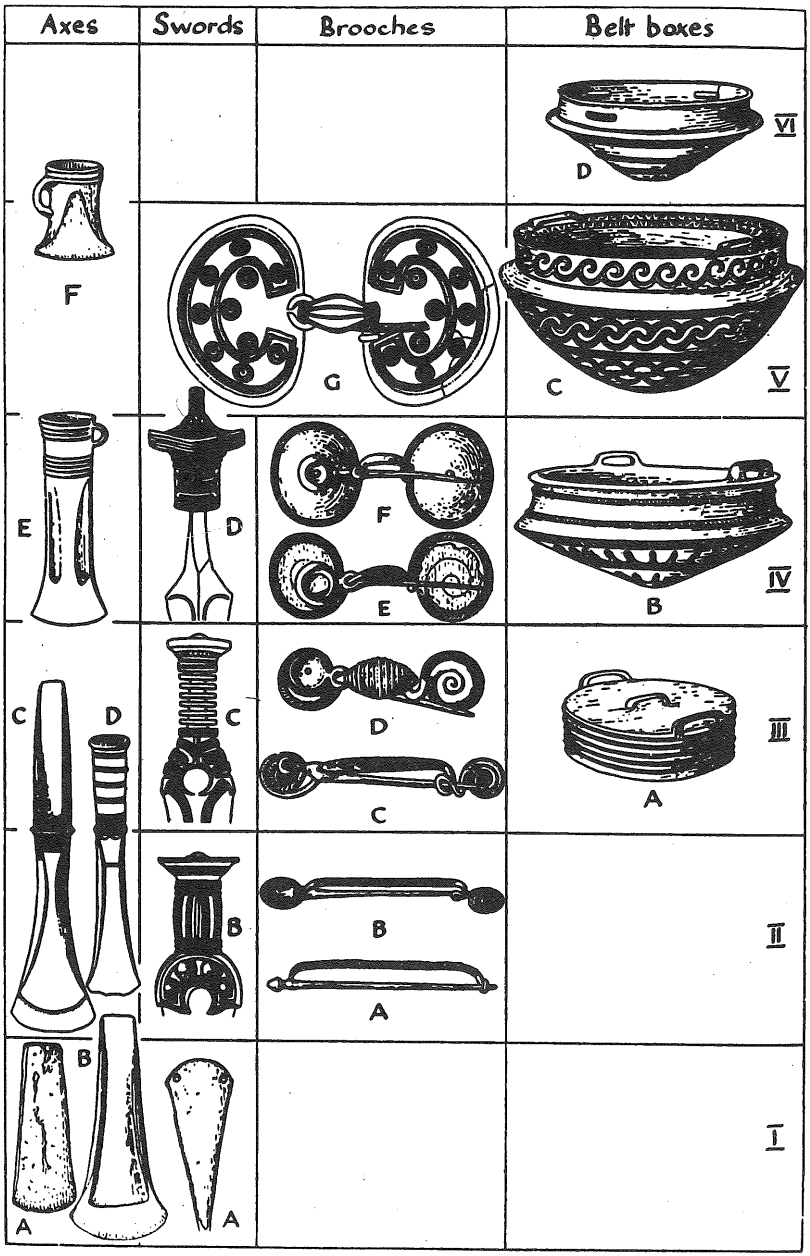
phus Müller (1846-1934) argumentó que, aunque las tumbas individuales y los enterramientos megalíticos del Neolítico danés eran, al menos en parte, contemporáneos, las armas, la cerámica y los ornamentos asociados con ellos eran diferentes y, por tanto, debían estar representando a pueblos diversos (Childe, 1953, p. 9). Hacia 1909, en Europa occidental el Mesolítico se dividió en dos conjuntos contemporáneos, el Aziliense y el Tardenoisiense. Tan temprano como en 1874 Boyd Dawkins (p. 353) había sugerido la posibilidad de que existiesen variaciones regionales en el Paleolítico y, hacia 1916, Henri Obermaier dividió el Paleolítico inferior en dos tradiciones contemporáneas, la de los núcleos y la de las lascas.

El creciente énfasis puesto en la distribución geográfica, así como en la cronología de los hallazgos arqueológicos, condujo a un trabajo creativo importante, que fue realizado por arqueólogos que estaban especialmente interesados, más que en el Paleolítico, en el Neolítico, la Edad del Bronce y la Edad del Hierro europeos. Su tarea iba a sustituir la preocupación evolucionista de la arqueología prehistórica de Europa occidental por una orientación histórica, aunque este cambio sobrevino muy lentamente. La primera figura que marca esta transición es el arqueólogo sueco Gustav Oscar Montelius (1843-1921). Su formación se había desarrollado en el campo de las ciencias naturales, pero pronto empezó a interesarse por la arqueología y a trabajar en el Museo Histó-

rico Estatal de Estocolmo, hecho que sucedió en 1863. Compartía el interés de Worsaae y Thomsen por elaborar una cronología prehistórica, hasta el punto de que estaba lejos de preocuparse, como muchos de sus colegas escandinavos de su tiempo, por el conocimiento del entorno ecológico de las culturas prehistóricas. Pasaba parte del año viajando a través de Europa para estudiar colecciones, convirtiéndose así en el primer arqueólogo que investigó la prehistoria a escala continental. Semejante tarea fue posible gracias al ritmo creciente de la actividad arqueológica registrada en Europa y al establecimiento de la red de ferrocarriles, hecho que facilitaba los viajes.

El método tipológico, como Montelius lo desarrolló, era un refinamiento del enfoque seriacional de Thomsen. Observó variaciones a lo largo de toda Europa en la forma y la decoración de las varias clases de artefactos, y a partir de esa base intentó averiguar y correlacionar una serie de cronologías regionales. Este trabajo lo llevó a cabo mediante el examen de conjuntos cerrados, como tumbas, tesorillos o habitaciones individuales, para poder determinar qué tipos de artefactos aparecían o no juntos. La experiencia le enseñó que, después de comparar de doscientos a trescientos hallazgos de este tipo, las agrupaciones resultantes estarían representando no grandes unidades de tiempo, como la Edad del Bronce, sino subdivisiones de las edades que él creía que podrían haber durado, cada una de ellas, sólo unos pocos cientos de años. Mediante la ordenación de estas agrupaciones, de forma que los elementos que presentasen mayores similitudes se situasen de manera adyacente, creó una secuencia cronológica. Para que esta fuese convincente, los materiales, las técnicas de manufactura, la forma y la decoración tenían que configurar una serie internamente coherente, como se había hecho con la más tosca seriación de Thomsen (Bibby, 1956, pp. 176-181; Klindt-Jensen, 1975, pp. 87-96).

Montelius observó tendencias evolucionistas a lo largo de sus períodos. Las hachas de bronce, por ejemplo, empezaron como hachas planas que posteriormente desarrollaron rebordes como refuerzo. A continuación se las dotó de una nervadura y de un mango cilíndrico y finalmente de un fuerte enmangue de metal fundido para facilitar el montaje. Montelius vio en esta secuencia un proceso lógico y natural, y estableció paralelos entre la evolución de la cultura material y la de los organismos biológicos. Con todo, como ha demostrado Gräslund (1974), a pesar de su sólida formación en ciencias naturales, el pensamiento de Montelius sobre el comportamiento humano debía poco al darwinismo. Por el contrario, continuaba dentro de la tradición de la arqueología escandinava. Montelius creía, como habían hecho los filósofos de la Ilustración, que la tecnología se desarrolló porque los seres humanos utilizaron su poder de raciocinio para idear formas más efectivas de controlar la naturaleza y, así, hacer sus vidas más fáciles y seguras. Sus referencias a la evolución biológica parecen analogías que realzarían el estatus de la arqueología en una era dominada por la evolución darwinista. Es significativo que no todos los modelos evolucionistas de Montelius fuesen unilineales. Demostró, por ejemplo, que durante la Edad



24. Artefactos de la Edad del Bronce ordenados según el sistema de Montelius, 1881.

del Bronce, las fíbulas, utilizadas para sujetar las ropas, se manufacturaban en Italia de una pieza con un muelle serpentiforme y en Escandinavia se hacían de dos piezas con una bisagra (Bibby, 1956, pp. 180-181). A su debido tiempo las mejores características de ambos tipos se unirían para crear una nueva variedad paneuropea. A partir de aquí, tomó nota de cómo los factores históricos así como la lógica influyeron en la evolución de la cultura material.

Desde los años 1880 Montelius desarrolló su método tipológico y dividió la Edad del Bronce europea en seis períodos. En la década siguiente dividió el Neolítico en cuatro períodos y la Edad del Hierro en diez. Aunque consideraba que estos períodos podían ser aplicables a toda Europa, observó una gran variación regional dentro de cada uno y no aceptó la idea de que en todos los lugares de Europa se hubiese alcanzado el mismo estadio de desarrollo en el mismo tiempo. Así intentó hallar artefactos que supuso habrían sido intercambiados de una región a otra o copiados de zonas más avanzadas, para correlacionar varios períodos en diferentes lugares de Europa. Como resultado del descubrimiento de cerámica griega micénica en yacimientos egipcios fechados históricamente y objetos egipcios en Grecia, los arqueólogos pudieron datar el período micénico en Grecia en el siglo XV a.C. Las cuentas de fayenza halladas en toda Europa, que se suponían procedentes de Egipto y que habían sido distribuidas a través de la civilización micénica, aportaron la posibilidad de calibrar en años de calendario las culturas de la Edad del Bronce. Esta correlación también dio lugar a lo que más tarde se llamaría «cronología corta» de la prehistoria europea (Bibby, 1956, pp. 181-182).

Montelius creía que su cronología cultural de la prehistoria europea era una derivación objetiva de la evidencia arqueológica. Hoy día no estamos muy seguros de que ciertos prejuicios no jugasen un papel significativo en la selección de las variadas relaciones que utilizó para contrastar las cronologías de los diferentes lugares de Europa. Creía que su cronología indicaba que en los tiempos prehistóricos el desarrollo cultural había tenido lugar en el Próximo Oriente y que las nuevas realizaciones habían sido traídas a Europa en varias oleadas difusoras de migraciones a través de los Balcanes e Italia. Debido a este hecho, el nivel de desarrollo cultural en Europa meridional durante los tiempos prehistóricos fue siempre más alto que el de Europa septentrional u occidental, el cual «durante mucho tiempo constituyó un pálido reflejo de la civilización oriental». Montelius se convirtió en el exponente más distinguido del modelo difusionista del desarrollo cultural europeo, la llamada escuela de *ex oriente lux* (la luz procedente de oriente) (Renfrew, 1973a, pp. 36-37).

La aceptación de la interpretación de Montelius sobre el desarrollo de la civilización europea (1899, 1903) requería creer no solamente en el difusionismo sino también en que durante largos períodos las innovaciones tendieron a darse en determinadas áreas y a difundirse de ese núcleo hacia las periferias. En la antropología boasiana existió una idea similar sobre núcleos y periferias culturales junto con el supuesto del período/área, que mantenía que los rasgos

más ampliamente distribuidos tendían a ser más antiguos que los que se difundían por un territorio más pequeño. En general, las zonas naturales amplias, como las Grandes Llanuras o los bosques boreales de Norteamérica, eran consideradas por los antropólogos norteamericanos como las esferas más activas en materia de difusión. Los conceptos de núcleos culturales y período/área estuvieron sometidos a una mordaz crítica por parte del antropólogo R. B. Dixon en 1928. En Europa estos supuestos teóricos nunca fueron ensalzados o criticados de manera clara.

Muchos arqueólogos apoyaron la interpretación de Montelius sobre la prehistoria europea. Es más, las objeciones más contundentes no se dirigieron contra la idea de difusionismo a partir de un centro de innovación, sino contra que ese centro estuviese situado en el Próximo Oriente. Muchos investigadores no se mostraron de acuerdo con una interpretación que iba en detrimento de la convicción de los europeos sobre su creatividad superior y que suponía que la civilización se había originado fuera de Europa. Carl Schuchardt, Adolf Furtwängler y otros arqueólogos alemanes mantenían que la civilización micénica era una creación de los invasores «arios» procedentes del norte. De manera más general, investigadores como Matthäus Much (1907) y el prehistoriador francés Salomon Reinach en su libro *Le Mirage oriental* (1893) (Sklenář, 1983, p. 145), también se opusieron a las tesis de Montelius. Pero rechazar el esquema de Montelius significaba ignorar o refutar su cronología, la cual, según muchos prehistoriadores imparciales creían, se basaba en una evidencia sólida.

Existían razones científicas y no científicas para el apoyo otorgado a Montelius. Sus enfoques difusionistas concordaban claramente con las opiniones conservadoras sobre la creatividad humana que estaban de moda a finales del siglo XIX. El hecho de llevar los orígenes de la civilización europea al Próximo Oriente atraía a muchos cristianos como reafirmación del enfoque bíblico sobre la historia del mundo. También se correspondía con la interpretación surgida en la Edad Media, basada en presupuestos bíblicos, que veía la historia como una sucesión de imperios —babilónico, persa, griego helenístico y romano— que fueron transfiriendo paulatinamente el centro del poder y de la creatividad desde el Próximo Oriente hasta Europa. Finalmente, a lo largo del siglo XIX, las potencias europeas, especialmente Inglaterra y Francia, intervinieron cada vez en mayor grado en los asuntos políticos y económicos del Próximo Oriente (Silberman, 1982). Este enfoque de la prehistoria, que consideraba a las naciones del occidente europeo las verdaderas herederas de las antiguas civilizaciones del Próximo Oriente en vez de a los pueblos árabes, ayudó a justificar las intervenciones coloniales europeas en aquella región, de la misma manera que justificaba la colonización europea de África. Esta interpretación del temprano desarrollo cultural del Próximo Oriente como constitutivo de los orígenes de la civilización europea podría ayudar a explicar por qué los argumentos de Montelius se hicieron más populares en Francia e Inglaterra que en Alemania, cuyas intervenciones en el Próximo Oriente no se darían hasta el final del siglo XIX.

Montelius nunca se adhirió a las interpretaciones racistas de la historia humana. Además, aunque creía que los procesos difusionistas explicaban la expansión de la civilización por toda Europa durante los tiempos prehistóricos, consideraba que el evolucionismo explicaba los orígenes en el Próximo Oriente. Como ciudadano de una nación geográficamente periférica cuya vida cultural y académica estaba siendo transformada en el siglo XIX por las influencias procedentes principalmente de Alemania, debió contemplar el concepto de difusión como un poderoso estímulo del cambio. Aunque fue el primer gran innovador en arqueología en ser fuertemente influido por una visión de la cultura específicamente difusionista, su postura en el debate sobre la inventiva humana era moderado y gran parte de su pensamiento continuó bajo la influencia evolucionista.

El concepto de cultura

A finales del siglo XIX, la preocupación creciente por la etnicidad estimuló el desarrollo del concepto de cultura arqueológica y del enfoque histórico-cultural en el estudio de la prehistoria. Los arqueólogos de Escandinavia y de Europa central empezaron a constatar una analogía evidente entre los numerosos restos hallados referidos a una característica en particular, geográficamente restringidos, y las culturas etnográficas. Kroeber y Kluckhohn (1952) han documentado cómo, durante el curso del siglo XVIII, los filósofos alemanes y franceses empezaron a utilizar la palabra francesa «culture», que originalmente había sido aplicada en contextos agrícolas, para designar el progreso humano y la ilustración (el cultivo de uno mismo). En Alemania, la palabra se aplicó a las costumbres de sociedades individuales, especialmente las muy cohesionadas, cuyas formas de vida, campesinas y tribales, evolucionaban muy lentamente en contraste con la «civilización» de los modernos centros urbanos, cosmopolitas y sujetos a un cambio rápido. Después de 1780, empezaron a proliferar trabajos sobre la *Kulturgeschichte* (historia cultural) y desde 1843, el etnólogo alemán Gustav Klemm (1802-1867) publicó una serie de datos etnográficos en unos libros titulados *Allgemeine Cultur-Geschichte der Menschheit* (Historia general de la cultura de la humanidad) (1843-1852). El etnólogo inglés E. B. Tylor conocía ya en 1865 la obra de Klemm, pero no fue hasta 1871 con su *Primitive Culture,* que adoptó la palabra cultura, proveyéndola de su definición clásica como «un todo complejo que incluye los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres y otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad» (p. 1). Desde este enfoque globalizador o procesual de la cultura había un pequeño paso hacia la visión partitiva de las culturas individuales como formas de vida transmitidas por pueblos específicos de generación en generación, concepto popularizado por Ratzel junto con el difusionismo. En su *Geschichte des Alterthums* (Histo-

ria de los tiempos antiguos), que empezó a aparecer en 1884, el historiador Eduard Meyer (1855-1930) escribió sobre las culturas egipcia, griega, troyana y micénica (Meinander, 1981, p. 101). En los trabajos de Heinrich Schliemann, entre otros, los términos egeo, micénico, minoico, heládico y cicládico servían para distinguir civilizaciones específicas de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental (Daniel, 1950, p. 243).

El hecho de llamar culturas o civilizaciones a conjuntos de material arqueológico prehistórico geográfica y temporalmente restringidos y su identificación como los restos de diversos grupos étnicos parece haberse producido de manera independiente en varios arqueólogos. En el enfoque de Childe (1935b, p. 3), la aplicación del concepto de cultura arqueológica resulta un poco «forzado» para los arqueólogos escandinavos, centroeuropeos e italianos por la riqueza de materiales que revelaban el Neolítico y los períodos posteriores. Parece claro que empezó a generalizarse primero en Centroeuropa y en regiones adyacentes, donde siempre había existido un gran interés por trazar las identidades étnicas del registro arqueológico. Tan temprano como en 1866 el arqueólogo noruego Olof Rygh interpretó diferentes puntas de flecha y de lanza halladas en su país como el producto de una «cultura y de un pueblo» particular de la Edad de la Piedra y hacia 1871 observó la existencia en Noruega de «dos culturas de la Edad de la Piedra y dos pueblos de la Edad de la Piedra» (Meinander, 1981, p. 106). A. Götze ya se refería a la Bandkeramik o Cultura de la Cerámica de Bandas y a otras culturas neolíticas en 1891; V. V. Hvojko hablaba de la Cultura de Tripolye en 1901 y A. A. Spitsyn de la Cultura de Fatyanovo en 1905 (*ibid.*, pp. 103, 107). En 1908 Raphael Pumpelly, un geólogo norteamericano convertido en arqueólogo, que excavaba el yacimiento estratificado de Anau en Asia central, utilizó el término cultura para distinguir niveles sucesivos de ocupación, explicando que «cultura» se empleaba como sinónimo de civilización (p. xxxv). En algunos casos es posible trazar el proceso para identificar culturas. Los arqueólogos de la necrópolis de la Edad del Bronce de Únětice, en Checoslovaquia, empezaron a recuperar hallazgos en regiones cercanas que recordaban a los de Únětice y finalmente decidieron agruparlos en la Cultura de Únětice. De manera similar, el tipo Burgwall de cerámica protoeslava que el prehistoriador alemán Rudolf Virchow (1821-1902) había definido en Europa central en el año 1870 se amplió al concepto de Cultura de Burgwall (Sklenář, 1983, p. 110).

Kossinna y el enfoque histórico-cultural

A pesar de estos comienzos, el concepto de cultura arqueológica no fue definido y sistemáticamente aplicado a la interpretación de los datos arqueológicos hasta que Gustaf Kossinna (1858-1931) publicó *Die Herkunft der Germanen* (El origen de los alemanes) en 1911. Inspirado por un fanático patriotismo, Kossinna declaró que la arqueología era la más nacional de las ciencias y los

antiguos alemanes el sujeto más noble digno de estudio arqueológico. Aunque se había formado como filósofo, empezó a interesarse por la arqueología en un esfuerzo por averiguar la tierra de procedencia de los pueblos que hablaban indoeuropeo y, por extensión, de los alemanes. Fue nombrado profesor de arqueología en la Universidad de Berlín y en 1909 fundó la Sociedad Alemana de Prehistoria, la cual muy pronto recibiría el nuevo nombre de Sociedad de Prehistoria Alemana, para enfatizar sus objetivos nacionalistas. Kossinna atacaba a sus colegas alemanes por su interés en arqueología clásica y egiptología, hecho que para él no era más que una indicación de su falta de patriotismo, si no una traición a la nación alemana (Sklenář, 1983, pp. 148-149). *Die Herkunft der Germanen* constituyó la primera exposición sistemática de su enfoque de la arqueología, que era una mezcolanza de importantes innovaciones teóricas y de la caprichosa glorificación de la prehistoria germana como la de una raza suprema biológicamente pura. Su trabajo ayudó a reforzar el nacionalismo alemán, ganándose el favor de los conservadores, como el del mariscal de campo Paul von Hindenburg, y posteriormente el del Movimiento Nacional Socialista. Aunque Kossinna murió en 1931, su interpretación de la prehistoria alemana se convirtió en el componente principal del currículum que el gobierno nazi adoptó para la enseñanza de la prehistoria en las escuelas alemanas (Frick, 1934). Bajo el régimen nazi, su Sociedad de Prehistoria Alemana fue denominada como Unión Imperial para la Prehistoria Alemana, y se estableció un gran número de plazas docentes para sus seguidores en las universidades alemanas; al mismo tiempo, muchos arqueólogos que eran considerados anatemas políticos o raciales por el gobierno, o que se opusieron al ideario de Kossinna, fueron destituidos y tuvieron que abandonar Alemania (Sklenář, 1983, p. 159; Fowler, 1987).

A pesar de las ambiciones imperialistas alemanas desde antes de la Primera Guerra Mundial y el deseo de los nazis de establecer un nuevo orden mundial, los arqueólogos alemanes no produjeron más que una versión extremadamente estridente de la arqueología nacionalista que normalmente intentaba defender los intereses de grupos étnicos más débiles y pequeños. No tuvieron éxito, al contrario que Lubbock, en la creación de una verdadera arqueología imperialista basada en la creencia de que aquello que ocurrió en el pasado podría servir a los intereses de su país mediante el logro de un apoyo amplio fuera de sus fronteras. Debido a la orientación política de Kossinna, es necesario mantener un inusual nivel de objetividad si de lo que se trata es de separar sus contribuciones positivas de los aspectos perniciosos de su trabajo. También se debería recordar que el tipo de interpretación de la evidencia arqueológica adoptada por Kossinna, que estimuló a los alemanes a considerar a los eslavos y a los demás pueblos como inferiores a manera de excusa para agredirlos, no difiere demasiado del de los arqueólogos aficionados y semiprofesionales que en Norteamérica, África y Australia se dedicaban a retratar a los pueblos nativos como inferiores a los europeos. De forma diversa según la región, la arqueología re-

flejaba las actitudes racistas que se habían extendido en toda la civilización occidental durante el curso del siglo XX.

Kossinna propuso que desde el Paleolítico superior en adelante, el registro arqueológico de Centroeuropa podía organizarse como un mosaico de culturas (*Kulturen* o *Kultur-Gruppe*), cuyo emplazamiento y contenido habrían sufrido alteraciones a través del tiempo. A partir de la idea de que las culturas son un reflejo inevitable de la etnicidad, argumentó que las similitudes y las diferencias en la cultura material podían correlacionarse con las similitudes y las diferencias en la etnicidad. Por tanto, provincias culturales claramente definidas siempre se podrían correlacionar con pueblos o grupos étnicos determinados, como los alemanes, los celtas y los eslavos, mientras que las culturas individuales se corresponderían a tribus, como los sajones germano-parlantes, los vándalos, los lombardos y los borgoñones. Como muchos otros arqueólogos, incluyendo a Montelius, Kossinna creía que la continuidad cultural indicaba continuidad étnica. A partir de ahí afirmó que, si se emplazaban en un mapa la distribución de los tipos de artefactos característicos de grupos tribales específicos, era posible determinar dónde habían vivido estos grupos en los diferentes períodos de la prehistoria, procedimiento que llamó arqueología de los asentamientos (*Siedlungsarchäologie*). Este término no significaba un estudio arquitectónico de los asentamientos, sino la determinación de las áreas en que podrían haber vivido los diferentes grupos étnicos. Creía que mediante la identificación de grupos tribales históricamente conocidos, con culturas arqueólogicas determinadas, para el primer período histórico, sería posible seguirles el rastro arqueológico remontándose en el tiempo. En algún punto ya no sería posible seguir distinguiendo tribus alemanas individuales, pero sí aislar éstas de los eslavos, celtas y otros grupos indoeuropeos importantes. Para períodos todavía más remotos sólo sería posible diferenciar a los indoeuropeos de los no indoeuropeos. Kossinna no sólo fue el primer arqueólogo que utilizó el concepto de cultura arqueológica de forma sistemática, sino también el primero en aplicar el enfoque histórico directo al estudio de una gran región.

En todos sus últimos escritos, Kossinna identificó de manera específica variaciones culturales y étnicas con diferencias raciales. En particular, aceptaba la creencia generalizada de que los pueblos originales que hablaban indoeuropeo, es decir, los ancestros directos de los alemanes, eran miembros del grupo racial nórdico (o ario), rubio y de cabeza alargada, y de que las características raciales eran factores determinantes fundamentales del comportamiento humano. Kossinna también aceptaba la distinción hecha por Klemm entre *Kulturvolker,* o pueblos culturalmente creativos, y *Naturvolker,* o pueblos culturalmente pasivos. Para él, esta era una distinción que debía aplicarse entre los indoeuropeos, de donde saldrían por una parte los alemanes, y por otra todos los demás pueblos. Creía que los indoeuropeos podían ser rastreados hasta la cultura mesolítica maglemoisiense, hallada al norte de Alemania. Más en particular situó sus orígenes en la zona de Schleswig y Holstein, tierras danesas recientemente

anexionadas por Alemania. Reclamando la máxima antigüedad para la cronología cultural de Alemania, intentó demostrar que esa región había sido el centro del desarrollo cultural irradiado a Europa y al Próximo Oriente. Los cuchillos de sílex del Neolítico reciente se interpretaron como evidencia del noble orgullo germánico por las armas y como prototipos de los que posteriormente se manufacturarían en bronce, y las trompetas de la Edad del Bronce mostraban la habilidad musical superior de los germanos durante los tiempos prehistóricos. Y ya dejando volar la imaginación propuso que incluso el alfabeto tenía sus orígenes en la Edad de la Piedra europea, y no en el pueblo fenicio.

Como las culturas avanzadas eran consideradas la expresión de una superioridad biológica, no podían extenderse de una región a otra mediante una difusión que no contemplase migraciones de personas. Así se podían imaginar olas de indoeuropeos emigrando hacia el sur y hacia el este, conquistando a las poblaciones nativas, transformándolas para que fuesen capaces de construir civilizaciones en el Próximo Oriente, en Grecia y en Italia. Cada una de estas oleadas se entrecruzaría con las poblaciones locales, hecho que rebajaría sus habilidades creativas. Esto explicaría el declive de las antiguas civilizaciones griega y romana, que a pesar de tratarse de pueblos de lengua indoeuropea fueron incapaces de sostener su creatividad cultural. Kossinna argumentó que los alemanes, al permanecer en su tierra primigenia, se conservaron racialmente puros, siendo así el pueblo indoeuropeo de más talento y creatividad. Solamente ellos conservaron la capacidad de llevar a cabo la responsabilidad histórica de crear civilización e imponerla a otros pueblos inferiores. A partir de ahí se infería que los alemanes eran los indoeuropeos nacidos en primer lugar (*Erstgeborenen*). Kossinna también vio en la arqueología la posibilidad de establecer derechos históricos sobre los territorios. Todo lugar en donde se hallaban artefactos supuestamente alemanes, se declaraba territorio de los antiguos alemanes, sujeto a la reclamación o reconquista de la moderna Alemania. El mismo argumento no podía ser aplicado, por supuesto, a los grupos no germanos, como los eslavos, quienes durante el Medievo habían llegado a extenderse hacia el oeste, en la frontera entre las antiguas Alemania oriental y occidental (Klejn, 1974).

Finalmente, y ya en otro tono, Kossinna puso de relieve la necesidad de conocer el máximo sobre cómo los grupos humanos, o al menos los alemanes, habían vivido durante los tiempos prehistóricos. Las culturas no podían ser definidas simplemente como un conjunto de artefactos y los arqueólogos estaban impacientes por determinar la naturaleza de los estilos de vida durante la prehistoria. En su obra, Kossinna prestó poca atención a la evidencia arqueológica sobre los tipos de casas, costumbres funerarias y rituales, basando sus interpretaciones en los artefactos de las colecciones de los museos. Sus especulaciones sobre la vida de los alemanes en la prehistoria eran con frecuencia caprichosas, en la tradición de Stukeley y sus seguidores modernos. Con todo, su intención de enfocar las culturas arqueológicas individuales de manera globalizadora tenía mucho más en común con la escuela escandinava que con la ar-

queología «científica» surgida de los estudios paleolíticos en Francia e Inglaterra.

El trabajo de Kossinna, con todo su chauvinismo absurdo y su frecuente calidad más de aficionado que de profesional, marcó la sustitución final del enfoque evolucionista en la prehistoria por el enfoque histórico. Ordenando los datos arqueológicos de cada período de la prehistoria según un mosaico de culturas arqueológicas, no sólo buscó documentar cómo habían vivido los europeos en los diferentes estadios del desarrollo prehistórico, sino también estudiar cómo habían vivido en el pasado cada uno de los pueblos que eran considerados los ancestros de los grupos modernos, y qué les había ocurrido a lo largo del tiempo. Su enfoque ofrecía un medio para explicar la creciente evidencia arqueológica recogida sobre variaciones geográficas y cronológicas. Se debe reconocer, por tanto, que fue un innovador cuyo trabajo tuvo una importancia primordial para el desarrollo de la arqueología.

Childe y *The Dawn of European Civilization*

Kossinna ejerció muy poca influencia directa fuera de los países germanoparlantes, debido sin duda al chauvinismo de sus interpretaciones, tan repugnante para las otras nacionalidades. Los británicos del período eduardiano estaban tan orgullosos como los alemanes de sus supuestas afinidades raciales nórdicas o arias. Pero, al contrario que los alemanes, pertenecientes a un grupo étnico que había ocupado desde la prehistoria el mismo territorio sin haber tenido que compartirlo con nadie, los británicos eran conscientes de haber sido conquistados por los romanos, los sajones, los daneses y los normandos. Los arqueólogos británicos postulaban que durante la prehistoria habían tenido lugar invasiones semejantes. Aunque algunos ingleses afirmaban que los pueblos célticos prehistóricos eran sus predecesores pero no sus ancestros, la mayoría de los historiadores estaban de acuerdo con la idea de que la población autóctona había heredado las mejores cualidades biológicas y culturales de cada una de las olas de invasiones, creándose así un pueblo cuyo híbrido vigor, aportado por varios contingentes europeos, lo había hecho el mejor del mundo (Rouse, 1972, pp. 71-72). Esta cadena histórica de superioridad creciente parecía corresponderse con una jerarquía moderna de carácter regional y étnico. Las clases altas y las medias-altas dominantes se veían a sí mismas como las herederas espirituales, si no biológicas, de los normandos, mientras que los ingleses, como conjunto, eran identificados con los sajones, pueblo más antiguo, y los remotos elementos célticos con los todavía más antiguos y primitivos británicos.

Debido a su actitud positiva hacia la influencia extranjera, los arqueólogos británicos fueron receptivos a los argumentos de Montelius de que la Europa prehistórica debía mucho de su desarrollo cultural al Próximo Oriente, aunque no apoyaban este enfoque de manera totalmente excluyente con respecto a las ideas mucho más eurocéntricas de otros arqueólogos. Uno de los dos temas

principales de la obra de John Myres *The Dawn of History* (1911) era la propagación de la tecnología desde Egipto y Mesopotamia hacia Europa. El segundo era su idea de que todas las sociedades jerárquicas se desarrollaron cuando pueblos pastoriles, dinámicos políticamente, como los semitas y los indoeuropeos, se vieron forzados por la falta de agua a conquistar y dominar políticamente a sociedades campesinas menos innovadoras. Según Myres, los indoeuropeos, a quienes veía como nómadas de las estepas de Asia central, eran particularmente propensos a imponer sus costumbres sociales, su lengua y sus creencias a los pueblos conquistados, aunque adoptaban la cultura material de estos últimos. Del encuentro entre las influencias culturales transmitidas a Europa por el Próximo Oriente y las habilidades políticas de los indoeuropeos surgió un modo de vida específicamente europeo. Un enfoque similar está presente en Arthur Evans (1896), quien fue colega de Myres en la Universidad de Oxford. Cuando Myres utilizaba la palabra pueblos en *The Dawn of History,* no se refería a culturas arqueológicas. Posteriormente, algunos arqueólogos mencionarían culturas individuales, entre ellos, el propio Myres (1923a, b), Harold Peake (1922) y Cyril Fox (1923). En su obra *Man and his past,* O. G. S. Crawford (1921, pp. 78-79) discute algunos métodos geográficos para delinear los orígenes, extensión y fronteras de las culturas. Antes de la publicación de *The Dawn of European Civilization* (1925a), de V. Gordon Childe, no se conoce ningún intento de aplicar de manera sistemática el concepto de cultura arqueológica. A lo largo de ese libro, que Glyn Daniel (1950, p. 247) ha llamado «el nuevo punto de partida de la arqueología prehistórica», la cultura arqueológica se convirtió en un instrumento de trabajo para todos los arqueólogos europeos.

Childe nació en Sydney, Australia, en 1893. Era hijo de un pastor conservador de la Iglesia anglicana. Estudió Clásicas en la Universidad de Sydney, donde adquirió un compromiso político de signo socialista. En un primer momento también se interesó como Kossinna en situar la patria de los pueblos de lengua indoeuropea. Pasó después a la Universidad de Oxford donde estudió con Myres y Evans. En 1916 retornó a Australia. Allí tomó parte en algunas actividades políticas izquierdistas hasta 1921, cuando, desilusionado de la política, retomó el estudio de la arqueología. Su gran conocimiento de lenguas europeas y su aguda memoria visual le capacitaron para visitar numerosos museos y excavaciones de toda Europa y ordenar sus colecciones. Presentó los resultados de sus investigaciones en dos libros, *The Dawn of European Civilization,* que constituye una síntesis de la prehistoria europea hasta la Edad del Bronce, y *The Danube in Prehistory* (1929), un estudio más detallado de una región poco conocida hasta aquellos momentos. Al principio de este segundo libro, Childe expone la base teórica de sus enfoques.

En *The Dawn of European Civilization,* Childe adoptó el concepto básico de Kossinna sobre la cultura arqueológica y la identificación que éste hacía de las culturas como los restos de los pueblos prehistóricos, aunque rechazaba todas las connotaciones racistas que presentaba el trabajo de Kossinna. Combinó

25. Childe con un grupo de obreros en Skara Brae, islas Orcadas, 1928-1930.

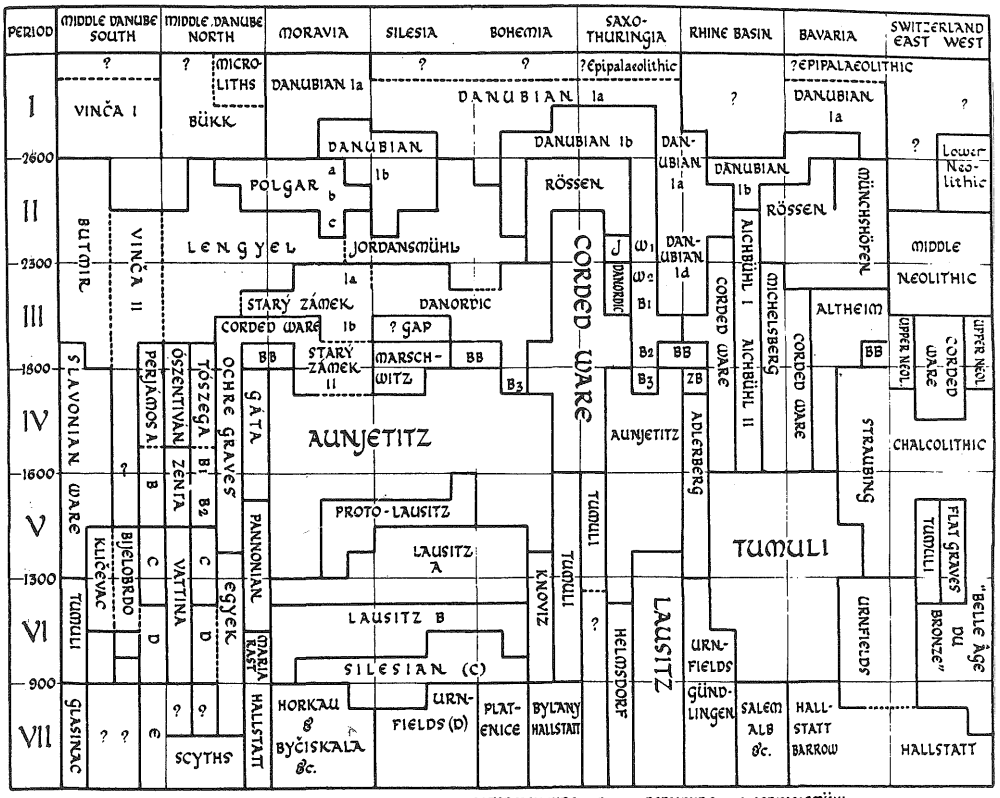
este concepto con la cronología de Montelius y la creencia de que en los tiempos prehistóricos las capacidades tecnológicas se habían difundido desde el Próximo Oriente, su lugar de origen, hasta Europa. Sus interpretaciones de la prehistoria europea estaban también influidas por las de Myres y Evans, aunque Childe ponía mucho más de relieve que Montelius la creatividad de los europeos prehistóricos. Definió una cultura arqueológica, desafortunadamente con engañosa brevedad, como «ciertos tipos de restos —recipientes, implementos, ornamentos, ritos funerarios, tipos arquitectónicos— que aparecen constantemente de una manera recurrente» (1929, pp. v-vi). Puso de manifiesto que cada cultura tenía que ser delineada individualmente según sus artefactos constituyentes y que las culturas no podían definirse simplemente subdividiendo las épocas o períodos de los arqueólogos evolucionistas espacial o temporalmente. Por el contrario, la duración y los límites geográficos de cada cultura tenían que establecerse empíricamente y cada una de estas culturas tenía que situarse cronológicamente mediante la estratigrafía, la seriación y los sincronismos. De esta manera Childe interpretó la prehistoria de toda Europa como si se tratase de un complejo mosaico de culturas. Este mosaico empezó a tomar forma en

una serie de mapas y tablas en *The Dawn of European Civilization,* aunque fue en *The Danube in Prehistory* donde Childe presentó un esquema detallado que mostraba la distribución geográfica y cronológica de todas las culturas arqueológicas conocidas en el valle del Danubio. En el año 1932, *Antiquity* publicó un mapa de Chile y M. C. Burkitt que cubría toda Europa. Estos mapas fueron los prototipos que otros arqueólogos usarían para representar las cronologías culturales regionales de todas las partes del mundo.

La mayoría de las culturas de Childe se definieron a partir de un número reducido de fósiles directores. La selección de estos artefactos implicó un enfoque funcionalista de la cultura material. Childe argumentó que la significación histórica de los diferentes tipos de artefactos sólo puede adivinarse teniendo en cuenta qué papel habían desempeñado en las culturas prehistóricas. Decidió que la cerámica doméstica, los ornamentos y los ritos funerarios tendían a reflejar gustos locales y se resistían bastante al cambio; por tanto, eran útiles para la identificación de grupos étnicos específicos. Por otra parte, el marcado valor utilitario de los instrumentos, armas y muchos otros ítems de la tecnología hacía que éstos gozasen de una rápida difusión, y así, ya fuese por copia o por comercio, pasasen de un grupo a otro. Este tipo de artefactos era, en consecuencia, valioso para poder asignar al mismo período culturas vecinas y establecer cronologías culturales antes de que se inventase el método de la datación radiocarbónica (Childe, 1929, pp. VIII, 248; cf. Binford, 1983a, pp. 399-400). Childe concluía que esta operación ofrecía la misma imagen expuesta en el trabajo de Montelius sobre la difusión de la cultura material hacia el oeste, a través de toda Europa.

Aunque los fósiles directores pueden servir para definir una cultura arqueológica, no son suficientes para describirla. Para tal fin, todos los artefactos son importantes. Childe se preocupó por enfocar las culturas arqueológicas no simplemente como una colección de características sino también como medio para obtener una interpretación etnográfica de cómo vivían los grupos específicos durante la prehistoria. En la primera edición de *The Dawn of European Civilization,* intentó resumir todo lo que se podía inferir sobre el modo de vida asociado a cada cultura principal. En ediciones posteriores, trató cada cultura de manera más sistemática, cubriendo —hasta donde fuese posible— la organización política, social y económica, así como las creencias religiosas (Childe, 1939; 1956a, pp. 129-131). La preocupación por cómo vivía la gente en el pasado era común en Childe y Kossinna. Cuando llegó la hora de interpretar el cambio cultural, Childe había recurrido, como Montelius, a la difusión y a la migración, factores ambos externos. La continuidad cultural se atribuía a la ausencia de estos factores. Así, su enfoque se parecía estrechamente al de la etnología difusionista europea y norteamericana de los años veinte.

The Dawn of European Civilization proporcionó un modelo que iba a ser aplicado en toda Europa al estudio de la arqueología hasta los años cincuenta. Se trataba de un enfoque al que Childe, a pesar de sus cambiantes intereses,



26. Primer esquema de Childe donde correlacionaba las culturas arqueológicas de Europa central, de *The Danube in Prehistory,* 1929.

fue especialmente fiel en sus últimas síntesis regionales, como *The Prehistory of Scotland* (1935a) y *Prehistoric Communities of the British Isles* (1940a). El primer objetivo de los arqueólogos que adoptaban este enfoque ya no era interpretar el registro arqueológico como la evidencia de una serie de estadios de desarrollo cultural, sino que con frecuencia buscaban identificar pueblos prehistóricos sin nombre por medio de las culturas arqueológicas y trazar así su origen, movimientos y su interacción. El Neolítico dejó de ser visto como un estadio de desarrollo cultural para pasar a ser un mosaico de grupos culturales delineados de manera precisa. Las preguntas que se planteaban eran de carácter histórico, particularista. También existía un interés general por saber cómo vivían los pueblos específicos durante la prehistoria.

Childe era perfectamente consciente de la revolución que él mismo había

producido en la arqueología. En 1925 observó con satisfacción que la claridad con que las migraciones de pueblos prehistóricos sin nombre aparecían en el registro arqueológico, cuando este era estudiado como un mosaico de culturas, constituía una revelación para sus colegas arqueólogos (Childe, 1925b). Así, distinguió entre una arqueología evolucionista antigua y un nuevo enfoque histórico-cultural. También observó, más en referencia a las escuelas inglesa o francesa que a la escandinava, que en el siglo XIX los arqueólogos evolucionistas se habían interesado más por los artefactos que por quienes los hicieron. Afirmó que al construir secuencias evolutivas, había tratado los artefactos como fósiles muertos y no como la expresión de sociedades vivas (1940a, p. 3). En su opinión, el progreso científico no había dejado otra alternativa a los arqueólogos que adoptar los métodos concretos de la historia. Estaba en lo cierto al retratar el enfoque histórico de la arqueología como una progresión natural y lógica, hasta el punto de que la arqueología histórico-cultural fue dotada, como nunca lo fue la arqueología evolucionista, del derecho a estudiar y explicar las variaciones no sólo temporales sino también geográficas del registro arqueológico. Pero no estaba en lo correcto al creer que su método de interpretación del registro arqueológico era necesariamente más objetivo que el de la arqueología evolucionista. El concepto de cultura arqueológica, que había tomado prestado de Kossinna, y el enfoque difusionista de Montelius estaban estrechamente relacionados con las interpretaciones, ampliamente apoyadas, sobre el comportamiento humano que se habían desarrollado como reacción contra el evolucionismo cultural de Europa occidental a finales del siglo XIX. El nuevo enfoque histórico-cultural de la prehistoria estaba tan implicado en las creencias más pesimistas sobre el cambio cultural y la creatividad humana como lo había estado, en sentido inverso, el enfoque evolucionista previo.

Childe, a pesar de su radicalismo político de signo izquierdista, no escapó totalmente indemne del racismo que presuponía parte de esta nueva visión. En *The Aryans* (1926) afirmó que el éxito que tuvieron los indoeuropeos no fue debido a que poseyeran una cultura material o una inteligencia natural superiores a las de los demás pueblos. Al contrario, fue debido a que hablaban una lengua superior y se beneficiaban de la mentalidad mucho más competente que ésta permitía. Apuntó que los griegos y los romanos poseían sólo unos rasgos físicos nórdicos diluidos, pero fueron capaces de llegar a grandes realizaciones gracias al alto potencial cultural inherente a su lenguaje. Esta interpretación contrastaba con la idea de Kossinna de que la mezcla racial y étnica de esos países es lo que había generado su decadencia. Con todo, al final de *The Aryans,* Childe no evitó que prevaleciesen ciertos sentimientos racistas al sugerir que la «superioridad física» de los pueblos nórdicos les convirtió en los más adecuados para disponer en primer lugar de una lengua superior (Childe, 1926, p. 211). En años posteriores, a medida que fue adoptando otras explicaciones para el cambio cultural, repudió estas especulaciones primeras.

La arqueología nacional

El enfoque histórico-cultural, que potencia el estudio de la prehistoria de los pueblos individuales, proporcionó un modelo para las arqueologías nacionales no sólo en Europa sino en todo el mundo, y sigue siendo el enfoque dominante en la arqueología de muchos países. Al igual que la historia nacionalista, a la que normalmente se halla muy próxima, el enfoque histórico-cultural puede ser utilizado para reforzar el orgullo y la moral de las naciones y los grupos étnicos. Con frecuencia lo aplican con este fin los pueblos que se sienten frustrados, amenazados o privados de sus derechos colectivos por naciones más poderosas o los países que necesitan una mayor unidad nacional para contrarrestar divisiones internas serias. La arqueología nacionalista tiende a enfatizar el pasado más reciente en detrimento del período paleolítico y a dirigir la atención hacia los logros políticos y culturales de las antiguas civilizaciones indígenas. Existe también la tendencia, como Daniel Wilson (1876, I, p. 247) observó hace ya tiempo, a glorificar el «vigor primitivo» y la creatividad de los pueblos que se suponen son los ancestros nacionales en vez de constatar su bajo nivel cultural.

Los problemas políticos y cambios revolucionarios que tuvieron lugar en China a principios del siglo XIX produjeron un renovado interés por la historiografía. En particular, estos cambios llevaron al desarrollo de una actitud más crítica hacia los tiempos antiguos (Wang, 1985, pp. 184-188). El estudio de las obras de arte y de la caligrafía poseía una larga tradición en la historiografía china. A pesar de ello, la arqueología de campo no se desarrolló hasta el movimiento reformista del 4 de mayo, el cual, a partir de 1919, intentó sustituir la tradicional investigación literaria por el conocimiento científico procedente de Occidente. Así se creó un ambiente muy receptivo a la geología y a la paleontología y a otras ciencias capaces de obtener datos empíricos de la tierra.

El primer trabajo arqueológico de campo importante fue desarrollado por científicos de Occidente, los cuales trabajaban para la Geological Survey of China, que había sido establecida en Pekín en 1916. El geólogo sueco J. G. Andersson (1934, pp. 163-187) identificó la cultura neolítica de Yangshao en 1921, y con respecto al Paleolítico se llevó a cabo una importante labor en el yacimiento de Zhoukoudian bajo la dirección del especialista canadiense en anatomía Davidson Black en 1926 (Hood, 1964). El primer investigador chino que dirigió la excavación de un yacimiento arqueológico fue Li Ji (Li Chi) (1896-1979), el cual se había doctorado en la Universidad de Harvard en 1923. Desde 1928 a 1937, como primer responsable del Departamento de Arqueología del Instituto Nacional de Investigación de la Historia y de la Filología de la Academia Sinica, excavó el importante yacimiento de Yinxu, del período Shang tardío, cerca de Anyang. Estas excavaciones en un yacimiento histórico que proporcionó muchas inscripciones y obras de arte, desempeñaron un papel principal en la formación de una generación de arqueólogos chinos y también

en la transformación de la nueva ciencia de la arqueología en un instrumento para el estudio de la historia china. También propiciaron un resurgir del orgullo basado en el pasado antiguo de China. Este interés por la historia es sobre todo significativo si se tiene en cuenta la formación de antropólogo de Li.

Algunos investigadores extranjeros, como Andersson, intentaron rastrear los orígenes de la cultura china, o de alguno de sus principales aspectos, como la cerámica pintada neolítica, hasta el Próximo Oriente, llevando implícita la idea de que la civilización china procedía de Occidente. Los arqueólogos chinos buscaron el origen de su civilización en la cultura neolítica de Longshan, en la que la influencia occidental no parecía tan evidente. Posteriormente adujeron que las culturas de Yangshao y de Longshan representaban un *continuum* de desarrollo que culminaba en la civilización Shang (W. Watson, 1981, pp. 65-66). La investigación arqueológica se interrumpió con la invasión japonesa de 1937 y a partir de 1949, con la victoria comunista, muchos arqueólogos, entre los que se incluía Li, se refugiaron en Taiwan, llevando con ellos importantes colecciones.

El marxismo ya había empezado a influir en el estudio de la China antigua en una fecha tan temprana como 1930, a través de la obra de Guo Moruo (1892-1978). Escritor y revolucionario, Guo se vio forzado a desplazarse en 1927 a un Japón todavía relativamente liberal, para escapar de los escuadrones de la muerte de Chiang Kai-Shek. Durante los diez años que vivió allí publicó una serie de estudios sobre inscripciones antiguas y sobre la evolución estilística de los artefactos de bronce. Al contrario que Li y sus colegas, que estaban principalmente interesados en arte, religión e ideología, Guo puso de relieve la producción como la base de la sociedad e interpretó las dinastías Shang y Zhou como ejemplos de sociedades esclavistas. Mucho más que cualquier otro investigador chino, Guo intentó situar a su país dentro de un marco comparativo de la historia del mundo (Wang, 1985, p. 188). Después de la revolución comunista se convirtió en una figura principal de la vida intelectual china. Desde 1950 hasta su muerte en 1978, fue el presidente de la Academia China de Ciencias.

A partir de 1949, la arqueología se convirtió en una actividad dirigida por el Estado. Excepto cuando el valor de los estudios sobre el pasado fue puesto en tela de juicio por extremistas durante la Revolución Cultural, la arqueología siempre ha sido apoyada, como en la Unión Soviética, como un importante instrumento de educación política, hecho que está de acuerdo con el dictamen de Mao Zedong de que «el pasado debe servir al presente». Existe una Oficina Nacional de Reliquias Culturales que administra miles de museos locales y provinciales, ya sea directamente o a través de las Oficinas de Cultura provinciales o de distrito. En el curso de un desarrollo agrícola e industrial sin precedentes, se han desenterrado grandes cantidades de datos arqueológicos en toda China y, como los hallazgos accidentales reciben inmediatamente la atención de arqueólogos profesionales, la información sobre el pasado se ha incrementado

a un ritmo muy rápido (Chang, 1981, p. 168). Dentro de las divisiones de investigación de la Academia Sinica, la arqueología del Paleolítico está separada del Neolítico y de los períodos históricos, formando parte del Instituto de Paleoantropología y de Paleontología de los Vertebrados. Esta ordenación podría estar reflejando una falta de vinculación de los primeros estadios del desarrollo humano con una historia específicamente nacional, a pesar de que el Paleolítico chino es digno de orgullo. A nivel práctico, esta división refleja una estrecha relación laboral entre los arqueólogos del Paleolítico, los geólogos y los paleontólogos.

Al depender de unos dogmas marxistas aplicados a nivel nacional, el pasado chino se conceptualiza en términos de una secuencia unilineal de estadios: sociedad primitiva, sociedad esclavista y sociedad feudal. Este es un modelo que no se cuestiona. No ha sido abundante la investigación arqueológica dirigida al examen de las teorías marxistas sobre la evolución social, que implicarían el estudio de los sistemas de subsistencia, los modelos de asentamiento, el comercio y la organización social y política. Este hecho quizás estaría reflejando en parte la escasez de personal sólidamente formado, aunque también ha sido atribuido a movimientos impredecibles dentro de la política gubernamental que habrían desaprobado la expresión de opiniones acerca de tópicos que, en potencia, podrían ser políticamente conflictivos. Por el contrario, los hallazgos arqueológicos se interpretan de manera pragmática con el objetivo de cumplir unos fines políticos. Se dramatiza la crueldad y la opresión que caracterizó la vida de las masas chinas bajo las sucesivas dinastías reales, y que contrasta con los cambios económicos y beneficios sociales que constituyen la política gubernamental de China desde 1949. Las grandes tumbas, templos y otros monumentos del pasado se interpretan también como testimonio de la capacidad y de la energía de los trabajadores y de los artesanos que los hicieron posibles. Por último, aunque no por ello menos importante, los hallazgos arqueológicos se utilizan para cultivar la dignidad y el orgullo nacionales, ya que aparecen como la constatación de los logros de China a lo largo de todas las épocas.

A pesar del barniz marxista, la arqueología china ha continuado mostrando fuertes rasgos tradicionales, pues, al igual que la historiografía antes de 1949, continúa su papel de promotora de la unidad nacional. Hasta tiempos recientes, la interpretación del registro arqueológico concordaba con la antigua tradición china que otorgaba el protagonismo al norte. Se cree que la cultura material y las instituciones chinas se constatan por vez primera en el valle del Huang-he, de donde se diseminarán hacia el sur, dando lugar así a una cultura panchina en la Edad del Hierro. Por tanto, la creatividad de otros lugares de China se ha visto minimizada. En el pasado, más de un arqueólogo occidental ha sido atacado por dirigir su atención a la sofisticación y el carácter independiente de las culturas «provinciales» neolíticas y de la Edad del Bronce en la China meridional (W. Watson, 1981, pp. 68-69). Este enfoque chino ha sido

rechazado de manera contundente por arqueólogos vietnamitas, quienes ven en la cultura de Dong-s'on de la Edad del Bronce del sureste asiático una evidencia «profunda y sólida» de una tradición cultural diferente, que en su propio país «rechazó absolutamente sumergirse en la cultura china de la misma manera que otras culturas de aquel tiempo fueron subyugadas y aniquiladas» (Van Trong, 1979, p. 6). Así, la identificación de las características culturales específicas y los primeros desarrollos de la China central y meridional, es un tema que han de tratar los investigadores que trabajan fuera del país (Meacham, 1977).

La arqueología de campo de tipo occidental fue introducida en Japón, incluso antes que en China, por parte de naturalistas y físicos norteamericanos y europeos que fueron contratados como profesores, especialmente después de la revolución Meiji de 1868, cuando el nuevo gobierno decidió intentar igualar los avances de la ciencia, la tecnología y la medicina occidentales. El más importante de estos visitantes fue el zoólogo norteamericano Edward Morse (1838-1925), el cual había participado en la investigación de los concheros de la costa este de los Estados Unidos. Él fue quien identificó y excavó el conchero de Omori en 1877. Aunque ninguno de sus estudiantes llegó a ser arqueólogo profesional, algunos de ellos se interesaron por la investigación arqueológica. Ikawa-Smith (1982, p. 299) ha señalado que los más importantes arqueólogos japoneses de finales del siglo XIX y principios del XX, poseían una formación en geología, zoología o medicina, y que muchos de ellos habían estudiado en Europa o América. Por tanto, podrían ser asimilados a los arqueólogos autodidactos o aficionados que existieron en Occidente durante el siglo XIX.

Aunque Morse era un evolucionista, los arqueólogos japoneses que le siguieron tenían mucho más en común con los arqueólogos europeos de finales del siglo XIX que optaron por el enfoque histórico-cultural. La primera generación de arqueólogos japoneses profesionales estaba encabezada por Tsuboi Shogoro (1863-1913). En 1884, él y algunos estudiantes de ciencias fundaron la Sociedad Antropológica de Tokio y nueve años después fue nombrado profesor de antropología en la Universidad de Tokio. Concebía la arqueología, como en la Europa continental, como una rama de la zoología que se preocupaba por los restos físicos humanos. Para él, la evidencia arqueológica era la llave para la identificación de los grupos raciales. Se especializó en el estudio del período mesolítico de Jomon para el que estableció una cronología general hacia 1930.

En 1895 los historiadores que trabajaban en el Museo Imperial (hoy Museo Nacional de Tokio) fundaron la Sociedad Arqueológica. Ésta tenía muchos más vínculos con la escuela de anticuarios anterior al período Meiji que la Sociedad Antropológica de Tokio. Sus objetivos eran estudiar «la arqueología de nuestro país, con el fin de poder arrojar luz sobre las costumbres, las instituciones, la cultura, la tecnología de los períodos sucesivos de nuestra historia nacional» (Ikawa-Smith, 1982, p. 301). Estos investigadores se concentraron en el período prehistórico tardío de Yayoi y en el protohistórico Kofun, y tuvieron un espe-

cial interés por el arte, ejemplificado en los espejos y en las armas de bronce.

Los arqueólogos japoneses de todas las escuelas continuaron practicando una arqueología bajo la orientación histórico-cultural, que no excluyó un interés en el conocimiento del «plan del desarrollo humano y las regularidades de las transformaciones sociales» (Ikawa-Smith, 1982, p. 302). Las presiones políticas, particularmente aquellas que tenían como objetivo el reforzamiento de la unidad nacional a través de la veneración del emperador como descendiente de los dioses y como cabeza de la familia nacional japonesa por designación divina, impidieron durante ciertos períodos el desarrollo arqueológico. Algunas regulaciones gubernamentales impuestas en 1874 y 1880 hicieron difícil la excavación de los grandes túmulos funerarios, especialmente los que fueron identificados como posibles tumbas reales. Estos trabajos, sin embargo, pudieron llevarse a cabo durante la década de los veinte, en una atmósfera política mucho más relajada. En esos años algunos historiadores también publicaron interpretaciones marxistas sobre la historia japonesa para las que utilizaban datos arqueológicos. De todas maneras, desde el siglo XIX la mayoría de los arqueólogos cuidaban de no contradecir los relatos oficialmente patrocinados sobre la historia antigua japonesa, basados en el *Kojiki,* el *Nihon Shoki,* y otras crónicas registradas en el siglo VIII d.C. La primitiva cultura de Jomon, anterior al 1500 a.C. y anterior, por tanto, a los eventos que se describían en esos relatos, fue adscrita a los ainu por el especialista en anatomía Kogenei Yoshikiyo y al pueblo pre-ainu por Morse y Tsuboi, aunque no se consideraba que formase parte de los ancestros de los japoneses modernos. Ambas interpretaciones justificaban la colonización a finales del siglo XIX de la isla de Hokkaido, donde vivían los ainu como representación de la continuidad de la expansión histórica del pueblo japonés hacia el norte del archipiélago (Fawcett, 1986). En el ambiente ultranacionalista de los años treinta, se hizo extremadamente peligroso comprometerse en investigaciones que pudiesen mínimamente pensar en poner en duda los mitos Shinto relativos al origen divino de la familia real. Los que osaban inmiscuirse en tales actividades se arriesgaban a perder su puesto de trabajo y a la cárcel. Como resultado de estas presiones, los antropólogos físicos y los lingüistas evitaron tratar el tema de la etnicidad, mientras que los arqueólogos se centraron en la elaboración de tipologías de artefactos, sin mencionar en ningún momento conceptos como cambio cultural, que podían contradecir la versión oficial de la historia.

Desde la Segunda Guerra Mundial, la actividad arqueológica ha conocido en Japón un notable incremento. Los arqueólogos japoneses están orgullosos de las excelencias técnicas de su trabajo y se esfuerzan por avanzar en el conocimiento de las cronologías y de la historia cultural. La gran mayoría de ellos están interesados en el estudio de los restos materiales japoneses desde la perspectiva de la historia nacional. El interés público sobre la arqueología es alto, las prospecciones y las excavaciones de urgencia son obligatorias, y los hallazgos arqueológicos se hallan ampliamente exhibidos al público (Tanaka, 1984).

La arqueología ha proporcionado una visión del desarrollo de la nación, el pueblo y la cultura japoneses que ha ayudado a llenar el vacío ideológico existente después de la derrota militar en la Segunda Guerra Mundial. Para muchos japoneses, los hallazgos arqueológicos significan establecer un contacto tangible con el pasado que posibilita el refuerzo de la sensación de estabilidad en un período incierto de grandes cambios sociales y culturales. En particular, la investigación arqueológica y las publicaciones divulgativas sobre arqueología se caracterizan por la fascinación que ejercen sobre el origen del pueblo y la cultura japoneses. Existe una tendencia creciente a rastrear el grupo étnico japonés hasta la cultura de Jomon o incluso hasta el Paleolítico (Fawcett, 1986). La teoría de que las clases poderosas japonesas llegaron del continente asiático como conquistadora durante el período Yayoi, que fue puesta de relieve sobre todo durante los años cuarenta en el despertar militarista japonés, ha sido ya abandonada. A pesar de todo, aún existe el modelo tradicional que sigue retratando a las elites japonesas como los patrones de las influencias nuevas, como la escritura, la burocracia y el budismo, que entraron en el país desde Corea y China. Este enfoque relaciona las clases con la historia de una manera que recuerda las interpretaciones ofrecidas por los historiadores nacionalistas y los prehistoriadores de la Inglaterra de finales del siglo XIX y principios del XX.

En México, el pasado era ya objeto de manipulación política incluso antes de la conquista española en 1519 (Carrasco, 1982). Con la conquista, los españoles hicieron todo lo posible por eliminar las creencias religiosas no cristianas y las lealtades políticas tradicionales desalentando el interés por la historia y la cultura mesoamericanas (Diehl, 1983, p. 169). Durante los conflictos que precedieron a la independencia mexicana en 1821, los oficiales españoles continuaron desaprobando el estudio del período prehispánico, aunque los criollos se aferraron a él como fuente de inspiración de la identidad nacional. En el siglo XIX los conservadores de las elites en el poder veían el estudio de este período como una preocupación inútil por el barbarismo, mientras que los liberales lo apoyaban ya que se refería a una época significativa de la historia nacional mexicana (Lorenzo, 1981). La revolución nacional de 1910 tuvo éxito en gran medida gracias al apoyo armado que prestaron los campesinos, quienes en su mayoría eran indios, los cuales constituían la mayor parte de la población. La revolución trajo consigo grandes cambios en la política gubernamental desarrollada hacia esas gentes. Las injusticias del período colonial fueron reconocidas y se prometieron reformas económicas y sociales de largo alcance. El gobierno inició también un programa de integración de los indios en la vida nacional y de reforzamiento de la confianza en sí mismos mediante el estímulo de los estudios sobre el riquísimo patrimonio del México prehispánico, englobándolo como parte principal de la historia mexicana. En este sentido, el gobierno también intentó poner de relieve las características específicas que hacían diferente a la cultura mexicana de las del resto del mundo (Gamio, 1916). Se destinaron grandes sumas de dinero para la formación y la investigación ar-

queológicas. En 1937 se creó el primer Departamento de Antropología en la Escuela Politécnica Nacional, encargado de formar arqueólogos. Posteriormente pasó a depender del Instituto Nacional de Antropología e Historia, al cual se le dio el monopolio absoluto para otorgar licencias de excavación en todo el territorio de México.

A pesar de la gran influencia recibida de todas las tendencias en boga en los Estados Unidos, el Instituto y la arqueología mexicana mantuvieron una orientación fuertemente historicista. Los arqueólogos sienten que tienen el deber de proporcionar a los mexicanos un pasado propio, que facilite la integración nacional, a través de una perspectiva histórica que pueda ser compartida por todos los elementos de la población. Esta tarea requiere la humanización y la popularización de la prehistoria. Una parte importante de esta política ha sido la creación de grandes museos públicos y la conversión de los yacimientos arqueológicos principales en museos al aire libre para el entretenimiento y la formación de los mexicanos y de los visitantes extranjeros (Lorenzo, 1981, 1984). Dentro de este marco común, existen importantes divergencias en la interpretación de los datos arqueológicos, algunas de las cuales poseen connotaciones políticas claras. Éstas constituyen un amplio abanico que va desde los varios tipos de marxismo, en un extremo, hasta varios grados de compromiso con el positivismo norteamericano, en el otro. El uso político de la arqueología ha ido acompañado de una financiación insuficiente de la investigación únicamente orientada a fines científicos. El resultado de todo ello ha sido que muchos de los más importantes proyectos de investigación a largo plazo han sido realizados por arqueólogos extranjeros.

La investigación arqueológica en la India empezó en el período colonial y durante largo tiempo permaneció ajena a la erudición india tradicional. Los viajeros europeos empezaron a tener constancia de sus monumentos antiguos ya desde el siglo XVI y los primeros intentos de investigación sistemática se remontan a 1750. Este interés se potenció con el descubrimiento de que el sánscrito y las lenguas modernas del norte de la India que de él descienden estaban relacionados con las principales lenguas europeas; por tanto, el estudio de la India se reveló como muy importante para el conocimiento de la antigua cultura indoeuropea. Algunos arqueólogos aficionados británicos empezaron a examinar con cierta regularidad los megalitos, los stupas budistas y otros yacimientos arqueológicos, y el Archaeological Survey of India, fundado en 1861, se dedicó a publicar una cantidad inmensa de investigaciones llevadas a cabo en los años en que fue dirigido por Alexander Cunningham (1861-1865), John Marshall (1902-1931), quien descubrió la civilización del valle del Indo, y Mortimer Wheeler (1944-1948). Wheeler formó a muchos arqueólogos indios en los métodos de campo más modernos y potenció que muchas universidades indias empezasen a ofrecer estudios arqueológicos. Así, a pesar de que la India debe la introducción de la arqueología a la dominación británica, Lallanji Gopal (1985, p. I) ha puesto de relieve que «el glorioso patrimonio cultural desenterrado por

los arqueólogos ... produjo en el pueblo indio una gran confianza en sí mismo [y] fue uno de los factores principales que contribuyó al renacimiento indio, que finalmente desembocó en la independencia». Chakrabarti (1982, p. 335) ha observado que en el tiempo en que John Marshall empezó a excavar, la historia y la cultura de la India antigua ya había sido esbozada a partir de los textos y de la historia del arte. Con todo, la imagen cultural de la India antigua permanecía bastante brumosa. Sus excavaciones en los yacimientos del período budista en el valle del Ganges y en el noroeste insuflaron vitalidad a esta fase crucial del desarrollo en la India de una conciencia cultural propia, y por tanto contribuyeron al crecimiento del nacionalismo.

Los lazos entre la arqueología y la historia se estrecharon gracias a las enormes similitudes entre el enfoque histórico-cultural de la primera y la emergente historiografía india. Los historiadores tendían a pensar en términos de diferentes grupos raciales, enfocando el pasado como una serie de migraciones de pueblos que introdujeron algunas innovaciones en la India pero que, al final, eran siempre absorbidos por el modo de vida indio. Al llamar prevédica a la antigua civilización del Indo y al atribuir su destrucción a los invasores arios, los arqueólogos construyeron una prehistoria que se conformaba con el modelo establecido por la interpretación histórica india (Chakrabarti, 1982, p. 339).

La arqueología ha hecho progresos significativos en la India desde su independencia en 1947. Se halla ya bien establecida en las universidades y cada año se realizan una gran cantidad de investigaciones (Thapar, 1984). Sin embargo, aunque los arqueólogos indios se mantienen al corriente del desarrollo de su disciplina a nivel mundial y se hallan mucho más atraídos por la arqueología antropológica americana que los investigadores japoneses y chinos (Jacobson, 1979; Paddayya, 1983; Lal, 1984), la arqueología permanece estrechamente vinculada al estudio de la historia antigua. Muchos arqueólogos indios se conforman con asignar etiquetas étnicas y lingüísticas a culturas recién descubiertas y a interpretarlas de una manera general y descriptiva. Todavía está por ver, a medida que empiece a ser más familiar entre los arqueólogos indios una investigación de naturaleza procesual, cómo se relacionará esta tendencia con este marco histórico ortodoxo.

La arqueología en el Próximo Oriente también fue introducida por los europeos, quienes desarrollaron una serie de instituciones locales para la investigación y la enseñanza bajo los regímenes coloniales que, aunque no oficialmente, existían *de facto*. En particular, los investigadores occidentales se sentían muy atraídos por Egipto, Irak y Palestina, debido a los restos de antiguas civilizaciones que, al ser mencionadas en la Biblia, revestían para ellos un especial interés. Por otra parte, las actitudes locales hacia la arqueología habían sido tradicionalmente coloreadas de una visión negativa sobre los tiempos preislámicos como una época de ignorancia religiosa. En Egipto, la clase media indígena desplegó un considerable interés por la civilización faraónica dentro del contexto del nacionalismo secular que prevalecía a principios de este siglo. Este

interés se expresó en enormes esfuerzos por que los egipcios pudiesen controlar los trabajos arqueológicos que se desarrollaban en su país (J. Wilson, 1964, pp. 159-177). El último sha de Irán puso un especial interés en poner de relieve las glorias preislámicas de su país y en identificar su régimen con la antigua monarquía persa. Esto incluyó una magna celebración en 1971 de lo que se suponía el 2.500 aniversario de los antiguos reyes persas en las ruinas de su palacio de Persépolis. El gobierno iraquí, ante las dificultades crecientes con los islámicos, e incluso árabes, estados vecinos, también ha empezado a dirigir una especial atención a su patrimonio babilónico. Por otra parte, a partir del destronamiento de la monarquía egipcia y la subida al poder del régimen de Gamal Abdel Nasser, promotor de un panarabismo y no de una identidad específicamente egipcia, el interés por los tiempos preislámicos ha conocido en este país una gran decadencia. De la misma manera, en Irán, el derrocamiento del sha llevó al poder a un gobierno fuertemente islámico que se apresuró a desaprobar la identificación con los tiempos preislámicos, no ya por motivos religiosos, sino también por las asociaciones simbólicas de la reciente monarquía con la antigua Persia. En todo el Próximo Oriente se asiste a un énfasis en la arqueología islámica a medida que la investigación va siendo controlada por los estudiosos locales (Masry, 1981).

En el moderno Israel la arqueología juega el papel, muy diferente, de reafirmar los vínculos entre una población llegada recientemente y su propio pasado antiguo. Al proveer de un sentimiento de realidad física a las tradiciones bíblicas, se refuerza la conciencia nacional y la reclamación, por parte de los colonos israelíes, de las tierras que están ocupando. Masada, el yacimiento que fue testigo de la última resistencia zelota contra los romanos en el año 73 d.C., se ha convertido en un monumento de gran valor ceremonial y emocional y en un símbolo de la voluntad de supervivencia del nuevo Estado israelí. Su excavación fue uno de los más grandes proyectos arqueológicos llevados a cabo por los arqueólogos israelíes, habiendo sido objeto de una gran campaña de publicidad.

El fuerte énfasis bíblico ejercido sobre la arqueología palestina primero, e israelí después, ha «ayudado a crear una disciplina propia que en gran medida se mantiene al margen de los avances metodológicos e intelectuales que se producen en otros lugares» (Hanbury-Tenison, 1986, p. 108). Muchos arqueólogos israelíes han sido formados para la investigación histórica y bíblica, y dedican mucho tiempo a estudiar historia, filología e historia del arte. La arqueología del Paleolítico está considerada como de mucha menos importancia y la influencia de la arqueología de tipo antropológico se ha limitado generalmente a estimular el uso de procedimientos técnicos en el análisis de los datos. Se presta relativamente poca atención a la arqueología de los períodos cristiano e islámico (Bar-Yosef y Mazar, 1982). A pesar de que la mayoría de los israelíes consideran la investigación arqueológica un agente positivo para su sociedad, muchos grupos religiosos ultraconservadores se oponen a ella aduciendo que

las tumbas de los antiguos hebreos no deben ser perturbadas (Paine, 1983).

La descolonización del África subsahariana ha acelerado los cambios en la investigación arqueológica, que en aquella región había comenzado a finales del período colonial. Posnansky (1982, p. 355) ha observado que los arqueólogos e historiadores africanos no están necesariamente interesados en los mismos problemas que los investigadores extranjeros. Se preocupan mucho más por la prehistoria reciente y por los problemas de historia nacional que por la arqueología del Paleolítico. Los tópicos de interés incluyen el origen de los pequeños estados, el desarrollo del comercio, la evolución de las instituciones sociales y económicas históricamente documentadas y las relaciones entre los grupos étnicos que viven dentro de las fronteras de los modernos estados africanos (Tardits, 1981; Andah, 1985). También existe un interés por el estudio y la conservación de los yacimientos principales que se remontan al África precolonial. La arqueología representa un medio para aumentar la toma de conciencia y el orgullo acerca del pasado africano, y existe una preocupación política por la presentación de los hallazgos arqueológicos de manera que contribuya a la unidad nacional y a la promoción de las conciencias locales (Nzewunwa, 1984). Aunque los arqueólogos africanos, ligados con frecuencia a posiciones administrativas, dan la bienvenida generalmente a la investigación realizada por sus colegas extranjeros de formación antropológica, la antropología como disciplina no está bien vista. En toda África la arqueología ha ido alineándose cada vez más con la historia, mientras que los estudios etnológicos han sido redefinidos como sociología (Ki-Zerbo, 1981). Como resultado de esta reestructuración, así como del creciente interés por las tradiciones orales y la lingüística histórica, la historia está hoy día equipada para investigar períodos para los cuales los registros escritos son muy escasos o nulos. Así la orientación que se sigue es más bien africana que colonial (D. McCall, 1964; Ehret y Posnansky, 1982). Como participante activa de este proceso, la arqueología africana ha pasado de tener un carácter colonial a ser nacional.

En Europa, las evidentes y mucho más crudas relaciones entre la interpretación arqueológica y el nacionalismo tendieron a desaparecer tras la Segunda Guerra Mundial, a medida que la cooperación económica y política y la mejora general del nivel de vida condujeron a la decadencia de aquél. En los años recientes, esto ha provocado una toma de conciencia creciente sobre las diferencias fundamentales entre las culturas prehistóricas europeas y las modernas, llevando a los arqueólogos a confiar de nuevo en los estudios etnográficos de culturas no europeas para interpretar los datos. El resultado ha sido un creciente *rapprochement* entre la arqueología de Europa occidental (especialmente británica) y la arqueología norteamericana. Aun así, la interpretación arqueológica continúa de varias maneras recibiendo influencias políticas (Gjessing, 1968). En países como Grecia, Polonia, y en menor grado Italia, donde el nacionalismo aún se nutre de algunos agravios, la arqueología continúa siendo vista como una crónica de las glorias pasadas y como fuente de esperanza en

el futuro. En Escandinavia, la dedicación a la paz y al bienestar social se acompaña de una fantástica fascinación por el período vikingo, conceptualizado como violento, desenfrenado y romántico en contraste con el presente. En los años setenta, del 20 al 25 por 100 de todas las publicaciones arqueológicas estaban dedicadas a esos trescientos años (Moberg, 1981, p. 215). En Inglaterra, el descubrimiento de que durante las Edades Oscuras el asentamiento vikingo de York era un centro de manufactura y comercio, ha confirmado a los habitantes del norte que su región era culturalmente tan avanzada como el sur de Inglaterra, contrariamente a lo que ilustra la historia establecida, que retrata al Wessex sajón como una avanzadilla de la civilización que resistió valientemente las incursiones de los bárbaros escandinavos que acabaron por asentarse en el norte (Graham-Campbell y Kidd, 1980). La revelación resultante de las excavaciones efectuadas en el Wood Quay según la cual en las Edades Oscuras Dublín había sido un centro vikingo de primer orden, aunque provocó un gran interés público, no concordó demasiado bien con el enfoque nacionalista celtocéntrico de la historia irlandesa (Sheehy, 1980).

A medida que ha ido declinando el papel de Europa, y en particular el de Gran Bretaña, como centro del poder mundial, nuevas visiones sobre la prehistoria europea han ido sustituyendo a las que formuló Childe en los años veinte. Concretamente, Colin Renfrew (1973a) ha desempeñado un papel principal en el descrédito del modelo difusionista de Montelius-Childe de la prehistoria europea, enfatizando una vez más la superioridad tecnológica de Europa en los tiempos prehistóricos. Este investigador ha utilizado datos radiocarbónicos calibrados para argumentar que la metalurgia se desarrolló en Europa de manera independiente y en una época tan temprana como en el Próximo Oriente y que las estructuras megalíticas fueron erigidas en Malta y en Europa occidental anteriormente a la edificación de cualquiera de las construcciones monumentales del Próximo Oriente. Renfrew enfoca la prehistoria europea de una manera no demasiado diferente a la que los oponentes eurocéntricos de Montelius mostraron a finales del siglo XIX. Aunque sus interpretaciones están concebidas en términos de una perspectiva neoevolucionista que afirma la creatividad de todo grupo humano, no ofrece ninguna explicación específica sobre la precocidad de la cultura europea, que a veces parece darse por supuesta.

También ha resurgido un interés popular por los ricos conjuntos de los círculos y los alineamientos megalíticos de Gran Bretaña como evidencia de que en los tiempos prehistóricos existieron allí unos ingenieros altamente capacitados y unos «sacerdotes astrónomos». Como resultado de la nueva «cronología larga» de Renfrew, el conocimiento científico que reflejan estos monumentos se interpreta como indígena y no de origen exótico. A partir de ahí algunos investigadores afirman que Gran Bretaña desde el Neolítico ha sido el centro del desarrollo científico (Ellegård, 1981; Fowler, 1987). Así, parece que la decadencia de Gran Bretaña dentro del poder mundial ha producido, como mínimo, una débil reacción nacionalista. Esto ha ido acompañado por un amplio

resurgir del énfasis ejercido sobre el dinamismo económico, la igualdad ante la ley y el derecho a compartir el poder político como características exclusivas de la civilización occidental (Wells, 1984; Gosden, 1985; Lamberg-Karlovsky, 1985b; Willey, 1985).

La arqueología histórico-cultural en Norteamérica

En los Estados Unidos, poco después de 1910 se adoptó el enfoque histórico-cultural como respuesta a la creciente familiaridad con el registro arqueológico. La investigación continuada reveló cambios temporales que no podían ser explicados por la simple sustitución de un grupo de gente por otro. Como resultado de los primeros hallazgos confirmados como paleoindios en la década de los veinte, empezó a ser evidente que los pueblos nativos habían vivido en Norteamérica desde hacía mucho más tiempo de lo que hasta entonces habían creído la mayoría de los arqueólogos (Willey y Sabloff, 1980, pp. 121-123). Estas observaciones se produjeron en un contexto de desarrollo general de la antropología americana. La antropología boasiana había popularizado los conceptos de cultura etnográfica como unidad básica de estudio, y de difusión como una de las causas principales del cambio cultural. Además, la persuasiva defensa que hacía Boas del relativismo cultural y su fuerte oposición al racismo potenció la idea de que los indios eran capaces de generar cambio. Pero, aunque se interesó en algunos momentos por la arqueología, ciencia que promovió activamente en México (*ibid.*, pp. 84-85), no se tiene evidencia que fuese este investigador el introductor del concepto de cultura arqueológica en los Estados Unidos. Por el contrario, la manera en que este concepto se desarrolló en Norteamérica y el hecho de que fuese utilizado anteriormente a su definición formal en Europa sugiere su origen independiente. Ambas versiones, la europea y la americana, hundían sus raíces en la etnología de Friedrich Ratzel.

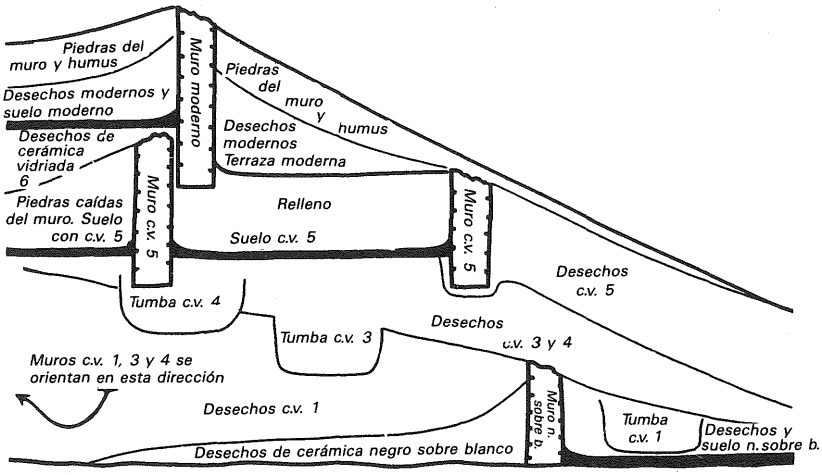
Ya hemos observado que durante el siglo XIX los arqueólogos americanos tomaron progresivamente conciencia de la existencia en el registro arqueológico de manifestaciones culturales circunscritas geográficamente, especialmente en la zona central de los Estados Unidos, donde el interés por los Constructores de Túmulos había producido una intensa actividad arqueológica. En 1890, G. P. Thruston definió una «raza» de las Tumbas de Piedra en Tennessee, cuyos restos según él pertenecían a una tribu o a un grupo de tribus relacionadas entre sí (pp. 5, 28). El término «cultura» fue aplicado por primera vez a grupos de yacimientos del valle del Ohio que contenían conjuntos de artefactos característicos. Hacia 1902, William C. Mills distinguió las culturas de Fort Ancient y Hopewell. En 1909 W. K. Moorehead identificó la cultura de Glacial Kame y poco después H. C. Shetrone (1920) aisló muchas más unidades en la misma área. Estas culturas arqueológicas diferían de las europeas o de las americanas recientes sobre todo porque habían permanecido principalmente como entida-

des geográficas. Por ejemplo, no fue hasta 1936 que la cultura de Hopewell pudo ser datada con seguridad en un tiempo anterior a la de Fort Ancient.

En 1913 el etnólogo norteamericano Berthold Laufer (1913, p. 577) diagnosticó correctamente cuál era la más seria deficiencia de la arqueología americana, a saber, su falta de control cronológico. Este era un problema que los arqueólogos americanos habían ya reconocido y empezado a remediar. Las excavaciones estratigráficas habían comenzado a realizarse con una frecuencia creciente desde 1860, aunque esta técnica no fue usada de manera regular durante un largo período, a pesar de que se reconocía que podía proporcionar importantes conclusiones, como la demostración de Richard Wetherill de que la cultura de Basketmaker había precedido en el suroeste de América a la cultura, más sedentaria, de los pueblo (Kidder, 1924, p. 161). Adolf Bandelier a partir de 1880 y Edgar Lee Hewett en 1904 intentaron establecer, basándose en tipologías en gran medida especulativas, la cronología a grandes rasgos de los yacimientos prehistóricos de los pueblo (Schwartz, 1981). Este trabajo constituía solamente el principio. Willey y Sabloff (1980, p. 83) han constatado que los arqueólogos americanos sólo se preocuparon seriamente por la cronología entre 1914 y 1940.

En 1913 los arqueólogos empezaron a estudiar de manera sistemática la cronología cultural de suroeste. Nels C. Nelson (1875-1964) (1916) y Alfred V. Kidder (1885-1963) llevaron a cabo extensas excavaciones estratigráficas. Nelson había asistido como observador y participante a algunas excavaciones paleolíticas de Francia y de España, y anteriormente, como estudiante en California, había excavado concheros estratificados bajo la dirección de Max Uhle. Kidder había tomado parte en un curso de métodos de campo en la Universidad de Harvard con el egiptólogo George Reisner (1867-1942), uno de los mejores excavadores de principios de este siglo. En 1916 y 1917 A. L. Kroeber y Leslie Spier utilizaron técnicas de seriación para determinar la ordenación cronológica de los yacimientos de la región Zuñi, en la que habían llevado a cabo una prospección y recogida de los restos cerámicos superficiales. Spier excavó posteriormente algunos de estos yacimientos estratigráficamente para comparar los resultados de ambas técnicas.

En su *An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology,* Kidder (1924), intentó realizar la primera síntesis histórico-cultural de la arqueología de cada una de las zonas de los Estados Unidos. Este estudio fue publicado un año antes de *The Dawn of European Civilization* de Childe. En él, Kidder examinaba el material arqueológico de nueve cuencas fluviales en términos de cuatro períodos o estadios sucesivos de desarrollo cultural: Basketmaker, Postbasketmaker, Pre-Pueblo y Pueblo. Cada período recibía a veces el nombre de cultura, aunque las variantes regionales asociadas a cada una de las cuencas también eran designadas como cultura de la cuenca de Chihuahua, cultura Mimbres y cultura del Bajo Gila. Aunque el término cultura aún no había adquirido un significado estándar en el suroeste, ya empezaba a vislumbrarse un concepto muy próximo al de cultura arqueológica, como resultado de los estudios



27. Perfil realizado por Kidder de una serie de estratos de desperdicios y de niveles de construcción en las ruinas de Pecos, Nuevo México, de *An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology,* 1924.

cronológicos, complementarios del conocimiento ya existente sobre variaciones geográficas.

Pero lo que más interesaba del trabajo de Kidder a los demás arqueólogos era su cronología. En el primer Congreso de Pecos, celebrado en 1927, los arqueólogos que trabajaban en el área adoptaron un esquema clasificatorio general basado en tres períodos Basketmaker, seguidos de cinco períodos Pueblo. H. S. Gladwin se quejó de que, entre otras deficiencias, la clasificación de Pecos encajaba mejor en el área norte de los pueblo del suroeste que en las regiones más meridionales, donde existían culturas bastante diferentes. En un artículo titulado «A method for designation of cultures and their variations» (1934), él y su esposa, Winifred, proponían para la región una clasificación jerárquica de las unidades culturales. Las unidades más generales eran llamadas raíces, y eran tres: la raíz Basketmaker (posteriormente Anasazi), la raíz Hohokam y la raíz Caddo (posteriormente Mogollón). Cada una de ellas, que habían sido halladas en las zonas septentrional, meridional y montañosas intermedias del área suroeste, fue subdividida en corrientes, que después fueron llamadas regiones, y éstas, a su vez, en ramas y fases que recibieron nombres geográficos específicos. Algunas fases se sucedían la una a la otra en la misma localidad y cada una de ellas se definió como un conjunto de yacimientos con un alto grado de similitud en sus tipos de artefactos. Aunque la clasificación jerárquica de Gladwin estaba basada en grados relativos de similitud de las características, su modelo dendrítico contemplaba también consideraciones geográficas, siendo implícitamente cronológico; las raíces se habían formado antes que las

corrientes y las corrientes antes que las ramas. Willey y Sabloff (1980, p. 105) han apuntado que este sistema implicaba que las culturas prehistóricas del suroeste de los Estados Unidos se habían ido diferenciando de manera creciente a lo largo de los tiempos, lo cual «aunque era una posibilidad, no había sido demostrada».

Un esquema similar pero mucho más influyente fue propuesto, en 1932, por un grupo de arqueólogos que trabajaban en la zona mediooeste de los Estados Unidos bajo el liderazgo de W. C. McKern (1939). El Método Taxonómico del Oeste Medio fue pronto aplicado en toda la zona central y oriental de los Estados Unidos, con el fin de clasificar grandes cantidades de material recuperado por arqueólogos aficionados en una región donde se conocían pocos yacimientos estratificados con largos períodos de ocupación. El Método Taxonómico del Oeste Medio proponía clasificar estos hallazgos a partir exclusivamente de criterios formales. Así, aunque sus autores negaban que el sistema tuviese implicaciones históricas (Rouse, 1953, p. 64), actuaban bajo el supuesto de que las diferencias culturales en una localidad indicaban diferencias temporales, mientras que culturas similares distribuidas a lo largo de grandes áreas databan del mismo período (Snow, 1980, p. 11). Los conjuntos de artefactos que representaban un período simple de ocupación de un yacimiento se llamaron componentes; los componentes que poseían un conjunto de tipos artefactuales casi idéntico fueron asignados al mismo foco; los focos con una «mayoría preponderante de características» compartidas, al mismo aspecto; los aspectos que poseían en común sólo características generales se atribuyeron a la misma fase, y las fases que denotaban cierta convergencia en algunos rasgos amplios, al mismo modelo. Se argumentaba que las características utilizadas para definir un modelo eran «un reflejo cultural de las adaptaciones primarias de los pueblos a su medio ambiente, definidas por tradición». Los modelos identificados fueron el modelo Woodland, caracterizado por yacimientos semisedentarios, cerámica de cuerdas y puntas de proyectil pedunculadas y con los costados ranurados; el modelo del Mississippi, con yacimientos sedentarios, cerámica incisa y pequeñas puntas triangulares; y el modelo arcaico, donde la cerámica se hallaba ausente y lo más característico eran los instrumentos de pizarra.

Los focos y los aspectos se definieron a partir de la realización de unas listas de tipos de artefactos para cada componente, y de la observación de cuántos tipos tenían en común los diferentes componentes. Este enfoque se correspondía con la concepción histórica particularista, liderada por Boas, que veía las culturas no como sistemas integrados sino como colecciones de características individuales que habían coincidido como resultado de casualidades históricas. Estas definiciones no contemplaban ninguna inferencia acerca del comportamiento humano, y no se prestó ninguna atención, como Childe sí lo había hecho, al significado funcional de las diferentes clases de artefactos o al significado ecológico de todo lo que se iba hallando. Se negligió toda comparación cuantitativa de las diferentes clases de artefactos en favor de hacer notar sim-

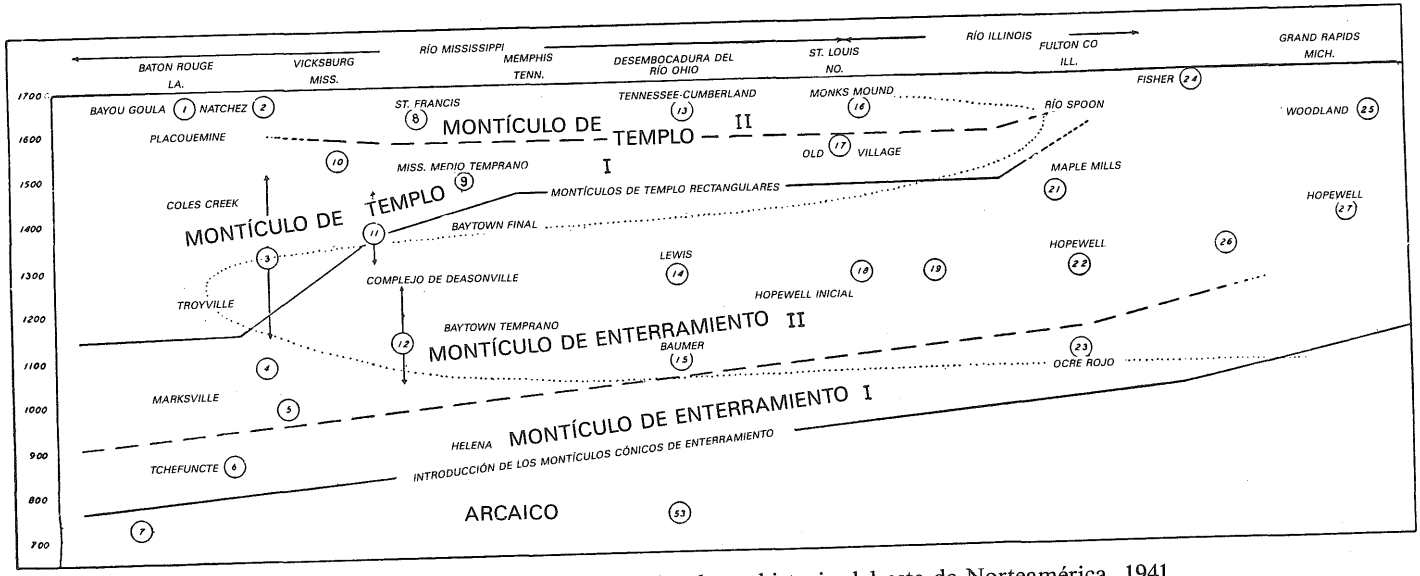
plemente la presencia o ausencia de los tipos artefactuales. A las frecuencias de cambio de los tipos no parece que se les concediese ningún significado cronológico o funcional. Ni siquiera se prestó atención al hecho de que los artefactos estilísticamente muy variables, como la cerámica, con frecuencia apareciesen divididos en muchos más tipos que los objetos de hueso o de piedra. De todas maneras se reconocía que las necrópolis y los lugares de habitación pertenecientes a la misma cultura podían ofrecer unos tipos artefactuales diferentes. Debido a ello, algunos arqueólogos propusieron basar la identificación de los focos en una gama de yacimientos que fuesen representativos de las manifestaciones culturales completas de un pueblo, y no inferirlos a través de los componentes (McKern, 1939, pp. 310-311). Se argumentaba que estas consideraciones, así como el carácter incompleto de los datos arqueológicos, imposibilitaban que los porcentajes específicos pudieran utilizarse para establecer los grados de relación entre los componentes. Con todo, se mantenía que la «similitud cuantitativa», medida a partir del porcentaje de tipos artefactuales comunes, era un factor importante para determinar el estatus clasificatorio de las manifestaciones arqueológicas.

Ambos, el sistema de Gladwin y el Método Taxonómico del Oeste Medio, evitaban el término cultura, que McKern (1939, p. 303) creía que era utilizado por los arqueólogos para designar un abanico de fenómenos demasiado amplio. A pesar de todo, estos dos sistemas fueron el inicio del uso sistemático de las unidades culturales para la clasificación de los datos arqueológicos en los Estados Unidos, bajo el disfraz de las fases de Gladwin y de los focos y aspectos de McKern. Estas unidades eran consideradas el equivalente arqueológico de una tribu o de un grupo de tribus estrechamente relacionadas. Sus esquemas dendríticos implicaban que las culturas, como las especies biológicas, se iban diferenciando a lo largo de caminos irreversibles, ignorando de ese modo la convergencia que significa la difusión. En ambos casos se suponía que las características compartidas respondían a unos orígenes, una historia y una etnicidad comunes. También se creía que las características compartidas a un nivel más general eran más antiguas que las que poseían un carácter cultural más específico, falacia que en los años treinta habría hecho parecer una botella de Coca-Cola más antigua que un hacha achelense. Este punto de vista tuvo algunos efectos negativos sobre la interpretación de los datos arqueológicos. Por ejemplo, en el estado de Nueva York, el modelo Woodland de McKern agrupaba culturas prehistóricas que los arqueólogos habían asociado tradicionalmente a los pueblos hablantes de la lengua algonkiense, y su modelo del Mississippi reunía las culturas históricas de los iroqueses, que lingüísticamente no tenían ninguna relación. La suposición de que las culturas no podían pasar de un modelo a otro, de la misma manera que una lengua algonkiense no podía evolucionar hacia una iroquesa, entorpecía enormemente que los arqueólogos pudiesen caer en la cuenta de que las culturas históricas iroquesas habían evolucionado a partir de unos antecedentes locales del Woodland medio (MacNeish,

1952). A este respecto, el Método Taxonómico del Oeste Medio, aunque se esforzaba por mantener una objetividad en la clasificación y en mantener la precisión cuantitativa, perpetuó la visión pesimista acerca de las capacidades de los indios para el cambio, visión que había caracterizado toda la arqueología americana a lo largo del siglo XIX.

En la práctica, esta deficiencia fue de corta duración. Fases y focos pronto fueron reordenados para el establecimiento de cronologías locales con la ayuda de la estratigrafía y la seriación, tal como se venía haciendo en Europa. A medida que esto fue sucediendo, se fue abandonando el alto nivel a que habían llegado en América los esquemas clasificatorios y las culturas fueron siendo consideradas como mosaicos formativos, en los que cada unidad poseía sus propios límites temporales y espaciales empíricamente definidos. A las culturas, así como a los tipos artefactuales, se les atribuyó un carácter persistente, que posiblemente sufría modificaciones muy lentas, en la formación de tradiciones y un componente de ampliación geográfica que perseguía la creación de horizontes culturales, que era uno de los recursos utilizados para ordenar cronológicamente las tradiciones. Estos conceptos fueron sistematizados por G. R. Willey y Philip Phillips en *Method and Theory in American Archaeology* (1958). A medida que se fueron construyendo las cronologías culturales regionales, la visión dendrítica sobre el desarrollo cultural empezó a hacerse insostenible, y los arqueólogos iniciaron un proceso de aceptación de la idea de que la difusión podía desempeñar un papel muy significativo en el desencadenamiento del cambio cultural. Aun así, la difusión se empleaba de manera mecánica. La mayoría de arqueólogos no se interesaban demasiado por comprender la dinámica interna del cambio o en intentar determinar por qué una innovación en concreto se difundía de un grupo a otro o bien quedaba aislada. Hacia 1941, ya se habían recogido suficientes datos como para que James A. Ford y G. R. Willey pudieran presentar una síntesis de la historia cultural del este de Norteamérica. En esta obra, las culturas conocidas fueron agrupadas de manera que se presentaron cinco estadios de desarrollo: arcaico, túmulos funerarios I (Woodland antiguo), túmulos funerarios II (Woodland medio), túmulos-templo I (Mississippi antiguo) y túmulos-templo II (Mississippi reciente). Cada estadio se consideraba que procedía del sur y, en último término y de una manera mucho más general, de Mesoamérica, habiéndose extendido hacia el norte a través del valle del Mississippi. Así, se creó una interpretación de la prehistoria del este de Norteamérica que se parecía a la que había sido presentada en Europa en *The Dawn of European Civilization.*

A pesar de que la difusión implicaba el reconocimiento de una mayor capacidad de las culturas nativas para desencadenar cambios de lo que hasta entonces se había creído, las explicaciones difusionistas se empleaban de una manera muy conservadora. Ideas nuevas como la cerámica, los túmulos funerarios, el trabajo del metal y la agricultura, se consideraban casi siempre procedentes de Mesoamérica o bien de Asia oriental (Spinden, 1928; McKern, 1937; Spaulding,



28. Esquema cronológico de la síntesis de Ford y Willey sobre la prehistoria del este de Norteamérica, 1941.

1946), hecho que implicaba que los nativos norteamericanos eran más imitativos que creativos. Además, los arqueólogos todavía tendían a atribuir a las migraciones los cambios principales ilustrados por el registro arqueológico. Por ejemplo, durante la década de los cincuenta la transición del modelo Arcaico al modelo de Woodland y del modelo de Woodland al modelo del Mississippi en la zona nororiental de los Estados Unidos, se interpretaba como el resultado de la llegada de nuevas poblaciones a aquella región. Como había sucedido en Europa, las teorías del cambio cultural y las cronologías acabaron por vincularse para formar un sistema interrelacionado de interpretación. Se adoptó una cronología muy alta en la que las culturas del Arcaico reciente, hoy día datadas gracias al radiocarbono alrededor del 2500 a.C., fueron situadas no mucho antes del 300 d.C. (Ritchie, 1944). Esta cronología alta reflejaba la creencia de que los cambios principales habían tenido lugar como resultado de migraciones. Así, mientras que ésta estuvo en uso, no se consideró el desarrollo interno como una explicación alternativa al cambio cultural en esta área.

Con la notable excepción de Ford y Willey (1941), las interpretaciones de los datos arqueológicos se caracterizaban por una falta de voluntad para descubrir o intentar investigar un posible modelo global para la prehistoria americana. Sólo una parte insignificante de la síntesis más ambiciosa producida durante el período histórico-cultural, la de P. S. Martin, G. I. Quimby y Donald Collier titulada *Indians before Columbus* (1947), se dedicaba a interpretar, más que a describir, el registro arqueológico. Los autores llegaron a la conclusión de que desde la llegada de los primeros inmigrantes asiáticos «existió un proceso continuado de adaptación a los diferentes ambientes naturales locales, de especialización y de invención independiente» que «condujo al desarrollo de una serie de culturas indias regionales» (p. 520). Con todo, creían que las dos innovaciones que habían sido seleccionadas como representativas de las características básicas del desarrollo cultural, es decir, la cerámica y la agricultura, eran de origen externo. Aunque el libro documentaba el cambio como un rasgo básico de la prehistoria de Norteamérica, se esforzaba muy poco en explicarlo. Kidder era una rara excepción de la perspectiva evolucionista al mantener en 1924 que el suroeste prehistórico de los Estados Unidos debía al exterior poco más que la «semilla» de su cultura y que su desarrollo había sido local y casi totalmente independiente, hasta que fue segado por «la plaga devastadora que significó la llegada del hombre blanco» (1962, p. 344). En esto, como en muchas otras cosas, Kidder fue un innovador.

La arqueología americana empezó a dejar de ser la víctima pasiva de los estereotipos que creían que los indios eran seres incapaces de cambio, visión que había dominado todo el siglo XIX. Con todo, aunque el cambio y el desarrollo cultural fueron considerados por vez primera a partir de 1914 como un rasgo conspicuo del registro arqueológico de Norteamérica, el producto principal de este período fue una serie de cronologías regionales. Aunque se abandonaron los enfoques abiertamente racistas sobre los pueblos nativos, los estereo-

tipos del indio americano formulados con anterioridad a 1914 permanecieron en gran medida sin ponerse en tela de juicio. Los cambios principales documentados en el registro arqueológico continuaron siendo atribuidos a la migración, y la difusión sólo se admitía de mala gana para conceder cierta creatividad a los indios norteamericanos. Al haber mucha menos preocupación que en tiempos anteriores por la reconstrucción de los modos de vida prehistóricos, los vínculos entre la arqueología y la etnología, y entre los arqueólogos y los pueblos nativos, se debilitaron. No se formaron unas relaciones alternativas, y la arqueología americana empezó a preocuparse en gran medida por las tipologías artefactuales y culturales y por la construcción de cronologías de las culturas.

Los arqueólogos americanos no adoptaron simplemente de los europeos el enfoque histórico-cultural, sino que lo reinventaron en gran parte, a medida que el conocimiento sobre las variaciones cronológicas del registro arqueológico se fue incrementando y se convirtió en un complemento de la antigua preocupación por las variaciones geográficas. El enfoque cronológico-cultural se desarrolló de manera diferente en Europa, donde la antigua preocupación evolucionista por las variaciones cronológicas se complementó con una toma de conciencia cada vez mayor de las variaciones geográficas del registro arqueológico (Trigger, 1978a, pp. 75-95). Aun así, la arqueología americana no superó la visión de los pueblos nativos que había imperado durante la fase «colonial». La aceptación mínima del cambio durante los tiempos prehistóricos fue primariamente una adaptación de las viejas ideas a los nuevos acontecimientos arqueológicos. La arqueología americana siguió siendo colonial en espíritu, aunque externamente adoptase una metodología histórico-cultural. El precio que los arqueólogos americanos tuvieron que pagar por su conservadurismo sería un creciente desengaño de su disciplina, que se percibió en el poco interés teórico e histórico demostrado.

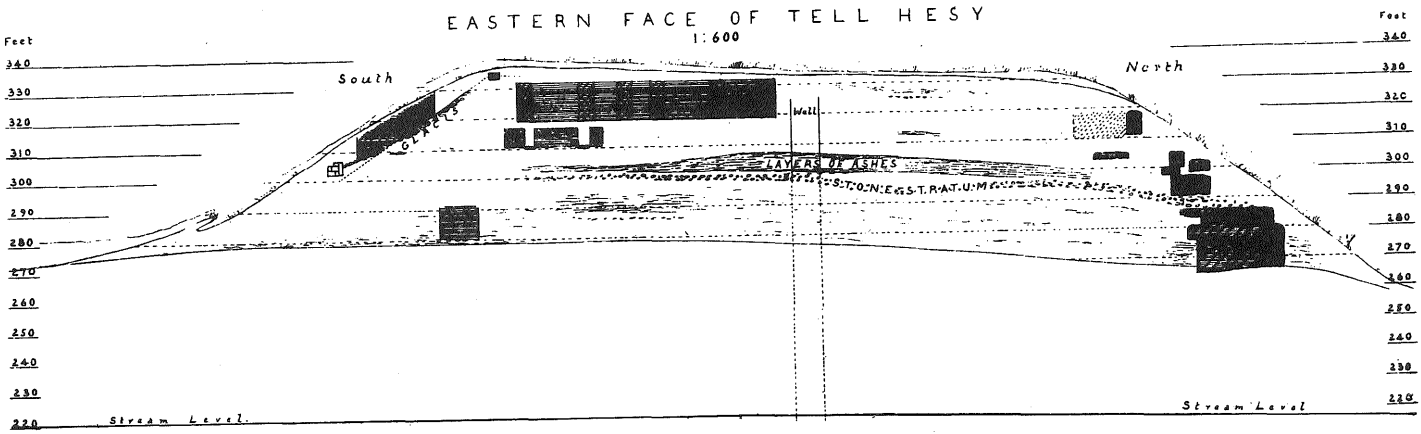
Los desarrollos técnicos

El desarrollo del enfoque histórico-cultural tuvo como resultado un avance significativo de los métodos arqueológicos. Esto es especialmente evidente por lo que respecta a la estratigrafía, la seriación, la clasificación y el conocimiento del modo de vida de los pueblos en el pasado. A medida que los arqueólogos empezaron a preocuparse cada vez más por problemas históricos en detrimento de las cuestiones evolucionistas, percibieron la necesidad de incrementar el control de las variaciones cronológicas y culturales. Los cambios temporales dentro de los yacimientos en períodos de tiempo relativamente cortos empezaron a ser cruciales para resolver esos interrogantes de naturaleza más histórica que evolucionista. Esta necesidad se constató por vez primera en la arqueología clásica, que siempre había tenido una orientación histórica. A finales del

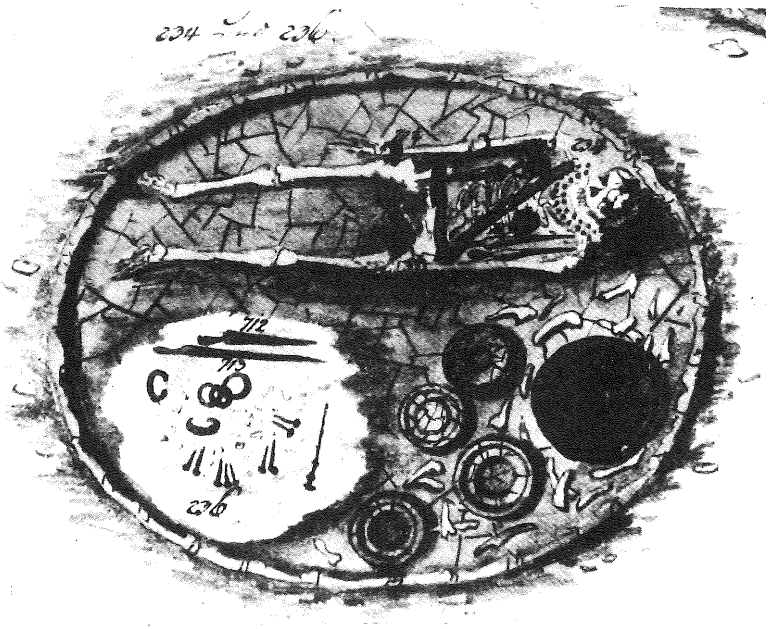
siglo XIX los arqueólogos clásicos empezaron a idear maneras de recuperar la información de los yacimientos históricos para poder corroborar y ampliar lo que ya se sabía a través de los registros escritos. Uno de los pioneros de estos primeros intentos de análisis estratigráfico fue Giuseppe Fiorelli (1823-1896), a quien se encomendaron las excavaciones de Pompeya en 1860. Afirmó que la recuperación de las obras de arte, procedimiento que había dominado hasta entonces la arqueología de campo, poseía un carácter secundario frente a una excavación detallada de todas las construcciones que tuviese por objetivo conocer cómo habían sido edificadas y las funciones que a cada una de sus partes había estado destinada. Esto requería una excavación estratigráfica cuidadosa de manera que fuese posible reconstruir los pisos superiores de las casas. También se dedicó a reconstruir la forma primigenia de los restos orgánicos, incluyendo cuerpos humanos, a través del relleno con yeso líquido de los agujeros que dejaron en las cenizas. Fiorelli estableció una escuela arqueológica en Pompeya donde los estudiantes podían aprender todas sus técnicas (Daniel, 1950, p. 165).

Su trabajo fue proseguido por el arqueólogo austríaco Alexander Conze (1831-1914), quien inició las excavaciones de la isla de Samotracia en 1873, y por el arqueólogo alemán Ernst Curtius (1814-1896), quien empezó a excavar en Olimpia dos años después. Estas intervenciones fueron el preludio de treinta años de importantes excavaciones en los yacimientos clásicos del Mediterráneo oriental. Ambos arqueólogos registraban las plantas y la estratigrafía de sus excavaciones de edificios antiguos principales con detalle suficiente para que sus informes pudieran sustituir perfectamente todo lo que la excavación destruía. El informe sobre Samotracia fue el primero en contener plantas registradas por arquitectos profesionales, así como documentación fotográfica sobre los trabajos. Wilhelm Dörpfeld (1853-1940), que había estado excavando en Olimpia, trabajó para Heinrich Schliemann (1822-1890) en Hisarlik, Turquía, desde 1882 a 1890. Schliemann, que había empezado las excavaciones en ese mismo lugar en 1871, había sido el pionero de la excavación estratigráfica de yacimientos de *tells* multiestratificados en su esfuerzo por descubrir los restos de la Troya homérica. En Hisarlik descubrió siete niveles superpuestos correspondientes a siete ocupaciones del yacimiento. Utilizando métodos de excavación más refinados, Dörpfeld identificó nueve niveles y revisó la cronología de Schliemann (Daniel, 1950, pp. 166-169).

Estas nuevas técnicas de excavación y registro de los datos se fueron extendiendo gradualmente a todo el Próximo Oriente. W. M. F. Petrie (1853-1942), que empezó a trabajar en Egipto en 1880, registró las plantas de sus excavaciones, anotando dónde aparecían los hallazgos principales, aunque generalmente no dibujaba las secciones estratigráficas ya que las creía de una importancia menor, al haber excavado casi siempre yacimentos ocupados durante cortos períodos. Sí registró perfiles estratigráficos en Tell el-Hesy, un yacimiento estratificado del sur de Palestina donde comenzó a excavar en 1890 (Drower, 1985).



29. Perfil realizado por Petrie en Tell el-Hesy, 1890 (*Tell el Hesy,* 1901).



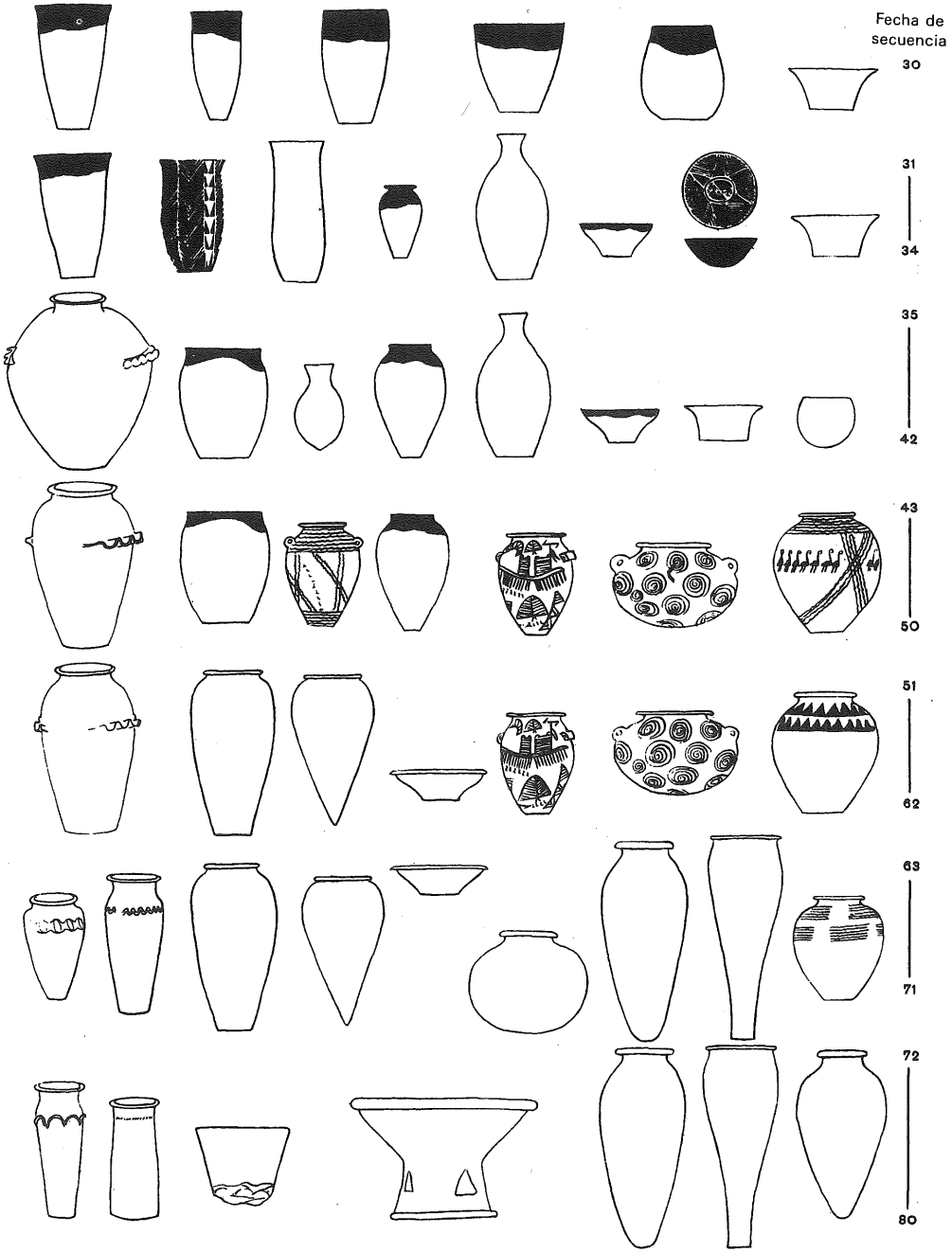
30. Tumba de la necrópolis de Hallstatt, Austria, registrada por el pintor Isidor Engel a mediados del siglo XIX.

George Reisner, quien excavó en Sudán y en Egipto a partir de 1899, introdujo el registro de las secciones además del de las plantas e inició el camino que llevaría a la arqueología egipcia hasta su estado actual (J. Wilson, 1964, pp. 145-149).

Desde el siglo XVII los monumentos prehistóricos fueron sólo ocasionalmente excavados con atención y detalle (Klindt-Jensen, 1975, p. 30) y las técnicas de registro detalladas se desarrollaron en ese campo mucho más lentamente que en la arqueología clásica. Hasta 1870, como resultado de la preocupación evolucionista, el interés se había centrado exclusivamente en el registro de secciones cruzadas, realizadas con un estilo a veces muy idealizado, a excepción de las tumbas ricamente dotadas, como las que se hallaron en la necrópolis de la Primera Edad del Hierro en Hallstatt, Austria, en 1850 (Sklenář, 1983, pp. 71-72, 77). El general Augustus Lane-Fox Pitt-Rivers (1827-1900) modificó esta situación con sus detalladas y lentas excavaciones de los yacimientos de la gran propiedad que poseía en el sur de Inglaterra a partir de 1870. En 1850 había empezado a interesarse por la antropología como resultado de un profundo estudio que realizó sobre las armas de fuego con el objetivo de mejorar los rifles del ejército británico. A partir de 1860 empezó a crear una impresionante colección etnográfica y escribió sobre la guerra y la navegación antiguas y los prin-

cipios de clasificación (Pitt-Rivers, 1906). Su hija se casó con John Lubbock. Aunque era un evolucionista (Pitt-Rivers, 1906), el objetivo principal de Pitt-Rivers como arqueólogo era conocer la historia particular de cada yacimiento. Para ello, excavaba zanjas en ángulo recto, dejando testigos para registrar la estratigrafía y relacionando cuidadosamente los hallazgos con su contexto estratigráfico. En sus profusos informes de excavación puso de relieve la necesidad de que los arqueólogos publicasen una memoria completa de sus trabajos, y no solamente de lo que ellos creían de interés (M. Thompson, 1977). Aunque Pitt-Rivers se trata siempre como una figura aislada, se reconoce que su trabajo marcó una mejora general del registro estándar de los yacimientos prehistóricos. A. H. Bulleid y H. S. Gray (1911, 1917) registraron sus trabajos en el poblado de finales de la Edad del Hierro en Glastonbury entre 1892 y 1911, con tal detallismo que se pudo proceder en 1970 al reanálisis de los datos concernientes a los niveles de destrucción y edificación (Clarke, 1972b). Gracias a Mortimer Wheeler (1890-1976), uno de los pocos arqueólogos jóvenes que sobrevivieron a la Primera Guerra Mundial, se generalizaron en todo el Viejo Mundo a partir de 1930 las técnicas modernas de excavación y registro tridimensional (1954). Wheeler estableció la primacía, fiabilidad y fácil disponibilidad de la evidencia arqueológica en las mentes de los arqueólogos británicos e indios, dejando claro que un dato erróneo podría viciar una buena teoría. Hacia la década de 1930, estas técnicas ya se empleaban de manera habitual en Norteamérica (Willey y Sabloff, 1980, pp. 123-126).

Las técnicas de seriación también se afinaron para poder responder al creciente interés histórico. En 1880, Petrie, quien normalmente databa los yacimientos egipcios por medio de las inscripciones, excavó cierto número de grandes necrópolis en el sur de Egipto que contenían materiales desconocidos para él, entre los que no halló ninguna inscripción. Al final se llegó a la conclusión que aquellas tumbas databan del período prehistórico reciente. Existía una variación estilística considerable entre los artefactos hallados en las diferentes tumbas, lo que sugería que habían sido utilizados durante un largo período. No se disponía de estratigrafía o de modelos generales de expansión evidentes a partir de los cuales poder ordenar las tumbas ni siquiera para formar una secuencia cronológica a grandes rasgos. Para poder establecer una cronología, Petrie (1901) dividió la cerámica de las necrópolis de Diospolis Parva en nueve grupos mayores o clases a partir de unos setecientos tipos. Luego registró qué tipos aparecían en cada una de las quinientas tumbas, intentando seriarlas para constatar las concentraciones máximas de cada tipo (Heizer, 1959, pp. 376-383). Esta formidable tarea, formidable incluso usando ordenadores modernos (Kendall, 1969, 1971), se facilitó gracias a que Petrie había inferido ciertas tendencias en los recipientes principales, en particular la de la cerámica de asas onduladas a disminuir de tamaño, a convertirse de globular en cilíndrica y a hacer más rudimentarias las asas a medida que se iba aproximando al período histórico. Al final, pudo dividir estas quinientas tumbas en cincuenta grupos de diez



31. Cerámica de los períodos sucesivos de la secuencia predinástica de Petrie, de *Diospolis Parva,* 1901.

tumbas cada uno, ordenados de manera que formaban una serie de «fechas secuenciales». La secuencia cronológica resultante pudo así ser contrastada con las tendencias de los demás artefactos no cerámicos de las tumbas, disponiendo además del hecho de que algunas tumbas más modernas habían sido excavadas superponiéndose en parte a las más antiguas. La cronología de Petrie para el Egipto predinástico, la cual ha soportado bastante bien el paso del tiempo (Kaiser, 1957), difería de la seriación de Montelius en los intervalos definidores, que en algunos casos podían ser menos de una década y no períodos que duraban a veces cientos de años.

En 1916, A. L. Kroeber, que realizaba algunos trabajos de campo etnográficos entre los zuñi, halló un número de yacimientos arqueológicos en la zona, y observó que la cerámica difería entre ellos. Recogió algunos fragmentos de cerámica de dieciocho de estos yacimientos y los dividió en tres tipos generales. A través de la comparación de los cambios en las frecuencias de cada tipo, estableció una secuencia histórica de aquellos yacimientos (Heizer, 1959, pp. 383-393). Este enfoque fue adoptado por Leslie Spier (1917), quien lo aplicó a un gran número de yacimientos zuñi, mientras que James Ford (1936) lo convirtió en la base a partir de la cual establecer gran parte de la cronología cultural del valle del Mississippi. A pesar de que Kroeber habría aprendido de Boas los principios básicos de la seriación y de la tipología y de que conocería el trabajo de Petrie (Willey y Sabloff, 1980, pp. 94-95), su técnica de seriación no estaba basada en los mismos principios que la de Petrie. La seriación de Petrie dependía de la aparición individual o no aparición en los hallazgos cerrados de un gran número de tipos diferentes, mientras que la «seriación de frecuencia» de Kroeber dependía de las frecuencias variables de un número mucho más pequeño de tipos (Dunnell, 1970). Esto sugiere el desarrollo separado de los dos enfoques. En ambos casos, la seriación se usaba para establecer una secuencia histórica detallada de poblados o de tumbas y no una sucesión de períodos, como se habían dedicado a hacer los arqueólogos evolucionistas desde Thomsen a Montelius. Petrie y Kroeber eligieron ambos trabajar con la cerámica porque sus atributos estilísticos proporcionaban un índice más sensible al cambio que los instrumentos de piedra o de metal que habían estudiado los arqueólogos escandinavos.

Este interés creciente en definir culturas y en averiguar seriaciones más detalladas produjo unas clasificaciones de artefactos mucho más detalladas, en Europa y en Norteamérica. En Europa estas clasificaciones tendieron a construirse sobre las que habían establecido los arqueólogos evolucionistas, ya fuese subdividiéndolas o afinando los tipos existentes. Los tipos empezaron a verse con ojos pragmáticos como un medio para lograr objetivos cronológicos o bien para conocer la vida prehistórica. Quizás por estas razones, la discusión sobre la naturaleza y el significado de los tipos no se ha prodigado demasiado en Europa, a pesar de que ha sido en ella donde se han realizado complejas tipologías (Bordes, 1953; Childe, 1956a). La excepción principal la constituye

el trabajo de David Clarke, quien ha otorgado un tratamiento sistemático a la tipología arqueológica a todos los niveles (1968). En los Estados Unidos el significado teórico de la clasificación artefactual ha sido muy discutido a lo largo de los años. Aunque Winifred y Harry Gladwin (1930) consideraban los estilos cerámicos como indicadores de variaciones temporales y espaciales de las culturas, creían que era necesario definir los tipos de cerámica de manera que se mantuviesen libres de implicaciones temporales si se quería evitar la subjetividad. Por tanto, propusieron una designación binomial, en la que la primera palabra indicaba la región geográfica en donde el tipo fue hallado y la segunda se refería a su color o al tratamiento de su superficie, como por ejemplo Tularosa negro sobre blanco. Las descripciones de los tipos se publicaban en un formato determinado que indicaba el nombre, el tipo de recipiente, el diseño, el tipo de yacimiento, la distribución geográfica, afiliaciones culturales y el período cronológico supuesto (Colton y Hargrave, 1937). James Ford (1938), por otra parte, puso de relieve que sólo valía la pena reconocer los tipos si éstos podían demostrar ser unos instrumentos útiles para interpretar la historia cultural y que no deberían diferenciarse a menos que los resultados se pudiesen correlacionar claramente con diferencias temporales y espaciales. Consideraba los tipos meros instrumentos para el análisis histórico. Las discusiones posteriores referentes a los tipos se centraron en aquellos que habían realizado y usado los artefactos, en las relaciones entre tipos y los atributos o modos utilizados para definirlos y en la naturaleza de los atributos y su utilidad para la seriación artefactual (Rouse, 1939). A partir de 1950 se argumentó que los tipos podían ser descubiertos a través de agrupaciones regulares de atributos, y que estos tipos «naturales» podían revelar mucho más sobre el comportamiento humano y el cambio cultural que las arbitrarias creaciones de Ford (Spaulding, 1953). Esta prolongada discusión sobre la clasificación artefactual fue la primera manifestación importante de la preocupación de los arqueólogos americanos por articular y explicitar la base analítica de su disciplina.

El interés creciente por la forma de vida de los diferentes grupos europeos durante los tiempos prehistóricos, estimulado por el nacionalismo pero que hundía sus raíces en la arqueología escandinava del siglo XIX, llevó a los arqueólogos a prestar atención a ciertas clases de datos arqueológicos que antes no se habían tenido en cuenta. El interés que siempre se había tenido por las necrópolis fue sustituido por un estudio cada vez mayor de los poblados. Esto requería excavaciones horizontales de gran extensión, y no excavaciones estratigráficas verticales, así como el registro de muchas observaciones nuevas. Los primeros agujeros de poste parecen haber sido anotados por Pitt-Rivers en 1878, tras lo cual se reconoció rápidamente su valor para reconstruir las plantas de las estructuras de madera ya desaparecidas. En 1890 la Comisión del Limes Romano-Germánico, que estaba estudiando los yacimientos que jalonaban la frontera norte del Imperio romano en Centroeuropa, desarrolló una serie de técnicas para identificar agujeros de poste en todo tipo de suelos (Childe, 1953, p. 13).

Los arqueólogos también empezaron a registrar mucho más sistemáticamente los puntos exactos donde habían sido hallados los artefactos, para poder ponerlos en relación con hogares o muros. Gradualmente, los restos de talla y los pocos restos de flora y fauna que hasta entonces se habían desechado por poco importantes, empezaron a ser recuperados y estudiados.

Todo esto estimuló un nuevo interés por hacer los métodos arqueológicos más precisos. El principal objetivo de estas investigaciones era reconstruir una impresión visual de la vida en el pasado. Esto implicaba determinar cómo eran las casas, qué tipo de ropa llevaba la gente, qué instrumentos utilizaban y qué actividades desarrollaban. Estas impresiones pudieron empezar a ser reconstruidas mediante dibujos o bien tridimensionalmente bajo la forma de museos al aire libre. Un yacimiento que no requirió demasiada reconstrucción fue Skara Brae, un asentamiento neolítico en las islas Orkney que fue excavado por Gordon Childe (1931). En este yacimiento se habían conservado no sólo las casas sino también los muebles, como las camas o los armarios, ya que estaban construidos de losas de piedra. El período en que se dio el mayor salto en este sentido en Europa fue el comprendido entre 1920 y 1940. Se excavaron completamente muchas casas y sus alrededores, y los agujeros de poste, los hogares, los pozos y la distribución de los artefactos sirvieron para interpretar los modelos de la vida doméstica y diaria (De Laet, 1957, pp. 101-103; Sieveking, 1976, p. XVI). En Polonia se excavó una fortaleza de madera de la cultura de los Campos de Urnas en Biskupin en 1934, convirtiéndose después en el yacimiento arqueológico mejor conocido del país (Bibby, 1956, pp. 384-394).

En los Estados Unidos, el desarrollo del enfoque histórico-cultural inicialmente estimuló a los arqueólogos a excavar los yacimientos principalmente para conseguir muestras artefactuales que pudieran ser usadas para elaborar listas de características y para definir culturas. Se suponía que cualquier parte del yacimiento era representativa de la globalidad, y por ello se prefería practicar las excavaciones en los vertederos, donde los artefactos eran mucho más abundantes y podían ser recuperados sin invertir demasiado dinero. Además de los artefactos, los arqueólogos recuperaban los restos de flora y fauna como indicadores de los modelos de subsistencia, y los restos de esqueletos, que permitían identificar los tipos físicos del pueblo que había habitado el yacimiento. Durante la depresión económica de los años treinta, el gobierno federal de los Estados Unidos desgravaba a todas aquellas agencias que, a través de los servicios de parques, museos o universidades, ofreciesen grandes cantidades de dinero para la investigación arqueológica. Como resultado de ello, se excavaron yacimientos enteros, especialmente aquellos que se encontraban en las áreas que tendrían que inundarse para la construcción de presas hidroeléctricas (Willey y Sabloff, 1980, pp. 115, 127). Estas masivas excavaciones en extensión produjeron que se prestase más atención a los modelos de asentamiento.

Esta convergencia en los programas de investigación no indicaba en América y Europa una similitud creciente de las actitudes acerca del pasado. Mien-

tras que los europeos se veían implicados emocionalmente en lo que era el estudio de su propia prehistoria, los euroamericanos continuaron contemplando el registro arqueológico como el producto de unos pueblos extranjeros. Con todo, a ambos lados del Atlántico, el desarrollo de un enfoque histórico-cultural de la arqueología llevó a un período de elaboración, lo cual en términos de clasificación, cronología y reconstrucción cultural condujo a la metodología a un gran despegue a partir del bajo nivel que había tenido en la arqueología evolucionista. El cambio de un objetivo «científico» a uno «histórico» estimuló más que inhibió el desarrollo de una metodología arqueológica.

Conclusiones

A medida que los europeos occidentales dejaron de considerar la evolución cultural como un proceso natural o necesariamente conveniente, se empezó a desarrollar una visión centrada en la definición de las culturas arqueológicas y en el estudio de sus orígenes en términos de difusión y migración. La arqueología europea se alineó muy de cerca con la historia y empezó a hacer incursiones en el terreno del desarrollo de los pueblos específicos durante la prehistoria. Así, sus descubrimientos empezaron a formar parte del esfuerzo por la autodeterminación, afirmación de su identidad y unidad de las naciones en oposición a los conflictos de clase. Una arqueología de este tipo obviamente había de ejercer un gran atractivo en muchas partes del mundo. Los grupos étnicos y nacionales prosiguieron en su deseo de conocer más sobre su prehistoria, conocimiento que podía desempeñar un papel muy significativo en el fortalecimiento del orgullo y de la solidaridad de grupo y en el estímulo del desarrollo social y económico. Esto es particularmente importante para los pueblos cuyo pasado se había visto violentado o denigrado por parte de un enfoque colonialista de la historia y de la arqueología. Aunque los logros de la arqueología histórico-cultural pueden verse enriquecidos a través de técnicas para la reconstrucción de las culturas prehistóricas y para la explicación del cambio cultural, desarrolladas fuera del marco de este tipo de arqueología, sólo un enfoque que se centre en el conocimiento de la prehistoria de los pueblos específicos puede cumplir las necesidades de las naciones en su fase poscolonial. Por esta razón, la arqueología histórico-cultural todavía es socialmente atractiva en muchos lugares del mundo.

En los Estados Unidos, el enfoque histórico-cultural se desarrolló como respuesta a una toma de conciencia creciente sobre la complejidad del registro arqueológico. De todas maneras, en este caso, los arqueólogos no se sentían en absoluto identificados con los pueblos que estudiaban. En Europa, los arqueólogos todavía seguían sintiendo orgullo por los logros de sus ancestros. Con todo, a partir de 1880 se asistió a una pérdida de la fe en la creatividad humana, hecho que produjo una mayor confianza en la difusión y en la migración

para explicar los cambios del registro arqueológico. Por contraste, en los Estados Unidos el reconocimiento creciente de todos aquellos cambios en la prehistoria que no podían ser explicados por la migración, llevó a una mayor confianza en la difusión. En este caso, el difusionismo no representaba un pesimismo creciente acerca de la creatividad humana, sino una aceptación limitada y algo forzada de la capacidad de los nativos americanos para el cambio.

El paradigma histórico-cultural se centraba más en la cultura arqueológica que en los estadios generales de desarrollo. Así, se intentaba explicar el registro arqueológico con mucho más detalle de lo que se había hecho en el pasado. En los contextos nacionalistas donde se desarrolló en primer lugar, existía un gran deseo por saber cuanto más mejor sobre cómo habían vivido los pueblos específicos en los diferentes períodos del pasado, hecho que significaba que los arqueólogos empezaban a interesarse por construir descripciones sincrónicas de estas culturas. En América esta tendencia se desarrolló más lentamente debido al compromiso con unas listas de características «científicamente objetivas» que reflejaban la alienación continuada de los arqueólogos con los pueblos que estudiaban. Con todo, en ambos casos el cambio en las culturas arqueológicas era atribuido rutinariamente a factores externos, que se hallaban subsumidos en los conceptos generales de migración y difusión. En aquellos casos donde el origen interno de las innovaciones era evidente, el proceso o bien no se explicaba o bien era atribuido a características raciales especiales. El error más sorprendente de los arqueólogos histórico-culturales fue su rechazo, que se produjo tras el repudio del evolucionismo cultural, a extender su preocupación por el cambio al terreno de los sistemas culturales, que o bien hacían posible la innovación, o bien conducían a la aceptación de que las innovaciones procedían del exterior. Sin esta concienciación, la difusión estaba condenada a seguir siendo una no explicación.

6. LA ARQUEOLOGÍA SOVIÉTICA

> No es sólo un nuevo sistema económico lo que ha nacido. Ha nacido una nueva cultura ... una nueva ciencia ... un nuevo estilo de vida.
>
> N. I. Bujarin, *Theory and practice from the standpoint of dialectical materialism* (1931), p. 33.

Desde que el Partido Comunista llegó al poder en 1917, la arqueología ha sido dotada económicamente de manera muy generosa en la Unión Soviética, país que posee una de las redes de investigación arqueológica más extensa y centralizada del mundo. Cada año se llevan a cabo más de quinientas campañas de prospección y excavación, y se publican más de cinco mil informes y memorias académicas. La arqueología se financia como instrumento de educación pública y de elevación del nivel cultural. Sus descubrimientos se difunden activamente a través de publicaciones divulgativas y exposiciones museísticas. Parte de la tarea que tiene encomendada la arqueología es la de enriquecer el conocimiento de los orígenes y de la historia de los muchos grupos étnicos que componen la Unión Soviética. Otra misión, todavía más fundamental, es la de promover un enfoque materialista de la historia humana en concordancia con la filosofía que guía al Partido Comunista. La arqueología soviética añade verosimilitud y profundidad temporal a un esquema evolucionista cultural que, aunque se cuida de no negar el potencial creativo de ningún grupo humano, enfatiza el significado histórico mundial de la Unión Soviética como la primera asociación de estados que han evolucionado hacia sociedades socialistas, alcanzando el objetivo que otras naciones todavía no han logrado.

La Unión Soviética fue el primer país en interpretar los datos arqueológicos dentro del marco del materialismo histórico marxista. Desde finales de la década de los veinte, este paradigma ha guiado toda la investigación arqueológica allí realizada. La unidad resultante de esta perspectiva teórica, compartida por todas las demás ciencias humanísticas en la Unión Soviética, ha dotado a la arqueología soviética de un carácter distintivo, realzado por una barrera lingüística considerable y por largos períodos de aislamiento político e ideológico con respecto a Europa occidental y a los Estados Unidos. La arqueología

soviética no ha permanecido estática o estancada en los «dogmas del siglo XIX» ni ha cambiado su dirección simplemente para responder a las exigencias de las políticas gubernamentales de turno, como han mantenido algunos de sus críticos occidentales (M. Miller, 1956; M. Thompson, 1965). Por el contrario, se ha ido desarrollando, en el pasado, y continúa desarrollándose dentro del marco de la filosofía marxista. En la atmósfera cultural menos reglamentada intelectualmente de la era postestalinista, la arqueología soviética ha adquirido un carácter menos monolítico y ha asistido a un incremento de la diversidad de enfoques dentro del marco marxista. Además, aunque la arqueología soviética es en gran medida desconocida para los arqueólogos occidentales, ha ejercido su influencia, directa o indirectamente, en la investigación arqueológica realizada en lugares lejanos de su esfera de control político. Por todas estas razones, la arqueología soviética reviste una importancia mundial. A través de la comparación de las similitudes y las diferencias entre los tipos de arqueología que se han desarrollado en Occidente y en la Unión Soviética bajo diferentes esquemas conceptuales y orientaciones políticas, parece posible entender mejor los factores generales que influyen en la interpretación arqueológica.

La arqueología en la Rusia zarista

La arqueología bajo la Rusia zarista era ya una disciplina bien establecida. El primer interés substancial por los restos de los tiempos prehistóricos se dirigió hacia los kurganos, o túmulos, miles de los cuales se construyeron durante un período de cinco mil años en las estepas que se extienden desde el este de Ucrania hasta Siberia. Durante siglos, si no milenios, estas tumbas fueron saqueadas en busca de tesoros. A medida que la colonización rusa se fue ampliando por el este hacia Siberia en el siglo XVII, el saqueo de kurganos llegó a proporciones masivas, a veces con el permiso del gobierno. Hacia 1760 en Siberia no quedaban ya muchos túmulos intactos, al menos no los suficientes como para que estas operaciones a gran escala siguieran siendo provechosas (Miller, 1956, p. 15).

En una fecha tan temprana como la década de 1680, el zar Fyodor Alekseyevitch ordenó que se excavasen, midiesen y describiesen los huesos de «gigante» (probablemente un mamut) hallados en la región de Kharkov (Miller, 1956, p. 12). En 1718 Pedro el Grande promulgó una orden mucho más general a todos los gobernadores de distrito y a los comandantes de las ciudades para que se recogiesen todos los objetos raros y se enviasen a San Petersburgo a medida que fuesen descubiertos. Su interés se dirigía hacia los especímenes paleontológicos, geológicos y arqueológicos y su interés científico era evidente en su demanda de que se realizasen dibujos de cómo habían sido hallados estos objetos. En 1721, un tal doctor Messerschmidt fue enviado a Siberia a reunir colecciones de varias clases, incluyendo colecciones arqueológicas, y cinco años más tarde una oficina del gobierno entregó a la Colección Imperial de Arte doscientos cincuenta objetos de oro y plata de procedencia dudosa que supera-

ban los treinta y tres kilogramos. En 1739 Gerhard Müller (Gerard F. Miller, 1705-1783), un profesor de alemán que prestaba sus servicios en la Academia Rusa de Ciencias y que fue enviado para estudiar las gentes y los recursos de Siberia, supervisó las excavaciones de los kurganos de los alrededores de Krasnoiarsk. Recuperó un gran número de armas de bronce y ornamentos que ordenó para su publicación (Black, 1986, p. 71).

Cuando los rusos se anexionaron y colonizaron las estepas de la costa norte del mar Negro en la segunda mitad del siglo XVIII, el interés arqueológico del gobierno y del público en general se desvió hacia esa región. Los propietarios de tierras y los campesinos empezaron a excavar kurganos con el objeto de encontrar antigüedades y metales preciosos. En una fecha tan temprana como 1763 el gobernador de la región, el general Aleksei Mel'gunov, excavó el kurgan real escita de Mel'gunovsky, hallando objetos preciosos que se muestran hoy día en el Museo Ermitage. También atraían la atención los asentamientos griegos de la época clásica de la costa norte del mar Negro. Gran parte de la investigación arqueológica en Rusia llevada a cabo durante el siglo XIX estuvo en manos de arqueólogos franceses *émigrés* que trabajaban en Crimea (Miller, 1956, p. 22; Sklenář, 1983, p. 94). El estudio de las antigüedades clásicas recibió un gran empuje por parte de la Sociedad Imperial de Historia y Antigüedad de Odessa, fundada en 1839 (Miller, 1956, p. 27). Hacia 1826, los hallazgos arqueológicos en la ciudad crimea de Kerch eran tan numerosos que tuvo que abrirse un museo.

Anteriormente a 1850, los aristócratas rusos que financiaban la investigación de los anticuarios empezaron a interesarse mucho más por las valiosas exóticas obras de arte halladas en los kurganos y en las ciudades griegas que por los humildes hallazgos de la prehistoria eslava. En Rusia, al contrario que en Centroeuropa, los intereses de clase continuaban pesando mucho más que el sentimiento de identidad étnica. Entre ellos, los pertenecientes a las clases altas frecuentemente hablaban en francés y en alemán, en vez de hacerlo en ruso. Además, aunque los rusos, al igual que los norteamericanos, también se estaban expandiendo a lo largo de regiones ocupadas por grupos tribales, nunca recurrieron a la evidencia arqueológica para obtener la justificación de sus acciones. Habiendo sido conquistados y subyugados durante siglos por los mongoles, los rusos no eran tan inclinados como los norteamericanos a despreciar a sus vecinos menos desarrollados tecnológicamente.

En la segunda mitad del siglo XIX, Rusia experimentó un rápido crecimiento en la industria, el transporte, el comercio y en los servicios educativos. Las clases medias se expandieron rápidamente y entre los sectores educados de la población se incrementó el interés por las ciencias naturales, la filosofía, la historia y la economía política. Se produjo una rápida proliferación de la investigación arqueológica, los museos, las asociaciones, las publicaciones y los congresos. Todos los arqueólogos de aquel período eran profesores, propietarios de tierras, funcionarios civiles u oficiales del ejército autodidactos en la disciplina. Aun así, las investigaciones eran comparables a las que en aquellos mo-

mentos se estaban desarrollando en toda Europa (Miller, 1956, p. 28). El rápido desarrollo de la arqueología en Rusia, y el número cada vez mayor de hallazgos importantes, llevaron al gobierno a crear en San Petersburgo la Comisión Arqueológica Imperial. En 1859 a esta comisión se le confirió el poder de otorgar licencias de excavaciones en tierras del gobierno y de propiedad pública. Asimismo se le asignó la responsabilidad general de la salvaguarda de todos los restos arqueológicos de Rusia. En 1851 se fundó en San Petersburgo la Sociedad Arqueológica Imperial y en 1864 el conde Aleksey Uvarov organizó la Sociedad Arqueológica Rusa Imperial, de la cual él y después su viuda fueron los directores hasta 1917. Cada una de estas entidades inició una serie de publicaciones que continuaron viendo la luz hasta la revolución. Desde la década de 1870 y sobre todo desde la de 1880 se empezaron a formar sociedades arqueológicas regionales en Tiblisi, Kazan, Pskov y otras ciudades de provincias.

A partir de 1870 y a lo largo de los primeros años del siglo XX, el interés arqueológico se diversificó. Se continuaron excavando kurganos y yacimientos clásicos, pero cada vez se extendía más la preocupación por asentamientos y necrópolis de cualquier período de la historia rusa. Empezaron a estudiarse los yacimientos paleolíticos de Kostenki, en Ucrania, así como los yacimientos neolíticos, incluyendo los de la cultura de Tripolye, y los de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, algunos de los cuales fueron objeto de excavación en el oeste de Rusia. También existía un considerable interés por la arqueología medieval rusa y eslava, en particular entre los miembros de la Sociedad Arqueológica Imperial, los cuales habían dedicado especialmente una sección a este tipo de investigaciones. Este interés particular reflejaba un paneslavismo subyacente, idea que jugó un destacado papel en la política exterior rusa a finales del siglo XIX y que reforzó la voluntad gubernamental de extender la esfera de influencia rusa en toda Europa oriental. Hacia ese período, la arqueología ya se enseñaba en las universidades de San Petersburgo y Moscú.

Este mismo período fue testigo de una mejora considerable, aunque desigual, de la metodología y de la interpretación arqueológica. La búsqueda de tesoros continuaba, haciéndose muy común entre los propietarios de tierras, quienes tenían derecho a poseer legalmente cualquier tipo de riqueza que contuviesen sus tierras, incluyendo los hallazgos arqueológicos. Esta visión gozaba de cierto grado de respetabilidad científica emanada de los arqueólogos de antigua usanza y de los historiadores del arte. Éstos creían que los kurganos y los yacimientos clásicos eran los únicos restos arqueológicos que merecían ser estudiados, amén de una tendencia estetizante que consideraba dignas de atención solamente las obras de arte. Este último enfoque fue especialmente cultivado en el Museo Ermitage de San Petersburgo, donde se reunió una enorme colección de arte prehistórico y medieval (Miller, 1956, p. 53).

Otros arqueólogos que trabajaban en Moscú y San Petersburgo recibieron la influencia de las tendencias arqueológicas imperantes en el resto de Europa.

El más importante de éstos fue Vasily Gorodtsov (1860-1945), un oficial de infantería retirado que empezó a excavar a partir de 1890 con el apoyo financiero de la condesa Uvarova. A principios de la primera década de este siglo pasó a ser el director del Museo Histórico de Moscú y fue uno de los fundadores del Instituto Arqueológico de Moscú. Fue igualmente el responsable de la formación de un gran número de arqueólogos profesionales. Gorodtsov era el más destacado exponente de lo que posteriormente se llamaría la escuela formalista de la arqueología rusa, la cual se inspiraba en la obra de Oscar Montelius, Joseph Déchelette y otros tipólogos. Los formalistas estudiaban la morfología de los artefactos e intentaban ordenarlos en secuencias cronológicas. Como resultado de sus excavaciones a lo largo del río Don, Gorodtsov pudo demostrar la existencia de una Edad del Bronce en Rusia y dividirla en períodos sucesivos. Periodizó de manera sistemática las antigüedades rusas y propuso su propia terminología, aunque no fue ampliamente aceptada. También puso de relieve la importancia del estudio de los asentamientos y de las necrópolis ordinarios así como de los kurganos (Miller, 1956, p. 37).

Aleksandr Spitsyn (1858-1931), un miembro de la Comisión Arqueológica Imperial, fue el fundador de la escuela empírica. La escuela mantenía que la tarea básica de los arqueólogos era proporcionar las más detalladas y cuidadosas descripciones de los artefactos y evitar conclusiones prematuras de naturaleza histórica o sociológica (Miller, 1956, pp. 32-33). Un enfoque como éste tenía mucho en común con el de Joseph Henry en los Estados Unidos. El líder de la escuela empírica acabó siendo Aleksandr Miller (1875-1935), un alumno de Mortillet que había empezado a excavar en Rusia en 1902. Miller mejoró enormemente el nivel técnico de las excavaciones, así como el de los estudios sobre la conservación de los artefactos. Como profesor de arqueología en la Universidad de San Petersburgo formó a muchos arqueólogos rusos. Con todo, a pesar de su buen trabajo, ningún arqueólogo ruso pudo conseguir una reputación internacional equivalente a la de Lobachevsky en matemáticas, Mendeleyev en ciencias físicas o Pavlov en biología.

La arqueología durante la Nueva Política Económica

Se ha llegado a afirmar que «ningún gobierno anteriormente en la historia estuvo nunca tan fervorosa y abiertamente en favor de la ciencia» como el régimen soviético que llegó al poder en otoño de 1917 (Graham, 1967, pp. 32-33). Los líderes revolucionarios del nuevo Estado recurrieron al conocimiento científico para la modernización de la economía y la eliminación del misticismo secular ruso, que era considerado un obstáculo para el progreso económico y social. Las ciencias sociales, incluyendo la arqueología, tuvieron un papel crucial en la consecuente coyuntura ideológica. Por medio de un decreto del Consejo de los Comisarios del Pueblo del 18 de abril de 1919 firmado por V. I.

Lenin, la Comisión Arqueológica Imperial de Petrogrado (anteriormente San Petersburgo), se reorganizó como la Academia Rusa de Historia y Cultura Material (RAIMK). La organización se confió a su primer director, Nikolay Marr (1865-1934). Este lingüista con intereses arqueológicos, como Kossinna, rechazaba la idea universalmente aceptada de que las nuevas lenguas evolucionaban como resultado de un proceso gradual de diferenciación fonológica, léxica y gramatical a partir de formas ancestrales. Por el contrario, creía que los cambios lingüísticos sucedían como respuesta a las alteraciones en la organización socioeconómica de las sociedades en que vivían los hablantes; por tanto, las similitudes entre diferentes lenguas indicaban más el estadio de evolución que las sociedades habían alcanzado que las afinidades históricas. Según el parecido superficial entre esta teoría y las explicaciones marxistas sobre el cambio sociocultural, las enseñanzas de Marr gozaron hasta 1950 de la estima oficial dentro de la Unión Soviética.

Después de la creación de la Unión Soviética, el RAIMK se convirtió en la Academia Estatal de Historia y Cultura Material (GAIMK), recibiendo toda la jurisdicción de las actividades e instituciones arqueológicas no solamente en la República de Rusia, sino también en toda la Unión (Miller, 1956, p. 47). Desde su inicio se constituyó como una organización mucho más poderosa que en su tiempo lo fuera la Comisión Arqueológica Imperial (Bulkin *et al.,* 1982, p. 274). En 1922 las cátedras de arqueología de las universidades de Leningrado y Moscú se transformaron en departamentos de arqueología. Los estudiantes con más talento que se licenciaban en estos y otros departamentos eran admitidos en el Instituto de Estudios de Posgrado del GAIMK. El mejor de todos estos estudiantes podía acceder a una plaza de investigador ayudante y, posteriormente, titular, en este instituto. De esta manera se inició un modelo de separación de la investigación y la enseñanza universitaria que ha persistido hasta el presente en la Unión Soviética (Davis, 1983, p. 409). Además de poder admitir a gran número de arqueólogos trabajando a tiempo completo, la estructura del instituto proporcionaba a estos investigadores la oportunidad de contactar con técnicos expertos en el análisis de los artefactos, de los restos de flora y fauna y de los datos geológicos y climáticos relativos a la problemática arqueológica.

A mediados de la década de los veinte se creó en Moscú un centro arqueológico rival con el nombre de Sección Arqueológica de la Asociación Rusa de Institutos de Ciencias Sociales (RANION). Esta asociación era una amalgama de quince institutos diferentes de Moscú y Leningrado cuyo objetivo era la formación de buenos investigadores y profesores, empleando a personal del Partido Comunista o bien a otros seleccionados que no pertenecían al partido pero a los que se sometía a una estrecha supervisión comunista (Shapiro, 1982, p. 89). La popularización y democratización del conocimiento y de la investigación científica perseguidas por el Partido Comunista llevó a la formación de numerosas organizaciones de estudios regionales a principios de la década de los veinte. La arqueología era un tema popular en estas sociedades, en las cua-

les arqueólogos profesionales, estudiantes y aficionados se asociaron para llevar a cabo y publicar sus investigaciones (Miller, 1956, pp. 44-45).

Durante la Primera Guerra Mundial y la guerra civil que siguió, apenas se produjo ninguna actuación arqueológica. En 1921, en un esfuerzo por promover la recuperación económica y ampliar la base de apoyo a la revolución, especialmente entre los campesinos, Lenin puso en marcha la Nueva Política Económica, que restableció en la Unión Soviética una economía de mercado limitada. Como parte de este movimiento, el gobierno soviético adoptó una política acomodaticia hacia la *intelligentsia,* que en su mayor parte no había apoyado la revolución bolchevique. Lenin estaba convencido de que, debido a la falta de educación de las clases trabajadoras, el partido podía tener problemas con respecto a la economía, a la investigación científica o al desarrollo de las tareas de gobierno si no contaban con las clases educadas. También rechazó la propuesta radical de que la revolución se incautase del poder cultural. Por el contrario, pensaba que la sociedad socialista debía construirse sobre las bases de los logros culturales burgueses y que los trabajadores del campo y de la ciudad tenían que informarse gradualmente sobre esta cultura a través de la *intelligentsia.* Otros comunistas, incluyendo a Anatoly Lunacharsky, el Comisario de Ilustración, fueron más allá y mantuvieron la esperanza de que la *intelligentsia,* al serle asignado un papel positivo en la construcción del socialismo, podría integrarse en la corriente de la vida soviética y convertirse al comunismo (O'Connor, 1983, pp. 36-37). Durante el período de la Nueva Política Económica (1921-1928), algunos intelectuales de renombre, para disgusto de los revolucionarios de la línea más dura, recibieron puestos, bien remunerados, de influencia y poder, siempre que no criticasen abiertamente al régimen, hecho que permitió un grado razonable de independencia académica.

Como resultado de la revolución, unos cuantos arqueólogos rusos abandonaron la Unión Soviética, entre los cuales sobresale M. I. Rostovtsev (1870-1952), quien se convertiría en uno de los expertos mundiales en economía y sociedad de la antigua Grecia y Roma. Los que se quedaron, mantuvieron su posición preeminente. Gorodtsov todavía conservaba su liderazgo en la arqueología del área de Moscú, rodeado de sus antiguos alumnos, ya convertidos en estrechos colaboradores. Spitsyn, Miller y otros arqueólogos prerrevolucionarios continuaron siendo miembros activos del GAIMK. Debido a su gran influencia, su carácter y orientación científica no diferían demasiado de la línea de lo que había sido la Comisión Arqueológica Imperial. Marr continuó con sus extrañas teorías lingüísticas, y su liderazgo del GAIMK no produjo cambios significativos en su visión de la arqueología (Miller, 1956, p. 46).

Durante el período de Nueva Política Económica, se realizó una gran cantidad de investigación arqueológica y se formó a muchos nuevos arqueólogos. Las manifestaciones más espectaculares de la arqueología *amateur* que habían florecido durante el siglo XIX desaparecieron a medida que se fue confiscando la riqueza de la aristocracia y la financiación de la investigación pasó al control

del gobierno. Los arqueólogos profesionales empezaron a producir los primeros trabajos generales en ruso sobre arqueología y prehistoria. Aunque éstos variaban en el grado de calidad, constituyeron un punto de partida para los estudiantes e investigadores de provincias (Miller, 1956, p. 60). Por otra parte, la arqueología todavía estaba dominada por las principales escuelas interpretativas que se habían fundado antes de la revolución. Los formalistas continuaron con la elaboración de su enfoque tipológico y siguieron a Montelius en su visión del desarrollo tecnológico como el resultado acumulativo del uso del intelecto humano para adquirir un control creciente de la naturaleza. Se confiaba en la difusión y en la migración para explicar el cambio en el registro arqueológico. La escuela empírica seguía contentándose con describir los hallazgos arqueológicos de la manera más precisa posible, sin entrar en generalizaciones o intentar relacionar esos hallazgos con las sociedades que los produjeron (Miller, 1956, pp. 49-55). No se interrumpieron los contactos con arqueólogos extranjeros y los soviéticos pudieron seguir publicando fuera de sus fronteras. La revista *Eurasia Septentrionalis Antiqua,* editada por el arqueólogo finlandés A. M. Tallgren (1885-1945), se dedicó en gran medida a la arqueología rusa y a la publicación de artículos de arqueólogos rusos en inglés, francés y alemán. A través de estos canales la arqueología europea continuó ejerciendo gran influencia en los trabajos que se realizaban en toda la Unión Soviética. Mikhail Miller (1956, pp. 53-55) ha tratado el impacto del pensamiento europeo contemporáneo, así como la escuela vienesa difusionista de antropología, la visión cíclica de la historia de Oswald Spengler e incluso teorías racistas, sobre la interpretación de los datos arqueológicos en la Unión Soviética.

Por otra parte, la mayoría de arqueólogos evitaron aplicar los conceptos del materialismo histórico a la arqueología. Parece que asumían que, como se dedicaban al estudio de la cultura material, su trabajo concordaba lo suficiente con la perspectiva materialista del nuevo orden social y político. Incluso los formalistas, quienes creían que las innovaciones tecnológicas eran la causa principal del cambio social, no intentaron siquiera interpretar sus datos como si se fuesen de la base para la comprensión de los procesos históricos y culturales. Por el contrario, los asumieron como objetos sin relación con el contexto social. La historia de las relaciones socioeconómicas derivada del registro arqueológico se enfocaba como algo que tenía que ser estudiado por los historiadores, utilizando registros escritos (Miller, 1956, p. 55). La Nueva Política Económica ha sido descrita como una «edad de oro del pensamiento marxista en la URSS» (S. Cohen, 1973, p. 272). No hay evidencia de que algún arqueólogo participase en el nuevo fermento intelectual. Incluso dentro del marco de las interpretaciones tradicionales, los arqueólogos rusos parecen haber sido siempre muy cautos y reaccionarios antes que innovadores.

El nacimiento de la arqueología soviética

Durante la década de los veinte, los revolucionarios veteranos, los radicales culturales, los obreros industriales, los miembros de la Unión de Juventudes Comunistas (Komsomol) y los estudiantes comunistas desarrollaron una postura crítica creciente hacia la manera en que se aplicaba la Nueva Política Económica a los asuntos culturales. Empezaron a tomar conciencia de la capacidad de las antiguas elites culturales y educativas y a percatarse de los privilegios atrincherados de estas gentes, considerando que con su oposición a las reformas educativas les impedían su propio avance. A partir de ahí la connivencia con la antigua *intelligentsia* significó la traición a la Revolución de Octubre. Se exigió que la revolución política se extendiese también al terreno de la cultura. Los problemas políticos dentro del liderazgo del Partido Comunista que siguieron a la muerte de Lenin jugaron un papel decisivo en la política cultural de esa coyuntura. El programa de Iósif Stalin de intensificación de la industrialización y de la colectivización de la agricultura, que empezó a aplicarse con el primer plan quinquenal en 1928-1929, invirtió los principios económicos básicos de la Nueva Política Económica. Como parte de su campaña por consolidarse en el poder, se alió con los radicales culturales que demandaban que los intelectuales estuviesen sujetos a la más estricta disciplina de partido (Fitzpatrick, 1974; O'Conner, 1983, pp. 54, 89). La revolución cultural, que se inició con el arresto de ingenieros y técnicos bajo las acusaciones de sabotaje y traición, duró desde 1928 a 1932. Incluyó una campaña masiva para llevar la vida intelectual soviética por la línea de los principios de la filosofía marxista, tal y como eran entendidos por el Partido Comunista Soviético. A medida que la burocracia estalinista empezó a eliminar toda oposición, muchos intelectuales e instituciones no marxistas fueron víctimas de las purgas. Entre ellos se hallaban las sociedades de estudios regionales, que fueron disueltas y posteriormente sustituidas por oficinas de estudios regionales bajo el control gubernamental, que no contaron con el apoyo popular. A partir de 1930 se prohibieron los contactos entre los investigadores soviéticos y los extranjeros y durante un tiempo los números de las publicaciones arqueológicas extranjeras sólo se hallaban en la biblioteca del GAIMK (Miller, 1956, pp. 73, 93-94).

A finales de la década de los veinte, se estableció una célula comunista en el GAIMK. Se componía principalmente de posgraduados e investigadores asociados. Al comienzo de la revolución cultural este grupo empezó a criticar a los arqueólogos de la vieja escuela, desafiándoles a que expresasen su opinión sobre el marxismo. En 1929 el profesor Vladislav I. Ravdonikas (1894-1976), un arqueólogo de mediana edad que se había afiliado al Partido Comunista algunos años antes, leyó en la Academia, por orden de la organización del partido en el GAIMK, un informe titulado «Por una historia soviética de la cultura material». Este artículo fue publicado al año siguiente y fue muy leído por los arqueólogos de toda la Unión Soviética. En él se criticaban las posiciones

teóricas de los arqueólogos más prestigiosos y se llamaba a «una historia marxista de la cultura material» para sustituir a la vieja arqueología. El mismo concepto de arqueología fue rechazado, al ser vista como una ciencia burguesa hostil al marxismo. En el Congreso Panruso de Arqueología y Etnografía celebrado por el GAIMK en el mes de mayo siguiente, la organización del partido en la Academia montó una exposición sobre literatura arqueológica soviética en la que se denunciaban los libros y los artículos escritos hasta 1917 por ser formalistas, o bien obra de burgueses nacionalistas u otras tendencias anticomunistas. Se criticó por su idealismo el método tipológico de Montelius, por convertir los artefactos en fetiches (artifactología) y por interpretar erróneamente la historia humana en términos biológicos (Miller, 1956, pp. 71-78). También se rechazó con firmeza la contrasugerencia de que la arqueología cortase sus vínculos con la historia e intentase desarrollar dentro del marco marxista sus propios métodos para estudiar el comportamiento humano en el pasado (Dolitsky, 1985, p. 361).

A esta crítica siguió el despido, y en algunos casos el arresto y el exilio, de todos aquellos arqueólogos que no estaban dispuestos a alterar sus puntos de

32. V. I. Ravdonikas (1894-1976).

vista. En Leningrado, al menos veinte arqueólogos sufrieron el exilio, incluyendo a Aleksandr Miller. En Moscú, Gorodtsov fue cesado de todas sus obligaciones, aunque posteriormente el gobierno soviético lo galardonaría con la Orden de la Banda Roja por sus contribuciones a la arqueología rusa. Su cese fue documentado y condenado por Tallgren (1936) después de su visita a Leningrado en 1935. Como represalia, dejó de ser miembro honorario del GAIMK, y posteriormente se le prohibió la entrada en la Unión Soviética. Los acontecimientos de este período fueron recogidos con gran detalle por el arqueólogo ruso exiliado Mikhail Miller (1956, pp. 96-105). Al mismo tiempo que esto sucedía, el poder del GAIMK y su control centralizado de la arqueología soviética se realzó como consecuencia de la abolición del RANION y de su Sección Arqueológica de Moscú. En su lugar se creó en 1932 una rama moscovita del GAIMK (MOGAIMK), que tuvo al historiador A. Udal'tsov como director.

La generación más joven de arqueólogos marxistas, que empezaron a ocupar posiciones destacadas bajo el liderazgo de Ravdonikas, se encargó de elaborar un enfoque marxista de la arqueología. Estos investigadores incluían a Yevgeni Krichevsky (1910-1942), quien estudió las culturas neolíticas, A. P. Kruglov (1904-1942) y G. P. Podgayetsky (1908-1941), quienes trataron la Edad del Bronce en la Rusia meridional y P. N. Tret'yakov, que se ocupó de las culturas eslavas y rusas antiguas. La mayoría de ellos eran unos entusiastas, pero no tenían demasiada experiencia en el marxismo o en la arqueología (Bulkin *et al.,* 1982, p. 274). El líder teórico de estos años formativos fue Ravdonikas, a quien incluso sus enemigos atribuían una habilidad excepcional. El Partido Comunista, aunque apoyaba la creación de un enfoque marxista de la arqueología y se reservaba el derecho a juzgar su teoría y su práctica, no proporcionó a los arqueólogos unas ideas explícitas que les sirviesen de guía, y que por otra parte tampoco podían hallarse en los escritos de Marx y Engels. Las afirmaciones más relevantes que Marx había hecho sobre la arqueología eran que

> las reliquias de instrumentos de trabajo del pasado poseen la misma importancia para la investigación de las fórmulas económicas de las sociedades extinguidas como los huesos fósiles para la determinación de las especies de animales extinguidos. No son los objetos realizados, sino cómo se hicieron y con qué instrumentos, lo que nos capacita para distinguir las diferentes épocas económicas. Los instrumentos de trabajo no sólo proporcionan un modelo del grado de desarrollo alcanzado por el trabajo humano, sino que también son indicadores de las condiciones sociales bajo las cuales se lleva a cabo ese trabajo (Marx, 1906, p. 200).

Además, Marx había dedicado la mayor parte de su carrera a estudiar las sociedades capitalistas y cómo se habían desarrollado a partir de las feudales. Había empezado a investigar al final de su vida las sociedades preclasistas y las primeras sociedades de clases, a partir de la defectuosa y polémica literatura antropológica decimonónica existente en su tiempo (Bloch, 1985, pp. 21-94). Así, tanto él como Engels dejaron sin contestar muchas cuestiones sobre las

clases de sociedades que los arqueólogos estudiaban, incluso la cuestión de cómo éstas habían evolucionado. Eso significaba que los arqueólogos, a diferencia de otros científicos sociales que disponían de conceptos bien desarrollados, tenían que confiar exclusivamente en los principios básicos del marxismo, tal como fueron formulados por Marx y Engels en sus propios escritos y en exégesis posteriores.

Marx resumió los principios básicos en que basó sus análisis de la sociedad en el prefacio de su *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1859):

> En la producción social que los seres humanos llevan a cabo, entran en relaciones definidas que son indispensables e independientes a sus voluntades, relaciones de producción que corresponden a un estadio definido de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción ... El modo de producción en la vida material determina el carácter general de los procesos de vida sociales, políticos e intelectuales. No es la consciencia de los humanos lo que determina su existencia, es por el contrario su existencia social lo que determina su consciencia (Marx y Engels, 1962, I, pp. 362-363).

Tradicionalmente, el marxismo se caracteriza por una devoción inquebrantable al análisis materialista de la condición humana. Frecuentemente se afirma que al mismo tiempo rechaza la doctrina positivista según la cual la ciencia puede basarse sólo en los datos directos de la experiencia sensorial, en favor del realismo filosófico, que enfatiza el descubrimiento de estructuras subyacentes no observables que generan fenómenos observables, en este caso la esencia más íntima de las formaciones socioeconómicas (Davis, 1983, p. 408). Pero esta distinción podría ser algo exagerada. Lenin argüía que «el marxismo no se basa en otra cosa que en los hechos de la historia y de la realidad» (Petrova-Averkieva, 1980, p. 24). Marx y Engels enfatizaron la interdependencia sistémica de todos los aspectos de la vida social y más en particular veían las sociedades humanas como sistemas que organizaban la producción y la reproducción. También pusieron de relieve los conflictos y las contradicciones internas como características preponderantes de las sociedades humanas complejas (históricas) y como los factores más importantes del cambio social.

Marx, como muchos otros teóricos sociales del siglo XIX, veía a los humanos como seres que habían desarrollado la habilidad de cooperar entre ellos, como miembros de grupos sociales, hasta el punto extraordinario de que esas sociedades eran capaces de transformar de manera rutinaria sus relaciones con el mundo natural y de modificar la naturaleza humana. De todas maneras, Marx difería de otros muchos analistas en considerar la organización del trabajo como el medio más importante a través del cual los seres humanos eran capaces de enfrentarse a la naturaleza como una más de sus propias fuerzas. El factor crucial que daba forma a los sistemas sociales era la base económica, que consiste en las fuerzas y en las relaciones de producción. Aunque han habido serias diferencias de opinión entre los marxistas por lo que respecta a las definiciones

de estos términos, por fuerzas de producción se entiende en general no sólo cualquier forma de tecnología sino también todos los recursos utilizados, sean humanos o no humanos, así como todo el conocimiento científico (Graham, 1967, pp. 34-35). Las relaciones de producción son las maneras diferentes en que los seres humanos individuales se relacionan los unos con los otros en la utilización de las fuerzas de producción para producir y distribuir bienes. Por tanto, abarcan no solamente lo que los antropólogos occidentales identificarían con el comportamiento económico, sino también varias facetas del comportamiento social. Se considera que la base económica desempeña un papel muy poderoso en la formación de otros aspectos de la sociedad, como los aspectos de la propiedad, la vida familiar, la organización política, las leyes, las creencias religiosas, la estética y los aspectos filosóficos y organizativos de las actividades científicas. Todos ellos reciben el nombre colectivo de superestructura de la sociedad. Marx no creía que el cambio tecnológico se produjese como resultado de la utilización del intelecto humano para el desarrollo de formas más efectivas de control del medio ambiente, como suponían los evolucionistas victorianos y los filósofos ilustrados. Por el contrario, Marx argumentaba que el cambio tecnológico en sí mismo debe ser entendido en un contexto social. Aunque las nuevas tecnologías producen cambios sociales y políticos, por sí mismas son los productos de unos contextos sociales específicos que determinan la probabilidad de que tenga lugar una u otra innovación. Esto es lo que Engels quería dar a entender cuando escribía que «el elemento determinante en el proceso histórico es, en el análisis final, la producción y la reproducción de la vida humana ... Si alguien convierte este principio en la idea de que el elemento económico es el único elemento determinante, entonces [esta persona] ha transformado [la comprensión materialista de la historia] en una frase vacía, abstracta» (Marx y Engels, 1962, II, p. 488).

El marxismo analiza cada sociedad como una entidad que contiene dentro de sí misma las tendencias que promueven o bien se oponen al cambio. Así cada sociedad contiene las semillas de la destrucción de su estado presente y al mismo tiempo el embrión de su condición futura. El antagonismo entre estas dos tendencias produce la energía que desencadena el cambio. Marx no negó que los factores superestructurales, como las jerarquías políticas muy arraigadas o las creencias religiosas muy poderosas, podían ser de gran importancia histórica, sino que mantenía que eso es así sólo en la medida en que son capaces de prevenir el cambio. Los cambios positivos suceden sólo cuando las transformaciones económicas no se ven desbordadas por esas fuerzas. Una sociedad progresista es, por tanto, aquella que proporciona un gran número de posibilidades para un desarrollo sin trabas de las fuerzas productivas humanas (Petrova-Averkieva, 1980, p. 20; Tringham, 1983, pp. 95-96).

En sus propias investigaciones Marx procuraba a la vez explicar los acontecimientos históricos concretos y generalizar sobre las tendencias evolucionistas de la historia humana. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y en *La lucha*

de clases en Francia, 1848-1850, intentó explicar los acontecimientos históricos no como respuestas colectivas a unas condiciones ambientales y económicas, sino en términos de los intereses conflictivos de los grupos económicos y sociales que perseguían preservar o aumentar su poder. Estos estudios ponen de relieve la intencionalidad y la reproducción social de la realidad y no tratan el comportamiento humano como la consecuencia pasiva de las fuerzas sociales. También observó que cada sociedad era el producto de su propia historia individual y por tanto respondía a los cambios económicos de una manera específica. Debido a esto era imposible formular leyes generales que explicasen y predijesen las realidades concretas del cambio cultural. En algunos de estos escritos, da la sensación que Marx creía en una evolución multilineal, como mínimo de corto o medio alcance (Hobsbawm, 1964). Con todo, también creía en un curso ideal del desarrollo humano que iría desde las primitivas sociedades igualitarias, pasando por las sociedades de clases, hasta las sociedades igualitarias tecnológicamente avanzadas del futuro. A lo largo de los años, los marxistas han variado el grado de su énfasis en la complejidad histórica o en la regularidad evolucionista de la historia humana. Los investigadores soviéticos, enraizados en los escritos de G. V. Plekhanov (1856-1918), reforzados por los enfoques de Stalin, tendieron a poner de relieve una visión fuertemente evolucionista y determinista del cambio social (Bloch, 1985, pp. 95-123).

Finalmente, Marx negaba que el comportamiento humano estuviese biológicamente determinado en gran medida o que existiesen un gran número de generalizaciones que pudiesen ser aplicadas a la historia humana (Childe, 1947a). Por el contrario, creía que la mayoría de las reglas que gobiernan las sociedades cambian a medida que cambia el modo de producción. Así, la evolución social, más que variar meramente las permutaciones o las combinaciones de un conjunto fijo de regularidades, produce novedades genuinas en las reglas que gobiernan el comportamiento humano. También negaba que fuese posible en una sociedad de clases crear una ciencia social política y socialmente neutral, ya que ese tipo de estudios siempre están influidos inevitablemente por los prejuicios de clase de los historiadores que los llevan a cabo. Con todo, Marx no habría enfocado relativísticamente las visiones del antiguo mundo sumerio y del mundo capitalista moderno, sino que las habría interpretado como posiciones cualitativamente diferentes en términos de su potencial de acción humana. También habría reclamado una posición privilegiada para el marxismo dentro de todos los demás enfoques filosóficos o científicos para la comprensión del comportamiento humano.

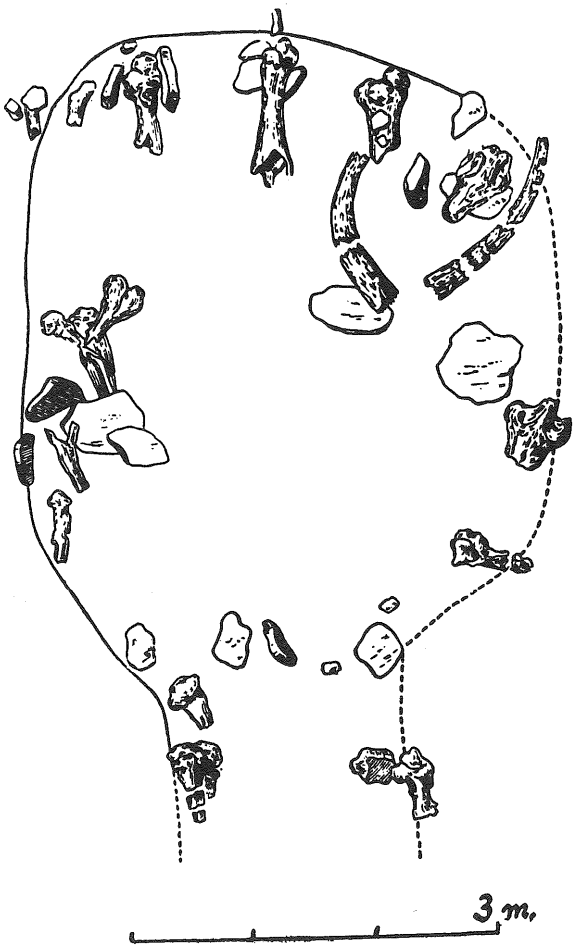
Ravdonikas y sus colegas intentaron otorgar a los datos arqueológicos un valor para la sociedad, haciéndolos útiles para el estudio marxista de la historia. Los arqueólogos usarían sus datos para ilustrar las leyes y las regularidades de los procesos históricos y, a través de esto, demostrar la precisión y la utilidad de los conceptos marxistas. La tarea específica que se fijaron fue explicar en términos marxistas los cambios sucedidos en los tiempos prehistóricos. El

contexto primario en que tales cambios adquirieron un carácter global no era ya la tecnología sino la organización social. Se abandonó el concepto de las edades sucesivas de la piedra, el bronce y el hierro ya que no procedía de un conocimiento de la sociedad, sino exclusivamente de las materias primas preponderantes en el desarrollo de la tecnología. Los arqueólogos se movilizaron no sólo para describir sus hallazgos sino también para reconstruir las sociedades que los produjeron. Esto implicaba definir sus modos de producción y determinar en el mayor grado posible su tecnología, su organización social y sus conceptos ideológicos (Miller, 1956, p. 79).

Este enfoque tuvo muchas consecuencias importantes. Los arqueólogos, al dirigir la atención hacia la manera en que había vivido la gente común, se vieron obligados a poner en marcha excavaciones horizontales a gran escala de asentamientos, campamentos y talleres (Davis, 1983, p. 410). También se empezó a prestar más atención a los lugares de habitación y a los diferentes tipos de artefactos relativos a estas estructuras. De esta manera se pudieron identificar por vez primera en todo el mundo lugares de habitación paleolíticos (Childe, 1950), así como llevarse a cabo las primeras excavaciones totales de poblados neolíticos. Cuando se excavaban necrópolis el objetivo principal era investigar las creencias religiosas y las estructuras sociales de las sociedades que las producían.

Algunas de las interpretaciones de este período no tuvieron eco, como la de P. I. Boriskovsky cuando se refirió a que las estatuillas femeninas podían ser una evidencia de las sociedades clánicas matriarcales del Paleolítico superior (Davis, 1983, pp. 413-414). Por otra parte, en 1934, P. N. Tret'yakov determinó, a partir de las huellas dactilares identificadas en el interior de los recipientes, que la cerámica asociada a las culturas cazadoras-pescadoras de la Rusia central y septentrional era manufacturada por mujeres. Prosiguió con su argumentación afirmando que la uniformidad de los estilos cerámicos dentro de los yacimientos individuales y la considerable variación entre los yacimientos indicaba un modelo matrilocal de matrimonio, que daba como resultado que las tradiciones cerámicas se mantuviesen dentro de la comunidad de generación en generación sin sufrir aportaciones externas (Childe, 1943, p. 6). Entre los arqueólogos norteamericanos no empezaron a surgir interpretaciones similares hasta la década de 1960, en estudios que no se consideraban estrictamente arqueológicos ya que la identificación del sexo de los ceramistas dependía enteramente de un enfoque histórico directo (Binford, 1972, p. 61).

Los arqueólogos también se vieron estimulados a explicar los cambios en el registro arqueológico no en términos de migración y difusión, sino como resultado de desarrollos sociales internos. Por ejemplo, en su *Clan Societies of the Steppes of Eastern Europe,* Kruglov y Podgayetsky (1935) relacionaron los cambios en las costumbres rituales de la Edad del Cobre en la Rusia meridional con el desarrollo de los conceptos relativos a la propiedad. Sugirieron que las tumbas colectivas se relacionaban con la propiedad común de los medios de producción y que los túmulos individuales pertenecían a sociedades patriarca-



33. Planta de una cabaña paleolítica hallada en Buryet, reproducida en *Antiquity* por Childe, 1950.

les pastoriles. También sugirieron que, a medida que la propiedad se fue convirtiendo en algo importante a lo largo de la evolución de las sociedades, la codicia de los herederos restringió gradualmente la acumulación de posesiones valiosas en la tumba (Childe, 1942d, p. 133). Este último argumento inspiró a Childe en sus generalizaciones de interrelación cultural sobre el desarrollo de las costumbres funerarias (1945a). El tema funerario volvía entonces a interesar a los arqueólogos después de décadas de pasar inadvertido (M. Pearson, 1982). Debido a su preocupación sobre el cambio social, los arqueólogos soviéticos reavivaron el interés por la evolución cultural así como por los conceptos

asociados de desarrollo y progreso, en un tiempo en que el difusionismo todavía estaba en ascenso en Norteamérica y en el resto de Europa.

Con todo, los estudios marxistas sobre los datos arqueológicos avanzaban bajo restricciones conceptuales muy severas. La evolución social se conceptualizó en términos de un esquema unilineal de formaciones socioeconómicas derivado sin demasiado rigor del libro de Engels *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado,* que a su vez se basaba en el estudio que Marx hizo del libro de Morgan *Ancient Society.* Las sociedades preclasistas fueron divididas en una sucesión que empezaba por las preclánicas, clánicas matriarcales, clánicas patriarcales y clánicas terminales, seguidas de tres formas de sociedades de clases, la esclavista, la feudal y la capitalista; a éstas seguían dos formas más de sociedades sin clases, la socialista y la comunista. Esta última se veía como el estadio final del desarrollo humano, que no estaría sujeto a ninguna dinámica de cambio (Miller, 1956, pp. 78-79; Yu. Semenov, 1980). Esta formulación adquirió un carácter indiscutible durante el período de Stalin, de manera que no se podía en absoluto criticar. Los arqueólogos tenían que interpretar sus hallazgos según este esquema y de acuerdo con los clásicos del marxismo-leninismo. La única desviación permitida reflejaba el reconocimiento de que muchas culturas no se hallaban en estado puro sino transicional con respecto a su estadio de desarrollo. También existía una polémica concerniente a los criterios arqueológicos que deberían revelar a qué estadio de desarrollo debían adscribirse las culturas. El dogmatismo con que los científicos sociales se alineaban con estos esquemas contrasta en gran medida con los enfoques expresados por Marx y Engels, quienes estaban dispuestos a considerar modelos multilineales de evolución social, especialmente por lo que respecta a los primeros y peor conocidos períodos del desarrollo humano.

Lo que era todavía peor, dentro del GAIMK, la investigación arqueológica soviética estaba sujeta ahora a la influencia intelectual de Marr y a su dirección administrativa. Al negar la evidencia comúnmente aceptada de la continuidad lingüística, su teoría del cambio lingüístico estimuló la tendencia a que los arqueólogos ignorasen incluso la evidencia más obvia sobre los movimientos étnicos en el registro arqueológico y a que interpretasen la secuencia arqueológica de cada región como si se tratase, desde los primeros tiempos hasta la actualidad, de la historia de una misma gente. Ravdonikas argumentaba que en Crimea la población autóctona había sido sucesivamente escita iranio-hablante, goda germano-hablante (cuya lengua, a pesar de todo, no se consideraba ligada en absoluto a las lenguas germanas del oeste), y finalmente eslava. Mikhail Artamonov mantenía que los jázaros no habían llegado hasta el valle del Don y el norte del Cáucaso procedentes del Lejano Oriente, sino que habían evolucionado localmente y, por lo tanto, no eran turcos, mientras que M. Khudyakov afirmaba que los tártaros del Volga tampoco eran turcos, sino que habían evolucionado a partir de la amalgama de las tribus locales (Miller, 1956, pp. 81-82). Esta posición también tendió a inhibir el interés por la antropología

física, en la medida en que ésta sólo se dirigía a la distinción de grupos étnicos dentro del registro arqueológico (carta de V. G. Childe citada en Trigger, 1980a, p. 104). Aunque los arqueólogos soviéticos decían profesar un gran interés en la prehistoria de los diferentes grupos étnicos, su enfoque evolucionista unilineal no estimulaba la investigación de todas las clases de variaciones culturales que podrían haber tenido una significación étnica. También se rechazaba la difusión como subvaloración de la creatividad humana. El concepto de Marr sobre el desarrollo autóctono de los pueblos era visto como un rechazo de las teorías antievolucionistas y a veces racistas del desarrollo cultural que prevalecían en Europa occidental. Las interpretaciones que se basaban en procesos de migración y de difusión se condenaban porque encarnaban conceptos del nacionalismo burgués y proporcionaban una base científica espúrea para el chauvinismo, el imperialismo y las doctrinas racistas. Así, recurrir a tales enfoques era sinónimo de simpatías contrarrevolucionarias (Miller, 1956, pp. 80-84). Después de que Marr muriese en 1934 sus doctrinas siguieron disfrutando de la estima y del patrocinio oficial y dominando las interpretaciones arqueológicas hasta 1950. En aquel tiempo Stalin, en su ensayo «Concerning Marxism in linguistics», afirmó que las enseñanzas de Marr eran absurdas, indicando que la lengua rusa que se hablaba en la Rusia zarista era la misma que se seguía hablando en la Unión Soviética.

El gran énfasis puesto sobre la interpretación sociológica de los datos arqueológicos y el rechazo del enfoque de Montelius inhibió el interés por la clasificación sistemática de los artefactos, que fue denominada como *goloye veshchevedeniye* (artefactología desnuda). La atención prestada en el pasado a la clasificación fue condenada ya que se decía que formaba parte de la tendencia burguesa a ignorar la significación política y social de los datos arqueológicos. Por tanto, al igual que la migración y la difusión, fue un procedimiento que adquirió connotaciones políticas negativas. La negligencia en la clasificación ha tenido efectos adversos a largo plazo en la arqueología soviética, que hasta el presente ha continuado, en materia de tipología, cronología cultural y de definición de las unidades culturales, en gran desventaja respecto a las investigaciones desarrolladas en Europa central y occidental (Bulkin *et al.,* 1982, pp. 288-290).

Aunque la revolución cultural soviética se describe generalmente como un período en que la creatividad se sumergió en un sectarismo agresivo e intolerante (Fitzpatrick, 1974, p. 52), el enfoque de la interpretación arqueológica pionero en aquellos tiempos ofrecía una gran originalidad e importancia. Las conceptualizaciones de esta fase inicial del desarrollo de la arqueología soviética no carecieron de defectos y excesos. El problema principal fue que la comprensión del marxismo fue superficial y constreñida políticamente, a lo que se unió un sobreentusiasmo por la interpretación de los datos arqueológicos en términos de comportamiento humano, muy frecuentemente sin los estudios formales necesarios. Estas deficiencias eran de esperar en los primeros estadios

de un nuevo enfoque de la interpretación arqueológica. Estos defectos pudieron identificarse y se han ido superando a medida que la arqueología soviética ha ido madurando.

Los arqueólogos soviéticos compartieron con los arqueólogos escandinavos de principios del siglo XIX un gran interés por la evolución cultural y por conocer cómo habían vivido los pueblos en los tiempos prehistóricos. Lo que era completamente nuevo fue su determinación por comprender cómo cambiaban los sistemas sociales y culturales según su propia dinámica interna. Esto marcó una aguda separación de los primeros esfuerzos que habían hecho los arqueólogos por explicar el cambio cultural en términos de influencia externa o inventiva humana considerados sin relación con unas condiciones sociales y económicas. El nuevo enfoque también se caracterizaba por un rechazo explícito del racismo y del pesimismo sobre la creatividad humana que caracterizó la arqueología de Europa central y occidental durante los años veinte. Por el contrario, adoptaba una visión dinámica de la sociedad en concordancia con la nueva perspectiva social dentro de la Unión Soviética. En particular, reflejaba la creencia de una nueva generación de arqueólogos, formados desde la revolución, en que la sociedad podía alterarse y mejorarse a través de esfuerzos sociales colectivos.

Consolidación

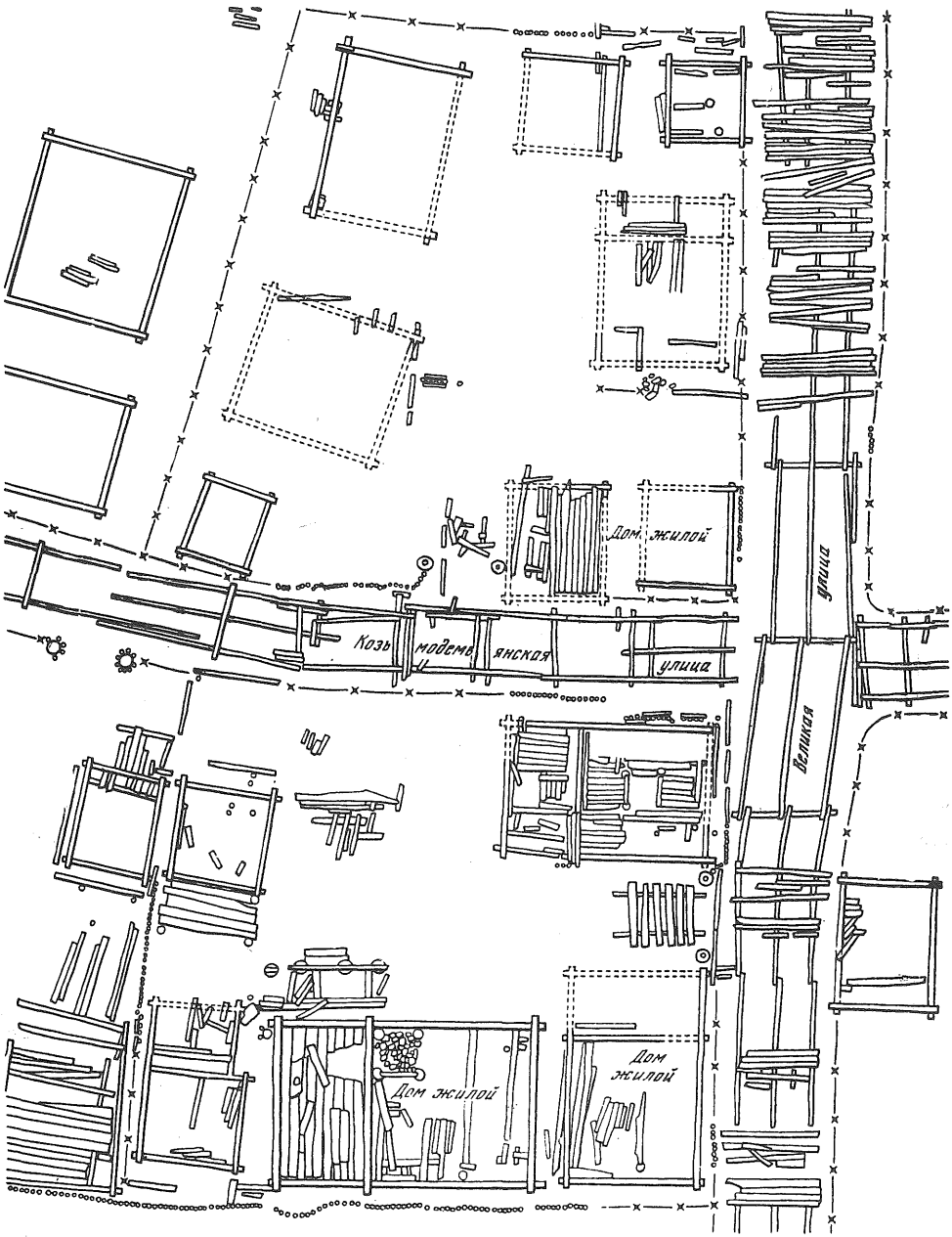
A la revolución cultural le siguió un período de consolidación. A partir de 1934, se hizo un llamamiento a todas las ramas de la investigación histórica soviética para alcanzar una mayor profesionalización, para mejorar las técnicas y para producir un trabajo de más alta calidad. La literatura polémica y programática que había dominado el período previo se abandonó en favor de unos estudios empíricos más convencionales. Estos últimos se hicieron más populares a medida que la insistencia en seguir la ortodoxia política convirtió cualquier innovación dentro de la tradición marxista en potencialmente peligrosa, aunque se tratase de discusiones académicas serias sobre problemas teóricos. Los estudios de posgrado y la defensa de las disertaciones, que habían sido abolidos después de la revolución (Graham, 1967, p. 141), volvieron a ser introducidos. Como una parte de esa consolidación, el término arqueología fue aceptado, en 1931, como nombre de una disciplina, aunque para distinguirla de la «arqueología burguesa», la forma practicada en la Unión Soviética se denominó arqueología soviética (Miller, 1956, pp. 108-109). La arqueología siguió siendo considerada una rama de la historia, aunque trataba un conjunto de problemas que debían ser estudiados a partir de la cultura material. Volvió a ser posible hacer referencia a los estadios tradicionales de desarrollo tecnológico, aunque dejó de atribuirse una significación explicativa a la tecnología en sí misma.

Aunque se aceptaba que la arqueología soviética se encontraba convenientemente desarrollada a nivel político, se decidió elevar el nivel técnico para me-

jorar el estado general de la disciplina. El GAIMK se amplió y adquirió el derecho a otorgar diplomas de posgrado. En 1934 fue dividido en cuatro ramas, es decir, la que estudiaba las sociedades preclasistas, la de las esclavistas, la de las sociedades feudales y una cuarta que se ocupaba de los aspectos técnicos de la investigación comunes a la arqueología. Se estableció una cátedra para cada período socioeconómico. En 1937, el GAIMK cambió de denominación, pasando a ser el Instituto de Historia de la Cultura Material, afiliado a la prestigiosa Academia Soviética de Ciencias, la cual hacia 1930 había vuelto a desempeñar el papel que bajo el zarismo había tenido la Academia Imperial Rusa como «directora de la vida científica y cultural de la nación» (Graham, 1967, p. 23). El centro principal del Instituto de Historia de la Cultura Material estaba situado en Moscú, aunque una de las ramas permaneció en Leningrado. A mediados de la década de los cincuenta el Instituto recibió un nuevo nombre, Instituto de Arqueología. Continuó ejerciendo gran influencia y control en el establecimiento de los objetivos de la investigación arqueológica en los planes quinquenales, en la organización de congresos, en la divulgación de la ciencia a partir de los periódicos más importantes y de series de monografías y en la regulación de los contactos con el extranjero. Continúa todavía otorgando los grados más altos en arqueología (Davis, 1983, p. 408).

Durante los años treinta, se establecieron en un gran número de universidades cátedras y departamentos de arqueología, se publicaron nuevas series de monografías, y empezó *Sovetskaya Arkheologiya,* que se convertiría en la más importante revista soviética de arqueología. Se desarrolló rápidamente la arqueología de salvamento, que se conjugó a partir de 1928 con proyectos a gran escala. Cada uno de los proyectos de construcción más importantes era controlado por parte de arqueólogos, procediendo al examen de los terrenos afectados antes y durante los trabajos constructivos o a la excavación si era necesaria, tras la cual se estudiaban los hallazgos. En los años treinta se llevaron a cabo anualmente casi trescientas intervenciones (Bulkin *et al.,* 1982, p. 276). Visitas a las excavaciones, exposiciones y publicaciones de divulgación servían como un medio de instrucción pública. Los arqueólogos también se aplicaron en el trabajo práctico, estudiando antiguos sistemas de irrigación como ejemplo para el desarrollo moderno de yacimientos mineros que todavía podían revestir valor comercial. Esta práctica fue especialmente común entre 1935 y 1941 (Miller, 1956, p. 112).

Durante los años treinta se dio un enorme incremento del conocimiento de la arqueología prehistórica del Cáucaso, de Asia central y de Siberia. Estas regiones eran estudiadas con el objetivo de compensar las culturas de los grupos nacionales explotados y mantenidos en el subdesarrollo por la Rusia zarista (Frumkin, 1962). En estas áreas se realizaron varios hallazgos muy ricos, como los restos de los antiguos estados de Urartu y Partia y los túmulos de Trialeti y Pazyryk. La diversidad cultural del registro arqueológico era cada vez más evidente, hecho que en sí mismo planteaba cuestiones como de qué manera esos

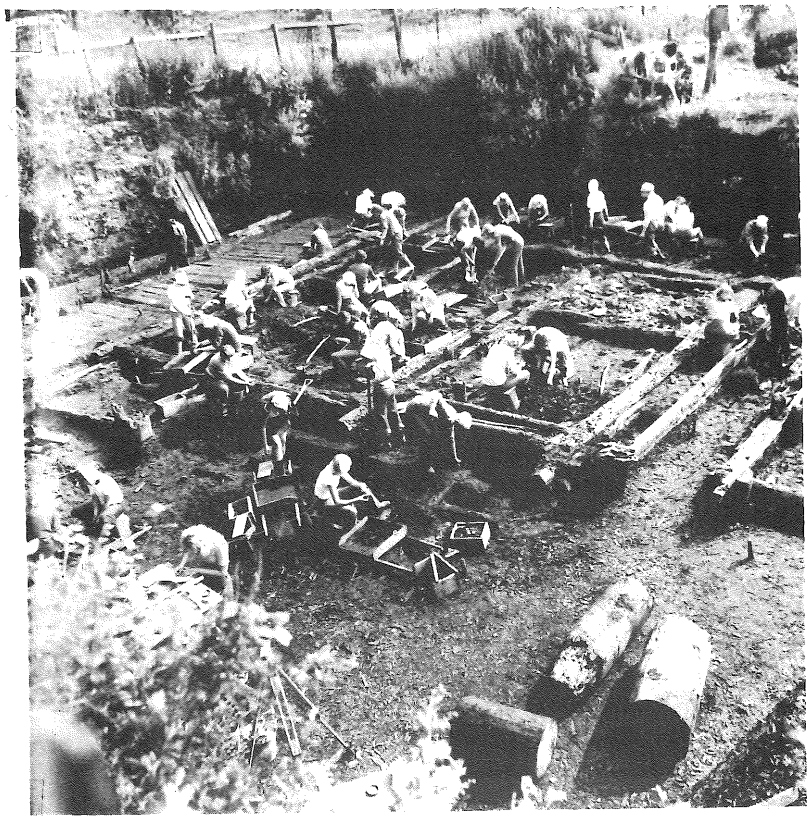


34. Planta de las excavaciones en Novgorod, 1977-1983.

35. Excavaciones en Novgorod, 1977-1982.

datos podían analizarse y relacionarse con el esquema evolucionista unilineal que prevalecía. Estos temas adquirieron cierta urgencia a finales de los años treinta y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la soberanía y la supervivencia de los pueblos de la Unión Soviética fueron amenazadas por la expansión militar germana. Los investigadores soviéticos respondieron con la afirmación del patriotismo y con el fomento de la autoconciencia nacional, que continuó durante el período de la Guerra Fría.

En arqueología este nuevo interés se expresó en una preocupación cada vez mayor por la etnogénesis, que implicaba la distinción de las diferencias étnicas de las demás variaciones culturales para poder trazar los orígenes de los grupos nacionales específicos. Los arqueólogos empezaron a especializarse en el estudio de períodos y culturas específicos y a moverse, de esta manera, hacia un enfoque histórico-cultural. Previamente, la arqueología soviética se había burlado de los debates que tenían lugar entre los arqueólogos polacos y alemanes



36. Excavaciones en Novgorod.

sobre si la cultura neolítica y de la Edad del Bronce de Lausitz era eslava o alemana. Observaron correctamente que estos dos grupos lingüísticos probablemente no se habrían diferenciado aún en aquel tiempo (Miller, 1956, pp. 83-84). También apuntaron que Marx había rechazado la idea de que las reclamaciones históricas proporcionaban a los grupos nacionales derechos sobre territorios que no ocupaban en ese momento. A pesar de todo, a finales de los treinta, los arqueólogos rusos empezaron a inquietarse por demostrar que los eslavos del este, sus ancestros, habían ocupado el territorio europeo de la Unión Soviética, así como por refutar las ideas germanas acerca de que los eslavos habían sido a lo largo de toda la historia pueblos atrasados. Antes y después de la Segunda Guerra Mundial se llevaron a cabo investigaciones para poder trazar los orígenes del pueblo ruso y del desarrollo de su cultura y su artesanía (Miller, 1956, pp. 135-144). El estudio de las ciudades rusas medievales, especialmente las excavaciones de Novgorod, estableció el nuevo nivel de la arqueología urba-

na del período. La recuperación de numerosas cartas escritas en corteza de abedul reveló un inesperado grado de alfabetización que rebasaba las fronteras de la clerecía. Estos estudios demostraron que el surgimiento de las ciudades en la Rusia antigua empezó y se desarrolló paralelamente a la aparición de éstas en la Europa central y occidental. También se pudo mostrar que los rusos estaban al corriente del desarrollo cultural, artesanal y comercial de otros grupos europeos (M. Thompson, 1967). La tan ampliamente aceptada suposición de que las ciudades rusas se habían generado a partir de las colonias escandinavas fue vehementemente rechazada. Con todo, durante el curso de estos estudios de etnogénesis, el concepto de desarrollo autóctono se ignoraba con frecuencia y la difusión y la migración se usaban cautamente para explicar los cambios en el registro arqueológico.

Estas tendencias se reforzaron cuando las teorías lingüísticas de Marr fueron rechazadas en 1950, y con ellas, el principal apuntalamiento ideológico del concepto de desarrollo autónomo. Decreció la fe en los anteriormente respetables esquemas estacionarios de etnogénesis y hacia los años sesenta se aceptaron algunas migraciones procedentes de patrias muy lejanas. Los investigadores tenían ahora en cuenta algunas de las características del registro arqueológico y del comportamiento humano prehistórico que previamente habían ignorado. El registro arqueológico se hacía cada vez más diverso y colorista a medida que se llenaba de grupos étnicos cuyas diferencias culturales eran de considerable interés (Bulkin *et al.*, 1982, pp. 276-278). Aunque estos desarrollos eran menos innovadores que los producidos en los años treinta y tenían sus raíces en la arqueología histórico-cultural europea del siglo XIX, su incorporación a la arqueología soviética representó un enriquecimiento definitivo de este enfoque.

Al mismo tiempo, la arqueología soviética realizó avances significativos en sus directrices. S. A. Semenov tuvo un éxito considerable en la determinación del uso que se había hecho de los instrumentos prehistóricos de piedra y hueso, al poder identificar experimentalmente los procesos que habían provocado los modelos de utilización hallados en ellos. Aunque este enfoque, claramente alineado con el interés marxista por la producción, había sido iniciado por Nilsson en la primera mitad del siglo XIX, fue ignorado casi por completo por los arqueólogos occidentales hasta la publicación de la traducción inglesa de la obra de Semenov *Prehistoric Technology* (1964). Así, sin abandonar de ninguna manera el objetivo marxista de explicar las transformaciones culturales en relación a los modos cambiantes de producción, los arqueólogos empezaron a ser conscientes de que había mucha más evidencia que requería una explicación. Aunque permanecieron en la tradición marxista, adoptaron una visión del pasado más histórica que evolucionista.

Desarrollos recientes

La era postestalinista fue testigo de una liberalización creciente de la investigación soviética y de la vida soviética en general. Aunque este período ha sido destacado por sus problemas (Gening, 1982) e incluso por sus crisis (Soffer, 1985, pp. 8-15), también ha significado el aumento de la complejidad y la diversidad en la interpretación de los datos arqueológicos. El control centralizado de la arqueología decrecía en cierto grado a medida que se establecían nuevos centros del Instituto de Arqueología en Novosibirsk, Irkutsk, Chita, Kemerovo, Magadan, Dushanbe y Samarkanda que también poseían el derecho de otorgar licenciaturas, y a medida que la cantidad de investigación originada en Moscú y Leningrado llegó al 25 por 100 en 1970 (Davis, 1983, p. 409). Los libros occidentales empezaron a ser más accesibles y se establecieron muchos más contactos con los investigadores occidentales. Estos contactos se han justificado a partir de la observación de Lenin de que cada tendencia importante en la ciencia burguesa refleja, al mismo tiempo que distorsiona, la realidad, y que mediante la aplicación de la crítica materialista dialéctica a esos trabajos, los marxistas podrían revelar qué hay de valor en esos enfoques (Bulkin *et al.*, 1982, p. 278). Los arqueólogos soviéticos reconocen ahora que de la arqueología occidental se pudieron obtener valiosas percepciones, a pesar de que en el pasado tal comportamiento pudo haber sido visto como «una manifestación del servilismo y la subordinación a Occidente y a su cultura capitalista» (Miller, 1956, p. 146). Según los arqueólogos soviéticos, esta nueva confianza no significa «el final de los problemas ideológicos», sino que estos son ahora «menos agudos en forma pero más profundos en esencia» (Bulkin *et al.,* 1982, p. 278).

También se manifiesta una más grande autoconfianza y creatividad en las discusiones teóricas del marxismo, que ya no se identifica obligatoriamente con el esquema tradicional soviético de evolución unilineal. En los años recientes se ha debatido acaloradamente el estatus del modo de producción asiático (Dunn, 1982), así como las relaciones entre las formaciones socioeconómicas y las culturas específicas, el impacto que tienen unas sobre otras las sociedades que, hallándose en diferentes niveles de desarrollo, entran en interacción, y la naturaleza del cambio cultural en las sociedades precapitalistas (Danilova, 1971). Los observadores occidentales han observado un rechazo del dogmatismo y una tendencia hacia la diversificación teórica, aunque siempre dentro del marco de la filosofía marxista (Fortes, 1980, p. xix). Lo que está ocurriendo puede describirse quizás como el cambio del polo evolucionista hacia el histórico, enfoques que han sido complementarios en el marxismo desde el principio.

Todos los arqueólogos soviéticos trabajan dentro del marco del materialismo marxista histórico o dialéctico, que constituye la base ideológica de la Unión Soviética. Esto requiere que todos los estudios sobre el comportamiento humano se conceptualicen desarrollísticamente, prestando especial atención a las cau-

sas y a las condiciones que desencadenan el cambio. El marxismo también estimula el análisis de los fenómenos referentes al comportamiento, dentro de un contexto cada vez más holístico. Las marcadas divisiones entre las disciplinas de las ciencias sociales en Occidente se consideran un impedimento arbitrario para el conocimiento científico del comportamiento humano. Estas divisiones se interpretan como síntomas de una sociedad en decadencia, en la cual el objetivo del conocimiento humano es algo que no se desea desde las clases dominantes. La arqueología soviética no está separada en compartimentos autónomos como arqueología prehistórica, clásica y del Próximo Oriente. Estos tipos diferentes de arqueología se estudian en los departamentos de historia y el grado más alto en arqueología lo es también en historia. Se argumenta que esta unión de historia y arqueología y su compromiso compartido con el enfoque histórico ayuda a los arqueólogos a comprender sus materiales desde una perspectiva holística que combina un interés por los procesos histórico-culturales específicos y una preocupación más general por la evolución de la sociedad y la cultura. Así pues, la arqueología soviética carece de mucha de la tensión teórica que —correcta o incorrectamente— ha caracterizado desde el siglo XIX hasta hace muy pocas décadas el enfrentamiento en Europa occidental y Norteamérica entre los enfoques histórico-cultural y evolucionista.

Con todo, existe una discusión creciente sobre cómo pueden contribuir más efectivamente los datos arqueológicos al análisis marxista del comportamiento humano. Muchos de los arqueólogos soviéticos más tradicionales creen que de los datos arqueológicos puede extraerse información histórica utilizando sólo el sentido común y el aparato teórico del análisis histórico convencional. Estos datos pueden combinarse con fuentes escritas históricas, con la etnografía, la lingüística histórica, la historia del arte, el folklore y cualquier otra información que pueda ser relevante para el estudio del pasado. Aunque no niegan que emplean métodos diferentes de recuperación y análisis de los datos, estos arqueólogos no creen que sea necesario elaborar ningún concepto específicamente arqueológico que haga diferente la interpretación arqueológica de la corriente general de análisis histórico.

Este enfoque caracteriza el trabajo de los arqueólogos que están interesados no sólo en el estudio de las culturas específicas sino también en la evolución de la sociedad. El enfoque evolucionista, que V. M. Masson llama «arqueología sociológica», se ocupa especialmente de las investigaciones que se llevan a cabo en el Cáucaso y en el Asia central, territorio pionero en toda la Unión Soviética en ofrecer evidencia sobre las más tempranas economías agrícolas y civilizaciones urbanas. La arqueología sociológica persigue la reconstrucción de las estructuras sociales, económicas e ideológicas de las antiguas sociedades con el objeto de establecer las leyes, así como los fenómenos y los procesos particulares que desencadenan el cambio (Bulkin *et al.*, 1982, p. 281). Los estudios sistemáticos que inició S. P. Tolstoy en 1937 en Turkmenia documentaron la presencia de sistemas antiguos de irrigación. Desde entonces, la

investigación llevada a cabo en el sur de esa zona ha demostrado el desarrollo de una economía de producción de alimentos y posteriormente unas sociedades clasistas de la Edad del Bronce (Kohl, 1981a).

Aunque se han hecho grandes esfuerzos por reconstruir la utilización de los instrumentos, las operaciones de los sistemas de irrigación y la composición económica y social de los centros urbanos, un crítico norteamericano ha observado la ausencia de descripciones detalladas sobre la importancia relativa de la presión poblacional, de la agricultura de irrigación, de los modelos de asentamiento, de la guerra, de los intercambios económicos y de la integración religiosa como factores desencadenantes del cambio (Lamberg-Karlovsky, 1981, p. 388). Lo atribuye a los modelos más bien «histórico-descriptivos» que «analítico-explicativos» que caracterizan la investigación arqueológica soviética. Por otra parte, algunos arqueólogos soviéticos han sugerido que la principal deficiencia de sus interpretaciones evolucionistas es que los modelos evolucionistas, frecuentemente inspirados en algunos de los trabajos de arqueólogos occidentales como V. G. Childe, R. J. Braidwood y R. McC. Adams, se imponen sobre los datos en vez de derivarse del estudio detallado de las características objetivas del registro arqueológico (Bulkin *et al.*, 1982, p. 281). Hasta cierto punto este enfoque refleja la creencia, aún vigente, de que la teoría marxista sobre los estadios de la sociedad todavía proporciona una explicación detallada del cambio cultural, en vez de intentar utilizar los datos arqueológicos para definir y elaborar los conocimientos que permitirían tener en consideración los rasgos distintivos del registro arqueológico, como la débil dicotomía entre las sociedades urbanas y las sociedades rurales halladas en Asia central durante la Edad del Bronce (Kohl, 1984, pp. 131-132).

En la arqueología del Paleolítico se ha desarrollado una actitud mucho más crítica hacia la teoría tradicional marxista de los estadios, ya que los arqueólogos han intentado determinar de una manera rigurosa los indicadores arqueológicos a través de los cuales pueden reconocerse los varios estadios de evolución social. En 1935 Boriskovsky mantenía que la sociedad clánica matriarcal había reemplazado a las hordas primitivas a principios del Paleolítico superior. Citaba como evidencia de ello las figurillas llamadas Venus y lo que parecían ser los restos de grandes casas alargadas. Pero desde finales de 1950 los contrastes sociales entre el Musteriense y el Paleolítico superior se han diluido en cierta manera. Más recientemente G. P. Grigor'ev ha afirmado que no se pueden detectar diferencias importantes por lo que respecta a la organización comunal en todo el Paleolítico superior desde finales del Achelense. Concluye este investigador que la familia nuclear probablemente existía ya en el Paleolítico inferior y que no hay evidencia sólida que demuestre la existencia de una organización clánica en el Paleolítico superior. Los arqueólogos soviéticos aceptan ampliamente en la actualidad que la teoría marxista de los estadios no proporciona unos hitos visibles de transición para la secuencia paleolítica y que los hallazgos arqueológicos no pueden ser interpretados en términos socioevolu-

cionistas (Davis, 1983, pp. 411-415). Esta crítica se ha desarrollado como parte del reajuste general de los esquemas de periodización llevado a cabo por los etnólogos y los historiadores soviéticos (Gellner, 1980).

Desde los años treinta, los arqueólogos interesados en la etnogénesis han intentado descubrir «indicadores étnicos» para su uso en la identificación de grupos étnicos prehistóricos. Con todo, la investigación etnográfica ha dejado de poner tanto énfasis en esta cuestión debido a que ha demostrado la complejidad de las relaciones entre cultura material, lengua e identidad de grupo como lo revela el nombre con el que los grupos se autodenominan (Dragadze, 1980). Esto ha supuesto una toma de conciencia sobre la polietnicidad de muchas culturas arqueológicas, incluyendo aquellas que han desempeñado un papel decisivo en la interpretación de los orígenes de los grupos étnicos modernos (Bulkin *et al.*, 1982, p. 280). La pretensión de V. P. Liubin de que las variaciones sistemáticas en los conjuntos musterienses del Cáucaso reflejan divisiones étnicas ha sido puesta en tela de juicio por los argumentos de I. I. Korobkov y M. M. Mansurov que apuntan que esas diferencias reflejan variaciones funcionales en el comportamiento del yacimiento, dando lugar a un debate que tiene mucho en común con el de Bordes y Binford sobre el Musteriense en Europa occidental. G. P. Grigor'ev mantiene que, debido a que las «pretribus» que existieron anteriormente al Paleolítico superior eran sistemas cerrados, los instrumentos de piedra constituyen indicadores adecuados para las afiliaciones étnicas que se pueden aplicar hasta los tiempos achelenses. Algunos paleolitistas soviéticos no están de acuerdo con Grigor'ev o Liubin en que los conjuntos de instrumentos de piedra definidos formalmente sean indicadores adecuados de la etnicidad (Davis, 1983, p. 419).

Un número creciente de arqueólogos soviéticos parece creer que el progreso de su disciplina se ha frenado por no haber prestado la atención adecuada a las características particulares de los datos arqueológicos. Nadie pone en duda públicamente el estatus de la arqueología como disciplina histórica o si es adecuado o no interpretar el comportamiento humano en términos de teoría marxista. La cuestión es cómo se puede inferir el comportamiento humano a partir de los restos materiales del pasado, los cuales por naturaleza «no contienen evidencia fijada a partir del lenguaje» (Kamenetsky, Marshak y Sher, 1975, citado por Bulkin *et al.*, 1982, p. 282). Estos arqueólogos creen que el tratamiento humanístico de los hallazgos arqueológicos, como si fuesen meramente cualquier otra clase de datos sociológicos o históricos, no es un buen enfoque para este problema. La gran variedad de tendencias dentro de la arqueología soviética de hoy en día no son más que intentos implícitos o explícitos para superar esta deficiencia.

La más convencional de estas tendencias, dentro del contexto de la arqueología soviética, es la atención que crecientemente se presta al estudio de la tecnología prehistórica. Los hallazgos en petrografía, metalurgia y otras disciplinas de las ciencias naturales, así como los análisis pioneros de las trazas de uso

hechos por Semenov, se utilizan para identificar fuentes de materias primas y para determinar cómo se hacían los artefactos y para qué se usaban. A los partidarios de este enfoque, como a sus correspondientes occidentales, les gusta contrastar el rigor científico de su trabajo con las meras conjeturas de los arqueólogos tradicionales (Bulkin *et al.*, 1982, pp. 282-283).

También existe un interés cada vez mayor en la Unión Soviética, así como en Occidente, por los análisis ecológicos de las relaciones entre las sociedades prehistóricas y sus ambientes naturales. Para los arqueólogos soviéticos, el principio que guía este enfoque, el cual provocó primeramente un interés por los ambientes prehistóricos y por los modelos de subsistencia, es la observación hecha por Marx y Engels de que «la historia de la humanidad y la historia de la naturaleza ... son inseparables ... Mientras que exista la raza humana, la historia de los humanos y la historia de la naturaleza se influirán mutuamente la una a la otra» (citado por Dolukhanov, 1979, p. 200). Los arqueólogos soviéticos sitúan con gran cuidado la fuente del desarrollo sociocultural más en las fuerzas y relaciones de producción que en el reino natural o en la regulación general de los subsistemas interactivos. La esfera de la «producción social» tiene un papel central en el conocimiento de las respuestas humanas incluso a los cambios más dramáticos en el medio ambiente natural. Así, incluso en la esfera de la ecología, los marxistas adoptaron un enfoque no ecosistémico sino centrado en lo humano (Dolukhanov, 1979). Pero se ha apuntado que el análisis de los datos empíricos es todavía el punto más débil en el estudio de la ecología prehistórica así como en la arqueología en general. Paul Dolukhanov (1979, p. 200) ha observado las ambigüedades existentes en conceptos tan elementales como atributo, tipo, conjunto y cultura.

Esta preocupación ha dado lugar a un interés creciente por el análisis formal de los datos arqueológicos. En vez de rechazar ese interés propio del oscurantismo burgués, como se habría hecho en los años treinta, muchos arqueólogos soviéticos contemplan ahora esos estudios como algo esencial para conseguir una comprensión histórica y social detallada de los datos arqueológicos. Los que abogan por el enfoque descriptivo han puesto de manifiesto la necesidad de hacer definiciones operacionales estrictas y procedimientos estandarizados para el análisis de los datos arqueológicos. La importancia de estos últimos es particularmente evidente en situaciones donde deben procesarse grandes cantidades de datos. Como resultado de años de negligencia, todavía hay mucho camino por recorrer en este sentido. Mientras que los arqueólogos de Centroeuropa pueden referirse a tipos específicos de fíbulas, como las Almgren 67 o 236, que han sido cuidadosamente definidas tanto en sus características formales como en sus asociaciones temporales, los arqueólogos soviéticos usan términos descriptivos como «fíbula de cierre de seguridad alto» (Bulkin *et al.*, 1982, p. 288; Klejn, 1982). En la Unión Soviética todavía no existe una tipología ampliamente aceptada para los artefactos paleolíticos, aunque se están llevando a cabo intentos para desarrollar esos sistemas (Davis, 1983, pp. 419-421). Se

está haciendo algún trabajo utilizando análisis de atributos y complejos procedimientos matemático-estadísticos (Bulkin *et al.,* 1982, p. 282). Estos procedimientos están haciendo posible reconocer los artefactos como fenómenos multivariados más que como simples productos de las normas culturales. Algunos estudios tipológicos tocan temas de importancia histórica y tecnológica, como el debate entre Liubin y Grigor'ev sobre si la técnica Levallois de manufactura de lajas de piedra representa un grado intermedio necesario entre las hojas de los núcleos discoidales y prismáticos (Davis, 1983, p. 421). Los que se oponen a estas tendencias aducen que se trata de una exageración el correlacionar las características formales y su significado histórico y que se sobrevaloran las potencialidades de este enfoque tipológico para extraer información histórica (Bulkin *et al.,* 1982, p. 282).

En la Unión Soviética, las culturas arqueológicas son generalmente unidades taxonómicas de gran escala, mientras que en Europa central y occidental se trata de divisiones más pequeñas, correspondientes a grupos individuales de yacimientos socialmente significativos. Esta discrepancia se explica en parte por las grandes áreas de estudio que existen en la Unión Soviética, por más recursos de que se disponga. También se vislumbra, al igual que el desarrollo rudimentario de la tipología, una preocupación escasamente desarrollada por las propiedades formales del registro arqueológico, derivada del enfoque arqueológico adoptado a principios de los años treinta. Hoy día hay un interés creciente en la definición de culturas arqueológicas (Bulkin *et al.,* 1982, pp. 289-290). Los arqueólogos soviéticos siguen a los etnólogos en la distinción entre «comunidades histórico-etnográficas», que denotan grupos sociales específicos, y «del tipo economía-cultura», que pueden reunir un número de grupos étnicos en un nivel similar de desarrollo y ocupando zonas ambientales similares. La mayoría de los arqueólogos del Paleolítico definen sus culturas arqueológicas como del tipo economía-cultura, mientras que las culturas más recientes tienden a ser consideradas como entidades histórico-etnográficas (Davis, 1983, pp. 415-416). Desde principios de los setenta se han llevado a cabo esfuerzos por formular una definición uniforme de la cultura arqueológica que pudiese usarse en toda la Unión Soviética. En 1972, V. M. Masson sugirió una jerarquía de unidades —variante local, cultura arqueológica, grupo cultural— basada explícitamente en el esquema que D. L. Clarke presenta en su *Analytical Archaeology* (1968). Masson también proponía que los niveles de su jerarquía podían ser definidos en términos de coincidencia de tipos artefactuales. Leo Klejn (1982) ha propuesto un sistema aún más elaborado. Pero todavía no existe un acuerdo general sobre cómo deben ser definidas las culturas arqueológicas, cuál es su significado sociológico preciso y cómo encajan en un análisis marxista del cambio social.

También se objeta que en el pasado, para poder escapar del pecado de la «artifactología», los arqueólogos soviéticos no sólo rehuyeron la tipología y la definición de culturas arqueológicas, sino también la construcción de crono-

logías relativas a partir de la seriación. Desde la década de los cincuenta esta tendencia se ha visto reforzada por una confianza creciente en las dataciones radiocarbónicas. Leo Klejn y otros partidarios de la «arqueología teórica» argumentan que, debido a que no desarrollaron cronologías más detalladas, los arqueólogos soviéticos son incapaces de correlacionar con la precisión suficiente los cambios observados en la cultura material en regiones adyacentes y de relacionar estos cambios para conocer los acontecimientos históricos. Ponen de manifiesto que, como primer escalón en sus investigaciones, los arqueólogos deberían ordenar históricamente culturas relacionadas como cotradiciones y determinar las influencias que las culturas contemporáneas ejercen las unas sobre las otras. Este enfoque era ajeno a los primeros estadios de la arqueología soviética como resultado de su preocupación por la evolución unilineal y el desarrollo autóctono. Una vez hechas estas comparaciones externas, ya será posible valorar el papel histórico que la migración y la difusión han desempeñado en el modelado del registro arqueológico. Sólo entonces los arqueólogos podrán proceder a interpretarlo refiriéndose a las economías, las estructuras sociales y los sistemas de creencias de las sociedades antiguas y a explicar el desarrollo de estas sociedades según leyes, mecanismos causales y procesos específicos (Bulkin *et al.,* 1982).

Ningún arqueólogo soviético cuestiona la validez del materialismo histórico como explicación del comportamiento humano. Sus objetivos se centran en recavar información que contribuya al desarrollo de la paleohistoria marxista (prehistoria, protohistoria e historia antigua), sociología histórica y el estudio de la evolución cultural. Klejn y otros arqueólogos soviéticos han enfatizado que la cultura material nos informa de una manera muy diferente a la de los registros escritos sobre el comportamiento humano. También argumentan que el marxismo, como forma de estudio del comportamiento humano, no proporciona una guía detallada de transformación de los datos arqueológicos en información sobre el comportamiento humano. Por tanto, el deber de los arqueólogos es desarrollar esos métodos de transformación. También creen que muchas de las técnicas básicas utilizadas para analizar los datos arqueológicos son relativamente inmunes a los presupuestos sociales y políticos. Esto explica por qué los arqueólogos soviéticos, incluyendo a aquellos que rechazan la «arqueología teórica», han sido capaces de aplicar con éxito en los años recientes numerosas técnicas de la arqueología occidental. A través del esbozo de las variaciones espaciales, temporales y formales del registro arqueológico y de la documentación de los factores externos, como los cambios ambientales, la competición entre sociedades, la difusión y la migración, que explican algunas de esas variaciones, se dispondrá de los prerrequisitos necesarios para la comprensión de cómo las fuerzas y las relaciones de producción desencadenan el cambio dentro del contexto de las sociedades específicas.

Conclusiones

La arqueología soviética y la occidental se han desarrollado de manera contrastada, pero con el tiempo parecen haber llegado a la determinación del mismo tipo de problemas. En la década de los treinta, los arqueólogos soviéticos fueron los pioneros del desarrollo de la arqueología centrada en las pautas de asentamiento y en la explicación social de los datos arqueológicos. Posteriormente, volvieron a poner de moda los análisis sobre las trazas de uso. La orientación marxista les llevó a convertirse en los primeros arqueólogos que intentaron explicar los cambios documentados en el registro arqueológico según factores sociales internos. No fue hasta los años cincuenta que estos enfoques no empezaron a ser considerados en la arqueología occidental. A la inversa, un número cada vez mayor de arqueólogos soviéticos se han ido convenciendo de que se necesita prestar atención de manera sistemática a la construcción de las cronologías culturales y al estudio de la difusión y de la migración, aunque esos términos se hayan convertido en rutinarios e incluso pasados de moda para muchos arqueólogos occidentales. Al mismo tiempo, tanto los arqueólogos soviéticos como los occidentales comparten un interés creciente por el estudio de los datos desde un punto de vista ecológico.

Los arqueólogos soviéticos empezaron a tener en cuenta los factores externos que desencadenan el cambio en los sistemas sociales en el mismo momento en que los occidentales comenzaron a interesarse por los factores internos. Las influencias económicas y políticas que las sociedades adyacentes ejercen unas sobre otras pueden ser fácilmente analizadas a través del marco marxista tradicional, si se hace un poco más grande la escala de la unidad que se estudia y, por tanto, si se trata a las culturas que se interaccionan como partes de un sistema mundial. Con todo, los análisis ecológicos y los estudios de la difusión cultural requieren la consideración de los factores externos que hasta ahora han venido evitando los arqueólogos marxistas. Pero esto no constituye una ruptura con la teoría marxista, sino un intento por elaborarla, de manera que contemple toda la complejidad del registro arqueológico. Evitando el determinismo externo y poniendo de relieve la evolución socialmente condicionada de las relaciones de producción como el principal factor que desencadena la evolución cultural, la arqueología soviética conserva un carácter único al asignar el papel principal en la explicación de la historia a la acción humana.

Los arqueólogos soviéticos rechazaron inicialmente la metodología formalista, o de Montelius, porque la consideraban un obstáculo para el desarrollo del enfoque marxista para la interpretación de los datos arqueológicos. Continuó siendo rechazado durante el período reglamentado ideológicamente por Stalin debido a sus connotaciones occidentales y burguesas. Hoy día, los arqueólogos soviéticos están empleando de nuevo enfoques «formalistas» para examinar el registro arqueológico y descubrir la gama completa de regularidades que requieren una explicación. Los debates crecientes en la arqueología so-

viética y la ampliación del abanico de técnicas analíticas que emplea no son ni mucho menos indicadores de su rechazo del marxismo sino, por el contrario, de su mayor autoconfianza como historiadores marxistas. No hay ninguna base para que los arqueólogos occidentales, incluyendo a aquellos de estilo marxista, que saben poco o nada de lo que está ocurriendo en la Unión Soviética, la desprecien como si fuese una reliquia fosilizada del pasado de la que hay muy poco que aprender.

7. EL FUNCIONALISMO EN LA ARQUEOLOGÍA OCCIDENTAL

> Las formas y los tipos, es decir, los productos, se han considerado más reales y vivos que la sociedad que los creó y cuyas necesidades determinaron esas manifestaciones de la vida.
>
> A. M. TALLGREN, «The method of prehistoric archaeology» (1937), p. 155.

Aunque el enfoque histórico-cultural ha continuado hasta el presente satisfaciendo necesidades importantes, especialmente en los países con un gran interés por los orígenes étnicos o donde aún no habían sido establecidas cronologías culturales (Schrire *et al.*, 1986), pronto se hicieron evidentes sus inconvenientes para poder conocer cómo funcionaban y cómo cambiaban las culturas prehistóricas. Esto no sólo ocurrió entre un número creciente de arqueólogos occidentales, sino que anteriormente también había sucedido ya en la Unión Soviética. Aunque Childe (1935a, 1940a) continuó produciendo detalladas síntesis regionales histórico-culturales, él ya había empezado a poner en duda, mucho antes de que estas críticas comenzasen a publicarse, que se pudiese extraer demasiada información sobre la etnicidad a partir exclusivamente de los datos arqueológicos o que la etnicidad fuese un concepto central del estudio de la prehistoria (Childe, 1930, pp. 240-247). Childe no veía en el enfoque histórico-cultural un sustituto de la anticuada historia política, ya que el camino no era reemplazar hombres de Estado por culturas y batallas por migraciones (Childe, 1958b, p. 70; véase también MacWhite, 1956). Con el tiempo, otros arqueólogos americanos y de Europa occidental compartirían esta visión y adoptarían una nueva perspectiva en el estudio de la prehistoria, basada en el conocimiento sistémico del comportamiento humano. Este enfoque recibiría el estímulo de la tradición ecológica de la arqueología escandinava, del ejemplo de la arqueología soviética y del rechazo del difusionismo por parte de los etnólogos de Europa occidental.

El desarrollo de la antropología social

En el Reino Unido los etnólogos reaccionaron contra el difusionismo estéril de Elliot Smith y sus seguidores adoptando el enfoque estructural-funcionalista de Bronislaw Malinowski (1884-1942) y de E. R. Radcliffe-Brown (1881-1955). Sus primeras obras importantes, la de Malinowski *Argonauts of the Western Pacific* y la de Radcliffe-Brown *The Andaman Islanders*, fueron ambas publicadas en 1922, aunque Malinowski había ya llevado a cabo un detallado trabajo de campo sin precedentes entre 1915 y 1918 en las islas Trobriand y Radcliffe-Brown había trabajado en las islas Andaman desde 1906 a 1908. Ambos argumentaban que el comportamiento humano puede ser entendido mucho mejor en relación a los sistemas sociales, concebidos como un conjunto de elementos funcionalmente interdependientes. Malinowski destacó que las instituciones que componían los sistemas sociales estaban enraizadas en necesidades biológicas, visión que no compartía Radcliffe-Brown, quien intentaba definir solamente el papel social desempeñado por las instituciones. Este enfoque común acabó siendo llamado antropología social, para distinguirlo de la etnología, la cual se asociaba con el evolucionismo unilineal y el difusionismo.

La antropología social británica estaba basada en los primeros trabajos del sociólogo francés Émile Durkheim (1858-1917). Al igual que Karl Marx, Durkheim veía las sociedades como sistemas compuestos de elementos interdependientes. Procedente de una familia modesta, cuyo estatus estaba cada vez más amenazado por los rápidos cambios sociales y económicos que estaban teniendo lugar a finales del siglo XIX en Francia, este investigador consideraba tales cambios como alentadores de una rapacidad y un exceso de individualismo que amenazaba el equilibrio de la sociedad. Como judío, y por tanto miembro de un grupo minoritario amenazado, no buscó estimular la cohesión social enfatizando la unidad racial o étnica. Por el contrario, supuso que sólo las sociedades estables podían ser saludables y vigorosas. Al igual que Henri de Saint-Simon (1760-1825) y Auguste Comte (1798-1857), Durkheim apostaba por la sociología como un medio eficiente para contrarrestar lo que para él era la desintegración social de la sociedad capitalista. Al mismo tiempo evitó hacer una crítica de la base económica de tales sociedades que partiese de la consideración de las relaciones sociales como causales por derecho propio y por tanto susceptibles de ser reguladas sin referencia significativa a la economía (Wolf, 1982, p. 9). Mientras que Marx había elaborado teorías de conflicto interno para explicar el cambio social, Durkheim dirigió su atención hacia los factores que promovían la estabilidad social. Sus interpretaciones fueron expresadas en una serie de publicaciones principales: *De la division du travail social* (1893), *Les Règles de la méthode sociologique* (1895), *Le Suicide* (1897) y *Les Formes élémentaires de la vie religieuse* (1912).

Durkheim argumentaba que el objetivo de los estudios de las ciencias sociales era comprender las relaciones sociales y que el origen de todo proceso

social debía ser desentrañado a partir de la constitución interna de los grupos humanos. Suponía que los aspectos individuales de la cultura, tanto si eran de invención interna o externa, estaban llamados a adquirir su significación en referencia a sus relaciones funcionales con sistemas sociales específicos. Rechazaba la idea del enfoque histórico-cultural que decía que los sistemas sociales y las normas culturales asociadas a ellos podían ser entendidos como una colección mecánica de características que la difusión había reunido en gran medida gracias a la casualidad. Por el contrario, él creía que las sociedades constituían sistemas integrados, cuyas instituciones estaban interrelacionadas como las partes de un organismo vivo. La ciencia de la sociedad fue, así, conceptualizada como un estudio comparativo de morfologías sociales, con objetivos similares a la anatomía comparada.

Durkheim también mantenía que no podía producirse un cambio en un lugar del sistema social sin causar en mayor o menor grado otros cambios en otros lugares. Con todo, creía que el estado normal de la sociedad era el de la solidaridad social y que los cambios rápidos llevaban a un sentimiento de anomia o alienación. Así, estaba de acuerdo con los difusionistas en que el cambio era contrario a la naturaleza humana. Esto sugiere que en sus interpretaciones sobre el cambio se alineó con los antievolucionistas de finales del siglo XIX. A pesar de todo, estaba interesado de alguna manera en los problemas de la evolución social, los cuales estudió utilizando datos etnográficos. Afirmaba que a medida que las sociedades se iban haciendo más complejas, esa fuerza cohesiva de solidaridad mecánica o de las creencias compartidas cesaba, y entonces la unión se convertía progresivamente en solidaridad orgánica, resultante de la interdependencia económica. Esta nueva forma de cohesión liberaba a los individuos de la tiranía de las costumbres y las tradiciones. Malinowski, y sobre todo Radcliffe-Brown, rechazaban toda interpretación evolucionista e histórica de los datos etnográficos por ser especulativa y argumentaban que el estudio comparativo de la estructura y del funcionamiento de las sociedades entonces disponibles para un detallado examen era suficiente para realizar generalizaciones que explicaran las variaciones morfológicas entre todas las sociedades. Para Radcliffe-Brown en particular, el estudio del cambio no tenía otro significado aparte de la investigación de esta variación morfológica.

Aunque este rechazo de los procesos históricos podría parecer una base muy poco prometedora para la relación entre la antropología social y la arqueología, el hecho es que la antropología social y la sociología de Durkheim provocaron entre los arqueólogos un interés por desentrañar el funcionamiento de las culturas prehistóricas a modo de sistemas. Este interés aumentó a medida que los arqueólogos empezaron a desilusionarse debido a las limitaciones de los enfoques histórico-cultural y difusionista. Con su punto de vista particularmente conservador sobre el comportamiento humano, la antropología social proporcionó una respetable alternativa al marxismo a todos aquellos arqueólogos que estaban interesados principalmente, no en cómo se desencadenaba el

cambio, sino en cómo funcionaban las sociedades. Pero ha de tenerse en cuenta que la perspectiva funcional aplicada a los datos arqueológicos se había ya iniciado en arqueología antes del desarrollo de la antropología social. En sus primeros estadios este interés había tomado la forma de una preocupación por las relaciones entre las culturas prehistóricas y su medio ambiente.

Funcionalismo ambiental

En una fecha tan temprana como la década de 1840, Worsaae había defendido que los hallazgos arqueológicos debían ser estudiados en relación a su entorno paleoambiental y con este fin había cooperado con biólogos y geólogos. De esta manera empezó una tradición que ha continuado hasta el presente en la arqueología escandinava. Los arqueólogos estudiaban la retirada de los glaciares y los resultados combinados de los cambios en el nivel de los mares y sus efectos isostáticos sobre la superficie de la tierra, sobre los lagos y los océanos, como información de base para determinar el impacto de estos cambios sobre las poblaciones prehistóricas de Escandinavia. También investigaban los cambios en el clima y en las relaciones recíprocas entre la flora, la fauna y el uso humano de la tierra. A partir de 1905 el geólogo Gerard de Geer (1858-1943), a través del estudio de la sucesión de niveles superpuestos depositados anualmente, apuntó que el comienzo de la retirada de los glaciares en Suecia se produjo hace 12.000 años. Esta secuencia de niveles constaba de 30 metros de depósitos sedimentarios anuales sobre el lecho del antiguo lago Raganda, drenado en 1796. Otro sueco, E. J. Lennart von Post (1884-1951) utilizó las observaciones de Gustav Lagerheim sobre la preservación milenaria de los granos de polen para reelaborar los estudios pioneros de Steenstrup sobre los cambios florales posglaciales. Hacia 1916 ya había producido unos gráficos que pretendían mostrar los porcentajes de varios tipos de árboles en períodos sucesivos de la prehistoria escandinava. La vieja secuencia de bosques de abedul, pino, roble y haya quedó justificada y gracias a los pólenes preservados en los pantanos fue posible averiguar las comunidades de plantas en grandes áreas, determinar la tala de árboles y la introducción de la domesticación de plantas. También se pudieron trazar las fluctuaciones de las diferentes especies de plantas en intervalos de tiempo mucho más precisos que hasta entonces. Se establecieron los límites más septentrionales de cada árbol en cada uno de los períodos, correlacionándolos posteriormente con la geocronología de De Geer sobre los márgenes de los glaciales para lograr así un alto grado de precisión temporal (Bibby, 1956, pp. 183-194). El análisis polínico fue introducido en Inglaterra y aplicado a la arqueología por el biólogo Harry Godwin (1933).

En 1898 el geólogo Robert Gradmann observó una estrecha correlación entre los suelos de loess depositado por el viento y los primeros asentamientos neolíticos de Centroeuropa, llegando a la conclusión de que los primeros asen-

tamientos agrícolas se habían situado en áreas naturales libres de bosque, o ligeramente forestadas, ya que esos primeros agricultores no tenían la capacidad para abrir claros por sí mismos (Gradmann, 1906). La relación entre los suelos de loess y los asentamientos neolíticos continuó siendo estudiada por Alfred Schliz (1906), Ernst Wahle (1915) y Max Hellmich (1923). En Inglaterra se produjeron asimismo estudios similares sobre las correlaciones entre los tipos de suelos y las culturas arqueológicas (Daniel, 1950, pp. 304-305). No fue hasta 1940 que los análisis de polen confirmaron que las tierras loéssicas y similares habían estado recubiertas de bosque en el tiempo en que fueron ocupadas por los granjeros neolíticos y que su atracción original no era la falta de árboles sino la facilidad para labrar el tipo de suelo que presentaban (G. Clark, 1974, p. 43).

En la memoria de sus excavaciones del yacimiento estratificado de Anau, en el Turkestán ruso, en 1904, el geólogo y arqueólogo norteamericano Raphael Pumpelly (1837-1923) proponía la teoría del oasis o de la desecación para explicar los orígenes de la producción de alimentos (1908, I, pp. 65-66). Argumentaba que, como el Próximo Oriente había sufrido un clima mucho más seco después de la última glaciación, los cazadores-recolectores se vieron obligados a reunirse alrededor de las pocas fuentes de agua y a «conquistar nuevos medios de sostén» a través de la domesticación de las plantas y de los animales. Esta teoría iba a hacerse extremadamente popular en las décadas sucesivas entre los arqueólogos del Viejo Mundo.

En su libro *Origines Celticae*, el historiador de la Universidad de Oxford Edwin Guest (1800-1880) afirmaba que la historia de Inglaterra debía ser entendida contrastándola con la geografía británica (1883). Poco tiempo después, el geógrafo de Oxford H. J. Mackinder (1861-1947) argumentaba que la localización geográfica de las naciones desempeñaba un papel principal en la configuración de su historia política y económica. En 1912 F. J. Haverfield (1860-1919) demostró que existía una correlación entre la extensión de la colonización romana de Gran Bretaña y ciertos tipos de territorios. John Myres se inspiró en Guest y Mackinder para exponer el valor que tenía en arqueología el enfoque geográfico. A partir de 1912, O. G. S. Crawford (1886-1957), que había estudiado en Oxford y que durante muchos años trabajaría en el Servicio de Topografía, se concentró en el estudio de la prehistoria en relación a su emplazamiento geográfico. Entre sus muchas contribuciones, fue él quien alentó la utilización de la fotografía aérea para detectar zanjas, terraplenes o marcas de cultivos antiguos, que no eran visibles desde el suelo. La importancia de los reconocimientos aéreos para la investigación arqueológica se había puesto de manifiesto desde la Primera Guerra Mundial (Crawford, 1923; Crawford y Keiller, 1928). La distribución de los artefactos plasmada en mapas llevó a estudios detallados sobre períodos específicos, con un énfasis especial en la reconstrucción de los modelos originales de vegetación. W. G. Clark, J. P. Williams-Freeman, Herbert Fleure, W. E. Whitehouse y Cyril Fox pusieron en marcha estudios sobre las relaciones entre los asentamientos prehistóricos y la ecología en diferentes lugares

de Inglaterra (Daniel, 1950, pp. 303-306). Este trabajo, que culminó en la obra de Fox (1882-1967) *The Archaeology of the Cambridge Region* (1923), demostraba que los primeros asentamientos agrícolas habían sido emplazados en suelos permeables y poco densos, mientras que durante la Edad del Hierro y la época anglosajona se habían preferido suelos más densos, más duros de trabajar, pero mucho más productivos y con una capacidad de retención de agua mayor. Fox, en su libro *The Personality of Britain* (1932), combinó el enfoque ecológico-distributivo de Gradmann y Crawford con el geográfico de Mackinder para producir algunas ideas generales importantes sobre las relaciones entre paisaje e historia cultural. Su contribución mayor fue la distinción entre las tierras bajas del sureste de Inglaterra, expuestas a las migraciones y a la difusión cultural procedentes de la Europa continental, y las tierras altas del norte y del oeste de Gran Bretaña, mucho más protegidas ante estas disrupciones y por tanto mucho más conservadoras ante la adopción de nuevos ítems culturales. Este enfoque ha sido desde entonces aplicado a otras áreas (Daniel, 1963b; Trigger, 1969).

Ya en 1915 Elliot Smith había liderado la idea de que la invención de la agricultura, que según él había tenido lugar en Egipto como consecuencia de circunstancias fortuitas, era el criterio principal del Neolítico y marcaba una inflexión crucial en la historia humana. Esta idea, junto a la hipótesis del oasis de Pumpelly, fueron popularizadas por Harold Peake (1867-1946) y H. J. Fleure (1877-1969) en el tercer volumen de su obra *The Corridors of Time* (1927), una serie muy leída de varios volúmenes que trataba de la prehistoria. En el mismo período W. J. Perry (1924, pp. 29-32) hizo popular la idea expuesta por el agrónomo T. Cherry de que la agricultura había sido inventada en Egipto cuando la gente incrementó la cantidad de mijo y cebada que crecía espontáneamente en las llanuras de los márgenes del río por medio de la irrigación de la tierra seca adyacente a las zonas de crecimiento silvestre y de la dispersión de las semillas de la cebada en las áreas fangosas que se formaban cada año tras la retirada de las inundaciones. Estas contribuciones elevaron a un nivel teórico la discusión sobre los orígenes de la agricultura.

El interés creciente por las relaciones entre las sociedades humanas y su localización medioambiental, aunque no constituía un análisis global de las culturas, estimulaba la visión funcional de uno de los aspectos principales del comportamiento humano, es decir, el análisis de los paleoambientes y de las adaptaciones ecológicas de las culturas a esos ambientes. En general se suponía que el ambiente natural, más que determinar la naturaleza específica de la respuesta —influida por las tradiciones históricas y por elecciones humanas impredecibles—, fijaba los límites de las diferentes clases de adaptaciones posibles. Esta visión concordaba con la geografía humana del período, la cual estaba dominada por el enfoque ambiental posibilista del geógrafo francés Paul Vidal de La Blache (1845-1918). Ambos, posibilismo y difusionismo, destacaban la indeterminación como el rasgo dominante del cambio cultural.

Enfoques económicos

Cuando Childe empezó a alejarse del enfoque histórico-cultural, que él reconoció como una vía intelectualmente muerta, no negó la importancia de la difusión como fuerza desencadenante del cambio cultural, aunque continuó siendo consciente de que la difusión no era de mucho más valor para la explicación de los cambios que los conceptos del evolucionismo unilineal, a menos que los arqueólogos pudiesen determinar qué factores dentro de las culturas prehistóricas favorecían la adopción de las nuevas ideas e influían en los papeles que éstas tendrían. Childe intentó emular el trabajo de los historiadores económicos mediante la identificación en la prehistoria de tendencias económicas amplias que hicieran referencia a los elementos específicos de la difusión que podían ser explicados. Presentó los resultados de esta investigación en tres libros: *The Most Ancient East* (1928), *The Bronze Age* (1930) y *New Light on the Most Ancient East* (1934). En su obra *The Danube in Prehistory* (1929), escrita con anterioridad a *The Most Ancient East*, también desempeñaron un papel significativo algunas interpretaciones económicas de los datos arqueológicos.

Aunque la preocupación de Childe por los factores económicos se ha interpretado como una primera reflexión de su compromiso con el marxismo, en aquel tiempo él todavía no se proclamaba marxista y no hay nada en sus obras de ese período que se pueda considerar específicamente marxista. Algunos arqueólogos británicos como Peake y Fleure habían ofrecido ya algunas interpretaciones económicas del registro arqueológico, las cuales fueron recogidas por Childe para construir un modelo más global de desarrollo económico. También es evidente que este pensamiento evolucionó muy lentamente a partir de un primer interés en los modelos de subsistencia hacia una visión que enfatizaba los aspectos de la economía que no mantenían una relación fundamental con estos modelos. La importancia que asignó a la idea de las culturas prehistóricas como modelos de relaciones sociales refleja un cierto conocimiento de la sociología de Durkheim, adquirida como resultado de su traducción al inglés del libro de Alexandre Moret y Georges Davy *From Tribe to Empire* (1926). Davy era un estudioso de Durkheim que había colaborado con Moret, un egiptólogo, en la producción de una interpretación al estilo de Durkheim del desarrollo de la antigua civilización egipcia.

The Most Ancient East fue escrito como libro de texto y como volumen que acompañaba a *The Dawn of European Civilization*. En él se intentaba seguir la huella de los orígenes de las innovaciones tecnológicas que posteriormente se habían extendido a toda Europa. Childe seguía a Smith y a Fleure al destacar el desarrollo de la agricultura como un punto de inflexión crucial en la historia humana. También estaba de acuerdo con Pumpelly sobre la desecación sufrida por el Próximo Oriente tras la última glaciación, que provocó que la gente domesticase las plantas y los animales para poder alimentar a densidades mayores de población, agrupadas en torno a las pocas fuentes de agua. Debido

a su aceptación de las ideas del posibilismo ambiental, las cuales estaban de moda en la geografía no marxista, Childe destacó que las bandas de cazadores-recolectores, en vez de optar por desarrollar la agricultura, podían haberse desplazado más al norte o más al sur en busca de áreas donde la caza mayor hubiese sobrevivido, o bien podían haber perecido. Sólo tres regiones del Próximo Oriente poseían suficiente suelo fértil para permitir el desarrollo de una gran civilización: el Nilo, el valle del Tigris y el Éufrates y el valle del Indo. En cada una de estas áreas el ritmo de creación de un excedente de riqueza fue mucho más rápido que el del incremento de la población, hecho que desembocó en la concentración de poder político, el nacimiento de la vida urbana y el progreso de las artes industriales. Estas civilizaciones —que siempre mantuvieron contactos entre ellas— surgieron todas ellas de una base neolítica común, aunque en Mesopotamia se adoptó la fórmula de varias ciudades-estado y en Egipto pronto se desarrolló la fórmula de una monarquía divina. El conocimiento tecnológico se extendió desde estas primeras civilizaciones a regiones lejanas, como Europa, como resultado del comercio para el intercambio de alimentos excedentarios o bienes manufacturados por materias primas, como cobre y estaño. Aunque Childe basó este modelo en las relaciones entre los modernos países industriales y los del Tercer Mundo, argumentó que era necesario asignar a la palabra «comercio» un significado adaptado a las particulares condiciones económicas, sociológicas y ambientales que dieron lugar a tal actividad en un lugar y en un tiempo determinados (Childe, 1928, p. 221).

En *The Bronze Age*, Childe estudió los orígenes y la propagación de la metalurgia, a partir de la información que proporcionaba el registro arqueológico. Consideró la posibilidad de que la metalurgia pudiera haber sido inventada independientemente en Egipto, Próximo Oriente, Hungría y España, pero, como la mayoría de los difusionistas, concluyó que se trataba de un proceso tan complejo que probablemente sólo se habría inventado una vez en la historia de la humanidad. También interpretó algunas similitudes específicas en el proceso utilizado para trabajar el bronce y en las formas de los primeros artefactos del metal en Europa y en el Próximo Oriente, como pruebas de un origen único. Childe, a partir de los textos homéricos, se había convencido, casi podría decirse que de manera incorrecta, de que la fundición del metal requería especialistas inicialmente itinerantes que junto a prospectores y mineros habrían sido los primeros seres humanos que habrían funcionado independientemente de las filiaciones tribales. Se suponía que la adopción de una tecnología de producción de instrumentos de metal habría provocado una pérdida doble en la capacidad de autosuficiencia del Neolítico, ya que requería que las comunidades dependiesen de los artesanos, los cuales a veces no tenían ninguna relación con ellas, así como del desarrollo de amplias rutas comerciales que no se viesen interrumpidas por luchas tribales periódicas, para asegurar la entrega regular de los suministros de cobre y estaño. Aunque consideraba el trabajo del bronce como un prerrequisito importante para el desarrollo de la civilización en el Próximo

Oriente, argumentaba que en Europa se usaba sobre todo para suministrar armas a las sociedades tribales, de la misma manera que el incremento de la población y la ampliación de la zona boscosa (como resultado de los cambios climáticos) llevó a una competición creciente por el suelo agrícola.

En *New Light on the Most Ancient East*, escrito después de visitar las principales excavaciones arqueológicas de Irak y del valle del Indo, Childe sintetizó y elaboró los argumentos que ya había avanzado en los dos libros previos. Mantenía que en el Próximo Oriente habían tenido lugar dos revoluciones durante los tiempos prehistóricos, equivalentes en importancia a la Revolución industrial. Se refería a la transición de la recolección a la producción de alimentos y a la de los poblados agrícolas autosuficientes a las sociedades urbanas. Pensaba que cada una de estas revoluciones había dado lugar a una tecnología más productiva y a un aumento masivo de la población. El incremento poblacional más que demostrarse se suponía. También se sobrestimaba el grado en que los habitantes de las antiguas ciudades del Próximo Oriente se habían subido al carro de la industria, el comercio y los intercambios en detrimento de las actividades agrícolas. La migración de la población excedentaria, el intercambio de bienes manufacturados por materias primas y los artesanos también excedentarios en busca de trabajo habrían expandido hacia Europa las tecnologías producidas por estas revoluciones. El resultado fue el desarrollo en Europa de unas sociedades neolíticas y de la Edad del Bronce, estructuralmente diferentes a las que habían surgido en el Próximo Oriente. Con el tiempo, el consumo notable de las clases privilegiadas y los conflictos militares entre las civilizaciones hicieron que las sociedades del Próximo Oriente gastasen más bienes de los que producían, mientras que el surgimiento de otras civilizaciones secundarias hacía más difícil la consecución de materias primas. Como resultado de ambos procesos, el progreso económico llegó a un límite en estas sociedades. Al mismo tiempo, Europa continuó progresando hasta que fue capaz de aventajar y dominar el Próximo Oriente. Con esta explicación económica, Childe pudo conjurar los estereotipos étnicos y las teorías semirracistas a las que tuvo que invocar para explicar el poder dominador final de los europeos en *The Aryans*.

El interés de Childe por el desarrollo económico en los tiempos prehistóricos estaba inspirado en tendencias que estaban presentes en la arqueología europea, más particularmente en la británica, de aquel período. Con todo, fue más allá de las interpretaciones de Elliot Smith, Peake y Fleure en la consistencia con la que aplicó el enfoque económico al estudio de la prehistoria y en el alcance de las formulaciones. Además, en vez de interpretar el cambio cultural como resultado de la innovación tecnológica, Childe vislumbró la existencia de contextos económicos y políticos más amplios que influían en el uso que se hacía de las innovaciones. Esto le permitió explicar cómo las mismas innovaciones tecnológicas podían provocar el surgimiento de tipos diferentes de sociedades en Europa y en el Próximo Oriente.

En un enfoque económico como el que se ha expuesto había una perspecti-

va evolucionista multilineal inherente. Pero Childe en aquel tiempo no estaba fundamentalmente preocupado por la evolución cultural. Afirmaba categóricamente que «las revelaciones de la arqueología ... ponen al descubierto, no la evolución abstracta, sino la interacción de los múltiples grupos concretos y la mezcla de contribuciones procedentes de diversas regiones lejanas» (Childe, 1928, p. 11). Al igual que otros arqueólogos europeos, aceptaba que las cada vez más complejas tecnologías se habían desarrollado en primer lugar en el Próximo Oriente y después en Europa. Pero consideraba a los seres humanos poco inventivos por naturaleza y confiaba en gran medida en la difusión y en la migración para explicar el cambio cultural. Al final de *New Light on the Most Ancient East*, se les decía a los lectores que el objetivo principal del libro era justificar «la doctrina general de la difusión cultural» (Childe, 1934, p. 301). Tampoco su punto de vista materialista era completo en aquel tiempo. Aunque interpretaba algunos cambios económicos como respuesta a estímulos medioambientales, muchas de las innovaciones las atribuía, como Montelius, al ejercicio espontáneo de la inteligencia humana para lograr un mayor control sobre la naturaleza y hacer más fácil y más segura la vida humana. A pesar de todo, gracias al examen de cómo las actividades económicas desencadenaban el cambio dentro de las culturas, Childe había ayudado a estrechar la separación entre las reconstrucciones estáticas de las culturas prehistóricas y el recurso de los factores externos para explicar el cambio que había caracterizado sus primeros estudios histórico-culturales.

Childe y la arqueología soviética

En 1935 Childe visitó la Unión Soviética por vez primera. Durante su estancia conoció a arqueólogos rusos, visitó museos y recogió información sobre recientes descubrimientos arqueológicos relacionados con la prehistoria de Europa oriental (S. Green, 1981, pp. 76-77). Quedó impresionado por el abrumador apoyo del gobierno a la arqueología, por la gran escala en la que se desarrollaban las investigaciones arqueológicas y por el uso que se hacía de los hallazgos arqueológicos para la educación pública. Sobre todo, quedó fascinado por los esfuerzos de los arqueólogos soviéticos por explicar la prehistoria según los procesos internos de las sociedades y a partir de conceptos materialistas explícitos. El trabajo de los soviéticos dejaba en evidencia la estrechez de las investigaciones económicas de Childe, que no se avenían con el enfoque marxista según el cual las fuerzas y las relaciones de producción jugaban un papel principal en la determinación del carácter general de las sociedades.

A partir de su propia experiencia, Childe no aceptó por completo el programa de la arqueología soviética. Rechazó la adopción del detallado esquema de formaciones socioeconómicas u otras formulaciones unilineales sobre la evolución social. Posteriormente criticaría el enfoque soviético ya que obligaba a los

arqueólogos a asumir desde el principio la veracidad de aquello que estaban encargados de demostrar (Childe, 1951, pp. 28-29). Además, no veía claro cómo los arqueólogos podían esperar inferir muchos de los detalles específicos de la organización social que pudiesen relacionar esta formulación con su trabajo.

También se negó a dejar de considerar la difusión como un factor principal que promovía el desarrollo cultural. Para Childe, la difusión era un concepto que tenía importancia moral. La toma del poder por parte de Hitler en la Alemania de 1933 le había hecho ser muy consciente del desastre que había supuesto para ese país el entretejido de la arqueología con los movimientos políticos racistas. Mucho antes, había recurrido a la difusión como el antídoto a las teorías nacionalistas de Kossinna y otros arqueólogos alemanes. Ahora, como los arqueólogos boasianos en los Estados Unidos, argumentaba que el cada vez mayor progreso cultural era el resultado del final del aislamiento entre grupos vecinos y de la reunión en una escala siempre creciente de las innovaciones de todas las ramas de la familia humana (Childe, 1933a, b). Debido a esto, le dolió que los arqueólogos soviéticos, bajo la influencia de Nikolay Marr, hubiesen rechazado este concepto. Aunque estaba de acuerdo en que los arqueólogos debían de tratar por todos los medios de explicar los cambios en referencia al desarrollo dentro de las culturas y a las alteraciones del medio ambiente, afirmaba que «no puede ir en contra del marxismo» recurrir a la difusión para explicar la expansión de la domesticación de los animales y de las plantas y, por extensión, muchas otras clases de ideas (Childe, 1946a, p. 24).

También rechazó dejar de tener en cuenta la tipología, que él consideraba esencial para la construcción de cronologías regionales y para trazar las influencias culturales entre regiones. Tenía poco respeto por la manera tan poco seria en que los arqueólogos soviéticos manejaban estas cuestiones. En 1957, describió las cronologías prehistóricas de éstos como una serie de vagas conjeturas con poco futuro que «no [le] atraían, y aún menos [le] convencían» (Daniel, 1958, p. 66). Su experiencia como arqueólogo prehistoriador le llevó a incorporar a su propia obra lo que él consideraba las importantes innovaciones de la Unión Soviética, aunque rechazando lo que según él eran deficiencias. En la era postestalinista los arqueólogos soviéticos han confirmado la sabiduría de su elección, y han empezado a trabajar para modificar precisamente aquellos rasgos de la temprana arqueología soviética que Childe halló discutibles.

Tras su visita a la Unión Soviética, Childe intentó sustituir su énfasis inicial en los factores económicos como principal causa del cambio social por análisis que concordasen mucho más con los principios marxistas. También prestó atención por vez primera a la evolución cultural, tópico de interés teórico que había conservado su importancia entre los investigadores marxistas pero que no había sido tratado de manera significativa ni en sus escritos ni en los de la creativa arqueología de Europa occidental desde 1880. En el curso de una década publicó tres libros que trataban de la evolución cultural: *Man Makes Himself* (1936), *What Happened in History* (1942a) y *Progress in Archaeology* (1944a),

así como el estudio *Scotland Before the Scots* (1946a). Los dos primeros fueron escritos para el público en general así como para los arqueólogos y aún continúan siendo muy leídos.

En *Man Makes Himself*, Childe interpretaba el registro arqueológico como evidencia de un proceso direccional por el cual el conocimiento científico acumulado por los seres humanos proporcionaba a las sociedades un mayor control sobre la naturaleza y llevaba a la formación de sistemas sociopolíticos nuevos y más complejos. Posteriormente vio que esta visión no era significativamente diferente a la concepción idealista de Montelius sobre el cambio cultural (Childe, 1958b, p. 72). En *What Happened in History* intentó, aplicando un enfoque más explícitamente marxista, formular explicaciones sobre el cambio cultural que se centrasen no tanto en el conocimiento tecnológico como motor principal, cuanto en las instituciones económicas, políticas y sociales y en el papel que éstas juegan en desencadenarlo. En concordancia con los principios del materialismo dialéctico, consideraba que cada sociedad contiene dentro de sí misma tendencias progresistas y tendencias conservadoras. Las contradicciones entre estas tendencias proporcionan la energía que provoca el cambio social irreversible.

Childe no se acercó en estos estudios al evolucionismo unilineal mucho más de lo que lo hizo antes o de lo que lo haría después, pero fue erróneamente acusado de ello por Julian Steward (1953; 1955, p. 12), quien hizo que muchos antropólogos norteamericanos considerasen a Childe como un típico evolucionista decimonónico. En *Man Makes Himself* y en *What Happened in History*, concentrándose en el desarrollo de las culturas del Próximo Oriente, Childe presenta un enfoque más unilineal del cambio cultural que en aquellos libros en los que examina simultáneamente el desarrollo en Europa y en el Próximo Oriente. A pesar de todo, incluso en estos estudios él atribuía las diferencias entre las ciudades-estado que se desarrollaron en Mesopotamia y la monarquía divina que unificó el Imperio Antiguo egipcio a técnicas sociales y políticas divergentes para el control de los excedentes agrícolas que se habían creado en el curso de la transformación de las sociedades tribales en sociedades de clase. Escribiendo bajo la sombra de la expansión del poder nazi y la Segunda Guerra Mundial, también rechazó la fe ingenua en la inevitabilidad del progreso, que caracterizaba a muchas versiones vulgarizadas del marxismo, así como al evolucionismo cultural unilineal del siglo XIX. Su pesimismo le llevó a hacer una significativa contribución a los estudios marxistas sobre el cambio, proporcionando un detallado análisis de las condiciones sociales que impedían el progreso.

Childe argüía que en cualquiera de los niveles del desarrollo social, pero especialmente en las civilizaciones tempranas, las jerarquías políticas muy arraigadas o los sistemas inflexibles de creencias religiosas pueden entorpecer e incluso parar el cambio económico y social. Distinguía entre sociedades progresistas, donde las relaciones de producción favorecen la expansión de las fuerzas

productivas y donde existe una relación armoniosa entre los medios de producción, las instituciones sociales y el sistema dominante de creencias, y las sociedades conservadoras, en las que los sistemas políticos y sociales bloquean el cambio. Las clases dirigentes, según Childe, intentan evitar los cambios tecnológicos que pudieran amenazar su control de la sociedad y lo hacen monopolizando la riqueza excedentaria, ejerciendo un control burocrático sobre los artesanos, inhibiendo los estímulos del cambio tecnológico y favoreciendo la magia y la superstición a una escala inimaginable, así como el ejercicio de la fuerza. Pero sólo consiguen que sus sociedades no puedan competir con otras vecinas, mucho más progresistas. Esta explicación del retraso generado en las civilizaciones del Próximo Oriente en comparación con las de Europa sustituyó a su otra explicación económica, mucho más estrecha, aparecida en *New Light on the Most Ancient East*. En estos momentos, Childe había empezado a atribuir un papel mucho más importante en la formación de la historia a la base económica y a la superestructura de las sociedades. Pero no dejó de especificar que donde la superestructura es dominante, su influencia sólo puede ser negativa. Los antropólogos soviéticos afirman que este enfoque concuerda con la ortodoxia marxista (Petrova-Averkieva, 1980, p. 24).

Esta postura proporciona una respuesta definitiva a aquellos marxistas británicos, como George Thomson (1949), que le acusaron de ignorar los conflictos de clase en las primeras civilizaciones. Childe argumentó que la evolución social tenía lugar lentamente, si se daba, en las civilizaciones primitivas precisamente porque esos esfuerzos eran limados por unas técnicas religiosas y políticas de control social altamente efectivas. No ignoraba ni rechazaba el concepto de conflictos de clases en las primeras civilizaciones porque lo creyese inaplicable a estudios basados en los datos arqueológicos, sino porque lo hallaba inútil para explicar las antiguas civilizaciones del Próximo Oriente, las cuales él creía que habían permanecido estáticas durante largos períodos. En sus análisis sobre las civilizaciones clásicas y, en particular, del Imperio romano, puso un mayor énfasis en los conflictos entre los grupos dentro de las sociedades por controlar la riqueza y el poder y en los modelos cambiantes de control político. Su tratamiento diferencial del Próximo Oriente antiguo y de las civilizaciones clásicas puede haber estado basado en la propia distinción de Marx entre sociedades orientales y esclavistas. Pero parece más probable que no fuese consciente de esa distinción, ya que los marxistas ortodoxos no discutieron ni escribieron sobre el concepto de sociedad oriental durante el período de Stalin (Bailey y Llobera, 1981; Dunn, 1982). En cualquier caso, sus análisis llenaron un gran vacío en la teoría marxista del momento.

A pesar del interés creciente por los procesos evolucionistas, Childe permaneció tan escéptico como la mayoría de arqueólogos histórico-culturales sobre el valor de las analogías etnográficas, excepto cuando las continuidades históricas eran evidentes. Consideraba que las sociedades modernas de cazadores-recolectores no habían conseguido desarrollarse tecnológicamente. Sospecha-

ba que en vez de ello se habían dedicado a elaborar formas complejas de organización social y rituales «dolorosos» e «incoherentes» que habían bloqueado todo desarrollo tecnológico posterior. Por tanto, en aspectos cruciales, las sociedades modernas de cazadores-recolectores no son probablemente como las del Paleolítico, de las que se desarrollaron sociedades más complejas. La misma dicotomía se puede aplicar a los cultivadores tribales. Basándose en ello, Childe propuso dos líneas generales de evolución cultural: una progresista, caracterizada por un continuo desarrollo tecnológico combinado con una ideología y una organización social flexible, y una conservadora, caracterizada por una tecnología estática y por la elaboración de estructuras e ideologías sociales regresivas (1936, p. 46). Este modelo, aunque estaba basado en ideas marxistas, tenía muy poca relación con los conceptos evolucionistas marxistas más generales. Su interpretación del desarrollo cultural, al igual que sus esfuerzos cambiantes por explicar la superioridad final de la cultura europea, parece un intento por reformular de manera muy curiosa el enfoque de la evolución humana de Lubbock en términos que no fuesen racistas.

En *Scotland Before the Scots*, Childe intentó aplicar un enfoque de estilo soviético a la interpretación de un corpus específico de datos arqueológicos occidentales. Intentó utilizar información concerniente a los modelos de subsistencia, a la caza, a las artesanías, al comercio y a las prácticas funerarias para inferir los diferentes modelos de producción y el consiguiente desarrollo de grupos más grandes y con más desigualdades, y de nuevas ideologías. Inspirándose en la explicación de Kruglov y Podgayetsky sobre la evolución de las sociedades de la Edad del Bronce en el sur de Rusia, concibió a Escocia a partir del desarrollo de unas primeras sociedades tribales igualitarias basadas en la propiedad comunal que se fueron convirtiendo en sociedades estatales jerárquicas. El factor decisivo que desencadenaba el cambio era la aparición de la propiedad privada, que él creía que estaba reflejada en la sustitución de las tumbas comunales por las individuales, expresando estatus diferentes. Childe llegó a la conclusión de que este enfoque producía «una imagen del desarrollo de Escocia mucho más realista y mucho más histórica» de la que había propuesto a partir de las hipótesis migracionistas en sus primeros estudios sobre la prehistoria escocesa. A pesar de todo rechazó categóricamente suscribir el esquema dogmático sobre la evolución social utilizado por los arqueólogos soviéticos o excluir la difusión y la migración como factores significativos en el desencadenamiento del cambio cultural y social.

Childe como arqueólogo marxista

Después de la Segunda Guerra Mundial, Childe continuó refinando y desarrollando su enfoque marxista sobre el cambio social. Como resultado de la creciente desilusión producida por el nivel de calidad de la investigación arqueo-

lógica que en aquellos momentos se estaba haciendo en la Unión Soviética, abandonó la arqueología de ese país como fuente principal de inspiración y empezó a investigar la base filosófica del marxismo en sí mismo. En la última década de su vida trabajó duro para adquirir un conocimiento más profundo y menos dogmático del marxismo como instrumento analítico a aplicar al estudio de los datos arqueológicos. Como parte de ese esfuerzo amplió sus lecturas al campo de la filosofía para poder obtener una mayor comprensión del marxismo.

Como todos los marxistas, consideraba el enfoque histórico como unificador de todas las ciencias sociales. No creía que ninguna fórmula general pudiera revelar el orden total de la historia —«que sólo puede ser reproducido en el todo concreto de la historia en sí misma, que no cabría en ningún libro ni ninguna librería ... podría contenerlo» (Childe, 1947a, p. 69). Las leyes no son más que meras descripciones generales de todo lo observado y, como tales, constataciones de probabilidades con varios grados de aplicabilidad. Argumentaba que en la historia existían un cierto número de leyes generales, como la primacía de las relaciones sociales de producción con respecto a la superestructura, el desarrollo periódico de conflictos entre las fuerzas y las relaciones de producción y la resolución revolucionaria de esas contradicciones. Creía que un gran número de generalizaciones de interacción cultural eran válidas sólo para sociedades que compartían un particular modo de producción y por tanto se hallaban al mismo nivel de desarrollo (Childe, 1947a).

Posteriormente afirmaría que el significado de cualquier generalización sólo puede ser establecido en relación a contextos históricos específicos porque las reglas que explican el comportamiento humano, y el comportamiento humano en sí mismo, cambian a medida que se desarrollan nuevas formas de sociedad. Debido a esto, la evolución humana es genuinamente creativa. Es capaz de crear órdenes sociales nuevos y con frecuencia impredecibles y nuevas formas de autoconsciencia humana. Pero continuó estando convencido de que ese progreso no era inevitable. Algunas sociedades han permanecido estáticas, mientras que otras retroceden o incluso se destruyen a sí mismas (Childe, 1947a).

En el enfoque de Childe, el análisis marxista, aunque asigna un papel de privilegio a las relaciones de producción, excluye cualquier forma de determinismo de vía estrecha. Los condicionamientos funcionales explican muchos de los rasgos similares en la organización social o en la ideología de diferentes culturas no relacionadas históricamente que comparten el mismo modo de producción. A pesar de todo, el contenido específico de las culturas y de las secuencias individuales del cambio está determinado en gran medida por los modelos culturales preexistentes, por los contactos fortuitos con otras culturas y por la interacción entre sociedades vecinas, factores que no pueden predecirse en detalle. Childe ya había observado que la constitución británica del siglo XIX no podría haber sido deducida en su forma precisa exclusivamente del modo de producción capitalista (Childe, 1936, p. 98). Este análisis mostraba que no era nada fácil predecir la naturaleza exacta de un aspecto de una sociedad a

partir del conocimiento de cualquier otro aspecto. En la medida en que debe reconstruirse cada rasgo de las sociedades prehistóricas, esto debería hacerse inductivamente, empleando los datos arqueológicos. El rechazo de Childe por el determinismo está hoy día reconocido ampliamente como concordante con el marxismo ortodoxo, que niega que las características diversas del desarrollo humano concreto puedan explicarse a través de leyes generales (Petrova-Averkieva, 1980, p. 24).

En *Social Evolution* (1951), Childe reafirmaba su creencia en la evolución multilineal, pero argumentaba que, según los principios marxistas, las culturas que compartían a lo largo del tiempo el mismo modo de producción tendían a desarrollar instituciones políticas, sociales y culturales similares, que estarían en gran armonía con la base económica. Pero estas instituciones evolucionarían de varias maneras y en varias secuencias incluso en culturas adyacentes debido a diferencias ambientales, a acontecimientos históricos y al hecho de ser sociedades inicialmente diferentes. Así, existen muchas más maneras de desplazarse de un nivel a otro de la organización social que formas en que la superestructura sea perfectamente concordante con la base. Debido a esto, la realidad social raramente se corresponde con un tipo ideal. Este enfoque de las culturas como sistemas integrados no precisamente perfectos era compartido por algunos antropólogos norteamericanos no marxistas, cuyo ejemplo más notable puede ser G. P. Murdock (1949).

Childe adoptó gradualmente en su análisis materialista de la sociedad aspectos cognitivos del comportamiento. Definía el conocimiento como aproximaciones mentales compartidas sobre el mundo real que permitían a los seres humanos actuar sobre él e insistía en que los arqueólogos debían tratar los artefactos como expresiones concretas de pensamientos e ideas humanos. También argumentaba que los seres humanos no se adaptan al ambiente real sino a la idea que de éste tienen, y una adaptación efectiva requiere una correspondencia razonablemente estrecha entre la realidad y la manera en que ésta se percibe. Las innovaciones y sus aplicaciones a las necesidades sociales también requieren nuevas formas de pensamiento que extienden sus ramificaciones sobre sociedades enteras. Así, los avances en la tecnología no reflejan simplemente un incremento de la información científica, sino también de la evolución del conocimiento total a disposición de una sociedad, incluyendo cómo los seres humanos se perciben a sí mismos y sus relaciones con la naturaleza. Mantenía que las ideas de causalidad habían permanecido antropomórficas hasta que el uso creciente de la energía que hacía funcionar a las máquinas había engendrado la idea de causalidad mecánica, expresada en el pensamiento de Isaac Newton. No tenía escrúpulos para proclamar la superioridad de la sociedad moderna sobre todas las anteriores, en la medida en que podía proporcionar una guía bastante fiable para un número de acciones muchísimo mayor (Childe, 1949).

En *Society and Knowledge* (1956b) elaboró su concepto de conocimiento

en referencia a la dicotomía marxista entre consciencia falsa y verdadera. La consciencia verdadera se caracteriza por la correspondencia operacional entre los enfoques de la realidad y la realidad externa en sí misma. Existe, en mayor o menor grado, en todas las sociedades, bajo la forma de conocimiento tecnológico. Por el contrario, en toda sociedad antigua o moderna es raro el conocimiento objetivo de las relaciones sociales y de la significación social de las creencias y de los valores, aunque los marxistas mantienen que ese conocimiento caracterizará las sociedades tecnológicamente avanzadas y sin clases del futuro. La consciencia falsa sucede en situaciones donde no hay una correspondencia operacional entre lo que se cree y la realidad externa. Abarca los mitos que todas las sociedades crean para enmascarar y compensar su incompetencia tecnológica y que las sociedades de clases usan para disfrazar de altruismo la explotación. Childe observó que la falsa consciencia, bajo la forma de creencias religiosas, magia y superstición, deja su huella en el registro arqueológico de una manera no menos visible que el conocimiento tecnológico. Pero como las variaciones posibles en los detalles de las creencias religiosas y mágicas son infinitas, el arqueólogo no tiene ninguna esperanza de poder desentrañar el contenido específico de esas creencias ante la ausencia de documentos escritos o tradiciones orales. Por contraste, el número de soluciones prácticas para cualquier problema tecnológico está limitado por condicionantes materiales que pueden ser inferidos con un alto grado de fiabilidad, utilizando las leyes de la física y de la química. Por tanto, Childe concluía que el estudio arqueológico del conocimiento debía restringirse en gran medida a temas tecnológicos y encuadrarse en términos de resultados prácticos, más que intentar averiguar los fines subjetivos de aquellos que lo poseían. Debido a todo esto, la investigación de la tecnología prehistórica se ha convertido en una crónica del triunfo de la consciencia verdadera sobre la falsa.

Pero Childe también creía que la evolución y el funcionamiento de la tecnología sólo podrían ser entendidos si los arqueólogos eran capaces de reconstruir el contexto social en que han operado. Este era el problema hacia el que volvió en su último libro *The Prehistory of European Society* (1958a). Identificó las relaciones sociales, en las que a la manera marxista incluía las relaciones de producción, como el principal aspecto del comportamiento humano capaz de ofrecer una explicación ordenada de interrelación cultural. Observó que la variación en los rasgos esenciales de la organización política, social y económica era mucho más limitada que la variación en la mayoría de las características culturales, argumentando que estas últimas adquirían su significación funcional en referencia a sus relaciones con el sistema social. El principal problema práctico que tuvo que afrontar fue cómo podía usarse la evidencia arqueológica de manera más efectiva para inferir los sistemas sociopolíticos prehistóricos. Este problema le preocupó mucho más que a los arqueólogos soviéticos en la década de los cincuenta, ya que creía que la evidencia arqueológica podía usarse objetivamente para probar las teorías marxistas (Childe, 1951, p. 29). Por

tanto, debían hallarse datos verificables e independientes para inferir la organización social a partir de los datos arqueológicos.

No era optimista acerca de cuánto podía cumplirse si se seguían esos enfoques (Childe, 1958a, pp. 12-14). En ese tiempo parecía más preocupado que nunca por el método tipológico, que había sido la base de sus trabajos tempranos y menos capaz de hacer efectivo el uso de los modelos de asentamiento o de los datos funerarios. Aunque había llevado a cabo numerosas excavaciones arqueológicas en Escocia, sus resultados más innovadores vinieron de su utilización temprana de las comparaciones etnográficas entre casas rústicas de las tierras altas escocesas para interpretar el uso del espacio doméstico en el poblado neolítico de Skara Brae (Childe, 1931) y de sus prospecciones de las tumbas megalíticas para estimar la cantidad y la distribución de la población en la isla de Rousay durante el período Neolítico (Childe, 1942f). Aunque había desarrollado algunos modelos muy sofisticados de cambio social, ahora parecía incapaz de aplicar esos resultados a la síntesis de los datos arqueológicos. Quizás es indicativo de la pérdida de creatividad en los últimos años de su vida, que su temprana preocupación por los modelos de asentamiento no le sugiriese técnicas efectivas para estudiar las organizaciones sociales y políticas prehistóricas.

Grahame Clark

Grahame (J. G. D.) Clark fue el pionero de otro enfoque funcionalista alternativo y en muchos aspectos complementario. A través de la formación de numerosos licenciados en la Universidad de Cambridge, su enfoque ha condicionado el desarrollo de la arqueología en muchos lugares del mundo (Murray y White, 1981; Clark, 1988a). Clark, aunque estuvo comprometido durante la mayor parte de su carrera con la perspectiva materialista, criticó de manera consistente los intentos de Childe por aplicar los conceptos marxistas a la arqueología. Clark también se interesó por desarrollar nuevos métodos de trabajo de campo para complementar sus innovaciones teóricas.

Clark estudió en la Universidad de Cambridge, donde llegó a ser *lecturer* en 1935. Su tesis doctoral fue un estudio tipológico convencional del material mesolítico de Gran Bretaña y su comparación con los hallazgos mesolíticos de Europa continental (Clark, 1932). Durante sus primeros años en Cambridge recibió tres influencias diferentes que le llevaron a adoptar un enfoque funcionalista de las culturas arqueológicas. La primera fue su toma de conciencia creciente sobre la manera en que los arqueólogos escandinavos estudiaban las culturas prehistóricas y su entorno medioambiental. Este hecho se debía a las estrechas similitudes entre los hallazgos mesolíticos ingleses y la cultura Maglemosiense de Dinamarca y a que esta última había explotado los pantanos que se extendían por todo el lecho actual del mar del Norte antes de que se

inundase por la subida del nivel de los mares. También trabajó estrechamente con Harry Godwin, el biólogo que había introducido los análisis de polen en Gran Bretaña. En segundo lugar, recibió la influencia de los enfoques funcionalistas de antropólogos sociales como Malinowski y Radcliffe-Brown. Finalmente, «respondió con ansia» al toque de atención del arqueólogo finlandés A. M. Tallgren (1885-1945) respecto a que los arqueólogos deberían dejar de considerar los artefactos como algo más real y vivo que las sociedades que los crearon y que el pueblo a cuyas necesidades respondían (Tallgren, 1937; Clark, 1974). Irónicamente, el enfoque de Tallgren se había formado en gran parte a partir de sus numerosos contactos con los arqueólogos soviéticos.

En 1939 Clark publicó la primera edición de *Archaeology and Society*, un estudio teórico de la arqueología que ha supuesto un hito en la historia de la disciplina. Mantenía que la arqueología debía ser «el estudio de cómo [los seres humanos] vivían en el pasado» (p. 1) y que para lograr este objetivo los hallazgos arqueológicos debían ser examinados desde un punto de vista funcionalista. Posteriormente argumentó que la función principal de la cultura, o modo de vida, era asegurar la supervivenvia de la sociedad; este hecho implicaba que todos los aspectos de las culturas estaban influidos en mayor o menor grado por condicionantes ecológicos. El objetivo de los arqueólogos debía ser determinar cómo habían vivido los seres humanos en los tiempos prehistóricos por medio de la reconstrucción, siempre que fuese posible, de sus economías, de sus organizaciones políticas y sociales, y sus sistemas de creencias y valores, tratando de comprender cómo se relacionaba cada uno de estos aspectos diferentes de la cultura como partes del funcionamiento de los sistemas. Como muchos antropólogos sociales, Clark puso de relieve el papel de la cultura como un sistema adaptativo, al mismo tiempo que afirmó que su objetivo era documentar la vida social. Esta formulación reflejaba la convicción de que, a través de la influencia sobre el comportamiento humano individual, los modelos transmitidos culturalmente facilitaban la interacción social de la cual dependía la supervivencia de los grupos y de los individuos.

Clark valoró sistemáticamente las ventajas y las limitaciones de los datos arqueológicos para estudiar la vida social prehistórica. Apuntó que algunos aspectos de la cultura material se preservan mejor en el registro arqueológico que otros: el bronce sobrevive mejor que el hierro o la plata y el hueso mejor que las partes blandas de las plantas. Por otra parte, es menos probable que, debido a su valor, el oro aparezca en el registro arqueológico ya que habrá sido sometido al saqueo mucho más que cualquier otro metal. También observó que la cultura material sobrevive generalmente mejor en el desierto o en ambientes árticos que en los bosques tropicales, ya que los pueblos que viven en los bosques tropicales tienden a utilizar materiales perecederos y, según las dificultades de conservación y recuperación, es mucho más probable que los arqueólogos puedan llegar a saber mucho menos del desarrollo cultural prehistórico de esas regiones que del de los desiertos o del ártico. Finalmente, llegó a la conclu-

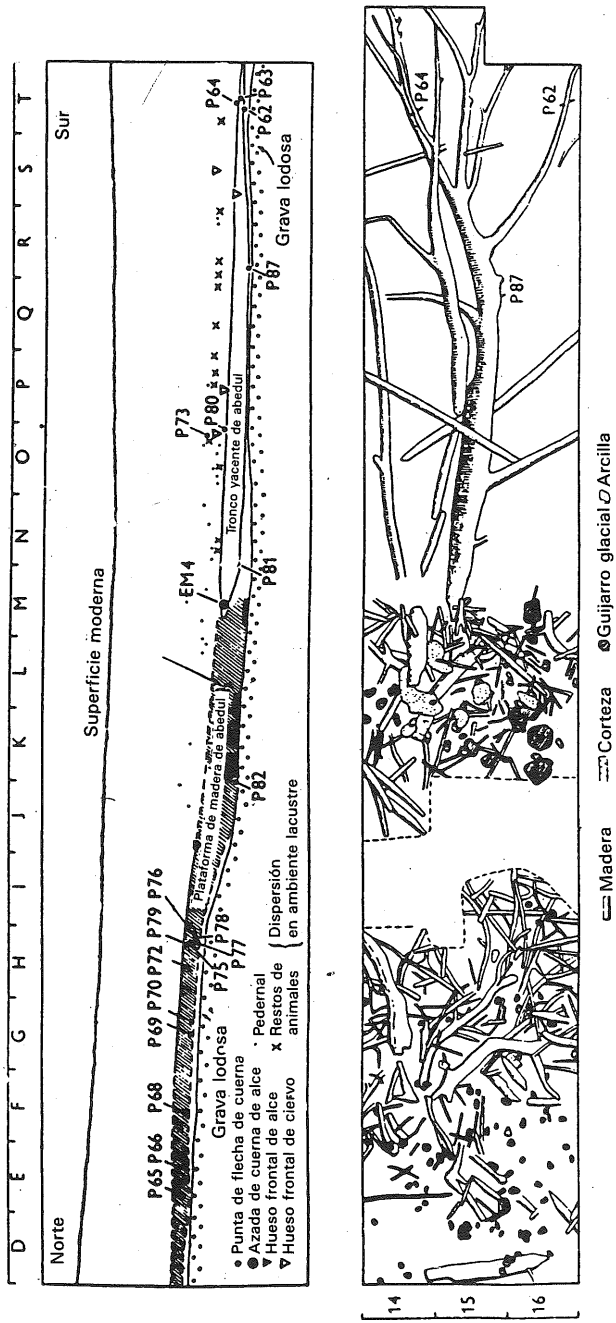
sión de que cuando se trabaja sólo con datos arqueológicos, es más probable conocer mejor las economías de las sociedades prehistóricas que sus organizaciones sociales o sus creencias religiosas. Esto es así porque la tecnología y la economía de las sociedades están en gran medida formadas por factores materiales que pueden ser desentrañados a partir de las ciencias naturales. Por otra parte, los factores económicos más bien condicionan que determinan la naturaleza de la organización social y de las creencias religiosas; por tanto, muchos de los contenidos de este comportamiento humano de alto nivel no están sujetos a la misma clase de análisis científico que la tecnología, la economía de subsistencia o los modelos de comercio. Aunque la visión general que tenía Clark de la cultura fue formulada en términos ecológicos en vez de otorgar prioridad al modo de producción, sus conclusiones sobre el potencial del registro arqueológico para la reconstrucción de los diferentes aspectos de la cultura se parecían mucho a las de Childe. La idea de una escala de dificultad creciente en la reconstrucción de la tecnología, la economía, la organización sociopolítica y las creencias religiosas prehistóricas ha continuado desempeñando un papel principal en las discusiones sobre la prehistoria desde la década de los treinta hasta el presente en Gran Bretaña (Piggott, 1959, pp. 9-12; Friedman y Rowlands, 1978b, pp. 203-204). Christopher Hawkes (1954) fue quien dio a este concepto un tratamiento más elaborado, llegando a la conclusión de que la arqueología, sin ayuda de los textos escritos o de las tradiciones orales, es capaz de revelar mucha información sobre los aspectos más genéricamente animales del comportamiento humano que sobre los más específicamente humanos. Esta escala de dificultad creciente se ha llamado con frecuencia «la escalera» o «la jerarquía de Hawkes» después de que apareciese publicado su estudio.

En *Archaeology and Society*, Clark afirmaba que el objetivo final de los arqueólogos debería ser la interpretación de sus datos en referencia a la historia social. Pero esto sólo puede hacerse después de que se hayan definido una sucesión de culturas en el registro arqueológico y de que se haya aclarado la idea de cómo funcionaban las comunidades prehistóricas asociadas a esas culturas. Consideraba que un arqueólogo que estudiaba un lugar de habitación prehistórico era el equivalente de un etnólogo estudiando una comunidad viva. Se prestaba muy poca atención a la conveniencia o no de esta analogía o a la suposición de los antropólogos sociales de que una comunidad simple era representativa de una unidad cultural más extensa, conclusión hoy generalmente rechazada. También aceptaba que las analogías etnográficas debían usarse para interpretar los datos arqueológicos. Repetía el argumento victoriano de que igual que los paleontólogos utilizaban animales vivos para reconstruir la anatomía de los hallazgos fósiles, de la misma manera los arqueólogos debían usar los datos etnográficos para interpretar sus descubrimientos. Con todo, su creencia en la articulación relativamente insegura de las diferentes partes de un sistema cultural le llevó a rechazar el enfoque evolucionista unilineal que promulgaba que las culturas en el mismo estadio de desarrollo serían muy similares unas

a otras. Especificó que las analogías etnográficas debían establecerse entre artefactos individuales, como había hecho Nilsson, y no entre culturas enteras, como hacía el enfoque evolucionista unilineal, y que debían tratarse como suposiciones, no como algo definitivo. En general prefería utilizar las analogías derivadas del folklore que las de la etnología comparada para la interpretación de la prehistoria europea, porque pensaba que la continuidad histórica demostraba la mayor importancia del primero. Argumentaba que cuando los arqueólogos intentaban interpretar los datos sobre los tiempos prehistóricos «era útil saber cómo la gente que ocupaba el mismo territorio se las arreglaba para ganarse el sustento antes de que naciesen las economías modernas» (Clark, 1974, p. 41). En este sentido, su postura también era similar a la de Childe y estaba en la línea de las primeras doctrinas difusionistas.

Durante la siguiente década, Clark intentó desarrollar técnicas de utilización de la evidencia arqueológica para documentar la vida social y sobre todo las diferentes formas en que se usaban los recursos naturales. En *Prehistoric England* (1940) los capítulos no estaban organizados cronológicamente sino funcionalmente de manera que se presentaba una revisión de todo lo que se sabía sobre modelos de subsistencia, viviendas, artesanía, minería, comercio, comunicaciones, defensa, enterramientos y lugares sagrados desde el Paleolítico a la Edad del Hierro. A ello siguió una serie de artículos sobre la utilización durante la prehistoria de los varios recursos y sobre las actividades básicas de subsistencia como la caza de focas, la captura de la ballena, la cría de aves de corral, la pesca, la limpieza del bosque, la agricultura y la acumulación de excedentes. En un artículo sobre «Las abejas en la antigüedad» esbozó una perspectiva ecológica que relacionaba el incremento en el número de abejas salvajes en Europa con la introducción de la agricultura y demostró cómo el incremento resultante de la cera de abejas facilitó la fundición del bronce (Clark, 1942). Aunque todos estos artículos se referían a problemas biológicos, Clark intentó utilizar el registro arqueológico para documentar la vida económica y social, por medio de la identificación de las funciones de los artefactos y las estaciones en que tenían lugar las actividades específicas de subsistencia. La necesidad de estos estudios fue puesta de relieve por Donald Thomson (1939), quien demostró etnográficamente que un mismo grupo de aborígenes australianos utilizaban conjuntos totalmente diferentes de cultura material dependiendo de las estaciones del año, cuando explotaban los recursos de diferentes áreas. Estos restos, a partir del tradicional enfoque histórico-cultural, podían haber sido fácilmente interpretados como pertenecientes a culturas diferentes.

Entre 1949 y 1951 Clark excavó un yacimiento mesolítico sumergido en Star Carr, al este de Yorkshire. Los objetivos principales de la excavación eran recuperar materiales orgánicos así como instrumentos de piedra para datar el yacimiento en relación a modelos de vegetación posglaciales, recuperar restos alimentarios que revelasen el modelo de subsistencia y determinar a qué tipo de grupo social había pertenecido el yacimiento. Con la ayuda de paleobotánicos



37. Planta y sección del Corte II, Star Carr.

y zoólogos, pudo llegar a la conclusión que el yacimiento había sido utilizado por un pequeño grupo de cazadores durante un cierto número de inviernos con el objetivo de cazar ciervos. Este estudio estableció un nuevo nivel en la investigación arqueológica de los yacimientos de cazadores-recolectores y puso en tela de juicio el valor de todos los yacimientos anteriormente excavados para el estudio económico de la prehistoria (Clark, 1954, 1972; cf. Andresen *et al.*, 1981).

Al mismo tiempo que excavaba en Star Carr, Clark escribía su obra *Prehistoric Europe: The Economic Basis* (1952). En este libro intentó revisar a fondo toda la literatura arqueológica existente y las colecciones de los museos para ver qué datos podían extraerse sobre el desarrollo económico de Europa desde el final de las glaciaciones hasta el período histórico. Los principales tópicos que trató fueron los modelos de subsistencia, los refugios, la tecnología, el comercio, los viajes y los transportes. No examinó datos relativos a sociedades o culturas arqueológicas específicas, sino que intentó trazar los cambios económicos en relación a tres zonas climáticas y de vegetación principales: circumpolar, templada y mediterránea. La relación entre cultura y medio ambiente la consideraba recíproca y definía la economía como «una adaptación de ciertas necesidades, capacidades, aspiraciones y valores a condiciones físicas y biológicas específicas» (p. 7). En *Prehistoric Europe* fue donde se aplicó por vez primera a la arqueología el concepto de ecosistema del botánico A. G. Tansley (1871-1955), y de su idea de un mecanismo autorregulador u homeostático, que conserva el equilibrio del sistema entero (Tansley, 1935; Odum, 1953). El antropólogo social E. E. Evans-Pritchard (1940) ha aplicado conceptos ecológicos similares en su estudio sobre la ecología del pueblo nuer del sur de Sudán en la línea de Durkheim sobre la integración y el equilibrio sociales. Clark consideraba el cambio cultural como respuesta a un «desequilibrio temporal» desencadenado por cambios ambientales, fluctuaciones en la población, innovaciones para mejorar y ahorrar trabajo, y contactos culturales. Así, adscribió el cambio a todos los factores principales que los arqueólogos evolucionistas y difusionistas invocaron durante el siglo anterior, sin revisar el estatus de esos conceptos. Tampoco intentó interrelacionarlos, exceptuando la observación común de que el ambiente natural imponía ciertas restricciones a la explotación económica en estadios particulares de la tecnología.

En *Prehistoric Europe*, Clark mostraba una preocupación principal por los procesos económicos. En estudios posteriores prestó cada vez más atención a la manera en que la integridad y la cohesión de los grupos sociales se ven reforzadas por modelos distintivos de comportamiento de la misma forma que los individuos señalan su identidad aceptando o ignorando las normas sociales. Sus intereses empezaron a cambiar hacia el significado social o simbólico de los artefactos. Más recientemente ha añadido que si las formas y los estilos se estudian con el fin de definir los territorios de los grupos sociales, en vez de como fines en sí mismos, pueden desempeñar un papel significativo en la arqueología científica (Clark, 1974, pp. 53-54; 1975).

Al mismo tiempo, sus ideas sobre las fuerzas que desencadenan el cambio social parecen haberse desplazado de la perspectiva materialista. Clark mantiene que los seres humanos son libres hasta el punto de que pueden razonar, pero destaca las tradiciones culturales como un condicionante principal del cambio. La innovación sólo ocurre cuando el coste del mantenimiento del *statu quo* excede al del cambio. La Revolución industrial se atribuye más a alteraciones principales en los modelos de pensamiento que a desarrollos económicos, mientras que se considera que las civilizaciones preindustriales contribuían a la elaboración y a la diversificación cultural porque los recursos, el poder y el patrocinio estaban concentrados en las manos de una clase dirigente rica y sofisticada (Clark, 1983, 1986). Clark fue uno de los principales responsables de que la arqueología británica perdiera el interés por las tipologías y se esforzase por comprender las economías prehistóricas y las formas relacionadas de organización social. Pero si por una parte supera a Childe en la reconstrucción detallada de las actividades prehistóricas de subsistencia a partir de los datos arqueológicos, por otra su trabajo se queda corto en comparación con el de Childe en su intento por explicar el cambio cultural. Este hecho, a su vez, refleja su incapacidad para desarrollar un modelo explícito de cambio cultural que complemente sus interpretaciones sobre el comportamiento a partir de los datos arqueológicos.

Clark estimuló desarrollos fundamentales en la arqueología británica. Los estudios de laboratorio de los restos biológicos, de los huesos de animales y de las semillas de plantas recuperados de los yacimientos arqueológicos y sus interpretaciones ecológicas y económicas se han convertido en una especialización interdisciplinaria principal, donde tienen cabida la zooarqueología, la paleoetnobotánica y la bioarqueología. Bajo el liderazgo de su alumno Eric Higgs (1908-1976) y de la Academia Británica de Proyectos de Alta Investigación sobre la Historia Temprana de la Agricultura, se ha desarrollado una escuela de paleoeconomía que intenta interpretar estos hallazgos en relación a los recursos totales disponibles en los alrededores del asentamiento, el lugar en el que se transformaban y los supuestos modelos de explotación estacional (Sieveking, 1976, p. XXII). Estos estudios implican análisis de captación de recursos, los cuales intentan determinar los recursos de que podría haber dispuesto el yacimiento prehistóricamente dentro de un radio de explotación (Vita-Finzi e Higgs, 1970; Higgs, 1972, 1975; Jarman *et al.*, 1982). Ambos, Higgs y Jarman, afirman que el análisis artefactual no ha dado demasiada información sobre la naturaleza de las adaptaciones de subsistencia prehistóricas y niegan que ocupasen un «lugar principal» en las investigaciones arqueológicas, aunque no excluyen la importancia del desarrollo tecnológico. También consideran los factores económicos como los únicos que revisten un interés interpretativo a largo plazo o bien que son bastante detectables en el registro arqueológico. Gran parte del trabajo de David Clarke (1968) fue una reacción contra la estrechez y el determinismo del enfoque de Higgs (Sherratt, 1979, pp. 199-200).

El primer funcionalismo en los Estados Unidos

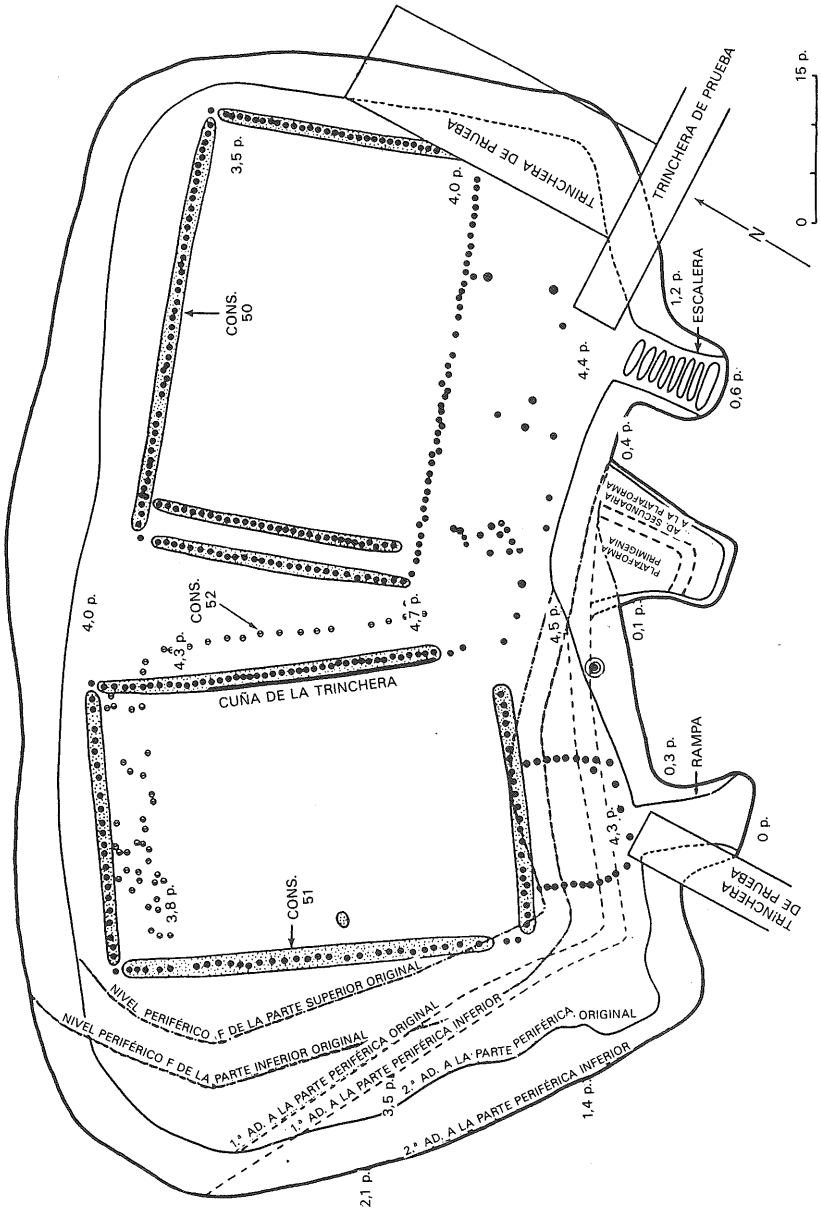
En los Estados Unidos el enfoque funcionalista aplicado al análisis arqueológico empezó en el siglo XIX. Tomó la forma de una preocupación por cómo se manufacturaban los artefactos y qué uso se hacía de ellos. Este enfoque se desarrolló y sistematizó en la obra de Harlan Smith (1872-1940) *The Prehistoric Ethnology of a Kentucky Site* (1910), basada en el análisis de artefactos que él mismo había recuperado del yacimiento de Fox Farm en 1895. Intentó reconstruir el modo de vida de los habitantes del yacimiento, que posteriormente se asignaría al aspecto prehistórico final de Fort Ancient. Los artefactos se describían y analizaban según una serie de categorías funcionales: recursos de materiales vegetales y animales, provisión de comida, preparación de comida, habitación, instrumentos usados por los hombres, instrumentos usados por las mujeres, procesos de manufactura, historia de los objetos manufacturados (estadios en la manufactura de los objetos, ilustrados por los artefactos sin acabar), juegos, objetos religiosos, pipas y entretenimientos, guerra, vestido y ornamento, arte, enfermedades y métodos de enterramiento. Los artefactos individuales se discutían desde varios puntos de vista. Aunque se empleaban analogías etnográficas para determinar las funciones de los artefactos específicos, en el momento de asignar los artefactos a clases específicas las conjeturas desempeñaban un papel destacado.

Existía un interés muy extendido a principios del siglo XX por esta clase de interpretaciones funcionales. William Wintemberg (1876-1941), cuya carrera profesional se desarrolló bajo la supervisión de Smith, siguió este enfoque en su análisis de los materiales de los yacimientos iroqueses que excavó al sur de Ontario (Trigger, 1978c). Como en otro tiempo había sido un artesano, realizó múltiples experimentos para determinar cómo se hacían y se usaban los artefactos. También adquirió un gran conocimiento de la tradicional cultura material india y sus formas de vida (Swayze, 1960, p. 178). El trabajo de A. C. Parker (1881-1955) sobre el yacimiento iroqués de Ripley, al noroeste del estado de Nueva York (1907), se ha descrito como «un primer intento por delinear la cultura entera de un grupo a partir de los restos arqueológicos interpretados a la luz de la etnografía» (Brose, 1973, p. 92). M. R. Harrington, quien trabajaba para el American Museum of Natural History cuando Smith fue empleado allí, consultó a los indios del lugar para poder ampliar el conocimiento del material que recuperó en el yacimiento de Shinnecock en Long Island en 1902 (Harrington, 1924). A partir de su obra *Ancient Life in Kentucky* (Webb y Funkhouser, 1928), William S. Webb (1882-1964) estudió la manera en que los indios hacían y usaban los artefactos y cómo éstos reflejaban costumbres antiguas menos tangibles. Webb era un físico y su afición por la arqueología era debida al «interés por las antigüedades locales y la vida antigua de los indios del lugar» (Taylor, 1948, p. 75). Al trabajar en Kentucky tenía una razón especial para estar influido por el informe de Smith sobre el yacimiento de Fox Farm. De manera simi-

lar, las primeras publicaciones de William Ritchie sobre los yacimientos «preiroqueses» del estado de Nueva York también manifestaban un interés, aunque no sistemático, por la utilización de los artefactos para reconstruir el comportamiento humano prehistórico. Después recibieron una segunda influencia por parte del Método Taxonómico del Oeste Medio, y tanto Webb como Ritchie se concentraron en la elaboración de listas de características, abandonando el estudio del comportamiento de los pueblos prehistóricos (en el caso de Ritchie sólo hasta la década de los cincuenta) (Taylor, 1948, pp. 70-80).

Las grandes excavaciones en extensión llevadas a cabo durante los años de la depresión ayudaron a revivir el interés de los arqueólogos norteamericanos por los análisis funcionales de los datos arqueológicos. Pero ahora, en vez de dirigir ese interés hacia los artefactos, se centraba cada vez más en las características, en los modelos arquitectónicos y en las plantas de los poblados, en relación a las cuales la distribución de los artefactos tomó un significado adicional. Estas excavaciones expandieron el conocimiento sobre la construcción de las casas y de las estructuras sagradas, mientras que las plantas de poblados enteros añadieron una nueva dimensión al conocimiento de la organización social prehistórica del este de Norteamérica (Willey y Sabloff, 1980, pp. 123-127).

Con todo, este trabajo se justificó inicialmente como un medio de expansión de las listas de características y sólo de manera muy lenta estimuló un interés en cómo había vivido la gente durante los tiempos prehistóricos. En *Rediscovering Illinois* (1937), un informe sobre las excavaciones arqueológicas que se desarrollaron en Fulton County (Illinois), Fay-Cooper Cole (1881-1961) y Thorne Deuel listaron todos los tipos de artefactos de un nivel simple de ocupación del yacimiento, encabezando cada división con una función amplia, y llamándolos complejos. Éstos incluían la arquitectura y la vida doméstica, vestimenta, ceremonial, vida militar, caza, economía y arte, agricultura, consecución de alimentos y cerámica. Pero no intentaron inferir actividades específicas a partir de esos artefactos. Lo mismo sucedió con Charles Fairbanks (1942), quien hizo el esfuerzo de elaborar un listado de tipos de artefactos del vertedero de Stallings Island en Georgia según un orden funcional que respondía a si parecían estar relacionados con la subsistencia, con la comunidad, con el enterramiento o con las actividades tecnológicas y artísticas. En la obra de Martin, Quimby y Collier *Indians Before Columbus* (1947), todas las principales culturas arqueológicas definidas hasta entonces en Norteamérica se ordenaron por regiones y períodos sucesivos según su emplazamiento, pueblo (tipo físico), poblado, sustento, cerámica, instrumentos, utensilios, armas, pipas, vestidos, ornamentos y enterramientos. En cada uno de estos casos, a pesar de la creciente variedad de datos, se trataba más de listar características etnográficas o pseudoetnográficas que de intentar interpretar la cultura material como evidencia del comportamiento humano. Aunque las interpretaciones anteriores a la década de los treinta no han sido tenidas en cuenta por haber permanecido «en un nivel relativamente superficial» consistente «principal-



38. Estructuras en la plataforma de un túmulo de *Hiwassee Island*, de T. Lewis y M. Kneberg, 1946.

mente en las evidencias obvias que se podían extraer de los artefactos ... por medio de visualizar cómo debían haber sido usados» (Rouse, 1972, p. 147), se ha de reconocer que constituyeron un esfuerzo mucho más serio que las listas de características etnográficas de los años treinta y cuarenta por inferir el comportamiento humano a partir de los restos arqueológicos. Esto indica que la orientación clasificativa del Método Taxonómico del Oeste Medio y de los estudios cronológicos sofocaron en general en Norteamérica un interés profesional por la interpretación del comportamiento de los datos arqueológicos, durante un período más largo del que Taylor (1948, p. 91) o Willey y Sabloff (1980, p. 134) han creído.

A pesar de todo, una minoría creciente de arqueólogos norteamericanos empezaron a decantarse por la interpretación funcional de los datos arqueológicos dentro del marco de unas perspectivas más holísticas de la cultura que las que se habían adoptado hasta entonces en la arqueología norteamericana. Seguramente se trató de una respuesta a las visiones funcionalistas sobre el comportamiento humano que estaban siendo popularizadas en la antropología norteamericana por Radcliffe-Brown, quien impartió clases en la Universidad de Chicago desde 1931 a 1937, y por Malinowski, quien enseñó en la Universidad de Yale desde 1938 hasta su muerte en 1942. Los arqueólogos conocían cada vez más las interpretaciones de los datos arqueológicos que estaban ofreciendo Childe, Clark y otros arqueólogos europeos. Esto proporcionó evidencia práctica y teórica de que algunos etnólogos norteamericanos de primera fila, como Robert Lowie y Frank Speck, erraban cuando decían que los arqueólogos eran incapaces de aportar nada significativo sobre los aspectos no materiales del comportamiento humano porque sólo podían estudiar la cultura material. Pero para ello, los arqueólogos tenían que interpretar los artefactos como partes de un sistema cultural total y como integrantes de una organización política, social y económica, y no como si se tratase de objetos que sólo revisten importancia tipológica.

Este deseo por comprender los restos arqueológicos desde un punto de vista funcional llevó a los arqueólogos a renovar sus vínculos con los etnólogos, que se habían debilitado durante el período en que su principal interés había sido la construcción de cronologías culturales. En 1936 William D. Strong (1899-1962) puso de manifiesto la interdependencia de la arqueología y de la etnología y argumentó que los arqueólogos debían inspirarse en los etnólogos no sólo para recavar información factual sino también para iniciativas teóricas. Aplicó este principio en su enfoque histórico-directo de la prehistoria de Nebraska, como hizo Paul Martin (1899-1974) cuando utilizó el concepto de Robert Redfield de «culturas tribales» para explicar las variaciones en el tamaño y los materiales de las ruinas de los pueblo (Martin *et al.*, 1938; Martin y Rinaldo, 1939). En su estudio sobre las economías de subsistencia nativas de las Grandes Llanuras, Waldo R. Wedel (1941) destacó la importancia de la relación entre cultura y ambiente y argumentó que había otros aspectos aparte de los eventos

históricos que daban forma a las culturas arqueológicas. A. J. Waring, Jr. y Preston Holder (1945) interpretaron los artefactos de concha y los que poseían una decoración de bronce muy elaborada de los ampliamente dispersos yacimientos del Mississippi como la evidencia de un culto religioso muy extendido.

Explicaciones funcionales similares intentaban explicar las distribuciones estilísticas en México y Perú, como los horizontes Chavin y Tiahuanaco, que hasta entonces habían sido interpretados en términos puramente difusionistas. En cada uno de estos estudios se intentaba identificar características sociopolíticas o religiosas de los materiales, considerando su procedencia *intrasite* y otros rasgos que los estudios tipológicos habían ignorado (W. Bennett, 1945; Willey, 1948). En un estudio sobre el polémico tema de las influencias mesoamericanas sobre las culturas del sureste de los Estados Unidos, John W. Bennett (1944) puso de manifiesto la necesidad de considerar las implicaciones funcionales de las características, el contexto social del que se derivaban y, sobre todo, el contexto en el que habían sido introducidas. Supuso que algunas características mesoamericanas habrían sido aceptadas de buen grado por las culturas, menos complejas, de los Estados Unidos, mientras que otras se habrían rechazado, por más veces que se hubieran intentado transmitir. Por tanto, mantenía que las explicaciones difusionistas requerían un conocimiento funcional detallado de las culturas receptoras. Otros arqueólogos todavía intentarían interpretar la interacción entre culturas vecinas en términos de aculturación, concepto que empezaba a hacerse popular entre los etnólogos de aquel tiempo (Keur, 1941; Lewis y Kneberg, 1941). Aunque estos y otros estudios tenían un carácter dispar y provisional, fueron suficientes para que hacia 1943 se reconociesen como constitutivos de una tendencia en la arqueología norteamericana, que J. W. Bennett (1943) llamó enfoque «funcional» o «sociológico» de interpretación arqueológica. Estos estudios y la advocación de Kluckhohn (1940) por un enfoque «científico» prepararon el camino para la obra de Walter Taylor *A Study of Archeology* (1948), un polémico trabajo que examinaba las diferencias entre la tradicional arqueología histórico-cultural y los nuevos intereses funcionalistas.

El enfoque conjuntivo

Taylor observó que la mayoría de arqueólogos norteamericanos afirmaban que su objetivo era reconstruir la prehistoria, mientras que algunos de ellos, como Kidder, iban mucho más allá y expresaban la esperanza de que finalmente los datos arqueológicos proporcionarían la base para poder generalizar sobre el comportamiento humano y el cambio cultural. Con todo, había pocos arqueólogos histórico-culturales que mostrasen interés en reconstruir sistemáticamente los modos de vida de la prehistoria o en explicar los acontecimientos que habían tenido lugar en los tiempos prehistóricos. Por el contrario, se ocupaban en escribir «meras crónicas», averiguar las distribuciones temporales y

geográficas de los materiales arqueológicos y explicar los cambios atribuyéndolos a factores externos agrupados bajo las ideas de la difusión y la migración.

Taylor procedió a demostrar que los limitados objetivos de los arqueólogos estimulaban la negligencia en el trabajo de campo y en los análisis. Muchas clases de artefactos, especialmente aquellos que no se consideraban importantes para definir las culturas, no eran examinados ni descritos en detalle. La cerámica y el material lítico se estudiaban de manera mucho más cuidadosa que los restos de cestería. Los restos de flora y fauna se recogían y se identificaban inadecuadamente, de manera que los arqueólogos no sabían qué alimentos se comían o por qué algunos yacimientos se usaban estacionalmente. Los arqueólogos también fallaban en la compilación del registro de los materiales procedentes del yacimiento, generalmente insuficiente, así como en el informe. Debido a ello les era muy difícil definir las áreas de actividad dentro de los yacimientos y determinar cuál era la variación de los artefactos de un lugar a otro del yacimiento. Finalmente, aunque los arqueólogos intentaban elaborar listas de todos los tipos de artefactos asociados con yacimientos particulares y hacer comparaciones estadísticas de esas listas, en un esfuerzo por determinar el grado de afinidad cultural, normalmente se contentaban con comparar meramente la presencia o ausencia de tipos. Como resultado, los datos cuantificados, importantes para el conocimiento del papel desempeñado por cada una de las clases de artefactos, estaban ausentes. Taylor dedicó gran parte de su estudio a la confección de una crítica detallada de las deficiencias del trabajo de los principales arqueólogos norteamericanos para demostrar cómo sus objetivos cronológico-culturales habían limitado sus investigaciones sobre el registro arqueológico.

Para remediar estos defectos, Taylor ofrecía el enfoque conjuntivo. Propuso añadir a la investigación tradicional de los problemas cronológicos y de las relaciones *intersites* unos estudios detallados *intrasite* en los que se prestase especial atención a los artefactos y a las características y cómo se relacionaban. Se pondría especial cuidado en tratar los aspectos cuantitativos y las distribuciones espaciales de los hallazgos arqueológicos así como de sus propiedades formales y de la evidencia de cómo se habían hecho y utilizado. Así los arqueólogos podrían conocer dentro de lo posible la naturaleza de la vida en los tiempos prehistóricos y las relaciones funcionales dentro de una cultura prehistórica. Un aspecto distintivo del enfoque conjuntivo era la importancia que Taylor, como Clark, asignaba a los yacimientos como unidades primarias de análisis.

Intentó evitar los problemas inherentes en el concepto de cultura material siguiendo a Kroeber y a otros antropólogos boasianos en la definición de cultura como un conjunto de construcciones mentales y tratando los restos materiales más como los productos de la cultura que como la cultura en sí misma (Osgood, 1951). Las construcciones mentales, que en parte son un patrimonio del pasado, idiosincrásicas o bien compartidas por cierto número de pueblos, constituyen creencias y valores, siendo una guía para las actividades sociales

así como para el conocimiento técnico requerido para producir la cultura material. Concluía que, mientras que la cultura pertenecía al mundo de las ideas y por tanto no sobrevivía en el registro arqueológico, sí había muchos aspectos de la cultura, aparte del conocimiento de la manufactura de los artefactos, que se reflejaban arqueológicamente. También distinguió entre cultura como concepto holístico, o proceso, y cultura como concepto partitivo (la cultura arqueológica individual).

Taylor mantenía que los arqueólogos deberían esforzarse en recuperar toda la información posible sobre los yacimientos arqueológicos, incluyendo la que parezca más trivial. También que deberían recoger información sobre el contexto paleoambiental del yacimiento y cualquier dato histórico y etnográfico relacionado. Este material debería ser estudiado y clasificado así como expuesto en suficiente detalle como para que pueda ser reanalizado por otros arqueólogos. La primera tarea analítica relacionada con el yacimiento en su totalidad es averiguar su cronología interna para determinar, así, qué evidencia es sincrónica o sucesiva. A continuación los arqueólogos deberían acometer la síntesis del material del yacimiento, o de cada uno de los períodos en que fue ocupado. Deben hacerse dos clases de síntesis. La síntesis etnográfica, consistente en determinar en el mayor grado posible cómo había vivido la gente en el yacimiento. El arqueólogo, al igual que un etnógrafo, debe intentar cumplimentar el *Outline of Cultural Materials* (Murdock *et al.*, 1938), un cuestionario que documenta todos los aspectos concebibles del comportamiento humano. El enfoque conjuntivo también requería que los arqueólogos intentasen conocer cómo se vivía la vida en el yacimiento, como modelo funcionalmente integrado. La síntesis etnográfica debía complementarse con una historiográfica que trazase cómo cambiaban las formas de vida en el yacimiento durante el curso de su ocupación e intentase explicar por qué se produjeron tales cambios.

Habiendo sintetizado el significado cultural de los yacimientos individuales, los arqueólogos podían ya realizar estudios comparativos. Taylor creía que éstos debían incluir la comparación de contextos culturales totales tal como se manifestaban en los yacimientos individuales y no de los ítems individuales de cultura, y que su objetivo inmediato debía ser el conocimiento de cómo se relacionaba el yacimiento con un modelo de vida más amplio, correspondiente al territorio circundante. De esta manera, los yacimientos de cazadores-recolectores ocupados estacionalmente podían relacionarse entre sí para configurar modelos anuales rotatorios o pequeñas aldeas asociadas a centros superiores, proporcionando así información sobre las estructuras jerárquicas de las civilizaciones antiguas. De este modo, se dispondría de un conocimiento funcional equivalente a los estudios internos que hacían los etnólogos de las culturas vivas. Los arqueólogos podrían entonces proceder a trabajar codo a codo con los etnólogos para lograr el principal objetivo de la antropología: el conocimiento general de la naturaleza y el funcionamiento de la cultura.

Han existido numerosas discusiones sobre hasta qué punto el enfoque de

Taylor representaba una ruptura con el pasado y marcaba el principio de la Nueva Arqueología de los años sesenta (Taylor, 1972; Binford, 1972, pp. 8-9; 1983a, pp. 229-233). Al mismo tiempo, las conexiones colaterales han recibido muy poca atención. El énfasis que ponía Taylor en la idea de que la primera tarea de los arqueólogos era la de utilizar la evidencia arqueológica para reconstruir cómo vivía la gente en los yacimientos prehistóricos individuales se acercaba mucho al enfoque defendido por Clark en 1939. Lo mismo ocurría con su insistencia en la paleoetnografía como un objetivo vital de la arqueología y su enfoque de las culturas como entidades funcionales que abarcaban componentes sociales, políticos y económicos que los arqueólogos debían tratar de estudiar holísticamente desde dentro. Pero no seguía a Clark ni anticipaba la Nueva Arqueología en su enfoque de las culturas como sistemas ecológicamente adaptativos. Por el contrario, adoptó una visión idealista de la cultura como una colección de conceptos compartidos, perspectiva muy cercana a la tradicional postura boasiana. Al igual que los boasianos, no presupuso que cada sector de la cultura desempeñase un papel más o menos importante en el desencadenamiento del cambio cultural. Al contrario, enfocó la definición de las relaciones entre las partes y la explicación del cambio como problemas que deben tratarse inductivamente. Continuó creyendo que muchos de los cambios ocurrían como resultado de contactos fortuitos entre los grupos humanos.

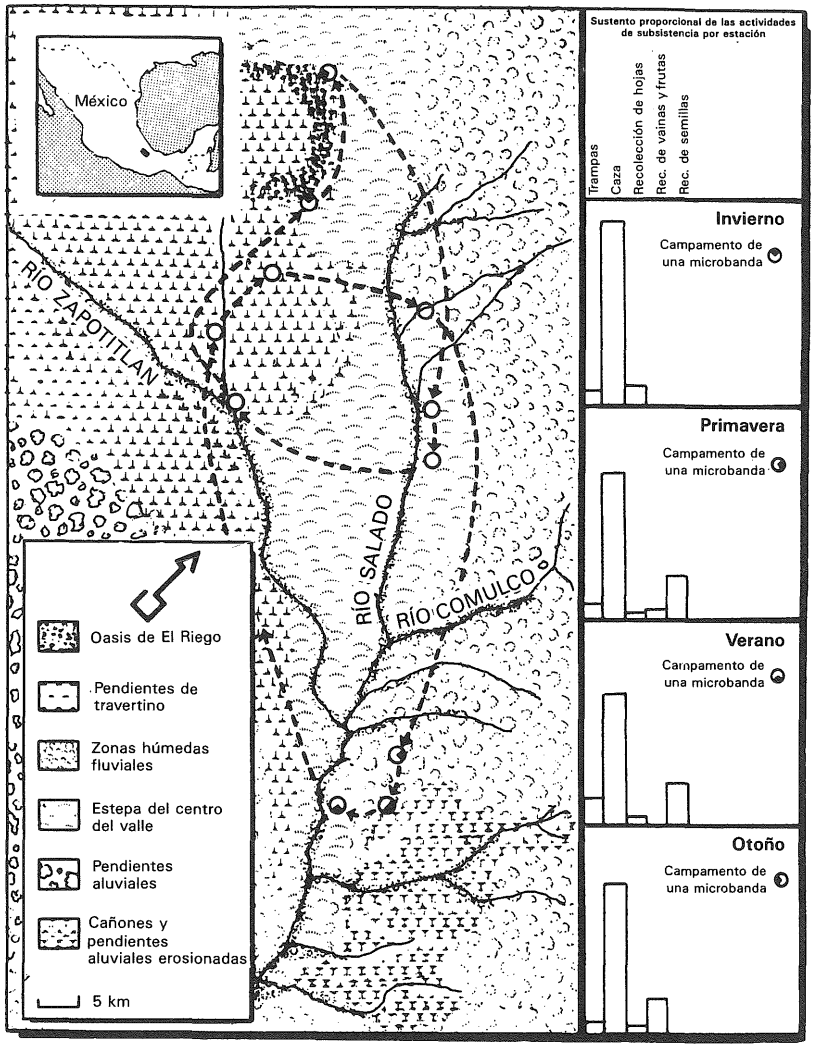
El concepto de Taylor sobre la integración de las culturas individuales también tendía a ser más débil que el que adoptó Clark. Tenía que ver mucho más con la idea de configuración o consistencia psicológica que defendían los antropólogos boasianos como Ruth Benedict (1934) que con las ideas de integración funcional y estructural lideradas por los antropólogos sociales. Contrastó la falta de simetría en los dibujos de la cestería de la Cueva de Coahuila del suroeste de los Estados Unidos con los modelos regularizados que dominaban la cestería de San Juan, situado a varios cientos de millas al sur. Estas variaciones, que no pueden ser atribuidas a diferencias en los materiales o en las técnicas de confección, constituían una discontinuidad en el modelo cultural, que, según Taylor, merecían una explicación funcional. Finalmente, debido a su enfoque idealista e inductivo, se vio obligado a permanecer en el nivel de discusión de cómo podían ser reconstruidos los modelos prehistóricos. No contribuyó casi nada a la explicación de cómo o por qué ocurrían los cambios. Al igual que Clark, falló en el uso de un enfoque funcional de las culturas prehistóricas para el estímulo de una nueva comprensión del cambio cultural. Su trabajo fue sobre todo importante como crítica del nivel general de la investigación arqueológica y como toque de atención a los arqueólogos para que recuperasen y analizasen los datos arqueológicos en mucho más detalle de como lo habían hecho hasta entonces. El resultado fue el refuerzo de la tendencia hacia una interpretación funcional, ya existente en la arqueología americana, sin haber puesto antes en tela de juicio los principios básicos del particularismo histórico boa-

siano y sin haber introducido innovaciones importantes en la interpretación arqueológica.

La arqueología ecológica y de los asentamientos

Julian Steward (1902-1972), uno de los primeros etnólogos norteamericanos que adoptó un enfoque materialista explícito sobre el comportamiento humano, puso en gran medida de manifiesto el papel desempeñado por los factores ecológicos en la formación de los sistemas socioculturales prehistóricos. En 1938, junto a F. M. Setzler, publicó un artículo en el que argumentaba que los arqueólogos así como los etnólogos deberían intentar comprender la naturaleza del cambio cultural y que ambas disciplinas deberían contribuir a un análisis ecológico del comportamiento humano. Pero para poder desempeñar un papel significativo, los arqueólogos tenían que dejar de centrarse en los análisis estilísticos de los artefactos y empezar a utilizar sus datos para estudiar los cambios en las economías de subsistencia, tamaño de la población y modelos de asentamiento. Steward había dirigido y publicado sus investigaciones arqueológicas sobre *Ancient Caves of the Great Salt Lake Region* (1937a), y escrito un artículo en el que había presentado datos arqueológicos y etnográficos sobre modelos de asentamiento en un estudio de la interacción entre cultura y medio ambiente en el suroeste de los Estados Unidos (1937b). De todos los etnólogos norteamericanos del período, él es quien tenía un mayor respeto por los datos arqueológicos y quien parecía más consciente de su valor potencial para el estudio de los problemas del comportamiento humano durante largos períodos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la toma de conciencia creciente por la importancia del enfoque ecológico, producida por los escritos de Steward y Clark, estimuló en América grandes proyectos de investigación llevados a cabo por equipos interdisciplinares. Uno de los más importantes fue el Iraq Jarmo Project, dirigido por Robert Braidwood, que entre 1948 y 1955 examinó una serie de yacimientos del Paleolítico superior y del Neolítico antiguo en la región de Kirkuk, en el Próximo Oriente (Braidwood, 1974). Otro fue el Tehuacan Archaeological-Botanical Project, dirigido por Richard S. MacNeish, que entre 1960 y 1968 reveló una secuencia cultural ininterrumpida durante 12.000 años desde los tiempos paleoindios hasta la conquista española de las tierras de México (MacNeish, 1974, 1978). Ambos proyectos, financiados en parte por la United States National Science Foundation, empleó a arqueólogos, botánicos, zoólogos, geólogos y otros especialistas que llevaron a término una investigación sobre los orígenes de la producción de alimentos en el Próximo Oriente y Mesoamérica. Pudieron delinear cambios en las economías de subsistencia de las regiones respectivas, y MacNeish, con una muestra de 456 yacimientos, fue capaz de inferir cambios en la composición de los grupos y en el uso de la tierra. Con la ayuda de dataciones radiocarbónicas demostraron que tanto en el Viejo



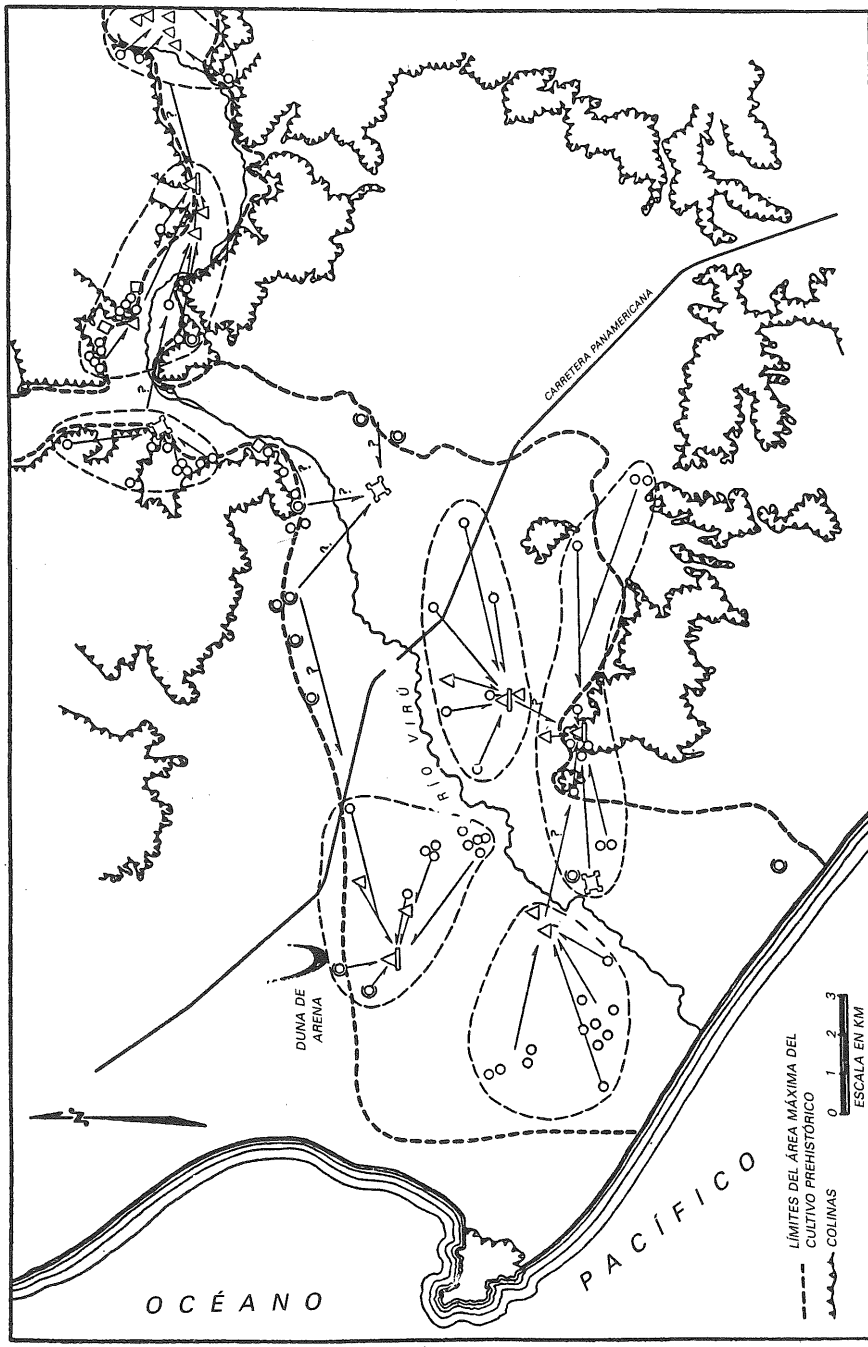
39. Interpretación de MacNeish del modelo de subsistencia y asentamiento de la fase Ajuereado (11.000-7.000 a.C.) en el valle de Tehuacán.

como en el Nuevo Mundo la producción de alimentos había dado comienzo mucho antes y su importancia económica se había desarrollado de una manera más lenta de lo que creían los arqueólogos, incluyendo a Childe. En la atmósfera de Guerra Fría que predominaba en los Estados Unidos, estos hallazgos fueron bien recibidos como prueba de los cambios graduales evolutivos y como

hecho que contradecía la teoría de Childe sobre la «revolución» neolítica aparentemente inspirada en el marxismo. El trabajo de Braidwood también excluyó la probabilidad de que la desecación hubiese desempeñado un papel importante en el inicio del desarrollo en el Próximo Oriente de las economías productoras de alimentos. Ambos estudios constituyeron hitos en la utilización de los datos arqueológicos para el estudio de una de las principales transformaciones económicas y sociales de la historia humana. También demostraron la importancia de un enfoque multidisciplinario en el que los arqueólogos y los especialistas en ciencias naturales trabajasen juntos en el análisis de los datos arqueológicos.

En *Trend and Tradition in the Prehistory of the Eastern United States,* Joseph Caldwell (1916-1973) adoptó un enfoque ecológico para la comprensión del cambio cultural (1958). Afirmaba que las regulaciones ecológicas debidas a la desaparición de la caza mayor a finales de la última glaciación habían producido unos modelos de recolección de alimentos más complejos e intensivos que habían incrementado el potencial de recursos de la mayoría de las áreas y estimulado la sedentarización y la densidad de la población en toda la región. Estos desarrollos habrían alentado la adquisición de equipamientos más pesados y variados, incluyendo los recipientes de cocina de esteatita y posteriormente de cerámica. Puso de relieve no sólo la capacidad de las culturas nativas de la región oriental de los Woodlands para iniciar cambios internos, sino que también destacó la necesidad de que los arqueólogos concibiesen los artefactos, como los recipientes de cerámica, en relación al papel que habían desempeñado dentro de los sistemas adaptativos. Estas interpretaciones habían sido prefiguradas en el estudio de Ralph Linton (1944) sobre las tendencias en el desarrollo de la forma de los recipientes cerámicos del este de Norteamérica.

Steward también contribuyó al desarrollo de la arqueología de los asentamientos, iniciada por Gordon Willey en el libro *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Peru* (1953), estudio en el que se combinaba una investigación arqueológica y antropológica de un pequeño valle costero del Perú, realizado por arqueólogos peruanos y americanos en 1946. Fue Steward quien persuadió a Willey para que dirigiese una prospección basada en los modelos de asentamiento como parte del proyecto (Willey, 1974b, p. 153). Con todo, la interpretación de Willey de los datos recogidos en esta prospección marcó un punto de partida significativo desde el enfoque ecológico de Steward. En estudios previos, los modelos de asentamiento arqueológico se habían considerado como una evidencia de las relaciones entre los grupos humanos y el medio ambiente natural. Willey, por el contrario, escogió enfocar los modelos de asentamiento como «puntos de partida estratégicos para la interpretación funcional de las culturas arqueológicas». Afirmó que los modelos de asentamiento «reflejaban el ambiente natural, el nivel de tecnología que poseían los constructores y las variadas instituciones de control e interacción social que esa cultura mantenía» (p. 1). No negó que los factores ecológicos desempeñasen un papel significati-



40. Interpretación de Willey de los modelos de comunidad del valle del Virú, Perú, en el período Huancaco (800-1000 d.C.).

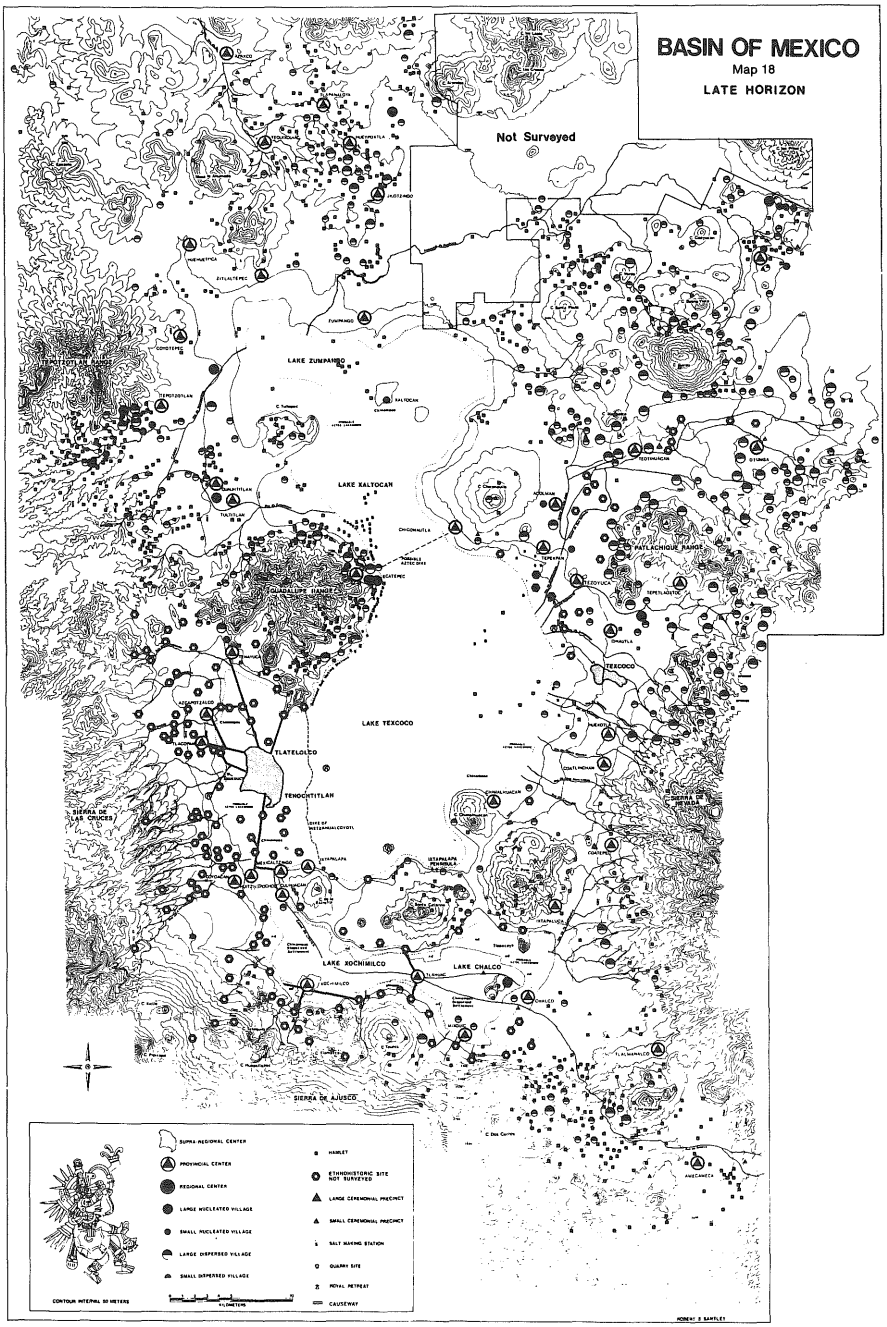
vo en la formación de los modelos de asentamiento, aunque observó que existían otros factores de naturaleza cultural y social que también estaban reflejados en el registro arqueológico y no estaba preparado para considerar esos factores como un mero reflejo de los modelos generales de adaptación ecológica. Por el contrario, trató los modelos de asentamiento como una fuente de información sobre muchos aspectos del conocimiento humano. La gran ventaja de los modelos de asentamiento sobre los artefactos era que, mientras que los artefactos se hallaban frecuentemente en contextos para los que habían sido dispuestos, los modelos de asentamiento proporcionaban una evidencia directa del marco en que se llevaban a cabo las actividades humanas. Willey reconoció el potencial que ofrecían los datos relativos a los modelos de asentamiento para el estudio sistemático de la organización política, económica y social de las sociedades antiguas.

Aunque consideraba los modelos de asentamiento como un punto de partida estratégico para la interpretación funcional de las culturas arqueológicas, usaba principalmente el concepto de cultura para distinguir fases sucesivas en el desarrollo del valle del Virú y, por tanto, para agrupar yacimientos que hubieran estado en uso aproximadamente en la misma época. Cementerios, lugares de habitación, palacios, templos, fuertes y redes de irrigación que parecían contemporáneos se utilizaron para intentar reconstruir los diversos modelos de organización social y política del valle durante varios milenios. En vez de considerar los fenómenos políticos y sociales como atributos de la cultura, los interpretó como un sistema en evolución de relaciones sociales que proporcionaba un contexto de comportamiento que integraba otros aspectos de la cultura. Así, además de reconocer la organización social como un tema legítimo de los estudios arqueológicos, como Childe iba a hacer en *The Prehistory of European Society* (1958a), Willey proporcionó un patrón analítico para el estudio de las organizaciones sociales prehistóricas, cosa que Childe no consiguió. El reconocimiento de continuidades de largo plazo en la población que habitaba el valle del Virú también llevó a Willey más a enfatizar la comprensión de los cambios del registro arqueológico en términos de transformaciones internas que a atribuirlos a la migración o a la difusión como se había hecho comúnmente en el pasado. Su estudio fue un esfuerzo pionero en la utilización de los datos arqueológicos para interpretar el cambio social a largo plazo.

Dentro del contexto de la arqueología de los asentamientos, los yacimientos individuales dejaron de ser estudiados como fines en sí mismos o considerados representativos de una cultura o de una región en particular. Por el contrario, se veían como redes en las que cada yacimiento desempeñaba un papel diferente y complementario. Las prospecciones en los yacimientos dejaron de interesarse exclusivamente por los mejores lugares o los más representativos para emplazar la excavación y pasaron a recuperar información que fuese importante en sí misma para analizarla posteriormente. Aunque los estudios arqueológicos de los modelos de asentamiento se continúan aún hoy reconociendo como

un paso preliminar necesario para las interpretaciones sociales y políticas, un número creciente de arqueólogos americanos vieron en estos modelos de asentamiento una importante fuente de información sobre las tendencias demográficas y las instituciones sociales, políticas y religiosas de las sociedades prehistóricas. También se acabó por contemplar los modelos de asentamiento en términos de jerarquía de niveles: áreas de actividad dentro de las estructuras, estructuras, áreas de actividad asociadas alrededor de las estructuras, comunidades y la distribución de las comunidades en el paisaje. Se reconocía que cada uno de estos niveles había adquirido su forma a partir de ciertos factores que diferían en clase o en grado de aquellos que influían a otros niveles. Las estructuras individuales reflejaban la organización familiar; los asentamientos, la estructura de la comunidad, y las distribuciones espaciales, el impacto del comercio, de la administración y la defensa regional. Debido a ello, era probable que el estudio combinado de dos o más niveles arrojase más luz sobre las culturas arqueológicas que el estudio exclusivo de un nivel (Trigger, 1968b; Flannery, 1976; Clarke, 1977; Kent, 1984). De todos los enfoques funcionalistas, la arqueología de los asentamientos, centrada en la inferencia de los modelos de comportamiento social y su rechazo del determinismo ecológico, es el que se aproxima más estrechamente a la antropología social de Durkheim.

La investigación de Willey en el valle del Virú inspiró en muchos lugares del mundo intensas prospecciones de los modelos de asentamiento. Como resultado de un estudio prolongado en el sur de Irak, Robert McC. Adams (1965, 1981; Adams y Nissen, 1972) pudo demostrar que los sistemas de irrigación tendían a ser construidos o a caer en desuso como consecuencia de cambios políticos y no al contrario de lo que se creía, es decir, que constituían la causa principal de estos cambios. K. C. Chang (1963) ha mostrado una continuidad en el desarrollo de los sistemas políticos y sociales en el norte de China desde principios del Neolítico y a través de las dinastías Xia, Shang y Zhou, mientras que Makkhan Lal (1984) ha trazado la interacción entre tecnología y medio ambiente al norte de la India durante el período que vio el desarrollo de la civilización del Ganges. Karl Butzer (1976) demostró que la presión de la población pudo no haber jugado un papel principal en el surgimiento de la antigua civilización egipcia, que se desarrolló mucho más rápidamente en el lejano sur, donde la explotación de las pequeñas cuencas naturales requería menos esfuerzo que la de las grandes y productivas cuencas del norte. Trigger (1965) utilizó principalmente datos de necrópolis para estudiar cómo los cambios en la tecnología, en el medio natural, en el comercio y en la guerra, alteraban el tamaño y la distribución de la población en la Baja Nubia durante cuatro mil años. Richard E. Blanton (1978) ha correlacionado los diferentes modelos de asentamiento en Oaxaca (México) con las diferentes configuraciones políticas. Finalmente, aunque el estudio detallado de William T. Sanders sobre el valle de México se ha realizado desde una perspectiva ecológica, ha mostrado que las diferentes formas de organización política y económica, así como los diferentes factores idiosincrá-



41. Reproducción original del modelo de asentamiento de la Cuenca de México del Horizonte Final de Sanders *et al.*

sicos, han desempeñado un papel principal en la formación del tamaño y la distribución de esos asentamientos (Sanders *et al.*, 1979). Estos estudios han desafiado las visiones simplistas de que el incremento de la población o de la agricultura de irrigación de manera exclusiva jugaron un papel preponderante en la modelación del desarrollo de las sociedades complejas y que los cambios culturales ocurrían invariablemente de una manera lenta y gradual.

Casi desde el principio los arqueólogos reconocieron el valor de los modelos de asentamiento para estudiar el cambio social a nivel tribal, así como el origen y el desarrollo de las civilizaciones. Este pensamiento se expresó por vez primera en un esquema unilineal de modelos de comunidades ideado en un seminario sobre las implicaciones funcionales y evolucionistas de ese tipo de modelos que se celebró bajo la dirección de Richard Beardsley en 1955 (Beardsley *et al.*, 1956). Como resultado de este seminario, empezaron a usarse términos como nomadismo, nomadismo restringido, nomadismo en torno a un centro y sedentarismo semipermanente, para describir los sistemas de subsistencia y de asentamiento de los pueblos nativos norteamericanos. A lo largo de estos años, los estudios realizados sobre los modelos de asentamiento de las diferentes regiones han provocado que los arqueólogos tomen conciencia de la diversidad regional y de la complejidad de las adaptaciones así como de la rapidez con la que a veces estas adaptaciones han cambiado (Willey, 1956; Ritchie y Funk, 1973; B. Smith, 1978).

Conclusiones

Las interpretaciones funcionalistas de los datos arqueológicos han sido durante largo tiempo inherentes a los estudios de las relaciones entre las culturas y sus ambientes naturales y de la realización y uso de los artefactos. Con todo, la proliferación y la sofisticación creciente de estas visiones, que representaban una tendencia significativa en la antropología americana y británica, estimuló a los arqueólogos a partir de 1930 a enfocar las culturas prehistóricas como formas de vida internamente diferenciadas y hasta cierto punto integradas. Esto, a su vez, hizo que se considerasen las causas externas e internas del cambio. Al principio, el examen de las causas internas se dirigió sobre todo hacia los factores ecológicos. Mientras que Taylor y de una manera todavía más explícita Clark hicieron mucho por desarrollar el uso de los datos arqueológicos para la reconstrucción de los modelos de vida prehistóricos, contribuyeron poco a la explicación de los cambios en el registro arqueológico. En contraste, Childe, aunque desarrolló algunos modelos muy interesantes sobre el cambio social, falló en indicar cómo podían ser aplicados en detalle estos modelos al estudio del registro arqueológico. La arqueología de los asentamientos, por el contrario, estimuló los estudios relativamente holísticos tanto de las culturas prehistóricas en puntos temporales específicos como de la manera en que éstas ha-

bían cambiado. Este desarrollo de la preocupación por los cambios en las relaciones estructurales y funcionales a lo largo del tiempo marcó el inicio de un estudio procesual, opuesto al sincrónicamente funcional, de las culturas prehistóricas.

El desarrollo de los enfoques funcional y procesual de los datos arqueológicos representó una sustitución del interés por la etnicidad, cada vez más estéril, de la arqueología histórico-cultural, a cambio de una nueva preocupación por cómo operaban y cambiaban las culturas prehistóricas. El desarrollo de la antropología social, que en su inicio no se preocupaba por explicar el cambio social interno más de lo que se habían preocupado los enfoques difusionistas anteriores, alentó una orientación funcionalista. Este interés creciente por el cambio estaba relacionado con el desarrollo social que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial, tema que se analizará en el siguiente capítulo.

Desde un punto de vista interno, la arqueología histórico-cultural fue un preludio lógico del estudio sistemático de las culturas prehistóricas desde unas perspectivas procesual y funcional. El enfoque histórico-cultural había revelado el marco básico de las distribuciones culturales en el tiempo y en el espacio y de las relaciones interculturales, el cual estaba complementado por un énfasis funcionalista en el estudio sistemático de las configuraciones internas de las culturas. Con todo, aunque inicialmente se construyeron sobre las tradicionales cronologías histórico-culturales, los enfoques funcionalista y procesual pronto generaron una serie de cuestiones que requirieron afinar esas cronologías y comprender la variación espacial (especialmente la variación *intra-site*) en el registro arqueológico. Los arqueólogos norteamericanos reforzaron y renovaron sus antiguos vínculos con la antropología en su búsqueda de paralelos etnográficos y conceptos teóricos de los que poder servirse para la interpretación de los datos desde un punto de vista funcional o procesual. Con ello, reafirmaron una relación que se remontaba al siglo XIX. Los arqueólogos europeos tendieron al escepticismo en cuanto a las analogías ante la ausencia de cualquier conexión histórica directa entre las culturas comparadas, considerando su trabajo como un enriquecimiento de su análisis continuado de los datos arqueológicos.

8. EL NEOEVOLUCIONISMO Y LA NUEVA ARQUEOLOGÍA

> Podemos predecir la transitoriedad de la Nueva Arqueología en sí misma, pero no deberíamos confundir transitoriedad con insignificancia.
>
> D. L. CLARKE, *Analytical Archaeologist* (1979), p. 101.

Las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial fueron para los Estados Unidos una época de prosperidad económica sin precedentes y de hegemonía política incuestionable. A pesar de la amenaza de la guerra nuclear, fue un tiempo de gran optimismo y de autoconfianza para la mayoría de los norteamericanos de clase media. Al igual que había sucedido en Gran Bretaña y en Europa occidental a mediados del siglo XIX, esta autoconfianza estimuló una perspectiva relativamente materialista y una preparación mental para creer que existía un modelo para la historia humana y que el progreso tecnológico era la llave de la superación humana. En la antropología norteamericana estas tendencias se manifestaron en el renacimiento de un interés por el evolucionismo cultural. Aunque el evolucionismo no se convirtió en la tendencia predominante de la antropología norteamericana, incrementó su popularidad en gran medida en los años cincuenta y sesenta y ejerció una influencia significativa en toda la disciplina.

EL NEOEVOLUCIONISMO

El neoevolucionismo que se desarrolló en los Estados Unidos durante la década de los sesenta fue otro intento de los antropólogos que vivían en un país políticamente dominante por «naturalizar» esa situación mediante la demostración de que se trataba del resultado de un proceso evolutivo que había permitido a los seres humanos adquirir un mayor control sobre su medio ambiente y una mayor libertad con respecto a la naturaleza. Pero este neoevolucionismo difería en ciertos rasgos cruciales del evolucionismo unilineal del siglo XIX. El

determinismo ecológico, demográfico o tecnológico de estos últimos no dejaba lugar a la idea de que el cambio cultural ocurría gracias a que los individuos de talento utilizaban su inteligencia y su tiempo libre para inventar maneras más efectivas de control de la naturaleza, mejorando así la calidad de la vida humana. Por el contrario, los neoevolucionistas argumentaban, como habían hecho los difusionistas y los antropólogos sociales, que los seres humanos preservaban su estilo de vida familiar a menos que fuesen forzados al cambio por factores que estaban fuera de su control. Esta postura, que fue racionalizada en términos de ecosistemas, ocultaba una visión que calificaba el comportamiento humano como conservador por naturaleza, muy lejos de la creatividad individual por la que había abogado Spencer o que habían utilizado la mayoría de los evolucionistas del siglo XIX para explicar el cambio cultural. Esto parece reflejar la diferencia entre el primer estadio del capitalismo, cuando todavía se apreciaba la iniciativa individual, y una segunda fase mucho más desarrollada dominada por las corporaciones multinacionales, donde el papel del individuo deja de idealizarse como factor principal dentro del crecimiento económico.

Los dos exponentes principales del neoevolucionismo durante los años cincuenta fueron los etnólogos Leslie White (1900-1975) y Julian Steward (1902-1972) (véanse White, 1949, 1959; Steward, 1955). White se consideraba a sí mismo un intelectual heredero de L. H. Morgan y de la tradición indígena evolucionista de la antropología norteamericana. Rechazaba el particularismo histórico, el reduccionismo psicológico y la creencia en el libre albedrío inherente a la antropología boasiana. En su lugar, White ofrecía el concepto de «Evolución General», que trataba el progreso como una característica de la cultura en general, aunque no necesariamente de cada una de las culturas específicas. Ignoró deliberadamente la influencia del medio ambiente y de una cultura sobre otra y se concentró en la explicación de la línea principal del desarrollo cultural, que estaba marcado por la cultura más avanzada de cada período sucesivo sin tener en cuenta su relación histórica. Argumentaba que este enfoque estaba justificado porque a largo plazo las culturas que no conseguían seguir en cabeza eran superadas y absorbidas por otras más progresistas. Por tanto, desde un punto de vista evolucionista eran irrelevantes.

White definió las culturas como elaborados sistemas termodinámicos. En sus primeros escritos afirmaba que funcionaban encaminados a hacer la vida humana más segura y duradera, aunque posteriormente rechazó esa visión por antropocéntrica y expuso que evolucionaban para conseguir sus propias necesidades (White, 1975, pp. 8-13). Su percepción del cambio cultural era materialista y estrechamente determinista. Mantenía que los sistemas culturales se componen de elementos tecnoeconómicos, sociales e ideológicos y que «los sistemas sociales están ... determinados por los sistemas tecnológicos, y la filosofía y las artes expresan la experiencia tal como queda definida por la tecnología y reflejada en los sistemas sociales» (White, 1949, pp. 390-391). Formuló su concepto de determinismo tecnológico según una «ley básica de la evolución» que

constataba que, siendo todas las cosas iguales, la cultura evolucionaba a medida que se incrementaba la cantidad de energía utilizada per cápita, o a medida que se incrementaba la puesta en marcha de energía. Esta ley se resume en la fórmula

$$\text{Cultura} = \text{Energía} \times \text{Tecnología} \ (C = E \times T).$$

A pesar de los esfuerzos que a veces hacía White por imponer sus teorías, también puso de manifiesto que éstas servían para estudiar las líneas generales del desarrollo cultural, pero no para inferir rasgos específicos de las culturas individuales (White, 1945, p. 346).

Aunque al determinismo tecnológico de White se le ha asignado con frecuencia un origen marxista, conceptualmente no tiene nada en común con el marxismo, excepto la orientación materialista general. Por el contrario, refleja uno de los temas principales de los investigadores norteamericanos de las ciencias sociales, que ha sido descrito como el privilegiar las relaciones entre tecnología y sociedad a expensas de otro tipo de relaciones, como pueden ser las del individuo con la sociedad (Kroker, 1984, p. 12).

Steward lideró un enfoque alternativo multilineal, ecológico y mucho más empírico referente al estudio de la evolución cultural. Suponía que habían regularidades significativas en el desarrollo cultural y que la adaptación ecológica era vital para determinar los límites de la variación en los sistemas culturales. A través de estudios comparativos intentó determinar las diferentes formas en que habían evolucionado las culturas en ambientes naturales diferentes, creyendo que tenderían a adoptar la misma forma y a seguir trayectorias similares de desarrollo en ambientes naturales parecidos. Estas similitudes constituían el «núcleo cultural», que consistía en aquellos rasgos de las culturas que estaban relacionados más de cerca con actividades de subsistencia. El núcleo abarcaba modelos económicos, políticos y religiosos que podían estar empíricamente determinados para tener un significado adaptativo primordial. Steward argumentaba que el objetivo de la antropología evolucionista debería ser la explicación de las características comunes de las culturas que se hallan en niveles similares de desarrollo, más que los «rasgos particulares únicos, exóticos y no recurrentes», los cuales pueden ser atribuidos a accidentes históricos (Steward, 1955, p. 209).

M. D. Sahlins y E. R. Service (1960) intentaron reconciliar estos dos enfoques diferenciando entre evolución general y específica, teniendo que ver respectivamente con el progreso y con la adaptación. Aunque el concepto de evolución estaba así disociado de la implicación automática del progreso, en los últimos estudios Sahlins (1968) y Service (1962, 1975) usaron datos etnográficos para construir secuencias de desarrollo unilineal especulativas y altamente generales, empleando conceptos como banda, tribu, jefatura y Estado. En estos enfoques y en el esquema de evolución política desarrollado por Morton

Fried (1967) se hallaba implícita la suposición de que la mayor capacidad selectiva de las sociedades tecnológicamente más avanzadas aseguraba que el progreso caracterizase el cambio cultural como un rasgo general de la historia humana.

Dentro de este tipo, el enfoque más sofisticado teóricamente es el materialismo cultural de Marvin Harris (1979). Asigna un papel privilegiado en la formación de los sistemas culturales a todo un abanico de condiciones materiales que incluyen la demografía, la tecnología y las relaciones sociales, e intenta explicar todo fenómeno sociocultural en términos de costes y beneficios relativos de estrategias alternativas, medidos según estos criterios. La mayor parte de su obra se ha dirigido a tratar de explicar los orígenes de los tabús alimentarios, las creencias religiosas y otros esoterismos culturales en cuanto a las relaciones que esas costumbres establecen con las consideraciones económicas básicas (Harris, 1974, 1977). Aunque no está en general tan preocupado como Sahlins, Service y Fried por delinear las secuencias evolucionistas, el enfoque de Harris no es menos evolucionista que el de los anteriores.

Lo que distinguía los diferentes enfoques materialistas que se desarrollaron en la antropología norteamericana de los años sesenta de los esquemas evolucionistas del siglo XIX era su visión de la causalidad. White adoptó una forma bastante estrecha de determinismo tecnológico que reflejaba su fe en la tecnología como una fuerza de progreso social, mientras que Steward adoptó una forma ecológica menos restrictiva y Harris un determinismo económico todavía más amplio. Juzgándolos desde una visión marxista, todos estos enfoques son ejemplos de materialismo corriente, porque contemplan el comportamiento humano como algo que se ha conformado en mayor o menor medida debido a condicionantes no humanos. Por el contrario, el marxismo incluye relaciones de producción humanamente configuradas en la base económica que determina el cambio social.

Ya hacia mediados del siglo XIX algunos arqueólogos empezaron a construir secuencias para describir el desarrollo de las culturas nativas del Nuevo Mundo (Wilson, 1862). Estos enfoques, que situaban los centros principales de desarrollo en Mesoamérica y Perú, se mantuvieron tras la adopción del enfoque histórico-cultural. En *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, H. J. Spinden (1928) distinguió tres niveles de desarrollo: nómada (caza y recolección), arcaico (agricultura) y civilización, mientras que en *Method and Theory in American Archaeology*, Willey y Phillips (1958) asignaron todas las culturas a cinco estadios de complejidad creciente: lítico (caza mayor), arcaico (recolección intensiva), formativo (agricultura de poblados), clásico (primeras civilizaciones) y posclásico (últimas civilizaciones prehispánicas). A pesar de su apariencia evolucionista, estas formulaciones intentaron describir, más que explicar, el cambio cultural en términos de desarrollo. También confiaban en las explicaciones difusionistas en la misma medida que otras formulaciones histórico-culturales.

Con todo, con su interés creciente en las explicaciones funcionalistas y procesuales del registro arqueológico, muchos arqueólogos americanos estaban predispuestos a ser receptivos frente a los conceptos neoevolucionistas, que enfatizaban las regularidades de la cultura. Observaron que muchas de las variables clave que Steward y White postulaban como causas principales del cambio cultural eran relativamente accesibles para el estudio arqueológico, al contrario que las explicaciones idealistas de los boasianos. Debido a su falta de información directa concerniente al comportamiento humano y a las creencias, los arqueólogos no se atrevían tanto como los etnólogos a criticar las deficiencias de la teoría neoevolucionista. Sólo unos cuantos objetaron que el neoevolucionismo alentaba explicaciones simplistas y que no admitía la posibilidad de otras alternativas (Lamberg-Karlovsky, 1975, pp. 342-343). La antropología neoevolucionista se intensificó y proporcionó nuevas direcciones a las tendencias ya existentes en la arqueología prehistórica.

Una de las primeras aplicaciones a la arqueología de la teoría neoevolucionista fue la de B. J. Meggers en «The law of cultural evolution as a practical research tool» (1960). Esta investigadora comentaba que, debido a la ausencia de fuerzas no humanas de energía en las sociedades de pequeña escala, la ley de White aplicada a éstas podía reescribirse de la siguiente manera:

$$\text{Cultura} = \text{Medio Ambiente} \times \text{Tecnología}.$$

Esto sugería que cualquier arqueólogo que fuese capaz de reconstruir la tecnología y el medio ambiente de una cultura prehistórica, a partir de esa información también podía determinar cómo eran el resto de rasgos clave de la cultura. Es más, las deficiencias que se presentasen no serían responsabilidad del arqueólogo, sino el resultado del fracaso de los etnólogos en la elaboración de las teorías adecuadas para poner en relación la tecnología y el medio ambiente con el resto de la cultura. Meggers creía que era una ventaja para los arqueólogos que se viesen «forzados a tratar la cultura de una manera artificialmente separada de los seres humanos» (Meggers, 1955, p. 129) y que su formulación ponía tanto énfasis en el determinismo tecnoambiental que no veía ninguna necesidad de utilizar los datos arqueológicos para estudiar los aspectos no materiales de los sistemas culturales. Su actitud hacia la utilización de las analogías etnográficas se parece mucho a la de muchos antropólogos evolucionistas del siglo XIX. Pero la postura de esta investigadora era muy deficiente en cuanto a la aplicación directa, hecho que no le reportó un éxito significativo entre los arqueólogos. Asimismo, el tratamiento que White hacía de la tecnología como una variable independiente que desencadenaba el cambio, se parecía demasiado al enfoque de Montelius sobre el cambio como producto resultante del deseo de los seres humanos de controlar más efectivamente la naturaleza. Para un número creciente de arqueólogos, que empezaban a tomar conciencia de la ecología cultural y que estaban ansiosos por poder ofrecer una explicación ma-

terialista de los factores que estimulaban o desalentaban las innovaciones tecnológicas, el enfoque de White parecía pasado de moda, idealista y teleológico. A pesar de todo, algunos arqueólogos admiraban su perspectiva deductiva para el conocimiento del cambio cultural (Binford, 1972, pp. 110-111).

La Nueva Arqueología

En 1959 Joseph Caldwell publicó un artículo en *Science* titulado «The new American archeology». En él, pasaba revista a las tendencias principales que consideraba estaban transformando la arqueología. Decía que el creciente interés por los modelos ecológicos y por las pautas de asentamiento denotaba una nueva preocupación por el proceso cultural. Las culturas arqueológicas ya no se contemplaban meramente como la suma total de sus tipos artefactuales preservados, considerado cada uno de ellos de manera independiente e igualmente significativa desde un punto de vista estilístico. Por el contrario, debían ser analizados, como Taylor había propuesto, como configuraciones o sistemas funcionalmente integrados. También apoyaba la creencia neoevolucionista de que tras la infinita variedad de hechos culturales y situaciones históricas específicas existe un número limitado de procesos históricos generales. Finalmente, adoptaba la postura neoevolucionista de que no todo hecho cultural tiene la misma importancia en el desencadenamiento del cambio. El objetivo principal de los arqueólogos debía ser explicar los cambios producidos en las culturas arqueológicas en términos de procesos culturales.

El artículo de Caldwell revela que durante la década que siguió a la publicación de la obra de Taylor *A Study of Archeology*, el concepto de cambio procesual dentro de los sistemas culturales había adquirido gran importancia en la arqueología americana. Aunque este hecho venía estimulado por avances dentro de la misma arqueología, en concreto el estudio de los modelos ecológicos y de las pautas de asentamiento, también sirvió como revulsivo de la popularidad creciente de la antropología neoevolucionista, con su énfasis en las regularidades culturales. La labor esencial y perdurable de la Nueva Arqueología fue la creación colectiva de elevado número de arqueólogos americanos en la década de los cincuenta.

Estos conceptos se hicieron populares entre la generación más joven de arqueólogos norteamericanos de la mano de Lewis Binford, quien además añadía nuevos elementos para la creación del enfoque que desde los años sesenta se reconocía en todo el mundo como la Nueva Arqueología Americana. Binford se halló en el centro de grandes polémicas, durante las cuales intentó demostrar las ventajas de la Nueva Arqueología sobre los enfoques tradicionales, que él identificaba principalmente con la forma algo modificada del Método Taxonómico del Oeste Medio que se practicaba en la Universidad de Michigan durante los años cincuenta, donde él se había graduado. La polarización resul-

tante hizo que la Nueva Arqueología pareciese una ruptura dramática con el pasado y no la continuación e intensificación de las tendencias funcionalistas y procesuales que se habían estado desarrollando en la arqueología americana y en la Europa occidental desde la década de los treinta. Aunque existía un apoyo pasivo considerable a la vieja arqueología histórico-cultural, muchos de los llamados arqueólogos «tradicionales» se adhirieron a estas nuevas tendencias, poniendo solamente objeciones a algunas de las facetas del programa de Binford. La rápida adopción de la Nueva Arqueología reflejó así la predisposición existente en los años cincuenta, mientras que las polémicas de Binford disfrazaron el considerable grado de consenso sobre la dirección que la arqueología americana debía tomar.

Binford esbozó el programa de la Nueva Arqueología en dos artículos «Archaeology as anthropology» (1962) y «Archaeological systematics and the study of culture process» (1965). Identificaba el objetivo de la arqueología con el que tradicionalmente se había asignado a la antropología: explicar la amplia gama de similitudes y diferencias del comportamiento cultural. También mantenía que los datos arqueológicos eran particularmente útiles para estudiar los cambios ocurridos durante largos períodos de tiempo. Estas explicaciones se veían como generalizaciones sobre el cambio sistémico y la evolución cultural. Como alumno de Leslie White, Binford estaba predispuesto a creer que existían fuertes regularidades en el comportamiento humano y que había muy poca diferencia entre la explicación de un caso simple de cambio social y la de una clase completa de cambios similares. Por tanto, su principal preocupación era explicar, más que las diferencias, las similitudes culturales. Dedicó su carrera a explicar problemas del tipo de la complejidad creciente de las sociedades de cazadores-recolectores, el desarrollo de la agricultura, y, en menor grado, la evolución de la civilización (Binford, 1983b).

Al igual que Grahame Clark, Binford consideraba las culturas como medios extrasomáticos de adaptación de la humanidad. Por consiguiente, los cambios en todos los aspectos de los sistemas culturales se interpretaban como respuestas adaptativas a alteraciones ocurridas en el medio ambiente o en los sistemas culturales adyacentes y competidores. Binford describió la evolución como «un proceso operativo en la interfaz de un sistema viviente y en su campo» (1972, p. 106). Este enfoque esencialmente ecosistémico excluía la innovación y la inventiva humanas dentro de las tradiciones culturales como fuerzas independientes capaces de desencadenar cambios importantes. También trataba las culturas como normalmente tendentes hacia el equilibrio o la homeostasis, siendo el cambio inducido por factores externos.

Aunque Binford consideraba que el cambio cultural se iniciaba por factores externos o no culturales que causaban perturbaciones en los que, de otra manera, tenderían a ser sistemas homeostáticos, insistía, al igual que Clark y Taylor, que había de ser entendido en referencia a las respuestas que tenían lugar dentro de los sistemas culturales. Así, compartía la tendencia, ya evidente en la

arqueología de los asentamientos, de concentrarse en el conocimiento del cambio cultural desde un punto de vista interno. Este enfoque enfatizaba las relaciones sistémicas y, por tanto, las continuidades en el cambio, hecho opuesto a las discontinuidades que significaban la difusión y la migración. Dentro del contexto general del neoevolucionismo existía una tendencia creciente a creer en la capacidad de los seres humanos para inventar y reinventar nuevas formas de tecnología, comportamiento social y creencias y valores cuando lo requería la evolución de los sistemas sociales. Steward (1955, p. 182) había argumentado que cada préstamo cultural debería interpretarse como una «recurrencia independiente de causa y efecto» y Harris (1968, pp. 377-378) había rechazado la difusión por tratarse de un «no principio». Chang (1962, pp. 190-191) mantenía que, si en el curso de su desarrollo la civilización china hubiese sido incapaz de tomar prestados procesos tecnológicos nuevos del exterior, los chinos habrían inventado los mismos u otros procesos de significación económica y social similar. Así, Binford difería de los arqueólogos norteamericanos tradicionales en el énfasis dirigido hacia la capacidad de la humanidad para la innovación, al mismo tiempo que coincidía con ellos en considerar las culturas sin perturbaciones como normalmente estáticas.

Al igual que Caldwell, Binford puso de relieve la diferenciación interna y la integración sistémica de las culturas. Puso objeciones a la visión normativa establecida, que consideraba las culturas como colecciones de ideas mantenidas por un colectivo y transmitidas de generación en generación por los miembros de grupos sociales particulares. En algunos de sus escritos, sus objeciones a la visión de la cultura como un fenómeno mental parecen excluir el concepto de cultura de White como simbólica por naturaleza, aunque por otra parte alabe los enfoques de este investigador (Binford, 1972, pp. 105-113). Como Caldwell, tampoco estaba de acuerdo en considerar de la misma importancia a todos los ítems de la cultura o que se tratasen los porcentajes de similitudes y diferencias de los tipos artefactuales como medida de la capacidad de comunicación efectiva entre los grupos. Mantenía que la arqueología tradicional atribuía las diferencias entre culturas a las barreras geográficas o a la resistencia de los sistemas de valores, mientras que consideraba que las ideas se habían extendido de una cultura a otra por medio de la difusión y la migración. Aunque esta descripción podría haber representado de manera precisa los enfoques que sobre las culturas poseían los arqueólogos tradicionales histórico-culturales que trabajaban en el Oeste Medio de los Estados Unidos o incluso los de Walter Taylor, no recogía las ideas de un número creciente de arqueólogos funcionalistas de los Estados Unidos o de Clark y Childe en Gran Bretaña. En una época tan temprana como 1925 Childe había empleado una visión funcionalista de la cultura para facilitar sus análisis histórico-culturales cuando procedió a la distinción entre características étnicas, que no se difundían fácilmente, y tecnológicas, de fácil difusión.

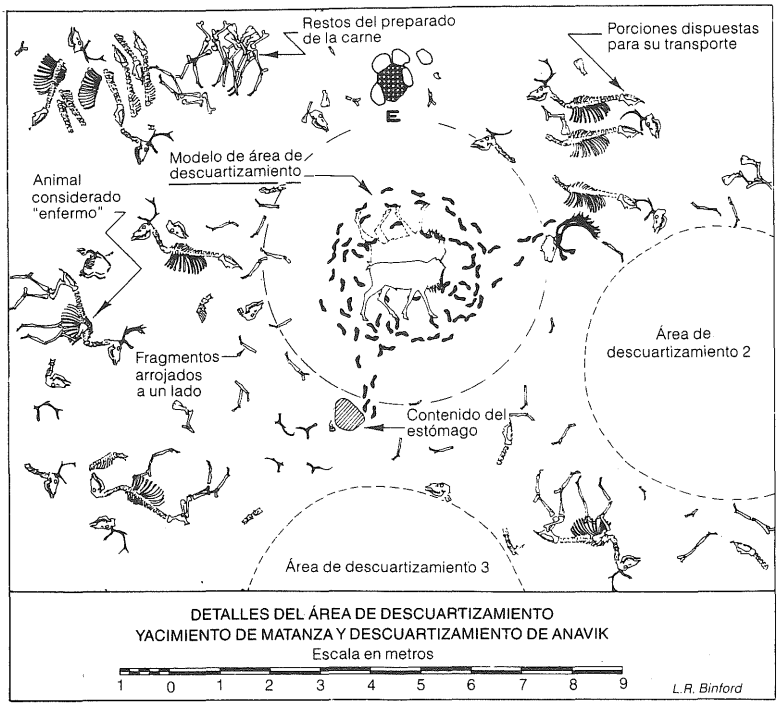
Binford sostenía que las culturas no eran internamente homogéneas. Todas

ellas estaban diferenciadas, al menos en cuanto a edades y papeles sexuales, y el grado en que se compartían internamente entre los individuos variaba inversamente a su complejidad. Los individuos siempre participan diferencialmente en las culturas, de manera que los sistemas culturales totales no eran más que un conjunto de papeles funcionalmente interrelacionados. Debido a esto, no era correcto que los arqueólogos tratasen por igual los artefactos y las características a comparar. Por el contrario, debían intentar determinar los papeles que habían jugado dentro de los sistemas culturales vivientes. Esto requería un esfuerzo para conseguir una perspectiva relativamente holística de estos sistemas.

En este punto, Binford podía haber hecho un intento por reconstruir los sistemas sociales, como habían hecho Willey (1953), Childe (1958a) y otros arqueólogos interesados en los asentamientos. Este enfoque se centraba en esbozar modelos de interacción humana y en determinar la relación funcional de las características culturales de los sistemas sociales. En cambio, Binford siguió a White en la consideración de las culturas como sistemas adaptativos compuestos de tres subsistemas interrelacionados: la tecnología, la organización social y la ideología. De esta manera, apoyó la idea de que el comportamiento humano estaba determinado por fuerzas de las que los seres humanos no son conscientes en gran medida y que con frecuencia proceden del reino natural.

Binford argumentaba que los ítems materiales no se interrelacionan dentro de un subsistema simple de cultura, sino que reflejan los tres subsistemas. Los aspectos tecnómicos de los artefactos reflejan cómo se usaron para controlar el medio ambiente, los sociotécnicos tienen su contexto principal en el sistema social y los ideotécnicos se refieren al reino ideológico. En 1962 sugirió que cada tipo de artefacto podía ser interpretado a partir de una relación principal con una de estas clases, pero en 1965 observó que los artefactos frecuentemente contenían información de las tres. Un cuchillo podía usarse para cortar, pero su mango de oro estaría denotando el estatus social elevado de su propietario, y el símbolo inciso en la hoja podía estar invocando protección divina para éste.

Binford fue más lejos que Clark y Taylor, afirmando que, como los artefactos tenían contextos primarios en todos los subsistemas de cultura, los conjuntos formales de artefactos y sus contextos podían producir una imagen sistemática y comprensible de culturas totalmente extinguidas. Mantenía que el primer deber del arqueólogo era explicar las relaciones reflejadas en el registro arqueológico. En particular, repudiaba la idea de que fuese más difícil la reconstrucción de la organización social o de las creencias religiosas que la del comportamiento económico. La idea de que los arqueólogos podían estudiar cualquier problema que pudiera ser tratado por los etnólogos, y durante períodos de tiempo mucho más largos, se ganó el apoyo de muchos arqueólogos jóvenes que se sentían frustrados por el enfoque histórico-cultural centrado en los artefactos, que todavía continuaba dominando gran parte de la investigación de la arqueología americana de los años sesenta. Estaban ansiosos por demostrar que los etnólogos estaba equivocados cuando afirmaban satisfechos que



42. Planta de Binford de un área de descuartizamiento moderna de los nunamiut, en Anavik Springs, Alaska, mostrando dónde se desmembraba el caribú y dónde se disponían los productos de desecho.

la arqueología estaba «condenada por siempre a ser una parte menor de la antropología» (Hoebel, 1949, p. 436).

Binford observó que los arqueólogos habían ya hecho un progreso considerable en la utilización del conocimiento derivado de las ciencias físicas y biológicas para la interpretación de aquellos aspectos del registro arqueológico relacionados con el comportamiento tecnómico, especialmente los modelos de subsistencia y las prácticas tecnológicas. Por otra parte, los antropólogos no sabían lo suficiente sobre las correlaciones del comportamiento y las creencias sociales y la cultura material como para inferir información sociotécnica o ideotécnica del registro arqueológico. Sólo después de que se hubiesen establecido estas correlaciones y de que los arqueólogos hubiesen adquirido un conocimiento holístico de las características funcionales y estructurales de los sistemas culturales, podían ellos empezar a investigar los problemas de los cambios evolutivos en los sistemas sociales y en la ideología. Binford sostenía que para poder establecer esas correlaciones los arqueólogos debían formarse como etnólogos.

Sólo mediante el estudio de situaciones vivientes donde pudieran observarse el comportamiento y las ideas en conjunción con la cultura material, sería posible establecer las correlaciones a través de las que inferir el comportamiento social y la ideología de manera fiable a partir del registro arqueológico. Binford consideraba este enfoque muy prometedor para la comprensión del pasado porque, como neoevolucionista, creía que existía un alto grado de regularidad en el comportamiento humano, y que éste podía ser revelado a través de estudios etnográficos comparativos. Estas regularidades podrían entonces utilizarse para inferir muchos aspectos de las culturas prehistóricas que no eran directamente observables en el registro arqueológico. Si el comportamiento humano fuese menos regular de lo que él suponía, esas correlaciones serían menores en número y no tan útiles para la reconstrucción de las culturas prehistóricas y para el conocimiento del cambio.

Algunas de las primeras aplicaciones de la Nueva Arqueología se materializaron en intentos de utilizar la cerámica para inferir modelos de residencia de las comunidades prehistóricas. Se suponía que, si las mujeres hacían la cerámica que usaban sus familias, los elementos de los diseños tenderían, en las sociedades matrilocales, a ser homogéneos ya que el conocimiento de la realización de la cerámica se transmitiría de madres a hijas; sin embargo, en las sociedades patrilocales serían aleatorios, ya que en el mismo lugar habitarían mujeres ceramistas de diferentes linajes (Deetz, 1965; Whallon, 1968; Hill, 1970; Longacre, 1970). El sexo de los alfareros se determinaba a través de la aplicación del enfoque histórico directo y no por los medios forenses que había utilizado Tret'yakov en los años treinta. En estos primeros estudios, no se contemplaba la posibilidad de que algún tipo cerámico se realizase profesionalmente y se intercambiase con puntos muy distantes de su lugar de origen, además de desecharse muchos de los fragmentos rotos (S. Plog, 1980). No obstante, estos esfuerzos pioneros de los arqueólogos norteamericanos por inferir la organización social a partir de la evidencia arqueológica, no alcanzaron el listón que Binford había colocado a tal efecto. También debieron dar una imagen errónea de la clase de operaciones que requería el enfoque deductivo.

Entre las más importantes contribuciones originales de Binford en aquel tiempo estaba la insistencia en que las correlaciones usadas para conocer el comportamiento humano a través de los datos arqueológicos tenían que estar basadas en la demostración de una constante articulación de las variables específicas en un sistema. Sólo en el caso de que una característica particular de comportamiento pudiese demostrarse y correlacionarse con un ítem específico de la cultura material, dondequiera que ambos se observasen, podría inferirse ese comportamiento de la aparición de ese ítem en el registro arqueológico. Esto, a su vez, necesitaba un enfoque deductivo en el que las relaciones entre variables arqueológicamente observables y las que no lo eran se formulasen y probasen en un número estadísticamente significativo de situaciones etnográficas en las cuales fuesen observables ambas variables. Las regularidades podían estable-

cerse de manera útil para el conocimiento de los sistemas culturales prehistóricos sólo a través de esa medida de variación concomitante. Las analogías eran simplemente una fuente de hipótesis que habían de ser probadas de esta forma (Binford, 1972, pp. 33-51). Binford lideró el enfoque positivista de que explicación y predicción son equivalentes y de que ambas reposan sobre la demostración de una constante articulación de las variables. La aplicación rigurosa de un enfoque positivista tenía el efecto de eliminar los elementos subjetivos y de establecer una base para la interpretación científica objetiva de los datos arqueológicos. Pero para alcanzar este nivel de rigor, los arqueólogos tenían que adoptar los cánones deductivos que utilizaban las correlaciones bien establecidas, como esbozó Carl Hempel (1962, 1965) en su modelo de explicación. Desde esta perspectiva, las correlaciones más útiles son aquellas que son verdaderas siempre que estén presentes las condiciones específicas. Desde entonces, los arqueólogos se han dado cuenta de que, debido a la complejidad del comportamiento humano, la mayoría de las correlaciones más que absolutas son estadísticas y de que la mayoría de las correlaciones estadísticas son de una magnitud más bien baja, problema con el que se han enfrentado los etnólogos que durante largo tiempo han trabajado en estudios de interrelación cultural (Textor, 1967). Bajo estas circunstancias, el problema de la equifinalidad, o de las causas diferentes que producen el mismo efecto, es cada vez mayor, hecho del que se han percatado los arqueólogos que trabajan en estudios de simulación (Hodder, 1978; Sabloff, 1981). Con todo, Binford ha continuado prestando menos atención a las explicaciones estadístico-deductivas que a las nomológico-deductivas (M. Salmon, 1982, pp. 120-122).

La extensión del modelo de explicación del cambio cultural de Hempel tendía a excluir la consideración de todas las sociedades excepto las que tenían una regularidad notable. Esto se correlacionaba con el repudio de los estudios históricos por parte de Binford y sus seguidores, estudios que equiparaban a la cronología, a la descripción y a la preocupación por los acontecimientos casuales (Binford, 1967b, p. 235; 1968b). Esta línea de razonamiento había sido introducida entre los arqueólogos norteamericanos por el etnólogo Clyde Kluckhohn (1940) cuando escribió que los arqueólogos mesoamericanos debían escoger entre los estudios históricos que intentaban recrear eventos únicos con todos los detalles idiosincrásicos, y la investigación científica de las tendencias y las uniformidades significativas del cambio cultural. La odiosa dicotomía historia-ciencia, paralela a la distinción que los antropólogos norteamericanos hacían entre historia y evolución, se vio reforzada por Taylor (1948, pp. 156-157) y por Willey y Phillips (1958, pp. 5-6), quienes veían la integración histórico-cultural como un objetivo inferior a la formulación de reglas generales del comportamiento humano. Binford consideraba que los esfuerzos de los arqueólogos por explicar los eventos históricos particulares respondían a un comportamiento inductivo que podía condenar a la arqueología a permanecer en un terreno particularista, carente de generalizaciones. Argumentaba que los arqueó-

logos, en vez de seguir por ese camino, debían intentar formular leyes de dinámica cultural. Aunque con retrospectiva histórica esta postura pueda verse como el reflejo de la creencia de que la historia humana está gobernada por fuertes regularidades, aminoró el interés por aquellos aspectos significativos del cambio cultural que no presentaban tales regularidades.

Binford también negaba la relevancia de los factores psicológicos para el conocimiento de la prehistoria. Identificaba el uso de tales conceptos con el idealismo boasiano y con el enfoque histórico-cultural y argumentaba que no tenían valor interpretativo para una explicación ecológica de la cultura y del cambio cultural. Por el contrario, dentro de un marco ecológico, los factores psicológicos específicos podían ser considerados un aspecto epifenomenal del comportamiento humano que surgían como consecuencia de una adaptación ecológica. También sostenía que los arqueólogos carecen de formación para funcionar como paleopsicólogos (Binford, 1972, p. 198).

Los nuevos arqueólogos han continuado condenando las explicaciones del cambio que invocan factores psicológicos conscientes o inconscientes. Por el contrario, han considerado las relaciones entre la tecnología y el medio ambiente como los factores clave en la determinación de los sistemas culturales y, a través de ellos, del comportamiento humano. A este respecto, difieren claramente de los marxistas, quienes consideran las percepciones individuales y colectivas del interés propio como causa principal del cambio. Por otra parte, este rechazo de las percepciones lo comparten otros científicos sociales occidentales. Parece reflejar una tendencia que tiene sus raíces en la teología cristiana que equipara la razón y la voluntad con el libre albedrío. Si se trata de explicar el comportamiento humano, debe demostrarse que está determinado por algo más que la razón. Este factor ha sido identificado con la cultura (Tylor, Kroeber), con la sociedad (Durkheim), con los mecanismos subconscientes (Freud) o con los ecosistemas (Steward).

La teoría de sistemas

Las ideas de Binford atrajeron muy pronto a un gran número de arqueólogos norteamericanos, especialmente a los más jóvenes. Hubo al menos un investigador experimentado, Paul Martin (1971), que manifestó públicamente su apoyo. El trabajo de Binford también influyó en Colin Renfrew (1979, 1984), un arqueólogo inglés que impartió clases durante un tiempo en los Estados Unidos, y cuyas formulaciones tenían mucho en común con las de David Clarke (1968), otro investigador inglés que había recibido una influencia independiente del análisis locacional y del enfoque general de sistemas de la Nueva Geografía que se había desarrollado en la Universidad de Cambridge (Chorley y Haggett, 1967). También en América se llevaron a cabo intentos para explicar el cambio cultural según la Teoría General de Sistemas. Se trataba de un cuerpo

de conceptos que empezó a ser desarrollado en los años cuarenta por el biólogo Ludwig von Bertalanffy, y que trataba de esbozar las reglas subyacentes que gobiernan el comportamiento de entidades tan diversas como termostatos, ordenadores digitales, glaciares, organismos vivos y sistemas socioculturales. Se suponía desde un principio que todos ellos se podían conceptualizar como sistemas formados por partes interactivas y que se podían formular reglas que describiesen cómo funcionaban los aspectos significativos de cada sistema, sin tener en cuenta su naturaleza específica (Bertalanffy, 1969; Laszlo, 1972a, b, c). La teoría de sistemas permitía a los arqueólogos trascender las limitaciones de los tradicionales análisis sociales antropológicos de las estructuras estáticas, estudiando no sólo el mantenimiento de la estructura sino también los procesos de elaboración (o morfogenéticos) de las estructuras. Muchos de los más importantes estudios de este tipo estaban basados en la cibernética, e intentaban explicar el funcionamiento de los sistemas desentrañando la retroalimentación (*feedback*) entre sus diferentes partes. La retroalimentación negativa mantiene el sistema en un estado esencialmente estable frente a entradas externas fluctuantes, mientras que la retroalimentación positiva desencadena cambios irreversibles en la estructura del sistema. El concepto de retroalimentación ofrecía a los arqueólogos un mecanismo más preciso y potencialmente cuantificable para la interrelación de los varios componentes de un sistema cultural cambiante, en comparación con el concepto, esencialmente estático, de integración funcional de la antropología social (Watson *et al.*, 1971, pp. 61-87).

De todas maneras no existía un acuerdo sobre la forma de cómo debía medirse esa retroalimentación, si con objetos, energía o información, o bien con una combinación de los tres. El concepto de energía se conjugaba bastante bien con los enfoques ecológicos. En un estudio pionero muy influyente, Kent Flannery (1968) argumentaba que los cambios genéticos favorables en el maíz y en las judías estimularon a los cazadores-recolectores mesoamericanos a reorganizar sus modelos de consecución de alimentos, incrementando su dependencia de estas dos plantas y poniendo así en marcha cambios sistémicos que no se detuvieron hasta que el maíz y las judías se convirtieron en los protagonistas principales de la agricultura intensiva. Poco después, el concepto de procesamiento de la información se convirtió en el centro de una discusión sobre el desarrollo de las jerarquías sociales y las sociedades complejas. Esta teorización se dirigió a la elaboración de un cuerpo de proposiciones derivadas de la Teoría General de Sistemas y concernientes al crecimiento desproporcionado. Estas proposiciones intentaban explicar los efectos de un aumento en la escala de evolución de nuevas instituciones de recogida de información y de toma de decisiones (Flannery, 1972; Rathje, 1975; Johnson, 1978, 1981). Aunque los arqueólogos raramente fueron capaces de aplicar la Teoría General de Sistemas en todo su rigor matemático, al menos proporcionaba un modelo para el estudio del cambio cultural que daba un nuevo significado a la recomendación de Binford de aplicar análisis sistémicos.

El desarrollo de una visión interna del cambio cultural fue acompañado por la datación radiocarbónica, inventada por Willard Libby a finales de los cuarenta y aplicada inmediatamente para datar material arqueológico (Libby, 1955). Esta nueva técnica redujo la necesidad que tenían los arqueólogos de confiar en la seriación y en las distribuciones de características de interrelación cultural para construir cronologías culturales. También fue posible datar por vez primera yacimientos de todo el mundo y ponerlos en relación, asignándoles fechas absolutas en vez de relativas a los yacimientos prehistóricos. Los arqueólogos fueron capaces de esta manera de estudiar el ritmo y las secuencias de cambio. La reinterpretación de Renfrew (1973a, 1979) de la prehistoria europea se basó casi por entero en dataciones radiocarbónicas calibradas, que utilizó para demostrar que los yacimientos neolíticos y de la Edad del Bronce del norte y del oeste del Egeo eran considerablemente más antiguos de lo que Montelius y Childe habían determinado a través de sus dataciones cruzadas.

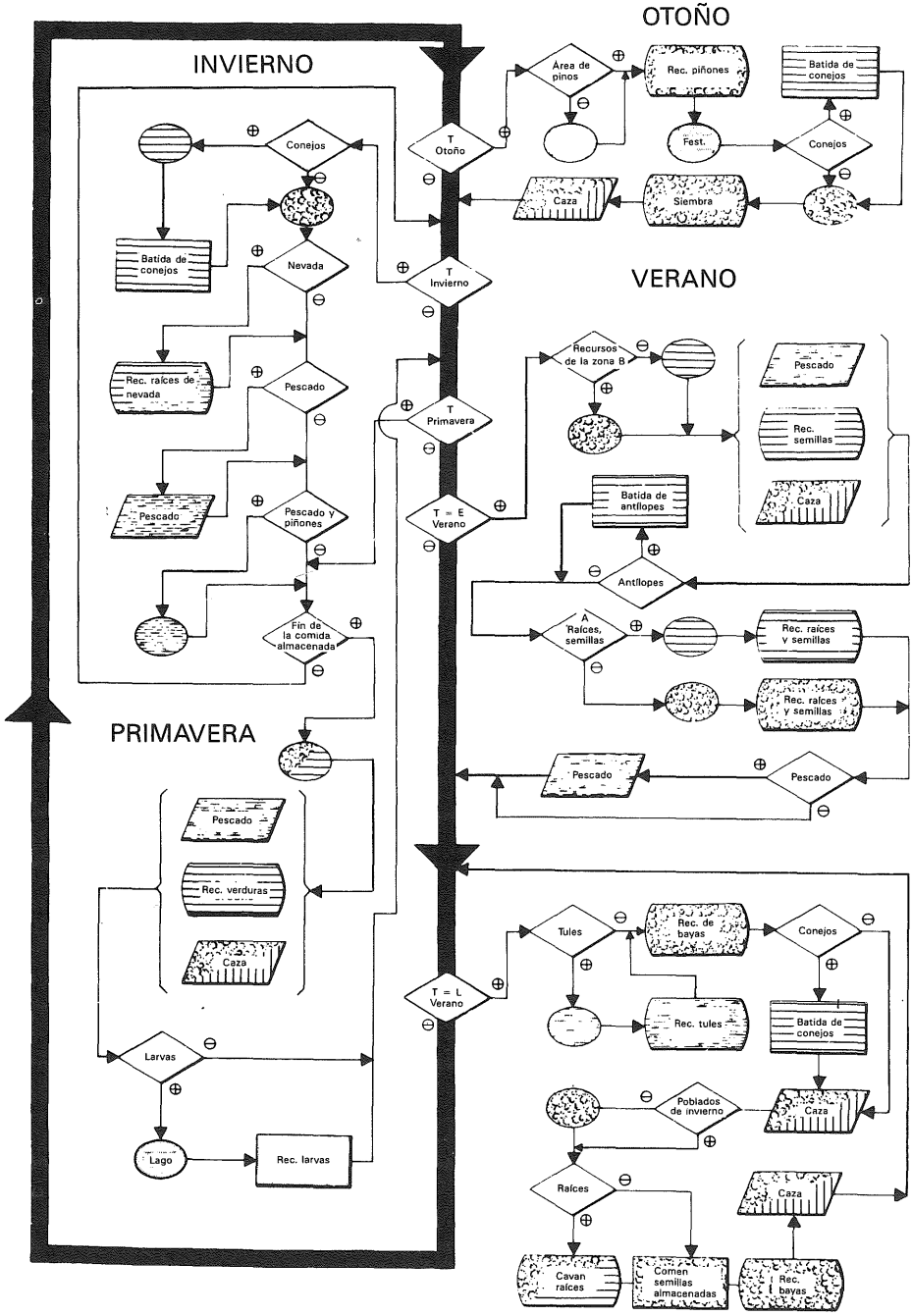
La datación radiocarbónica tuvo un efecto similar en el estudio de la prehistoria de Norteamérica. Allí, excepto en el suroeste, donde gracias a la dendrocronología se habían podido establecer desde la década de los veinte fechas absolutas de yacimientos posteriores a la era cristiana, las cronologías radiocarbónicas revelaron que las secuencias culturales se habían desarrollado durante largos períodos de tiempo y de manera mucho más lenta de lo que se había creído hasta entonces (cf. Ritchie, 1944, 1965). Al desacelerar el ritmo del cambio cultural en el este de los Estados Unidos y en el occidente de Europa, las dataciones radiocarbónicas facilitaron que los arqueólogos tuviesen en cuenta la posibilidad de que los cambios principales se hubieran producido más como resultado de cambios internos que como efecto de la difusión y de la migración, como hasta entonces se había sostenido.

Aunque los nuevos arqueólogos aceptaban que las causas principales del cambio cultural no iban a hallarse en los sistemas socioculturales ni iban a identificarse con la voluntad humana, no estaban de acuerdo con las causas específicas del cambio ni con el grado en que estos factores habían contribuido al modelaje del comportamiento humano. Las explicaciones ecológicas sobre el cambio continuaron siendo importantes, aunque las teorías unicausales, como las que atribuían los orígenes de la civilización a complejos sistemas de irrigación, se abandonaron gradualmente (Hunt, 1972). Los factores ecológicos se consideraron de nuevo más como un condicionante poderoso del comportamiento humano que como una explicación de las formas específicas que había tomado ese comportamiento. Al mismo tiempo se consideraron otros factores causales. La obra de Ester Boserup *The Conditions of Agricultural Growth* (1965) retomó el interés por las especulaciones que se hicieron en el siglo XVIII referentes a que el incremento gradual de la población podía ser una variante independiente muy importante en el desencadenamiento del cambio cultural. Aunque su teoría había sido ideada para explicar el desarrollo de fomas de agricultura más intensivas, los arqueólogos la aplicaron para explicar los orígenes de la agri-

cultura (P. Smith, 1976) y de la civilización (Young, 1972) y, finalmente, la totalidad del cambio cultural (M. Cohen, 1977). Aunque significó un estímulo importante para los estudios paleodemográficos, los resultados rara vez eran suficientemente detallados o globales para permitir que la teoría quedase sustancialmente probada. Al cabo de un tiempo los arqueólogos empezaron a poner de relieve los factores culturales y biológicos que influyen en el ritmo de crecimiento de la población, y los factores demográficos han dejado ya de considerarse causas independientes de cambio (Cowgill, 1975; Binford y Chasko, 1976).

Robert Dunnell y algunos de sus alumnos optaron por una clase diferente de enfoque sistémico, que utiliza la teoría evolucionista biológica («científica») para explicar la variabilidad cultural y biológica (Dunnell, 1980a; Wenke, 1981; Rindos, 1984). Argumentan que el tradicional evolucionismo cultural no ha conseguido internacionalizar principios clave del evolucionismo científico como la variación aleatoria y la selección natural. A pesar de admitir que los mecanismos de transmisión de características son más variados y la estabilidad de las unidades sobre las que opera la selección es menor en los fenómenos culturales que en los biológicos (temas que Kroeber [1952] y otros antropólogos discutieron hace tiempo), mantienen que un enfoque basado en los principios generales del evolucionismo científico puede ofrecer explicaciones del comportamiento humano superiores a las producidas por los enfoques evolucionistas culturales. Esto con frecuencia implica la reformulación radical de cuestiones tradicionales. Por ejemplo, David Rindos (1984, p. 143) ha definido la domesticación como una relación mutua que adquiere grados variados entre las diferentes especies. No considera que la adaptación de plantas y animales a las necesidades humanas sea de naturaleza diferente a la adaptación de los seres humanos a las necesidades de las plantas y de los animales. Este enfoque lleva al extremo la negación de que la intencionalidad o la consciencia jueguen un papel significativo en la formación del comportamiento humano.

Aunque la teoría de sistemas inspiró algunas explicaciones altamente específicas sobre el cambio cultural, al igual que las hipótesis de Flannery acerca del desarrollo de la domesticación de plantas en Mesoamérica, a largo plazo alentó a los arqueólogos a observar las complejas ramificaciones de los procesos culturales. Esto estimuló la identificación de los numerosos factores intervinculantes que desencadenan el cambio cultural y llevó a algunos arqueólogos a reconocer que incluso las variantes clave podían haber desempeñado un papel menos importante en la formación de los sistemas culturales de lo que hasta entonces se había creído. Esto, a su vez, ha conducido a muchos arqueólogos a adoptar un enfoque más inductivo para explicar la causalidad. También se reconocía que debido a la complejidad de los sistemas culturales los mismos factores podrían haber tenido diferentes efectos o varios de ellos el mismo efecto, dependiendo de circunstancias individuales. Flannery (1972) sugirió que las explicaciones del desarrollo cultural deberían concentrarse menos en las condi-



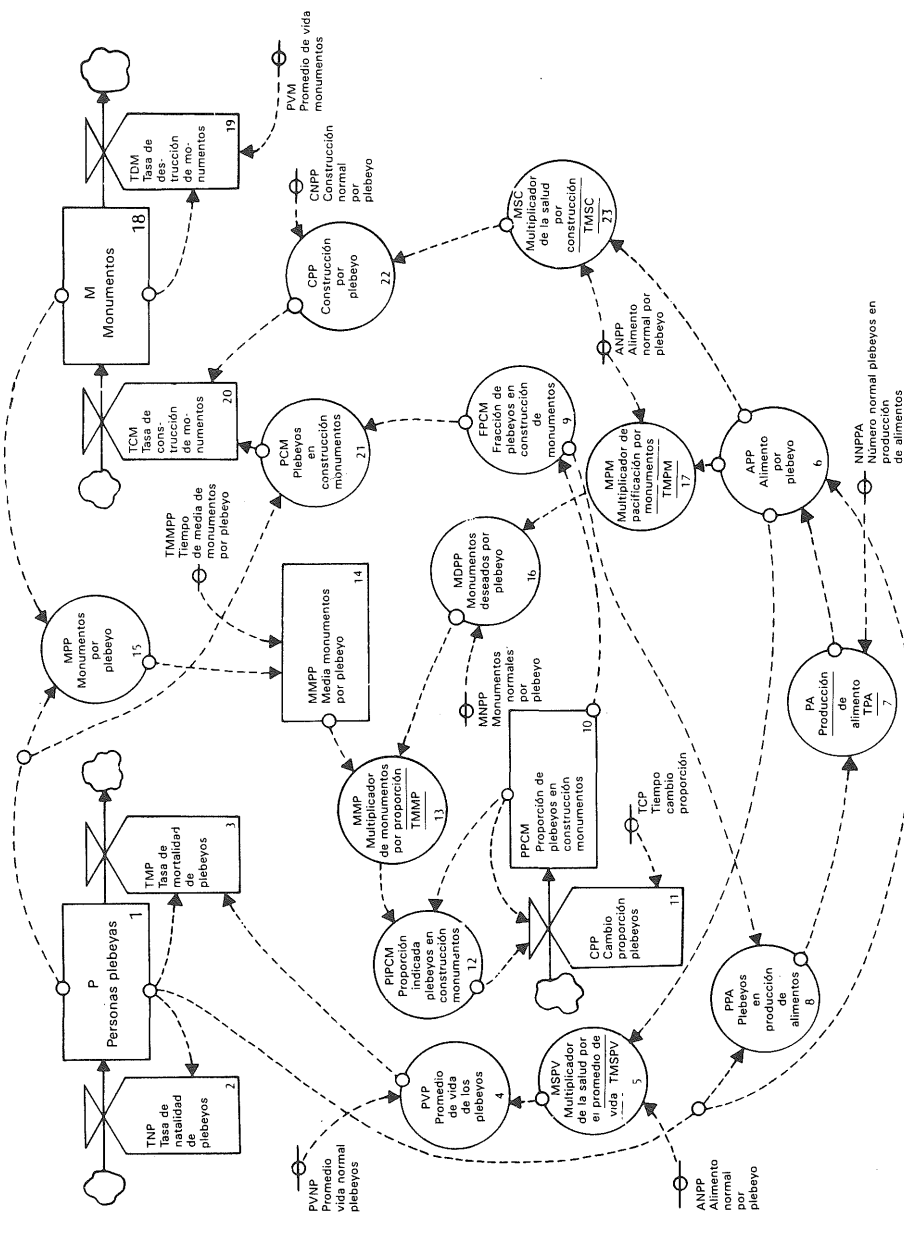
43. Esquema del sistema de flujo del ciclo de subsistencia de los indios shoshones, por D. H. Thomas, 1972.

ciones que desencadenan el cambio cultural que en los tipos de cambios sistémicos que pueden observarse en el registro arqueológico. Ofrecía, como ejemplos de mecanismos evolucionistas, la «promoción» y la «linearización». La promoción implicaba instituciones establecidas que surgían a partir del desarrollo de una jerarquía de control y asumían nuevos papeles de mucho más alcance. La linearización ocurría cuando los controles de alto nivel rompían con el pasado y eliminaban los tradicionales de bajo nivel después que estos últimos no hubiesen conseguido funcionar de una manera mucho más compleja.

El enfoque de Flannery fue extremadamente valioso para conseguir un conocimiento del cambio desde un punto de vista socioestructural. También dirigió su atención hacia un tipo de condicionamiento del comportamiento humano que era diferente —y parecía que independiente— de los condicionantes ecológicos que los arqueólogos norteamericanos habían estado considerando hasta entonces. Si los sistemas políticos y sociales sólo podían asumir un número limitado de formas generales (un punto que Childe ya había tocado en *Social Evolution*), estas formas restringían la posibilidad de variación en el comportamiento humano y las rutas que podía seguir el cambio cultural. Con todo, esas limitaciones no explican por qué los cambios ocurrían por vez primera. En términos de factores causales, un enfoque de sistemas sirve más para describir que para explicar el cambio.

Muchos arqueólogos han llegado a la conclusión de que, como el enfoque de sistemas hace muchas menos presuposiciones sobre la causalidad y es más inductivo, es conceptualmente superior a las teorías que presuponen por qué tiene lugar el cambio. Estos arqueólogos han sido acusados de utilizar la teoría de sistemas de una manera boasiana para tratar la cuestión de la causalidad (Leone, 1975). Sanders, Parsons y Santley (1979, p. 360) no han conseguido demostrar que en el fondo sólo cuatro o cinco variables ecológicas pueden explicar el 80 por 100 de la variación del registro arqueológico.

Los arqueólogos pronto empezaron a hallarse más bien lejos que cerca de un consenso sobre los factores que gobiernan el cambio sociocultural. Como trabajaban dentro de una tradición neoevolucionista, los arqueólogos procesuales hicieron todo lo posible por demostrar que el número de variables que jugaban un papel destacado en la formación de los sistemas socioculturales era limitado. Con todo, la regularidad en estos sistemas resultó ser menor de la que había predicho la teoría neoevolucionista. También fue mucho más difícil de lo que sugería la teoría neoevolucionista inferir un aspecto de los sistemas socioculturales a partir de las características conocidas de otro sector, especialmente cuando se trataba de extraer rasgos de la organización social y de la ideología a partir del conocimiento de la economía. Stuart Struever (1968) argumentó, por ejemplo, que los medios por los cuales la población extrae su sustento del medio ambiente desempeña un papel importante en la formación del entero sistema cultural, de manera que pueden predecirse la naturaleza de los modelos de asentamiento y, por tanto, explicarse en términos de tecnología y de

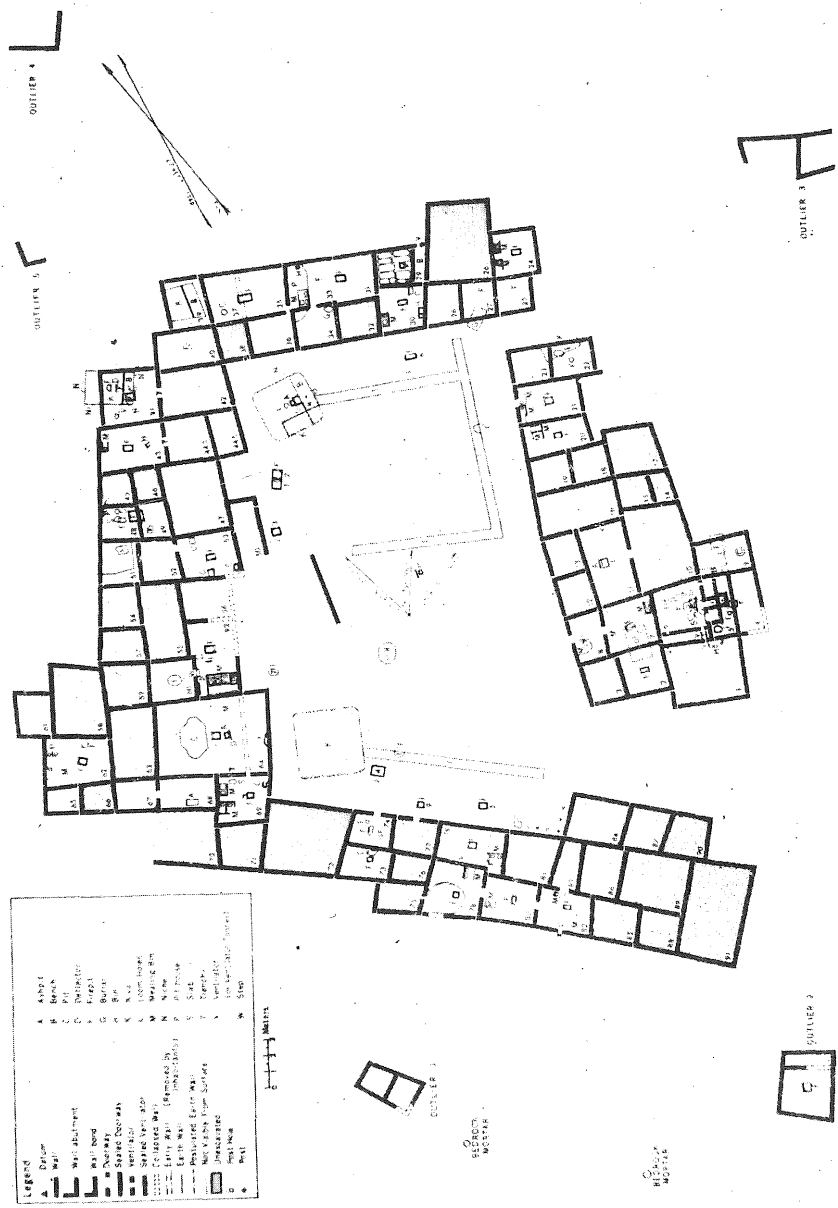


44. Diagrama de flujo y supuesta repartición de alimento/monumento en la civilización maya clásica.

medio ambiente. Consideraba los modelos de asentamiento como un «corolario esencial de la subsistencia» e interpretaba «las variaciones entre las culturas [como] respuestas a diferentes requerimientos adaptativos de ambientes específicos» (pp. 133-135). Por tanto, creía que los modelos arqueológicos de asentamiento servían para confirmar esa relación. Pero el conocimiento creciente de los modelos de asentamiento ha indicado que la predicción no es tan simple y que existen otros factores significativos aparte de la tecnología y el medio ambiente que operan en su desarrollo (Trigger, 1968b; Clarke, 1977). Bajo estas circunstancias, un enfoque inductivo de sistemas ofrecía a un número creciente de arqueólogos una metodología que parecía mucho más productiva para adentrarse en las causas de la variación que las estrechas explicaciones deterministas sugeridas por los neoevolucionistas. Estos arqueólogos implícita o explícitamente rechazaban el enfoque rígidamente deductivo por el que originalmente abogaba la Nueva Arqueología.

La Nueva Arqueología, al poner de manifiesto los prejuicios inconscientes que habían gobernado la investigación arqueológica tradicional y la poca adecuación de estos enfoques para comprender las culturas prehistóricas como sistemas, promovió un enfoque mucho más sofisticado y productivo. Anteriormente al desarrollo de la arqueología centrada en el estudio de los asentamientos, las excavaciones en los centros urbanos se habían concentrado en depósitos ceremoniales y palacios, ignorando generalmente cómo vivía la gente común. Era frecuente que las investigaciones regionales prestasen poca atención a la estacionalidad de los yacimientos de cazadores-recolectores e ignorasen los yacimientos de bajo nivel, como las cabañas de campesinos, en las sociedades jerárquicas. Los estudios de los asentamientos, como la investigación sistemática de Gordon Willey de las cabañas de agricultores en el valle de Belice (Willey *et al.*, 1965), habían ya empezado a corregir esos prejuicios. Los nuevos arqueólogos reclamaban el uso de estrategias de muestreo que guiasen tanto las prospecciones como las excavaciones y ahorrasen tiempo y trabajo. Subyacente a este deseo, se hallaba su creencia en que una pequeña parte del sistema podía ser representativa del todo, ya que los sistemas culturales se caracterizaban por unas fuertes regularidades. Pero no era un yacimiento entero lo que se creía representativo de un todo, sino únicamente una porción del yacimiento.

Había varias formas de muestreo de las que se servían los arqueólogos para recuperar una selección representativa del material hallado en yacimientos heterogéneos. La recogida aleatoria de muestras ha venido siendo considerada una estrategia al inicio de la excavación que debe complementarse en los últimos estadios de investigación con una selección creciente de las áreas que deberían ser excavadas (Redman, 1986). Los estudios de las primeras civilizaciones basados sobre prospecciones regionales totales han permitido conseguir datos para simular exámenes de la representatividad de las varias estrategias de muestreo. La prospección que Sanders, Parsons, y Santley (1979, pp. 491-532) llevaron a cabo en el valle de México reveló una marcada diversidad en los modelos loca-



45. Muestreo en Broken K Pueblo, J. N. Hill, 1968.

les de desarrollo y también la necesidad de estudiar la región entera para poder comprender qué ocurría en cada una de sus partes. Por ejemplo, el incremento masivo de la población y el crecimiento urbanístico del valle de Teotihuacan a principios de la era cristiana sólo puede ser entendido si se conoce que en otras zonas del valle de México la tendencia era la contraria. Robert McC. Adams (1981) ha mostrado una diversidad local similar en sus estudios sobre los modelos de asentamiento mesopotámicos. Estos hallazgos han puesto en tela de juicio la creencia de que los hallazgos de un área sean representativos de una región entera. Hoy día se piensa que las muestras que se requieren han de ser mucho más grandes que las que entonces se creían suficientes para ser representativas de una globalidad y que el estudio de los cambios ocurridos durante largos períodos necesita algo que se aproxime mucho a una muestra total. Estos cambios en el enfoque del muestreo se correlacionan con la toma de conciencia de que las regularidades en los sistemas culturales fueron sobreestimadas durante los estadios iniciales de la Nueva Arqueología.

El antihistoricismo

Los críticos han afirmado que la Nueva Arqueología representó una revolución más en las esferas metodológicas y técnicas que en la teoría arqueológica (Meltzer, 1979). Con todo, la postura que adoptó Binford contra el enfoque histórico-cultural, todavía influyente en los Estados Unidos, fue una ruptura con el pasado a nivel de alta teoría y no a nivel metodológico. Las cuestiones que aún están por responder son la razón por la que este enfoque se presentaba tan atractivo para una generación naciente de arqueólogos norteamericanos y cómo, aparte de las cualidades carismáticas indiscutibles de Binford, fue capaz este investigador de popularizar tan rápidamente unos puntos de vista que hasta entonces sólo habían conseguido difundirse lentamente entre la arqueología americana.

Thomas Patterson (1986a) ha argumentado que la mayoría de los que se adhirieron a la Nueva Arqueología fueron reclutados en la clase media, cada vez más poderosa y con una orientación nacionalista, que tenía su base en la zona central y occidental de los Estados Unidos, sin tener nada que ver con la elite de la costa este, que había dominado la vida económica e intelectual norteamericana durante los primeros años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. En el nivel más básico, la orientación nomotética de la Nueva Arqueología se conjugaba con la tendencia de esos norteamericanos por valorar lo que era útil tecnológicamente al mismo tiempo que sospechaban de la ciencia pura por sus connotaciones elitistas, así como por su indiferencia por las creencias religiosas convencionales. El desprecio por todo aquello que no fuese práctico también se manifestaba en el poco respeto que se ha tenido en América por los estudios históricos (Bronowski, 1971, p. 195), una opinión compendiada en la

frase del industrial Henry Ford: «La Historia es ... un absurdo» (Lowenthal, 1985, p. 244). El poco valor otorgado a la historia reflejaría después la «mentalidad de presente» de la sociedad norteamericana, que se veía a sí misma románticamente sacudiéndose el yugo del pasado para alcanzar su prosperidad, representado aquél por el origen, la clase y la tradición, creando una nueva sociedad racionalmente designada para servir los intereses del individuo emprendedor (Kroker, 1984, p. 8). Aunque la prehistoria era una rama de la antropología, el enfoque histórico-cultural redujo su prestigio y provocó que se la considerase entre el público y entre los demás antropólogos como una ocupación diletante.

La Nueva Arqueología siguió la estela de las demás ciencias sociales en general, como la economía, las ciencias políticas, la sociología y la etnología, reclamando la capacidad para poder producir generalizaciones objetivas y éticamente neutrales que fuesen útiles para el desenvolvimiento de las sociedades modernas. Este deseo de conformar un modelo más prestigioso de comportamiento académico se reforzó cuando la National Science Foundation se convirtió en la mayor fuente de financiación para las investigaciones arqueológicas. Se argumentaba que la arqueología, estudiando la naturaleza de las interacciones a largo plazo que se producen entre los grupos humanos y el medio ambiente, podía proporcionar una información muy útil a la moderna planificación económica (Fritz, 1973), visión compartida por algunos arqueólogos que rechazaban la filosofía general y la metodología de la Nueva Arqueología (Dymond, 1974). El estudio de los sistemas de irrigación prehistóricos en Arizona reveló problemas insospechados asociados con los que hoy día se presentan en el área y muchos investigadores se dirigieron a los yacimientos arqueológicos estratificados de California para proveerse de información sobre los principales terremotos y poder decidir la instalación en las inmediaciones de generadores de energía atómica (F. Plog, 1982). Estas sugerencias son reminiscencias de las aplicaciones prácticas que se dieron en la Unión Soviética en los años treinta y posteriormente en Childe (Childe, 1944b) para justificar ante la opinión pública la investigación arqueológica y ganarse su apoyo. En *The Archaeology of Arizona*, Paul Martin y Fred Plog (1973, pp. 364-368) afirmaron que las ideas generales sobre el estrés humano derivadas de los estudios ecológicos de la Arizona prehistórica podían ayudar a explicar el comportamiento de los grupos negros e hispánicos marginados que viven en los ghettos de las modernas ciudades americanas.

Este énfasis en las posibles aplicaciones prácticas de sus investigaciones estimuló a los científicos sociales a abandonar los intentos holísticos de acercamiento al comportamiento humano, y por el contrario les llevó a buscar soluciones a problemas concebidos en términos técnicos limitados (Wolf, 1982, p. IX). Este tipo de investigación se procuró unas credenciales científicas gracias a las demandas positivistas de neutralidad ética. Para producir hallazgos «relevantes» que justificasen un lugar honorable para la arqueología en una socie-

dad en la que «la eficiencia tecnocrática se considera el valor supremo» (Kolakowski, 1976, p. 229), muchos arqueólogos norteamericanos se encontraron a sí mismos teniendo que abandonar el conocimiento histórico del pasado para producir generalizaciones sobre el comportamiento humano que fuesen el sello de unos científicos sociales brillantes. Es dentro de este contexto que se debe entender la afirmación de Binford (1967b, p. 235) de que la interpretación histórica no es apta para desempeñar otro papel que no sea «la educación general del público». No era el primer arqueólogo que alentó la idea de que tales generalizaciones tenían que ser consideradas el logro supremo de la arqueología. Kidder (1935, p. 14) ha argumentado que el objetivo último de la investigación arqueológica debería ser establecer generalizaciones sobre el comportamiento humano, mientras que Taylor (1948, p. 151) y Willey y Phillips (1958, pp. 5-6) las contemplaba como un foco antropológico común para la investigación arqueológica y etnológica.

El prejuicio antihistórico de la Nueva Arqueología también puede ser enfocado como un reflejo ideológico del creciente intervencionismo político y económico a escala global por parte de los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. El énfasis en las generalizaciones nomotéticas se acompañaba por la implicación obvia de que el estudio de cualquier tradición nacional como un fin en sí mismo revestía una importancia trivial. Richard Ford (1973) cuestionó la legitimidad de la «arqueología política» y de cualquier correlación entre arqueología y nacionalismo, pidiendo a los arqueólogos que en lugar de ello ampliasen sus miras hacia un «humanismo universal». Al negar la importancia de esos estudios, la Nueva Arqueología sugería que las tradiciones nacionales en sí mismas y todo aquello que fuese un obstáculo en el camino de la influencia política y de la actividad económica norteamericana era de poco interés. Los efectos corrosivos de argumentos similares en otros campos referentes a las tradiciones nacionales de los vecinos países occidentales en aquel período han sido bien descritos por G. Grant (1965). En particular, se ha documentado cómo la promoción norteamericana de artistas abstractos expresionistas surgidos tras la Segunda Guerra Mundial, que se impusieron internacionalmente, provocó la desintegración o trivialización de muchas tradiciones pictóricas regionales o nacionales. También está documentado que la promoción de ese estilo artístico fue deliberadamente financiada por los gobiernos de los Estados Unidos, así como por fundaciones privadas (Lord, 1974, pp. 198-215; Fuller, 1980, pp. 114-115). Aunque los «nuevos arqueólogos» no fueron con toda seguridad agentes conscientes de la promoción de la hegemonía económica y política de los Estados Unidos, su programa parece estar de acuerdo con esta política.

El impacto más sorprendente de este punto de vista antihistórico se produjo en relación a la prehistoria nativa norteamericana. Haciendo de la explicación de los cambios internos el centro de su interpretación de los datos arqueológicos, la Nueva Arqueología destacó, muy por encima de como lo había hecho el difusionismo, la creatividad de los nativos norteamericanos y por primera

vez situó a los pueblos nativos al mismo nivel que los europeos y otros grupos étnicos. Sólo los arqueólogos aficionados, como Barry Fell (1976, 1982), R. A. Jairazbhoy (1974, 1976) e Irvan van Sertima (1977), han continuado subvalorando a los pueblos nativos, atribuyendo a pueblos procedentes del Viejo Mundo las características principales de su cultura. La Nueva Arqueología, implícitamente, acabó con un siglo de interpretaciones condescendientes y a veces abiertamente racistas de la prehistoria indígena realizadas por los arqueólogos blancos. Con todo, desde el principio, los arqueólogos procesuales ignoraron el significado de este logro, como resultado de su insistencia en que las generalizaciones eran el objetivo principal de la disciplina y del estudio de las adaptaciones ecológicas a expensas de las tradiciones artísticas y las creencias religiosas históricamente específicas.

Para llevar esto a cabo, la Nueva Arqueología utilizaba datos concernientes al patrimonio de los nativos norteamericanos para formular generalizaciones que se decían aplicables al conocimiento de la sociedad euroamericana. Esta tendencia a usar datos de la prehistoria de los nativos norteamericanos como base para la generalización sobre el comportamiento humano sugería que gran parte de las ideas sobre la significación de los pueblos nativos norteamericanos no habían cambiado para los arqueólogos. A pesar de algunos casos de apoyo a los indios en sus reclamaciones territoriales, la mayoría de arqueólogos procesuales permanecieron alienados espiritualmente con respecto a los nativos norteamericanos de la misma manera que sus predecesores del siglo XIX. Esta alienación ha resultado ser muy costosa para los intereses de los arqueólogos en un período en que la población nativa de Norteamérica está creciendo rápidamente y está tomando conciencia de la necesidad de controlar su propio destino social, económico y político. Los esfuerzos de los pueblos nativos por prohibir o regular el acceso a los yacimientos prehistóricos han provocado un gran número de confrontaciones legales entre los arqueólogos y los pueblos nativos (Meighan, 1984). Aunque algunos grupos nativos, como los pueblo de Zuñi, han financiado sus propios programas de investigación arqueológica en un esfuerzo por conseguir una visión mucho más detallada y precisa de su historia (E. Adams, 1984; Ferguson, 1984), la mayoría de los pueblos nativos han acusado las actitudes negativas hacia ellos reflejadas tradicionalmente en la interpretación de los datos arqueológicos, centradas más concretamente en el rechazo de los arqueólogos por estudiar el pasado como el registro de la historia y de la cultura de los nativos americanos.

Los arqueólogos británicos que recibieron la influencia de la Nueva Arqueología no adoptaron las actitudes antihistóricas de sus colegas norteamericanos. David Clarke, un pensador altamente original que estaba más profundamente influido por el enfoque sistémico de la Nueva Geografía que por Binford, fue correctamente crítico con la forma intuitiva en que muchos arqueólogos británicos intentaban producir «narraciones históricas» antes de analizar los datos arqueológicos de una manera rigurosa y poder extraer de ellos toda la informa-

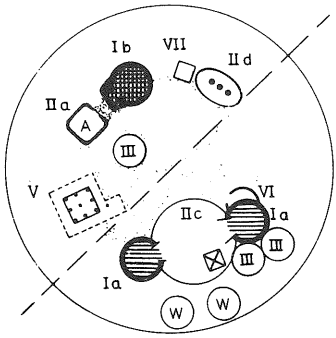
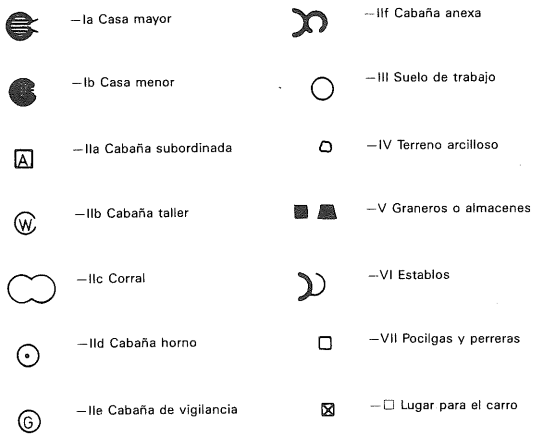


Fig. 21. 1. La unidad modular, bloque arquitectónico-social de edificación cuyo múltiplo es un yacimiento. Los análisis de las relaciones espaciales en vertical y horizontal, de atributos estructurales y de distribuciones de artefactos definen el amplio espectro de estructuras (I-VII) reproducidas repetidamente en el yacimiento. Cada réplica de la unidad resulta ser una transformación particular de un grupo de relaciones estandarizadas entre cada categoría estructural y todas las otras categorías. La división básica entre el par de casas mayores (Ia) y sus satélites, y la casa menor (Ib) y sus subordinadas pueden ser identificada provisionalmente con una división entre un área de actividad mayor, familiar y plurifacética, por un lado, y otra área menor principalmente femenina y doméstica (véase fig. 21.6).

Abajo: Los iconos usados para identificar las estructuras de los modelos esquemáticos del yacimiento, figs. 21.2-21.5.



46. Unidad modular de casa en el yacimiento de la Edad del Hierro de Glastonbury, identificado por D. L. Clarke, 1972.

ción posible sobre el comportamiento. A pesar de todo, no condenó el análisis histórico de los datos arqueológicos. Después de la publicación de su obra *Analytical Archaeology* (1968), pionera en la aplicación de un gran número de métodos cuantitativos de otras ciencias sociales y biológicas a los problemas de clasificación arqueológica y de explicación del cambio cultural, Clarke retornó al estudio de la prehistoria europea. Sus últimos artículos sobre el tema se caracterizan por la preocupación acerca de la base ecológica del desarrollo cultural, por la atención al medio social en que tienen lugar las transacciones económicas y por un equilibrado interés por el desarrollo de las redes de interacción local y regional. En «The economic context of trade and industry in barbarian Europe till Roman times» (Clarke, 1979, pp. 263-331), que escribió para *The Cambridge Economic History*, intentó resumir los datos arqueológicos relevantes a la luz de las teorías de Karl Polanyi sobre el contexto social de las economías primitivas. Este artículo ha sido descrito como un «gran avance sobre trabajos previos en la discusión de las funciones sociales de los tipos artefactuales y la inferencia de sistemas de circulación, de los que aquéllos son sus restos fosilizados» (Sherratt, 1979, p. 197). Sus estudios más detallados se dirigieron a temas centrales de la prehistoria europea, como la reinterpretación de la organización social y de la economía del yacimiento de finales de la Edad del Bronce de Glastonbury (Clarke, 1972b) y la prospección de las economías mesolíticas de Europa, contemplando los datos ecológicos, etnográficos, económicos y demográficos, así como arqueológicos, para contrarrestar las tradicionales interpretaciones orientadas por los estudios faunísticos (Clarke, 1979, pp. 206-262). Colin Renfrew (1979) ha dedicado igualmente su carrera a estudiar la prehistoria europea. Además de llevar a cabo una gran revisión de la cronología del continente, ha utilizado técnicas introducidas por la Nueva Arqueología para tratar problemas de comercio, desarrollo político y cambios de la organización social en los tiempos prehistóricos.

Aunque los arqueólogos norteamericanos, sean de la escuela tradicional o de la Nueva Arqueología, han tendido a equiparar la historia con el estudio de la cronología y de los acontecimientos idiosincrásicos, Clarke y Renfrew, formados en una tradición europea que considera la prehistoria como una extensión del interés histórico por unos períodos en los que no se dispone de registros escritos, estaban familiarizados con la historiografía y, por tanto, reconocían la naturaleza poco realista de la dicotomía que los antropólogos norteamericanos (y también en un primer momento los antropólogos sociales británicos) establecían entre historia y ciencia. El historiador británico E. H. Carr (1967, p. 117) observó que «Cada argumento histórico gira en torno a la cuestión de la prioridad de las causas». La afirmación del arqueólogo norteamericano A. C. Spaulding (1968) de que la distinción fundamental entre ciencia e historia es la absoluta dependencia de esta última de las explicaciones con sentido común, cometió una gran injusticia con el trabajo de muchos historiadores del siglo XX en cuyos escritos las interpretaciones de carácter impresionista se han

visto sustituidas por otras basadas en cuerpos sólidos de teoría de las ciencias sociales. Aunque la importancia del papel desempeñado por la casualidad en los acontecimientos históricos es un tema en debate, los historiadores están de acuerdo en que el comportamiento individual no es aleatorio y debe contemplarse en relación a una matriz social y cultural que debe ser explicada, si no predicha, por reglas generales (Carr, 1967, pp. 113-143). Clarke, en particular, se mostraba muy favorable a intentar la explicación de situaciones históricas complejas más allá del positivismo lógico-deductivo de Hempel promulgado por Binford, enfoque que ya se consideraba anticuado entre muchos filósofos. También mantenía la necesidad de comparar explicaciones alternativas y que «la especulación es esencial y productiva si obedece a los mandatos cardinales que debe predecir y que esas predicciones deben ser susceptibles de ser probadas en último término» (Clarke, 1979, p. 259). Los primeros trabajos de Clarke y Renfrew han proporcionado una sólida evidencia, como muchas de las contribuciones recientes de otros arqueólogos de Europa occidental (Renfrew y Shennan, 1982), de que la interpretación histórica y la generalización evolucionista no son enfoques antitéticos, sino que por el contrario pueden darse en arqueología simultáneamente y con provecho mutuo.

La arqueología cataclísmica

A partir de la década de 1970, el paradigma evolucionista-cultural que guiaba las interpretaciones de alto nivel de la Nueva Arqueología, sufrió un cambio fundamental. Desde finales de la década de los cincuenta el optimismo y la seguridad de las clases medias en los Estados Unidos habían sufrido una seria erosión debido a una sucesión de crisis económicas profundas y casi crónicas, exacerbadas por los fallos repetidos de la política exterior, especialmente en Vietnam. Estos acontecimientos produjeron una marcada decadencia de la fe en los beneficios derivados del desarrollo tecnológico. A su vez, esto generalizó los movimientos de protesta entre las clases medias. Aunque estos movimientos han evitado en gran manera poner de manifiesto los cruciales problemas económicos y políticos de la sociedad norteamericana, lo que sí han hecho ha sido alterar los valores de la sociedad e influir en las ciencias sociales.

El movimiento más antiguo de todos estos es el ecológico, que considera que el desarrollo tecnológico desenfrenado envenena y destruye gradualmente el ecosistema mundial. Sus inicios se vieron marcados por la publicación de la obra de Rachel Carson *Silent Spring* (1962). Este movimiento ha producido una toma de conciencia del peligro inmediato para la salud pública que representan multitud de procesos tecnológicos y de las consecuencias catastróficas que a largo plazo pueden resultar de la polución del medio ambiente. El segundo movimiento, que promueve una sociedad más consciente, destaca que ciertos recursos naturales que son esenciales para procesos industriales, no son in-

finitos en la naturaleza; por tanto, el mundo está alcanzando rápidamente el punto en que no será ya posible continuar con la expansión industrial. Se predice que el agotamiento de recursos claves provocará una bajada en el nivel de vida o incluso el fin de la civilización. Hasta ahora se ha dado por supuesto que se hallarán nuevas materias primas o fuentes de energía antes de que se agoten las actuales. La obra de Paul Ehrlich *The Population Bomb* (1968) dirigía su atención hacia otra causa de ansiedad. Argumentaba que si no se controlaba el crecimiento de la población, el resultado podía ser desastroso en un futuro próximo. Como resultado de estos movimientos, los científicos sociales y el público en general se hicieron cada vez más escépticos sobre los beneficios del progreso tecnológico. A medida que aumentaba la inseguridad económica, ellos, como las clases medias europeas de finales del siglo XIX, empezaron a considerar la evolución cultural como una fuente de peligros y quizás, en último término, del desastre. Se condenó incluso el cambio cultural rápido por producir «futuros shocks» disfuncionales (Toffler, 1970).

Estas actitudes cambiantes pusieron las bases de una reorientación conceptual de la arqueología tan profunda como la de finales del siglo anterior, desde el evolucionismo unilineal al paradigma histórico-cultural. El nuevo paradigma marcó un nuevo alejamiento de la optimista visión del cambio formulada durante la Ilustración e intensificada por el rechazo neoevolucionista a la creencia de que la innovación tecnológica era el resultado de un proceso de automejora racional y la fuerza conductora del cambio cultural. Dos desarrollos específicos en la economía y en la antropología social servirían como catalizadores.

Boserup (1965) había afirmado que aunque la agricultura intensiva procuraba más alimento por unidad de tierra, también requería más trabajo por cada unidad de alimento producida. Por tanto, los grupos sólo habrían podido adoptar este sistema frente a un incremento lento, gradual e inevitable de la densidad de la población. Su tesis se interpretó como la evidencia de que los desarrollos que las generaciones previas de arqueólogos habían considerado representativos de la capacidad humana para solucionar positivamente sus problemas y hacer su vida mucho más fácil y gratificante, no eran más que las respuestas a unas fuerzas que escapaban al control humano. A lo largo de la historia, estas fuerzas habían obligado a los pueblos a trabajar más, a sufrir una explotación creciente y a degradar su medio ambiente.

La demostración de Richard Lee e Irven DeVore (1968) de que las economías cazadoras-recolectoras podían sostener una densidad de población baja con menos esfuerzo del que se requería para las formas más elementales de producción de alimentos no sólo se interpretó como un apoyo a la postura de Boserup, sino que también llevó a los arqueólogos a adoptar unas nuevas interpretaciones sobre los cazadores-recolectores prehistóricos. En vez de considerar que vivían en el límite de la miseria, ahora se les retrataba como grupos ociosos que disponían de mucho tiempo libre para dedicarlo a las prácticas religiosas o a actividades intelectuales. Incluso algunos arqueólogos relativamente con-

servadores empezaron a idealizar las culturas prehistóricas más igualitarias como ejemplos de «sociedades conservadoras» que eran un modelo de cómo teníamos que comportarnos con el medio ambiente (Cunliffe, 1974, p. 27). Algunos arqueólogos pusieron en duda la evidencia de la que se derivaban estas formulaciones y su aplicabilidad general (Bronson, 1972; Cowgill, 1975; Harris, 1979, pp. 87-88). Con todo, la rapidez y facilidad relativa en que estos estudios empezaron a influir en la interpretación de los datos arqueológicos, ante la ausencia de medidas adecuadas para calcular la población prehistórica y los cambios relativos en las poblaciones, sugieren su grado de concordancia con el espíritu de la época.

Los arqueólogos también empezaron a expresar reservas sobre las teorías neoevolucionistas convencionales, que analizaban el cambio como si ocurriese según trayectorias lentas y graduales de la clase que Braidwood y MacNeish habían documentado en sus estudios sobre los orígenes de la agricultura en el Próximo Oriente y Mesoamérica. Robert McC. Adams (1974, pp. 248-249) observó que en las primeras civilizaciones existían rupturas abruptas, separadas a veces por largos períodos en los que tenían lugar muy pocos cambios. Poco después Renfrew (1978) intentaba usar la teoría catastrofista, inventada por el matemático francés René Thom, para explicar los cambios en el registro arqueológico. La teoría de las catástrofes trata la cuestión de cómo un conjunto de variables fluctuantes pueden producir efectos discontinuos como resultado de una conjunción particular de estados internos (Saunders, 1980). Aunque aún está por demostrar si es rigurosa la aplicación de las matemáticas de Thom, que por otra parte sólo puede tratar cuatro variables a la vez, a la explicación del comportamiento social, el concepto atrajo la atención de un número considerable de arqueólogos norteamericanos y británicos (Renfrew y Cooke, 1979). A pesar de que Thom y Renfrew estaban ambos interesados en las «catástrofes» que producían estados más complejos o más simples, la rápida aceptación de la teoría catastrofista como algo análogo a los procesos sociales, reflejaba los extendidos temores de que las sociedades occidentales pudieran estar precipitándose hacia una catástrofe en el sentido convencional y matemático. Finalmente, los arqueólogos han intentado dotar al concepto de cambio cultural discontinuo de un prestigio científico adicional al ponerlo en paralelo con el del equilibrio interrumpido promovido por algunos biólogos evolucionistas (S. Gould, 1980; Eldredge, 1982). Estos enfoques sobre el cambio cultural han hecho que los arqueólogos tomen más conciencia sobre la necesidad de distinguir entre varios ritmos de cambio en el registro arqueológico, a veces en períodos de tiempo relativamente cortos. También se reconoce que existen vacíos en el registro arqueológico, que en el pasado se habrían llenado simplemente proyectando hacia atrás o hacia adelante en el tiempo las culturas conocidas o elaborando hipótesis sobre formas intermedias por descubrir. Esto ha inducido a los arqueólogos a adquirir un mayor control sobre las cronologías culturales. También ha reforzado la creencia de que las culturas son más frágiles y el cambio cul-

tural más cargado de peligros de lo que los arqueólogos habían creído hasta ahora.

Estas ideas nuevas sobre la naturaleza del cambio cultural han provocado una versión pesimista e incluso trágica de la evolución cultural que interpreta que los factores demográficos, económicos y ecológicos condicionan el cambio de manera poco deseable para la mayoría de los seres humanos, factores que éstos son incapaces de controlar. Este materialismo escatológico implica que el futuro siempre puede ser peor que el presente y que la humanidad, desde que salió del primitivo Edén, lleno de felices cazadores-recolectores, va camino de un infierno de aniquilación termonuclear. Hemos observado ya que el neoevolucionismo difería del evolucionismo del siglo XIX en su rechazo de la creencia de que el cambio cultural ocurría como resultado de una acción racional y deseada por parte de los seres humanos, que intentaban adquirir un mayor control sobre su medio ambiente. Este nuevo evolucionismo cataclísmico también se diferencia del precedente por la desilusión sobre el progreso, que ha provocado que los difusionistas nieguen que no había ningún orden natural en la historia humana. En vez de negar que existiese tal orden, los evolucionistas cataclísmicos pusieron de relieve un proceso fijo de cambio que en el mejor de los casos los seres humanos podrían frenar o parar, pero que, de otra manera, desembocaría en su ruina (Trigger, 1981a). Sólo unos pocos arqueólogos que contemplan los problemas como algo lejano a su sociedad continúan pensando que es posible aprender del pasado la manera de «adaptarse y controlar» (J. Bradley, 1987, p. 7).

El evolucionismo cataclísmico, con su curioso parecido a las visiones medievales de la historia, pero que ha sustituido a Dios por un proceso evolucionista que retrata a los seres humanos como las víctimas de fuerzas que escapan a su control, parece ser el producto de una sociedad capitalista avanzada, que no se ajusta a las expectativas de gran parte de las clases medias. Es significativo que ni los arqueólogos evolucionistas ni la mayoría de los que se oponen a la polución ambiental, al poco control de la población o al derroche de energías naturales, tratan estas materias como problemas que han de ser resueltos por medio de unas reformas económicas y políticas de cobertura nacional e internacional. Por el contrario, los falsean, localizando sus causas en un marco evolucionista general, e intentan, si es posible, mejorarlos de manera discreta y poco sistemática. Al exculpar a las principales sociedades industriales de responsabilidades políticas explícitas de todo lo que está ocurriendo, la arqueología cataclísmica ayuda a reafirmar los objetivos expansionistas de la sociedad norteamericana, en medio de una crisis económica y ecológica internacional cada vez mayor. También promueve la solidaridad social al negar los orígenes políticos del conflicto social. La evolución cataclísmica atribuye las deficiencias de la economía mundial más a fuerzas evolutivas altamente inmutables que a condiciones económicas y políticas alterables y específicas que han evolucionado bajo la hegemonía norteamericana. Esta explicación ha atraído a amplios sectores de las inseguras clases medias de otras naciones occidentales, tan an-

siosas como las norteamericanas por creer que ellas no son las responsables de un destino que temen les sorprenda.

Aunque el origen de las ideas no se apoya generalmente en la premisa de si son o no correctas, es bastante obvio que las teorías evolucionistas de alto nivel que guiaron la interpretación de la evidencia arqueológica en los años setenta reflejaban una crisis social, política y económica seria y prolongada, en la que los intereses de las clases medias dominantes se veían profundamente amenazados. También es evidente que estos enfoques de alto nivel influyeron en las expectativas de los arqueólogos relativas a cómo interpretar mejor el registro arqueológico. Todo esto pone en cuestión seriamente la objetividad que la Nueva Arqueología ofrecía a partir de su metodología positivista.

Cierto número de arqueólogos, especialmente aquellos que investigan o trabajan en el suroeste de los Estados Unidos, han propuesto interpretaciones del registro arqueológico que se aproximan mucho a los valores centrales de la ideología política conservadora norteamericana. En *The Archaeology of Arizona*, Martin y Plog (1973) veían las culturas como sistemas adaptativos y argumentaban que aquellas que poseyesen el grado más alto de variación aleatoria eran las mejor preparadas para sobrevivir ante los desafíos ambientales y demográficos o para competir con grupos vecinos. Dunnell (1980a) y Cordell y Plog (1979) también suponen que en cada sociedad está presente un amplio espectro de modelos de comportamiento alternativos sobre los que puede operar el equivalente cultural de la selección natural. Este punto de vista enfatiza el valor adaptativo de la opción individual de manera análoga a las teorías económicas del libre mercado. William Rathje (1975) utilizó ciertos principios relativos al crecimiento desproporcional para construir un esquema que intentaba explicar la manera en que las primeras civilizaciones habían llegado a controlar el problema del procesamiento de una cantidad cada vez mayor de información. Proponía que en los estadios más tempranos la complejidad creciente se podía controlar empleando un número mayor de personas que procesasen la información y tomasen decisiones. Posteriormente se hizo un esfuerzo por impedir el crecimiento de la burocracia por encima de límites económicamente aceptables, recurriendo a una mayor estandarización. El desarrollo de códigos y sistemas uniformes (como las medidas y los pesos fijos) hicieron decrecer la cantidad de aspectos necesarios de la contabilidad. Aún más tarde, se dio mayor autonomía a los niveles más bajos para conseguir más eficiencia, mientras que el conjunto de la sociedad se convirtió en un conjunto de componentes regionales económicamente interdependientes. Blanton *et al.* (1981) han aplicado las ideas básicas de este esquema a la evolución de las sociedades complejas de las tierras altas de Mesoamérica. Sostienen que, aunque las economías de las primeras civilizaciones clásicas estaban profundamente ancladas en las organizaciones políticas de la región, las economías posteriores fueron más emprendedoras y funcionaron de manera más independiente que antes al control del Estado. Argumentan que la política del *laissez-faire*, arqueológicamente atestiguada,

tuvo como resultado un incremento en la calidad de los objetos disponibles para la gran mayoría de la gente. Otros arqueólogos afirman que, por el contrario, en los últimos tiempos prehispánicos la economía del valle de México estaba fuertemente controlada por los aztecas, quienes utilizaban su poder militar para centralizar en su capital Tenochtitlan una lucrativa producción artesanal (Parsons *et al.*, 1982; Hassig, 1985). Peter Wells (1984) ha asignado un papel destacado en el desencadenamiento del cambio social en la Edad del Hierro europea a los empresarios no pertenecientes a las elites locales, considerando ese período como un ejemplo de «cultura empresarial thatcheriana» (Champion, 1986).

Aunque estas interpretaciones se asemejan a las racionalizaciones del idealismo norteamericano y británico del *laissez-faire*, muchas de ellas han buscado una justificación teórica en el más alto nivel posible. Martin y Plog basaron su discusión en la teoría ecológica y Rathje relacionó la suya con la Teoría General de Sistemas. Pero no hubo tentativas específicas para adaptar esas teorías al estudio arqueológico del comportamiento humano. La ventaja de la variación aleatoria fue presentada como un principio universalmente válido sin ningún intento por averiguar empíricamente la extensión de dicha diversidad o por identificar los factores que determinan esa gama. Constituye una debilidad equiparar la falta de preocupación por los factores que causan la variabilidad en los ritmos de crecimiento de la población en las teorías que invocan ese factor como causa independiente del cambio cultural. Ni siquiera los exponentes de la diversidad intracultural explican los requerimientos que la necesidad de seguridad y de desplegamiento efectivo de tecnologías cada vez más poderosas podrían generar en cuanto a la planificación y al consenso. De la misma manera Rathje no consideró la posibilidad de que, al contrario que los estados modernos, los dirigentes de las primeras civilizaciones podrían haber limitado las intervenciones de sus incómodos sistemas de procesamiento de datos de los asuntos de la gente común a aquellos temas que se dirigían exclusivamente a asegurar los bienes y los servicios requeridos para conseguir sus propios objetivos específicos. El desarrollo de la civilización en el Próximo Oriente sugiere un incremento continuo y gradual de la burocracia y del uso de la fuerza militar y no al contrario. Aquello que reviste más interés sobre las teorías de estos investigadores es que, a pesar de su potencial atracción sobre los arqueólogos norteamericanos, quienes por lo general tienden a ser conservadores, han arrastrado menos seguidores que la arqueología cataclísmica. La atracción de las explicaciones que disfrazan o subvaloran relaciones económicas y políticas extremadamente complejas parece ser mucho mayor de la que ejercen aquellas que expresan más directamente una ideología conservadora.

Cierta ideología conservadora podría estar ejerciendo hoy día una poderosa influencia sobre las interpretaciones de la prehistoria referentes al estudio de los homínidos fósiles. Bajo la influencia directa e indirecta de la sociobiología, hay una tendencia creciente a poner de relieve la evidencia biológica y las diferencias de comportamiento y a correlacionar esas diferencias. Esto, a su vez,

conduce a sospechar cada vez más de las interpretaciones del comportamiento de los homínidos del Paleolítico inferior basadas en analogías con las sociedades de cazadores-recolectores modernas. Se nos dice que los australopitecos estaban mucho más cercanos a los primates especializados y que las capacidades tecnológicas y de comportamiento del primer *Homo* parecen cada vez más lejanas a las nuestras (Cartmill *et al.*, 1986, p. 419). Así como las primeras tendencias que destacaban las cualidades humanas de los primeros homínidos se interpretan como una reacción ideológica contra el nazismo, no se ha prestado ninguna atención a la base ideológica de las explicaciones alternativas populares más corrientes.

Conclusiones

Tanto los arqueólogos soviéticos (Klejn, 1977) como los norteamericanos (Davis, 1983, p. 407) han dirigido su atención hacia algunas sorprendentes similitudes entre la Nueva Arqueología y la arqueología que se creó en la Unión Soviética a principios de los años treinta. Estos paralelos son especialmente interesantes porque un puñado de arqueólogos norteamericanos permanecieron hasta el final de la década de los setenta totalmente ajenos y desconocedores de las virtudes y las debilidades de la arqueología soviética. Ambos enfoques se basaban en una visión evolucionista del cambio cultural e intentaban comprender las regularidades que presentaba el proceso. Coincidían en que esas regularidades eran muy marcadas y en que podían ser estudiadas dentro del marco materialista. La migración y la difusión perdieron importancia en favor de la tentativa por explicar los cambios que tenían lugar dentro de los sistemas culturales durante largos períodos de tiempo. Los estudios tipológicos tradicionales que intentaban dilucidar las cronologías y las variaciones espaciales en la cultura material se consideraban pasados de moda, al tiempo que se producía un incremento de las interpretaciones funcionales de los datos arqueológicos.

Con todo, a pesar de estas similitudes, existía una marcada diferencia en las teorías de alto nivel que guiaban la interpretación de los datos arqueológicos. La Nueva Arqueología abarcaba varias formas de determinismo demográfico y ecológico, que situaban fuera del sistema cultural los factores principales que desencadenaban el cambio y trataban a los seres humanos como víctimas pasivas de las fuerzas que se hallan fuera de su conocimiento y de su control. Por otra parte, el materialismo dialéctico, aunque no niega la importancia de los factores ecológicos como condicionantes del comportamiento humano o minimiza el papel que juegan, principalmente en los primeros estadios del desarrollo cultural, sitúa la causa principal de las transformaciones culturales dentro del terreno social, donde toma la forma de una competición por controlar la riqueza y el poder entre los diferentes grupos de la misma sociedad. Incluso en sus formulaciones más mecánicas y evolucionistas, como la que prevalecía

en la Unión Soviética en los años treinta, el marxismo otorga un papel central a los seres humanos, que persiguen su propio interés como miembros de grupos sociales. Pero lo que sorprende más de la Nueva Arqueología son sus reticencias a otorgar a la consciencia o a la voluntad humana un papel dentro del desencadenamiento del cambio cultural. Los marxistas podían argumentar que la negación que hacía el neoevolucionismo del papel creativo de los seres humanos refleja los efectos deshumanizadores del crecimiento del capitalismo corporativo, que ha destruido de manera efectiva el concepto de un sistema económico construido sobre la iniciativa individual, que fue el ideal de las clases medias en el siglo XIX.

Aunque la Nueva Arqueología abogaba por el estudio de todos los aspectos de los sistemas culturales, las publicaciones arqueológicas indicaban que casi la mayoría de los nuevos arqueólogos se concentraban en los modelos de subsistencia, en el comercio y, en menor grado, en la organización social. La propia obra de Binford se ha ocupado en gran medida de la tecnología y de los modelos de subsistencia en relación con las adaptaciones ecológicas. Los aspectos principales del comportamiento humano, como las creencias religiosas, la estética y el conocimiento científico, recibieron poca atención. El ámbito de actuación de la Nueva Arqueología no parece haber ido más allá del ya tratado por el enfoque ecológico o por el que estudiaba los asentamientos, puntos de vista que se desarrollaron en los años cincuenta. Los campos de investigación de la Nueva Arqueología caen dentro de los escalones más bajos de la jerarquía de Hawkes, a pesar de que Binford no aceptaba la idea de que esta jerarquía estableciese restricciones inevitables al estudio arqueológico de cualquiera de los aspectos del comportamiento humano.

La explicación de esta falta de estudio de todos los aspectos del comportamiento humano subyace en el enfoque ecológico. La Nueva Arqueología compartía la creencia neoevolucionista de que los sistemas culturales se caracterizaban por un alto grado de uniformidad y de que era posible explicar esa uniformidad por medio de la identificación de los condicionantes ecológicos que formaban el comportamiento humano. Con todo, ahora parece que, a pesar de que los sistemas culturales en su totalidad pueden considerarse condicionados hasta cierto punto por la naturaleza de sus adaptaciones al ecosistema, los condicionantes que ejercen sobre la tecnología y la economía son mucho más fuertes y pueden ser reconocidos mucho más fácilmente que los de la organización social, y éstos a su vez son mayores que los condicionantes que actúan sobre los valores y las creencias específicos. Por tanto, las técnicas adoptadas por la Nueva Arqueología funcionan mejor cuando tratan con esos aspectos de la cultura que cuando están sujetas a mayores restricciones. La Nueva Arqueología parece haberse equivocado al suponer que los condicionantes ecológicos ejercerían el mismo grado de influencia sobre todos los aspectos de la cultura y por tanto en creer justificado el hecho de ignorar los factores alternativos que podían actuar en la formación del registro arqueológico. Paul Tolstoy

(1969, p. 558) estaba en lo cierto cuando constataba que los deterministas consideraban dignas de atención sólo aquellas características con las que sus teorías estuvieran preparadas para enfrentarse.

Con todo, casi desde el principio, se expresaron dudas sobre la suficiencia de la formulación, especialmente por parte de aquellos que intentaron un enfoque sistémico. En los años setenta y ochenta la toma de conciencia creciente acerca de estas debilidades puso en entredicho a algunos arqueólogos occidentales, incluyendo a aquellos que habían jugado un papel destacado en el establecimiento de la Nueva Arqueología, obligándoles a reelaborar sus presupuestos básicos sobre el comportamiento humano y sobre la manera en que debía ser interpretado el registro arqueológico. Esto también llevó a un número creciente de arqueólogos a reconocer por vez primera que los cimientos ideológicos de la interpretación arqueológica eran algo más que unas ideas erróneas sobre el pasado y que el desafío de la pretendida neutralidad ética positivista.

9. LA EXPLICACIÓN DE LA DIVERSIDAD

> ... la historia basada en la teoría y la teoría basada en la historia deben unirse para dar cuenta de poblaciones que pueden especificarse dentro de un tiempo y de un espacio, siendo ambos resultados de procesos significativos y sus portadores.
>
> ERIC WOLF, *Europe and the People without History* (1982), p. 21.

Durante la década de los setenta, un número cada vez mayor de arqueólogos norteamericanos llegaron a convencerse de que existía mucha más diversidad entre las culturas prehistóricas de la que se pretendía desde los esquemas generales evolucionistas, como los de Sahlins y Service, o incluso desde el evolucionismo multilineal de Steward. También existió un lento pero creciente reconocimiento de que el neoevolucionismo había restringido excesivamente los interrogantes sobre el pasado, al menos aquellos que los arqueólogos deben considerar importantes (Leach, 1973). En las conclusiones de la comparación del desarrollo cultural de los pueblos vecinos mixtecas y zapotecas, Joyce Marcus (1983a, p. 360) observó que «si estamos verdaderamente interesados en conocer cada una de las culturas mesoamericanas, no podemos ignorar los impulsos, la divergencia adaptativa, la convergencia y la evolución paralela, concentrándonos exclusivamente en ir avanzando a través de una serie de estadios de organización sociopolítica». También constató que «las variables comunes de la intensificación agrícola, el crecimiento de la población, la guerra y el comercio interregional son en sí mismos insuficientes para explicar la diversidad de las culturas mesoamericanas». Kent Flannery (1983) añadió que la evolución unilineal es insuficiente para llevar a cabo el objetivo antropológico general de explicar las diferencias y las similitudes socioculturales.

También las críticas que han recibido los etnólogos, especialmente las procedentes de aquellos antropólogos que no son básicamente hostiles a los estudios evolucionistas, han socavado la credibilidad de la evolución general. Se ha apuntado que los neoevolucionistas han esbozado grupos tribales a partir principalmente de las sociedades de «grandes-hombres» de Nueva Guinea, las

cuales tienen estructuras sociales y políticas muy diferentes a las de las sociedades nativas del este de Norteamérica (como la de los iroqueses), que comparten el mismo modo de producción y se dice generalmente que se hallan en el mismo estadio de desarrollo (Whallon, 1982, p. 156). La afirmación de Morton Fried (1975) de que muchas de las características más complejas asociadas a las sociedades tribales son productos de la aculturación resultante de los contactos con los pueblos occidentales y no de desarrollos espontáneos internos, ha llevado a muchos arqueólogos a enfocar con grandes sospechas ese período (Renfrew, 1982a). De la misma manera se ha demostrado que muchas de las características de las jefaturas surgen como resultado de su articulación política y económica con sociedades más avanzadas (Wolf, 1982, pp. 96-100). Como resultado de estas observaciones los arqueólogos han comenzado a interesarse gradualmente por intentar explicar la diversidad cultural que acostumbraba a intrigar a los particularistas históricos (Renfrew, 1982b). Existe una receptividad creciente a admitir que el comportamiento humano se ha modelado por diversos factores y que al menos algunas formas de comportamiento podrían estar representadas de manera ambigua en el registro arqueológico. Aunque muchos arqueólogos continúan interpretando sus datos desde una perspectiva materialista y más específicamente ecológica (P. Watson, 1986, p. 441), también hay un cuestionamiento creciente del grado en que los factores económicos y políticos influyen en el comportamiento humano. Estas ideas han supuesto muchos cambios en el análisis arqueológico y en la manera en que los arqueólogos contemplan la naturaleza. Alison Wylie (1985a, p. 90) ha ido lo suficientemente lejos como para observar que «hay que prestar mucha atención a que [la variabilidad idiosincrásica a nivel de sociedad o de individuo] es el rasgo distintivamente humano y cultural del sujeto arqueológico; por tanto, debería revestir un especial interés para la arqueología antropológica». Algunas de estas tendencias han provocado un resurgimiento del interés por los tópicos asociados a la arqueología histórico-cultural, ignorados como resultado del desarrollo de la Nueva Arqueología.

El contacto entre sociedades

Uno de los desarrollos que han caracterizado esta cambiante perspectiva ha sido la tendencia a abandonar el enfoque de las sociedades o las culturas como unidades cerradas, fuertemente cohesionadas, que deben ser estudiadas independientemente unas de otras, y a prestar más atención al papel desempeñado por los estímulos externos en el desencadenamiento del cambio cultural. Wolf (1982, p. IX) ha argumentado que los antropólogos, bajo la influencia especialmente del neoevolucionismo «parecen haber olvidado que las poblaciones humanas construyen sus culturas en interacción unas con otras y no en el aislamiento». Sigue adelante constatando que las conexiones culturales que las

generaciones más antiguas de antropólogos estudiaron como difusión sólo pueden hacerse inteligibles en términos sistémicos, vistas dentro de un contexto económico y político más amplio.

El estudio de la interacción entre sociedades nunca fue excluido por la Nueva Arqueología. Binford (1972, p. 204) aprobaba con decisión el concepto de Caldwell (1964) de la «esfera de interacción», que había desarrollado para explicar cómo el culto funerario de la cultura de Hopewell, el cual depositaba junto a las personas de alto rango bienes manufacturados hechos de materiales exóticos, era compartido por muchas sociedades prehistóricas de la América medioccidental. Pero el interés creciente en el desarrollo de un sistema sociocultural específico y el énfasis que el neoevolucionismo ponía sobre la invención independiente llevaron a muchos arqueólogos seguidores de la arqueología especializada en el estudio de los asentamientos y de la Nueva Arqueología a minimizar la importancia de la competición y del contacto entre sociedades.

En años recientes, un cierto número de arqueólogos que trabaja en el Próximo Oriente ha puesto de manifiesto la necesidad de contemplar la civilización mesopotámica como parte de una zona más amplia en la que desde los primeros tiempos muchas culturas se influían mutuamente en su desarrollo por medio de varias formas de interacción política y económica (Lamberg-Karlovsky, 1975; Kohl, 1978; Alden, 1982). También se ha discutido sobre la interacción del «gobierno de iguales» en la Europa prehistórica (Renfrew y Shennan, 1982) y en otros lugares (Renfrew y Cherry, 1986) y de la «interacción agrupada» en Mesoamérica (B. Price, 1977). Blanton y sus coautores (1981) han argumentado que debido a la intensidad de la interacción económica, política y ritual entre las clases dirigentes de toda Mesoamérica en los tiempos prehispánicos, el desarrollo de cada una de las regiones, como el valle de México, no puede ser entendida independientemente del de las regiones vecinas. Por tanto, proponen tratar la totalidad de Mesoamérica como una «unidad macrorregional» simple vinculada por la interacción de las elites locales; es un enfoque que otorga un carácter prodigioso a la capacidad de acopio de información de los arqueólogos. Esta perspectiva también genera importantes interrogantes sobre la manera en que deben definirse las fronteras de esas macrorregiones. Blanton y sus colaboradores añaden que lo que se conoce por Mesoamérica era una red de estados y jefaturas unidos por una interacción intensiva recíproca de naturaleza política y ritual, que puede identificarse en el registro arqueológico. Se ha conjeturado que las influencias económicas y rituales de origen mesoamericano también condicionaron el desarrollo cultural del suroeste de los Estados Unidos y del este de Norteamérica, aunque a veces no es posible definir los contextos sociales en que ocurrieron estos pretendidos contactos (Griffin, 1980).

También se reconoce que no sólo los objetos, las personas y las ideas sino también instituciones enteras pueden difundirse de una sociedad a otra. La introducción de la Iglesia cristiana como organización jerárquica con su propio personal en la Inglaterra anglosajona o del budismo en Japón, ambos hechos

en el siglo VI d.C., produjeron un impacto muy marcado y duradero en la organización política, social y económica de esos países, dando lugar a un sistema muy diferente del que hubiera surgido si se hubiese desarrollado el culto estatal indígena. En ambos casos, la burocracia clerical importada desempeñó un papel crucial en el refuerzo de la administración de los nacientes estados (Sansom, 1958, pp. 60-81; Trigger, 1978a, pp. 216-228). El hecho de que las sociedades puedan verse influidas por sus vecinas hace que sus trayectorias de desarrollo sean mucho más difíciles de predecir que lo que suponían los arqueólogos evolucionistas (Green y Perlman, 1985).

Algunos arqueólogos han intentado introducir un poco más de rigor teórico al estudio de la interacción entre sociedades. Carl Lamberg-Karlovsky (1985a) ha utilizado el concepto de *longue durée* del historiador Fernand Braudel (Stoianovich, 1976) para distinguir entre procesos gradualmente acumulativos y períodos dominados por fuerzas centrífugas y centrípetas alternas que transformaron el orden social y cultural y alteraron las relaciones entre las sociedades de Mesopotamia y la meseta irania entre el 3400 y el 1600 a.C. Otros arqueólogos se han sentido atraídos por la teoría del sistema-mundo (Kohl, 1978, 1979, 1987; Ekholm y Friedman, 1979; Blanton *et al.,* 1981; Renfrew y Shennan, 1982, p. 58) de Immanuel Wallerstein (1974). Este enfoque implica el estudio de sistemas espaciales de gran escala, dando por supuesta una división interregional del trabajo en la que las áreas periféricas suministran a la nuclear materias primas, siendo las áreas nucleares política y económicamente dominantes y estando el desarrollo económico y social de todas las regiones condicionado por su papel cambiante dentro del sistema. Kohl ha sugerido que los sistemas-mundo de la antigüedad probablemente se parecerían superficialmente a los modernos. En particular, argumenta que las categorías de núcleos y periferias podrían haber sido mucho menos estables de lo que lo son ahora y que las fuerzas políticas podrían haber desempeñado un papel mucho más destacado en su regulación. Pero lo que reviste una importancia general es la toma de conciencia creciente de que las sociedades no son sistemas cerrados con respecto a sus vecinas al igual que no lo son con respecto a su medio ambiente, y de que el desarrollo de las sociedades o de las culturas puede verse condicionado o influido por una red de sociedades mucho más amplia, de la cual forma parte. También se reconoce cada vez más que las normas que regentan estos procesos son en sí mismas merecedoras de investigación científica. El desafío consiste en iniciar y ampliar los análisis sistémicos y funcionales para reexplicar los procesos que se relacionaban con la difusión y la migración. Los estudios de interacción económica entre el núcleo del Próximo Oriente y la periferia europea tuvieron su comienzo con la obra de Childe *The Most Ancient East* (1928), en donde se anticipaba una teoría de sistema-mundo y que, sin duda, ha predispuesto a los arqueólogos europeos a aceptar el enfoque de Wallerstein. Las ideas de Childe, a su vez, estaban basadas en los modelos de interacción establecidos por Montelius en sus estudios difusionistas.

Estas observaciones han provocado interrogantes adicionales sobre el concepto de sistemas socioculturales. Nadie negará que las diferentes fronteras sociales se distinguen por niveles de interacción reducidos. Pero, ¿puede distinguirse una jerarquía de niveles en la que los individuos se agrupan como miembros de familias, familias que forman comunidades, comunidades que son componentes de las sociedades, y sociedades que forman esferas de interacción más amplias? ¿O pueden los individuos participar diferencialmente en modelos de interacción a todos los niveles y como miembros de formas diferentes de grupos sociales? (R. McGuire, 1983). No se puede minimizar la importancia de los que toman las decisiones, como los jefes, los encargados del gobierno y los reyes, quienes median entre diferentes niveles de la sociedad. Con todo, un análisis detallado de las redes de interacción económica, política y social da lugar a la idea de que las sociedades y las culturas son unidades de análisis mucho más significativas que las numerosas categorías más grandes o más pequeñas (cf. Clarke, 1968). La entidad social a estudiar viene determinada por el problema que se investiga.

Existe también un interés creciente por la medida en que las culturas y sociedades constituyen sistemas en sentido riguroso. ¿Se hallan fuertemente integradas y por tanto son muy selectivas con respecto a la innovación? O bien, si se presupone que cumplen un mínimo de prerrequisitos para proveer suficiente comida, cobijo, reproducción y cuidados a la infancia para asegurar su continuidad (Aberle *et al.*, 1950), ¿es el resto de su contenido variado y no sujeto a normas y por tanto susceptible de recibir la influencia de una selección aleatoria de ideas procedentes de las culturas vecinas? Wolf (1982, pp. 390-391) argumenta que no podemos «imaginar culturas como totalidades integradas ... no se trata solamente de conjuntos culturales de prácticas e ideas, puestas en marcha por actores humanos determinados bajo determinadas circunstancias». Esta visión de la cultura como colección de «elementos múltiples y a veces incongruentes funcionando juntos en armonía tolerable» (Hanbury-Tenison, 1986, p. 108) se parece a la del particularismo histórico, sobre todo si recordamos que Boas y sus alumnos creían necesario en toda cultura cierto grado de consistencia psicológica (Benedict, 1934). Aunque son pocos los arqueólogos que han abandonado la terminología asociada con el enfoque sistémico de la cultura, son muchos los que no quieren aceptar por más tiempo, como hace Steward, la idea de que la difusión no provoca más que duplicados de procesos internos de causa y efecto. Un gran número de arqueólogos hoy día están de acuerdo en que las sociedades pueden verse alteradas no sólo por presiones políticas y económicas de grupos vecinos, sino también por ideas que se han tomado prestadas de sociedades adyacentes, hasta el punto de que la cultura que las recibe puede desarrollarse de una manera muy diferente a como lo hubiera hecho si no hubiera recibido esos estímulos externos (Lamberg-Karlovsky, 1985a, pp. 58-60). Acompañando a esto, existe también un interés creciente en los papeles desempeñados por factores no económicos, del tipo de las ideas religio-

sas, en el desencadenamiento del cambio social. A pesar de que muchos arqueólogos profesan ideas materialistas, cada vez más se considera que el grado en que las adaptaciones ecológicas determinan los sistemas culturales no debe ser visto como algo implícito en el estudio de la sociedad sino como una cuestión que tendrá que ser resuelta empíricamente.

Los enfoques cambiantes sobre la interacción entre culturas han vuelto a poner en el candelero el tema, con frecuencia debatido, de la importancia de las analogías etnográficas en la interpretación arqueológica. Los antropólogos evolucionistas daban por supuesto que las primeras descripciones registradas de las culturas nativas revelaban lo que habían sido anteriormente al contacto con los europeos y que esa información podía usarse sin cuestionar seriamente los estudios de interrelaciones culturales sobre la variación del comportamiento. Por ejemplo, los san, o bosquimanos, del sur de África, se trataron como sociedades cazadoras-recolectoras paradigmáticas. La arqueología está revelando que muchas culturas nativas se vieron alteradas en gran medida como resultado del contacto con los europeos mucho antes de que éstos registrasen las primeras descripciones de estas culturas (Ramsden, 1977; Cordell y Plog, 1979; Wilcox y Masse, 1981). Es posible que todas las sociedades cazadoras-recolectoras o tribales del mundo se viesen influidas en cierto grado por el contacto con sociedades tecnológicamente más avanzadas antes de que fuesen estudiadas etnográficamente (Brasser, 1971; Fried, 1975; Wobst, 1978; Monks, 1981, p. 288; Trigger, 1981b). Cada vez existe más evidencia arqueológica e histórica de que la forma de vida de los bosquimanos se ha modificado en gran medida en las últimas centurias debido a los contactos con los pobladores europeos y de que durante un largo período de tiempo sufrió la interacción con sus vecinos pastores bantúes y hotentotes (Schrire, 1980, 1984). El impacto que estos otros grupos han ejercido en el medio ambiente del sur de África también debe haber alterado de varias maneras la forma de vida de los bosquimanos. Bajo tales circunstancias, es peligroso para los antropólogos suponer que los bosquimanos, o cualquier otra sociedad de cazadores-recolectores modernos, sean necesariamente idénticos a las sociedades de cazadores-recolectores del Paleolítico. Este tipo de estudios, aunque fueron revolucionarios después de un largo período dominado por el neoevolucionismo, resume un modelo establecido por Strong (1935) y Wedel (1938), con su demostración arqueológica de que las poblaciones cazadoras, altamente móviles ya que se desplazaban a caballo, halladas en las Grandes Llanuras de Norteamérica en el período histórico, eran un fenómeno relativamente reciente y que en algunas áreas les habían precedido poblaciones de agricultores sedentarios.

Los varios vínculos económicos que unen a los cazadores-recolectores modernos con sus vecinos que no lo son también cuestionan si los modernos y los antiguos cazadores-recolectores (o sociedades tribales) comparten el mismo modo de producción y si pueden por tanto tratarse como sociedades en el mismo nivel de desarrollo. Binford (1983a, pp. 337-356) utilizó grupos nativos del

norte que durante generaciones se habían dedicado a intercambiar pieles con los europeos para sugerir ciertas generalizaciones sobre la naturaleza de las adaptaciones de los cazadores-recolectores a entornos de altas latitudes. Algunos antropólogos creen que, debido a la flexibilidad inherente de su adaptación a los bosques boreales, las economías de, al menos, algunos de estos grupos no se han visto radicalmente alteradas por el comercio de pieles (Francis y Morantz, 1983, pp. 14-15); otros no están de acuerdo. Sólo estudios arqueológicos detallados pueden presentar un cuadro representativo de cómo eran estas sociedades en los tiempos prehistóricos (D. Thomas, 1974). Hasta que no se hayan llevado a cabo más investigaciones, la importancia de los estudios culturales comparativos basados en datos etnográficos no se hallará fuera de toda duda. También se ha demostrado que la comparación de sociedades que han recibido la influencia de la colonización europea puede dar una falsa impresión del grado de variación de los fenómenos culturales, como las terminologías del parentesco (Eggan, 1966, pp. 15-44).

Así, la arqueología tiene un papel muy importante a desempeñar no sólo para desenmarañar la compleja historia del pasado, sino también para proporcionar una perspectiva histórica al conocimiento de la importancia de los datos arqueológicos. Un número creciente de antropólogos empiezan a pensar que los etnólogos y los antropólogos sociales, ya estudien la estructura ya el cambio sociales, están investigando los resultados de la aculturación, porque sus datos se derivan de sociedades de pequeña escala, que o bien se están destruyendo, o bien se están integrando en los sistemas mundiales modernos. La historia y la arqueología por sí mismas pueden estudiar la evolución de las culturas en el pasado. Está claro que ninguna sociedad puede ser debidamente entendida o clasificada desde un punto de vista estructural sin tener en cuenta sus relaciones con otras sociedades (Wolf, 1982; Flannery, 1983).

Las relaciones entre sociedades coexistentes, especialmente las que se hallan en diferentes niveles de desarrollo, se contemplan otra vez como una fuente importante de cambio y, por tanto, como una fuerza evolutiva tan fuerte y un objeto digno de conocimiento antropológico tan legítimo como los cambios generados ecológicamente y que han sido estudiados por los antropólogos neoevolucionistas. La teoría evolucionista no debería solamente preocuparse por el cambio provocado por la ecología, sino que debería intentar comprender la manera en que se han influido en sus propios desarrollos las sociedades vecinas (Wolf, 1982; McNeill, 1986). En particular, los antropólogos deberían intentar establecer generalizaciones acerca de cómo las sociedades, especialmente aquellas con tipos de economía diferentes, se influyen mutuamente. Los antropólogos sociales ya están llevando todo esto a cabo, aunque aplicado a sociedades actuales de pequeña escala, que empiezan a sumergirse en el sistema capitalista mundial. Los arqueólogos tienen ante sí el desafío de un trabajo formidable, en la misma dirección, es decir, establecer generalizaciones similares para un amplio abanico de sociedades precapitalistas. Alexander y Mohammed (1982)

han sido los pioneros de este enfoque, ya que han elaborado un modelo fronterizo que explica la interacción de las sociedades cazadoras-recolectoras y agricultoras en Sudán. Golson (1977) ha puesto de manifiesto la necesidad de considerar la competición como una fuerza principal de cambio entre los diferentes tipos de sociedades cazadoras-recolectoras.

Un cuerpo de teorías evolucionistas que se ocupe de explicar, no sólo el cambio generado ecológicamente, sino también las transformaciones resultantes de las interacciones de las diferentes sociedades, ha de ser necesariamente complejo. Probablemente no es realista pensar que una estructura teórica de esas características podrá elaborarse completamente algún día (Trigger, 1984e). Por el contrario, ese cuerpo continuará siendo modelado a medida que las ciencias sociales vayan progresando en el conocimiento del comportamiento humano. Un cuerpo tal de teoría tenderá siempre a ser más ecléctico e inductivo en sus orígenes de lo que permitiría la Nueva Arqueología. Pero proporcionará una base más sustancial y realista para el conocimiento del cambio cultural que la que ha producido la antropología neoevolucionista con su preocupación casi exclusiva por las explicaciones ecológicas. También contribuirá a acercar metodológica y teóricamente la arqueología a la práctica general de las ciencias sociales.

El neohistoricismo

Al mismo tiempo que los arqueólogos están percatándose de la necesidad de ampliar la gama de sus generalizaciones teóricas, también están contemplando la posibilidad de que las sociedades individuales sean tan complejas, sus estructuras tan cambiantes y las fuerzas externas que influyen en ellas tan eclécticas, que la causa precisa de su desarrollo sólo pueda ser predicha parcialmente y a corto plazo. Para muchos arqueólogos, la complejidad de cualquier sociedad humana otorga al concepto de causalidad muy poco valor para el conocimiento de sus orígenes (Flannery, 1972; Rowlands, 1982). Si los historiadores, después de generaciones de intensa investigación, continúan debatiendo las razones del surgimiento y caída del Imperio romano, no es realista que los arqueólogos lleguen a la conclusión, ya sea optimista, de que los procesos que estudian pueden ser definitivamente explicados a través de formulaciones simplistas, ya sea pesimista, de que la complejidad impide el conocimiento (D. Fischer, 1970). Esto ha producido un rechazo creciente de la idea positivista de que toda explicación debe equivaler a una predicción. M. Salmon (1982, p. 109; véanse también W. Salmon, 1984, y W. Salmon *et al.*, 1971) ha argumentado que esta última ha tomado la forma de un modelo de importancia estadística, donde un acontecimiento se explica cuando se dan todos los factores estadísticamente relevantes para que éste ocurra o no, y los valores adecuados de probabilidad para que éste ocurra se determinan a la luz de esos factores. Pero lo

que no apunta es que ese enfoque es casi idéntico al método tradicional de explicación histórica, aunque los historiadores tienden a ser más escépticos sobre la posibilidad de identificar todos los factores relevantes y reconocen que, a corto plazo, pueden asignarse a muchos de ellos valores de probabilidad, pero sólo provisionalmente, a partir del sentido común (Dray, 1957). Esto no disminuye el valor de la arqueología para producir generalizaciones acerca del comportamiento humano o sobre características duraderas del desarrollo cultural. A pesar de todo, se sugiere que las explicaciones del cambio en las sociedades específicas deben estar basadas en el conocimiento detallado de lo que sucedió así como en teorías sólidas, y aun así se ha de dejar espacio para la intervención de factores inesperados.

El debate, prolongado y sofisticado por el nivel alcanzado, concerniente al colapso de la civilización maya clásica, demuestra que se necesitan más datos para estrechar el cerco de las explicaciones posibles y permitir la formulación dentro de las investigaciones de problemas más refinados (Culbert, 1973; Hammond, 1977). Aunque el incremento de la sofisticación teórica reduce el ámbito de lo impredecible, no es posible que los científicos sociales puedan retroceder en el pasado con el detalle con que pueden predecir el futuro. La explicación del pasado se contempla, así, como una necesidad ideográfica, aunque se deban invocar principios generales para apoyar los argumentos en cada caso.

El conocimiento histórico, en el sentido de saber cómo y por qué se desarrollaron como lo hicieron las sociedades específicas en el pasado, es esencial para la explicación del estado actual de las sociedades en todo el mundo. La arqueología y la historia documental, al proporcionar la evidencia necesaria para esbozar el desarrollo cultural en el pasado, son esenciales para el conocimiento del sustrato histórico de los datos que analizan todas las demás ciencias sociales. La toma de conciencia creciente de que esto es así, está proporcionando la base de una relación nueva y complementaria entre la arqueología y la etnología. En esta relación, la arqueología no intenta emular a la etnología sino que, por medio del estudio del desarrollo de los sistemas sociales concretos, provee de una base indispensable para la producción de generalizaciones fiables sobre la estructura y el cambio. Lejos de ser periféricas a las otras ciencias sociales, la arqueología y la historia son cruciales para el conocimiento de éstas.

A pesar de estas ideas, la corriente principal de la arqueología americana, la procesual, aún no ha empezado a contemplar la sociedad o los seres humanos como la fuente de cualquier cambio sociocultural mínimo (para las excepciones, véanse R. Adams, 1965; Willey, 1986). Este último enfoque, junto a un énfasis creciente en la «mente» y los «valores», está representado hoy día por una minoría cada vez mayor de arqueólogos británicos y norteamericanos que se identifican de varias maneras, como simbólicos, estructurales o críticos (Renfrew, 1982c). Este movimiento está en gran medida inspirado en los enfoques marxistas que a finales de los años sesenta se daban en la antropología francesa y británica, y que no se basan en el marxismo ortodoxo sino en los esfuerzos

por combinar el marxismo y el estructuralismo por parte de los antropólogos Maurice Godelier, E. Terray y P. P. Rey y el filósofo L. Althusser; en el antipositivismo de la Escuela de Frankfurt, movimiento paramarxista que data de la década de los veinte, representado especialmente por la obra de Jürgen Habermas (1975) y Herbert Marcuse (1964), y la teoría anarquista del conocimiento de Paul Feyerabend (1975); y finalmente en los análisis económicos de Claude Meillassoux (1981). A pesar de sus diferencias de detalle, estos trabajos arqueológicos ponen de relieve la complejidad de los modos de producción, el importante papel desempeñado por la consciencia humana en el desencadenamiento del cambio, la importancia de los choques de intereses entre hombres y mujeres o gentes de diferentes edades en el surgimiento de conflictos en las sociedades sin clases y la inevitable carga ideológica de toda actividad humana, incluyendo la investigación científica. También comparten la convicción de que Marx y Engels no consiguieron producir un análisis detallado de las sociedades preclasistas y que el deber de los antropólogos marxistas es remediar ese defecto, sin dirigirse a las obras de los fundadores del marxismo sino construyendo nuevas teorías marxistas sobre las sociedades precapitalistas a partir del conocimiento que se tiene actualmente de estos grupos (Bloch, 1985, p. 150).

A través de estos canales se han introducido un gran número de conceptos marxistas en la arqueología británica y americana, como alternativas a los principios de la arqueología procesual. Entre éstos, el más importante es el interés por explicar el cambio sociocultural según un marco teórico general que otorga un papel central a las relaciones sociales. Se rechaza la arqueología procesual, junto con el neoevolucionismo, el estructuralismo, el materialismo cultural y la ecología cultural, porque reflejan una estabilidad excesiva, tratan las causas del cambio cultural como algo externo a las relaciones sociales y consideran a los seres humanos como objetos pasivos que son moldeados por factores externos. La ecología se contempla como algo que condiciona y no dirige el cambio y las nuevas tecnologías se interpretan como respuestas al cambio social y económico y como una fuerza principal en su desencadenamiento. Los conflictos sociales que surgen de intereses contradictorios se identifican como características vitales y omnipresentes de las sociedades humanas y como una fuente principal de cambio. Este enfoque contrasta con la preocupación integradora del funcionalismo, el estructuralismo clásico y la fenomenología, para mayor inconveniente de esta última.

Los nuevos enfoques también abogan por una visión de la historia centrada en el ser humano. El marxismo rechaza explicar el significado, el simbolismo y los fenómenos sociales en términos de determinantes no sociales para dar a la arqueología un barniz de ciencia social convencional (Tilley, 1984, p. 144). En vez de tratar el comportamiento humano como algo pasivo que ha sido modelado por fuerzas externas, los arqueólogos marxistas ponen de relieve la intencionalidad y la producción social de la realidad. También insisten en el enfoque holístico. Idealmente, las partes de la sociedad se estudian siempre en

relación a sistemas sociales completos e individuales según unas redes más amplias de relaciones entre sociedades. Los arqueólogos marxistas intentan explicar no sólo las regularidades de las interrelaciones culturales, sino también las particularidades, las diferencias individuales y los contextos específicos que distinguen un caso concreto de cambio social de otro. Al esforzarse por crear una ciencia social unificada, el marxismo ignora las distinciones entre historia y evolución y entre historia y ciencia. El estudio de la historia se considera tan científico por naturaleza como susceptible de abarcar la generalización. Finalmente, estos enfoques insisten en la base social del conocimiento. Conocimiento y autoconsciencia no se ven como algo absoluto sino como los productos de sociedades específicas. Se considera que el contexto social de la investigación arqueológica actual influye en las interpretaciones del pasado. Ello sugiere que no se puede obtener el tipo de certeza que preveían los investigadores positivísticamente orientados.

El idealismo y el neomarxismo

Sin embargo, existen diferencias significativas en la manera en que son tratados temas cruciales no sólo entre los arqueólogos occidentales inspirados en el marxismo y los marxistas soviéticos, sino también entre los diferentes arqueólogos marxistas occidentales. Tradicionalmente se ha supuesto que la perspectiva materialista es fundamental en el marxismo. Arqueólogos marxistas como Antonio Gilman (1984) mantienen que la economía juega un papel dominante en la formación de la superestructura social, política y religiosa de todas las sociedades, aunque no excluye una relación recíproca entre esos dos niveles. Otros arqueólogos enfatizan la reciprocidad hasta tal grado que niegan la primacía de la base económica. Susan Kus (1984) y Peter Gathercole (1984) cuestionan la misma distinción entre base y superestructura, que Gathercole sugiere es un reflejo de la preocupación de la sociedad occidental por la economía. John Gledhill (1984) afirma que los marxistas occidentales generalmente enfocan los factores no económicos como dominantes en las sociedades precapitalistas.

La preocupación por fenómenos no económicos se evidencia sorprendentemente en la gran atención que se presta a la religión y a la ideología (Miller y Tilley, 1984; Conrad y Demarest, 1984). La ideología es descrita por Kristian Kristiansen (1984) como un factor activo en las relaciones sociales, mientras que Michael Parker Pearson (1984, p. 61) constata, sin ninguna referencia a su función económica, que los instrumentos son productos de la ideología, como puede ser una corona o un código de leyes. Algunos arqueólogos discuten la ideología dentro de un contexto explícitamente materialista. Así, Kristiansen describe la religión megalítica de Europa occidental como una extensión de la producción, mientras que Miller y Tilley (1984, p. 148) afirman que la ideolo-

gía no es algo autónomo, sino que forma parte del esfuerzo por producir, mantener y resistir los cambios sociales que se relacionan con el conflicto de intereses entre los grupos. Por otra parte, la sugerencia de M. P. Pearson (1984, p. 63) de que la ideología puede dirigir la actividad económica, la afirmación de Mary Braithwaite (1984, p. 107) de que el conocimiento del papel de la cultura material en las prácticas rituales y de prestigio es un primer escalón necesario para reconstruir otras dimensiones de cambios y modelos representadas en el registro arqueológico, y la aprobación por parte de Christopher Tilley (1984, p. 143) de los esfuerzos de Habermas por elevar la esfera ideológica hacia un «importante papel explicativo», deben ser interpretadas como apoyo a una interpretación idealista del comportamiento humano.

Pero aún es más indicativa de la postura idealista la descripción recurrente del ritual como un «discurso» que sirve para reafirmar las relaciones sociales existentes, haciéndolas parecer parte del orden natural, o para realzar el poder de individuos o grupos privilegiados. Sin embargo, Tilley (1984, p. 143), siguiendo en este punto estrechamente a Marx y Engels, nos recuerda que tales enfoques subestiman la habilidad de los individuos oprimidos de analizar sus situaciones y que, por tanto, la ideología nunca posee el control total, sino que se convierte en parte del diálogo entre dos o más partidos, incluyendo los explotadores y los explotados. Con todo, no siguió adelante con la observación que a partir de ahí se derivaría, sobre que la continuidad de un ritual sugiere que las necesidades materiales de todos los grupos participantes se consideraban como satisfechas, de alguna manera como resultado de aquél. En sus análisis de los túmulos funerarios del Neolítico sueco, habría estado mucho más en concordancia con los procedimientos marxistas tradicionales el determinar qué factores en la economía estimulan el individualismo y la ruptura del control social basado en el linaje, que atribuir ese cambio en primer lugar al fin de las ceremonias de legitimación (J. Thomas, 1987, p. 422). Tampoco se ha demostrado que en las sociedades preclasistas el ritual sirva sólo para reforzar el prestigio de grupo. Más que otra cosa parece que los rituales hayan servido de disfraz y de fuerza simbólica para contrarrestar la imposibilidad de una tecnología rudimentaria de control de las fuerzas naturales (Godelier, 1978, pp. 4-6). Tampoco está claro que en las sociedades sin clases las relaciones sociales como tales tuvieran que ser o estuviesen disfrazadas de ideología.

Estos arqueólogos tampoco están de acuerdo en cuánto debe saberse sobre las ideologías prehistóricas para establecer el papel que desempeñaron. Algunos argumentan que los significados simbólicos específicos y los procesos sociales se hallan «repetidamente relacionados» y, por tanto, han de conocerse muy bien los primeros si se quiere explicar el cambio cultural (Hodder, 1984a). Braithwaite (1984, p. 94) sugiere que es posible que el contenido exacto del sistema de creencias sea arqueológicamente irrecuperable, aunque no sus operaciones. Estas «operaciones» difieren muy poco de un enfoque funcionalista del ritual y de la ideología.

Consideradas desde una perspectiva de interrelación cultural, las reconstrucciones de los sistemas de creencias que se han intentado hasta ahora, parecen conceptualmente limitadas, así como etnocéntricas. A partir de unas analogías etnográficas seleccionadas de forma aleatoria, los artefactos situados en las tumbas han sido descritos como sacrificios a los ancestros muertos, quienes tenían el poder de influir sobre el bienestar de sus descendientes. La vinculación general que hace Tilley (1984) de la muerte y de la destrucción con la fertilidad, la vida y el orden social no es sustancialmente diferente de las especulaciones de James Frazer. No hay evidencia de técnicas que permitan obtener una visión detallada de los aspectos culturalmente específicos de los rituales, excepto aquellos asociados al enfoque histórico directo y al uso de documentos escritos.

Los marxistas han supuesto tradicionalmente que las contradicciones más influyentes en el desencadenamiento del cambio social se hallan entre los medios y las relaciones de producción. Esto no implica un determinismo tecnológico ya que la relación entre los medios y las relaciones de producción es reflexiva. Marx y Engels supusieron que en las sociedades de clases el cambio tomaba la forma de conflicto entre diferentes clases para controlar y explotar las relaciones de producción. Las sociedades primitivas se veían como sociedades sin clases y por tanto sociedades sin conflictos. Se dirigieron a las sociedades preclasistas para probar que las instituciones básicas de las sociedades de clases son transitorias y no están basadas en una naturaleza humana inmutablemente competitiva. Esto, a su vez, ha llevado a interrogantes sobre si es posible el análisis específicamente marxista del cambio en las sociedades preclasistas (Gilman, 1984, p. 116). Los marxistas sostienen que los factores adaptativos tienen un papel mucho más importante en esa fase con respecto al desencadenamiento del cambio cultural, que se explica en concordancia con las fuerzas de producción más débiles. Utilizando un enfoque como éste, Engels fue capaz de ir mucho más allá que cualquier biólogo darwiniano de su tiempo, incluyendo al mismo Darwin, al proponer una teoría materialista de los orígenes humanos que asignaba un papel primordial al trabajo en el contexto de los grupos sociales (Trigger, 1967b; Woolfson, 1982). Engels describía la mano humana como producto y órgano del trabajo. Sugería que la selección natural, operando sobre una rudimentaria capacidad de utilización de instrumentos, dio como resultado la bipedestación y, por consiguiente, la expansión del cerebro humano. Esto no llevó solamente a formas más complejas de comportamiento económico, sino también a la emergencia del lenguaje, como la forma más efectiva de comunicación, y a una nueva forma de consciencia y autoobjetivación que permitió que la flexibilidad y la planificación se convirtiesen en los únicos elementos importantes de las adaptaciones humanas. Así, por medio de la combinación de la teoría marxista con la biología darwiniana, Engels formuló deductivamente un enfoque que a los biólogos no marxistas les costaría casi ochenta años llegar a formular independientemente (S. Washburn, 1960). La

formulación de Engels también indica claramente que, si los marxistas tradicionales asignan un papel principal a los factores adaptativos en el desencadenamiento del cambio dentro de sociedades de pequeña escala, esos factores no se consideran operativos automáticamente. Por el contrario, se contemplan como estimuladores de cambios en las relaciones de producción, como resultado de las decisiones tomadas conscientemente dentro de un contexto social.

Muchos antropólogos franceses neomarxistas han adoptado un enfoque diferente para la explicación del cambio en las sociedades sin clases. Han intentado minimizar las diferencias entre sociedades con clases y sin clases y extender el análisis marxista del cambio en las sociedades de clases a aquellas más simples. Este enfoque ha sido adoptado por algunos arqueólogos. M. P. Pearson (1984) mantiene que en las sociedades ya clasistas «los grupos de interés», como los viejos y los jóvenes, los hombres y las mujeres o los miembros de clanes o linajes diferentes, luchan de la misma manera que lo harían las clases en las sociedades más avanzadas. También afirma, erróneamente, que una premisa esencial del marxismo es que los seres humanos están motivados por el propio interés y buscan el poder para conseguir esos intereses. Tilley (1984) sigue a Meillassoux y a Terray al afirmar que las relaciones sociales de explotación existen en todas las formaciones sociales. Estas visiones tan uniformes de la sociedad divergen de la tradicional idea marxista de que la naturaleza humana se transforma de manera sustancial con los cambios sociales (Fuller, 1980, pp. 230-264; Geras, 1983). También tienden a socavar la esperanza marxista de que en el futuro puedan crearse sociedades que no estén basadas en la explotación y, lo que es más importante, a ignorar la apabullante evidencia etnográfica de que en las sociedades de pequeña escala el prestigio se adquiere y se mantiene a través de la redistribución y la generosidad y no por el atesoramiento de riqueza material (Sahlins, 1968).

Los marxistas han considerado la falsa consciencia como una característica de todas las sociedades, preclasistas o clasistas. Mantienen que para estas sociedades se hace necesario obrar de manera efectiva para poder disfrazar su desamparo tecnológico y para que su explotación sea vista como altruismo. Esta visión, como fue expuesta en particular por Gyorgy Lukács, proporcionó un punto de partida para el virulento antipositivismo de algunos miembros de la Escuela de Frankfurt. Esto, a su vez, ha provocado que algunos arqueólogos occidentales se rebelen contra la rigidez del positivismo. Se niegan a aceptar que, aunque todo aquello que se cuestionan los arqueólogos puede estar influido por el medio en que viven, en la medida en que poseen datos suficientes y siguen procedimientos analíticos sólidos, los resultados son lo más próximo posible a una verdad científica sin contaminar por la ideología o por los prejuicios personales. Daniel Miller (1984, p. 38) afirma que el positivismo, que él define como la aceptación únicamente de aquello que puede ser percibido, probado y predecible, es decir, de lo cognoscible, persigue producir un conocimiento técnico que facilite la explotación de los seres humanos por parte de elites opre-

soras, mientras que Miller y Tilley (1984, p. 2) sostienen que estimula la aceptación de órdenes sociales injustos al persuadir a la gente para que crea que las sociedades humanas están modeladas inevitablemente por presiones externas. Esto concuerda con la afirmación de Marcuse (1964) de que el positivismo siempre ha apoyado causas políticamente reaccionarias, idea que el filósofo polaco Leszek Kolakowski (1978c, pp. 400-402) ha refutado de manera definitiva.

La toma de consciencia creciente sobre la omnipresencia de la ideología ha llevado a los investigadores a pensar que no solamente las preguntas que se hacen sino también las respuestas que se juzgan como aceptables en arqueología están influidas por las ideas generales y las actitudes de los arqueólogos como individuos y de las sociedades en las que viven (Saitta, 1983). Esta visión es compartida también por los no marxistas, entre los que se incluyen Stuart Piggott (1950) y Glyn Daniel (1950), quienes hace tiempo examinaron el impacto de las modas intelectuales, como el racionalismo y el romanticismo, en sus libros sobre la historia de la arqueología. El nuevo relativismo ha alentado análisis que revelan el grado en el que la interpretación y la popularización arqueológicas han expresado las ideologías de los grupos dominantes en América y otros lugares. Se ha puesto de moda creer que las interpretaciones históricas «están siempre al servicio de los intereses de clase» (Leone, 1986, p. 418). Este enfoque también ha empezado a poner de relieve cómo los patrocinadores privados y las instituciones públicas han dado forma al desarrollo de la arqueología a través de un apoyo selectivo de la investigación (Wilk, 1985; Patterson, 1986a), de la misma manera que las predisposiciones sexistas de los arqueólogos han influido en sus interpretaciones sobre el pasado (Gero, 1983; Conkey y Spector, 1984). Los arqueólogos deben recordar que incluso aquello que ellos consideran datos son construcciones mentales y, por tanto, no son independientes de frecuentes prejuicios inconscientes (Wylie, 1985b, p. 73). Como resultado, cada vez es mayor la creencia de que la interpretación arqueológica debe ser contemplada dentro de un contexto político, social e histórico y que los arqueólogos deben prestar atención a cómo las sociedades, o los grupos dentro de una sociedad, moldean las interpretaciones del pasado para sus propios fines (Leone, 1986, p. 432).

Con todo, dentro de los relativistas existe un agudo desacuerdo sobre si la interpretación arqueológica podrá ser algún día algo más que la expresión de la ideología y de la opinión personal del arqueólogo o si el conocimiento de los factores sociales que le influyen podrá ayudar al arqueólogo a trascender esas limitaciones y alcanzar una mayor objetividad. Algunos relativistas sostienen que los arqueólogos no tienen ningún derecho moral a interpretar la prehistoria de otros pueblos (Hodder, 1984b) y que su deber primero debería ser proveer a los individuos de los medios para construir sus propias visiones del pasado, aunque no está claro si puede proporcionarse una información que carezca de prejuicios inherentes.

Estas visiones extremas tienen implicaciones poderosas para cualquier teo-

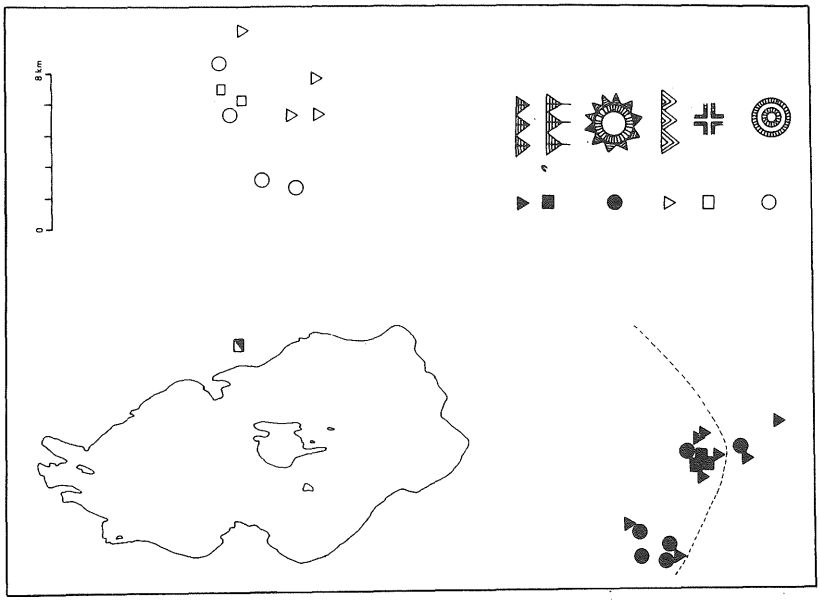
ría del conocimiento en arqueología. Aunque un número creciente de arqueólogos marxistas y no marxistas están de acuerdo en que, debido a la complejidad de las situaciones humanas concretas, no pueden equipararse las predicciones con la explicación, Miller y Tilley (1984, p. 151) siguen a B. Hindess y P. Hirst (1975, pp. 1-5) en el rechazo que éstos hacen de cualquier concepción positivista o empiricista sobre el conocimiento. Afirman que las constataciones sobre el pasado deben juzgarse exclusivamente según su coherencia interna, «que sólo puede ser criticada en términos de las relaciones conceptuales internas y no según estándares impuestos externamente o criterios de "medida" o "determinación" de la verdad o la falsedad». Gathercole (1984) y otros ponen de relieve la subjetividad de la arqueología, retratándola principalmente como una disciplina ideológica. M. J. Rowlands (1984) considera que el relativismo extremo es un peligro que amenaza a la arqueología. Kolakowski (1978c, p. 300) va mucho más allá con respecto a la idea de las ciencias sociales como conjunto cuando denuncia los esfuerzos de Lukács por aislar al marxismo del criticismo empírico como un desarrollo irracional así como anticientífico. Esta tendencia aún se lleva más allá cuando arqueólogos como Miller y Tilley siguen a los investigadores de la Escuela de Frankfurt al interpretar el marxismo como otro de los simples enfoques subjetivos sobre la condición humana. La demanda de Marx de un estatus científico especial para su enfoque se rechaza como un esfuerzo vano de proporcionar a su trabajo un «barniz» de ciencia positivista.

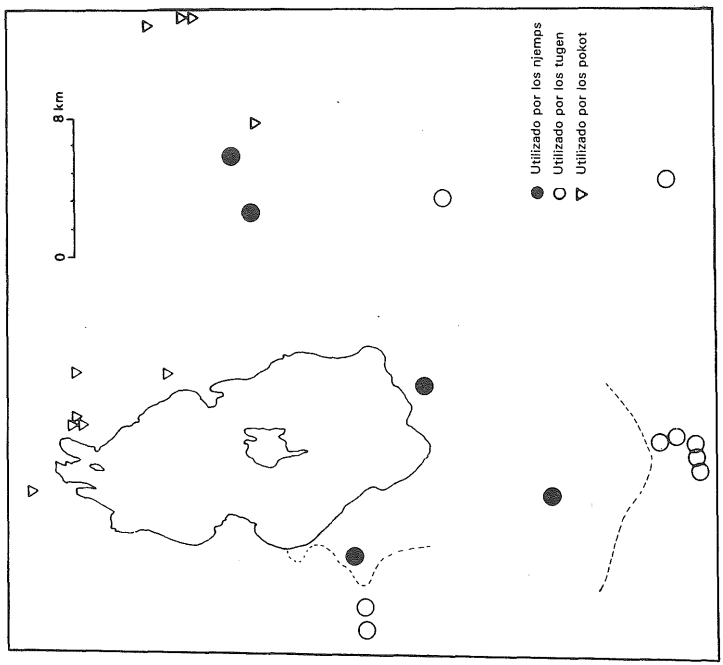
Pero lo que no se toma en cuenta es que el reconocimiento de Marx del fenómeno de la falsa consciencia no fue acompañado de un rechazo total de lo que hoy se llama positivismo. Engels apuntó que, aunque el conocimiento absoluto es inalcanzable, al tratar de aproximarse a él, los seres humanos han llegado a poseer un retrato cada vez más aproximado y completo de la realidad como conjunto, que queda confirmado por la efectividad de sus acciones (Kolakowski, 1978a, p. 396). A través de G. V. Plejanov y Lenin, esta idea se ha convertido en la posición central del marxismo soviético (Bloch, 1985, pp. 95-123; Kolakowski, 1978b, pp. 305-527). El relativismo extremo, por otra parte, hace afirmaciones definitivas sobre todos aquellos aspectos de la naturaleza de la realidad que son susceptibles de ser conocidos, contradiciendo su postura básica de que no podemos conocer nada con certeza. También niega el papel de la arqueología y de las otras ciencias sociales como fuentes para incrementar el conocimiento y que pueden utilizarse para controlar el mundo natural y ayudar a modelar el destino humano. Además de reflejar un desespero creciente entre los intelectuales americanos que creen que el conocimiento científico puede ayudar a desencadenar un cambio social constructivo, estos ataques al positivismo y al empirismo alientan la creencia de que todo aquello calificado como conocimiento científico del comportamiento humano no son más que fantasías al gusto de cada uno. A largo plazo, esto sólo puede ayudar a aquellos que intentan desacreditar las ciencias sociales, y razonan en términos generales, como guía para la acción humana.

La incursión de los conceptos marxistas en la arqueología occidental ha puesto en tela de juicio un gran número de certezas previas y ha originado nuevos debates de gran importancia. Con todo, aquellos que capitanean el uso de estos conceptos exhiben una sorprendente falta de interés por la arqueología soviética, por las diferencias teóricas entre el marxismo antropológico y ortodoxo y por el trabajo de Gordon Childe, aunque Leone (1972, p. 18) llegó a observar que una de las razones por las que Childe fue «el mejor arqueólogo que ha producido la disciplina es que poseía y utilizaba un poderoso paradigma, el materialismo marxista». Muchos arqueólogos occidentales equivocan el camino al caracterizar la arqueología soviética como «rancia» e «improductiva», sin intentar siquiera conocer todos sus logros. Sus actitudes contrastan curiosamente con el interés, mucho más serio, desplegado hacia la arqueología soviética por parte de unos cuantos arqueólogos conservadores británicos y norteamericanos (Renfrew, 1970, p. 174). Esto concuerda con la quizá algo exagerada idea de Kolakowski (1978c, pp. 524-525) de que, aunque las ideas marxistas han penetrado en las ciencias históricas y en las humanidades, el marxismo como sistema ha dejado de ser una fuerza intelectual en la sociedad occidental. Argumenta, más específicamente, que la Escuela de Frankfurt y su «teoría crítica» son «no tanto una continuación del marxismo en una dirección cualquiera, como un ejemplo de su disolución y parálisis» en Occidente (*ibid.*, p. 395). Matthew Spriggs (1984b, p. 5) recoge que en 1977 el marxismo antropológico francés parecía ofrecer a los arqueólogos «una perspectiva potencialmente unificadora». Pero en la actualidad se observa que el marxismo occidental parece reproducir en su interior muchos de los cismas de las ciencias sociales no marxistas. En arqueología esto ha ocurrido claramente debido a que la mayor parte de las interpretaciones se basan más en principios marxistas seleccionados que en el sistema filosófico marxista.

La arqueología contextual

A pesar de que Ian Hodder ha participado e incluso inspirado muchas de las tendencias citadas más arriba, su enfoque contextual de la arqueología se mantiene aparte en algunos aspectos y hoy día es reconocido como el principal desafío y el paradigma rival de la arqueología procesual (Binford, 1986, 1987). Algo básico en su contextualismo es su afirmación, bien documentada etnográficamente, de que la cultura material no es meramente un reflejo de la adaptación ecológica o de la organización sociopolítica, sino también un elemento activo en las relaciones de grupo que puede usarse para disfrazar así como para reflejar relaciones sociales. Grupos que compiten abiertamente pueden utilizar su cultura material para enfatizar sus diferencias, mientras que un grupo étnico que desea usar los recursos de otro puede intentar minimizar la manifestación





47 y 48. Registro realizado por Hodder de la distribución etnográfica de los tipos de escudo y de los motivos en forma de calabaza entre diferentes grupos étnicos del área baringa de Kenia, 1982.

material de esas diferencias. Los grupos pertenecientes a un nivel alto utilizan la cultura material para legitimar su autoridad (Hodder, 1982b, pp. 119-122), aunque en algunas culturas africanas ciertos estilos de las puntas arrojadizas, diferenciados según la edad y que no se corresponden con las fronteras étnicas, las cuales están marcadas por otros aspectos de la cultura material, señalan la oposición general de las mujeres y de los hombres jóvenes hacia los mayores (*ibid.*, pp. 58-74). Incluso las tensiones entre ciertas familias extensas se han llegado a reflejar en las variaciones de la decoración cerámica (*ibid.*, pp. 122-124). El enfoque de Hodder de que la cultura material se utiliza como un elemento activo de interacción social contradice los argumentos cuidadosamente desarrollados de los arqueólogos procesuales de que la elaboración relativa de las tumbas dentro de una sociedad refleja de manera precisa el grado de diferenciación social (Saxe, 1970; J. Brown, 1971; O'Shea, 1984). Las investigaciones de Hodder y de sus alumnos han mostrado que las ideas complejas relativas a religión, higiene y a rivalidades de estatus también influyen significativamente en las costumbres funerarias (M. Pearson, 1982). En algunas sociedades las tumbas simples reflejan un ideal social de igualitarismo que no se practica de manera efectiva en la vida cotidiana (Huntington y Metcalf, 1979, p. 122). Así, para determinar el significado social de las costumbres funerarias los arqueólogos deben examinar otros aspectos del registro arqueológico, como los modelos de asentamiento. Como resultado de estas investigaciones, se podría llegar a la conclusión de que una sociedad en particular con costumbres funerarias simples no era igualitaria en la práctica y esto a su vez revelaría el estatus ideológico de esas costumbres.

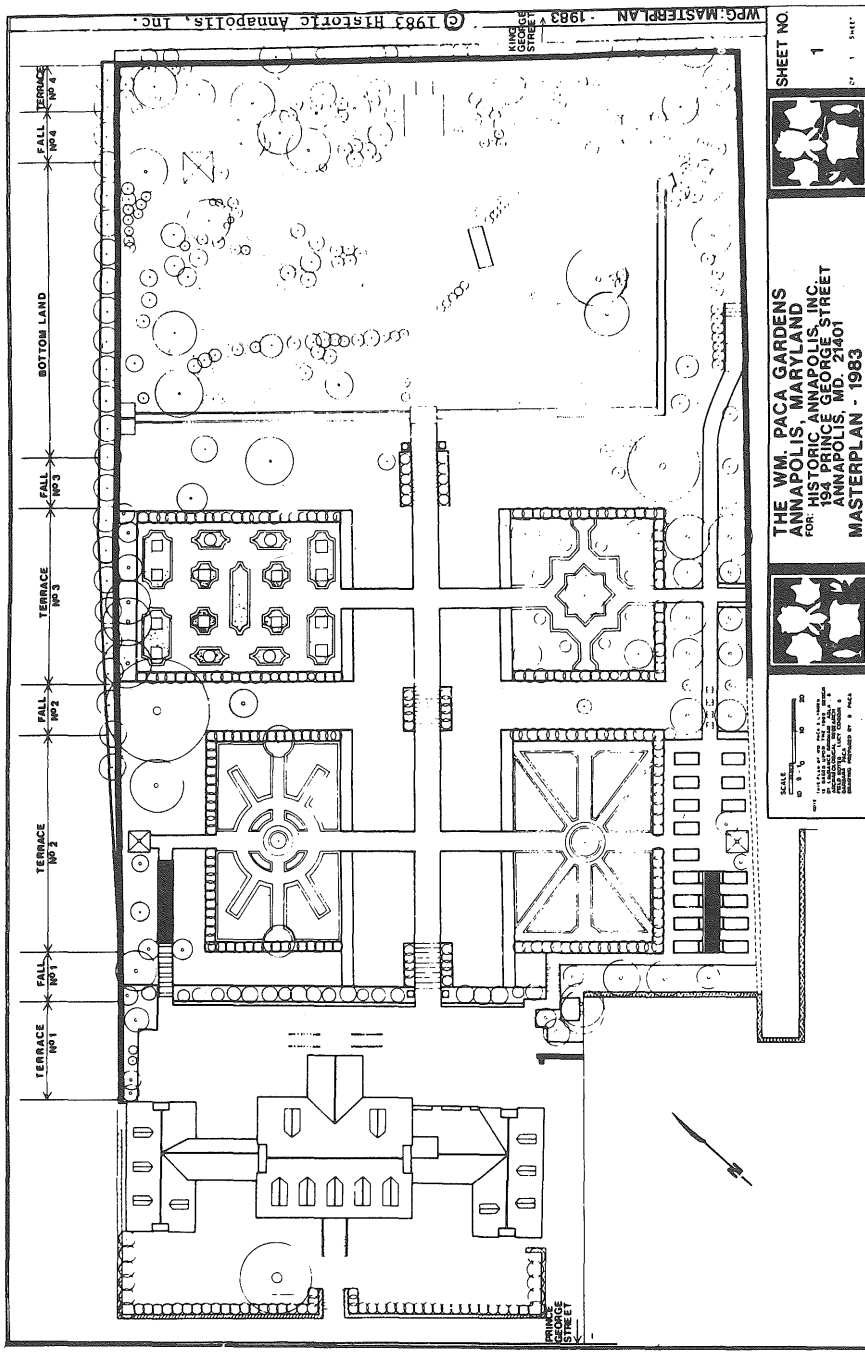
El enfoque conceptual se basa en la convicción de que los arqueólogos necesitan examinar todos los aspectos posibles de una cultura arqueológica para poder comprender el significado de cada una de las partes que la componen. Se supone que en el caso citado antes, la discrepancia entre el modelo funerario y el modelo de asentamiento revelaría el carácter ideológico de los enterramientos, teniendo en cuenta que los arqueólogos están convencidos de que han hallado enterramientos correspondientes a todas las clases sociales. Al dirigir su atención hacia propiedades de la cultura material que hasta ahora han sido ignoradas, Hodder ha revelado los peligros inherentes a la interpretación de la evidencia arqueológica que se analiza de manera aislada a su contexto cultural más amplio. También ha demostrado que la cultura material tiene unas propiedades simbólicas dinámicas que concuerdan mejor con el marxismo o con la interpretación histórica particularista de la cultura que con el neoevolucionismo. Al argumentar que una cultura arqueológica no puede ser interpretada de manera adecuada si se hace por etapas, Hodder requiere de los arqueólogos un estudio interno más global de las culturas arqueológicas, que complemente las demandas de quienes abogan por un sistema mundial integrado por coberturas regionales amplias. Esto es muy diferente de la creencia, de los arqueólogos procesuales, de que es lícito estudiar unas cuantas variables seleccionadas

de un yacimiento en concreto y así obtener una respuesta a un problema arqueológico específico (Brown y Struever, 1973).

La arqueología contextual también rechaza la validez de la distinción neoevolucionista entre lo que es culturalmente específico y lo que es general y está interrelacionado culturalmente, que era la base de la dicotomía de Steward entre ciencia e historia. Esto da validez al interés por las cosmologías, erudición astronómica, estilos artísticos, creencias religiosas y otros tópicos culturalmente específicos que estuvieron en las fronteras de la arqueología procesual entre los años sesenta y setenta. Como Dunnell (1982a, p. 521) ha observado, los enfoques evolucionista y ecológico tomados prestados de las ciencias biológicas no fueron designados para explicar sistemas simbólicos y motivacionales. Hodder estimula a los arqueólogos una vez más a tener en cuenta las complejidades del fenómeno humano y a aceptar que las generalizaciones universales no agotan las regularidades que caracterizan el comportamiento humano. Se les insta a buscar un orden interno en las culturas en términos de categorías culturales específicas, como los cánones que gobiernan las obras artísticas, y bajo la forma de categorías culturales diferentes relacionadas unas con otras (Bradley, 1984)

El estudio de los modelos en la cultura material ha sido fuertemente influido por el enfoque estructural de Claude Lévi-Strauss, especialmente por su investigación de los modelos simbólicos que subyacen a la mitología de los nativos americanos. Básica en esta forma de análisis es la convicción de que allí donde la riqueza y la variabilidad del registro arqueológico es demasiado grande como para ser expresada sólo como repuesta a condicionantes o estímulos ambientales, también deben considerarse los factores internos del sistema (Wylie, 1982, p. 41). Ernest Gellner (1985, pp. 149-151) ha contrastado de manera muy elegante el enfoque ecológico y el económico, que estudian las regularidades resultantes de la escasez de recursos, y el estructural, que estudia el orden que los seres humanos ponen en aquellos aspectos de sus vidas que, debido a su naturaleza simbólica, no están sujetos a ninguna forma de escasez. Pero la relación del orden simbólico con la economía y las formas adaptativas de comportamiento todavía está por definir. No es posible ya mantener por más tiempo que los aspectos simbólicos de la cultura material son meramente un reflejo pasivo de un comportamiento más pragmático. Pero ¿cómo puede el arqueólogo determinar en los casos específicos, excepto pragmáticamente, si la relación es de reflejo, inversión o contradicción? Es más, las analogías lingüísticas sugieren que la relación entre cultura material y su significado simbólico puede ser esencialmente arbitraria (Gallay, 1986, p. 197).

Los arqueólogos estructuralistas expresan admiración por el trabajo pionero de André Leroi-Gourhan (1968), quien documentó modelos en las localizaciones y en las asociaciones de las diferentes especies animales representadas en las cuevas del Paleolítico superior en Europa occidental, interpretándolas como referentes a los mitos que trataban de las relaciones entre los principios femeninos y los principios masculinos. También admiran la demostración de



49. Jardín del siglo XVIII de William Paca, Annapolis, Maryland; los contornos del jardín han sido determinados arqueológicamente.

Alexander Marshack (1972) de los modelos estacionales en el arte mobiliario asociado. Estos trabajos estimularon el descubrimiento y exploración de otros modelos en el registro arqueológico que habían sido ignorados por los arqueólogos procesuales, como la orientación de las tumbas neolíticas en Suecia (Tilley, 1984) y las similitudes en los modelos de las tumbas neolíticas y de las casas en el Neolítico de Europa occidental (Hodder, 1984a). Pero ningún arqueólogo ha descubierto aún cómo ir más allá de la especulación en la interpretación del significado cultural de esas regularidades durante los tiempos prehistóricos. Gallay (1986, pp. 198-200, 281) ha argumentado que no se puede hallar ninguna manera de demostrar una relación isométrica entre nuestras ideas sobre el pasado y las ideas que existieron en realidad en el pasado.

Los arqueólogos han tenido más éxito en relacionar los diseños de las casas y de los jardines en la Virginia colonial y en Nueva Inglaterra con valores y actitudes de clase documentados en los registros escritos de aquel período (Glassie, 1975; Deetz, 1977; Isaac, 1982; Leone, 1982). Esta experiencia es similar a la de los historiadores del arte que son capaces de hallar un orden en los temas y en los estilos de la estatuaria griega a lo largo del tiempo, pero, aunque pueden relacionarla con una estética cambiante y definible, no pueden entender el significado de esa estética sin los documentos escritos. Hodder (1982b, pp. 192-193; 1982d) ha investigado si el tratamiento de los desperdicios o bien de los diseños de las cerámicas puede descubrir regularidades en las interrelaciones culturales. Si tales regularidades pudieran hallarse, seguramente estarían basadas en la psicología humana. También indicarían modelos de comportamiento humano que interrelacionan los dos niveles (adaptativo y estilístico) que Gellner ha identificado. Estas relaciones todavía se consideran problemáticas.

El enfoque histórico directo ha facilitado el estudio del significado simbólico de los restos materiales durante los últimos milenios. R. L. Hall (1979) ha estudiado el material etnográfico y etnohistórico concerniente a las creencias religiosas nativas y al simbolismo, recogido desde el siglo XVII en el este de Norteamérica, para explicar la estructura de los túmulos funerarios de la cultura de Adena en esa región durante 1.500 años y para saber la razón por la cual ciertas clases de artefactos fueron incluidas en enterramientos de la cultura del Woodland medio. George Hamell (1983) ha utilizado las regularidades de los mitos de los iroqueses, los algonkienses y los sioux, registrados históricamente, para explicar el significado de la inclusión durante 6.000 años de cristales naturales, de objetos hechos de concha marina y cobre nativo, y otros materiales en contextos funerarios del este de Norteamérica, desde finales del período arcaico al período histórico. Ambos antropólogos ofrecen detalladas explicaciones simbólicas sobre las regularidades en las costumbres funerarias, para las que no pueden explicar en generalizaciones procedentes de interrelaciones culturales. El problema principal que plantea este trabajo es el de la verificabilidad. En los casos de Hall y Hamell, las pruebas se basan en la aplicabilidad de las analogías establecidas entre los datos etnográficos y los datos arqueoló-

gicos, los cuales, según razones sólidas, parecen estar históricamente relacionados. La evidencia de Hamell es particularmente convincente debido a que existe una prueba firme en el registro arqueológico de la continuidad en el uso de esos materiales desde su primera aparición en el período histórico. Recientemente, se ha utilizado la etnografía del pueblo San para indicar el sentido chamanístico de gran parte del arte rupestre africano y el significado de los símbolos específicos (Schrire *et al.*, 1986, p. 128). Con todo, en su estudio *Jewish Symbols in the Greco-Roman Period*, Erwin Goodenough (1953-1968) ha demostrado la falacia que significa suponer que las continuidades en iconografía indican necesariamente una continuidad en la mitología, ya que el significado que se otorga a las representaciones está tan sujeto al cambio a lo largo de los años como lo están las formas en que se simbolizan las creencias (Goff, 1963, p. xxxv). Pero la fuerte continuidad en el contexto cultural y en el sistema total de símbolos es un argumento muy fuerte a favor de la continuidad en los significados (Vastokas, 1987).

Hodder, al igual que Childe, también puso de relieve la importancia de las tradiciones culturales como factores que desempeñan un papel muy activo en la estructuración del cambio cultural. Estas tradiciones aportan gran parte del conocimiento, de las creencias y de los valores que influyen simultáneamente en el cambio económico y social, el cual a su vez las reforma. También pueden jugar un papel decisivo al frenar o promover cambios específicos. Esto se corresponde con la observación de Marx de que «los seres humanos hacen su propia historia... no bajo circunstancias elegidas por ellos mismos... sino con las que se tropiezan, proporcionadas y transmitidas directamente por el pasado» (Kohl, 1981b, p. 112). No es posible predecir el contenido de una tradición cultural con todos sus detalles específicos ni las trayectorias detalladas del cambio cultural. Pero cuando se conocen esas trayectorias a partir del registro arqueológico, se facilita la habilidad del arqueólogo para explicar lo que ocurrió en el pasado.

Tanto las versiones inspiradas en el marxismo como la arqueología contextual empezaron como críticas semiperiféricas, especialmente británicas, a las pretensiones imperialistas de la arqueología procesual norteamericana. Estas críticas se han generalizado entre los arqueólogos norteamericanos que han tomado conciencia de las contradicciones entre la retórica y la realidad de su propia sociedad a medida que ésta se ha hecho en los últimos años cada vez más reaccionaria y defensiva. La influencia de las ideas marxistas, normalmente de segunda o tercera mano, ha ayudado a revelar la rigidez mecánica de la teoría neoevolucionista, la cual trata a los seres humanos como instrumentos pasivos y no como los constructores de la historia. Existe una toma de conciencia creciente sobre la complejidad del cambio cultural, sobre la necesidad de enfocar este proceso en su totalidad y sobre la insuficiencia de la dicotomía entre historia y evolución. Las nuevas interpretaciones generalmente han tomado la dirección hacia un mayor idealismo y expresan dudas crecientes de la validez

de cualquier enfoque que tenga como objetivo el conocimiento del pasado.

Irónicamente estas ideas parecen reflejar otro estadio de la desesperanza creciente de aquellos que querrían cambiar la dirección de la sociedad norteamericana y que creen que cualquier cosa es posible para llegar a ese fin. Muchos de los marxistas *sui generis* perciben los factores ideológicos como refuerzo y defensa de las estructuras del capitalismo y parecen creer que las ideas en sí mismas pueden desencadenar o frenar el cambio social. El marxismo ortodoxo afirma que ese idealismo ingenuo condena a sus exponentes a la impotencia política. Esta tendencia hacia el idealismo en arqueología puede considerarse el equivalente secular de la preocupación creciente por la religión entre las clases medias norteamericanas en general y por tanto como otro hito en la desintegración de la confianza de esas clases en sí mismas (Harris, 1981). Hace tiempo, Engels postuló una correlación positiva entre la autoconfianza de las clases medias y su propensión a adoptar puntos de vista materialistas (Marx y Engels, 1957, pp. 256-280).

Aunque estos arqueólogos idealistas reconocen que el cambio sociocultural se desencadena a partir de una variedad de factores mentales, simbólicos y sociales, son reacios a aceptar el enfoque ilustrado de que el plan y la intencionalidad también desempeñan un papel significativo en ello, incluso si se admite que los efectos del cambio no son con frecuencia los que se preveían. Con todo, como Leach (1973, pp. 763-764) ha observado, nuestra «capacidad original para el habla» está estrechamente vinculada a formas no verbales de creatividad así como a la conciencia humana. Esto, añade, implica que los seres humanos no son sólo parte de un mundo gobernado por la «ley natural», ya que tienen una habilidad única para «trabajar» (praxis) que les permite alterar intencionalmente lo que les rodea. Dado que hacer planes y previsiones son características del comportamiento humano, no hay razón para que éstas no deban tener un papel significativo en cualquiera de las explicaciones del cambio social, aunque los condicionantes que canalizan y seleccionan el comportamiento no pueden ser ignorados. El error principal de los filósofos de la Ilustración y de los evolucionistas unilineales del siglo XIX fue el papel autónomo asignado a la creatividad humana. En el futuro, uno de los debates fundamentales podría establecerse entre los materialistas, que identifican el locus endógeno principal del cambio con las relaciones de producción, y los idealistas, quienes lo identifican con la intencionalidad pura. Pero el tratamiento de estos conceptos no se presenta a modo de dicotomía.

En Norteamérica, la arqueología prehistórica como conjunto todavía no se ha despegado suficientemente del neoevolucionismo como para verse a sí misma, no como una rama de la antropología, sino como una técnica que estudia el pasado dentro de una disciplina más amplia llamada prehistoria. Esta postura es la que comúnmente se ha adoptado en Europa, y en el pasado ha sido debatida positivamente por cierto número de arqueólogos norteamericanos, entre los cuales se ha de citar a Irving Rouse (1972). Hay un reconocimiento crecien-

te de que los esqueletos humanos que estudia la antropología física pueden decirnos mucho más sobre la dieta prehistórica que los análisis de flora y fauna (Cohen y Armelagos, 1984) y todavía más acerca de la exogamia de las bandas que el estudio de los estilos artefactuales (Kennedy, 1981). Pero no se tiene consciencia suficiente sobre el valor de combinar el estudio de los datos arqueológicos con la lingüística histórica, las tradiciones orales, la etnografía histórica y el registro histórico, aunque está claro que muchos problemas arqueológicos pueden resolverse de esta manera. En los estudios norteamericanos sobre la prehistoria africana, existe una fuerte tradición interdisciplinaria en este sentido (Murdock, 1959a; D. McCall, 1964). Lo mismo se puede decir de Polinesia (Jennings, 1979). Joyce Marcus (1983b) sigue a J. E. S. Thompson (1898-1975) al argumentar los beneficios de un enfoque de este tipo en la investigación sobre los mayas. La renuencia parece proceder de la perspectiva, ampliamente sostenida por los arqueólogos procesuales, de que su disciplina debe basarse lo más exclusivamente posible en el estudio de la cultura material. Aunque la mayoría de ellos coinciden en que el objetivo final de la arqueología es comprender el comportamiento humano y el cambio cultural, persiguen la máxima autonomía para su disciplina, confiando sólo en generalizaciones universales sobre las relaciones entre la cultura material y el comportamiento humano para traducir los datos arqueológicos en información sobre ese comportamiento. Este deseo de dar un empuje al potencial interpretativo de la arqueología tanto como sea posible, sin confiar en la información que sobre el pasado pueden proporcionar las otras disciplinas, está en parte justificado por el temor a que los enfoques interdisciplinarios degeneren en un ejercicio de diletantismo. Pero esas preocupaciones no anulan el valor de la investigación interdisciplinaria, teniendo en cuenta que esos estudios pueden explotar al límite el potencial histórico de cada disciplina, utilizando sus propios datos y métodos antes de intentar comparaciones de hallazgos.

La toma de consciencia creciente de que muchos aspectos del comportamiento humano en el pasado pueden ser entendidos a través de correlaciones de naturaleza más específicamente cultural, en último término podrá sugerir las limitaciones de un enfoque puramente arqueológico y alentar a los arqueólogos a intentar descubrir cómo pueden combinarse otros tipos de información con los datos arqueológicos para promover un mejor conocimiento del pasado. El resultado será una versión aún más amplia y enriquecida del contextualismo. Implementar esta clase de enfoque requiere cultivar una gama mucho más amplia de intereses culturales que han sido asociados a la arqueología procesual. En su libro sobre la ciudad inca de Huánuco Pampa, Craig Morris y Donald Thompson (1985, pp. 58-59) se complacen en describir la *ushnu* o plataforma del centro de la ciudad como una estructura relacionada con los aspectos de la vida ceremonial. Si bien discuten su utilización en las ceremonias de Estado, no se percatan de que la *ushnu* simbólicamente era el lugar donde se encontraban los poderes del cielo y la tierra y de que el control de esos

poderes era la atribución central del Estado (Gasparini y Margolies, 1980, pp. 264-280).

La arqueología como ella misma

En las corrientes principales de la arqueología occidental ha habido una toma de consciencia creciente de las cualidades distintivas de los datos arqueológicos y de la necesidad de comprender esas cualidades si lo que se persigue es que la arqueología proporcione una información fiable sobre el comportamiento humano. En Inglaterra, esto ha tomado la forma de un incremento de la consciencia acerca de las diferencias entre los métodos arqueológicos y los métodos históricos (Clarke, 1968, pp. 12-14) y en América ha supuesto la convicción creciente de que la arqueología es diferente de la etnología y de las otras ciencias sociales. La diferencia más obvia es que la arqueología prehistórica es la única ciencia social que no tiene acceso directo a información sobre el comportamiento humano. Al contrario que los economistas, los científicos de la política, los sociólogos y los etnólogos, los arqueólogos no pueden charlar con la gente que estudian u observar sus actividades. A diferencia de los historiadores, no poseen relatos escritos sobre lo que pensaban o hacían los seres humanos en los tiempos prehistóricos. Todo eso debe inferirse en la medida de lo posible a partir de los restos de lo que hicieron y usaron.

Se ha reconocido durante largo tiempo que el registro arqueológico contiene normalmente muestras, de ninguna manera exhaustivas, de los restos materiales del pasado. En 1923, John Myres (1923a, p. 2) observó que esas muestras consistían en el material que «la gente de cada generación desechaba». En su obra *Archaeology and Society*, Grahame Clark (1939) examinó en gran detalle los factores que influyen en la conservación de los datos arqueológicos. En su inicial entusiasmo, los seguidores de la Nueva Arqueología tendieron a dar por supuesto que el registro arqueológico, si se interpretaba adecuadamente, ofrecía un retrato relativamente completo y poco distorsionado de las sociedades de las cuales era producto. Pero gradualmente, siguiendo a Robert Ascher (1961, p. 324), estos arqueólogos se dieron cuenta de que los artefactos se hacían, utilizaban, y con frecuencia se desechaban, en contextos diferentes, y no todos ellos estaban representados por un igual en el registro arqueológico. Los yacimientos arqueológicos se distorsionaban o destruían debido a actividades humanas y a procesos naturales subsiguientes, y finalmente la recuperación de la información arqueológica dependía de los conocimientos, intereses y recursos del arqueólogo. Conocer qué ocurría en cada uno de estos estadios era vital para el conocimiento de las limitaciones y del significado del registro arqueológico.

El primer gran paso hacia la formalización de este conocimiento lo dio David Clarke en 1973 en su artículo titulado «Archaeology: the loss of innocence» (Clarke, 1979, pp. 83-103). En él decía que la arqueología seguiría siendo

una «forma irresponsable de arte» a menos que se sistematizase un cuerpo de teoría que relacionase los restos arqueológicos con el comportamiento humano. La base para una sistematización de ese calibre era el reconocimiento de que los arqueólogos poseían sólo una pálida muestra de todo aquello que se proponían estudiar. Esta observación tomó la forma de un comentario memorable de Clarke, en el que decía que la arqueología era «la disciplina con teoría y práctica para la recuperación de modelos inobservables de comportamiento homínido a partir de huellas indirectas representadas en muestras malas» (p. 100). La interpretación científica de los datos arqueológicos depende del reconocimiento de que, de toda la gama de modelos de actividad de los homínidos y de los procesos ambientales y sociales que ocurrieron en el pasado, los arqueólogos sólo tienen acceso a la muestra de los restos materiales asociados que se han depositado en el registro arqueológico, que han sobrevivido para ser recogidos, y que han podido ser recuperados. Clarke definió cinco cuerpos de teoría que los arqueólogos empleaban intuitivamente en sus saltos interpretativos de los datos excavados hasta la memoria final. El primero era la teoría predeposicional y deposicional, que cubría las relaciones de las actividades humanas, los modelos sociales y los factores ambientales entre ellos y con las muestras y las huellas depositadas en el registro arqueológico. La teoría posdeposicional trata de los procesos naturales y humanos que afectan el registro arqueológico, como la erosión, la putrefacción, los movimientos terrestres, los saqueos, el cultivo y la reutilización de la tierra. La teoría de la recuperación trata de las relaciones entre lo que sobrevive en el registro arqueológico y lo que se recupera. Se trata en gran medida de una teoría de muestreo, procedimientos de excavación y estrategias flexibles de respuesta. La teoría analítica supone el tratamiento operacional de los datos recuperados incluyendo la clasificación, la creación de modelos, las pruebas y los estudios experimentales. Finalmente, la teoría interpretativa trata de las relaciones entre los modelos arqueológicos establecidos a nivel analítico y los modelos antiguos ambientales y de comportamiento directamente inobservables. Así, la teoría interpretativa infiere los procesos que la teoría predeposicional explica. Clarke creía que el desafío al que se enfrentaban los arqueólogos era el desarrollo de un corpus de teoría apropiado para cada una de estas categorías. Sólo una pequeña porción, relativa principalmente a los niveles predeposicional e interpretativo, podía derivarse de las ciencias sociales. El resto tenía que extraerse de las ciencias biológicas y físicas. Era necesaria la totalidad de este corpus, junto con la teoría metafísica, epistemológica y lógica relativa a las operaciones arqueológicas, para poder hacer de la arqueología una disciplina científica.

En los Estados Unidos, Michael Schiffer (1976) fue el pionero, independientemente, de un enfoque análogo aunque menos inclusivo (no abarcaba el nivel analítico de Clarke), que llamó «arqueología conductista». Proponía que los datos arqueológicos eran materiales con relaciones estáticas que habían sido producidos por sistemas culturales y sujetos a la operación de procesos no cul-

turales. Debido a estos dos conjuntos de procesos, el registro arqueológico «es un reflejo distorsionado de un sistema conductista pasado» (p. 12). El desafío propuesto a los arqueólogos fue eliminar esa distorsión para obtener un conocimiento preciso del comportamiento pasado. Schiffer era optimista en cuanto a esto, ya que se controlaban tres conjuntos de factores. El primero era el de las «correlaciones», que relacionan los objetos materiales o las relaciones espaciales de los contextos arqueológicos con tipos específicos de comportamiento humano. Las correlaciones permiten a los arqueólogos inferir cómo se hicieron, utilizaron y reciclaron los artefactos, con frecuencia de manera extremadamente compleja, en las sociedades vivas. Si se congelase un sistema cultural en un momento específico del tiempo, como hasta cierto punto sucedió en la ciudad de Pompeya como resultado de haber sido enterrada bajo las cenizas del Vesubio en el año 79 d.C., y se conservase perfectamente, no se habrían de tener en cuenta factores adicionales para poder comprender la vida en aquel momento. Pero la interpretación de los yacimientos arqueológicos requiere normalmente que los arqueólogos tengan en cuenta los procesos de formación del yacimiento, hecho que implica determinar cómo se transfirió el material de un contexto sistémico a un contexto arqueológico y qué le sucedió a aquel material en el registro arqueológico. Los «procesos de formación cultural», o *C-transforms*, intentan conocer los procesos por los cuales se desechan los ítems como operación normal de un sistema cultural. A través de un estudio detallado de los porcentajes de desecho, de los lugares de desecho, de las probabilidades de pérdida y de las prácticas funerarias, los *C-transforms* pueden predecir los materiales que se depositarán o no en el registro arqueológico de un sistema social y así establecer un conjunto de relaciones que permitirán a partir de sus restos y de manera precisa inferir el sistema cultural. La investigación etnográfica sobre los problemas de este tipo sugiere que los artefactos y los desechos de los artefactos se abandonan en las sociedades estacionales de cazadores-recolectores con mucha más probabilidad en los lugares donde se han usado, y cuando se trata de sociedades más grandes y sedentarias, la disposición de los desechos está más organizada (Murray, 1980).

El hecho de que gran número de artefactos sean hallados en contextos de desechos y no en su contexto de uso o manufactura ha estimulado gran parte de la investigación etnoarqueológica que tiene como objetivo descubrir regularidades en los modelos de deposición de desechos. También impulsó ciertas observaciones según las cuales la arqueología debía ser, por necesidad, una ciencia de los desperdicios. J. A. Moore y A. S. Keene (1983, p. 17) han llegado a afirmar que los estudios de los procesos de formación de los yacimientos están en «la agenda arqueológica de los años ochenta». Otros estudios intentan determinar las transformaciones que sufren los artefactos durante el curso de su utilización. Los instrumentos de piedra tienen muchas más probabilidades de ser reutilizados intensivamente en aquellos yacimientos que no tienen acceso a la materia prima que en aquellos que están próximos a esos recursos (Bin-

ford, 1983a, pp. 269-286). Los *C-transforms* también incluyen acciones humanas posdeposicionales, como el cultivo o el saqueo, que pueden estar distorsionando el registro arqueológico. Todo esto se puede predecir normalmente, por ejemplo que los ladrones se lleven los objetos de oro de los sepulcros y no los objetos que están hechos de materiales comunes. Finalmente, los procesos de formación no culturales, o *N-transforms*, permiten a los arqueólogos determinar las interacciones entre los materiales culturales y los aspectos del medio ambiente no cultural, de donde son recuperados. Schiffer argumenta que si se averigua la manera como funcionaban los datos arqueológicos dentro de los contextos sistémicos, la forma en que entraron a formar parte del registro arqueológico y cómo éste los transformó, los arqueólogos deberían ser capaces de eliminar las «distorsiones» causadas por los procesos de formación e inferir el contexto sistémico original en que funcionaron los artefactos. Esto puede llevarse a cabo formulando leyes sobre las relaciones entre la cultura material, por una parte, y el comportamiento humano y las fuerzas naturales, por otra. Estas leyes incluirían muchas generalizaciones empíricas de bajo nivel. Esto ha llevado a Binford (1983a, p. 237) a tachar a Schiffer principalmente de inductista.

Binford (1983a, p. 235) ha desafiado el enfoque de Schiffer al argumentar que el registro arqueológico no puede ser «una distorsión de su propia realidad». Mantiene que el desafío de la interpretación arqueológica es considerar el material «distorsionado» como una parte significativa del registro arqueológico y que la mayoría de los *C-transforms* de Schiffer, como por ejemplo la limpieza periódica de los hogares, se trataban de actividades cotidianas. Pero como Schiffer persigue llegar a la comprensión de los procesos, no parece razonable sugerir que trate los sistemas culturales pasados como si se hubieran congelado en el tiempo. Lo que Binford sí demuestra es que constituye una ingenuidad creer que los arqueólogos pueden purgar totalmente el registro arqueológico de los varios procesos desorganizativos que controlan su formación y, habiendo realizado esa tarea, reconstruyan el sistema cultural como Schiffer propone. El enfoque de Schiffer ha dado lugar a una gran cantidad de investigación que ha producido un conocimiento más profundo del significado conductista de los datos arqueológicos. Previamente, factores como los porcentajes de desechos eran raramente considerados por los arqueólogos excepto para el estudio de los huesos de animales. Cada vez se tiene más en cuenta que muchos procesos culturales son tan complejos y variados y que las ocasiones de equifinalidad son tantas que la neutralización de las influencias de la distorsión no pueden ofrecer una interpretación completa del registro arqueológico desde un punto de vista conductista (Von Gernet, 1985; P. Watson, 1986, p. 450). A medida que se va aceptando la diversidad del comportamiento humano y que el neoevolucionismo empieza a estar en decadencia, esta limitación tiende a tomarse como algo inherente a los datos y no como una debilidad metodológica. Por tanto, aunque los arqueólogos continúan aplicando con prove-

cho el enfoque de Schiffer, muchos de ellos no confían en que se pueda llegar a realizar todo su programa.

Binford (1977, 1981) también ha contribuido con su teoría de alcance medio a que exista una toma de consciencia creciente sobre la especificidad de la arqueología frente a la antropología. Argumenta que la dependencia que tuvo en el pasado el conocimiento arqueológico del comportamiento humano de la inferencia más que de la observación directa, con frecuencia arroja una sombra de sospecha sobre la independencia de las observaciones y de las explicaciones y conduce a la falacia de «confirmar lo consecuente» (1981, p. 29). A partir de ahí, concluye que los arqueólogos no pueden utilizar el registro arqueológico o el pasado adivinado a través de inferencias para probar sus premisas o asunciones. Para desarrollar medios fiables de conocimiento del pasado se deben poner en marcha investigaciones de alcance medio, que consisten en estudios realistas diseñados para controlar las relaciones entre las propiedades dinámicas del pasado, las cuales se intenta conocer más a fondo, y las propiedades estáticas de los materiales, comunes al pasado y al presente. Como en sus primeros trabajos, Binford considera que la llave para la comprensión de los datos arqueológicos desde una perspectiva positivista está en el establecimiento de correlaciones válidas entre la cultura material, que puede ser observada por los arqueólogos, y el comportamiento, que no puede serlo. Pero su presente formulación distingue claramente entre la teoría general, que intenta explicar el comportamiento humano, y la teoría de alcance medio, que intenta inferir ese comportamiento a partir de los datos arqueológicos. La teoría de alcance medio concierne, por tanto, sólo a la arqueología, al contrario que la teoría general, que constituye un patrimonio común de todas las ciencias sociales.

La teoría de alcance medio abarca actividades de identificación, como la distinción de las diferentes clases de habitaciones, escondrijos o campamentos base, así como el diagnóstico de las funciones económicas, sociales e ideológicas de los artefactos. También incluye la identificación de modelos de comportamiento humano ya que pueden relacionarse con la organización familiar, la estructura de los poblados y las relaciones políticas, aunque en este caso cada vez se respeta más la observación hecha hace tiempo por David Aberle (1968) de que ciertos conceptos, que pueden ser muy útiles para la interpretación etnográfica, pueden no ser demasiado válidos para la interpretación de los datos arqueológicos. Por ejemplo, los arqueólogos encuentran más fácil tratar con categorías conductistas, como la residencia matrilocal, que con conceptos como la descendencia matrilineal. La teoría de alcance medio también subsume el estudio de los procesos culturales y naturales de formación del yacimiento. Así, contempla el estudio de las regularidades de los procesos físicos y del comportamiento humano. En gran parte de sus investigaciones más importantes de los últimos años Binford (1984) ha utilizado argumentos sobre los procesos de formación de los yacimientos para poner en tela de juicio el origen humano de muchos de los modelos observados en el registro arqueológico del Paleolítico

superior. Ha mostrado que muchos de los datos interpretados como evidencia de caza mayor o indicios de prácticas carroñeras podrían ser meras asociaciones accidentales de huesos con actividades humanas. Aunque estas investigaciones aún no han cuajado, Binford ha llamado la atención sobre la validez de algunas interpretaciones aceptadas durante largo tiempo sobre el comportamiento de los primeros homínidos. También ha demostrado que, al apoyar ciertas teorías sobre el comportamiento humano, los arqueólogos no han aportado posibles alternativas o bien no han analizado los datos de manera suficiente.

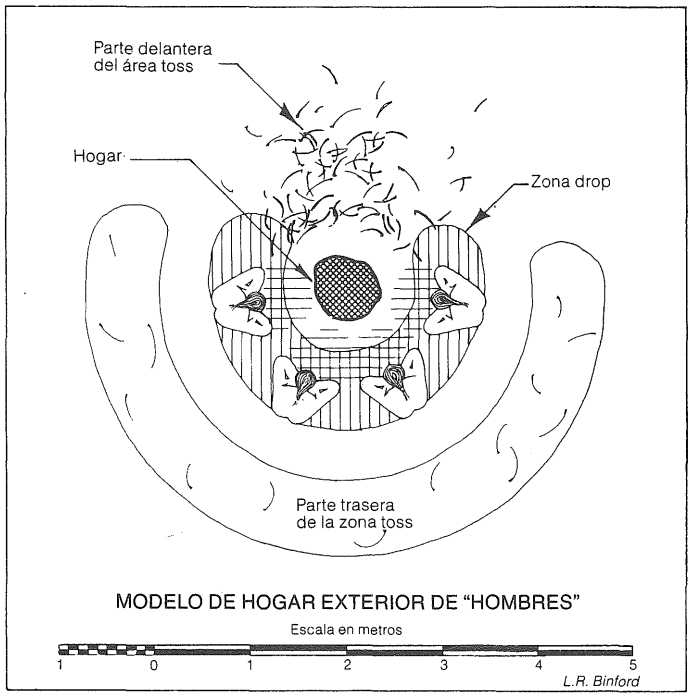
La teoría de alcance medio de Binford ha estimulado una cantidad cada vez mayor de investigaciones etnoarqueológicas así como experimentos sobre la manufactura y el uso de los instrumentos prehistóricos. Ruth Tringham (1978) ha expuesto cómo estos dos enfoques pueden combinarse con provecho para ambos, ampliando así un argumento avanzado ya por Sven Nilsson ciento cincuenta años antes. El mismo trabajo de Binford (1978) ejemplifica la cuidadosa aplicación de la investigación etnoarqueológica a los problemas arqueológicos. Su deseo de entender el comportamiento de la bien documentada variabilidad de los conjuntos musterienses de Europa occidental le llevó a realizar trabajos de campo con los modernos grupos cazadores de Alaska. Por tanto, ha aplicado todo lo que aprendió sobre comportamiento espacial y económico a una serie completa de problemas relacionados con la arqueología paleolítica del Viejo Mundo (Binford, 1983b).

Han sido identificadas al menos dos dificultades principales relativas al uso de la teoría de alcance medio. La primera objeción es que los estudios etnoarqueológicos «dependen de la teoría» y «se hallan en relación a paradigmas» (Wylie, 1989). Al igual que en arqueología, aquello que se acepta como correlación válida está en parte influido por los prejuicios del investigador. La ventaja principal de la etnoarqueología, o de los estudios etnográficos, es que el comportamiento se observa, no se infiere, de ahí que hayan muchas menos probabilidades de que se multipliquen las especulaciones.

Un segundo problema relacionado es la relevancia de la teoría de alcance medio para las interpretaciones arqueológicas. Binford es consciente de que utilizar las regularidades que se dan en el presente para explicar el pasado implica una serie de asunciones uniformistas y sostiene que esos estudios deben estar apoyados en una argumentación. Sugiere, por ejemplo, que las características ecológicas y anatómicas de las especies todavía existentes pero que fueron ya explotadas por los seres humanos del pasado son «objetos perdurables para los cuales las asunciones de uniformidad deberían ofrecer sólidas garantías» (Binford, 1981, p. 28) y expresa la esperanza de que se elaboren otras esferas a medida que progresa la investigación. Otros arqueólogos ven en estas asunciones uniformistas un gran acto de fe, como aquellas que Binford sugiere que afirman lo consecuente (P. Watson, 1986, pp. 447-448). Las asunciones uniformistas tienen sus peligros. Uno de ellos es la ignorancia de lo que está ocurriendo en el presente. Los científicos pueden comprender mal el pasado debido a que

no tienen en cuenta los procesos de largo plazo, como pasó con la geología antes del reconocimiento de las placas tectónicas y de la deriva continental. Otro problema es que los científicos sociales pueden considerar como universales características del comportamiento humano que quizás sólo se dan durante un estadio particular de su desarrollo cultural. Los marxistas, quienes creen que la naturaleza humana se altera sustancialmente en el cambio evolutivo, son más reacios a hablar de rasgos universales del comportamiento humano que los arqueólogos, los cuales presuponen, como los filósofos de la Ilustración, que el comportamiento humano permanece inalterable frente al cambio social. También pueden surgir problemas en la aplicación de las analogías, ya que los arqueólogos son incapaces de distinguir aquello que es característico de la humanidad en general (o de un modo de producción particular) y aquello que es específico sólo de culturas históricamente documentadas. Los antropólogos siguen siendo igualmente incapaces de distinguir a partir de bases teóricas entre las analogías, resultantes de una evolución convergente, y las homologías, que deben sus similitudes a relaciones históricas. Por el contrario, deben llevar a cabo todo esto de manera empírica, utilizando evidencia histórica y arqueológica. La variedad de fuerzas que desencadenan el cambio social también complica la cuestión de qué sociedades modernas sirven como verdaderas analogías de las prehistóricas. También se ha observado ya que, aunque Binford descubrió que los modelos de asentamiento de los cazadores-recolectores en latitudes altas compartían muchas características de los cazadores-recolectores de latitudes más cálidas, todas estas sociedades norteñas ya llevaban muchos años proporcionando pieles a los europeos cuando los antropólogos las estudiaron. No sabemos si los rasgos comunes que Binford describió representan una adaptación ecológica que se remonta en el pasado miles de años o si se ha desarrollado en los últimos siglos como consecuencia de las nuevas relaciones económicas. En este caso, los datos arqueológicos sobre los asentamientos prehistóricos son esenciales para hacer agudas penetraciones en el significado del desarrollo de los modernos modelos de comportamiento y para producir argumentos convincentes y seguros. Pero, a pesar de estos escarmientos, un rechazo general del uniformismo puede ser mucho más peligroso para el desarrollo de la arqueología que lo contrario. Aparte de este problema, la teoría de alcance medio es un útil recurso para la interpretación de los datos arqueológicos.

Otra importante limitación radica en que el comportamiento humano es mucho menos uniforme de lo que Binford, un neoevolucionista, sigue creyendo. Todavía se necesita mucha documentación etnográfica antes de que podamos estar de acuerdo con su afirmación de que todos los cazadores-recolectores utilizan el espacio de su campamento de la misma manera, produciendo rasgos fácilmente identificables como zonas de dormitorio, zonas *drop* y *toss* y zonas de desperdicios agregadas, y de ahí proceder a interpretar todos los yacimientos arqueológicos paleolíticos de la misma manera, según los modelos derivados de los bosquimanos y de los nunamiut (Binford, 1983b,



50. Modelo de zonas *drop* y *toss* desarrolladas por Binford en su estudio etnoarqueológico de los nunamiut de Alaska.

pp. 144-192). Incluso aunque el uso del espacio del campamento parezca ser relativamente uniforme, hay muchos aspectos del comportamiento humano que no pueden explicarse a partir de generalizaciones universales, ya sean concernientes al comportamiento en general o a sociedades que se hallan en un nivel específico de desarrollo (Watson *et al.*, 1984, p. 264). Por tanto, como han propuesto Hodder y otros arqueólogos estructuralistas, es más probable que las explicaciones más culturalmente específicas desempeñen un importante papel, junto a la teoría de alcance medio de Binford, en la explicación de los datos arqueológicos (von Gernet y Timmins, 1987).

Finalmente, hay un enfoque, más estrechamente empirista, defendido por André Leroi-Gourhan (1968) y más recientemente por Robert Dunnell (1971, 1982b), que intenta cortar los vínculos de la arqueología con la etnología y la antropología sociales, y quizás con las ciencias sociales en general. Se aduce que estas relaciones han producido un punto de vista bastante imperfecto de la interpretación arqueológica, basado en la analogía etnográfica. Creen que el registro arqueológico debe ser comprendido en sus propios términos. Aun-

que Dunnell reconoce que este enfoque no puede abarcar aspectos del registro arqueológico que representan más el estilo que la función, cree que facilita el estudio de sectores de datos arqueológicos relativos a la evolución que se consideran explicables según variables biofísicas (cf. Wylie, 1985b; Watson, 1986, pp. 444-446). Otros arqueólogos han propuesto explicar los datos arqueológicos empleando principios derivados de la sociobiología (Nash y Whitlam, 1985), postura que Dunnell (1980a, pp. 60-66) ha repudiado específicamente. Ambos enfoques requieren un esbozo arbitrario de lo que es importante y lo que no en el comportamiento humano y que se ignoren los rasgos únicos de ese comportamiento que se han desarrollado en el curso de la evolución biológica. Pero lo más destacado es que no se ha demostrado que los datos empíricos de la arqueología puedan ser interpretados de forma conductista sin recurrir a alguna clase de analogías (P. Watson, 1986, p. 446). Aunque se llevan a cabo numerosos trabajos experimentales, por ejemplo bajo la forma de trazas de uso, las inferencias sobre el comportamiento humano penetran en todos los niveles de esas investigaciones y su aplicación en la interpretación de los datos arqueológicos. El peligro es que las analogías de sentido común no críticas pueden sustituir sin garantías a otras mucho más serias basadas en estudios etnográficos e históricos. Las preocupaciones sobre los peligros del uso de analogías etnográficas no han generado una alternativa creíble.

Normalmente existe muy poco interés por la importancia de las clasificaciones formales de los artefactos para el estudio de otros problemas que no sean la cronología y la clasificación cultural. El significado de la variación formal para el conocimiento de los aspectos ecológicos, sociales, políticos, étnicos, simbólicos y relativos a las ideas en las culturas prehistóricas aún está por establecer (Gardin, 1980; C. Carr, 1985). Hasta que esas dimensiones no puedan ser distinguidas formalmente en el registro arqueológico, todavía estará por explotar una técnica que salve el vacío existente entre la esfera arqueológica y la esfera del comportamiento.

Conclusiones

La toma de conciencia creciente de que la arqueología se diferencia metodológicamente de las otras ciencias sociales debido a su incapacidad para observar el comportamiento humano directamente, en particular como queda representado por la teoría de alcance medio de Binford, se puede poner en paralelo con los argumentos avanzados por Klejn y sus colegas en la Unión Soviética acerca de que los datos arqueológicos, antes de que puedan utilizarse para resolver problemas históricos, deben ser entendidos en su propio terreno. En ambos casos la cuestión que surge es si un cuerpo de teoría estrictamente arqueológica interesada en inferir el comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos puede ser más objetivo que las teorías de alto nivel que se preo-

cupan de explicar el comportamiento humano y que están demostrablemente influidas por los problemas sociales contemporáneos en los que se mueve el arqueólogo. Que los arqueólogos de todo el mundo, sin tener en cuenta su orientación política, parezcan estar dispuestos a adoptar las innovaciones interpretativas de cada uno aunque mantengan diferentes enfoques de alto nivel sobre el comportamiento humano, sugiere que hasta cierto punto la teoría de alto nivel y las operaciones utilizadas para inferir el comportamiento humano de los datos arqueológicos pueden recibir relativamente poca influencia referente a prejuicios sociales. Con todo, la formulación de la teoría de alcance medio implica el uso de conceptos que adquieren su significado en ámbitos sociales. Esto indica que la diferenciación entre la teoría de alcance medio y la teoría general puede no ser tan grande en este sentido como muchos arqueólogos creen.

Aunque algunos arqueólogos mantienen que las formas deterministas de evolucionismo están «volviendo a centrar el panorama» (Dunnell y Rindos, 1984, p. IX), la mayoría de sus colegas norteamericanos y europeos parecen estar cada vez más convencidos de que el comportamiento humano es complejo y que explicar su desarrollo requiere nada menos que explicar el curso de la historia humana en toda su desconcertante diversidad y especificidad. En sus manifestaciones más extremas, estas ideas están dirigiéndose hacia el particularismo histórico, doctrina que concuerda con la ofuscación y el desánimo intelectual con respecto a los cambios constructivos efectivos y que está muy extendido en la cultura popular norteamericana. Pero la mayoría de los arqueólogos norteamericanos parecen poco propensos a rechazar los logros de los últimos treinta años y abrazar una forma de neoboasianismo, aunque crean que el neoevolucionismo de los años sesenta ya no se puede sostener. Parecen estar abandonando la idea de que sólo vale la pena estudiar aquellos aspectos recurrentes en la interrelación cultural, y adoptando la que se refiere al conocimiento de las secuencias específicas de desarrollo en toda su complejidad histórica, así como también pierde puntos la creencia de que la predicción es la única forma de explicación. Al mismo tiempo parece que los arqueólogos siguen preocupándose por esbozar y explicar las regularidades de interrelación cultural del comportamiento humano y a utilizar esas explicaciones, cuando son apropiadas, para entender las secuencias específicas de desarrollo (P. Watson, 1986, pp. 442-443). En el futuro, la teoría evolucionista probablemente no sólo se preocupará por las regularidades que exhiben las sociedades a medida que se desarrollan de un nivel a otro, sino también por la manera en que se influyen mutuamente las sociedades adyacentes interactivas que se hallan en niveles diferentes de desarrollo. Por vez primera tendremos una teoría evolucionista que sea capaz de explicar las relaciones coloniales pasadas y presentes y, por tanto, algunos de los procesos básicos que han llevado al desarrollo de la antropología y de la arqueología prehistórica. Finalmente, los arqueólogos occidentales son propensos a adquirir cada vez más conciencia de las relaciones entre los grupos y los individuos que estudian el pasado y la manera en que lo enfocan, hecho

que debería revelar claramente a los arqueólogos la naturaleza de las sociedades occidentales contemporáneas en las que viven.

La percepción futura de la causalidad es más difícil de predecir. Hay buenas razones para pensar que, si persiste el énfasis suficiente sobre el conocimiento de las regularidades de interrelación cultural, los arqueólogos continuarán considerando los factores materiales como condicionamientos significativos del comportamiento humano y, por tanto, como influencias principales en la formación del desarrollo cultural. Con toda probabiblidad se pondrá menos énfasis sobre los factores tecnológicos y económicos específicos y más sobre las relaciones económicas más amplias, así como sobre los condicionantes de las organizaciones sociales y políticas derivados de la Teoría General de Sistemas. Ideologías, creencias y tradiciones culturales generalmente se considerarán parte de un contexto en el que tendrá lugar el cambio económico. Lo que no está claro es la importancia que se concederá a estos factores y si se interpretarán como operantes dentro de las fuerzas impuestas por las condiciones sociales y económicas o como promotores de cambios culturales importantes dentro de una dirección más independiente. No es probable que haya unanimidad en este sentido. También es incierto si los conceptos como planificación, intencionalidad o predicción, desempeñarán un papel importante en la comprensión del cambio cultural dentro de un marco materialista o no materialista, ya que son teóricamente compatibles con ambos. Para ello, los arqueólogos tendrán que adoptar un papel mucho más crítico con respecto a su medio social.

Suceda lo que suceda, el creciente sentido de unidad y complementariedad del historicismo y del evolucionismo en la arqueología occidental debería llevar a las explicaciones arqueológicas más allá del vulgar materialismo de la arqueología procesual, del idealismo estéril del particularismo histórico y del pseudomarxismo de los enfoques estructuralistas y críticos. Este cambio moderado, que seguiría al corto período de ascenso del neoevolucionismo, contrastaría con el viraje radical desde el evolucionismo unilineal al particularismo histórico de finales del siglo XIX y los largos períodos en que cada una de estas posiciones extremas era la dominante. Si hoy día no ocurre un cambio tan radical es en parte porque los arqueólogos han aprendido de la experiencia y consideran improductivas las posturas extremas con respecto al comportamiento humano. Esto sugiere que el cuerpo de procedimientos que se ha desarrollado dentro de la arqueología occidental está ya suficientemente maduro como para influir en la interpretación de sus datos, a veces en clara oposición con las creencias y valores externos.

10. LA ARQUEOLOGÍA Y SU CONTEXTO SOCIAL

> Simplemente, no existe en el presente ningún conjunto de procedimientos o normas objetivas o explícitas por las que se pueda establecer la influencia de intereses ocultos sobre el pensamiento y las creencias. Pero todavía parece posible en muchos casos identificar la operación de intereses ocultos por parte de un enfoque experimental, subjetivo.
>
> BARRY BARNES, *Interests and the Growth of Knowledge* (1977), p. 35.

Hemos llegado ya al punto donde podemos discutir el significado de la historia de la arqueología para comprender la naturaleza de la interpretación arqueológica y valorar el grado relativo de objetividad y subjetividad de la disciplina. Estas cuestiones son importantes para determinar el papel al que puede aspirar la arqueología en la historia humana. ¿Está restringido a reflejar la sociedad y participar pasivamente en los movimientos políticos que transforman nuestras vidas, o acaso puede, como esperaba Childe (1946b, 1947b), jugar un papel importante junto al estudio de la historia en la creación de una «ciencia de progreso» más objetiva que ayude a dilucidar cuestiones sociales de importancia y guíe a la humanidad hacia un futuro mejor?

LOS OBJETIVOS DE LA ARQUEOLOGÍA

En los últimos años se ha debatido mucho sobre el objetivo último de la investigación arqueológica. Arqueólogos con gran carga positivista, como Dunnell (1971, pp. 120-121), destacan que ese objetivo debe ser explicar el registro arqueológico. Clarke (1968) tenía una visión más amplia de la arqueología y la consideraba el núcleo potencial de una ciencia general de la cultura material, pasada y presente, que complementaría la antropología social y cognitiva. Schiffer (1976, p. 4) ha argumentado de manera similar que «el sujeto de la arqueología son las relaciones entre comportamiento humano y cultura material en

todos los tiempos y lugares». Pero otros arqueólogos se inclinan por restringir ese papel a la arqueología histórica (Deagan, 1982, p. 167) y Binford (1981, p. 28) objeta que ése no puede ser el foco central de la arqueología «¡ya que el registro arqueológico no contiene en absoluto información directa sobre esa materia!». Daniel (1975, pp. 370-376) sostiene que restringir la disciplina al estudio de los restos materiales sería cultivar un nuevo tipo de anticuarismo centrado en los artefactos. La mayoría de arqueólogos continúan contemplando la arqueología como un medio para estudiar el comportamiento humano y el cambio cultural en el pasado, aunque están lejos de coincidir en lo que eso implica.

Estas definiciones varias de los objetivos últimos de la arqueología tienen implicaciones significativas en el establecimiento del alcance de lo que se consideran las actividades arqueológicas. Tradicionalmente, la arqueología se ha equiparado con la recuperación, el análisis y la interpretación de los restos materiales del pasado humano. Pero la arqueología ha trascendido esos límites. Nadie ha cuestionado nunca la arqueología experimental, que aunque no estudia, estrictamente hablando, materiales del pasado, tiene una gran importancia para la interpretación arqueológica. Por otra parte, aunque los antropólogos han confiado durante largo tiempo en las analogías etnográficas para interpretar los datos arqueológicos, no ha sido hasta épocas recientes que se han llevado a cabo proyectos importantes de investigación etnoarqueológica, considerándolos como parte integral de la arqueología, en un esfuerzo por conocer más profundamente las relaciones entre la cultura material y el comportamiento humano (Binford, 1978; R. Gould, 1978, 1980; P. Watson, 1979; Hodder, 1982b). Lo mismo puede decirse de las actividades etnográficas llevadas a cabo por arqueólogos. Schiffer (1976, pp. 8-9) ha añadido a estas actividades el estudio de objetos pertenecientes a sociedades vivas en un esfuerzo por describir y explicar el comportamiento humano en el presente (véase también Reid *et al.*, 1974). Esto incluye investigaciones como la de William Rathje (1974), el Proyecto Basura, quien empleó técnicas de análisis arqueológico para estudiar los modelos cambiantes en el uso y deshecho de los recursos dentro de la moderna ciudad de Tucson, Arizona. Aunque se admite que en esos análisis se emplean métodos y experiencias arqueológicos, pocos arqueólogos están preparados para considerar este tipo de investigación como parte integral de su disciplina. La mayoría de arqueólogos continúan contemplando el estudio del pasado como el atributo esencial de la arqueología.

Pero aunque cada uno de los objetivos que hemos indicado constituyen prioridades en la investigación arqueológica, no son mutuamente exclusivos. No hay manera de poder comprender el registro arqueológico o la cultura material moderna sin ponerlos en relación con el comportamiento humano. Y a la inversa, si los arqueólogos quieren conocer a fondo el cambio cultural y el comportamiento humano en el pasado, deben hallar procedimientos nuevos y convincentes para inferir ese comportamiento a partir de los datos arqueológicos.

Sólo a través del estudio del comportamiento humano, la arqueología podrá relacionarse con las demás ciencias sociales.

ARQUEOLOGÍA: HISTORIA Y CIENCIA

Durante el curso de su desarrollo, la arqueología ha tenido relaciones especialmente estrechas con otras dos ciencias sociales: la historia y la antropología. Tradicionalmente la relación con la historia ha sido mucho más estrecha en aquellos momentos en que los arqueólogos estudiaban lo que creían eran los restos de sus propios ancestros o civilizaciones para las que se disponía de mucha documentación escrita. Sin embargo, se acercaba más a la antropología cuando el objeto de estudio era el Paleolítico, o bien culturas más recientes pero menos avanzadas tecnológicamente con las que normalmente no se tenían vínculos históricos. En los últimos años esta distinción se ha oscurecido en cierta medida ya que un número cada vez mayor de arqueólogos en Europa occidental se han dirigido a la antropología en un esfuerzo por comprender mejor las sociedades neolíticas, de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro.

La distinción disciplinaria entre historia y antropología, como hemos visto, tiene sus orígenes en consideraciones ideológicas. Los europeos del siglo XIX se veían a ellos mismos como progresistas por naturaleza y a los pueblos nativos a los que dominaban en régimen colonial, como inherentemente estáticos y, por tanto, fuera de los límites de la investigación histórica. Les ha llevado mucho tiempo a estas dos disciplinas estudiar las implicaciones de ese prejuicio, que sorprendentemente todavía se mantiene vivo (Trevor-Roper, 1966, p. 9). No hay razón alguna por la que los arqueólogos tengan que extraer todo su conocimiento del comportamiento humano casi exclusivamente de la antropología. Esta relación especial con frecuencia se justifica sobre la base de que los etnólogos estudian la misma clase de sociedades que los arqueólogos prehistoriadores y, por tanto, la etnología es una fuente de analogías interpretativas más fértil que cualquier otra ciencia social. Pero si los arqueólogos han de utilizar generalizaciones universales sobre el comportamiento humano para explicar sus datos, como abogan los arqueólogos procesuales, no hay razón para que esas generalizaciones no puedan provenir de la geografía humana, de la economía, de las ciencias políticas, de la sociología y de la psicología, así como de la etnología. Se ha argumentado que la mayoría de las fronteras que separan las ciencias sociales en Occidente son arbitrarias, hasta el punto de que frecuentemente imposibilitan las formulaciones y las respuestas sobre cuestiones fundamentales del desarrollo y naturaleza de las sociedades industriales modernas (Wolf, 1982, pp. 7-19). Por el contrario, los marxistas han mantenido un enfoque holístico sobre las ciencias sociales en todo el desarrollo de su crítica a las sociedades capitalistas.

La discusión sobre si la arqueología está más estrechamente relacionada a

la historia o a la antropología está muy vinculada a un debate igualmente inconcluso sobre si el conocimiento arqueológico del comportamiento humano debería tomar la forma de explicación histórica o de generalizaciones nomotéticas. Muchos arqueólogos se hallan comprometidos con la idea de averiguar qué sucedió en el pasado, de ahí que la disputa se haya centrado sobre la cuestión de si su objetivo principal debe ser explicar los acontecimientos individuales en toda su particularidad idiográfica o bien producir generalizaciones evolucionistas sobre la naturaleza del cambio cultural. La primera opción ha sido apoyada por los arqueólogos histórico-culturales, cuya preocupación principal se refiere al estudio detallado de pueblos, culturas y regiones específicos. La segunda opción ha sido furiosamente defendida por los arqueólogos procesuales. En la práctica, los arqueólogos de ambos sectores han intentado formular no sólo generalizaciones evolucionistas sino también funcionales como base para inferir el comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos.

Este debate se deriva de una falsa dicotomía entre ciencia e historia introducida en la arqueología americana por Kluckhohn y Steward, y reforzada por la adopción del neoevolucionismo. Este último incitó a los arqueólogos prehistóricos a creer que el comportamiento humano y el cambio cultural poseían fuertes regularidades que podían ser explicadas según generalizaciones evolucionistas, y que eso constituía una explicación científica. Esto dejó a la historia como residuo humanístico que debía explicar «los casos particulares, únicos, exóticos y no recurrentes» del cambio cultural, tema que los neoevolucionistas juzgaban de muy poca importancia científica, si es que tenía alguna. Como regla general, eso significaba que la ciencia trataba de las adaptaciones ecológicas y la historia estudiaba los aspectos estilísticos de la cultura.

Estas dicotomías entre ecología y estilo y entre ciencia e historia son poco convincentes. Muchos antropólogos consideraban las culturas como sistemas adaptativos, hecho que no permitía enfrentar los conceptos de ecología y estilo. Y lo que es más importante, como resultado de la influencia cada vez menor del neoevolucionismo, ha quedado claro que el cambio cultural está mucho más diversificado de lo que cualquier visión neoevolucionista de evolución paralela o multilineal podría aprobar. A pesar de la importancia informativa que tiene conocer las características comunes de los acontecimientos acaecidos a una clase en particular (como las revoluciones a, b y c), y las razones por las que es así, estos rasgos raramente agotan el interés teórico o todas las posibilidades de esos acontecimientos. Por tanto, aunque puede ser posible aislar ciertos rasgos comunes a todas las revoluciones, no lo es predecir todas las características de cada una de las revoluciones a partir de las revoluciones en general. El prehistoriador de sillón no puede realizar una reconstrucción detallada del curso de la historia solamente a partir de sus conocimientos, por más importante que sea la teoría que utiliza. También está claro que al menos parte de la diversidad observada en el registro arqueológico se debe a culturas que se hallan en un nivel diferente de desarrollo o bien en el mismo nivel pero que

presentan diferentes estrategias y se influyen y condicionan mutuamente. El concepto de culturas interactivas que forman parte de un sistema-mundo nos lleva muy lejos del enfoque simplista de que, al menos en términos adaptativos, el préstamo cultural no es diferente a la innovación interna, que era la moneda de cambio de los neoevolucionistas.

Esto, a su vez, sugiere que no existe una manera fácil y rápida por la cual los arqueólogos puedan crear un cuerpo de teoría evolucionista que les permita simultáneamente predecir y retrodecir (predecir hacia atrás) el curso de la historia humana. Aunque sea posible desarrollar un cuerpo de teoría que explique de manera general cómo tiene lugar el cambio cultural, de la misma manera que la teoría sintética de la evolución biológica explica los cambios en las especies vivas, eso no permitirá a los arqueólogos retrodecir cómo cambiaron en los tiempos prehistóricos las formas específicas de vida, hecho que sólo podría conseguirse estudiando los datos arqueológicos relevantes para secuencias de desarrollo específicas e intentando explicar esas secuencias en toda su compleja particularidad. Esas secuencias no podrán explicarse sin hacer generalizaciones sobre el comportamiento humano y los procesos culturales; pero de la misma manera tampoco podrán ser explicadas sin tener en cuenta sus concatenaciones de influencias idiosincrásicas y, por tanto, impredecibles. Si no hubiera existido para los europeos un hemisferio occidental que descubrir en 1492 o si éste no hubiese contenido oro, plata y poblaciones para explotar esos metales, no hay duda de que el desarrollo económico y político subsiguiente de Europa habría sido muy diferente (Marx, 1906, pp. 823-824). Debido a ello, también ha empezado a hacerse cada vez más obvio que los etnólogos deben comprender el significado histórico de los datos que utilizan para las generalizaciones sobre el comportamiento humano, como paso previo para entender el significado de esas generalizaciones. Finalmente, se empieza a reconocer que el rechazo a considerar importantes las regularidades que no son universales es ignorar y despreciar grandes e importantes áreas de la experiencia humana. Si las demandas estructuralistas sobre el papel desempeñado por los modelos culturales en el modelado del comportamiento humano son parcialmente correctas, ese rechazo podría limitar severamente la capacidad de los arqueólogos para explicar las razones por las cuales tiene lugar el cambio cultural. Los intentos para comprender las numerosas secuencias culturales en toda su complejidad e idiosincrasia llevarán al reconocimiento de regularidades insospechadas en el comportamiento humano que pueden contribuir a un conocimiento más detallado de los procesos evolutivos. La elaboración de una teoría de sistemas mundial parece ser un paso significativo en ese sentido. Todo esto indica el colapso de la dicotomía tradicional entre historia y evolución. Las generalizaciones nomotéticas y las explicaciones históricas son procesos indisolublemente vinculados, y ninguno de ellos puede progresar o supeditarse al otro.

Estos argumentos también sugieren algunas limitaciones importantes en el papel de las leyes de cobertura en la explicación arqueológica. Muchas genera-

lizaciones evolucionistas podrían formularse inductivamente como resultado de esfuerzos muy precisos de interpretación de las secuencias culturales individuales, para elevarse después a un nivel más alto de significación tras reconocer su aplicabilidad de interrelación cultural. Debido a la naturaleza traslapada y competitiva de muchas teorías de alto nivel sobre el comportamiento humano, con frecuencia no queda claro cuál de ellas explica mejor esas generalizaciones empíricas. Podría decirse que la tarea final de la teoría evolucionista, y el estándar por la que ha de ser juzgada, es su capacidad de explicar lo que ocurrió en el pasado, como queda revelado a través de estudios idiográficos, más que construir esquemas hipotéticos de desarrollo que son siempre demasiado generales para predecir lo que sucedió realmente en el pasado (Murdock, 1959b).

Para la explicación de acontecimientos históricos o secuencias de cambio específicos, son esenciales los enfoques de Wesley Salmon (1967, 1984; Salmon *et al.*, 1971) y Merrilee Salmon (1982) que han llamado explicación de «importancia estadística» y William Dray (1957) «probables». Éstos no deberían considerarse una alternativa a la explicación deductiva ya que ambos emplean en gran medida argumentos de este tipo. Una característica importante del segundo tipo de explicaciones es la reconstrucción de las cadenas de acontecimientos, acompañadas de un esfuerzo por explicar esos acontecimientos y la secuencia en la que ocurrieron. Idealmente las explicaciones deberían basarse en leyes bien establecidas sobre el comportamiento humano, pero ante la falta de esa teoría es el sentido común el que tiene que utilizarse como sustituto. Muchas respuestas a preguntas que surgen como parte de las explicaciones «probables» toman la forma de datos adicionales que eliminan una o más posibilidades alternativas (Dray, 1957, pp. 156-169). El concepto de explicaciones arqueológicas que toman la forma de posibilidades alternativas, algunas de las cuales pueden al final ser eliminadas por nuevos datos, es un corolario de ese enfoque (Chamberlin, 1944; G. Isaac, 1984). Con el tiempo, nuevos hallazgos arqueológicos o investigaciones en otros campos pueden también aportar generalizaciones que sustituyan al sentido común o las soluciones empíricas a los problemas.

Como resultado de la preocupación cada vez menor por la teoría neoevolucionista, se ha producido en los años más recientes la apreciación creciente de que el conocimiento holístico de lo que sucedió a los grupos y pueblos específicos en el pasado es un tema de gran interés científico y humanístico. Los estudios arqueológicos han rechazado la idea, sostenida —si no creada— por los antropólogos del siglo XIX, de que los pueblos iletrados eran primitivos y estáticos. Los investigadores de las nacientes naciones africanas y de otros lugares del mundo, se dirigen a la arqueología para que les aporte conocimientos sobre su pasado precolonial, concibiéndola como una ciencia de importancia vital para la investigación histórica. En Norteamérica, Australia y otros lugares donde la colonización europea se ha superpuesto a los pueblos nativos, se ha demostrado con la ayuda de los datos arqueológicos que la imagen del «salvaje estático» fue un mito desarrollado como parte del proceso de colonización europea.

En este contexto la idea de que los datos arqueológicos deberían utilizarse sólo para formular y probar un conjunto de teorías generales sobre el comportamiento humano y el cambio cultural se considera cada vez más inadecuada, neocolonialista e insultante para los pueblos nativos del Tercer Mundo (D. Miller, 1980; Langford, 1983; Ucko, 1983). Al ignorar sus responsabilidades sociales, la arqueología puede estar condenándose a sí misma y provocando la hostilidad de mucha gente que, de otra manera, podría interesarse por sus hallazgos (Wiseman, 1983).

El punto de vista humanístico también refuerza la idea de que es razonable emplear un enfoque histórico directo y usar fuentes de datos no arqueológicos, como tradiciones orales, lingüística histórica y etnografía comparada, para obtener un retrato más acabado de las culturas prehistóricas y para excluir explicaciones alternativas, hecho que los datos arqueológicos en sí mismos no serían capaces de hacer. El empleo de todas las clases de datos que sea posible y la búsqueda de la congruencia entre esos conjuntos de datos debe considerarse una extensión del enfoque contextual de Hodder y un medio muy importante para penetrar en el significado de los hallazgos arqueológicos. Este es un punto que los arqueólogos históricos llevan a cabo repetidamente en su trabajo (South, 1977a). Todas estas observaciones refuerzan la conclusión de que, cuando se trata con datos arqueológicos (o históricos), la predicción y la explicación no son conceptos idénticos, como mantenía la Nueva Arqueología. La razón de ello se halla en la complejidad del comportamiento humano, que produce situaciones mucho más complicadas que las que se dan en biología.

Se empieza a reconocer que, por más útiles que sean las correlaciones entre la cultura material y el comportamiento humano para inferir ese comportamiento a partir del registro arqueológico, estas correlaciones sólo indican aquello que sucedió en el pasado; no proporcionan explicaciones de por qué sucedieron los acontecimientos. Las explicaciones requieren un relato operacional de la regularidad que vincula causa y efecto (M. Salmon, 1982, pp. 132). En el caso de condicionantes naturales actuando sobre el comportamiento humano, como los que pueden surgir a partir de factores ecológicos, ese hecho podría implicar la determinación del efecto de la causa natural específica y el tipo de respuesta psicológica y fisiológica humana que requiere. Pero como el comportamiento de los seres humanos está en gran medida —si no totalmente— mediatizado por factores culturales, el pensamiento y la intención son una parte necesaria del conocimiento de ese comportamiento. Las explicaciones arqueológicas de las respuestas humanas a los desafíos medioambientales, a la presión de las sociedades vecinas y a las tensiones que surgen dentro de las sociedades deben, por tanto, ajustarse a todo aquello que el arqueólogo conozca sobre la lógica y la toma de decisiones de los humanos. M. Salmon (1982, p. 132) cita un ejemplo rudimentario de explicación causal de la regularidad que conecta el bajo número de población con la estructura social igualitaria. Anthony Forge (1972) afirma que los seres humanos sólo pueden manejar un número limitado de re-

laciones interpersonales. A medida que las sociedades crecen, se requieren formas de organización segmentaria y modelos de liderazgo más claramente definidos.

El problema es que el arqueólogo no tiene acceso directo al pensamiento del pasado, mientras que los científicos sociales están en profundo desacuerdo sobre la naturaleza del pensamiento que se muestra en el mundo moderno. Algunos antropólogos destacan la importancia de la razón en la determinación del comportamiento humano, especialmente en el terreno práctico, como por ejemplo los que relacionan la preocupación ecológica con la económica. Éstos hacen un uso extenso de conceptos racionalistas, como el «principio del mínimo esfuerzo» de G. K. Zipf (1949), y enfatizan el estatus metafórico de las creencias religiosas, las cuales son notoriamente diversas (Gellner, 1985; Sperber, 1985). Por otra parte, los relativistas ponen de manifiesto las variaciones interculturales en los modelos de pensamiento y la dificultad de predecir si la gente se comporta en una cultura de la misma manera que se comportaría en otra. Childe (1949, pp. 6-7) hace ya tiempo que apuntó que los seres humanos se adaptan a los ambientes no como éstos son en realidad sino como los perciben. Pero si la percepción y la realidad fuesen demasiado discordantes, la selección natural habría eliminado rápidamente esas sociedades. Lo mismo puede decirse sobre algunas formas de comportamiento político. Esto sugiere que, al menos con respecto a ciertos aspectos prácticos del comportamiento humano, alguna forma de lógica universal puede bastar para obtener un esbozo general de lo que ocurrió en el pasado.

A pesar de todo, los problemas con los que se han hallado los economistas al intentar comprender la naturaleza del comportamiento humano en las sociedades no occidentales son un aviso contra la complacencia de muchos arqueólogos en su capacidad de inferir la naturaleza de la toma de decisiones en las sociedades prehistóricas. También, debido a la capacidad humana de juzgar y elegir entre soluciones alternativas a los problemas, podría no ser posible especificar la causalidad en términos arqueológicamente observables, excepto cuando se tratasen estadísticamente gran número de casos. Esto es lo que Childe (1928, p. 46) tenía en mente cuando afirmaba que algunos grupos cazadores-recolectores amenazados por la desecación podrían haber alterado su modo de vida, mientras que otros habrían optado por desplazarse a otros lugares o incluso por la desaparición. Más que negar que los estados psicológicos son importantes para la interpretación de los datos arqueológicos, los arqueólogos deberían prestar más atención a las influencias que recibe el comportamiento humano de los condicionantes culturales que a la lógica universal, tal como refleja el registro arqueológico, así como hasta qué punto pueden construirse modelos alternativos que traten el comportamiento culturalmente condicionado como una caja negra.

Críticas relativistas

Como la arqueología trata con fenómenos complejos y no es una disciplina experimental, es particularmente vulnerable a aquello que se acepta como verdadero en cada una de las épocas o a lo que parece más razonable a cada una de las generaciones sucesivas de arqueólogos. Éstos pueden establecer sólidas correlaciones, eliminar inconsistencias lógicas y demostrar que las interpretaciones aceptadas no se corresponden con los nuevos datos. A lo largo de la historia se ha revelado que las interpretaciones se hallan con frecuencia sutilmente influidas por preconcepciones sociales y personales de la realidad que no permiten ser consciente de la amplia gama de explicaciones alternativas que posibilitarían una contrastación formal más global y la determinación de los límites reales dentro de los cuales una generalización puede ser verdadera. En muchos casos no se dispone ni de datos suficientes ni de correlaciones sólidas para contrarrestar esos prejuicios. Bajo esas circunstancias, la diferencia entre una generalización nomotética y un argumento informal derivado de analogías no está nada clara.

A medida que los arqueólogos son más conscientes de la complejidad de aquello que deben explicar, también se interesan más por comprender cómo y hasta qué punto su experiencia sobre el presente puede influir en sus interpretaciones del pasado. Muchos de ellos consideran que el medio en el que se desenvuelven afecta a las preguntas que se plantean y a las respuestas que están predispuestos a considerar como razonables. Quizás es falsamente fácil mostrar que la interpretación de la evidencia arqueológica está influida en todo el mundo por las condiciones políticas, sociales y económicas, así como por la tendencia de grupos e individuos a mirar por sus propios intereses, presentando objetivos egoístas bajo un barniz de altruismo. También puede documentarse que generalmente situaciones sociales análogas han provocado tratamientos similares de los datos arqueológicos. En particular en Occidente y en el Tercer Mundo estas interpretaciones reflejan las preocupaciones políticas y económicas de las clases medias, expresadas a través de varias posturas expansivas y defensivas. Además, las interpretaciones arqueológicas están influidas directamente por prejuicios sexistas o étnicos, por el control político de las investigaciones y publicaciones, y de la financiación de las actividades arqueológicas, por conflictos generacionales entre los investigadores y otras influencias idiosincrásicas de arqueólogos carismáticos. También están indirectamente condicionadas por la sociedad, a través de modelos analíticos ofrecidos por las ciencias físicas, biológicas y, en mayor medida, sociales, así como por la aceptación continuada de explicaciones arqueológicas establecidas, cuya inutilidad todavía no se ha puesto de manifiesto.

Con todo, las correlaciones simples entre interpretaciones arqueológicas y condiciones sociales no se prodigan demasiado. La mayoría de las interpretaciones no son reflexiones directas sobre esas condiciones, sino versiones sobre

el pasado creadas por arqueólogos que intentan, bajo circunstancias históricas específicas, estimular o defender intereses sociales determinados. Estos intereses son muy variados y cada uno de ellos puede estar respaldado de muchas maneras. Las doctrinas raciales pueden utilizarse para promover la unidad nacional o para justificar una agresión colonial. Las creencias religiosas fuertemente arraigadas pueden ser responsables del retraso tecnológico o pueden actuar como un factor principal del desarrollo cultural. Las opciones que se seleccionan reflejan el balance específico de intereses de las culturas individuales y la relación de los arqueólogos con esos intereses. Estas consideraciones no sólo juegan un papel primordial en el modelado de las variaciones en la práctica arqueológica, sino que también responden a condiciones sociales cambiantes. La tendencia a que la interpretación arqueológica reciba influencias sociales no parece que disminuya con el aumento de la sofisticación teórica de la disciplina, como algunos arqueólogos han sugerido que sucedería (Clarke, 1979, p. 154). Por el contrario, parece ser uno de los rasgos permanentes de la arqueología.

En el peor de los casos, esto podría significar que no hay ningún pasado que estudiar, no sólo en el sentido positivista innegable de que aquello que interpretamos es meramente «la huella del pasado en el presente», sino también según la definición, más profunda, de Collingwood de que la historia es una disciplina en la que uno sólo puede revivir el pasado en su propia mente. Esto implica que no hay manera de que el arqueólogo o el historiador pueda verificar su reconstrucción del pasado. Con todo, Gellner (1985, p. 134) pone de manifiesto que la mayoría de arqueólogos creen que «el pasado fue una vez presente, como *el presente*, y fue real». Están convencidos de que las cosas que la gente hizo en el pasado sucedieron realmente y de que el hecho de que hayan sucedido ha jugado un papel importante en el modelado del registro arqueológico que estudiamos. Por tanto, el pasado tuvo, siguiendo este discurso, una realidad propia que es independiente de las reconstrucciones y explicaciones que los arqueólogos puedan hacer. Además, como el registro arqueológico, producto del pasado, se ha formado a partir de fuerzas que son independientes de nuestras propias creencias, la evidencia que proporciona puede actuar al menos potencialmente como un condicionante sobre las imaginaciones de los arqueólogos. En este sentido, el estudio del pasado difiere de la escritura de una obra de ficción. Así, el objetivo de la arqueología debe ser recuperar el conocimiento de todo aquello que se ha perdido. Pero la cuestión crucial sigue siendo hasta dónde podemos llegar en nuestro conocimiento objetivo del pasado y cuánta certeza podemos tener sobre la precisión que creemos posee aquello que conocemos, dada la propensión a colorear nuestras interpretaciones con juicios de valor.

Recientemente, la arqueología prehistórica ha pasado de un ingenuo positivismo a una aceptación más amplia del relativismo que en el pasado. Después de varias décadas de optimismo positivista, un número cada vez mayor de ar-

queólogos empiezan a estar preparados para creer que nunca lograrán un conocimiento histórico objetivo del pasado. Algunos de los relativistas más radicales han llegado a la conclusión de que, como consecuencia de esto, tienen derecho a utilizar los datos arqueológicos para cualquier objetivo que deseen llevar cabo. Consideran estos últimos como una fuente de placer estético o como material que proporciona fantasías sobre el pasado con las que satisfacer el interés público o privado. Este enfoque reduce la arqueología al estatus de anticuarismo, ya que se trata a los datos arqueológicos como fines en sí mismos. También existen aquellos que proponen el uso de los datos arqueológicos como propaganda para promover causas sociales o políticas y que normalmente se identifican con posiciones populistas y de izquierda. Pero la historia de la arqueología indica que las causas políticas que los arqueólogos han promovido y apoyado con interés, incluido el nazismo, han sido para la humanidad tan peligrosas como constructivas. La arqueología se utiliza corrientemente para apoyar posturas curiosamente reaccionarias, como se hace evidente en la obra de Grahame Clark y unos cuantos arqueólogos norteamericanos. Aunque algunos investigadores encuentran en el igualitarismo intelectual un atractivo relativismo extremo, éste no hace más que estimular un nihilismo filosófico en el que no sólo «todo sirve», sino que la arqueología puede utilizarse para apoyar cualquier causa.

El interrogante con el que se enfrentan los arqueólogos no es, por tanto, si los juicios de valor influyen en sus interpretaciones del pasado, ya que está claro que sí, sino si deben aceptar la posición de los relativistas extremos, o si se puede mitigar este proceso de alguna manera. Los historiadores de la escuela de Ranke tradicionalmente han señalado una distinción entre un núcleo relativamente estable de datos factuales sobre el pasado, que es objetivo y que se espera se vaya expandiendo a medida que se vaya hallando nueva documentación, y la interpretación de esos datos, que es altamente subjetiva y que puede diferir radicalmente de un historiador a otro. Ranke promovió el enfoque de que determinar lo que había sucedido realmente en el pasado era la esencia de la historia y la interpretación de por qué sucedió era poco más que la expresión de nuestra opinión personal. Maurice Mandelbaum (1977), que continúa defendiendo esta postura, designa a ese núcleo factual la «verdadera historia». Con todo, no ha logrado convencer a los filósofos de la ciencia de que los hechos históricos son objetivamente adivinables. Wylie (1985b, p. 73) apunta que incluso «la experiencia observacional más directa está activamente estructurada por el observador y adquiere la significación de evidencia ... sólo bajo la interpretación específica de la teoría —y del ''paradigma''—». En el caso de la arqueología la situación está incluso más cargada de dificultades, ya que, antes de que se explique el comportamiento humano en el pasado, debe inferirse a partir de los restos materiales que, a su vez, adquieren el estatus de datos como resultado de procesos de clasificación influidos por la teoría y, por tanto, parcialmente subjetivos. De ahí que cuando clasifican los restos materiales y

cuando interpretan el comportamiento humano, los arqueólogos estén tratando con algo bastante diferente de los hechos objetivos postulados por la escuela de Ranke (Patrik, 1985).

Las colecciones de datos y las generalizaciones empíricas

A pesar de todo, los arqueólogos han tenido éxito en la creación de un cuerpo cada vez mayor de datos y de generalizaciones de bajo nivel sobre el pasado que ha aguantado bien el escrupuloso escrutinio a que ha sido sometido a lo largo del tiempo. Algo básico en esas generalizaciones son las tipologías, ideadas para la clasificación de los hallazgos arqueológicos. Generalmente se acepta que estas tipologías son creaciones de los arqueólogos más que reconstrucciones de las categorías de los que construyeron o utilizaron el material que se estudia, aunque muchas veces se ha exigido su equivalencia. Estas clasificaciones reflejan los intereses de los arqueólogos individuales en la datación, en la determinación de la función y en el estudio del estilo del material arqueológico. Son subjetivos incluso aquellos esfuerzos por clasificar «objetivamente» mediante la búsqueda de agrupaciones «naturales» de atributos dentro de grandes matrices de datos, hasta el punto de que el listado de atributos se basa en los conocimientos del arqueólogo y en la significación que le atribuye al material que está analizando. Con todo, casi todas las clasificaciones se consideran como reveladoras de modelos aleatorios de atributos, que a su vez proporcionan una prueba de la utilidad y la importancia de los objetos.

Se idean nuevas clasificaciones a medida que van surgiendo nuevos problemas, al mismo tiempo que se revisan y modifican las antiguas. Los arqueólogos vacilan entre clasificaciones basadas en los tipos o en los atributos. Ha habido serios problemas cuando se han querido aunar varias clasificaciones, derivados del hecho de que varios grupos de arqueólogos que trabajaban en zonas de la misma región utilizaban criterios de clasificación diferentes. La clasificación de los artefactos ha empezado a adquirir relevancia a medida que los arqueólogos se han ido familiarizando con los modelos de la cultura material. Es más, ahora se estudia una gama más amplia de artefactos que en el pasado, cuando sólo la cerámica y la piedra se consideraban dignas de estudio detallado. Uno de los efectos claramente positivos del enfoque estructuralista es que atrae la atención de los arqueólogos hacia nuevas categorías de datos sobre los que pueden hacerse generalizaciones empíricas. A pesar de todo, existen muchas clasificaciones que han resistido el paso de los años a pesar de los cambios fundamentales en la moda interpretativa. Esto sugiere que están basadas en gran medida en observaciones empíricas razonablemente objetivas.

Se podrían hacer muchas observaciones de este tipo acerca del esbozo de las culturas arqueológicas. Los intentos de clasificación cultural han producido muchas generalizaciones empíricas sobre distribuciones *intersite* aún váli-

das de tipos de artefactos en diferentes yacimientos, aun cuando el sentido de cultura arqueológica se ha alterado radicalmente a lo largo de los años. Pero también ha habido lo que parece ser avances en el conocimiento de esas distribuciones. En la medida en que los arqueólogos identificaban las culturas exclusivamente con los grupos étnicos, existía la tendencia a considerar las fronteras de ambos conceptos como equivalentes y claramente demarcados. Aunque esas suposiciones funcionaron razonablemente bien con las sociedades «tribales», no lo hicieron cuando se aplicaron a las características más abiertas de las bandas de cazadores-recolectores y a la diferenciación cultural de clases propias de las sociedades jerárquicas (Trigger, 1968a, pp. 16-18). Estas últimas se conceptualizaban a veces en términos de culturas de elite y culturas campesinas (Rouse, 1965, pp. 9-10). En los últimos años, las nuevas ideas que consideran la cultura material más reflejo de varias clases de intereses de grupo que simplemente de la identidad étnica, han producido detallados análisis politéticos sobre los restos culturales (Hodder, 1982b), aunque las técnicas para esta última clase de análisis evolucionaron con anterioridad a esos nuevos conceptos de la cultura (Clarke, 1968).

A lo largo de los años, se han hecho grandes progresos en la recuperación, identificación y cuantificación de restos de animales y plantas, proceso que conoció un despegue a partir del desarrollo de la flotación como técnica de recuperación de datos. El análisis de elementos-traza de los objetos ha proporcionado nueva e importante información que permite precisar las fuentes de muchos objetos y materiales que se intercambiaron y poder así distinguirlos de las copias locales (para las limitaciones y complejidades de esas interpretaciones, véase Gill [1987]). Igualmente se ha estudiado la distribución de los varios tipos de artefactos en relación a las características internas del asentamiento que presentan mayor regularidad. Con la ayuda de ordenadores, se está produciendo toda una serie de evidencia arqueológica no estudiada hasta ahora y una más amplia gama de generalizaciones empíricas.

Desde la Segunda Guerra Mundial también se han hecho importantes avances en la datación de los hallazgos arqueológicos, en gran medida como resultado del desarrollo de técnicas físicas de datación, en particular las que emplean el radiocarbono, la termoluminiscencia y el potasio-argón. Estas técnicas han revolucionado nuestro conocimiento de la prehistoria, no porque hayan dado la vuelta a las cronologías relativas locales que estaban basadas en la seriación y en la estratigrafía, sino porque se han revelado como un método más fiable y universalmente aplicable para correlacionar esas secuencias con la cronología absoluta, procedimiento que hasta entonces se hacía en todo el mundo a través de la suposición. Estas correlaciones no sólo han proporcionado información extremadamente importante sobre el ritmo de cambio cultural en los tiempos prehistóricos, cosa que anteriormente los arqueólogos tendían a subestimar, sino que también han puesto en tela de juicio algunos sincronismos interregionales basados en criterios tipológicos. Aunque estos hallazgos han al-

terado en gran medida las cronologías prehistóricas y las interpretaciones histórico-culturales que las acompañaban, especialmente en Europa y Norteamérica, el efecto global no fue tanto la negación de las cronologías relativas previas para áreas pequeñas cuanto añadir nuevas dimensiones al conocimiento que de ellas se tenían. Esto también refleja una tendencia progresiva general en la interpretación de los datos arqueológicos.

No existe lógica interna que nos permita predecir cuándo se introducirán nuevas técnicas. El desarrollo de muchas de ellas depende de las innovaciones en las ciencias físicas y biológicas, factores que no guardan ninguna relación con la arqueología. Una vez adoptadas por los arqueólogos, la mayoría de innovaciones técnicas han conocido una gran expansión en todo el mundo. Lo mismo puede decirse de las técnicas analíticas desarrolladas dentro de la arqueología, aunque quizás a un nivel menor al ser con frecuencia más específicas culturalmente. No se puede negar que existen condicionantes sociales y políticos que a nivel local influyen en la aceptación y aplicación de las nuevas técnicas. Debido a la preocupación exclusiva por temas epigráficos, religiosos o artísticos, no se ha mostrado demasiado interés por el uso de técnicas científicas para el estudio de modelos de subsistencia en la arqueología del Próximo Oriente, que tradicionalmente se había centrado en el período histórico, sobre todo en problemas relacionados con la historia bíblica. A pesar de todo, estas técnicas han empezado a introducirse gradualmente en el área, incluyendo el estudio, mucho menos popular, de los materiales prehistóricos (Bar-Yosef y Mazar, 1982).

También ha quedado claro que, al menos a largo plazo, el progreso no siempre es continuo o irreversible. Después de 1929, aquellos que modelaron el desarrollo de la arqueología soviética desalentaron el interés en la tipología artefactual y en la clasificación cultural a partir de la idea de que el «formalismo burgués» inhibía la interpretación marxista de los datos arqueológicos. Con todo, en los últimos años, un número cada vez mayor de arqueólogos soviéticos han reconocido que ese tipo de estudios es esencial para desarrollar cronologías detalladas y para encontrar respuestas a problemas histórico-culturales, como algo preliminar a cualquier interpretación conductista de la prehistoria (Bulkin *et al.*, 1982). Hoy día, en la Unión Soviética hay mucho más interés por el enfoque analítico de Clarke (Davis, 1983, p. 418). En Europa occidental y Norteamérica, el gran interés que hubo por el estudio de los asentamientos y la interpretación procesual durante los años cincuenta y sesenta inhibió la preocupación por los análisis formales de los datos arqueológicos. De todas maneras se acepta que las comparaciones formales de los tipos de instrumentos todavía han de desempeñar un papel importante en los interrogantes sobre si existió cualquier relación histórica entre los primeros estadios de la metalurgia en el Próximo Oriente y Europa central (Trigger, 1980c; Bradley, 1984, pp. 38-40). Pero aunque ciertas técnicas particulares y conceptos analíticos puedan ser ignorados temporalmente por razones ideológicas o ciertos compromisos teóricos ha-

gan dirigir la atención de los arqueólogos hacia otra parte, parece que a largo plazo los métodos que se demuestran capaces de aumentar los conocimientos sobre el pasado acaban por extenderse y adoptarse allí donde haya suficientes recursos que permitan su utilización. A partir de ahí puede concluirse que los métodos arqueológicos han sido siempre internacionales por lo que respecta a su aplicación y acumulativos a lo largo del tiempo. Lo mismo puede decirse de las generalizaciones empíricas sobre los modelos en el registro arqueológico, particularmente en referencia a la tipología y a la clasificación cultural.

Diálogo interno

Los arqueólogos también han llevado a cabo importantes avances en la inferencia del comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos especialmente en el campo de la tecnología, la subsistencia, el intercambio, los modelos de residencia y algunos aspectos de la organización política. Esto contribuye a un conocimiento más disciplinado y global de aquello que sucedió en el pasado. Muchos de estos avances se han dado a través de la utilización de los métodos analíticos que han proporcionado las ciencias físicas, como los análisis de elementos-traza para identificar el movimiento de las materias primas en el espacio. A pesar de esto, Hodder (1984b), ha demostrado que esos datos son insuficientes para revelar los contextos sociales dentro de los cuales se movían esos objetos. En colaboración con zoólogos, los arqueólogos han intentado determinar si se manipulaban los rebaños de animales o si se practicaba una caza selectiva, a través del análisis de las variaciones de edad, sexo y tamaño de los huesos de los animales hallados. Este tipo de estudios revisten una gran importancia en los esfuerzos por averiguar si los primeros homínidos se dedicaban a la caza mayor o si eran meramente carroñeros (Binford, 1984). De la misma manera, la identificación de los movimientos de población e incluso de los modelos de comunidades exogámicas se basa cada vez más en los avances que se producen en los análisis de la antropología física de los restos de esqueletos humanos (Kennedy, 1981; Molto, 1983), mientras que la interpretación económica y política de la distribución de los yacimientos emplea técnicas de análisis espacial que fueron en principio propias de la geografía y la economía (Hodder y Orton, 1976).

La interpretación conductista de los datos arqueológicos, ya producida directamente por los arqueólogos, ya sea resultado de análisis físicos y biológicos, depende en gran medida de una forma de investigación que actualmente se conoce como arqueología experimental y etnoarqueología. Este tipo de investigación intenta correlacionar conjuntos específicos de evidencia arqueológica con formas particulares de comportamiento humano. Aunque ambos enfoques empezaron a ser desarrollados por los arqueólogos escandinavos en el siglo XIX, han conocido su despegue en décadas recientes. Entre las consecuen-

cias más importantes de la investigación etnoarqueológica se cuenta el conocimiento creciente de las circunstancias bajo las que se incorporan los restos materiales al registro arqueológico. Aunque el conocimiento de cómo se dispusieron los objetos en el registro arqueológico no siempre permite a los arqueólogos inferir bajo qué circunstancias se realizaron y se utilizaron, como Schiffer (1976) sí esperaba, al menos ilustra en gran medida las limitaciones de ese registro (von Gernet, 1985). El estudio de los procesos de reducción lítica permite inferir de manera similar en qué estado se trasladó el material de un sitio a otro y para qué propósito se utilizó ese material en cada lugar (Binford, 1983a, pp. 269-286). Así, el estudio microespacial de dónde dormían, comían, procesaban la comida y manufacturaban los instrumentos las bandas de cazadores-recolectores puede ayudar a los arqueólogos a comprender la manera en que organizaban su espacio interno los cazadores-recolectores modernos y los del Paleolítico superior (Binford, 1983b, pp. 144-194). También se intenta combinar los hallazgos de la arqueología experimental y de la etnoarqueología para construir algoritmos cada vez más convincentes para inferir el comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos (Tringham, 1978).

Los arqueólogos también prestan cada vez más atención a la comprensión de los procesos naturales y al papel que desempeñan en la formación de los yacimientos y en la alteración posdeposicional del registro arqueológico. Si los arqueólogos quieren inferir el comportamiento de los primeros homínidos en África oriental, sería importante determinar qué tipo de huesos de animales aparecen en los yacimientos y cuáles de esos tipos formaban parte del entorno natural en el que se desenvolvían los homínidos en el Paleolítico inferior. A pesar de que los arqueólogos de los países más ricos y avanzados tecnológicamente están bien equipados para desarrollar buenos estudios de correlación de los restos materiales con el comportamiento humano, se han realizado avances en muchos lugares del mundo y se han hecho descubrimientos que se han extendido rápidamente de una región a otra. Por tanto, este aspecto de la arqueología, como la producción de generalizaciones empíricas, posee un carácter verdaderamente internacional y cada vez adquiere una mayor elaboración.

Este internacionalismo es particularmente evidente en las tendencias convergentes que muestran la investigación arqueológica soviética y occidental desde los años cincuenta, a pesar de sus compromisos con diferentes paradigmas de alto nivel. A partir de esa convergencia se pueden extraer enseñanzas muy útiles. En los primeros estadios de su desarrollo, la arqueología soviética rechazaba los tradicionales enfoques histórico-culturales y enfatizaba la interpretación de los datos arqueológicos en términos de comportamiento económico y social así como de análisis del cambio social. Los arqueólogos soviéticos fueron los pioneros de la investigación sistemática de los modelos de asentamiento y de los análisis modernos de las trazas de uso. Sólo recientemente han reconocido la importancia de la tipología sistemática y de los procesos de difusión y migración para explicar el registro arqueológico. En contraste, desde los años cin-

cuenta, los arqueólogos occidentales, exclusivamente interesados durante mucho tiempo en la tipología, la difusión y la migración como los elementos clave del enfoque histórico-cultural, han prestado más atención a los factores sociales que promueven el cambio cultural. Ambos, los arqueólogos soviéticos y occidentales, han demostrado un mayor interés en las interpretaciones ecológicas. Cada uno de estos elementos reviste una importancia evidente si lo que se pretende es un conocimiento más completo del comportamiento de los datos arqueológicos.

Da la sensación que la arqueología posee un conjunto de tópicos que deben ser bien investigados si se pretende obtener una amplia gama de información sobre el comportamiento humano reflejado en los datos arqueológicos. En los primeros tiempos, y todavía hoy aunque en menor medida, las diferentes clases de datos se estudian selectivamente por parte de cada una de las escuelas de arqueología. El orden en que se adoptan los diferentes tipos de análisis en cada una de las tradiciones particulares de investigación es altamente variable y refleja los valores y las orientaciones políticas de las diferentes sociedades a que pertenecen los arqueólogos. Pero, a medida que se desarrolla la investigación arqueológica, se hace cada vez más evidente que esa selectividad con respecto a la teoría de medio o bajo alcance es improductiva, incluso si los arqueólogos no están de acuerdo sobre el uso último que ha de hacerse de sus datos. Parece que ante la ausencia de controles dogmáticos ideológicos los arqueólogos de cualquier país acaban por adoptar la gama completa de intereses analíticos, al menos aquellos que puedan permitirse económicamente. Esto implica el reconocimiento de un cuerpo de métodos para inferir el comportamiento humano en el pasado, que constituye el ideal, si no la realidad, de la investigación arqueológica en cualquier lugar del mundo.

También existe una tendencia creciente a distinguir los métodos y las teorías que son necesarios para la inferencia del comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos, de las teorías generales que se utilizan para explicar ese comportamiento. Binford ha llamado a las propuestas teóricas de la primera clase teorías de alcance medio y afirma que sólo pueden derivarse del estudio de las relaciones entre la cultura material y el comportamiento humano del presente. De manera similar, Klejn y otros arqueólogos soviéticos sostienen que el marxismo, aunque proporciona una explicación global y completamente satisfactoria del comportamiento humano y de la historia de la humanidad, no provee de una metodología para la traducción de los datos arqueológicos en información acerca del comportamiento humano. Mantienen que el registro arqueológico no contiene información histórica pura, y que la información que en realidad posee debe ser transformada en datos históricos a través de un procedimiento que llaman «arqueología teórica», y que implica clasificar los datos arqueológicos sistemáticamente y construir detalladas cronologías culturales antes de considerar el significado étnico, tecnológico, ecológico y social de esos datos, y finalmente tratar los procesos históricos y evolutivos que han mo-

delado el registro arqueológico. Sólo el último estadio de este proceso puede equipararse con el materialismo histórico propiamente dicho. Los otros estadios se refieren a la superación de las limitaciones de los datos arqueológicos y a su utilización para la creación de nuevas fuentes de registros bajo la forma de textos escritos, la mayor parte de los cuales consisten en datos arqueológicos interpretados en términos conductistas (Bulkin *et al.*, 1982, pp. 284-285). Klejn y sus colegas también sostienen que, como las operaciones que se necesitan para transformar los datos arqueológicos en fuentes de información histórica y sobre el comportamiento son ideológicamente más neutrales que la interpretación histórica, es en esa área que los arqueólogos soviéticos y occidentales pueden cooperar sin comprometer la integridad ideológica de los primeros. Binford piensa de manera parecida acerca de la neutralidad ideológica de su teoría de alcance medio, aunque, como hiperpositivista, extiende esa idea también a la teoría general.

De todas maneras, no está nada claro que los esfuerzos de alcance medio para inferir el comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos estén completamente o en gran medida libres de los presupuestos que afectan a la teoría general y que complican sus esfuerzos por explicar ese comportamiento. Las interpretaciones específicamente conductistas acaban con frecuencia por ser erróneas o cuestionables. Estos problemas se hacen especialmente serios en aquellas situaciones en las que, debido a la complejidad de lo que se estudia, se hace difícil desarrollar o aplicar cuidadosas argumentaciones que vinculen los datos arqueológicos con el comportamiento humano. Ejemplos de ello pueden ser las interpretaciones de las frecuencias crecientes de cerámica de alta calidad en el valle de México en los últimos tiempos de la cultura azteca como evidencia de la manipulación por parte del Estado de la economía o bien del éxito de una economía de libre mercado. Binford mantiene que este tipo de subjetividad puede reducirse allí donde la interpretación conductista de los datos arqueológicos está bien estructurada por generalizaciones de alcance medio. Con todo, este enfoque no elimina completamente la posibilidad de sesgos subjetivos.

Algunos problemas importantes se centran en la aplicabilidad de principios uniformistas. Binford (1981, pp. 27-29) ha llamado la atención sobre estos problemas y ha urgido la necesidad de aplicar la teoría de alcance medio a datos arqueológicos específicos, hecho justificado por argumentos de peso, aunque no ha indicado la naturaleza de esos argumentos. A pesar de que Binford es muy crítico con los que sostienen que los modelos de comportamiento de los primeros homínidos se parecían a los de los modernos cazadores-recolectores, en sus trabajos que tratan de tiempos más recientes su fe neoevolucionista en las regularidades que gobiernan el comportamiento humano le lleva a minimizar las dificultades que implica la interpretación de los datos arqueológicos. Esto es evidente en sus estudios sobre el uso que hacen los cazadores-recolectores del espacio de sus campamentos y de sus territorios de caza. El comportamiento humano no es tan regular como para basar en dos o tres casos de estudio

etnográfico una serie de generalizaciones sobre el comportamiento espacial que se pretende que sean convincentes, por más detallados que sean estos estudios. Tampoco tiene en cuenta los posibles efectos del sistema-mundo moderno sobre las analogías etnográficas. Esto ha llevado a muchos arqueólogos a pensar que el grado de similitud entre las sociedades modernas de cazadores-recolectores y las del Paleolítico todavía tiene que investigarse, no es algo que pueda darse por asumido. Finalmente, la idea marxista de que los diversos modos de producción alteran la naturaleza humana, si permanece justificada, pone en tela de juicio la aplicabilidad de muchas generalizaciones sobre el comportamiento humano, especialmente las que hacen referencia a la psicología. El marxismo no excluye la posibilidad de la existencia de modelos de comportamiento específicos de la especie o de la naturaleza humana, en un sentido general y culturalmente inalterable, pero urge de una manera muy razonable a ser cautos al asumir la universalidad de algunas formas particulares de comportamiento. Al aplicar conceptos uniformistas, es esencial para los arqueólogos intentar determinar el tipo de sociedades a las cuales se puede aplicar una generalización en particular. En el presente, esta actividad permanece mucho más en el terreno del arte que en el de la ciencia.

Con todo, está claro que las propuestas de alcance medio que provienen de investigaciones precisas y que se aplican en casos adecuados pueden ayudar a reducir los elementos subjetivos que supone la inferencia del comportamiento humano a partir de datos arqueológicos. Estas propuestas no garantizan que las interpretaciones de la evidencia arqueológica estén libres de distorsiones resultantes de los intereses, valores o fantasías de los arqueólogos, pero al menos proporcionan un marco en el que las interpretaciones están sujetas, en el máximo grado posible, a los condicionantes impuestos por la evidencia arqueológica. Allí donde no son aplicables las generalizaciones de carácter universal, se requieren sólidos argumentos para demostrar las correlaciones entre la cultura material y ciertos modelos conductistas o creencias culturalmente específicos. Estas demostraciones frecuentemente toman la forma de enfoque histórico directo, donde la evidencia de continuidad en la cultura material se considera como justificativa de la extrapolación de aspectos asociados del comportamiento y de las creencias, de las culturas etnográficas a los tiempos prehistóricos. Pero, ¿hasta qué punto estaría justificado emplear lo que se conoce acerca de la escapulimancia en la dinastía Shang para interpretar la evidencia protohistórica de la escapulimancia entre los naskapi de Canadá oriental? En parte, eso dependería de lo que se sepa sobre las relaciones históricas entre Siberia oriental y Norteamérica en referencia a la escapulimancia y al chamanismo en general (Furst, 1977; Chang, 1983). El uso de analogías culturalmente específicas es un terreno que aún no ha conocido un desarrollo sistemático y que es vital si los arqueólogos quieren comprender el pasado en términos de aspectos generales y específicamente culturales del comportamiento humano.

Limitaciones de la inferencia conductista

Debemos ahora considerar las limitaciones de todo aquello que puede inferirse de la evidencia arqueológica referente al comportamiento humano prehistórico. Los arqueólogos han utilizado durante mucho tiempo los datos arqueológicos para estudiar la tecnología, los modelos de subsistencia, la guerra y los intercambios, y desde los años sesenta han llevado a cabo avances significativos en la inferencia de modelos de residencia, de organización social jerárquica y algunos aspectos de organización política. Para apreciar el progreso de la arqueología desde la década de los cincuenta, sólo es necesario comparar las inferencias más utilizadas sobre el comportamiento humano en los tiempos prehistóricos con los pronósticos pesimistas de Childe en *The Prehistory of European Society* (1958a), un libro escrito cuando intentaba fervientemente conocer algo más sobre el comportamiento social y político. Pero las revisiones sobre los recientes avances en arqueología sugieren que continuamos progresando más en el conocimiento de las economías prehistóricas que en las organizaciones sociales, mientras que, por lo que respecta al estudio de la ideología prehistórica, se han llevado a cabo muy pocos avances. Entre los artículos que tratan de la interpretación de la evidencia arqueológica en los primeros ocho volúmenes de *Advances in Archaeological Method and Theory* (1978-1986) de Schiffer, el 39 por 100 se refiere a datos recuperados y a cronología, el 47 por 100 a ecología, demografía y comportamiento económico, el 8 por 100 al comportamiento social y sólo el 6 por 100 a ideología, religión y a conocimiento científico. También existe un marcado énfasis económico en las síntesis recientes sobre la prehistoria europea (Jarman *et al.*, 1982; Dennell, 1983; Champion *et al.*, 1984; Wells, 1984; Barker, 1985). Se ha comentado mucho sobre esta limitación en los últimos años, y se han hecho llamamientos para definir nuevos y más amplios objetivos para la disciplina con el fin de superar mediante un auge de la preocupación metodológica lo que se considera el reinado de la investigación común (Moore y Keene, 1983).

En una fecha tan temprana como 1954 Hawkes postuló que existía una escala creciente de dificultad en la interpretación de los datos arqueológicos en referencia a las actividades humanas: la tecnología era la categoría más fácil, mientras que a la economía, la organización social y política y la ideología se les asignaba una dificultad creciente. Desde entonces, los arqueólogos han debatido si esta jerarquía es inherente a la naturaleza de los datos arqueológicos o si resulta de la incapacidad de los arqueólogos de plantear problemas interpretativos de relevancia. Binford (1972, pp. 93-94) inspiró a una generación entera de arqueólogos norteamericanos afirmando que se trataba del resultado de las deficiencias metodológicas de los propios arqueólogos. Argumentaba que todos los aspectos de los sistemas socioculturales están reflejados en el registro arqueológico. Pero durante estos últimos veinticinco años los arqueólogos procesuales, incluyendo a Binford (1978, 1981), han continuado es-

tudiando principalmente los escalones más bajos de la jerarquía de Hawkes.

El enfoque de Binford sobre la arqueología está vinculado a su compromiso con el neoevolucionismo. Los neoevolucionistas creen que las culturas que se hallan al mismo nivel de desarrollo tienen muchas características en común, especialmente rasgos estructurales que poseen significado adaptativo. Sólo las características poco significativas, que son principalmente de naturaleza estilística, pueden considerarse de manera provechosa como productos aleatorios de casualidades históricas (Steward, 1955). Debido a este alto grado de regularidad, tendría que ser relativamente fácil para los arqueólogos formular un gran número de generalizaciones de alcance medio que les permitiesen inferir una amplia gama de comportamientos humanos a partir de los datos arqueológicos. Los neoevolucionistas también creen, al igual que los evolucionistas unilineales del siglo XIX, que si pueden determinar cómo era una parte de una cultura prehistórica, especialmente su modelo de subsistencia, estarán en condiciones de predecir el resto del sistema, al menos en términos generales. Estos dos enfoques se contemplan como constituyentes de una metodología entrelazada y mutuamente verificable sobre la reconstrucción del comportamiento humano en lugares y tiempos específicos del pasado. Pero, ¿por qué no han tenido más éxito por lo que respecta a la inferencia de los niveles más altos de la jerarquía de Hawkes?

Childe (1956a, pp. 45-46) argumentaba que era más fácil para los arqueólogos inferir el comportamiento tecnológico y económico prehistórico a partir de principios generales que inferir las creencias y la organización social, porque el primero está sujeto a un más alto grado de condicionamiento por parte de factores que pueden averiguarse a partir de leyes naturales universalmente aplicables (véase también Gallay, 1986, pp. 126-157, 182). Los arqueólogos conocen cómo se realizaron los artefactos a través de experimentos en los que producen réplicas, y determinan la difusión de las materias primas mediante el análisis de los elementos-traza. De la misma manera, utilizan principios derivados de la biología para inferir muchos aspectos del comportamiento de subsistencia. Por otra parte, los detalles de la organización de las relaciones de parentesco, de los sistemas políticos y de los valores sociales son muchísimo más variados y las causas específicas de esa variabilidad son mucho más difíciles de establecer. Las tradiciones culturales, que no son insignificantes por lo que respecta a las adaptaciones ecológicas, desempeñan un papel especialmente importante en la determinación del contenido de esos aspectos de la cultura y pueden ser alteradas como resultado del contacto cultural así como en respuesta a factores internos cambiantes. Ambos impactos hacen que el contenido de los sistemas culturales sea imposible de predecir en detalle a partir solamente de leyes generales. Childe (1936, p. 98) afirmó que nadie podía inferir los detalles del gobierno parlamentario británico del siglo XIX a partir de un conocimiento general del modo de producción capitalista. Aunque existía una clara conexión entre el auge del capitalismo y la forma de poder que se ejercía en Gran Breta-

ña en aquel tiempo, el desarrollo del Parlamento británico debe ser entendido en relación a un conjunto de instituciones políticas en evolución que se remontan a los tiempos medievales. Los problemas de equifinalidad también complican las interpretaciones a medida que se incrementa la complejidad de los fenómenos del comportamiento. Más recientemente, detallados estudios etnoarqueológicos han revelado la sutileza y la complejidad de las correlaciones entre la cultura material y el comportamiento humano, especialmente a nivel social y simbólico (Bonnichsen, 1973; Hodder, 1982b; Hayden y Cannon, 1984). Se ha hecho evidente que en muchos casos la cultura material no refleja el comportamiento humano. Por el contrario, la relación entre ambos elementos está mediatizada por marcos conceptuales que a menudo no se pueden inferir a partir solamente de los datos arqueológicos. ¿Significa esto, como creía Hawkes, que los arqueólogos tienen más posibilidades de inferir lo más genéricamente animal que lo más específicamente humano del comportamiento humano prehistórico?

Muchos arqueólogos, incluido yo mismo, creemos que la búsqueda de regularidades socioculturales, de la cual la teoría de alcance medio de Binford es una parte, ha provocado principalmente el descubrimiento de condicionantes externos del comportamiento humano. No es sorprendente que muchos de éstos sean restricciones biológicas, ecológicas y tecnológicas que actúan directamente sobre la economía y la organización social. También se han descubierto otras clases de condicionantes. La Teoría General de Sistemas sugiere algunas limitaciones en el alcance de la variación en las estructuras sociales y políticas que no parecen tener un origen ecológico, incluyendo las relaciones entre la multiplicación de las unidades sociales y la elaboración de jerarquías de control (G. Johnson, 1978, 1981). Pero en general la naturaleza de los condicionantes sugiere un modelo cultural en el que los niveles más bajos restringen el alcance posible de la variación en niveles más altos, pero no determinan por ellos mismos las formas que toman los niveles altos. Esto significa que, aunque las relaciones ecológicas pueden limitar en gran medida el grado de variación posible en el comportamiento económico, no determinan todos los aspectos de las instituciones económicas. De la misma manera, la economía puede constreñir el alcance de la variación en el comportamiento social y político, y las relaciones sociales y políticas pueden limitar el alcance de las prácticas religiosas y de la estética, pero ninguno de estos niveles está totalmente determinado por los más básicos. Por el contrario, como los condicionantes materiales se aplican de manera menos directa, los niveles progresivamente más altos poseen un número aún mayor de rasgos específicos que no pueden ser explicados ecológicamente. Así, aunque las culturas se ven influidas por una jerarquía de condicionantes negativos que determinan los límites de la compatibilidad funcional entre niveles, y por tanto de su posible variación, cada nivel es semiautónomo hasta el punto de que todas sus propiedades no pueden derivarse de aquellas pertenecientes a un nivel más bajo (Friedman y Rowlands, 1978b, p. 203). Esto deja

mucho campo de acción, especialmente en los niveles de organización social y creencias religiosas, para que otros factores, como las tradiciones y las influencias culturales de origen externo, desempeñen un papel principal en el modelado de los patrones culturales. También proporciona una base teórica para la jerarquía de Hawkes.

Los arqueólogos contextuales han intentado contrarrestar este modelo mediante la identificación de condicionantes aplicables específicamente a los niveles más altos de la jerarquía de Hawkes. Éstos incluyen posibles regularidades de interrelación cultural por lo que respecta, por ejemplo, a los desperdicios y a las correlaciones entre los dibujos de la cerámica y el estatus social de la mujer (Hodder, 1982a, pp. 62-65). En el pasado se hicieron esfuerzos similares por correlacionar los estilos artísticos con la organización social (J. Fischer, 1961) o las características psicológicas de las poblaciones prehistóricas (Wallace, 1950). Se supone que la base de tales correlaciones serían las uniformidades en los procesos humanos cognitivos o psicológicos más que las consideraciones ecológicas. Con todo, la búsqueda de regularidades universales de esta clase no ha producido resultados sustanciales que revistan utilidad para los arqueólogos. Las regularidades más importantes son las que hacen referencia a tradiciones históricas específicas, y los datos arqueológicos pertenecientes a esas tradiciones parecen interpretarse de manera más efectiva por medio de alguna variante del enfoque histórico directo. Esto puede dejar algunos aspectos del registro arqueológico eternamente en el terreno de la especulación. ¿Cómo puede probarse que Leroi-Gourhan estaba en lo cierto, o al menos estaba moviéndose en la dirección correcta, al asociar el bisonte con los principios femeninos y el caballo con los masculinos en el arte rupestre del Paleolítico europeo? La obra de Laming-Emperaire (1962, pp. 293-294) no apoya esa asociación, mientras que estudios más recientes sobre el significado del arte rupestre ofrecen interpretaciones diferentes, aunque igualmente improbables (Conkey, 1982). Todo esto sugiere que, en la medida en que se refiere al uso de las generalizaciones universales, la jerarquía de dificultad de Hawkes en la interpretación arqueológica es esencialmente correcta (Gallay, 1986, pp. 154, 182). También sugiere que, debido a la falta de estructuración determinista con respecto a muchos aspectos de los fenómenos socioculturales, la capacidad de la teoría de alcance medio para inferir numerosos aspectos del comportamiento humano exclusivamente a partir de los datos arqueológicos será limitada.

Los logros de la arqueología

A pesar de estas limitaciones, los arqueólogos han sido capaces de inferir a partir de los datos arqueológicos una cantidad creciente de comportamiento humano, utilizando la teoría de alcance medio o alguna variante del enfoque histórico directo. No hay garantías de que esas inferencias no estén contamina-

das por factores subjetivos. Pero el desarrollo de nuevos y más numerosos algoritmos para la inferencia del comportamiento a partir de los datos arqueológicos y para especificar la validez de las analogías etnográficas proporciona los medios para maximizar los condicionantes de la evidencia arqueológica en estos factores subjetivos. Sucede lo mismo con la utilización independiente de técnicas diferentes para inferir el mismo, o muy parecido, comportamiento, y comparar los resultados para ver si se corresponden o no, como abogaban los arqueólogos contextuales y los antropólogos como Murdock (1959a). Finalmente, los hallazgos arqueológicos pueden corroborarse y complementarse con otros tipos de datos históricos. Si, como arqueólogos, no podemos averiguar nada del pasado, al menos podemos averiguar otras cosas que son importantes. En este sentido, sí se ha probado la precisión de la predicción de Daniel Wilson, cuando escribió en su primera obra sobre la prehistoria escocesa: «No debemos desesperarnos por no saber nada sobre los primeros caledonios, de sus hábitos, sus creencias o su fe, ya que tenemos acceso a muchos objetos de su artesanía y a la inventiva de sus dibujos» (1863, I, p. 486).

También hay buenas razones para creer que los hallazgos arqueológicos, sobre lo que los seres humanos han hecho en el pasado, han alterado irreversiblemente nuestro conocimiento sobre los orígenes y el desarrollo humano, al menos en aquellos que están preparados para soportar los cánones del razonamiento científico. Anteriormente al siglo XIX, los esquemas evolucionistas sobre el desarrollo humano se movieron entre enfoques creacionistas y especulaciones cíclicas de diferentes tipos. Cada una de ellas era una descripción posible de la historia humana, aunque no existía evidencia científica que permitiese a los investigadores determinar cuál de esas teorías ofrecía la mejor explicación sobre los orígenes humanos. Desde entonces, los datos arqueológicos han ofrecido sólida evidencia de que los seres humanos evolucionaron desde un contingente de primates, probablemente en África. Existe un grado considerable de desacuerdo sobre el significado de las variaciones morfológicas entre los primeros homínidos y sobre cuáles de ellos fueron los ancestros directos de los seres humanos modernos. Está claro que, a lo largo de gran parte de su historia, los seres humanos y sus ancestros homínidos subsistieron comiendo plantas silvestres y animales salvajes. Hacia finales del Paleolítico inferior los homínidos se habían extendido desde las regiones tropicales hasta algunas regiones de climas más fríos y hacia el Paleolítico medio y superior algunos seres humanos ya se habían adaptado a la vida en condiciones periglaciales. Hace 40.000 años los humanos ya se habían abierto camino por el océano y habían llegado a Australia y Nueva Guinea y hace 11.000 años ya se habían extendido por todo el Nuevo Mundo desde el estrecho de Bering hasta la Tierra del Fuego. A finales de la última glaciación, si no antes, se habían desarrollado poblaciones más densas y sedentarias en varios ambientes naturales de diversas partes del mundo. La recolección se complementó con la producción de alimentos, que gradualmente se convirtió en la principal fuente de nutrición de muchos lugares del

Viejo y del Nuevo Mundo. No hay pruebas de una conexión histórica entre las zonas principales donde se produjo la domesticación de plantas y de animales. La evidencia cada vez mayor de continuidad entre las regiones principales sugiere que fue un proceso que ocurrió independientemente en muchos lugares. Lo mismo puede decirse sobre las primeras civilizaciones, que evolucionaron a medida que algunas sociedades agrícolas tribales se transformaron en jerárquicas y clasistas, dominadas por una pequeña elite que utilizaba parte del excedente que controlaba para producir arquitectura monumental y obras de arte que servían como símbolos de estatus.

También está claro que muchas sociedades no avanzaron en esa línea. Algunas permanecieron como cazadoras-recolectoras hasta los tiempos modernos, y ocasionalmente sociedades pastoriles y agrícolas adoptaron economías de caza y recolección. A medida que las culturas se hicieron más complejas, las relaciones entre sociedades vecinas de diferentes tamaños y frecuentemente de economías diversas se hicieron más comunes. Bajo ciertas condiciones ecológicas, las sociedades más complejas fueron capaces de dominar y explotar a sus vecinos menos desarrollados, aunque en otras situaciones las sociedades agrícolas o pastoriles mantuvieron su autonomía hasta los tiempos modernos.

Historiadores y científicos sociales desde Arnold Toynbee hasta Julian Steward han considerado también el papel desempeñado en la historia humana por los procesos cíclicos, como el auge y la caída de las civilizaciones. Estas cuestiones son difíciles de tratar debido a las ambigüedades en la definición de las unidades implicadas. No hay base para creer que los procesos de desarrollo, análogos a la niñez, madurez y senilidad de los individuos, se repitan a sí mismos, sobre todo en referencia a sociedades en diferentes estadios de desarrollo. Por otra parte, la consolidación y desintegración repetidas del poder dinástico son un fenómeno extendido que está claramente registrado en los datos arqueológicos (Steward, 1955, pp. 196-206). La duración de estos ciclos varía en gran medida de una cultura a otra y de una época a otra incluso en sociedades que se juzgan al mismo nivel de desarrollo sociocultural, lo que sugiere una compleja causalidad. Este modelo cíclico merece un estudio especial.

Aunque todavía hay mucho que conocer sobre la medida temporal y la naturaleza exacta de la estabilidad y del cambio cultural en diferentes lugares del mundo durante los tiempos prehistóricos, el cuadro general esbozado anteriormente está sostenido por un inmenso corpus de evidencia recogida y analizada por los arqueólogos. Esto no significa que en el futuro los arqueólogos no descubran sociedades más antiguas de las que hasta ahora se conocen, nuevas civilizaciones o conexiones insospechadas entre diferentes partes del mundo. Con todo, el panorama general de lo que ocurrió en los tiempos prehistóricos resultante de los descubrimientos arqueológicos, durante casi un siglo se ha ido refinando, más que poniendo en entredicho. No puede decirse lo mismo de las explicaciones de por qué ocurrieron esas cosas. Además, aunque el esbozo general de la prehistoria que se presenta en los libros de texto quizás no difiera dema-

siado de algunas de las reconstrucciones especulativas evolucionistas de los siglos XIX y XX, sí difiere en la evidencia arqueológica en que se basa, que se ha ido completando con detalles circunstanciales sobre la naturaleza de las culturas específicas y sobre las secuencias individuales de cambio. Estos datos elaboran lo particular y lo general de la prehistoria.

Esto no significa que cada una de las interpretaciones específicas de los datos arqueológicos sea correcta. En los últimos años, Binford (1981, 1984; Binford y Stone, 1986) ha utilizado una combinación de evidencia tafonómica y de conocimientos sobre los procesos de formación de los yacimientos para llamar la atención sobre una serie de ideas aceptadas desde hace mucho tiempo sobre el comportamiento de los primeros homínidos. Ha demostrado la naturaleza insustancial de la evidencia sobre la caza mayor en Torralba (España) y en muchos otros yacimientos del Paleolítico inferior. También ha cuestionado la evidencia del canibalismo y del uso del fuego en los niveles del Paleolítico inferior de Zhoukoudian y ha llamado la atención sobre otros estudios cuyas conclusiones ponen en tela de juicio las supuestas trazas de culto al oso en las cuevas de Centroeuropa durante el Musteriense, asignando a éstas una explicación natural. Sea cual sea el resultado de estos debates, Binford ha demostrado que los arqueólogos han apoyado con mucha frecuencia ideas poco consistentes sobre el comportamiento del registro arqueológico, promoviendo así enfoques insustanciales sobre el comportamiento humano prehistórico (Binford, 1981, p. 293). En la gran mayoría, sus afirmaciones no son de importancia local o menor, sino que se refieren a temas del calibre que los seres humanos podrían haber sido carroñeros durante gran parte del período paleolítico en vez de estar dedicados a la caza mayor.

Con todo, aunque Binford se queja de la falta de mecanismos autocorrectivos en la interpretación de los datos arqueológicos, sus interrogantes sobre el significado referente al comportamiento en los yacimientos paleolíticos generará gran número de investigaciones de alcance medio y la búsqueda de nuevas y más concluyentes evidencias, de la misma manera que los partidos en competición intentan resolver los problemas que ellos mismos han planteado. En una revisión reciente de las controversias mantenidas en los siglos XIX y XX sobre el estatus de los eolitos, Grayson (1986) concluye que tanto esos debates como las técnicas para resolverlos son aspectos que se remontan al nacimiento de la arqueología. La realización consciente de experimentos y observaciones científicas para resolver los problemas de las interpretaciones arqueológicas datan de los arqueólogos escandinavos del siglo XIX y de los arqueólogos británicos que habían recibido la influencia del enfoque experimental de la Royal Society of London cien años antes.

Nuestro conocimiento de otros aspectos de la prehistoria se ha alterado de manera significativa como resultado de los cambios producidos en el conocimiento etnográfico. Tradicionalmente, los etnólogos evolucionistas han hecho una distinción entre bandas de cazadores-recolectores y tribus campesinas. En

los últimos años, ha empezado a hacerse evidente que las sociedades recolectoras más sedentarias, como las que se hallaron en la costa oeste de Canadá en el siglo pasado, tienen más en común, en términos demográficos, sociales y políticos, con las sociedades tribales agrícolas sedentarias que con los grupos dedicados a la caza mayor (Testart, 1982; Price y Brown, 1985). Esta observación ha proporcionado una nueva base para la interpretación de la evidencia concerniente a las sociedades «mesolíticas» del Viejo Mundo y las «arcaicas» americanas, que en el pasado era difícil de explicar. En otras ocasiones se han producido penetrantes estudios como resultado de descubrimientos arqueológicos. La demostración de Michael Coe de que la civilización olmeca, que floreció en las costas del golfo de México, databa del primer milenio a.C. puso en duda la idea, largamente aceptada, de que las civilizaciones se desarrollaban sólo en regiones áridas donde se hacía necesaria la irrigación para la agricultura (Coe y Diehl, 1980). Desde entonces, se ha hecho cada vez más obvio que, debido a las escasas condiciones para la conservación y a las dificultades con que se tropieza la investigación, las regiones de bosque tropical están pobremente representadas en el mapa de los estudios relativos del desarrollo de las civilizaciones. El descubrimiento de Coe también puso en tela de juicio ciertas teorías evolucionistas de nivel alto que habían intentado explicar el origen de las sociedades complejas (Sanders y Price, 1968).

Esto indica que el descubrimiento de nueva evidencia arqueológica que contradiga conclusiones previas puede ayudar considerablemente a detectar interpretaciones erróneas. A ello hay que añadir las nuevas teorías sobre el comportamiento humano, que producen penetrantes estudios sobre el significado de los datos arqueológicos, y el desarrollo de la teoría de alcance medio. La construcción y puesta a prueba deliberada de dos o más interpretaciones mutuamente excluyentes puede estimular este proceso, punto este observado hace ya tiempo por los arqueólogos pero algo olvidado debido a la insistencia de la arqueología procesual en la importancia de las explicaciones deductivas. En combinación, estos procedimientos incrementan la fuerza para contrarrestar la capacidad subjetiva inherente en la interpretación de los datos arqueológicos. Todos nosotros, excepto los relativistas más fanáticos, nos daremos cuenta entonces de los resultados obtenidos a través de un proceso de comparación y reinterpretación crítica tendente a un conocimiento más objetivo del significado conductista de los datos arqueológicos.

Diálogo externo

Explicar por qué sucedieron las cosas lleva a los arqueólogos más allá de su propia disciplina y les obliga a recurrir a un amplio espectro de teoría de las ciencias sociales en un esfuerzo por interpretar los modelos de comportamiento que han inferido previamente a partir de los datos arqueológicos. Con

todo, incluso aquellos científicos sociales que pueden observar directamente el comportamiento humano son incapaces de ponerse de acuerdo sobre por qué la gente se comporta como lo hace, por qué tienen lugar cambios culturales o cuál es el significado global de la historia. Por el contrario, existen muchas explicaciones, diferenciadas sutil o radicalmente, que compiten unas con otras y que se refieren a casi cada aspecto del comportamiento humano, sin prevalecer por ahora ninguna sobre las demás. Hay muchas razones para ello. La complejidad de los factores en juego en situaciones concretas podría explicarse a través de más de una teoría causal, permitiendo asimismo interpretaciones individuales, significativamente divergentes, de situaciones específicas (Wylie, 1985b, p. 77). Los factores que modelan tales situaciones son normalmente tan numerosos que no permiten suponer que sólo uno de ellos ejerza una influencia determinante. El papel que juegan los factores individuales también puede ser diverso, según la variedad o la fuerza de aquellos que estén implicados en una situación en particular. Flannery (1972) tenía presentes todos estos argumentos cuando hablaba de la futilidad de intentar explicar el origen de sociedades complejas, buscando regularidades en los factores que habían llevado a su desarrollo. También está claro que en situaciones complejas de este tipo, los valores y los prejuicios del analista pueden ejercer más o menos influencia en las interpretaciones de la evidencia arqueológica. Estas influencias subjetivas pueden variar desde aquellos arqueólogos que intentan proyectar en el pasado sus propios ideales de sociedad, como Arthur Evans hizo en sus reconstrucciones de la Creta minoica (Bintliff, 1984; Wood, 1985), hasta el enorme vacío ideológico que separa el enfoque elitista sobre la historia humana, recientemente expuesto por Grahame Clark (1983, 1986) de la interpretación de Childe sobre los efectos funestos de la explotación de clases en el desarrollo tecnológico y la calidad de vida en las primeras civilizaciones. Con todo, los arqueólogos a menudo no pueden proporcionar explicaciones concluyentes sobre acontecimientos que están claramente representados en el registro arqueológico, aunque sus deficiencias en esta cuestión no son mayores que las de otros científicos sociales, quienes también son incapaces de ponerse de acuerdo en por qué suceden las cosas.

Existen dos conjuntos de factores que alteran las perspectivas generales sobre el comportamiento humano. El primero son las circunstancias sociales y políticas cambiantes, como las que llevaron a abandonar temporalmente las interpretaciones racistas e incluso biológicas sobre el comportamiento humano en todos los países occidentales como consecuencia de la derrota nazi. En un primer nivel esto puede interpretarse como un proceso global más o menos subjetivo. Pero en la medida en que las creencias inspiran la acción, poseen algunos valores selectivos en referencia a su habilidad para promover o amenazar la supervivencia de las sociedades que las sostienen. Por tanto, si las sociedades tecnológicamente avanzadas desean sobrevivir y florecer, deben evolucionar hacia un conocimiento más objetivo del comportamiento humano (McNeill, 1986,

pp. 20-21). El hecho de que las interpretaciones religiosas y científicas del comportamiento humano tengan una gran capacidad para disfrazar su egoísmo de altruismo no inspira una gran fe en que la habilidad automática del conocimiento evolucionado del comportamiento humano conduzca a la salvación de la humanidad. A pesar de ello, el punto básico —que las ideas tienen un valor selectivo— sigue siendo válido. A raíz de ello, las perspectivas generales sobre el comportamiento humano pueden estar sujetas a largo plazo a una modificación selectiva, más que a un cambio puramente aleatorio o a razones enteramente idiosincrásicas.

El segundo conjunto de factores sobre el que todos, excepto los hiperrelativistas, estamos de acuerdo en que pueden alterar las interpretaciones del comportamiento humano se refiere a la nueva evidencia factual. Por su naturaleza, las teorías generales sobre el comportamiento humano tienen pocas probabilidades de ser refutadas por parte de ninguna observación científica aislada. Con todo, incluso a este nivel, los condicionantes impuestos por la evidencia acumulativa, incluyendo los que proporciona la arqueología, han permitido que se progrese en el conocimiento general del comportamiento humano. Como resultado de un siglo de investigación y de interpretaciones que han oscilado de un extremo a otro, ahora parece aceptarse que las ideas radicales tanto del particularismo histórico como del evolucionismo unilineal no se pueden mantener por más tiempo. Se observa mucho más orden en la perspectiva de las interrelaciones culturales, cosa que no sería así si el caso fuera que cada cultura es el producto de circunstancias fortuitas. Con todo, hay suficiente diversidad como para excluir cualquier causalidad simple o sólidamente determinista (Trigger, 1982a). A decir verdad, aún hay arqueólogos que continúan debatiendo su pertenencia a uno u otro extremo. Binford hace gala de una fe neoevolucionista en la regularidad del comportamiento humano y Dunnell (en Rindos, 1984, p. IX) espera ansiosamente que la evolución científica y sus uniformidades «vuelvan a su posición central». Por otra parte, hay veces, no siempre, en que el pensamiento de Hodder tiende hacia un particularismo boasiano. De todas maneras, todas estas posturas son bastante más moderadas que las extremas de la década de los cincuenta.

Los arqueólogos todavía no pueden distinguir, si no cuentan con una base compuesta de evidencia arqueológica e histórica, entre las similitudes culturales que surgen como resultado de un desarrollo independiente (analogías) y aquellas que se dan a partir de conexiones históricas (homologías) (Binford, 1968b, pp. 8-12). Las características individuales compartidas por las culturas circumpolares de cazadores-recolectores no pueden explicarse a partir de una adaptación independiente a un medio ambiente común, a menos que se pueda eliminar empíricamente la posibilidad de que se remontan a unos mismos orígenes o que esas similitudes proceden de la difusión. Pero los paralelos entre el desarrollo de sociedades complejas en partes distantes del mundo durante períodos en que las conexiones culturales entre esas regiones parecen haber sido extre-

madamente limitadas o nulas, así como en las relaciones entre sociedades vecinas que se hallan a diferentes niveles de desarrollo, sugieren ciertas regularidades de interrelación cultural que ninguna explicación acerca de la historia o del comportamiento humanos puede permitirse el lujo de ignorar. Por otra parte, también ha quedado claro, a través del estudio de los datos arqueológicos y etnográficos, que existen variaciones importantes en la organización social y en los modelos culturales entre sociedades que se hallan a un mismo nivel de desarrollo en lugares diferentes del mundo, que no pueden explicarse según la teoría neoevolucionista. Tanto las tradiciones históricas como la difusión desempeñan claramente un papel en la formación no sólo de factores estilísticos, sino también en aspectos significativos del comportamiento político, social y económico.

Estas observaciones sugieren que las culturas no están tan estrechamente integradas como creían los evolucionistas, en el sentido de que los cambios individuales en uno de los aspectos de la cultura desencadenarán con toda probabilidad cambios predecibles en los demás aspectos. Ni tampoco parece que partes específicas del sistema cultural desempeñen un papel abrumadoramente predominante en la formación del conjunto, contrariamente a lo que proclamaban los deterministas ecológicos y tecnológicos. Si cualquiera de estas dos propuestas fuese cierta, habría habido muchísima menos variación cultural que la observada en un momento puntual del registro etnográfico o durante largos períodos de tiempo en el registro arqueológico.

Esto no excluye un enfoque materialista para el conocimiento de la historia humana. Al estar a la altura del conocimiento que se tiene en la actualidad sobre la evolución biológica y los orígenes humanos, este enfoque parece dar por supuesto que la existencia social ha desempeñado siempre un papel fundamental en la formación de la consciencia humana y que el modo de producción influye en gran medida en el carácter general de los procesos de la vida política, social y económica, siempre que se entienda que esto significa que la base económica (definida de manera amplia), más que dictar cuál ha de ser la naturaleza de ese comportamiento, limita la posibilidad de variación de los otros aspectos del comportamiento humano. Tampoco hay razón para negar la influencia recíproca de la superestructura sobre la base, aunque aún están por definir la naturaleza precisa y el grado de esa influencia, además de poder variar en gran medida de una sociedad a otra. Childe, en concreto, contemplaba el poder político y las creencias religiosas como fuerzas capaces de frenar con éxito las transformaciones culturales principales, pero no de iniciarlas. Finalmente, un verdadero enfoque materialista abarca, más que niega, la idea de que los seres humanos no reaccionan al mundo tal como éste es sino tal y como lo perciben, ya que así se incorporan al marco materialista los fenómenos mentales. Esto ha alentado al marxismo a explicar el cambio cultural como resultado de un proceso dialéctico que abarca intereses individuales y de grupo, sin intentar explicarlo a partir exclusivamente de condicionantes externos de la clase

que proponía la teoría de sistemas y la ecología cultural. A pesar de todo, no existe consenso sobre todos estos temas ni se dispone de argumentos suficientemente sólidos como para empezar a estrechar el amplio espectro de opiniones, sostenidas con pasión, sobre las fuerzas que modelan la historia humana y que los científicos sociales están preparados para defender. Muchos arqueólogos, incluyendo a algunos que se proclaman marxistas, se adhieren a una postura idealista que asigna una importancia principal a las creencias religiosas y a otros factores ideológicos como las fuerzas básicas que actúan en el cambio cultural.

A pesar de todo, existen razones para creer que a largo plazo la recogida continuada de datos arqueológicos y su análisis contribuirá a un mejor conocimiento del comportamiento humano y de las fuerzas que toman parte en el desarrollo de la historia humana. Evidencia de ello es la gran confianza con que los arqueólogos empiezan a distinguir entre sus propias y variadas explicaciones sobre lo que ocurrió en los tiempos prehistóricos y las ideas populares que se van alternando y para las que no existe una base factual científicamente aceptable (J. White, 1974). Esas ideas que se sostienen popularmente dan fe de la importancia ideológica de lo que estudian los arqueólogos y de la incapacidad creciente de éstos para adherirse a ciertos métodos científicos que permitan satisfacer las necesidades populares. Un ejemplo de ello es la extendida y persistente resistencia a la idea de que las culturas más avanzadas se han desarrollado a partir de procesos internos que han de ser entendidos en términos científicos. En los siglos XVIII y XIX, algunos escritores intentaron demostrar lo que ellos consideraban la verdad literal de la Biblia argumentando que los seres humanos procedían del Próximo Oriente y que las culturas primitivas habían visto la luz como resultado de la degeneración, a medida que la humanidad se fue alejando de su lugar de origen y de las enseñanzas divinas. Otras especulaciones basadas en menor medida en la Biblia intentaron remontar el origen de las civilizaciones conocidas hasta sus comienzos misteriosos en continentes perdidos, como la Atlántida y Mu, mientras que a principios del siglo XX los hiperdifusionistas hicieron derivar la agricultura y la civilización de Egipto y Mesopotamia, donde se suponía que se habían desarrollado como resultado de casualidades históricas. En los últimos años, ante la amenaza creciente de aniquilación nuclear, cada vez más miembros de la insegura, secular y educada clase media se complacen en creer que seres humanos de otro planeta han estado orientando de manera benevolente el desarrollo humano y acabarán por salvar a la humanidad, o lo que quede de ella, de una catástrofe apocalíptica (J. Cole, 1980; Feder, 1984; Eve y Harrold, 1986). Estos partidarios del salvacionismo extraterrestre miran hacia la arqueología para que les proporcione evidencia de contactos interplanetarios que apoyen sus argumentos, de la misma manera que los evolucionistas hacían hace un siglo.

En el siglo XVIII, cuando el conocimiento del registro arqueológico era casi nulo, los enfoques degeneracionista y evolucionista se basaban ambos en poco más que meras especulaciones acerca de la naturaleza de la existencia de las

sociedades humanas. Bajo esas circunstancias, no es extraordinario que un investigador como William Stukeley, quien desarrolló una sólida labor como anticuario, se viese atraído por lo que hoy día no nos parecen más que simples fantasías de la escuela degeneracionista. A finales del siglo pasado, un científico escrupuloso como John William Dawson objetó de manera convincente que el registro arqueológico había sido estudiado en tan poca medida y en tan pocos lugares del mundo, incluso en Europa occidental, que no se podía asegurar que junto a las culturas paleolíticas no hubiesen existido sociedades avanzadas. En Norteamérica, los supuestos hallazgos paleolíticos resultaron ser los restos de culturas posteriores y mucho más avanzadas. Ignorar las afirmaciones de Dawson significaba depositar la fe en las teorías evolucionistas y culturales o en el valor de una evidencia positiva limitada, sin tener en cuenta las alternativas aún no descubiertas. Hacia los años veinte, el enfoque hiperdifusionista de la historia humana, aunque promovido por etnólogos y antropólogos físicos respetables, fue abrumadoramente rechazado por los arqueólogos por no corresponderse con el registro arqueológico como entonces se contemplaba en varios lugares del mundo. Las influencias hiperdifusionistas se limitaron a explicar fenómenos arqueológicos restringidos, como los monumentos megalíticos de Europa occidental.

El salvacionismo extraterrestre todavía sigue siendo una manía de algunos aficionados que gustan realzarlo de connotaciones semirreligiosas. Sus intentos por explicar hallazgos arqueológicos aislados no proporcionan interpretaciones alternativas satisfactorias del registro arqueológico (Von Daniken, 1969, 1971). Los relativistas extremos, como Barnes y Feyerabend, pueden argumentar que los enfoques sobre el pasado que sostienen los arqueólogos profesionales y los salvacionistas extraterrestres son alternativas culturales y que los filósofos y los historiadores de la ciencia no se diferencian ni en su estatus científico ni en la más o menos corrección de sus afirmaciones. Los arqueólogos no pueden excluir la posibilidad de que visitantes extraterrestres hayan influido en el curso del desarrollo humano hasta cierto punto, de la misma manera que no se puede excluir la posibilidad biológica de la existencia de unicornios color púrpura. Con todo, por más incierto, inapropiado o insuficiente que sea nuestro conocimiento científico actual sobre el cambio cultural, al menos abarca todas las observaciones que se hayan podido hacer sobre el registro arqueológico, ya sea en su totalidad, o en sus rasgos específicos, mientras que el salvacionismo extraterrestre sigue vivo a base de especulaciones y datos poco concluyentes sobre fenómenos aislados. Seguramente sería algo alocado, teniendo en cuenta la evidencia, otorgar un estatus «simétrico» a estas dos perspectivas.

La arqueología también ha demostrado la capacidad de jugar con varias hipótesis de trabajo y de alterar sus interpretaciones con el fin de explicar más adecuadamente el cuerpo creciente de datos arqueológicos (Gallay, 1986, pp. 288-295). En la primera parte del siglo XX, se recurría a la difusión para explicar aquellos cambios en el registro arqueológico que no concordaban con los

primeros enfoques racistas sobre los indios americanos, que decían ser incapaces de protagonizar ningún cambio cultural. Pero la difusión continuaba llevando implícita la idea de falta de creatividad. La Nueva Arqueología no sólo se ocupó de explicar los cambios internos, que empezaban a ser obvios en el registro arqueológico, sino que también, y con el fin de explicar esos cambios, se la hizo recurrir a respuestas internas que de manera inconsciente eliminaron los últimos vestigios del enfoque que mantenía que los nativos norteamericanos eran, por naturaleza, menos creativos que los europeos. La influencia de estereotipos públicos menos hostiles con los pueblos nativos referidos al desencadenamiento de esos cambios tampoco debe ser subestimada, como no ha de serlo cualquier condicionante de la arqueología. De nuevo, hallamos en la frontera de los aficionados explicaciones sobre los orígenes de Norteamérica en referencia a unos visitantes libios, cartagineses, escandinavos, africanos, negros y asiáticos, denigrando otra vez, confiamos que sin proponérselo, a los pueblos nativos, ya que se atribuyen a extranjeros los elementos principales de su patrimonio cultural (Fell, 1976, 1982; para la explicación antropológica del material referido en el segundo libro, véase Vastokas y Vastokas, 1973). Al hacer esto, esos aficionados confían la interpretación arqueológica exclusivamente a cánones difusionistas que hace ya tiempo se tacharon de insuficientes por parte de los arqueólogos profesionales. Los arqueólogos no niegan la importancia de la difusión. Tampoco niegan que se han dado casos durante la historia de la humanidad en que algunos grupos agrícolas y pastoriles se han convertido en cazadores-recolectores. Pero estos acontecimientos se contemplan ahora en un contexto más amplio, en el cual también ocurren otros procesos, como las adaptaciones ecológicas o los cambios culturales internos. Simultáneamente, el registro arqueológico, cada vez más detallado, ofrece una resistencia creciente a esas explicaciones caprichosas y desequilibradas sobre el pasado.

El panorama futuro

Los factores subjetivos influyen claramente en la interpretación de los datos arqueológicos a todos los niveles. No son meramente elementos contaminantes que puedan eliminarse mediante el compromiso con un código científico neutral supuestamente moralizador o más específicamente por medio de procedimientos para probar hipótesis, como sugieren los más ardientes positivistas. A veces, esos factores funcionan como un elemento creativo, en la medida en que espolean la investigación. El compromiso de Kossinna con una idea romántica y en gran medida equivocada sobre la superioridad étnica y racial germánica le llevó a inventar nuevas formas de estudio de modelos espaciales significativos que otros arqueólogos con diferentes compromisos personales continuaban encontrando útiles. Por otra parte, se pueden observar ciclos menos creativos en los que, en respuesta al menos parcialmente a condiciones sociales,

políticas y económicas cambiantes, los arqueólogos han oscilado entre perspectivas evolucionistas extremas y perspectivas histórico-culturales y entre posiciones que o bien enfatizaban la base biológica del comportamiento humano, o bien la ignoraban por completo (Cartmill *et al.*, 1986).

Pero, de la misma manera que los factores subjetivos intervienen a todos los niveles de la interpretación del pasado, lo mismo ocurre con la evidencia arqueológica, la cual, al menos dentro de las fronteras de un compromiso de metodología científica, constriñe y limita todo aquello que podemos llegar a creer acerca del pasado. Contrariamente a lo que suponen algunos innovadores, en su deseo por retratar cualquier fase previa del desarrollo de la arqueología como primitiva y sin estructurar, los arqueólogos han sido conscientes de la necesidad continuada de poner en tela de juicio aquellas interpretaciones que se dan por aceptadas. Además, se han preocupado de utilizar nuevas evidencias para alcanzar un conocimiento más subjetivo del pasado. Desde el siglo XIX han intentado idear pruebas que describiesen el comportamiento de los datos arqueológicos. Todo esto ha incluido experimentos para producir réplicas de objetos y procesos, análisis de trazas de uso y otros experimentos para probar que determinados «artefactos» no son en realidad productos humanos sino animales o naturales. También se ha intentado calcular la validez de las analogías etnográficas, aunque este proceso se ha revelado especialmente difícil debido a los problemas que implica la distinción entre analogías y homologías culturales. Durante todo este tiempo, los arqueólogos han llevado a cabo su trabajo dentro de los más estrictos límites científicos.

Acompañando a estas actividades, ha existido siempre la tentación de extraer conclusiones, aunque no se cuente con datos suficientes, con los análisis adecuados o con los métodos correctos de interpretación. Esto sucede a todos los niveles de la investigación arqueológica, aunque quizás es en el nivel más alto, el de la explicación del comportamiento, donde esto se hace con más atrevimiento. Muchos arqueólogos parecen estar impacientes por llegar a conclusiones de gran alcance sobre el pasado a partir de sus hallazgos, aunque eso les exija extraer de los datos formas específicas de comportamiento que carecen de los argumentos adecuados o hacer uso de interpretaciones pobremente contrastadas. Especialmente si las interpretaciones se adaptan al sentido común y los valores que sostiene el investigador, los arqueólogos pueden no ser conscientes de las deficiencias de su trabajo. En el pasado, la tolerancia brindada a este tipo de negligencias era el resultado, en gran medida, de que el número de investigadores era más reducido y los problemas con los que trataban, profundos y difíciles de abordar. En los esfuerzos pioneros de recolección de datos y reconstrucción del pasado, se ignoraron muchos detalles de la investigación arqueológica. Esta situación de descontrol permitió que ciertas interpretaciones de los datos arqueológicos, pudieran sobrevivir aunque su base teórica o factual no diera lugar a crédito. Ejemplo de ello son los esfuerzos difusionistas de los arqueólogos europeos por emplazar los orígenes de la cultura en el Pró-

ximo Oriente después de que se abandonase la visión medieval del mundo, o la lentitud con que los arqueólogos norteamericanos quisieron reconocer el cambio en el registro arqueológico de los indios americanos como prueba de la inconsistencia de los estereotipos estáticos. La tendencia reciente a examinar explicaciones alternativas sobre los mismos datos y a desarrollar argumentos formales en apoyo de esas interpretaciones representa una elaboración, más que la superación, de los máximos ideales de aquellas primeras investigaciones. Es poco probable que puedan alguna vez llegar a eliminarse totalmente los factores objetivos de los procedimientos científicos, pero al menos se puede intentar reducir al máximo esos condicionantes.

La arqueología es la ciencia que mejor puede contribuir a la comprensión general del comportamiento humano mediante la información que va recogiendo sobre los cambios que tienen lugar durante largos períodos de tiempo, y que, por esa razón, no pueden estudiarse utilizando los datos contemporáneos de las ciencias sociales. La perspectiva temporal compensa enormemente la falta de información directa sobre las percepciones y las intenciones, lo cual, ante la ausencia de otras fuentes de información sobre los aspectos culturalmente específicos del pasado, reduce en gran medida la arqueología a la consideración de los condicionantes que actúan sobre el comportamiento humano. A las teorías de alto nivel sobre el comportamiento humano se las supone incapaces de refutación directa. Con todo, comparando diferentes secuencias arqueológicas e intentando comprenderlas como evidencia de unas sociedades que sufrieron cambios a través del tiempo, la arqueología descubre regularidades diacrónicas que son importantes para evaluar teorías de alto nivel. Para que la búsqueda de ese conocimiento tenga éxito, se requiere no sólo precisión en las inferencias que sobre el comportamiento se hagan a partir de los datos arqueológicos, sino también la elaboración de cronologías aún más detalladas. Esto lleva a los arqueólogos al primer problema con el que se topó la disciplina y que todavía no ha podido superar. Sólo en la medida en que los arqueólogos comprendan el orden en que cambian los factores culturales, podrán poner los cimientos para empezar a vislumbrar las relaciones causales que los vinculan (Wylie, 1985b, pp. 77-78).

Hasta cierto punto, las teorías generales o de alto nivel son como las lenguas. Teóricamente es posible expresar cualquier idea en cualquier lengua, pero la dificultad que conllevará cada uno de los conceptos particulares variará en gran medida de una lengua a otra, dependiendo de su léxico. Además, un mensaje, al alejarse demasiado de los canales convencionales y de las normas establecidas puede empezar a perder inteligibilidad e importancia ante el receptor, por más capaz que sea una lengua de transmitir ideas por medio de perífrasis o explicaciones detalladas. De la misma manera, la dificultad de concebir una explicación satisfactoria de una forma particular de comportamiento humano variará según la teoría general a la que se adhiera. Con el tiempo, los problemas que irán surgiendo con el uso de una teoría general en particular llevarán

a los científicos sociales, incluidos los arqueólogos, a abandonarla, pretextando que se mostrará ineficiente en comparación con otras teorías alternativas. En este sentido, las constricciones a las que está sujeta la evidencia pueden ejercer una influencia selectiva sobre las teorías generales. Por otra parte, los factores subjetivos pueden llevar a los científicos sociales a continuar utilizando una teoría de alto nivel determinada, cuando su ineficacia haya sido demostrada. Este tipo de teorías con frecuencia se modifican o adaptan a las nuevas circunstancias. Las teorías de alto nivel son raramente abandonadas por completo.

Se ha de decir que los puntos de vista de las sociedades modernas sobre sus orígenes y sus cambios son radicalmente diferentes, y no sólo difieren en la ordenación divina del mundo que explicaron los antiguos escribas sumerios sino también en las visiones creacionistas que predominaron en la sociedad occidental durante casi doscientos años. Los hallazgos de la arqueología, aunque estén subjetivamente interpretados, han alterado la percepción que la humanidad tiene de su historia, de su relación con la naturaleza y de su propia naturaleza, percepción irreversible si no se abandona por completo el método científico. La arqueología es en sí misma el producto del cambio social y económico, pero nos ha conducido hasta la creencia de que el pasado es algo más que una proyección caprichosa de preocupaciones sociales contemporáneas. No está separada de la sociedad ni es un reflejo de ella, pero tiene un papel que desempeñar en el diálogo racional sobre la naturaleza de la humanidad, que vendrá facilitado por un mejor conocimiento de la relación entre la práctica arqueológica y su contexto social. Al ayudar a expandir nuestros marcos de referencia espaciales y temporales, la arqueología ha alterado irreversiblemente «el alcance y la calidad del pensamiento humano» (Becker, 1938, p. 25).

El hecho de que la arqueología pueda proporcionar cada vez más estudios sobre todo aquello que ocurrió en el pasado, sugiere que puede constituirse como base efectiva para la comprensión del cambio social. Esto, a su vez, indica que con el tiempo también podrá servir como guía para el desarrollo futuro, no en el sentido de proporcionar conocimiento tecnocrático a los planificadores sociales, sino ayudando a la gente a escoger en política pública a partir de una mayor información. En un mundo en que confiar en ensayos o errores ha llegado a convertirse en algo peligroso para la humanidad, el conocimiento derivado de la arqueología puede incluso ser importante para la supervivencia humana. Si la arqueología ha de servir a ese propósito, los arqueólogos han de prepararse para luchar contra grandes obstáculos para ver el pasado tal como era y no como ellos desearían que hubiese sido.

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

La importancia de la historia de la arqueología

En Trigger (1985a) se presenta una crónica y una crítica de la historiografía de la arqueología. Las variadas orientaciones que han tenido lugar aparecen tratadas en el primer capítulo del presente volumen.

Algunas de las primeras historias de la arqueología fueron escritas bien para exponer los vacíos de trabajos anteriores (Haven, 1856), bien para popularizar las nuevas tendencias (Morlot, 1861; reimpreso en Trigger, 1986a). Pero, en realidad, la mayoría de estas primeras historias eran crónicas de descubrimientos arqueológicos que explicaban quiénes y bajo qué circustancias llevaron a cabo los más dramáticos hallazgos arqueológicos. Uno de los trabajos más populares y que mejor ha resistido el paso del tiempo es el libro de Ceram [Kurt Marek] *Gods, Graves and Scholars* (1951). La gran popularidad de este género viene confirmada por el libro mejor vendido de Fagan *The Rape of the Nile* (1975); por su *Elusive Treasure* (1977), que trata de la arqueología del Nuevo Mundo; por *Foundations in the Dust* (1947, 2.ª ed. 1981) de Lloyd; y por *The Great Archaeologists* (1976), de Bacon. Entre estos libros hay pocas, si es que hay alguna, referencias al trabajo de arqueólogos de la talla de Gordon Childe o Grahame Clark, quienes, aunque no hiciesen descubrimientos espectaculares, habían jugado un papel principal en el estudio profesional de cómo los datos arqueológicos debían ser interpretados.

Un número más pequeño de obras —aunque hoy día el número se está incrementando rápidamente— han intentado investigar el desarrollo intelectual de la arqueología, tema estimulado pero escasamente practicado por Crawford (1932) y Childe (1955). El primer y principal estudio pionero fue *The Discovery of Man* (1939) de Casson. También Shorr (1935), Peake (1940) y Childe (1953) escribieron breves trabajos sobre el desarrollo primigenio de la arqueología prehistórica. Un segundo hito lo constituyó el libro de Daniel *A Hundred Years of Archaeology* (1950; 2.ª ed. 1975), donde se trazaba el desarrollo de la arqueología en Gran Bretaña y en la Europa occidental y, junto con su temprano estudio *The Three Ages* (1943), inició un nuevo modelo de investigación de la historia de la arqueología y del desarrollo de los conceptos arqueológicos. Da-

niel (1963a, 1981a, y muchos otros trabajos) continuó escribiendo sobre el desarrollo de la arqueología de la Europa occidental hasta su muerte, acaecida en 1986. Su primer libro fue seguido por la polémica historia de Rusia y de la arqueología soviética de M. Miller (1956), por el libro de Bibby *The Testimony of the Spade* (1956), que también trataba de la historia de la arqueología europea, y por el de Laming-Emperaire *Origines de l'archéologie préhistorique en France* (1964). Daniel estimuló la confección de numerosas historias de la arqueología regionales y nacionales: la de Willey y Sabloff *A History of American Archaeology* (1974), ahora con una segunda edición (1980), el de Klindt-Jensen *A History of Scandinavian Archaeology* (1975) y el de Bernal *A History of Mexican Archaeology* (1980). La periodización empleada por Willey y Sabloff fue en parte inspirada por el libro de Schwartz *Conceptions of Kentucky Prehistory* (1967). En 1973, Fitting publicó un estudio que incluía a muchos autores de diferentes regiones de Norteamérica, el cual, junto a muchos artículos de Watson (1985), puede ser de interés paralelamente al estudio, más general, de Willey y Sabloff. Sklenář (1983) ha publicado una historia de la investigación y de la interpretación arqueológica en Europa central.

El estudio de las historias nacionales de la arqueología a nivel mundial se propuso en un Coloquio Internacional sobre la Historia de la Arqueología realizado bajo el patrocinio de la Unión de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas en Aarhus en 1978 (Daniel, 1981b). Este trabajo se inició a través de un conjunto de catorce artículos publicados por *World Archaeology* (Trigger y Glover, 1981, 1982) y por J. D. Evans *et al.* (1981, pp. 11-70). Estas publicaciones indicaban la importancia de adoptar una perspectiva más amplia para la evaluación del pasado y de las nuevas tendencias en interpretación arqueológica. Guidi (1988) proporciona un valioso relato de la historia mundial de la arqueología, con secciones que dedican una especial atención a la historia de la arqueología italiana.

Existen varios trabajos que han intentado estudiar en detalle el desarrollo del pensamiento sobre problemas arqueológicos específicos. Silverberg (1968) ha documentado la historia de las conjeturas realizadas acerca de los Constructores de Túmulos en los Estados Unidos, mientras que Piggott (1968) ha estudiado el impacto que han tenido en la arqueología las especulaciones sobre los druidas, y Gräslund (1974, 1976, 1987) ha analizado el papel desempeñado por la tipología en los primeros estadios de desarrollo de la arqueología escandinava. McKusick (1970) se dedicó a trazar la historia de un famoso conflicto entre las instituciones nacionales y regionales de los Estados Unidos sobre la autenticidad de algunos hallazgos realizados en el siglo XIX; Grayson (1983) ha examinado en detalle los debates decisivos que han tenido lugar en Europa en torno a la antigüedad humana; Meltzer (1983) ha clarificado la naturaleza de las controversias del siglo XIX sobre los primeros humanos que habitaron el Nuevo Mundo; Chippindale (1983) ha examinado las diferentes interpretaciones que ha sufrido Stonehenge; y Patterson (1986a) ha documentado cómo los factores

políticos han influido en la investigación arqueológica en los Estados Unidos. Piggott (1976), Trigger (1978a) y Hudson (1981) han publicado colecciones de ensayos que tratan la historia de la arqueología en Europa y en América.

En los últimos años se ha puesto de manifiesto cada vez más el interés por las biografías como un instrumento para estudiar el desarrollo de la interpretación arqueológica. En esta técnica fue pionero Piggott cuando en 1950 publicó su libro *William Stukeley*. Estudios recientes sobre figuras tempranas de la arqueología pueden ser por ejemplo el análisis de Brongers (1973) sobre el trabajo del anticuario holandés C. J. C. Reuvens, el de Woodbury (1973) sobre Alfred Kidder, el de Marsden (1974) sobre algunos de los primeros excavadores de túmulos ingleses, los de R. H. Cunnington (1975) y Woodbridge (1970) sobre William Cunnington y Richard Colt Hoare, el de Hunter (1975) sobre John Aubrey, el de M. Thompson (1977) sobre Pitt-Rivers, y el de Drower (1985) sobre Petrie. A pesar de que la mayoría de estos estudios están escritos por arqueólogos, también hay que destacar la espléndida biografía que Killan (1983), un historiador profesional, ha hecho sobre el arqueólogo canadiense del siglo XIX David Boyle. Gordon Childe siempre ha despertado un enorme interés, prueba de ello son los tres libros que le han sido dedicados (McNairn, 1980; Trigger, 1980a; S. Green, 1981), así como innumerables artículos (véase el ensayo bibliográfico del capítulo 5). Willey (1974a) ha editado un conjunto de reflexiones autocríticas de algunos arqueólogos consagrados, práctica continuada por Daniel en *Antiquity* y por Robertshaw en su historia de la arqueología africana (1988). MacNeish (1978) y Caton Thompson (1983) han publicado penetrantes autobiografías intelectuales (también personales en el caso de Caton Thompson). M. Ash trabaja actualmente en una biografía de Daniel Wilson. Otras biografías, como la de J. Hawkes (1982) sobre Wheeler y las autobiografías (M. Leakey, 1984; Daniel, 1986) son principalmente de interés personal.

Un tópico relativamente olvidado es el de la historia de las instituciones arqueológicas. La mayor contribución a este campo ha sido realizada por Joan Evans (1956) en su historia de la Society of Antiquaries of London, o bien el volumen de artículos editado por Bell (1981) sobre la Society of Antiquaries of Scotland, o la de Hinsley (1981), relato magistral de la labor antropológica realizada por la Smithsonian Institution antes de 1910. Piggott (1976) ha examinado el surgimiento de las sociedades arqueológicas locales en Gran Bretaña en el contexto de la época del ferrocarril y de la Revolución industrial.

Brongers (1976) ha publicado el material para un tratamiento sistemático de la historia de la arqueología en los Países Bajos, en la forma de una bibliografía ordenada cronológicamente. Aunque no se trata de una historia del pensamiento, esta aportación técnica sugiere cómo una más rigurosa historiografía haría dar un paso adelante a los trabajos sobre la historia de la arqueología. Un número cada vez mayor de estudios emplean técnicas cuantitativas desarrolladas por los historiadores de la ciencia. Éstas incluyen el análisis temático de los artículos aparecidos en las revistas de arqueología (Zubrow, 1972, 1980) y

el uso de análisis de citas para establecer cadenas de influencia (Sterud, 1978). Estos laboriosos enfoques, prudentemente aplicados, permiten análisis históricos más rigurosos de lo que ha venido siendo común en las historias de la arqueología.

También son valiosas para la historia de la arqueología las antologías de publicaciones arqueológicas históricamente significativas. Las colecciones más populares son la de J. Hawkes (1963) y, sobre el Nuevo Mundo, la de Deuel (1967). Heizer (1959) nos proporciona un conjunto de artículos excepcionales de importancia metodológica. Las antologías que tratan más extensamente de conceptos interpretativos son la de Heizer (1962a) y la de Daniel (1967). Larsen (1985) presenta una serie de artículos que tratan de las culturas del «Paleolítico» en Norteamérica escritos en el siglo XIX y Trigger (1986a) otra colección de estudios producidos en el mismo período acerca de los concheros costeros. DePratter (1986) ha editado una impresionante colección de artículos relativos a la arqueología del sureste de los Estados Unidos escritos entre 1788 y los tiempos presentes. Se pueden encontrar otras antologías relativas a algunas regiones de Norteamérica en cualquiera de los volúmenes de *The North American Indian*, editado por D. H. Thomas y publicado por Garland Publishing.

Estudios recientes sobre el desarrollo de la antropología, con un énfasis sobre la etnología o la antropología social, son los de Harris (1968), Voget (1975), Honigmann (1976) y Evans-Pritchard (1981). Hodgen (1964) y Slotkin (1965) examinan el desarrollo temprano de la antropología, el último haciendo referencia a un gran número de reediciones. Los ensayos de Stocking (1982) tocan temas importantes relativos al desarrollo general de la antropología, como hace en su último estudio, dedicado a la antropología victoriana (1987) y su serie publicada anualmente de *History of Anthropology* (Stocking, 1983-). Los principales autores que examinan el desarrollo de la historia como disciplina son H. Barnes (1937), Shotwell (1939), Fitzsimons *et al.* (1954), Gooch (1959), Barraclough (1979), Hexter (1979), Braudel (1980), Breisach (1983), Kenyon (1983) y Levine (1986).

Los estudios generales sobre la naturaleza del análisis científico que presentan discusiones interesantes para el desarrollo de la arqueología son Braithwaite (1953), Popper (1959, 1963), Nagel (1961), Kuhn (1962), Smart (1963), Kaplan (1964), Hempel (1965, 1966), W. Salmon (1967, 1984; W. Salmon *et al.*, 1971), Meehan (1968), Hesse (1974) y Berstein (1983). Entre los principales trabajos que tratan de los problemas de la interpretación histórica, los siguientes son los que revisten un especial interés para los arqueólogos: Collingwood (1946, véase también 1939), Gardiner (1952, 1974), Dray (1957, 1964), Danto (1965), E. Carr (1967), Walsh (1967), Elton (1969), D. Fischer (1970), C. Morgan (1973, 1978), McClelland (1975), R. Martin (1977), y Atkinson (1978).

El libro de Petrie *Methods and Aims in Archaeology* (1904), a pesar de su título, discute exclusivamente problemas metodológicos. G. Clark (1939), W. Taylor (1948) y Childe (1956a) discuten también de metodología y de objetivos

generales de la investigación arqueológica. El concepto positivista de la arqueología procesual se expone en S. Binford y L. Binford (1968), Clarke (1968), Watson *et al.* (1971, 1984), Schiffer (1976) y en algunas antologías de artículos confeccionadas por L. Binford (1972, 1983a), Clarke (1979) y Renfrew (1979, 1984). Trabajos más recientes que cuestionan o rechazan aspectos varios de la arqueología procesual son los de Gardin (1980), Hodder (1982a), M. Salmon (1982), Gibbon (1984) y Gallay (1986). Una bibliografía completa de los trabajos que tratan de teoría arqueológica publicados desde 1960 comprendería miles de títulos.

Últimamente ha habido un interés creciente en cómo el pasado y sus restos físicos son entendidos y tratados en el contexto de la cultura popular. La discusión más global sobre el tema se halla en Lowenthal (1985), aunque tenga muy poco que decir sobre arqueología.

Finalmente, mis esfuerzos por enfocar la interpretación arqueológica como una expresión de la ideología de las varias facciones que comprende la clase media, no es un estudio normativo, que mantiene de manera simplista que todos los arqueólogos reaccionan de la misma manera frente a un conjunto determinado de estímulos sociales, como Shanks y Tilley (1987, p. 31) han escrito. Ni siquiera está en contradicción con su tesis de que los individuos interpretan el pasado de manera que éste justifique sus objetivos y sus ideologías. Mi visión se sitúa en un nivel de generalización, basado en intereses comunes compartidos por los miembros de la misma clase y que durante mucho tiempo han sido reconocidos como legítimos, al menos dentro de la tradición marxista.

La arqueología clásica y el anticuarismo

Desafortunadamente no existe un estudio global de los orígenes de la investigación anticuaria a nivel mundial o en Europa. Childe (1956b) presenta un intento de construcción de una secuencia evolucionista de las conceptualizaciones del pasado. La historiografía del antiguo Egipto y Mesopotamia se halla magistralmente tratada en Van Seters (1983) y Redford (1986), y de una manera más general en Butterfield (1981). Las visiones clásicas, medievales y modernas del pasado están recogidas por Casson (1939), Sanford (1944) y Wace (1949), así como por Hodgen (1964) y Slotkin (1965), aunque éstos tratan el tema dentro de un contexto antropológico más amplio. Toulmin y Goodfield (1966) y Rossi (1985) examinan los primeros desafíos a la cronología bíblica y los cambios que se han producido en la filosofía de la historia desde la época medieval. Weiss (1969) relata el descubrimiento de la antigüedad clásica por parte del Renacimiento italiano y Rowe (1965) trata el tema con relación a la antropología. Harris (1968, pp. 8-52) estudia los conceptos de la Ilustración que se refieren igualmente a la antropología y a la arqueología; Cassirer (1951) y Hamp-

son (1982) aportan una idea general sobre las actitudes y valores de la Ilustración. Wang (1985) ofrece un breve panorama de la historiografía china tradicional.

La historia de la arqueología clásica, de la egiptología y de la asiriología ha sido tratada en muchas obras bien conocidas. Se puede hallar una bibliografía selectiva del tema en Daniel (1975, pp. 401-403). Para los primeros estadios de desarrollo de la arqueología clásica, véanse Weiss (1969) y Stoneman (1987), y para los tiempos más recientes MacKendrick (1960). Leppmann (1970) se ocupa de la carrera de Winckelmann. M. Bernal (1987) discute en detalle, y quizás de una manera demasiado polémica y selectiva (incluso omitiendo a Montelius), ciertos aspectos de la base ideológica sobre la que descansan los estudios clásicos, en un afán por presentar la cultura griega como pura y hegemónica. Fagan (1975) ha escrito un ameno relato sobre el desarrollo de la egiptología, mientras que Lloyd (1947) trata la historia de la asiriología. Rudolph (1963), Li (1977) y Chang (1981) trazan el desarrollo temprano de los estudios de los anticuarios en China, como Hoffman (1974) e Ikawa-Smith (1982) para el caso de Japón.

El desarrollo de la investigación de los anticuarios en Europa septentrional se trata en parte en Daniel (1950), Laming-Emperaire (1964) y Sklenář (1983); y para América tenemos a Willey y Sabloff (1980). Otros muchos estudios especializados han examinado los primeros desarrollos del anticuarismo en Gran Bretaña. La historiografía de la baja Edad Media y de la época moderna se ha estudiado en Walters (1934), Kendrick (1950) y L. Fox (1956). L. Clark (1961), Lynch y Lynch (1968), Marsden (1974, 1984) y Piggott (1976, 1978) tratan el desarrollo del enfoque científico en la arqueología prehistórica anterior a 1800. Fowles (1980, 1982) ha reproducido los manuscritos arqueológicos de Aubrey.

El reconocimiento de los instrumentos de piedra prehistóricos como manufacturas humanas y el papel desempeñado por la teoría de las tres edades en el estudio de la prehistoria antes de 1800 ha sido comentado en Heizer (1962b), Daniel (1963a, 1976) y Rodden (1981). Los estudios biográficos más valiosos para dilucidar el desarrollo de la arqueología son los de Piggott (1950) sobre Stukeley, Hunter (1975) sobre Aubrey, y R. H. Cunnington (1975) sobre William Cunnington. Estas obras no confirman la creencia de Crawford (1932) sobre que el desarrollo industrial jugó un papel primordial en el desarrollo de la investigación llevada a cabo por los anticuarios, al incrementar el número de hallazgos arqueológicos.

Entre los numerosos trabajos que examinan las primeras actitudes que adoptaron los europeos con los pueblos nativos del Nuevo Mundo se encuentran los de Fairchild (1928), H. Jones (1964) y Chiappelli (1976). Los enfoques españoles se discuten en Hanke (1959), Keen (1971) y Pagden (1982), y las visiones inglesa y francesa en Pearce (1965), Jaenen (1976), Berkhofer (1978), Vaughan (1979, 1982), Sheehan (1980) y Kupperman (1980). Estos puntos de vista explican hasta cierto punto la lentitud con la que la arqueología se desarrolló en

el Nuevo Mundo y las explicaciones que los arqueólogos americanos ofrecían en el siglo XIX.

Los comienzos de la arqueología científica

El trabajo más completo sobre este período es el de Daniel (1950, pp. 29-121). La titulación de sus capítulos sugiere que sólo los estudios sobre el Paleolítico pueden ser considerados arqueología científica, mientras que la arqueología escandinava era una forma de anticuarismo. De hecho, la inclusión del desarrollo de la arqueología en Suiza y Escandinavia después de 1840 en el capítulo 3 (pp. 77-85) muestra que Daniel no apoyaba esta visión.

Se ha escrito mucho sobre el papel desempeñado por Christian Thomsen en el desarrollo de la arqueología prehistórica, aunque muchos trabajos enfatizan con exceso su aplicación de la teoría de las tres edades y no destacan su invención de la seriación (por ejemplo, Klindt-Jensen, 1975, pp. 49-57). Estudios especializados sobre su trabajo incluyen los de Heizer (1962b), Daniel (1976), Gräslund (1981) y Rodden (1981). Los primeros desarrollos de la arqueología escandinava y de estilo escandinavo los tratan Morlot (1861), Bibby (1956), Gräslund (1974; para un resumen en inglés, véase Gräslund, 1976; 1987), Klindt-Jensen (1975, 1976) y Kristiansen (1985). Weiss (1969, pp. 167-179) discute el desarrollo de la numismática anterior al siglo XVIII.

Los avances en geología uniformista que proveyeron de la base necesaria para la emergencia de la arqueología del Paleolítico se estudian en Zittel (1901), Geikie (1905), Gillispie (1951), Chorley *et al.* (1964), Davies (1969), Schneer (1969) y Porter (1977). Irvine (1955) Wendt (1955), Barnett (1958), Eiseley (1958), Haber (1959) y Greene (1959) cubren el campo de la biología evolucionista.

El establecimiento de un conocimiento científico de la antigüedad de la humanidad ha sido magistralmente tratado por Gruber (1965) y Grayson (1983). La obra de este último es definitiva y de consulta obligada para referencias primarias y secundarias. Los orígenes de la arqueología prehistórica en Francia se tratan en Laming-Emperaire (1964). Sackett (1981) examina desarrollos posteriores y en particular la influencia de Mortillet. Grayson sigue el ejemplo del francés cuando equipara el desarrollo de la arqueología del Paleolítico con la arqueología prehistórica, y en la exclusión de la arqueología de estilo escandinavo como relativa al estudio de los tiempos protohistóricos. Esta diferencia terminológica no debería oscurecer el alto grado de similitud entre su posición y la que se ha adoptado en este libro.

Los primeros desarrollos de la arqueología en los Estados Unidos han sido descritos por Willey y Sabloff (1980, pp. 19-40), mientras que las polémicas sobre los Constructores de Túmulos son tratadas en gran detalle por Silverberg (1968). La antropología de este período se discute en Bieder (1986). El trabajo de Squier es examinado por Tax (1975) y la influencia de Joseph Henry por

W. Washburn (1967). Las excavaciones de los concheros americanos se estudian en Christenson (1985) y Trigger (1986a).

La síntesis imperial

Se incluye en esta sección la arqueología de los Estados Unidos durante el siglo XIX porque se formó en principio, como le pasaría a la antropología norteamericana por entero, a partir del choque entre los colonos europeos en expansión y los pueblos nativos del centro y el oeste de Norteamérica. Los siguientes autores proporcionan discusiones generales sobre las interpretaciones raciales decimonónicas del comportamiento humano que son importantes para el conocimiento de las prácticas arqueológicas en los asentamientos coloniales: Harris (1968), Stocking (1968), S. Gould (1981), Stepan (1982) y Bieder (1986). El desarrollo de la antropología física y de los enfoques racistas concernientes a los indios norteamericanos se estudia en Glass *et al.* (1959), Glacken (1967) y Horsman (1975, 1981). El debate entre poligenistas y monogenistas se examina, en su contexto británico, en Stocking (1973) y en su contexto norteamericano en Stanton (1960). El impacto del evolucionismo darwinista sobre el pensamiento racial y los desacuerdos entre Darwin y Wallace con respecto al estatus evolutivo de los grupos humanos «primitivos» han sido tratados por Eiseley (1958). Street (1975) describe los estereotipos populares británicos sobre los africanos entre 1858 y 1920, mientras que MacGaffey (1966) documenta el impacto de esos estereotipos sobre los estudios etnológicos africanos.

Se ha publicado poco sobre los escritos arqueológicos y etnológicos de Lubbock, aunque hay varios estudios en marcha. Esta merma no se corresponde con su gran influencia como promotor del pensamiento darwinista en el estudio de la arqueología en los asentamientos coloniales. Hutchinson (1914) realizó su biografía.

Willey y Sabloff (1980, pp. 40-82) trazan el desarrollo de la arqueología en Norteamérica durante mediados y finales del siglo XIX, mientras que Silverberg (1968) hace una crónica de la pérdida de popularidad del mito de los Constructores de Túmulos. Hinsley (1981) examina el papel desempeñado por la Smithsonian Institution en la profesionalización de los estudios sobre los nativos norteamericanos, incluyendo los arqueológicos. También examina los factores sociales que influyeron en el desarrollo de la arqueología en el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology (Hinsley, 1985). McKusick (1970) ofrece un caso de estudio que ilustra la competición por interpretar los datos arqueológicos entre arqueólogos aficionados y profesionales en los Estados Unidos, mientras que Meltzer (1983) analiza el papel desempeñado por los arqueólogos empleados por el gobierno federal de los Estados Unidos en la controversia sobre el «primer hombre» durante el siglo XIX. El trabajo de Hinsley y Meltzer, junto con el de Grayson, ha ayudado a establecer nuevos modelos para la con-

fección de la historia de la arqueología. Trigger (1980b, 1985c, 1986b) examina el papel del racismo en la arqueología norteamericana de esa época.

Hasta hace poco, se disponía de muy poco sobre la historia de la arqueología africana aparte de la del antiguo Egipto (véase el capítulo 2). Fagan (1981) y Posnansky (1982) ofrecen una breve revisión de la arqueología subsahariana, mientras que M. Hall (1984) y Schrire *et al.* (1986) examinan su desarrollo en Suráfrica. Garlake (1973, 1983) proporciona un relato y una evaluación minuciosos de las investigaciones arqueológicas en el Gran Zimbabwe y otras ruinas del sur y el centro de África, y de las controversias que las rodearon. Robertshaw (1988) ha editado un libro en el que varios autores opinan sobre la historia de la arqueología africana, cubriendo un vacío para muchas regiones que tardará en ser superado. Las críticas africanas a las primeras investigaciones arqueológicas están empezando a aparecer (Ki-Zerbo, 1981; Andah, 1985).

Los estudios más accesibles sobre el desarrollo de la arqueología de Nueva Zelanda son los de Sorrenson (1977), Davidson (1979), Gathercole (1981) y Sutton (1985). Gathercole proporciona referencias de algunos estudios aparecidos en revistas de arqueología de Nueva Zelanda. La historia de la arqueología australiana está tratada en McCarthy (1959), Megaw (1966), Mulvaney (1969) y R. Jones (1979) y de manera mucho más extensa en Mulvaney (1981), Murray y White (1981) y McBryde (1986). G. McCall (1982) ha editado una serie de artículos que tratan de la historia de la antropología australiana. D. Miller (1980) ofrece valiosos comentarios relativos a la arqueología moderna colonial y poscolonial.

La arqueología histórico-cultural

La consciencia nacional tiene una larga historia. Ya en los siglos XVI y XVII desempeñó un papel significativo en el desarrollo de la arqueología en Europa septentrional y occidental. Los científicos políticos con frecuencia distinguen ese patriotismo temprano, que tendía a estar centrado dinásticamente, del nacionalismo que se desarrolló en Europa en el despertar de la industrialización y que después se ha extendido por todo el mundo. Gellner (1983) define este último como un sentimiento muy amplio de la identidad de grupo promovido por los medios de comunicación de masas, la generalización de la alfabetización y un sistema educativo global. Aunque esta distinción es muy útil, normalmente ese primer patriotismo se trata como una forma más de nacionalismo.

Harris (1968, pp. 373-392) y Trigger (1978a, pp. 54-74) discuten el desarrollo del difusionismo en antropología y en arqueología. Adams *et al.* (1978) trazan la utilización de cada uno de los conceptos de migración y difusión para explicar el cambio cultural, aunque se ha de destacar el fallo que cometen al no relacionar ambos tipos de explicación con las actitudes cambiantes sobre el evolucionismo. Daniel (1963a, pp. 104-127) discute el hiperdifusionismo y Rouse (1958, 1986) examina el análisis arqueológico de la migración. Gräslund (1974,

1976), presenta el análisis más detallado sobre los métodos y las ideas de Montelius, mientras que Bibby (1956, pp. 176-183) y Klindt-Jensen (1975, pp. 84-93) tratan el tema con mayor brevedad. Renfrew (1973a) hace una crítica de las ideas que subyacen en la obra de Montelius.

Kroeber y Kluckhohn (1952) documentan los orígenes y la historia del concepto antropológico de cultura. Aunque no existe ningún estudio detallado sobre el desarrollo del concepto de cultura arqueológica, Meinander (1981) resume con gran esmero lo que se conoce en Europa acerca de sus orígenes. El desarrollo de este concepto en Europa y en América es comparado en Trigger (1978a, pp. 75-95).

Desafortunadamente, no se ha publicado aún en inglés ninguna evaluación detallada sobre la contribución de Kossinna al desarrollo de la arqueología. Los mejores resúmenes generales los presentan en lengua alemana Klejn (1974), quien expone los puntos de vista de Kossinna y los critica desde una perspectiva marxista y Veit (1984), que examina el impacto de este investigador sobre la arqueología de Europa occidental. Schwerin von Krosigk (1982) discute en detalle sus métodos y teorías haciendo especial referencia a los artículos de Kossinna depositados en la Universidad de Christian-Albrechts en Kiel. El ensayo de Huxley (1896, pp. 271-328) «The Aryan Question and Prehistoric Man» proporciona unas penetraciones muy valiosas de la perspectiva que tenían los investigadores sobre la prehistoria europea a finales del siglo XIX. El nacionalismo alemán se discute en Kohn (1960), y en Poliakov (1974) en un contexto europeo más amplio.

Trigger (1980a) presenta un relato detallado de la obra completa de Childe. El mismo investigador (1984b, 1986c) introduce algunas modificaciones sobre algunos aspectos en obras posteriores. Sus contribuciones específicas a la arqueología histórico-cultural se discuten en Trigger (1980a, pp. 32-55). S. Green (1981) hace una crónica de su vida familiar y de su carrera, mientras que McNairn (1980) reproduce algunos extractos de sus escritos, y los acompaña de comentarios. En Piggot (1958), Ravetz (1959), Allen (1967, 1981), Gathercole (1971, 1976, 1982), G. Clark (1976), Trigger (1982b), Tringham (1983) y Ridgway (1985) se presentan discusiones especializadas y evaluaciones de su obra. La lectura de Myres (1911) es esencial para comprender el enfoque histórico-cultural de Childe.

La arqueología europea durante el período 1880-1960 es analizada en Daniel (1950), Klindt-Jensen (1975), Sklenář (1983) y en muchos artículos citados en esos trabajos. La arqueología histórico-cultural norteamericana queda cubierta por Willey y Sabloff (1980, pp. 83-129) y por la biografía que de Kidder hace Woodbury (1973), así como por las recopilaciones de artículos reimpresos editadas por Wedel (1985) sobre las Llanuras y R. Ford (1987) sobre el suroeste. La debilidad de este enfoque se examina en W. Taylor (1948).

En otros países se han llevado a cabo muy pocos estudios sobre ese enfoque. Las colecciones de artículos más importantes son las editadas por Daniel (1981b), Evans *et al.* (1981) y Trigger y Glover (1981, 1982). La arqueología chi-

na se discute en R. Pearson (1977), Li (1977), Chang (1981), W. Watson (1981) y Olsen (1987); la arqueología japonesa en Ikawa-Smith (1982), Tanaka (1984) y Fawcett (1986); la arqueología mexicana en Bernal (1980) y Lorenzo (1981, 1984) y la arqueología maya en Hammond (1983) y Marcus (1983b); la arqueología del sur de Asia en Chakrabarti (1981, 1982) y Thapar (1984); la arqueología del Próximo Oriente en Masry (1981), Silberman (1982), Bar-Yosef y Mazar (1982), Reid (1985) y Hanbury-Tenison (1986). Silberman discute el desarrollo temprano de la arqueología palestina en el contexto de las rivalidades del Gran Poder. Sigue trabajando en la ampliación de su obra *Between the Past and the Present: Archaeology, Ideology, and Nationalism in the Modern Near East* (1988). La arqueología africana se examina en Fagan (1981), Posnansky (1982) y Nzewunwa (1984). La historia de África de Robertshaw (1988) cubre la transición de la arqueología colonial a la nacional. También se ocupan de la historia africana D. McCall (1964), Ki-Zerbo (1981) y Ehret y Posnansky (1982).

Heizer (1959) ha reeditado estudios fundamentales sobre el desarrollo de los métodos arqueológicos dentro del contexto histórico-cultural; los relativos a la estratigrafía se hallan en las páginas 222 a 343 y los relativos a la seriación (incluyendo los innovadores estudios de Petrie y Kroeber) se hallan en las páginas 376 a 448. Las contribuciones de Pitt-Rivers al desarrollo de las técnicas de excavación se examinan en M. Thompson (1977) y las de Wheeler en J. Hawkes (1982).

La arqueología soviética

Mi conocimiento directo de la arqueología soviética es limitado por no saber leer el ruso. Pero creo que he podido llegar a tener una perspectiva equilibrada a partir de las obras traducidas y de otras fuentes secundarias (algunas benévolas, otras muy antagónicas). No he podido utilizar como yo habría querido a Gening (1982), autor que presenta un relato global de la arqueología soviética desde mediados de la década de los veinte hasta mediados de la década de los treinta así como algunos esbozos de las principales figuras de la arqueología soviética. Los enfoques soviéticos sobre las sociedades primitivas se discuten en Howe (1976, 1980) y Bloch (1985).

La historia de la arqueología rusa y soviética en inglés más detallada es la de M. Miller (1956). Se trata de una obra altamente polémica escrita por un arqueólogo *émigré* en los primeros años de la Guerra Fría. Debería contrastarse con historias más recientes escritas por arqueólogos rusos y soviéticos (Klejn, 1977; Bulkin *et al.,* 1982) así como con los varios estudios realizados sobre la investigación científica y la política cultural en la Unión Soviética en los años veinte y treinta: G. Fischer (1967), Graham (1967), S. Cohen (1973), Fitzpatrick (1974), Shapiro (1982) y O'Connor (1983). Estos trabajos me han llevado mucho más allá de las interpretaciones de Miller que hice en Trigger (1984c) sobre

la década de los treinta. Miller (1956), Gening (1982), Soffer (1985) y Dolitsky (1985) han realizado periodizaciones sobre el desarrollo de la arqueología rusa y soviética.

La arqueología en la Unión Soviética en los años treinta y a principios de los cuarenta se discute en Tallgren (1936), G. Clark (1936), Field y Prostov (1937) y en una serie de artículos de Childe (1940b, 1942b, c, d, e, 1943, 1945b, 1952). Los principales escritos soviéticos traducidos en la inmediata posguerra incluyen las traducciones rivales soviética (1959) e inglesa (1961) del libro de Mongait *Archaeology in the U.S.S.R.*, los artículos escogidos de M. Thompson (1967) sobre las excavaciones medievales en Novgorod, los análisis de trazas de uso de Semenov (1964) y las varias síntesis sobre la investigación arqueológica siberiana: Rudenko (1961, 1970), Michael (1962, 1964), Okladnikov (1965, 1970) y Chernetsov y Moszyńska (1974). También contiene una valiosa información la *Great Soviet Encyclopedia*, especialmente el ensayo de Artsikhovsky (1973) titulado «Archaeology». Revisiones de los trabajos realizados durante ese período las hallaremos en Field y Price (1949), Combier (1959), Chard (1961, 1963, 1969), Debetz (1961), Frumkin (1962), Boriskovsky (1965) y Klein (1966). La literatura más polémica es la de M. Thompson (1965) y Klejn (1969, 1970). Algunos extractos del famoso trabajo de Mongait «The crisis in bourgeois archaeology» están traducidos en M. Miller (1956, pp. 147-152).

Traducciones de publicaciones más recientes de la arqueología soviética, son las de Dolukhanov (1979), Klejn (1982) y un volumen de artículos sobre la Edad del Bronce en Asia central (Kohl, 1981a). En *Soviet Anthropology and Archeology* aparecen regularmente traducciones de artículos de arqueólogos soviéticos. En Danilova (1971) y Gellner (1980) se discuten las varias aplicaciones soviéticas del marxismo a las ciencias sociales. Revisiones sobre el estado actual de la arqueología soviética las hallaremos en Klejn (1973a, 1973b, 1977), Levitt (1979), Ranov y Davis (1979), Davis (1983), Tringham (1983), Soffer (1983, 1985) y Dolitsky (1985). El trabajo más completo es el de Bulkin *et al.* (1982). Discusiones sobre el ampliamente debatido concepto de cultura se hallan presentes en Bulkin *et al.* (1982), Klejn (1982) y Davis (1983).

El funcionalismo en la arqueología occidental

La influencia creciente del funcionalismo en la arqueología marca el punto a partir del cual las historias más generales se convierten en anécdota más que beneficiarse de una cobertura sistemática. La excepción para los Estados Unidos son Willey y Sabloff (1980, pp. 130-180). También se puede hallar algún material interesante en Daniel (1950, pp. 302-308). Actualmente se están realizando algunos estudios detallados sobre este período. Harris (1968, pp. 464-567) traza el primer desarrollo de la antropología social. En Stocking (1984) encontraremos algunos ensayos importantes sobre el tema. Alpert (1939), Duvignaud

(1965) y Parsons (1968) se ocupan de proporcionar información sobre Durkheim.

El primer desarrollo del enfoque ambiental en Escandinavia, Europa Central e Inglaterra se discute en Morlot (1861), Daniel (1950), Bibby (1956), Klindt-Jensen (1975), Goudie (1976) y Moberg (1981). Deuel (1973) ofrece el relato más global de la historia de la fotografía aérea y de su impacto en la investigación ambiental en arqueología. Spate (1968), discute el posibilismo ambiental. En el ensayo bibliográfico del capítulo 5 se incluyen referencias a estudios sobre el primer enfoque económico de Childe. No existen contribuciones detalladas sobre la obra de Grahame Clark. Él mismo ha escrito una breve autobiografía intelectual (Clark, 1974), y una crítica de su trabajo en Star Carr (Clark, 1972). Sieveking (1976) G. Clark (1976) y Chapman (1979) valoran su influencia y la obra de sus alumnos. Clark (1988b) ha reeditado sus artículos principales que tratan de estudios económicos de la prehistoria.

Willey y Sabloff (1980) y Dunnell (1986) proporcionan una detallada crónica del desarrollo del enfoque funcionalista en los Estados Unidos desde mediados de la década de los treinta. Pero no trazan los orígenes de este enfoque en la arqueología norteamericana hasta finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, como hacen W. Taylor (1948, pp. 73-80) y Trigger (1978c). J. Bennett (1943) y W. Taylor proporcionan relatos coetáneos del auge del enfoque funcionalista en la arqueología norteamericana en la década de los cuarenta. Taylor también ofrece una crítica devastadora al enfoque histórico-cultural en la arqueología norteamericana. El enfoque ecológico en la arqueología norteamericana lo describen Braidwood (1974) y MacNeish (1974, 1978) desde una perspectiva autobiográfica; y el primer desarrollo de la arqueología de los asentamientos, Trigger (1967a) y Willey (1974b). En Trigger (1984d) se hallará una autocrítica sobre algunas de las deficiencias de este último enfoque y una discusión sobre su relación con la Nueva Arqueología.

El neoevolucionismo y la Nueva Arqueología

Harris (1968, pp. 634-687) discute el desarrollo del neoevolucionismo. Las posturas principales sobre este enfoque se hallan en L. White (1949, 1959), Steward (1955), Sahlins y Service (1960), Service (1962) y Fried (1967). Para una renuncia espectacular del neoevolucionismo, véase Sahlins (1976). Murdock (1959b) proporciona un enfoque norteamericano alternativo de los procesos evolutivos, que está muy cerca en espíritu (no en política) de los últimos trabajos de Childe.

Willey y Sabloff (1980, pp. 181-210) ofrecen la aportación más detallada sobre el comienzo de la Nueva Arqueología en América. Binford (1972, pp. 1-14) detalla su propia rebelión contra el enfoque histórico-cultural, específicamente contra la variante epígona del Método Taxonómico del Oeste Medio, que pudo conocer en la Universidad de Michigan a finales de los años cincuenta. Sus pri-

meros escritos se han reeditado (Binford, 1972). Trigger (1984d, pp. 368-369) documenta el amplio desencanto que se produjo con el enfoque histórico-cultural en la arqueología norteamericana. El nombre del movimiento se deriva de Caldwell (1959), y a Deetz (1965) se le considera frecuentemente un pionero independiente (Willey y Sabloff, 1980, p. 209). La diseminación de la Nueva Arqueología en la arqueología histórica norteamericana se recoge en South (1977a, 1977b). Las contribuciones de Clarke se revisan por parte de colegas y amigos suyos en Clarke (1979). Sus principales escritos se hallarán en Clarke (1968, 1979). Los primeros ensayos de Renfrew se han reeditado en Renfrew (1979). Muchos de los artículos más importantes que ejemplifican la Nueva Arqueología pueden hallarse en Binford y Binford (1968), Leone (1972), Clarke (1972a), Redman (1973) y Renfrew (1973b). La primera vez que la Nueva Arqueología se trató en una obra fue en Watson *et al.* (1971; 2.ª ed. 1984), aunque su impacto era ya evidente en la segunda edición de la influyente obra general de Hole y Heizer (1969). David Wilson (1975) ha escrito una obra de divulgación sobre las nuevas técnicas científicas.

En W. Taylor (1969, 1972) y Binford (1968b) se podrán encontrar visiones contrastadas sobre la novedad de la Nueva Arqueología. Aunque sin restarle importancia a las contribuciones de Binford, las raíces históricas tanto de sus ideas como de las de Taylor están mucho más claras ahora que cuando Willey y Sabloff escribieron su *A History of American Archaeology* (1980, p. 188). Aunque Clarke cita a Binford en sus primeros libros, Binford y sus seguidores ignoraron inicialmente a Clarke y posteriormente le trataron como un discípulo de Binford, posición que pasaba por alto la especificidad de sus primeros trabajos y su principal inspiración en la Nueva Geografía de Cambridge. Binford (1983a, p. 69) ha reconocido muchas de las diferencias fundamentales entre sus primeros trabajos y los de Clarke.

La mayor polémica sufrida por la Nueva Arqueología procede de Courbin (1982), quien busca al estilo de Ranke equiparar la arqueología con la recuperación de los datos arqueológicos. Breves pero igualmente agresivas defensas de la arqueología histórico-cultural tal como se practicaba en la década de los cincuenta son las de J. Hawkes (1968), A. Hogarth (1972) y Daniel (1975, pp. 370-374). Todas estas polémicas más extremas las protagonizan europeos. En los Estados Unidos brillan por su ausencia. Allí, la abjuración más notable de la preocupación metodológica por la Nueva Arqueología en favor de la «arqueología práctica» es la de Flannery (1982). Es significativo que esta contribución la escribiese un arqueólogo cuyas credenciales como teórico procesual eran impecables. Por otra parte, fueron igualmente raros en la década de los sesenta y de los setenta trabajos de arqueólogos de la vieja escuela, con la gran excepción de P. Martin (1971). Evaluaciones críticas del programa general de la Nueva Arqueología se ofrecen en Bayard (1969), R. Watson (1972), Sabloff *et al.* (1973), Dumond (1977), Trigger (1978a, pp. 2-18), Larson (1979), Gandara (1980, 1981) y Gibbon (1984). C. Morgan (1973, 1978), Read y LeBlanc (1978)

y sobre todo M. Salmon (1982) y Kelley y Hanen (1988), entre otros, presentan sólidas discusiones sobre el enfoque deductivo. El antihistoricismo de la Nueva Arqueología ha sido enfrentado técnicamente por Sabloff y Willey (1967) y filosófica y estratégicamente por Trigger ([1970] 1978a, pp. 19-36; [1973] 1978a, pp. 37-52). Pinsky (1987) ha escrito un estudio detallado de la utilización por parte de la Nueva Arqueología de los datos etnográficos.

Para el uso de estadística y otras formas de análisis matemáticos en arqueología, véanse Hodson *et al.* (1971), Doran y Hodson (1975), Hodder y Orton (1976), D. Thomas (1976, 1978), Cowgill (1977), Hodder (1978) y Sabloff (1981). Discusiones sobre la Teoría General de Sistemas las hallaremos en Wiener (1961), Buckley (1968), Bertalanffy (1969), Emery (1969) y Laszlo (1972a, b, c). Saunders (1980) ofrece una revisión general de la teoría catastrofista.

La explicación de la diversidad

La revisión más global de las tendencias recientes en la arqueología norteamericana es el volumen editado por Meltzer *et al.* (1986), sobre todo los artículos de Dunnell, Jennings, Knudson, Leone y P. Watson. Otras revisiones incluyen las de Willey y Sabloff (1980, pp. 248-264) para los años setenta y los artículos de Dunnell (1979, 1980b, 1981, 1982a, 1983, 1984, 1985), Wylie (1982, 1985a, 1985c), Gibbon (1984), Trigger (1984e), Hodder (1985), Yengoyan (1985), Patterson (1986b), Leone *et al.* (1987) y Earle y Preucel (1987) para las tendencias más recientes. Renfrew (1980) y Wiseman (1980a, 1980b), discuten la relación entre los enfoques de las ciencias sociales y humanísticas en la arqueología. Hodder (1986) proporciona una perspectiva definitiva del enfoque contextual.

Los trabajos antropológicos principales que ponen en duda el neoevolucionismo son los de Fried (1975), Sahlins (1976) y Wolf (1982); véase también Wallerstein (1974). Kolakowski (1978a, b, c) ofrece una historia global del pensamiento marxista. Las recientes influencias del marxismo (y de otros conceptos que se entienden por marxismo) sobre la antropología se discuten en Bloch (1985). Hodder (1982a, c), Miller y Tilley (1984) y Spriggs (1984a) ofrecen trabajos fácilmente accesibles que ejemplifican las más radicales tendencias antipositivistas en la arqueología. Trigger (1985d) proporciona una crítica de las dos últimas publicaciones citadas, mientras que Wylie (1985c) presenta una valoración comprensiva pero firme sobre el papel de la teoría crítica en arqueología. En dos artículos recientes, Binford (1986, 1987) ha ofrecido una enérgica defensa del positivismo. E. Green (1984) ha editado un volumen de ensayos sobre ética y valores en la arqueología norteamericana. Para una discusión internacional de este tema, véase D. Miller (1980). Hodder (1987) evidencia la atracción cada vez mayor de los análisis históricos en la arqueología. Entre los trabajos más importantes de etnoarqueología se hallan los de Kleindienst y Watson (1956), Jochim (1976), Yellen (1977), Binford (1978), R. Gould (1978, 1980), Tringham

(1978), Kramer (1979, 1982), P. Watson (1979), Hodder (1982b), Tooker (1982) y Hayden y Cannon (1984). Ingersoll *et al.* (1977), Coles (1979) y Hayden (1979) proporcionan una selección de trabajos sobre arqueología experimental. Discusiones sobre las propiedades únicas de los datos arqueológicos y de la importancia que revisten para las ciencias sociales las hallaremos en Clarke ([1973] 1979, pp. 83-103), Schiffer (1976), Binford (1977, 1981, 1983a, b, 1984), y Bulkin *et al.* (1982).

La arqueología y su contexto social

Gibbon (1984), Trigger (1984e) y Gallay (1986) ofrecen discusiones sobre las corrientes actuales en arqueología que han resultado del neoevolucionismo y de la ecología cultural. M. Salmon (1982) y Kelley y Hanen (1988) discuten las tendencias referentes a la metodología interpretativa. La ilustración más global de las corrientes actuales en la arqueología está en los quince volúmenes y artículos previos que formaron la base de las discusiones del Congreso de Arqueología: Southampton, 1986. El relato que Ucko (1987) hizo de este congreso es una buena referencia de la politización actual de los arqueólogos occidentales.

BIBLIOGRAFÍA

Abbott, C. C. (1881), *Primitive Industry*, Salem, G. A. Bates.

Abercromby, J. (1902), «The oldest Bronze-Age ceramic type in Britain», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 32, pp. 373-397.

Aberle, D. F. (1968), «Comments», en S. R. y L. R. Binford, pp. 353-359.

Aberle, D. F., A. K. Cohen, A. K. Davis, M.-J. Levy Jr. y F. X. Sutton (1950), «The functional prerequisites of a society», *Ethics*, 60, pp. 100-101.

Abramowicz, A. (1981) «Sponte nascitur ollae...», en G. Daniel (1981b), pp. 146-149.

Adams, E. C. (1984), «Archaeology and the native American: a case at Hopi», en E. L. Green, pp. 236-242.

Adams, R. McC. (1965), *Land Behind Baghdad*, University of Chicago Press, Chicago.

— (1974), «Anthropological perspectives on ancient trade», *Current Anthropology*, 15, pp. 239-258.

— (1981), *Heartland of Cities*, University of Chicago Press, Chicago.

Adams, R. McC., y H. J. Nissen (1972), *The Uruk Countryside*, University of Chicago Press, Chicago.

Adams, W. Y., D. P. Van Gerven y R. S. Levy (1978), «The retreat from migrationism», *Annual Review of Anthropology*, 7, pp. 483-532.

Alden, J. R. (1982), «Trade and politics in proto-Elamite Iran», *Current Anthropology*, 23, pp. 613-640.

Alexander, J., y A. Mohammed (1982), «Frontier theory and the Neolithic period in Nubia», en *Nubian Studies*, ed. por J. M. Plumley, Aris and Phillips, Warminster, pp. 34-40.

Alpert, H. (1939), *Emile Durkheim and his Sociology*, Columbia University Press, Nueva York.

Allen, J. (1967), «Aspects of Vere Gordon Childe», *Labour History*, 12, pp. 52-59.

— (1981), «Perspectives of a sentimental journey: V. Gordon Childe in Australia, 1917-1921», *Australian Archaeology*, 12, pp. 1-11.

Andah, B. W. (1985), *No past! no present! no future! Anthropological education and African revolution,* Conferencia inaugural, Departamento de Arqueología y Antropología, Universidad de Ibadan.

Andersson, J. G. (1934), *Children of the Yellow Earth*, Kegan Paul, Londres.

Andresen, J. M., B. F. Byrd, M. D. Elson, R. H. McGuire, R. M. Mendoza, E. Staski y J. P. White (1981), «The deer hunters: Star Carr reconsidered», *World Archaeology*, 13, pp. 31-46.

Andriolo, K. R. (1979), «Kulturkreislehre and the Austrian mind», *Man*, 14, pp. 133-144.

Artsikhovsky, A. V. (1973), «Archaeology», *Great Soviet Encyclopedia*, Macmillan, Nueva York, 2, pp. 245-250.

Ascher, R. (1961), «Analogy in archaeological interpretation», *Southwestern Journal of Anthropology*, 16, pp. 317-325.

Atkinson, R. F. (1978), *Knowledge and Explanation in History: An Introduction to the Philosophy of History*, Cornell University Press, Ithaca.

Atwater, C. (1820), «Description of the antiquities discovered in the State of Ohio and other western states», *Archaeologia Americana: Transactions and Collections of the American Antiquarian Society*, 1, pp. 105-267.

Bacon, E. (1976), *The Great Archaeologists*, Secker and Warburg, Londres.

Bachofen, J. J. (1861), *Das Mutterrecht*, Krais und Hoffman, Stuttgart.

Bahn, P. G. (1978), «The 'unacceptable face' of the Western European Upper Palaeolithic», *Antiquity*, 52, pp. 183-192.

Bailey, A. M., y J. R. Llobera (1981), *The Asiatic Mode of Production*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

Barker, G. (1985), *Prehistoric Farming*, Cambridge University Press, Cambridge.

Barley, M. W., ed. (1977), *European Towns: Their Archaeology and Early History*, Academic Press, Nueva York.

Barnes, A. S. (1939), «The differences between natural and human flaking on prehistoric flint implements», *American Anthropologist*, 41, pp. 99-112.

Barnes, B. (1974), *Scientific Knowledge and Sociological Theory*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

— (1977), *Interests and the Growth of Knowledge*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

Barnes, H. E. (1937), *A History of Historical Writing*, University of Oklahoma Press, Norman.

Barnett, S. A., ed. (1958), *A Century of Darwin*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Barraclough, G. (1979), *Main Trends in History*, Holmes and Meier, Nueva York.

Bar-Yosef, O., y A. Mazar (1982), «Israeli archaeology», *World Archaeology*, 13, pp. 310-325.

Bayard, D. T. (1969), «Science, theory and reality in the 'New Archaeology'», *American Antiquity*, 34, pp. 376-384.

Beardsley, R. K., P. Holder, A. D. Krieger, B. J. Meggers, J. B. Rinaldo y P. Kutsche (1956), «Functional and evolutionary implications of community patterning», *Memoir* (Menasha, Wisconsin, Society of American Archaeology), 11, pp. 129-157.

Beauchamp, W. M. (1900), *Aboriginal Occupation of New York*, Bulletin of the New York State Museum, 7 (32), Albany.

Becker, C. L. (1938), «What is historiography?», *American Historical Review*, 44, pp. 20-28.

Bell, A. S., ed. (1981), *The Scottish Antiquarian Tradition*, John Donald, Edimburgo.

Benedict, R. (1934), *Patterns of Culture*, Houghton Mifflin, Boston.

Bennett, J. W. (1943), «Recent developments in the functional interpretation of archaeological data», *American Antiquity*, 9, pp. 208-219.

— (1944), «Middle American influences on cultures of the southeastern United States», *Acta Americana*, 2, pp. 25-50.

Bennett, W. C. (1945), «Interpretations of Andean archaeology», *Transactions of the New York Academy of Sciences*, 2.ª serie, vol. 7, pp. 95-99.

Bent, J. T. (1892), *The Ruined Cities of Mashonaland*, Longmans, Green, Londres.

Berkhofer, R. F. Jr. (1978), *The White Man's Indian: Images of the American Indian from Columbus to the Present*, Knopf, Nueva York.
Berlinski, D. (1976), *On Systems Analysis*, M.I.T. Press, Cambridge, Massachusetts.
Bernal, I. (1980), *A History of Mexican Archaeology*, Thames and Hudson, Londres.
Bernal, M. (1987), *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, vol. I, *The Fabrication of Ancient Greece, 1785-1985*, Free Association Books, Londres.
Berstein, R. J. (1983), *Beyond Objectivism and Relativism*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia.
Bertalanffy, L. von (1969), *General System Theory*, Braziller, Nueva York.
Best, E. (1916), «Maori and Maruiwi», *Transactions of the New Zealand Institute*, 48, pp. 435-447.
Bibby, G. (1956), *The Testimony of the Spade*, Knopf, Nueva York.
Bieder, R. E. (1975), «Albert Gallatin and the survival of the Enlightenment thought in nineteent-century American Anthropology», en *Toward a Science of Man: Essays in the History of Anthropology*, ed. por T. H. H. Thoresen, Mouton, La Haya, pp. 91-98.
— (1986), *Science Encounters the Indian, 1820-1880: The Early Years of American Ethnology*, University of Oklahoma Press, Norman.
Bietak, M. (1979), «The present state of Egyptian archaeology», *Journal of Egyptian Archaeology*, 65, pp. 156-160.
Binford, L. R. (1962), «Archaeology as anthropology», *American Antiquity*, 28, pp. 217-225.
— (1965), «Archaeological systematics and the study of culture process», *American Antiquity*, 31, pp. 203-210.
— (1967a), «Smudge pits and hide smoking: the use of analogy in archaeological reasoning», *American Antiquity*, 32, pp. 1-12.
— (1967b), «Comment», *Current Anthropology*, 8, pp. 234-235.
— (1968a), «Some comments on historical versus processual archaeology», *Southwestern Journal of Anthropology*, 24, pp. 267-275.
— (1968b), «Archaeological perspectives», en S. R. y L. R. Binford, pp. 5-32.
— (1972), *An Archaeological Perspective*, Seminar Press, Nueva York.
— (1977), ed., *For Theory Building in Archaeology*, Academic Press, Nueva York.
— (1978), *Nunamiut Ethnoarchaeology*, Academic Press, Nueva York.
— (1981), *Bones: Ancient Men and Modern Myths*, Academic Press, Nueva York.
— (1983a), *Working at Archaeology*, Academic Press, Nueva York.
— (1983b), *In Pursuit of the Past*, Thames and Hudson, Londres (hay trad. cast.: *En busca del pasado*, Crítica, Barcelona, 1988).
— (1984), *Faunal Remains from Klasies River Mouth*, Academic Press, Nueva York.
— (1986), «In pursuit of the future», en D. J. Meltzer *et al.*, pp. 459-479.
— (1987), «Data, relativism and archaeological science», *Man*, 22, pp. 391-404.
Binford, L. R., y W. J. Chasko, Jr. (1976), «Nunamiut demographic history: a provocative case», en *Demographic Anthropology*, ed. por E. B. W. Zubrow, University of Mexico Press, Albuquerque, pp. 63-143.
Binford, L. R., y J. A. Sabloff (1982), «Paradigms, systematics, and archaeology», *Journal of Anthropological Research*, 38, pp. 137-153.
Binford, L. R., y N. M. Stone (1986), «Zhoukoudian: a closer look», *Current Anthropology*, 27, pp. 453-475.

Binford, S. R., y L. R. Binford, eds. (1968), *New Perspectives in Archeology*, Aldine, Chicago.

Bintliff, J. L. (1984), «Structuralism and myth in Minoan studies», *Antiquity*, 58, pp. 33-38.

Black, J. L. (1986), *G.-F. Müller and the Imperial Russian Academy*, McGill-Queen's University Press, Montreal.

Blakeslee, D. J. (1987), «John Rowzée Peyton and the myth of the Mound Builders», *American Antiquity*, 52, pp. 784-792.

Blanton, R. E. (1978), *Monte Albán: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*, Academic Press, Nueva York.

Blanton, R. E., S. A. Kowalewski, G. Feinman y J. Appel (1981), *Ancient Mesoamerica: A Comparison of Change in Three Regions*, Cambridge University Press, Cambridge.

Bloch, M. (1985), *Marxism and Anthropology*, Oxford University Press, Oxford.

Boas, F. (1887), «Museums of ethnology and their classification», *Science*, 9, pp. 587-589.

Böhner, K. (1981), «Ludwig Lindenschmit and the Three Age system», en G. Daniel (1981b), pp. 120-126.

Bonnichsen, R. (1973), «Millie's Camp: an experiment in archaeology, *World Archaeology*, 4, pp. 277-291.

Bordes, F. H. (1953), «Essai de classification des industries "moustériennes"», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 50, pp. 457-466.

Boriskovsky, P. J. (1965), «A propos des récents progrès des études paléolithiques en U.R.S.S.», *L'Anthropologie*, 69, pp. 5-30.

Boserup, E. (1965), *The Conditions of Agricultural Growth*, Allen and Unwin, Londres.

Boule, M. (1905), «L'Origine des éolithes», *L'Anthropologie*, 16, pp. 257-267.

Bradley, J. W. (1987), *Evolution of the Onondaga Iroquois: Accommodating Change, 1500-1655*, Syracuse University Press, Syracusa.

Bradley, R. (1984), *The Social Foundations of Prehistoric Britain*, Longman, Londres.

Braidwood, R. J. (1974), «The Iraq Jarmo Project», en G. R. Willey, pp. 59-83.

Braithwaite, M. (1984), «Ritual and prestige in the prehistory of Wessex *c.* 2.200-1.400 B.C.: a new dimension to the archaeological evidence», en D. Miller y C. Tilley, pp. 93-110.

Braithwaite, R. B. (1953), *Scientific Explanation,* Cambridge University Press, Cambridge.

Brasser, T. J. C. (1971), «Group identification along a moving frontier», *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses* (Munich), 2, pp. 261-265.

Braudel, F. (1980), *On History*, University of Chicago Press, Chicago.

Breisach, E. (1983), *Historiography: Ancient, Medieval, and Modern*, University of Chicago Press, Chicago.

Brongers, J. A. (1973), *1833: Reuvens in Drenthe*, Rijksdienst voor het Oudheidkundig Bodemonderzoek, Bussum.

— (1976), «Material for a history of Dutch archaeology up to 1922», *Berichten van de Rijksdienst voor het Oudheidkundig Bodemonderzoek, Jahrgang*, 26, pp. 7-62.

Bronowski, J. (1971), «Symposium on technology and social criticism: Introduction - Technology and culture in evolution», *Philosophy of the Social Sciences*, 1, pp. 195-206.

Bronson, B. (1972), «Farm labor and the evolution of food production», en B. Spooner, pp. 190-218.

Brose, D. S. (1973), «The northeastern United States», en J. E. Fitting, pp. 84-115.

Brown, I. W. (s.a.), «Southeastern Indians: ethnohistory, art, and archaeology», en *Indians of the Southeast: A Series*, ed. por P. H. Wood, G. A. Waselkov y T. Hatley, University of Nebraska Press, Lincoln (en prensa).

Brown, J. A., ed. (1971), *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*, Society for American Archaeology, Memoir, n.º 25, Washington.

Brown, J. A., y S. Struever (1973), «The organization of archeological research: an Illinois example», en C. L. Redman, pp. 261-280.

Bruwer, A. J. (1965), *Zimbabwe: Rhodesia's Ancient Greatness*, Keartland, Johannesburgo.

Bryson, G. (1945), *Man and Society: The Scottish Inquiry of the Eighteenth Century*, Princeton University Press, Princeton.

Buckley, W. F., ed. (1968), *Modern Systems Research for the Behavioral Scientist: A Sourcebook*, Aldine, Chicago.

Bujarin, N. I. (1931), «Theory and practice from the standpoint of dialectical materialism», en *Science at the Cross-Roads*, ed. por N. I. Bujarin *et al.* [separata], Kniga, Londres.

Bulkin, V. A., L. S. Klejn y G. S. Lebedev (1982), «Attainments and problems of Soviet archaeology», *World Archaeology*, 13, pp. 272-295.

Bulleid, A. H., y H. St. G. Gray (1911, 1917), *The Glastonbury Lake Village*, Glastonbury Antiquarian Society, Taunton, 2 vols.

Burkitt, M. C. (1928), *South Africa's Past in Stone and Paint*, Cambridge University Press, Cambridge.

Burling, R. (1962), «Maximization theories and the study of economic anthropology», *American Anthropologist*, 64, pp. 802-821.

Butterfield, H. (1981), *The Origins of History*, Basic Books, Nueva York.

Butzer, K. W. (1976), *Early Hydraulic Civilization in Egipt*, Chicago University Press, Chicago.

Caldwell, J. R. (1958), *Trend and Tradition in the Prehistory of the Eastern United States*, American Anthropological Association, Memoir, n.º 88, Menasha, Wisconsin.

— (1959), «The new American archeology», *Science*, 129, pp. 303-307.

— (1964), «Interaction spheres in prehistory», en *Hopewellian Studies*, ed. por J. R. Caldwell y R. L. Hall, pp. 133-143, Illinois State Museum Scientific Papers, núm. 12, Springfield.

Cancian, F. (1966), «Maximization as norm, strategy, and theory: a comment on programmatic statements in economic anthropology», *American Anthropologist*, 68, pp. 465-470.

Carr, C., ed. (1985), *Concordance in Archaeological Analysis: Bridging Data Structure, Quantitative Technique, and Theory*, Westport Publishers, Kansas City.

Carr, E. H. (1967), *What is History?*, Vintage, Nueva York (hay trad. cast.: *¿Qué es la historia?*, Ariel, Barcelona, 1987[3]).

Carrasco, D. (1982), *Quetzalcoatl and the Irony of Empire*, University of Chicago Press, Chicago.

Carson, R. L. (1962), *Silent Spring*, Houghton Mifflin, Boston.

Cartmill, M., D. Pilbeam y G. Isaac (1986), «One hundred years of paleoanthropology», *American Scientist*, 74, pp. 410-420.

Cassirer, E. (1951), *The Philosophy of the Enlightenment*, Princeton University Press, Princeton.

Casson, S. (1939), *The Discovery of Man*, Hamish Hamilton, Londres.
Caton Thompson, G. (1931), *The Zimbabwe Culture,* Oxford University Press, Oxford.
— (1983), *Mixed Memoirs,* Paradigm Press, Gateshead.
Ceram, C. W. (1951), *Gods, Graves, and Scholars: The Study of Archaeology*, Knopf, Nueva York (hay trad. cast.: *Dioses, tumbas y sabios*, Destino, Barcelona, 1989[18]).
Clark, J. G. D. (Grahame) (1932), *The Mesolithic Age in Britain,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1936), «Russian archaeology: the other side of the picture», *Proceedings of the Prehistoric Society,* 2, pp. 248-249.
— (1939), *Archaeology and Society,* Methuen, Londres.
— (1940), *Prehistoric England,* Batsford, Londres.
— (1942), «Bees in antiquity», *Antiquity,* 16, pp. 208-215.
— (1952), *Prehistoric Europe: The Economic Basis,* Methuen, Londres.
— (1954), *Excavations at Star Carr,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1957), *Archaeology and Society,* 3.ª ed., Methuen, Londres.
— (1972), *Star Carr: A Case Study in Bioarchaeology,* Addison-Wesley Modular Publications, McCaleb Module n.º 10, Reading, Massachusetts.
— (1974), «Prehistoric Europe: the economic basis», en Willey (1974a), pp. 31-57.
— (1975), *The Earlier Stone Age Settlement of Scandinavia,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1976), «Prehistory since Childe», *Bulletin of the Institute of Archaeology, University of London,* 13, pp. 1-21.
— (1983), *The Identity of Man,* Methuen, Londres (hay trad. cast.: *La identidad del hombre*, Paidós, Barcelona, 1985).
— (1986), *Symbols of Excellence,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1988a), *Prehistory at Cambridge and Beyond,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1988b), *Economic Prehistory: Papers on Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge.
Clark, K. M. (1962), *The Gothic Revival,* 3.ª ed., John Murray, Londres.
Clark, L. K. (1961), *Pioneers of Prehistory in England,* Sheed and Ward, Londres.
Clarke, D. L. (1968), *Analytical Archaeology,* Methuen, Londres (hay trad. cast.: *Arqueología Analítica,* Bellaterra, 1984).
— , ed. (1972a), *Models in Archaeology,* Methuen, Londres.
— (1972b), «A provisional model of an Iron Age society and its settlement system», en D. L. Clarke, 1972a, pp. 801-869.
— (1977), «Spatial information in archaeology», en *Spatial Archaeology,* ed. por D. L. Clarke, Academic Press, Nueva York, pp. 1-32.
— (1979), *Analytical Archaeologist,* Academic Press, Nueva York.
Cleere, H., ed. (1984), *Approaches to the Archaeological Heritage,* Cambridge University Press, Cambridge.
Coe, M. D. (1981), «Religion and the rise of Mesoamerican states», en *The Transition to Statehood in the New World,* ed. por G. D. Jones y R. R. Kautz, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 157-171.
Coe, M. D., y R. A. Diehl (1980), *In the Land of the Olmec,* University of Texas Press, Austin, 2 vols.
Cohen, M. N. (1977), *The Food Crisis in Prehistory,* Yale University Press, New Haven (hay trad. cast.: *La crisis alimentaria de la Prehistoria,* Alianza, Madrid, 1984[2]).

Cohen, M. N., y G. J. Armelagos, eds. (1984), *Paleopathology at the Origins of Agriculture,* Academic Press, Nueva York.
Cohen, S. F. (1973), *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography,* Knopf, Nueva York (hay trad. cast.: *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, Madrid, 1976).
Cole, F.-C., y T. Deuel (1937), *Rediscovering Illinois,* University of Chicago Press, Chicago.
Cole, J. R. (1980), «Cult archaeology and unscientific method and theory», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 3, pp. 1-33.
Coles, J. (1979), *Experimental Archaeology,* Academic Press, Londres.
Colton, H. S., y L. L. Hargrave (1937), *Handbook of Northern Arizona Pottery Wares,* Museum of Northern Arizona, Bulletin n.º 11, Flagstaff.
Collingwood, R. G. (1939), *An Autobiography*, Oxford University Press, Oxford.
— (1946), *The Ideal of History*, Oxford University Press, Oxford.
Combier, J. (1959), «Recherches sur l'âge de la Pierre en U.R.S.S.», *L'Anthropologie,* 63, pp. 160-174.
Conkey, M. W. (1982), «Boundedness in art and society», en Hodder (1982c), pp. 115-128.
Conkey, M. W., y J. D. Spector (1984), «Archaeology and the study of gender», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 7, pp. 1-38.
Conrad, G. W. (1981), «Cultural materialism, split inheritance, and the expansion of ancient Peruvian empires», *American Antiquity,* 46, pp. 3-26.
Conrad, G. W., y A. A. Demarest (1984), *Religion and Empire: The Dynamics of Aztec and Inca Expansionism,* Cambridge University Press, Cambridge.
Cook, S. (1966), «The obsolete "anti-market" mentality: a critique of the substantive approach to economic anthropology», *American Anthropologist,* 68, pp. 323-345.
Cordell, L. S., y F. Plog (1979), «Escaping the confines of normative thought: a reevaluation of Puebloan prehistory», *American Antiquity,* 44, pp. 405-429.
Courbin, P. (1982), *Qu'est-ce que l'archéologie? Essai sur la nature de la recherche archéologique,* Payot, París.
Cowgill, G. L. (1975), «On causes and consequences of ancient and modern population changes», *American Anthropologist,* 77, pp. 505-525.
— (1977), «The trouble with significance tests and what we can do about it», *American Antiquity,* 42, pp. 350-368.
Crawford, O. G. S. (1912), «The distribution of Early Bronze Age settlements in Britain», *Geographical Journal,* 40, pp. 299-303.
— (1921), *Man and his Past,* Oxford University Press, Londres.
— (1923), «Air survey and archaeology», *Geographical Journal,* 61, pp. 342-360.
— (1932), «The dialectical process in the history of science», *Sociological Review,* 24, pp. 165-173.
Crawford, O. G. S., y A. Keiller (1928), *Wessex from the Air,* Oxford University Press, Oxford.
Culbert, T. P., ed. (1973), *The Classic Maya Collapse,* University of New Mexico Press, Albuquerque.
Cunliffe, B. (1974), *Iron Age Communities in Britain,* Routledge & Kegan Paul, Londres.
Cunnington, R. H. (1975), *From Antiquary to Archaeologist,* Shire Publications, Princes Risborough.
Cushing, F. H. (1886), «A study of Pueblo pottery as illustrative of Zuñi culture growth», *Bureau of American Ethnology, Annual Report,* 4, pp. 467-521, Washington.

Chakrabarti, D. K. (1981), «Indian archaeology: the first phase, 1784-1861», en G. Daniel (1981b), pp. 169-185.
— (1982), «The development of archaeology in the Indian subcontinent», *World Archaeology,* 13, pp. 326-344.
Chamberlin, T. C. (1944), «The method of multiple working hypotheses», *Scientific Monthly,* 59, pp. 357-362.
Champion, T. C. (1986), Recensión de P. Wells, *Farms, Villages and Cities,* en *Man,* 21, p. 554.
— C. S. Gamble, S. J. Shennan y A. W. R. Whittle (1984), *Prehistoric Europe,* Academic Press, Nueva York (hay trad. cast.: *Prehistoria de Europa*, Crítica, Barcelona, 1991[2]).
Chang, K. C. (1962), «China», en *Courses toward Urban Life,* ed. por R. J. Braidwood y G. R. Willey, Aldine, Chicago, pp. 177-192.
— (1963), *The Archaeology of Ancient China,* Yale University Press, New Haven.
— (1981), «Archaeology and Chinese historiography», *World Archaeology,* 13, pp. 156-169.
— (1983), *Art, Myth, and Ritual: The Path to Political Authority in Ancient China,* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
Chapman, R. (1979), «''Analytical Archaeology'' and after - Introduction», en D. L. Clarke, pp. 109-143.
Chard, C. S. (1961) «New developments in Siberian archaeology», *Asian Perspectives,* 5, pp. 118-126.
— (1963), «Soviet scholarship on the prehistory of Asiatic Russia», *Slavic Review,* 22, pp. 538-546.
— (1969), «Archaeology in the Soviet Union», *Science,* 163, pp. 774-779.
Chernetsov, V. N., y W. Moszyńska (1974), *Prehistory of Western Siberia,* McGill-Queen's University Press, Montreal.
Chiappelli, F. (1976), *First Images of America: The Impact of the New World on the Old,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
Childe, V. G. (1925a), *The Dawn of European Civilization,* Kegan Paul, Londres (hay trad. cast.: *Los orígenes de la civilización*, FCE, Madrid, 1988[19]).
— (1925b), «National art in the Stone Age», *Nature,* 116, pp. 195-197.
— (1926), *The Aryans: A Study of Indo-European Origins,* Kegan Paul, Londres.
— (1928), *The Most Ancient East: The Oriental Prelude to European Prehistory,* Kegan Paul, Londres.
— (1929), *The Danube in Prehistory,* Oxford University Press, Oxford.
— (1930), *The Bronze Age,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1931), *Skara Brae: A Pictish Village in Orkney,* Kegan Paul, Londres.
— (1932), «Chronology of prehistoric Europe: a review», *Antiquity,* 6, pp. 206-212.
— (1933a), «Is prehistory practical?», *Antiquity,* 7, pp. 410-418.
— (1933b), «Races, peoples and cultures in prehistoric Europe», *History,* 18, pp. 193-203.
— (1934), *New Light on the Most Ancient East: The Oriental Prelude to European Prehistory,* Kegan Paul, Londres.
— (1935a), *The Prehistory of Scotland,* Kegan Paul, Londres.
— (1935b), «Changing methods and aims in prehistory», *Proceedings of the Prehistoric Society,* 1, pp. 1-15.
— (1936), *Man Makes Himself,* 4.ª ed., Watts, Londres.
— (1939), *The Dawn of European Civilization,* 3.ª ed., Kegan Paul, Londres.

— (1940a), *Prehistoric Communities of the British Isles,* Chambers, Londres.
— (1940b) «Archaeology in the U.S.S.R.», *Nature,* 145, pp. 110-111.
— (1942a), *What Happened in History,* 1.ª ed. norteamericana, Penguin, Harmondsworth.
— (1942b), «Prehistory in the U.S.S.R. I. Palaeolithic and Mesolithic, A: Caucasus and Crimea», *Man,* 42, pp. 98-100.
— (1942c), «Prehistory in the U.S.S.R. I. Palaeolithic and Mesolithic, B: The Russian Plain», *Man,* 42, pp. 100-103.
— (1942d), «Prehistory in the U.S.S.R. II. The Copper Age in South Russia», *Man,* 42, pp. 130-136.
— (1942e), «The significance of Soviet archaeology», *Labour Monthly,* 24, pp. 341-343.
— (1942f), «The chambered cairns of Rousay», *Antiquaries Journal,* 22, pp. 139-142.
— (1943), «Archaeology in the U.S.S.R. The forest zone», *Man,* 43, pp. 4-9.
— (1944a), *Progress and Archaeology,* Watts, Londres.
— (1944b) «The future of archaeology», *Man,* 44, pp. 18-19.
— (1945a), «Directional changes in funerary practices during 50.000 years», *Man,* 45, pp. 13-19.
— (1945b), «Archaeology and anthropology» [en la URSS], *Nature,* 156, pp. 224-225.
— (1946a), *Scotland before the Scots,* Methuen, Londres.
— (1946b) «Archaeology and anthropology», *Southwestern Journal of Anthropology,* 2, pp. 243-251.
— (1947a), *History,* Cobbett, Londres.
— (1947b), «Archaeology as a social science», *University of London, Institute of Archaeology, Third Annual Report,* pp. 49-60.
— (1949), *Social Worlds of Knowledge,* Oxford University Press, Londres.
— (1950), «Cave men's buildings», *Antiquity,* 24, pp. 4-11.
— (1951), *Social Evolution,* Schuman, Nueva York (hay trad. cast.: *La evolución social,* Alianza, Madrid, 1984[3]).
— (1952), «Archaeological organization in the USSR», *Anglo-Soviet Journal,* 13 (3), pp. 23-26.
— (1953), «The constitution of archaeology as a science», en *Science, Medicine and History,* ed. por E. A. Underwood, Oxford University Press, Oxford, pp. 3-15.
— (1954) «Prehistory», en *The European Inheritance,* ed. por E. Barker, G. Clark y P. Vaucher, Oxford University Press, Oxford, pp. 3-155.
— (1955), «The significance of lake dwellings in the history of prehistory», *Sibrium,* 2 (2), pp. 87-91.
— (1956a), *Piecing Together the Past: The Interpretation of Archaeological Data,* Routledge & Kean Paul, Londres.
— (1956b), *Society and Knowledge: The Growth of Human Traditions,* Harper, Nueva York.
— (1958a), *The Prehistory of European Society,* Penguin, Harmondsworth (hay trad. cast.: *La prehistoria de la sociedad europea,* Icaria, Barcelona, 1979).
— (1958b), «Retrospect», *Antiquity,* 32, pp. 69-74.
Childe, V. G., y M. C. Burkitt (1932), «A chronological table of prehistory», *Antiquity,* 6, pp. 185-205.
Chippindale, C. (1983), *Stonehenge Complete,* Thames and Hudson, Londres.
Chorley, R. J., A. J. Dunn y R. P. Beckinsale (1964), *The History of the Study of Land-*

forms or The Development of Geomorphology, vol. 1, *Geomorphology before Davis,* Methuen, Londres.
Chorley, R. J., y P. Haggett, eds. (1967), *Models in Geography,* Methuen, Londres.
Christenson, A. L. (1985), «The identification and study of Indian shell middens in eastern North America: 1643-1861», *North American Archaeologist,* 6, pp. 227-244.
Dalton, G. (1961), «Economic theory and primitive society», *American Anthropologist,* 63, pp. 1-25.
Dall, W. H. (1877), «On succession in the shell-heaps of the Aleutian Islands», *United States Geological and Geographic Survey, Contributions to North American Ethnology,* Washington, 1, pp. 41-91.
Daniel, G. E. (1943), *The Three Ages: An Essay on Archaeological Method,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1950), *A Hundred Years of Archaeology,* Duckworth, Londres.
— (1958), «Editorial», *Antiquity,* 32, pp. 65-68.
— (1963a), *The Idea of Prehistory,* World, Cleveland.
— (1963b), «The personality of Wales», en *Culture and Environment: Essays in Honour of Sir Cyril Fox,* ed. por I. Ll. Foster y L. Alcock, Routledge & Kegan Paul, Londres, pp. 7-23.
— (1967), *The Origins and Growth of Archaeology,* Penguin, Harmondsworth.
— (1975), *A Hundred and Fifty Years of Archaeology,* 2.ª ed., Duckworth, Londres.
— (1976), «Stone, bronze and iron», en J. V. S. Megaw, pp. 35-42.
— (1981a), *A Short History of Archaeology,* Thames and Hudson, Londres.
—, ed. (1981b), *Towards a History of Archaeology,* Thames and Hudson, Londres.
— (1986), *Some Small Harvest,* Thames and Hudson, Londres.
Daniken, E. von (1969), *Chariots of the Gods?,* Putnam, Nueva York.
— (1971), *Gods from Outer Space,* Putnam, Nueva York.
Danilova, L. V. (1971), «Controversial problems of the theory of precapitalist societies», *Soviet Anthropology and Archeology,* 9, pp. 269-328.
Danto, A. C. (1965), *Analytical Philosophy of History,* Cambridge University Press, Cambridge.
Darnton, R. (1984), *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History,* Basic Books, Nueva York.
Davidson, J. M. (1979), «New Zealand», en *The Prehistory of Polynesia,* ed. por J. D. Jennings, Harvard University Press, Cambridge, Mass., pp. 222-248.
Davies, G. L. (1969), *The Earth in Decay: A History of British Geomorphology, 1578-1878,* American Elsevier, Nueva York.
Davis, R. S. (1983), «Theoretical issues in contemporary Soviet Paleolithic archaeology», *Annual Review of Anthropology,* 12, pp. 403-428.
Dawkins, W. B. (1874), *Cave Hunting: Researches on the Evidence of Caves Respecting the Early Inhabitants of Europe,* Macmillan, Londres.
Dawson, J. W. (1888), *Fossil Men and their Modern Representatives,* 3.ª ed., Hodder and Stoughton, Londres (1.ª ed. 1880, Dawson Brothers, Montreal).
— (1901), *Fifty Years of Work in Canada, Scientific and Educational,* Ballantyne, Hanson and Company, Londres.
Deagan, K. (1982), «Avenues of Inquiry in historical archaeology», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 5, pp. 151-177.
Debetz, G. F. (1961), «The social life of early Paleolithic man as seen through the work

of the Soviet anthropologists», en *Social Life of Early Man,* ed. por S. L. Washburn, Aldine, Chicago, pp. 137-149.

Deetz, J. J. F. (1965), *The Dynamics of Stylistic Change in Arikara Ceramics,* University of Illinois Press, Urbana.

— (1977), *In Small Things Forgotten,* Anchor, Garden City.

De Laet, S. J. (1957), *Archaeology and its Problems,* Macmillan, Nueva York.

Delâge, D. (1985), *Le pays renversé: Amérindiens et européens en Amérique du nord-est, 1600-1664,* Boréal Express, Montreal.

Dennell, R. (1983), *European Economic Prehistory: A New Approach,* Academic Press, Nueva York (hay trad. cast.: *Prehistoria económica de Europa,* Crítica, Barcelona, 1987).

DePratter, C. B., ed. (1986), *The Late Prehistoric Southeast: A Source Book,* Garland, Nueva York.

Deuel, L. (1967), *Conquistadors Without Swords: Archaeologists in the Americas,* St. Martin's Press, Nueva York.

— (1973), *Flights into Yesterday: The Story of Aerial Archaeology,* Penguin, Harmondsworth.

Devon, conde de (1873), «Inaugural address to the annual meeting held at Exeter, 1873», *Archaeological Journal,* 30, pp. 205-210.

Diehl, R. A. (1983), *Tula: The Toltec Capital of Ancient Mexico,* Thames and Hudson, Londres.

Dixon, R. B. (1913), «Some aspects of North American archeology», *American Anthropologist,* 15, pp. 549-577.

— (1928), *The Building of Cultures,* Scribner's, Nueva York.

Dolitsky, A. B. (1985), «Siberian Paleolithic archaeology: approaches and analytic methods», *Current Anthropology,* 26, pp. 361-378.

Dolukhanov, P. M. (1979), *Ecology and Economy in Neolithic Eastern Europe,* Duckworth, Londres.

Doran, J. E., y F. R. Hodson (1975), *Mathematics and Computers in Archaeology,* Edinburgh University Press, Edimburgo.

Dragadze, T. (1980), «The place of "ethnos" theory in Soviet anthropology», en E. Gellner, pp. 161-170.

Dray, W. (1957), *Laws and Explanation in History,* Oxford University Press, Oxford.

— (1964), *Philosophy of History,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

Drower, M. S. (1985), *Flinders Petrie: A Life in Archaeology,* Gollancz, Londres.

Duff, R. S. (1950), *The Moa-Hunter Period of Maori Culture,* Government Printer, Wellington.

Dumond, D. E. (1977), «Science in archaeology: the saints go marching in», *American Antiquity,* 42, pp. 330-349.

Dunn, S. P. (1982), *The Fall and Rise of the Asiatic Mode of Production,* Routledge & Kegan Paul, Londres.

Dunnell, R. C. (1970), «Seriation method and its evaluation», *American Antiquity,* 35, pp. 305-319.

— (1971), *Systematics in Prehistory,* Free Press, Nueva York.

— (1979), «Trends in current Americanist archaeology», *American Journal of Archaeology,* 83, pp. 437-449.

— (1980a), «Evolutionary theory and archaeology», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 3, pp. 35-99.

— (1980b), «Americanist archaeology: the 1979 contribution», *American Journal of Archaeology,* 84, pp. 463-478.
— (1981), «Americanist archaeology: the 1980 literature», *American Journal of Archaeology,* 85, pp. 429-445.
— (1982a), «Americanist archaeological literature: 1981», *American Journal of Archaeology,* 86, pp. 509-529.
— (1982b), «Science, social science and common sense: the agonizing dilemma of modern archaeology», *Journal of Anthropological Research,* 38, pp. 1-25.
— (1983), «A review of the Americanist archaeological literature for 1982», *American Journal of Archaeology,* 87, pp. 521-544.
— (1984), «The Americanist literature for 1983: a year of contrasts and challenges», *American Journal of Archaeology,* 88, pp. 489-513.
— (1985), «Americanist archaeology in 1984», *American Journal of Archaeology,* 89, pp. 585-611.
— (1986), «Five decades of American archaeology», en D. J. Meltzer *et al.,* pp. 23-49.
Durkheim, É. (1893), *De la division du travail social,* Alcan, París (hay trad. cast.: *La división del trabajo social,* Akal, Madrid, 1987).
— (1895), *Les Règles de la méthode sociologique,* Alcan, París (hay trad. cast.: *Las reglas del método sociológico,* Akal, Madrid, 1987).
— (1897), *Le Suicide,* Alcan, París (hay trad. cast.: *El suicidio,* Akal, Madrid, 1989).
— (1912), *Les Formes élémentaires de la vie religieuse,* Alcan, París (hay trad. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa,* Akal, Madrid, 1982).
Duvignaud, J. (1965), *Durkheim, sa vie, son oeuvre,* Presses Universitaires de France, París.
Dymond, D. P. (1974), *Archaeology and History: A Plea for Reconciliation,* Thames and Hudson, Londres.
Earl, G. W. (1863), «On the shell-mounds of Province Wellesley, in the Malay Peninsula», *Transactions of the Ethnological Society of London,* 2, pp. 119-129.
Earle, T. K., y R. W. Preucel (1987), «Processual archaeology and the radical critique», *Current Anthropology,* 28, pp. 501-538.
Edwards, I. E. S. (1985), *The Pyramids of Egypt,* edición revisada, Penguin, Harmondsworth.
Eggan, F. R. (1966), *The American Indian,* Weidenfeld and Nicolson, Londres.
Ehret, C., y M. Posnansky, eds. (1982), *The Archaeological and Linguistic Reconstruction of African History,* University of California Press, Berkeley.
Ehrlich, P. R. (1968), *The Population Bomb,* Ballantine, Nueva York.
Eiseley, L. C. (1958), *Darwin's Century: Evolution and the Man Who Discovered It,* Doubleday, Garden City.
Ekholm, K., y J. Friedman (1979), «"Capital" imperialism and exploitation in ancient world systems», en *Power and Propaganda: A Symposium on Ancient Empires,* ed. por M. T. Larsen, Akademisk Forlag, Copenhague, pp. 41-58.
Eldredge, N. (1982), «La macroévolution», *La Recherche,* 13(133), pp. 616-626.
Elisseeff, D. (1986), *China: Treasures and Splendors,* Les Éditions Arthaud, París.
Elton, G. R. (1969), *The Practice of History,* Collins, Londres.
Ellegård, A. (1981), «Stone Age science in Britain?», *Current Anthropology,* 22, pp. 99-125.
Emery, F. E., ed. (1969), *Systems Thinking,* Penguin, Nueva York.
Evans, A. J. (1890), «On a late-Celtic urn-field at Aylesford, Kent», *Archaeologia,* 52, pp. 315-388.

— (1896), «The ''Eastern Question'' in anthropology», *Proceedings of the British Association for the Advancement of Science, 1896,* pp. 906-922.
Evans, Joan (1956), *A History of the Society of Antiquaries,* The Society of Antiquaries, Londres.
Evans, John (1850), «On the date of British coins», *The Numismatic Chronicle and Journal of the Numismatic Society,* 12, pp. 127-137.
Evans, J. D., B. Cunliffe y C. Renfrew, eds. (1981), *Antiquity and Man: Essays in Honour of Glyn Daniel,* Thames and Hudson, Londres.
Evans-Pritchard, E. E. (1940), *The Nuer,* Oxford University Press, Oxford.
— (1981), *A History of Anthropological Thought,* Faber and Faber, Londres.
Eve, R. A., y F. B. Harrold (1986), «Creationism, cult archaeology, and other pseudoscientific beliefs», *Youth and Society,* 17, pp. 396-421.
Fagan, B. M. (1975), *The Rape of the Nile: Tomb Robbers, Tourists, and Archaeologists in Egypt,* Charles Scribner's, Nueva York.
— (1977), *Elusive Treasure: The Story of Early Archaeologists in the Americas,* Charles Scribner's, Nueva York.
— (1981), «Two hundred and four years of African archaeology», en J. D. Evans *et al.,* pp. 42-51.
Fairbanks, C. H. (1942), «The taxonomic position of Stalling's Island, Georgia», *American Antiquity,* 7, pp. 223-231.
Fairchild, H. N. (1928), *The Noble Savage: A Study in Romantic Naturalism,* Columbia University Press, Nueva York.
Fawcett, Clare (1986), «The politics of assimilation in Japanese archaeology», *Archaeological Review from Cambridge,* 5 (1), pp. 43-57.
Feder, K. L. (1984), «Irrationality and popular archaeology», *American Antiquity,* 49, pp. 525-541.
Fell, B. (1976), *America B. C.: Ancient Settlers in the New World,* Quadrangle, Nueva York.
— (1982), *Bronze Age America,* Little, Brown, Boston.
Ferguson, T. J. (1984), «Archaeological ethics and values in a tribal cultural resource management program at the Pueblo of Zuñi», en E. L. Green, pp. 224-235.
Fewkes, J. W. (1896), «The prehistoric culture of Tusayan», *American Anthropologist,* 9, pp. 151-173.
Feyerabend, P. K. (1975), *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge,* NLB, Londres.
Field, H., y K. Price (1949), «Recent archaeological discoveries in the Soviet Union», *Southwestern Journal of Anthropology,* 5, pp. 17-27.
Field, H., y E. Prostov (1937), «Archaeology in the Soviet Union», *American Anthropologist,* 39, pp. 457-490.
Fischer, D. H. (1970), *Historians' Fallacies: Toward a Logic of Historical Thought,* Routledge & Kegan Paul, Londres.
Fischer, G., ed. (1967), *Science and Ideology in Soviet Society,* Atherton Press, Nueva York.
Fischer, J. L. (1961), «Art styles as cultural cognitive maps», *American Anthropologist,* 63, pp. 79-93.
Fitting, J. E., ed. (1973), *The Development of North American Archaeology,* Anchor Books, Garden City.
Fitzpatrick, S. (1974), «Cultural revolution in Russia 1928-1932», *Journal of Contemporary History,* 9, pp. 33-51.

Fitzsimons, M. A., A. G. Pundt y C. E. Nowell, eds. (1954), *The Development of Historiography,* Stackpole, Harrisburg.

Flannery, K. V. (1968), «Archeological systems theory and early Mesoamerica», en *Anthropological Archeology in the Americas,* ed. por B. J. Meggers, Anthropological Society of Washington, Washington, pp. 67-87.

— (1972), «The cultural evolution of civilizations», *Annual Review of Ecology and Systematics,* 3, pp. 399-426.

—, ed. (1976), *The Early Mesoamerican Village,* Academic Press, Nueva York.

— (1982), «The golden Marshalltown: a parable for the archaeology of the 1980s», *American Anthropologist,* 84, pp. 265-278.

— (1983), «Archaeology and ethnology in the context of divergent evolution», en *The Cloud People,* ed. por K. V. Flannery y J. Marcus, Academic Press, Nueva York, pp. 361-362.

Flood, J. (1983), *Archaeology of a Dreamtime,* Collins, Sidney.

Ford, J. A. (1936), *Analysis of Indian Village Site Collections from Louisiana and Mississippi,* Louisiana State Geological Survey, Department of Conservation, Anthropological Study n.º 2, Nueva Orleans.

— (1938), «A chronological method applicable to the Southeast», *American Antiquity,* 3, pp. 260-264.

Ford, J. A., y G. R. Willey (1941), «An interpretation of the prehistory of the eastern United States», *American Anthropologist*, 43, pp. 325-363.

Ford, R. I. (1973), «Archeology serving humanity», en C. L. Redman, pp. 83-93.

—, ed. (1987), *The Prehistoric American Southwest: A Sourcebook,* Garland, Nueva York.

Forge, A. (1972), «Normative factors in the settlement size of Neolithic cultivators (New Guinea)», en *Man, Settlement and Urbanism,* ed. por P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby, Duckworth, Londres, pp. 363-376.

Fortes, M. (1980), «Introduction», en E. Gellner, pp. XIX-XXV.

Fowler, D. D. (1987), «Uses of the past: archaeology in the service of the state», *American Antiquity,* 52, pp. 229-248.

Fowles, J., ed. (1980, 1982), *John Aubrey's Monumenta Britannica,* anotado por R. Legg, Dorset Publishing Company, Sherborne.

Fox, C. (1923), *The Archaeology of the Cambridge Region,* Cambridge University Press, Cambridge.

— (1932), *The Personality of Britain,* National Museum of Wales, Cardiff.

Fox, L., ed. (1956), *English Historical Scholarship in the Sixteenth and Seventeenth Centuries,* Oxford University Press, Londres.

Francis, D., y T. Morantz (1983), *Partners in Furs: A History of the Fur Trade in Eastern James Bay, 1600-1870,* McGill-Queen's University Press, Montreal.

Frick, W. (1934), «The teaching of history and prehistory in Germany», *Nature,* 133, pp. 298-299.

Fried, M. H. (1967), *The Evolution of Political Society,* Random House, Nueva York.

— (1975), *The Notion of Tribe,* Cummings, Menlo Park.

Friedman, J., y M. J. Rowlands, eds. (1978a), *The Evolution of Social Systems,* Duckworth, Londres.

— (1978b), «Notes towards an epigenetic model of the evolution of "civilisation"», en J. Friedman y M. J. Rowlands, pp. 201-276.

Fritz, J. M. (1973), «Relevance, archeology and subsistence theory», en C. L. Redman, pp. 59-82.
Frumkin, G. (1962), «Archaeology in Soviet Central Asia and its ideological background», *Central Asian Review,* 10, pp. 334-342.
Fuller, P. (1980), *Beyond the Crisis in Art,* Writers and Readers, Londres.
Furst, P. T. (1977), «The roots and continuities of shamanism», en *Stone, Bones and Skin,* ed. por A. T. Brodzky *et al.,* Society for Art Publications, Toronto, pp. 1-28.
Gallay, A. (1986), *L'Archéologie demain,* Belfond, París.
Gamio, M. (1916), *Forjando Patria (Pro Nacionalismo),* Porrúa Hermanos, México.
Gándara, M. (1980), «La vieja "Nueva Arqueología" (primera parte)», *Boletín de Antropología Americana,* 2, pp. 7-45.
— (1981), «La vieja "Nueva Arqueología" (segunda parte)», *Boletín de Antropología Americana,* 3, pp. 7-70.
Gardin, J.-C. (1980), *Archaeological Constructs: An Aspect of Theoretical Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge.
Gardiner, P. L. (1952), *The Nature of Historical Explanations,* Oxford University Press, Oxford.
— ,ed. (1974), *The Philosophy of History,* Oxford University Press, Londres.
Garlake, P. S. (1973), *Great Zimbabwe,* Thames and Hudson, Londres.
— (1983), «Prehistory and ideology in Zimbabwe», en *Past and Present in Zimbabwe,* ed. por J. D. Y. Peet y T. Ranger, Manchester University Press, Manchester, pp. 1-19.
— (1984), «Ken Mufuka and Great Zimbabwe», *Antiquity,* 58, pp. 121-123.
Gasparini, G., y L. Margolies (1980), *Inca Architecture,* Indiana University Press, Bloomington.
Gathercole, P. (1971), «'Patterns in prehistory': an examination of the later thinking of V. Gordon Childe», *World Archaeology,* 3, pp. 225-232.
— (1976), «Childe the "outsider"», *RAIN,* 17, pp. 5-6.
— (1981), «New Zealand prehistory before 1950», en Glyn Daniel (1981b), pp. 159-168.
— (1982), «Gordon Childe: man or myth?», *Antiquity,* 56, pp. 195-198.
— (1984), «A consideration of ideology», en M. Spriggs, pp. 149-154.
Gayre, R. (1972), *The Origin of Zimbabwean Civilisation,* Galaxie Press, Salisbury.
Geikie, A. (1905), *The Founders of Geology,* 2.ª ed., Macmillan, Londres.
Gellner, E., ed. (1980), *Soviet and Western Anthropology,* Duckworth, Londres.
— (1983), *Nations and Nationalism,* Cornell University Press, Ithaca (hay trad. cast.: *Naciones* y *nacionalismos*, Alianza, Madrid, 1988).
— (1985), *Relativism and the Social Sciences,* Cambridge University Press, Cambridge.
Gening, V. F. (1982), *Ocherki po Istorii Sovetskoy Arkheologii,* Naukova Dumka, Kiev.
Geras, N. (1983), *Marx and Human Nature: Refutation of a Legend,* Verso, Londres.
Gernet, A. D. von (1985), *Analysis of Intrasite Artifact Spatial Distributions: The Draper Site Smoking Pipes,* Museum of Indian Archaeology, Research Report n.º 16, Londres y Ontario.
Gernet, A. D. von, y P. Timmins (1987), «Pipes and parakeets: constructing meaning in the Early Iroquoian context», en *Archaeology as Long-Term History,* ed. por I. Hodder, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 31-42.
Gero, J. M. (1983), «Gender bias in archaeology: a cross-cultural perspective», en *The Socio-Politics of Archaeology,* ed. por J. M. Gero, D. M. Lacy y M. L. Blakey, University of Massachusetts, Department of Anthropology, Research Report n.º 23, Amherst, pp. 51-57.

Gibbon, G. (1984), *Anthropological Archaeology,* Columbia University Press, Nueva York.
Gill, D. W. J. (1987), «Metru.Menece: an Etruscan painted inscription on a mid-5th-century B. C. red-figure cup from Populonia», *Antiquity,* 61, pp. 82-87.
Gillispie, C. C. (1951), *Genesis and Geology: A Study in the Relations of Scientific Thought, Natural Theology, and Social Opinion in Great Britain, 1790-1850,* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
Gilman, A. (1984), «Explaining the Upper Palaeolithic revolution», en M. Spriggs, pp. 115-126.
Gjessing, G. (1968), «The social responsibility of the social scientist», *Current Anthropology,* 9, pp. 397-402.
Glacken, C. J. (1967), *Traces on the Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought from Ancient Times to the End of the Eighteenth Century,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
Gladwin, W., y H. S. Gladwin (1930), *A Method for the Designation of Southwestern Pottery Types,* Medallion Papers, n.º 7, Globe.
— (1934), *A Method for Designation of Cultures and their Variations,* Medallion Papers, n.º 15, Globe.
Glass, H. B., O. Temkin y W. L. Straus Jr., eds. (1959), *Forerunners of Darwin, 1745-1859,* Johns Hopkins University Press, Baltimore.
Glassie, H. H. (1975), *Folk Housing in Middle Virginia: A Structural Analysis of Historic Artifacts,* University of Tennessee Press, Knoxville.
Gledhill, J. (1984), «The transformation of Asiatic formations: the case of late prehispanic Mesoamerica», en M. Spriggs, pp. 135-148.
Gobineau, J.-A., conde de (1853-1855), *Essai sur l'inégalité des races humaines,* Didot, París, 4 vols.
Godelier, M. (1978), «Economy and religion: an evolutionary optical illusion», en J. Friedman y M. J. Rowlands, pp. 3-11.
Godwin, H. (1933), «British Maglemose harpoon sites», *Antiquity,* 7, pp. 36-48.
Goff, B. L. (1963), *Symbols of Prehistoric Mesopotamia,* Yale University Press, New Haven.
Golson, J. (1977), *The Ladder of Social Evolution: Archaeology and the Bottom Rungs,* Australian Academy of the Humanities, Canberra.
Gooch, G. P. (1959), *History and Historians in the Nineteenth Century,* Beacon Press, Boston.
Goodenough, E. R. (1953-1968), *Jewish Symbols in the Greco-Roman Period,* Pantheon Books, Nueva York, 13 vols.
Goodwin, A. J. H., y C. van Riet Lowe (1929), *The Stone Age Cultures of South Africa,* Annals of the South African Museum, n.º 27, Ciudad del Cabo.
Gopal, L. (1985), «Foreword», en Trigger (1985b), pp. I-VI.
Gosden, C. (1985), «Gifts and kin in early Iron Age Europe», *Man,* 20, pp. 475-493.
Goudie, A. (1976), «Geography and prehistory», *Journal of Historical Geography,* 2, pp. 197-205.
Gould, R. A., ed. (1978), *Explorations in Ethnoarchaeology,* University of New Mexico Press, Albuquerque.
— (1980), *Living Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge.
Gould, S. J. (1980), *The Panda's Thumb: More Reflections in Natural History,* Norton, Nueva York (hay trad. cast.: *El pulgar del panda,* Orbis, Barcelona, 1988[4]).
— (1981), *The Mismeasure of Man,* Norton, Nueva York.

Gradmann, R. (1906), «Beziehung zwischen Pflanzengeographie und Siedlungsgeschichte», *Geographische Zeitschrift,* 12, pp. 305-325.
Graham, L. R. (1967), *The Soviet Academy of Sciences and the Communist Party, 1927-1932,* Princeton University Press, Princeton.
Graham-Campbell, J., y D. Kidd (1980), *The Vikings,* British Museum Publications, Londres.
Grant, G. (1965), *Lament for a Nation: The Defeat of Canadian Nationalism,* McClelland and Stewart, Toronto.
Grant, M. (1916), *The Passing of the Great Race; or, the Racial Basis of European History,* Scribner's, Nueva York.
Gräslund, B. (1974), *Relativ Datering: Om Kronologisk Metod i Nordisk Arkeologi,* Tor, n.º 16, Uppsala.
— (1976), «Relative chronology: dating methods in Scandinavian archaeology», *Norwegian Archaeological Review,* 9, pp. 69-126.
— (1981), «The background to C. J. Thomsen's Three-Age system», en G. Daniel (1981b), pp. 45-50.
— (1987), *The Birth of Prehistoric Chronology,* Cambridge University Press, Cambridge.
Grayson, D. K. (1983), *The Establishment of Human Antiquity,* Academic Press, Nueva York.
— (1986), «Eoliths, archaeological ambiguity, and the generation of "middle-range" research», en D. J. Meltzer *et al.,* pp. 77-133.
Green, E. L., ed. (1984), *Ethics and Values in Archaeology,* Free Press, Nueva York.
Green, S. (1981), *Prehistorian: A Biography of V. Gordon Childe,* Moonraker Press, Bradford-on-Avon.
Green, S. W., y S. M. Perlman, eds. (1985), *The Archaeology of Frontiers and Boundaries,* Academic Press, Nueva York.
Greene, J. C. (1959), *The Death of Adam,* Iowa State University Press, Ames.
Griffin, J. B. (1980), «The Mesoamerican-southeastern U. S. connection», *Early Man,* 2 (3), pp. 12-18.
Gruber, J. W. (1965), «Brixham Cave and the antiquity of man», en *Context and Meaning in Cultural Anthropology,* ed. por M. E. Spiro, Free Press, Nueva York, pp. 373-402.
Guest, E. (1883), *Origines Celticae (a Fragment),* Macmillan, Londres.
Guidi, A. (1988), *Storia della Paletnologia,* Editori Laterza, Roma.
Haast, J. von (1871), «Moas and moa hunters», *Transactions of the New Zealand Institute,* 4, pp. 66-107.
— (1874), «Researches and excavations carried out in and near the Moa-bone Point Cave, Sumner Road in the year 1874», *Transactions of the New Zealand Institute,* 7, pp. 54-85.
Haber, F. C. (1959), *The Age of the World: Moses to Darwin,* Johns Hopkins University Press, Baltimore.
Habermas, J. (1971), *Knowledge and Human Interests,* Beacon Press, Boston (hay trad. cast.: *Conocimiento e interés,* Taurus, Madrid, 1988).
— (1975), *Legitimation Crisis,* Beacon Press, Boston.
Hall, M. (1984), «The burden of tribalism: the social context of southern African Iron Age studies», *American Antiquity,* 49, pp. 455-467.
Hall, R. L. (1979), «In search of the ideology of the Adena-Hopewell climax», en *Ho-*

pewell Archaeology: The Chillicothe Conference, ed. por D. S. Brose y N. Greber, Kent State University Press, Kent, pp. 258-265.
Hall, R. N. (1909), *Prehistoric Rhodesia,* Unwin, Londres.
Hall, R. N., y W. G. Neal (1902), *The Ancient Ruins of Rhodesia,* Methuen, Londres.
Hallowell, A. I. (1960), «The beginnings of anthropology in America», en *Selected Papers from the American Anthropologist 1880-1920,* ed. por F. de Laguna, Row, Peterson and Company, Evanston, pp. 1-90.
Hamell, G. (1983), «Trading in metaphors: the magic of beads», en *Proceedings of the 1982 Glass Trade Bead Conference,* ed. por C. F. Hayes, Rochester Museum and Science Center, Research Records n.º 16, Rochester, III, pp. 5-28.
Hammond, N., ed. (1977), *Social Process in Maya Prehistory,* Academic Press, Nueva York.
— (1983), «Lords of the jungle: a prosopography of Maya archaeology», en *Civilization in the Ancient Americas,* ed. por R. M. Leventhal y A. L. Kolata, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 3-32.
Hampson, N. (1982), *The Enlightenment,* Penguin, Harmondsworth.
Hanbury-Tenison, J. (1986), «Hegel in prehistory», *Antiquity,* 60, pp. 108-114.
Hanke, L. (1959), *Aristotle and the American Indians,* Regnery, Chicago.
Harrington, M. R. (1924), *An Ancient Village Site of the Shinnecock Indians,* Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, n.º 22, 5.ª parte, Nueva York.
Harris, M. (1968), *The Rise of Anthropological Theory,* Crowell, Nueva York (hay trad. cast.: *El desarrollo de la teoría antropológica*, Siglo XXI, Madrid, 1987[6].)
— (1974), *Cows, Pigs, Wars and Witches,* Random House, Nueva York (hay trad. cast.: *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, Alianza, Madrid, 1990[12]).
— (1977), *Cannibals and Kings: The Origins of Cultures,* Random House, Nueva York (hay trad. cast.: *Caníbales y reyes*, Alianza, Madrid, 1990[4]).
— (1979), *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture,* Random House, Nueva York (hay trad. cast.: *El materialismo cultural*, Alianza, Madrid, 1987[3]).
— (1981), *America Now: The Anthropology of a Changing Culture,* Simon and Schuster, Nueva York.
Harrison, R. J. (1980), *The Beaker Folk: Copper Age Archaeology in Western Europe,* Thames and Hudson, Londres.
Hassig, R. (1985), *Trade, Tribute, and Transportation: The Sixteenth-Century Political Economy of the Valley of Mexico,* University of Oklahoma Press, Norman.
Haven, S. (1856), *Archaeology of the United States,* Smithsonian Contributions to Knowledge, Washington, n.º 8 (2).
— (1864), «Report of the librarian», *Proceedings of the American Antiquarian Society,* abril, pp. 30-52.
Haverfield, F. J. (1912), *The Romanization of Roman Britain,* 2.ª ed., Oxford University Press, Oxford.
Hawkes, C. F. (1954), «Archeological theory and method: some suggestions from the Old World», *American Anthropologist,* 56, pp. 155-168.
Hawkes, J., ed. (1963), *The World of the Past,* Knopf, Nueva York, 2 vols.
— (1968), «The proper study of mankind», *Antiquity,* 42, pp. 255-262.
— (1982), *Mortimer Wheeler: Adventurer in Archaeology,* Weidenfeld and Nicolson, Londres.
Hayden B., ed. (1979), *Lithic Use-Wear Analysis,* Academic Press, Nueva York.

Hayden, B., y A. Cannon (1984), *The Structure of Material Systems: Ethnoarchaeology in the Maya Highlands,* Society for American Archaeology, Paper n.º 3, Washington.

Heizer, R. F., ed. (1959), *The Archaeologist at Work: A Source Book in Archaeological Method and Interpretation,* Harper and Row, Nueva York.

—, ed. (1962a), *Man's Discovery of his Past: Literary Landmarks in Archaeology,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

— (1962b), «The background of Thomsen's Three-Age system», *Technology and Culture,* 3, pp. 259-266.

Hellmich, M. (1923), *Die Beseidlung Schlesiens in vor- und frühgeschichtlicher Zeit,* Preuss und Jünger, Breslau.

Hempel, C. G. (1962), «Deductive-nomological vs. statistical explanation», en *Scientific Explanation, Space, and Time,* ed. por H. Feigl and G. Maxwell, University of Minnesota Press, Minneapolis, pp. 98-169.

— (1965), *Aspects of Scientific Explanation,* Free Press, Nueva York.

— (1966), *Philosophy of Natural Science,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

Hesse, M. B. (1974), *The Structure of Scientific Inference,* Macmillan, Nueva York.

Hewett, E. L. (1906), *Antiquities of the Jemez Plateau, New Mexico,* Bureau of American Ethnology, Bulletin n.º 32, Washington,

Hexter, J. H. (1979), *On Historians,* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Heyden, D. (1981), «Caves, gods, and myths: world-view and planning in Teotihuacan», en *Mesoamerican Sites and World-Views,* ed. por E. P. Benson, Dumbarton Oaks, Washington, pp. 1-39.

Higgs, E. S., ed. (1972), *Papers in Economic Prehistory,* Cambridge University Press, Cambridge.

— ed. (1975), *Palaeoeconomy,* Cambridge University Press, Cambridge.

Hill, J. N. (1970), *Broken K Pueblo: Prehistoric Social Organization in the American Southwest,* University of Arizona Press, Tucson.

Hindess, B., y P. Q. Hirst (1975), *Pre-Capitalist Modes of Production,* Routledge & Kegan Paul, Londres.

Hinsley, C. M., Jr. (1981), *Savages and Scientists: The Smithsonian Institution and the Development of American Anthropology 1846-1910,* Smithsonian Institution Press, Washington.

— (1985), «From shell-heaps to stelae: early anthropology at the Peabody Museum», en *Objects and Others: Essays on Museums and Material Culture* (History of Anthropology, 3), ed. por G. W. Stocking Jr., University of Wisconsin Press, Madison, pp. 49-74.

Hobsbawm, E., ed. (1964), *Karl Marx, Pre-Capitalist Economic Formations,* Lawrence and Wishart, Londres.

Hodder, I., ed. (1978), *Simulation Studies in Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge.

— (1981), «Society, economy and culture: an ethnographic case study amongst the Lozi», en *Pattern of the Past: Studies in Honour of David Clarke,* ed. por I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 67-95.

— (1982a), *The Present Past: An Introduction to Anthropology for Archaeologists,* Batsford, Londres.

— (1982b), *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture,* Cambridge University Press, Cambridge.

—, ed. (1982c), *Symbolic and Structural Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1982d), «Sequences of structural change in the Dutch Neolithic», en I. Hodder (1982c), pp. 162-177.
— (1984a), «Burials, houses, women and men in the European Neolithic», en D. Miller y C. Tilley, pp. 51-68.
— (1984b), «Archaeology in 1984», *Antiquity,* 58, pp. 25-32.
— (1985), «Postprocessual archaeology», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 8, pp. 1-26.
— (1986), *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge (hay trad. cast.: *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales,* Crítica, Barcelona, 1988).
—, ed. (1987), *Archaeology as Long-term History,* Cambridge University Press, Cambridge.
Hodder, I., y C. Orton (1976), *Spatial Analysis in Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge (hay trad. cast.: *Análisis espacial en arqueología,* Crítica, Barcelona, 1990).
Hodgen, M. T. (1964), *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries,* University of Pennsylvania Press, Filadelfia.
Hodson, F. R., D. G. Kendall y P. Tăutu, eds. (1971), *Mathematics in the Archaeological and Historical Sciences,* Edinburgh University Press, Edimburgo.
Hoebel, E. A. (1949), *Man in the Primitive World,* McGraw-Hill, Nueva York.
Hoffman, M. A. (1974), «The rise of antiquarianism in Japan and Western Europe», *Arctic Anthropology* II, Suplemento, pp. 182-188.
Hogarth, A. C. (1972), «Common sense in archaeology», *Antiquity,* 46, pp. 301-304.
Hogarth, D. G., ed. (1899), *Authority and Archaeology, Sacred and Profane,* John Murray, Londres.
Hole, F., y R. F. Heizer (1969), *An Introduction to Prehistoric Archaeology,* 2.ª ed., Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.
Holmes, W. H. (1903), «Aboriginal pottery of the eastern United States», *Bureau of American Ethnology, Annual Report,* 20, pp. 1-237, Washington.
— (1914), «Areas of American culture characterization tentatively outlined as an aid in the study of the antiquities», *American Anthropologist,* 16, pp. 413-446.
Honigmann, J. J. (1976), *The Development of Anthropological Ideas,* Dorsey, Homewood.
Hood, D. (1964), *Davidson Black: A Biography,* University of Toronto Press, Toronto.
Hooton, E. A. (1938), *Apes, Men, and Morons,* Allen and Unwin, Londres.
Horsman, R. (1975), «Scientific racism and the American Indian in the mid-nineteenth century», *American Quarterly,* 27, pp. 152-168.
— (1981), *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism,* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
Howe, J. E. (1976), «Pre-agricultural society in Soviet theory and method», *Arctic Anthropology,* 13, pp. 84-115.
— (1980), *The Soviet Theories of Primitive History: Forty Years of Speculation on the Origins and Evolution of People and Society,* tesis doctoral, University of Washington, Seattle.
Hudson, K. (1981), *A Social History of Archaeology: The British Experience,* Macmillan, Londres.

Hunt, E. (1972), «Irrigation and the socio-political organization of Cuicatec cacicazgos», en *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 4: *Chronology and Irrigation,* ed. por F. Johnson, University of Texas Press, Austin, pp. 162-259.

Hunter, M. (1975), *John Aubrey and the Realm of Learning,* Duckworth, Londres.

Huntington, R., y P. Metcalf (1979), *Celebrations of Death,* Cambridge University Press, Cambridge.

Hutchinson, H. G. (1914), *Life of Sir John Lubbock, Lord Avebury,* Macmillan, Londres, 2 vols.

Huxley, T. H. (1896), *Man's Place in Nature and Other Anthropological Essays,* Appleton and Company, Nueva York.

Ihering, H. von (1895), «A civilisacão prehistorica do Brasil meridional», *Revista do Museu Paulista*, 1, pp. 34-159.

Ikawa-Smith, F. (1982), «Co-traditions in Japanese archaeology», *World Archaeology,* 13, pp. 296-309.

Ingersoll, D., J. Yellen y W. Macdonald, eds. (1977), *Experimental Archaeology,* Columbia University Press, Nueva York.

Irvine, W. (1955), *Apes, Angels, and Victorians,* McGraw-Hill, Nueva York.

Isaac, G. L. (1984), «The archaeology of human origines: studies of the Lower Pleistocene in East Africa 1971-1981», en *Advances in World Archaeology,* ed. por F. Wendorf y A. Close, Academic Press, Nueva York, pp. 1-87.

Isaac, R. (1982), *The Transformation of Virginia, 1740-1790,* University of North Carolina Press, Chapel Hill.

Isaacs, J., ed. (1980), *Australian Dreaming: 40,000 Years of Aboriginal History,* Lansdow Press, Sidney.

Jacobson, J. (1979), «Recent developments in South Asian prehistory and protohistory», *Annual Review of Anthropology,* 8, pp. 467-502.

Jaenen, C. (1976), *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries,* McClelland and Stewart, Toronto.

Jairazbhoy, R. A. (1974, 1976), *The Old World Origins of American Civilization,* Rowman and Littlefield, Totowa, 2 vols.

Jarman, M. R., G. N. Bailey y H. N. Jarman, eds. (1982), *Early European Agriculture: Its Foundations and Development,* Cambridge University Press, Cambridge.

Jennings, J. D., ed. (1979), *The Prehistory of Polynesia,* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Jochim, M. A. (1976), *Hunter-Gatherer Subsistence and Settlement: A Predictive Model,* Academic Press, Nueva York.

Johnson, G. A. (1978), «Information sources and the development of decision-making organizations», en *Social Archeology,* ed. por C. L. Redman *et al.,* Academic Press, Nueva York, pp. 87-112.

— (1981), «Monitoring complex system integration and boundary phenomena with settlement size data», en *Archaeological Approaches to the Study of Complexity,* ed. por S. E. van der Leeuw, Van Giffen Institute, Amsterdam, pp. 143-188.

Johnson, S. (1970), *Johnson's Journey to the Western Islands of Scotland,* ed. por R. W. Chapman, Oxford University Press, Oxford.

Jones, H. M. (1964), *O Strange New World: American Culture, The Formative Years,* Viking Press, Nueva York.

Jones, R. (1979), «The fifth continent: problems concerning the human colonization of Australia», *Annual Review of Anthropology,* 8, pp. 445-466.

Kaiser, W. (1957), «Zur inneren Chronologie der Naqadakultur», *Archaeologia Geographica,* 6, pp. 69-77.

Kamenetsky, I. S., B. I. Marshak y Ya. A. Sher (1975), *Analiz Arkheologicheskikh Istochnikov,* Nauka, Leningrado.

Kaplan, A. (1964), *The Conduct of Inquiry,* Chandler, San Francisco.

Keen, B. (1971), *The Aztec Image in Western Thought,* Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey.

Kelley, J. H., y M. P. Hanen (1988), *Archaeology and the Methodology of Science,* University of New Mexico Press, Albuquerque.

Kendall, D. G. (1969), «Some problems and methods in statistical archaeology», *World Archaeology,* 1, pp. 68-76.

— (1971), «Seriation from abundance matrices», en F. R. Hodson, D. G. Kendall y P. Tăutu, pp. 215-252.

Kendrick, T. D. (1950), *British Antiquity,* Methuen, Londres.

Kennedy, B. (1981), *Marriage Patterns in an Archaic Population: A Study of Skeletal Remains from Port au Choix, Newfoundland,* Archaeological Survey of Canada, Mercury Series, n.º 104, Ottawa.

Kent, S. (1984), *Analyzing Activity Areas: An Ethnoarchaeological Study of the Use of Space,* University of New Mexico Press, Albuquerque.

Kenyon, J. P. (1983), *The History of Men,* Weidenfeld and Nicolson, Londres.

Keur, D. L. (1941), *Big Bead Mesa. Memoir* (Menasha, Wisconsin, Society for American Archaeology), 1.

Kidder, A. V. (1924), *An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology,* Papers of the Southwestern Expedition, Phillips Academy, n.º 1, New Haven.

— (1935), *Year Book,* n.º 34, Carnegie Foundation, Washington.

— (1962), *An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology, with an Introduction, «Southwestern Archaeology Today», by Irving Rouse,* Yale University Press, New Haven.

Killan, G. (1983), *David Boyle: From Artisan to Archaeologist,* University of Toronto Press, Toronto.

Kitchen, K. A. (1982), *Pharaoh Triumphant: The Life and Times of Ramesses II,* Benben Publications, Mississauga.

Ki-Zerbo, J., ed. (1981), *General History of Africa,* vol. I, *Methodology and African Prehistory,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.

Klein, R. G. (1966), «Chellean and Acheulean on the territory of the Soviet Union: a critical review of the evidence as presented in the literature», *American Anthropologist,* 68 (2), 2.ª parte, pp. 1-45.

Kleindienst, M. R., y P. J. Watson (1956), «"Action archaeology": the archaeological inventory of a living community», *Anthropology Tomorrow,* 5, pp. 75-78.

Klejn, L. S. (1969), «Characteristic methods in the current critique of Marxism in archeology», *Soviet Anthropology and Archeology,* 7 (4), pp. 41-53.

— (1970), «Archaeology in Britain: a Marxist view», *Antiquity,* 44, pp. 296-303.

— (1973a), «Marxism, the systemic approach, and archaeology», en Renfrew (1973b), pp. 691-710.

— (1973b), «On major aspects of the interrelationship of archaeology and ethnology», *Current Anthropology,* 14, pp. 311-320.

— (1974), «Kossinna im Abstand von vierzig Jahren», *Jahresschrift für mitteldeutsche Vorgeschichte,* 58, pp. 7-55.

— (1977), «A panorama of theoretical archaeology», *Current Anthropology,* 18, pp. 1-42.
— (1982), *Archaeological Typology,* BAR, International Series, n.º 153, Oxford.
Klemm, G. F. (1843-1852), *Allgemeine Cultur-Geschichte der Menschheit,* Teubner, Leipzig, 10 vols.
— (1854-1855), *Allgemeine Kulturwissenschaft,* J. A. Romberg, Leipzig.
Klindt-Jensen, O. (1975), *A History of Scandinavian Archaeology,* Thames and Hudson, Londres.
— (1976), «The influence of ethnography on early Scandinavian archaeology», en J. V. S. Megaw, pp. 43-48.
Kluckhohn, C. (1940), «The conceptual structure in Middle American studies», en *The Maya and their Neighbors,* ed. por C. L. Hay *et al.,* Appleton-Century, Nueva York, pp. 41-51.
Kohl, P. L. (1978), «The balance of trade in southwestern Asia in the mid-third millennium B. C.», *Current Anthropology,* 19, pp. 463-492.
— (1979), «The "world economy" of West Asia in the third millennium B. C.», en *South Asian Archaeology 1977,* ed. por M. Taddei, Istituto Universitario Orientale, Seminario di Studi Asiatici, Nápoles, vol. 1, pp. 55-85.
— (1981a), *The Bronze Age Civilization of Central Asia: Recent Soviet Discoveries,* Armonk, Sharpe, Nueva York.
— (1981b), «Materialist approaches in prehistory», *Annual Review of Anthropology,* 10, pp. 89-118.
— (1984), «Force, history and the evolutionist paradigm», en M. Spriggs, pp. 127-134.
— (1987), «The ancient economy, transferable technologies, and the Bronze Age world system: a view from the northwestern frontier of the ancient Near East», en *Centre and Periphery in the Ancient World,* ed. por M. J. Rowlands y M. T. Larsen, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 13-24.
Kohn, H. (1960), *The Mind of Germany,* Scribner's, Nueva York.
Kolakowski, L. (1976), *La Philosophie positiviste,* Denoël, París (hay trad. cast.: *La filosofía positivista*, Cátedra, Madrid, 1988[3]).
— (1978a), *Main Currents of Marxism,* vol. 1: *The Founders,* Oxford University Press, Oxford.
— (1978b), *Main Currents of Marxism,* vol. 2: *The Golden Age,* Oxford University Press, Oxford.
— (1978c), *Main Currents of Marxism,* vol. 3: *The Breakdown,* Oxford University Press, Oxford (hay trad. cast. de los 3 vols.: *Las principales corrientes del marxismo,* Alianza, Madrid, 1985).
Kossinna, G. (1911), *Die Herkunft der Germanen,* Kabitzsch, Leipzig.
Kramer, C., ed. (1979), *Ethnoarchaeology: Implications of Ethnography for Archaeology,* Columbia University Press, Nueva York.
— (1982), *Village Ethnoarchaeology: Rural Iran in Archaeological Perspective,* Academic Press, Nueva York.
Kristiansen, K. (1981), «A social history of Danish archaeology (1805-1975)», en G. Daniel (1981b), pp. 20-44.
— (1984), «Ideology and material culture: an archaeological perspective», en M. Spriggs, pp. 72-100.
— (1985), «A short history of Danish archaeology: an analytical perspective», en *Archaeological Formation Processes,* ed. por K. Kristiansen, Nationalmusset, Copenhague, pp. 12-34.

Kroeber, A. L. (1909), «The archaeology of California», en *Putnam Anniversary Volume: Anthropological Essays Presented to Frederic W. Putnam in Honor of his 70th Birthday,* ed. por F. Boas *et al.,* G. E. Stechert, Nueva York, pp. 1-42.
— (1916), «Zuñi potsherds», *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* (Nueva York), 18 (1), pp. 7-37.
— (1952), *The Nature of Culture,* University of Chicago Press, Chicago.
Kroeber, A. L., y C. Kluckhohn (1952), *Culture - A Critical Review of Concepts and Definitions,* Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, n.º 47, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
Kroker, A. (1984), *Technology and the Canadian Mind: Innis/McLuhan/Grant,* New World Perspectives, Montreal.
Kruglov, A. P., y G. V. Podgayetsky (1935), *Rodovoe Obshchestvo Stepei Vostochnoi Evropy,* Izvestiia GAIMK, n.º 119, Leningrado.
Kubler, G. (1962), *The Shape of Time: Remarks on the History of Things,* Yale University Press, New Haven.
Kuhn, T. S. (1962), *The Structure of Scienctific Revolutions,* University of Chicago Press, Chicago.
— (1970), *The Structure of Scientific Revolutions,* 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago (hay trad. cast.: *La estructura de las resoluciones científicas*, FCE, Madrid, 1990[14]).
Kupperman, K. O. (1980), *Settling with the Indians: The Meeting of English and Indian Cultures in America, 1580-1640,* Rowman and Littlefield, Totowa, Nueva Jersey.
Kus, S. (1984), «The spirit and its burden: archaeology and symbolic activity», en M. Spriggs, pp. 101-107.
Lal, M. (1984), *Settlement History and Rise of Civilization in Ganga-Yamuna Doab,* B. R. Publishing, Delhi.
Lamberg-Karlovsky, C. C. (1975), «Third millennium modes of exchange and modes of production», en *Ancient Civilization and Trade,* ed. por J. A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 341-368.
— (1981), «Afterword», en Kohl (1981a), pp. 386-397.
— (1985a), «The longue durée of the ancient Near East», en *De l'Indus aux Balkans, Recueil Jean Deshayes,* ed. por J.-L. Huot, M. Yon y Y. Calvet, Éditions Recherche sur les civilisations, París, pp. 55-72.
— (1985b), «The Near Eastern "breakout" and the Mesopotamian social contract», *Symbols,* primavera, pp. 8-11 y 23-24.
Laming-Emperaire, A. (1962), *La Signification de l'art rupestre paléolithique,* Picard, París.
— (1964), *Origines de l'archéologie préhistorique en France des superstitions médiévales à la découverte de l'homme fossile,* Picard, París (hay trad. cast.: *La arqueología prehistórica*, Martínez Roca, Barcelona, 1983).
Langford, R. F. (1983), «Our heritage — your playground», *Australian Archaeology,* 16, pp. 1-6.
Larsen, C. S., ed. (1985), *The Antiquity and Origin of Native North Americans,* Garland, Nueva York.
Larson, P. A., Jr. (1979), «Archaeology and science: surviving the preparadigmatic crisis», *Current Anthropology,* 20, pp. 230-231.
Laszlo, E. (1972a), *Introduction to Systems Philosophy,* Gordon and Breach, Nueva York (hay trad. cast.: *Hacia una filosofía de sistemas*, Universidad de Valencia, 1981).

— ,ed. (1972b), *The Relevance of General Systems Theory,* Braziller, Nueva York.
— (1972c), *The Systems View of the World,* Braziller, Nueva York.
Laufer, B. (1913), «Remarks», *American Anthropologist,* 15, pp. 573-577.
Leach, E. R. (1973), «Concluding address», en C. Renfrew (1973b), pp. 761-771.
Leakey, L. S. B. (1931), *The Stone Age Cultures of Kenya Colony,* Cambridge University Press, Cambridge.
Leakey, M. (1984), *Disclosing the Past,* Doubleday, Nueva York.
Lee, R. B., e I. DeVore, eds. (1968), *Man the Hunter,* Aldine, Chicago.
Leone, M. P., ed. (1972), *Contemporary Archaeology,* Southern Illinois University Press, Carbondale.
— (1975), «Views of traditional archaeology», *Reviews in Anthropology,* 2, pp. 191-199.
— (1982), «Some opinions about recovering mind», *American Antiquity,* 47, pp. 742-760.
— (1984), «Interpreting ideology in historical archaeology: using the rules of perspective in the William Paca Garden in Annapolis, Maryland», en D. Miller y C. Tilley, pp. 25-35.
— (1986), «Symbolic, structural and critical archaeology», en D. J. Meltzer *et al.,* pp. 415-438.
Leone, M. P., P. B. Potter, Jr., y P. A. Shackel (1987), «Toward a critical archaeology», *Current Anthropology,* 28, pp. 283-302.
Leppmann, W. (1968), *Pompeii in Fact and Fiction,* Elek, Londres.
— (1970), *Winckelmann,* Knopf, Nueva York.
Lepsius, C. R. (1880), *Nubische Grammatik, mit einer Einleitung über die Völker und Sprachen Afrika's,* Hertz, Berlín.
Leroi-Gourhan, A. (1968), *The Art of Prehistoric Man in Western Europe,* Thames and Hudson, Londres.
Levi, P. (1979), *Pausanias: Guide to Greece,* Penguin, Harmondsworth, 2 vols.
Levine, P. (1986), *The Amateur and the Professional: Antiquarians, Historians and Archaeologists in Victorian England, 1838-1886,* Cambridge University Press, Cambridge.
Levitt, J. (1979), «A review of experimental traceological research in the USSR», en B. Hayden, pp. 27-38.
Lewis, T. M. N., y M. Kneberg (1941), *The Prehistory of Chickamauga Basin in Tennessee,* Tennessee Anthropology Papers, n.° 1, Knoxville.
Li, Chi (1977), *Anyang,* University of Washington Press, Seattle.
Libby, W. F. (1955), *Radiocarbon Dating,* 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago (hay trad. cast.: *Datación radiocarbónica*, Labor, Barcelona, 1970).
Linton, R. (1944), «North American cooking pots», *American Antiquity,* 9, pp. 369-380.
Long, E. (1774), *The History of Jamaica,* T. Lowndes, Londres, 3 vols.
Longacre, W. A. (1970), *Archaeology as Anthropology: A Case Study,* University of Arizona Press, Tucson.
Lord, B. (1974), *The History of Painting in Canada: Toward a People's Art,* N.C. Press, Toronto.
Lorenzo, J. L. (1981), «Archaeology south of the Rio Grande», *World Archaeology,* 13, pp. 190-208.
— (1984), «Mexico», en H. Cleere, pp. 89-100.
Lowenthal, D. (1985), *The Past is a Foreign Country,* Cambridge University Press, Cambridge.
Lowther, G. R. (1962), «Epistemology and archaeological theory», *Current Anthropology,* 3, pp. 495-509.

Lubbock, John [lord Avebury] (1865), *Pre-historic Times, as Illustrated by Ancient Remains, and the Manners and Customs of Modern Savages,* Williams and Norgate, Londres.

— (1869), *Pre-historic Times,* 2.ª ed., Williams and Norgate, Londres.

— (1870), *The Origin of Civilisation and the Primitive Condition of Man,* Longmans, Green, Londres (hay trad. cast.: *Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre*, Altafulla, Barcelona, 1987).

Lyell, C. (1863), *The Geological Evidences of the Antiquity of Man, with Remarks on Theories of the Origin of Species by Variation,* John Murray, Londres.

Lynch, B. D., y T. F. Lynch (1968), «The beginnings of a scientific approach to prehistoric archaeology in 17th and 18th century Britain», *Southwestern Journal of Anthropology,* 24, pp. 33-65.

Lloyd, S. H. (1947), *Foundations in the Dust: A Story of Mesopotamian Exploration,* Oxford University Press, Oxford (2.ª ed.: Thames and Hudson, Londres, 1981).

McBryde, I. (1986), «Australia's once and future archaeology», *Archaeology in Oceania,* 21, pp. 13-28.

McCall, D. F. (1964), *Africa in Time-Perspective,* Boston University Press, Boston.

McCall, G., ed. (1982), *Anthropology in Australia: Essays to Honour 50 Years of «Mankind»,* The Anthropological Society of New South Wales, Sidney.

McCarthy, F. D. (1959), «Methods and scope of Australian archaeology», *Mankind,* 5, pp. 297-316.

McClelland, P. D. (1975), *Causal Explanation and Model Building in History, Economics, and the New Economic History,* Cornell University Press, Ithaca.

MacGaffey, W. (1966), «Concepts of race in the historiography of northeast Africa», *Journal of African History,* 7, pp. 1-17.

McGuire, J. D. (1899), «Pipes and smoking customs of the American aborigines, based on material in the U. S. National Museum», *United States National Museum, Annual Report, 1897,* 1.ª parte, Washington, pp. 351-645.

McGuire, R. H. (1983), «Breaking down cultural complexity: inequality and heterogeneity», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 6, pp. 91-142.

McKay, A. G. (1976), «Archaeology and the creative imagination», en *Symposium on New Perspectives in Canadian Archaeology,* ed. por A. G. McKay, Royal Society of Canada, Symposium 15, Ottawa, pp. 227-234.

MacKendrick, P. (1960), *The Mute Stones Speak: The Story of Archaeology in Italy,* St. Martin's Press, Nueva York.

McKern, W. C. (1937), «An hypothesis for the Asiatic origin of the Woodland culture pattern», *American Antiquity,* 3, pp. 138-143.

— (1939), «The Midwestern Taxonomic Method as an aid to archaeological culture study», *American Antiquity,* 4, pp. 301-313.

McKusick, M. (1970), *The Davenport Conspiracy,* University of Iowa, Iowa City.

McLennan, J. F. (1865), *Primitive Marriage,* Adam and Charles Black, Edimburgo.

McNairn, B. (1980), *Method and Theory of V. Gordon Childe,* Edinburgh University Press, Edimburgo.

McNeill, W. H. (1986), *Mythistory and Other Essays,* University of Chicago Press, Chicago.

MacNeish, R. S. (1952), *Iroquois Pottery Types: A Technique for the Study of Iroquois Prehistory,* National Museum of Canada, Bulletin n.º 124, Ottawa.

— (1974), «Reflections on my search for the beginnings of agriculture in Mexico», en G. R. Willey (1974a), pp. 205-234.
— (1978), *The Science of Archaeology?,* Duxbury Press, North Scituate, Massachusetts.
MacWhite, E. (1956), «On the interpretation of archaeological evidence in historical and sociological terms», *American Anthropologist,* 58, pp. 3-25.
Malinowski, B. (1922), *Argonauts of the Western Pacific,* E. P. Dutton, Nueva York.
Mallows, W. (1985), *The Mystery of the Great Zimbabwe,* Robert Hale, Londres.
Mandelbaum, M. H. (1977), *The Anatomy of Historical Knowledge,* Johns Hopkins University Press, Baltimore.
Marcus, J. (1983a), «A synthesis of the cultural evolution of the Zapotec and Mixtec», en *The Cloud People,* ed. por K. V. Flannery y J. Marcus, Academic Press, Nueva York, pp. 355-360.
— (1983b), «Lowland Maya archaeology at the crossroads», *American Antiquity,* 48, pp. 454-488.
Marcuse, H. (1964), *One Dimensional Man,* Routledge & Kegan Paul, Londres (hay trad. cast.: *El hombre unidimensional,* Ariel, Barcelona, 1990[3]).
Marsden, B. M. (1974), *The Early Barrow-Diggers,* Noyes Press, Park Ridge.
— (1984), *Pioneers of Prehistory: Leaders and Landmarks in English Archaeology (1500-1900),* Hesketh, Ormskirk.
Marshack, A. (1972), *The Roots of Civilization,* McGraw-Hill, Nueva York.
Martin, P. S. (1971), «The revolution in archaeology», *American Antiquity,* 36, pp. 1-8.
Martin, P. S., C. Lloyd y A. Spoehr (1938), «Archaeological work in the Ackmen-Lowry area, southwestern Colorado, 1937», *Field Museum of Natural History, Anthropological Series,* 23, Chicago, pp. 217-304.
Martin, P. S. y F. Plog (1973), *The Archaeology of Arizona,* Natural History Press, Garden City.
Martin, P. S., G. I. Quimby y D. Collier (1947), *Indians Before Columbus,* University of Chicago Press, Chicago.
Martin, P. S., y J. Rinaldo (1939), «Modified Basket Maker sites. Ackmen-Lowry area, southwestern Colorado, 1938», *Field Museum of Natural History, Anthropological Series,* 23, Chicago, pp. 305-499.
Martin, R. (1977), *Historical Explanation: Re-enactment and Practical Inference,* Cornell University Press, Ithaca.
Marx, K. (1906), *Capital: A Critique of Political Economy,* The Modern Library, Random House, Nueva York (hay trad. cast.: *El capital,* Crítica, Barcelona, 1980).
Marx, K., y F. Engels (1957), *On Religion,* Progress Publishers, Moscú (hay trad. cast.: *Sobre la religión,* Sígueme, Valladolid, 1979[2]).
— (1962), *Selected Works in Two Volumes,* Foreign Languages Publishing House, Moscú.
Mason, O. T. (1895), *The Origins of Invention,* Scribner, Nueva York.
— (1896), «Influence on environment upon human industries or arts», *Annual Report of the Smithsonian Institution for 1895,* Washington, pp. 639-665.
Masry, A. H. (1981), «Traditions of archaeological research in the Near East», *World Archaeology,* 13, pp. 222-239.
Masterman, M. (1970), «The nature of a paradigm», en *Criticism and the Growth of Knowledge,* ed. por I. Lakatos y A. Musgrave, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 59-89.
Matos Moctezuma, E. (1984), «The templo mayor of Tenochtitlan: economics and ideo-

logy», en *Ritual Human Sacrifice in Mesoamerica,* ed. por E. H. Boone, Dumbarton Oaks, Washington, pp. 133-164.

Meacham, W. (1977), «Continuity and local evolution in the Neolithic of South China: a non-nuclear approach», *Current Anthropology,* 18, pp. 419-440.

Meehan, E. J. (1968), *Explanation in Social Science. A System Paradigm,* Dorsey Press, Homewood.

Megaw, J. V. S. (1966), «Australian archaeology: how far have we progressed?», *Mankind,* 6, pp. 306-312.

—, ed. (1976), *To Illustrate the Monuments: Essays on Archaeology Presented to Stuart Piggott,* Thames and Hudson, Londres.

Meggers, B. J. (1955), «The coming of age of American archeology», en *New Interpretations on Aboriginal American Culture History,* ed. por M. T. Newman, Washington, Anthropological Society of Washington, pp. 116-129.

— (1960), «The law of cultural evolution as a practical research tool», en *Essays in the Science of Culture,* ed. por G. E. Dole y R. L. Carneiro, Crowell, Nueva York, pp. 302-316.

Meighan, C. W. (1984), «Archaeology: science or sacrilege?», en E. L. Green, pp. 208-223.

Meillassoux, C. (1981), *Maidens, Meal and Money: Capitalism and the Domestic Economy,* Cambridge University Press, Cambridge (hay trad. cast.: *Mujeres, graneros y capitales,* trad. por Martí Soler, Siglo XXI, México, 1985[7]).

Meinander, C. F. (1981), «The concept of culture in European archaeological literature», en G. Daniel (1981b), pp. 100-111.

Meltzer, D. J. (1979), «Paradigms and the nature of change in American archaeology», *American Antiquity,* 44, pp. 644-657.

— (1983), «The antiquity of man and the development of American archaeology», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 6, pp. 1-51.

Meltzer, D. J., D. D. Fowler y J. A. Sabloff, eds. (1986), *American Archaeology Past and Future: A Celebration of the Society for American Archaeology 1935-1985,* Smithsonian Institution Press, Washington.

Meyer, E. (1884-1902), *Geschichte des Alterthums,* J. G. Cotta, Stuttgart, 5 vols.

Michael, H. N., ed. (1962), *Studies in Siberian Ethnogenesis,* University of Toronto Press, Toronto.

— (1964), *The Archaeology and Geomorphology of Northern Asia: Selected Works,* University of Toronto Press, Toronto.

Miller, D. (1980), «Archaeology and development», *Current Anthropology,* 21, pp. 709-726.

— (1984), «Modernism and suburbia as material ideology», en D. Miller y C. Tilley, pp. 37-49.

Miller, D., y C. Tilley, eds. (1984), *Ideology, Power and Prehistory,* Cambridge University Press, Cambridge.

Miller, M. O. (1956), *Archaeology in the U.S.S.R.,* Atlantic Press, Londres.

Millon, R., R. B. Drewitt y G. L. Cowgill (1973), *Urbanization at Teotihuacan, Mexico,* vol. 1: *The Teotihuacan Map,* University of Texas Press, Austin.

Mills, W. C. (1902), «Excavations of the Adena mound», *Ohio Archaeological and Historical Quarterly,* 10, pp. 452-479.

Moberg, C.-A. (1981), «From artefacts to timetables to maps (to mankind?): regional traditions in archaeological research in Scandinavia», *World Archaeology,* 13, pp. 209-221.

Molto, J. E. (1983), *Biological Relationships of Southern Ontario Woodland Peoples: The Evidence of Discontinuous Cranial Morphology,* Archaeological Survey of Canada, Mercury Series, n.º 117, Ottawa.

Mongait, A. L. (1959), *Archaeology in the U.S.S.R.,* Foreign Languages Publishing House, Moscú.

— (1961), *Archaeology in the USSR,* trad. por M. W. Thompson, Penguin, Harmondsworth.

Monks, G. G. (1981), «Seasonality studies», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 4, pp. 177-240.

Montané, J. C. (1980), *Marxismo y Arqueología,* Ediciones de Cultura Popular, México.

Montelius, O. (1899), *Der Orient und Europa,* Königl. Akademie der schönen Wissenschaften, Geschichte und Alterthumskunde, Estocolmo.

— (1903), *Die typologische Methode: Die älteren Kulturperioden in Orient und in Europa,* Selbstverlag, Estocolmo, vol. 1.

Moore, C. B. (1892), «Certain shell heaps of the St. John's River, Florida, hitherto unexplored», *American Naturalist,* 26, pp. 912-922.

Moore, J. A., y A. S. Keene (1983), *Archaeological Hammers and Theories,* Academic Press, Nueva York.

Moorehead, W. K. (1909), «A study of primitive culture in Ohio», en *Putnam Anniversary Volume: Anthropological Essays Presented to Frederic W. Putnam in Honor of his 70th Birthday,* ed. por F. Boas *et al.,* Stechert, Nueva York, pp. 137-150.

— (1910), *The Stone Age in North America,* Houghton Mifflin, Boston, 2 vols.

Moret, A., y G. Davy (1926), *From Tribe to Empire: Social Organization among Primitives and in the Ancient East,* Kegan Paul, Londres.

Morgan C. G. (1973), «Archaeology and explanation», *World Archaeology,* 4, pp. 259-276.

— (1978), Comentario del artículo de D. W. Read y S. A. LeBlanc «Descriptive statements, covering laws, and theories in archaeology», *Current Anthropology,* 19, pp. 325-326.

Morgan, L. H. (1876), «Montezuma's dinner», *North American Review,* 122, pp. 256-308.

— (1877), *Ancient Society,* Holt, Nueva York (hay trad. cast.: *La sociedad primitiva,* Endymion, Madrid, 1987).

Morlot, A. (1861), «General views on archaeology», *Annual Report of the Smithsonian Institution for 1860,* Washington, pp. 284-343.

Morris, C., y D. E. Thompson (1985), *Huánuco Pampa: An Inca City and its Hinterland,* Thames and Hudson, Londres.

Mortillet, G. de (1897), *Formation de la nation française,* Alcan, París.

Morton, S. G. (1839), *Crania Americana,* Dobson, Filadelfia.

— (1844), *Crania Aegyptiaca,* Penington, Filadelfia.

Much, M. (1907), *Die Trugspiegelung orientalischer Kultur in den vorgeschichtlichen Zeitaltern nord- und mittel-Europas,* Costenoble, Jena.

Mufuka, K. (1983), *Dzimbahwe Life and Politics in the Golden Age, 1100-1500 A.D.,* Harare Publishing House, Harare.

Mulvaney, D. J. (1969), *The Prehistory of Australia,* Thames and Hudson, Londres.

— (1981), «Gum leaves on the Golden Bough: Australia's Palaeolithic survivals discovered», en J. Evans *et al.* pp. 52-64.

Mulvaney, D. J., y J. P. White, eds. (1987), *Australians to 1788,* Fairfax, Syme and Weldon, Broadway, Nueva Gales del Sur.

Murdock, G. P. (1949), *Social Structure,* Macmillan, Nueva York.
— (1959a), *Africa, Its Peoples and their Culture History,* McGraw-Hill, Nueva York.
— (1959b), «Evolution in social organization», en *Evolution and Anthropology: A Centennial Appraisal,* ed. por B. Meggers, Anthropological Society of Washington, Washington, pp. 126-143.
Murdock, G. P., C. S. Ford, A. E. Hudson, R. Kennedy, L. W. Simmons y J. H. Whiting (1938), *Outline of Cultural Materials,* Institute of Human Relations, New Haven.
Murray, P. (1980), «Discard location: the ethnographic data», *American Antiquity,* 45, pp. 490-502.
Murray, T., y J. P. White (1981), «Cambridge in the bush? Archaeology in Australia and New Guinea», *World Archaeology,* 13, pp. 255-263.
Myres, J. L. (1911), *The Dawn of History,* Williams and Norgate, Londres.
— (1923a), «Primitive man, in geological time», en *Cambridge Ancient History,* vol. 1, ed. por J. B. Bury, S. A. Cook y F. E. Adcock, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-56.
— (1923b), «Neolithic and Bronze Age cultures», *ibid.,* pp. 57-111.
Nagel, E. (1961), *The Structure of Science: Problems in the Logic of Scientific Explanation,* Harcourt, Brace and World, Nueva York (hay trad. cast.: *La estructura de la ciencia*, Paidós, Barcelona, 1989[2]).
Nash, R. J., y R. G. Whitlam (1985), «Future-oriented archaeology», *Canadian Journal of Archaeology,* 9, pp. 95-108.
Nelson, N. C. (1916), «Chronology of the Tano ruins, New Mexico», *American Anthropologist,* 18, pp. 159-180.
Nilsson, S. (1868), *The Primitive Inhabitants of Scandinavia,* 3.ª ed., trad. por J. Lubbock, Longmans, Green, Londres.
Nott, J. C., y G. R. Gliddon (1854), *Types of Mankind,* Lippincott, Grambo, Filadelfia.
Nzewumwa, N. (1984), «Nigeria», en H. Cleere, pp. 101-108.
Obermaier, H. (1916), *El hombre fósil,* Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
O'Connor, T. E. (1983), *The Politics of Soviet Culture, Anatolii Lunacharskii,* University Microfilms International Research Press, Ann Arbor.
Odum, E. P. (1953), *Fundamentals of Ecology,* Saunders, Filadelfia.
Okladnikov, A. P. (1965), *The Soviet Far East in Antiquity,* University of Toronto Press, Toronto.
— (1970), *Yakutia Before Its Incorporation into the Russian State,* McGill-Queen's University Press, Montreal.
O'Laverty, J. (1857), «Relative antiquity of stone and bronze weapons», *Ulster Journal of Archaeology,* 5, pp. 122-127.
Oldfield, E. (1852), «Introductory address», *Archaeological Journal,* 9, pp. 1-6.
Olsen, J. W. (1987), «The practice of archaeology in China today», *Antiquity,* 61, pp. 282-290.
Orme, B. (1973), «Archaeology and ethnology», en Renfrew (1973b), pp. 481-492.
Orton, C. (1980), *Mathematics in Archaeology,* Collins, Londres (hay trad. cast.: *Matemáticas para arqueólogos*, Alianza, Madrid, 1987).
Osgood, C. B. (1951), «Culture: its empirical and non-empirical character», *Southwestern Journal of Anthropology,* 7, pp. 202-214.
O'Shea, J. M. (1984), *Mortuary Variability: An Archaeological Investigation,* Academic Press, Nueva York.

Owen, A. L. (1962), *The Famous Druids: A Survey of Three Centuries of English Literature on the Druids,* Oxford University Press, Oxford.
Owen, O. F. (1858), «The archaeology of the county of Surrey», *Surrey Archaeological Collections,* 1, pp. 1-13.
Paddayya, K. (1983), «Myths about the New Archaeology», *Saeculum,* 34, pp. 70-104.
Pagden, A. (1982), *The Fall of Natural Man,* Cambridge University Press, Cambridge.
Paine, R. (1983), «Israel and totemic time?», *Royal Anthropological Institute News,* 59, pp. 19-22.
Pande, G. C. (1985), *An Approach to Indian Culture and Civilization,* Monografía del Department of Ancient Indian History, Culture and Archaeology, n.º 15, Varanasi.
Parker, A. C. (1907), *Excavations in an Erie Indian Village and Burial Site at Ripley, Chautauqua County, New York,* New York State Museum, Bulletin n.º 117, Albany.
— (1916), «The origin of the Iroquois as suggested by their archaeology», *American Anthropologist,* 18, pp. 479-507.
— (1920), *The Archaeological History of New York,* New York State Museum, Bulletins n.ºs 235-238, Albany.
Parsons, J. R., E. Brumfiel, M. H. Parsons y D. J. Wilson (1982), *Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico: The Chalco-Xochimilco Region,* University of Michigan, Memoirs of the Museum of Anthropology, n.º 14, Ann Arbor.
Parsons, T. (1968), «Durkheim, Emile», *International Encyclopedia of the Social Sciences,* ed. por D. L. Sills, Macmillan and Free Press, Nueva York, vol. 4, pp. 311-320.
Patrik, L. E. (1985), «Is there an archaeological record?», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 8, pp. 27-62.
Patterson, T. C. (1986a), «The last sixty years: toward a social history of Americanist archaeology in the United States», *American Anthropologist,* 88, pp. 7-26.
— (1986b), «Some postwar theoretical trends in U. S. archaeology, *Culture*, 6, pp. 43-54.
Peake, H. J. E. (1922), *The Bronze Age and the Celtic World,* Benn, Londres.
— (1940), «The study of prehistoric times», *Journal of the Royal Anthropological Institute,* 70, pp. 103-146.
Peake, H. J. E., y H. J. Fleure (1927), *The Corridors of Time,* vol. 3: *Peasants and Potters,* Oxford University Press, Oxford.
Pearce, R. H. (1965), *Savagism and Civilization: A Study of the Indian and the American Mind,* Johns Hopkins University Press, Baltimore.
Pearson, M. P. (1982), «Mortuary practices, society and ideology: an ethnoarchaeological study», en I. Hodder (1982c), pp. 99-113.
— (1984), «Social change, ideology and the archaeological record», en M. Spriggs, pp. 59-71.
Pearson, R. J. (1977), «The social aims of Chinese archaeology», *Antiquity,* 51, pp. 8-10.
Perry, W. J. (1923), *The Children of the Sun,* Methuen, Londres.
— (1924), *The Growth of Civilization,* Methuen, Londres.
Petrie, W. M. F. (1901), *Diospolis Parva,* Egypt Exploration Fund, Londres.
— (1904), *Methods and Aims in Archaeology,* Macmillan, Londres.
— (1939), *The Making of Egypt,* Sheldon, Londres.
Petrova-Averkieva, Yu (1980), «Historicism in Soviet ethnographic science», en E. Gellner, pp. 19-27.
Piggott, S. (1950), *William Stukeley: An Eighteenth-Century Antiquary,* Oxford University Press, Oxford.

— (1958), «Vere Gordon Childe, 1892-1957», *Proceedings of the British Academy,* 44, pp. 305-312.
— (1959), *Approach to Archaeology,* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
— (1968), *The Druids,* Thames and Hudson, Londres.
— (1976), *Ruins in a Landscape: Essays in Antiquarianism,* Edinburgh University Press, Edimburgo.
— (1978), *Antiquity Depicted: Aspects of Archaeological Illustration,* Thames and Hudson, Londres.
— (1985), *William Stukeley: An Eighteenth-Century Antiquary,* ed. rev., Thames and Hudson, Londres.
Pinsky, V. (1987), *Ethnography and the New Archaeology: A Critical Study of Disciplinary Change in American Archaeology,* tesis doctoral, Department of Archaeology, Cambridge University.
Pitt-Rivers, A. H. L.-F. (1906), *The Evolution of Culture and Other Essays,* Oxford University Press, Oxford.
Plog, F. (1982), «Can the centuries-long experience of the Hohokam ... be ignored?», *Early Man,* 4 (4), pp. 24-25.
Plog, S. (1980), *Stylistic Variation in Prehistoric Ceramics: Design Analysis in the American Southwest,* Cambridge University Press, Cambridge.
Polanyi, K. (1944), *The Great Transformation,* Farrar and Rinehart, Nueva York (hay trad. cast.: *La gran transformación*, Endymion, Madrid, 1989).
— (1966), *Dahomey and the Slave Trade: An Analysis of an Archaic Economy,* University of Washington Press, Seattle.
Polanyi, K., C. M. Arensberg y H. W. Pearson (1957), *Trade and Market in the Early Empires,* Free Press, Glencoe.
Poliakov, L. (1974), *The Aryan Myth: A History of Racist and Nationalist Ideas in Europe,* Basic Books, Nueva York.
Popper, K. R. (1959), *The Logic of Scientific Discovery,* Basic Books, Nueva York (hay trad. cast.: *La lógica de la investigación científica,* Tecnos, Madrid, 1985).
— (1963), *Conjectures and Refutations,* Routledge & Kegan Paul, Londres (hay trad. cast.: *Conjeturas y refutaciones,* Paidós, Barcelona, 1989[2]).
Porter, R. (1977), *The Making of Geology: Earth Science in Britain 1660-1815,* Cambridge University Press, Cambridge.
Posnansky, M. (1976), «Archaeology as a university discipline - Ghana, 1967-1971», *Proceedings of the Panafrican Congress of Prehistory,* pp. 329-331.
— (1982), «African archaeology comes of age», *World Archaeology,* 13, pp. 345-358.
Prescott, W. H. (1843), *History of the Conquest of Mexico,* Harper, Nueva York (hay trad. cast.: *Historia de la conquista de México*, Istmo, Madrid, 1987).
— (1847), *History of the Conquest of Peru,* Harper and Brothers, Nueva York.
Price, B. J. (1977), «Shifts in production and organization: a cluster-interaction model», *Current Anthropology,* 18, pp. 209-233.
Price, T. D., y J. A. Brown, eds. (1985), *Prehistoric Hunter-Gatherers: The Emergence of Cultural Complexity,* Academic Press, Nueva York.
Prichard, J. C. (1813), *Researches into the Physical History of Man,* John and Arthur Arch, Londres.
Priest, J. (1833), *American Antiquities, and Discoveries in the West,* Hoffman and White, Albany.

Pumpelly, R., ed. (1908), *Explorations in Turkestan,* Carnegie Institution, Washington, 2 vols.

Raab, L. M., y A. C. Goodyear (1984), «Middle-range theory in archaeology: a critical review of origins and applications», *American Antiquity,* 49, pp. 255-268.

Radcliffe-Brown, A. R. (1922), *The Andaman Islanders,* Cambridge University Press, Cambridge.

Raglan, F. R. R. S. (1939), *How Came Civilization?,* Methuen, Londres.

Ramsden, P. G. (1977), *A Refinement of Some Aspects of Huron Ceramic Analysis,* Archaeological Survey of Canada, Mercury Series, n.º 63, Ottawa.

Randall-MacIver, D. (1906), *Mediaeval Rhodesia,* Macmillan, Londres.

Ranov, V. A., y R. S. Davis (1979), «Toward a new outline of the Soviet Central Asian Paleolithic», *Current Anthropology,* 20, pp. 249-270.

Rathje, W. L. (1974), «The Garbage Project: a new way of looking at the problems of archaeology», *Archaeology,* 27, pp. 236-241.

— (1975), «The last tango in Mayapán: a tentative trajectory of production-distribution systems», en *Ancient Civilization and Trade,* ed. por J. A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 409-448.

Ratzel, F. (1882-1891), *Anthropogeographie,* Engelhorn, Stuttgart.

— (1896-1898), *The History of Mankind,* trad. por A. J. Butler, Macmillan, Londres, 3 vols.

Ravetz, A. (1959), «Notes on the work of V. Gordon Childe», *The New Reasoner,* 10, pp. 55-66.

Read, D. W., y S. A. LeBlanc (1978), «Descriptive statements, covering laws, and theories in archaeology», *Current Anthropology,* 19, pp. 307-335.

Redford, D. B. (1986), *Pharaonic King-Lists, Annals and Day Books: A Contribution to the Study of the Egyptian Sense of History,* Benben Publications, Mississauga.

Redman, C. L., ed. (1973), *Research and Theory in Current Archeology,* Wiley, Nueva York.

— (1986), *Qsar es-Seghir: An Archaeological View of Medieval Life,* Academic Press, Nueva York.

Reid, D. (1985), «Indigenous Egyptology: the decolonization of a profession», *Journal of the American Oriental Society,* 105, pp. 233-246.

Reid, J. J., W. L. Rathje y M. B. Schiffer (1974), «Expanding archaeology», *American Antiquity,* 39, pp. 125-126.

Reinach, S. (1893), *Le Mirage oriental,* G. Masson, París.

— (1903), «L'Art et la magie: à propos des peintures et des gravures de l'âge du renne», *L'Anthropologie,* 14, pp. 257-266.

Renfrew, A. C. (1970), «Reply», *Current Anthropology,* 11, pp. 173-174.

— (1973a), *Before Civilization: The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe,* Cape, Londres (hay trad. cast.: *El alba de la civilización, la revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica,* Istmo, Madrid, 1986).

— ed. (1973b), *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory,* Duckworth, Londres.

— (1978), «Trajectory discontinuity and morphogenesis», *American Antiquity,* 43, pp. 203-222.

— (1979), *Problems in European Prehistory,* Cambridge University Press, Cambridge.

— (1980), «The great tradition versus the great divide: archaeology as anthropology?», *American Journal of Archaaeology,* 84, pp. 287-298.

— (1982a), «Socio-economic change in ranked societies», en A. C. Renfrew y S. Shennan, pp. 1-8.
— (1982b), «Explanation revisited», en *Theory and Explanation in Archaeology,* ed. por A. C. Renfrew, M. J. Rowlands y B. A. Segraves, Academic Press, Nueva York, pp. 5-23.
— (1982c), «Towards an Archaeology of Mind» (Conferencia inaugural), Cambridge University Press, Cambridge.
— (1984), *Approaches to Social Archaeology,* Edinburgh University Press, Edimburgo.
Renfrew, A. C., y J. F. Cherry, eds. (1986), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change,* Cambridge University Press, Cambridge.
Renfrew, A. C., y K. L. Cooke, eds. (1979), *Transformations: Mathematical Approaches to Culture Change,* Academic Press, Nueva York.
Renfrew, A. C., y S. Shennan, eds. (1982), *Ranking, Resource and Exchange: Aspects of the Archaeology of Early European Society,* Cambridge University Press, Cambridge.
Ribes, R. (1966), «Pièces de la période archaïque trouvées vers 1700 dans la région de Bécancour», *Cahiers d'archéologie québecoise,* 2 (1), pp. 22-34.
Ridgway, D. (1985), «V. Gordon Childe a venticinque anni dalla morte», en *Studi di Paletnologia in Onore di Salvatore M. Puglisi,* ed. por M. Liverani, A. Palmieri y R. Peroni, Università di Roma, Roma, pp. 3-11.
Rindos, D. (1984), *The Origins of Agriculture: An Evolutionary Perspective,* Academic Press, Nueva York (hay trad. cast.: *Los orígenes de la agricultura*, Bellaterra, 1990).
Ritchie, W. A. (1944), *The Pre-Iroquoian Occupations of New York State,* Rochester Museum of Arts and Sciences, Memoir n.º 1, Rochester.
— (1965), *The Archaeology of New York State,* Natural History Press, Garden City.
Ritchie, W. A., y R. E. Funk (1973), *Aboriginal Settlement Patterns in the Northeast,* New York State Museum and Science Service, Memoir n.º 20, Albany.
Rivers, W. H. R. (1914), *The History of Melanesian Society,* Cambridge University Press, Cambridge.
Robertshaw, P. T. (1988), *History of African Archaeology,* Currey, Londres.
Rodden, J. (1981), «The development of the Three Age System: archaeology's first paradigm», en G. Daniel (1981b), pp. 51-68.
Rosen, L. (1980), «The excavation of American Indian burial sites: a problem of law and professional responsibility», *American Anthropologist,* 82, pp. 5-27.
Rossi, P. (1985), *The Dark Abyss of Time: The History of the Earth and the History of Nations from Hooke to Vico,* University of Chicago Press, Chicago.
Rouse, I. B. (1939), *Prehistory in Haiti: A Study in Method,* Yale University Publications in Anthropology, n.º 21, New Haven.
— (1953), «The strategy of culture history», en *Anthropology Today,* ed. por A. L. Kroeber, University of Chicago Press, Chicago, pp. 57-76.
— (1958), «The inference of migrations from anthropological evidence», en *Migrations in New World Culture History,* ed. por R. H. Thompson, University of Arizona, Social Science Bulletin n.º 27, Tucson, pp. 63-68.
— (1965), «The place of "peoples" in prehistoric research», *Journal of the Royal Anthropological Institute,* 95, pp. 1-15.
— (1972), *Introduction to Prehistory,* McGraw-Hill, Nueva York (hay trad. cast.: *Introducción a la prehistoria*, Bellaterra, Barcelona, 1973).

— (1986), *Migrations in Prehistory: Inferring Population Movement from Cultural Remains,* Yale University Press, New Haven.

Rowe, J. H. (1965), «The renaissance foundations of anthropology», *American Anthropologist,* 67, pp. 1-20.

Rowlands, M. J. (1982), «Processual archaeology as historical social science» en *Theory and Explanation in Archaeology,* ed. por A. C. Renfrew, M. J. Rowlands y B. A. Segraves, Academic Press, Nueva York, pp. 155-174.

— (1984), «Objectivity and subjectivity in archaeology», en M. Spriggs, pp. 108-113.

Rudenko, S. I. (1961), *The Ancient Culture of the Bering Sea and the Eskimo Problem,* University of Toronto Press, Toronto.

— (1970), *Frozen Tombs of Siberia: The Pazyryk Burials of Iron Age Horsemen,* University of California Press, Berkeley.

Rudolph, R. C. (1963), «Preliminary notes on Sung archaeology», *Journal of Asian Studies,* 22, pp. 169-177.

Sabloff, J. A., ed. (1981), *Simulations in Archaeology,* University of New Mexico Press, Albuquerque.

Sabloff, J. A., T. W. Beale y A. M. Kurland, Jr. (1973), «Recent developments in archaeology», *Annals of the American Academy of Political and Social Science,* 408, pp. 103-118.

Sabloff, J. A., y G. R. Willey (1967), «The collapse of Maya civilization in the southern lowlands: a consideration of history and process», *Southwestern Journal of Anthropology,* 23, pp. 311-336.

Sackett, J. R. (1981), «From Mortillet to Bordes: a century of French Palaeolithic research», en G. Daniel (1981b), pp. 85-99.

Sahlins, M. D. (1968), *Tribesmen,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs (hay trad. cast.: *Las sociedades tribales*, Labor, Barcelona, 1984[3]).

— (1976), *Culture and Practical Reason,* University of Chicago Press, Chicago (hay trad. cast.: *Cultura y razón práctica*, Gedisa, Barcelona, 1988).

Sahlins, M. D., y E. R. Service, eds. (1960), *Evolution and Culture,* University of Michigan Press, Ann Arbor.

Saitta, D. J. (1983), «The poverty of philosophy in archaeology», en J. A. Moore y A. S. Keene, pp. 299-304.

Salmon, M. H. (1982), *Philosophy and Archaeology,* Academic Press, Nueva York.

Salmon, W. C. (1967), *The Foundations of Scientific Inference,* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.

— (1984), *Scientific Explanation and the Causal Structure of the World,* Princeton University Press, Princeton.

Salmon, W. C., R. C. Jeffrey y J. Greeno (1971), *Statistical Explanation and Statistical Relevance,* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.

Sanders, W. T., J. R. Parsons y R. S. Santley (1979), *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization,* Academic Press, Nueva York.

Sanders, W. T., y B. J. Price (1968), *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization,* Random House, Nueva York.

Sanford, E. M. (1944), «The study of ancient history in the middle ages», *Journal of the History of Ideas,* 5, pp. 21-43.

Sansom, G. (1958), *A History of Japan to 1334,* Stanford University Press, Stanford.

Saunders, P. T. (1980), *An Introduction to Catastrophe Theory,* Cambridge University

Press, Cambridge (hay trad. cast.: *Una introducción a la teoría de catástrofes*, Siglo XXI, Madrid, 1989[2]).

Saxe, A. A. (1970), «Social Dimensions of Mortuary Practices», tesis doctoral, Universidad de Michigan.

Schiffer, M. B. (1976), *Behavioral Archeology,* Academic Press, Nueva York.

—, ed. (1978-1986), *Advances in Archaeological Method and Theory,* vols. 1-9, Academic Press, Nueva York.

Schliz, A. (1906), «Der schnurkeramische Kulturkreis und seine Stellung zu der anderen neolithischen Kulturformen in Sudwestdeutschland», *Zeitschrift für Ethnologie,* 38, pp. 312-345.

Schneer, C. J., ed. (1969), *Toward a History of Geology,* M.I.T. Press, Cambridge, Massachusetts.

Schneider, L., ed. (1967), *The Scottish Moralists on Human Nature and Society,* University of Chicago Press, Chicago.

Schofield, J. F. (1948), *Primitive Pottery: An Introduction to South African Ceramics, Prehistoric and Protohistoric,* South African Archaeological Society, Handbook Series, n.º 3, Ciudad del Cabo.

Schrire, C. (1980), «An inquiry into the evolutionary status and apparent identity of San hunter-gatherers», *Human Ecology,* 8, pp. 9-32.

—, ed. (1984), *Past and Present in Hunter Gatherer Studies,* Academic Press, Nueva York.

Schrire, C., J. Deacon, M. Hall y D. Lewis-Williams (1986), «Burkitt's milestone», *Antiquity,* 60, pp. 123-131.

Schuyler, R. L. (1971), «The history of American archaeology: an examination of procedure», *American Antiquity,* 36, pp. 383-409.

Schwartz, D. W. (1967), *Conceptions of Kentucky Prehistory: A Case Study in the History of Archeology,* University of Kentucky Press, Lexington.

— (1981), «The foundations of northern Rio Grande archaeology», *Archaeological Society of New Mexico Anthropological Papers,* 6, pp. 251-273.

Schwerin von Krosigk, H. (1982), *Gustav Kossinna: Der Nachlass-Versuch einer Analyse,* Karl Wachholtz, Neumünster.

Seligman, C. G. (1930), *Races of Africa,* Butterworth, Londres.

Semenov, S. A. (1964), *Prehistoric Technology,* Cory, Adams and Mackay, Londres (hay trad. cast.: *Tecnología Prehistórica,* Akal, Madrid, 1981).

Semenov, Yu. I. (1980), «The theory of socio-economic formations and world history», en E. Gellner, pp. 29-58.

Service, E. R. (1962), *Primitive Social Organization,* Random House, Nueva York.

— (1975), *Origins of the State and Civilization,* Norton, Nueva York (hay trad. cast.: *Los orígenes del Estado y de la civilización,* trad. por Mari-Carmen Ruiz de Elvira Hidalgo, Alianza Universidad Textos, Madrid, 1984).

Shanks, M., y C. Tilley (1987), *Re-Constructing Archaeology: Theory and Practice,* Cambridge University Press, Cambridge.

Shapiro, J. (1982), *A History of the Communist Academy, 1918-1936,* University Microfilms International, Ann Arbor.

Sheehan, B. W. (1980), *Savagism and Civility: Indians and Englishmen in Colonial Virginia,* Cambridge University Press, Cambridge.

Sheehy, J. (1980), *The Rediscovery of Ireland's Past: The Celtic Revival, 1830-1930,* Thames and Hudson, Londres.

Sherratt, A. G. (1979), «Problems in European prehistory», en D. L. Clarke (1972a), pp. 193-206.
Shetrone, H. C. (1920), «The culture problem in Ohio archaeology», *American Anthropologist,* 22, pp. 144-172.
Shorr, P. (1935), «The genesis of prehistorical research», *Isis,* 23, pp. 425-443.
Shotwell, J. T. (1939), *The History of History,* Columbia University Press, Nueva York (hay trad. cast.: *Historia de la historia en el mundo antiguo*, FCE, Madrid, 1982).
Sieveking, G. (1976), «Progress in economic and social archaeology», en *Problems in Economic and Social Archaeology,* ed. por G. Sieveking, I. H. Longworth y K. E. Wilson, Duckworth, Londres, pp. xv-xxvi.
Silberman, N. A. (1982), *Digging for God and Country,* Knopf, Nueva York.
— (1988), *Between the Past and the Present: Archaeology, Ideology, and Nationalism in the Modern Near East,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.
Silverberg, R. (1968), *Mound Builders of Ancient America,* Graphic Society, Greenwich, Nueva York.
Skinner, H. D. (1921), «Culture areas in New Zealand», *Journal of the Polynesian Society,* 30, pp. 71-78.
Sklenář, K. (1983), *Archaeology in Central Europe: The First 500 Years,* Leicester University Press, Leicester.
Slobodin, R. (1978), *W. H. R. Rivers,* Columbia University Press, Nueva York.
Slotkin, J. S., ed. (1965), *Readings in Early Anthropology,* Viking Fund Publications in Anthropology, n.º 40, Nueva York.
Smart, J. J. C. (1963), *Philosophy and Scientific Realism,* Routledge & Kegan Paul, Londres.
Smith, B. D., ed. (1978), *Mississippian Settlement Patterns,* Academic Press, Nueva York.
Smith, G. E. (1923), *The Ancient Egyptians and the Origin of Civilization,* Harper, Londres.
— (1933), *The Diffusion of Culture,* Watts, Londres.
Smith, H. I. (1910), *The Prehistoric Ethnology of a Kentucky Site,* Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, n.º 6, 2.ª parte, Nueva York.
Smith, P. E. L. (1976), *Food Production and Its Consequences,* Cummings, Menlo Park.
Smith, P. E. L., y T. C. Young, Jr. (1972), «The evolution of early agriculture and culture in Greater Mesopotamia: a trial model», en B. Spooner, pp. 1-59.
Smith, S. P. (1913, 1915), *The Lore of the Whare Wananga,* The Polynesian Society, Wellington.
Smith, W. S. (1958), *The Art and Architecture of Ancient Egypt,* Penguin, Baltimore.
Snow, D. R. (1980), *The Archaeology of New England,* Academic Press, Nueva York.
Soffer, O. (1983), «Politics and the Paleolithic in the USSR: a case of paradigms lost», en *The Socio-Politics of Archaeology,* ed. por J. M. Gero, D. M. Lacy y M. Blakey, Department of Anthropology, University of Massachusetts Research Report n.º 23, Amherst, pp. 91-105.
— (1985), *The Upper Paleolithic of the Central Russian Plain,* Academic Press, Nueva York.
Sollas, W. J. (1911, 1924), *Ancient Hunters and their Modern Representatives,* Macmillan, Londres, (2.ª ed., 1924).
Sorrenson, M. P. K. (1977), «The whence of the Maori: some nineteenth century exercises in scientific method», *Journal of Polynesian Society,* 86, pp. 449-478.

South, S. A. (1977a), *Method and Theory in Historical Archaeology,* Academic Press, Nueva York.
—, ed. (1977b), *Research Strategies in Historical Archaeology,* Academic Press, Nueva York.
Spate, O. H. K. (1968), «Environmentalism», en *International Encyclopedia of the Social Sciences,* ed. por D. L. Sills, Macmillan and Free Press, Nueva York, vol. 5, pp. 93-97.
Spaulding, A. C. (1946), «Northeastern archaeology and general trends in the northern forest zone», en *Man in Northeastern North America,* ed. por F. Johnson, Robert S. Peabody Foundation for Archaeology Papers, n.º 3, Andover, pp. 143-167.
— (1953), «Statistical techniques for the discovery of artifact types», *American Antiquity,* 18, pp. 305-313.
— (1960), «The dimensions of archaeology», en *Essays in the Science of Culture in Honor of Leslie A. White,* ed. por G. E. Dole y R. L. Carneiro, Crowell, Nueva York, pp. 437-456.
— (1968), «Explanation in archeology», en S. R. Binford y L. R. Binford, pp. 33-39.
Spencer, W. B. (1901), *Guide to the Australian Ethnographical Collection in the National Museum of Victoria,* Government Printer, Melbourne.
Spencer, W. B., y F. J. Gillen (1899), *The Native Tribes of Central Australia,* Macmillan, Londres.
Sperber, D. (1985), *On Anthropological Knowledge,* Cambridge University Press, Cambridge.
Spier, L. (1917), *An Outline for a Chronology of Zuñi Ruins,* Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, n.º 18, 3.ª parte, Nueva York.
Spinden, H. J. (1928), *Ancient Civilizations of Mexico and Central America,* American Museum of Natural History, Handbook Series n.º 3, Nueva York.
Spooner, B., ed. (1972), *Population Growth: Anthropological Implications,* M.I.T. Press, Cambridge, Massachusetts.
Spriggs, M., ed. (1984a), *Marxist Perspectives in Archaeology,* Cambridge University Press, Cambridge.
— (1984b), «Another way of telling: Marxist perspectives in archaeology», en M. Spriggs (1984a), pp. 1-9.
Squier, E. G., y E. H. Davis (1848), *Ancient Monuments of the Mississippi Valley,* Smithsonian Contributions to Knowledge n.º 1, Washington.
Stanton, W. (1960), *The Leopard's Spots: Scientific Attitudes toward Race in America, 1815-1859,* University of Chicago Press, Chicago.
Steiger, W. L. (1971), «Analytical archaeology?», *Mankind,* 8, pp. 67-70.
Stepan, N. (1982), *The Idea of Race in Science: Great Britain, 1800-1900,* Archon Books, Hamden, Connecticut.
Sterud, E. L. (1973) «A paradigmatic view of prehistory», en A. C. Renfrew (1973b), pp. 3-17.
— (1978), «Changing aims of Americanist archaeology: a citations analysis of *American Antiquity* 1946-1975», *American Antiquity,* 43, pp. 294-302.
Steward, J. H. (1937a), *Ancient Caves of the Great Salt Lake Region,* Bureau of American Ethnology, Bulletin n.º 116, Washington.
— (1937b), «Ecological aspects of southwestern society», *Anthropos,* 32, pp. 87-104.
— (1953), «Evolution and process», en *Anthropology Today,* ed. por A. L. Kroeber, University of Chicago Press, Chicago, pp. 313-326.

— (1955), *Theory of Culture Change,* University of Illinois Press, Urbana.
Steward, J. H., y F. M. Setzler (1938), «Function and configuration in archaeology», *American Antiquity,* 4, pp. 4-10.
Stocking, G. W., Jr. (1968), *Race, Culture and Evolution: Essays in the History of Anthropology,* Free Press, Nueva York.
— (1973), «From chronology to ethnology: James Cowles Prichard and British anthropology 1800-1850», en J. C. Pritchard, *Researches into the Physical History of Man,* ed. por G. W. Stocking Jr., University of Chicago Press, Chicago, pp. IX-CX.
— (1982), *Race, Culture and Evolution: Essays in the History of Anthropology,* 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago.
—, ed. (1983), *History of Anthropology,* University of Wisconsin Press, Madison.
—, ed. (1984), *Functionalism Historicized: Essays on British Social Anthropology* (*History of Anthropology,* vol. 2), University of Wisconsin Press, Madison.
— (1987), *Victorian Anthropology,* Free Press, Nueva York.
Stoianovich, T. (1976), *French Historical Method: The Annales Paradigm,* Cornell University Press, Ithaca.
Stoneman, R. (1987), *Land of Lost Gods: The Search for Classical Greece,* University of Oklahoma Press, Norman.
Street, B. V. (1975), *The Savage in Literature: Representations of «Primitive» Society in English Fiction, 1858-1920,* Routledge & Kegan Paul, Londres.
Strong, W. D. (1935), *An Introduction to Nebraska Archeology,* Smithsonian Miscellaneous Collections n.º 93 (10), Washington.
— (1936), «Anthropological theory and archaeological fact», en *Essays in Anthropology Presented to A. L. Kroeber,* ed. por R. H. Lowie, University of California Press, Berkeley, pp. 359-370.
Struever, S. (1968), «Problems, methods and organization: a disparity in the growth of archeology», en *Anthropological Archeology in the Americas,* ed. por B. J. Meggers, pp. 131-151, Anthropological Society of Washington, Washington.
Sutton, D. G. (1985), «The whence of the Moriori», *New Zealand Journal of History,* 19, pp. 3-13.
Swayze, N. (1960), *The Man Hunters,* Clarke, Irwin, Toronto.
Tallgren, A. M. (1936), «Archaeological studies in Soviet Russia», *Eurasia Septentrionalis Antiqua,* 10, pp. 129-170.
— (1937), «The method of prehistoric archaeology», *Antiquity,* 11, pp. 152-161.
Tanaka, M. (1984), «Japan», en H. Cleere, pp. 82-88.
Tansley, A. G. (1935), «The use and abuse of vegetation concepts and terms», *Ecology,* 16, pp. 284-307.
Tardits, C., ed. (1981), *Contribution de la recherche ethnologique à l'histoire des civilizations du Cameroun,* Éditions du CNRS, París, 2 vols.
Tax, T. G. (1975), «E. George Squier and the mounds, 1845-1850», en *Toward a Science of Man: Essays in the History of Anthropology,* ed. por T. H. H. Thoresen, Mouton, La Haya, pp. 99-124.
Taylor, S. (1982), «Zimbabwe ruin row splits department», *The Times,* 21 de agosto.
Taylor, W. W. (1948), *A Study of Archeology. Memoir* (Menasha, Wisconsin, American Anthropological Association), 69 (páginas citadas de la reimpresión de 1967, Southern Illinois University Press, Carbondale).
— (1969), «Review of S. R. y L. R. Binford, eds., *New Perspectives in Archeology*», *Science,* 165, pp. 382-384.

— (1972), «Old wine and new skins: a contemporary parable», en M. P. Leone, pp. 28-33.
Testart, A. (1982), *Les chasseurs-cueilleurs ou l'origine des inégalités,* Société d'Ethnographie, Mémoire n.º 26, París.
Teviotdale, D. (1932), «The material culture of the moa-hunters in Murihiku», *Journal of the Polynesian Society,* 41, pp. 81-120.
Textor, R. B. (1967), *A Cross-Cultural Summary,* HRAF Press, New Haven.
Thapar, B. K. (1984), «India», en H. Cleere, pp. 63-72.
Thom, R. (1975), *Structural Stability and Morphogenesis,* Benjamin, Reading, Massachusetts.
Thomas, C. (1894), *Report on the Mound Explorations of the Bureau of Ethnology,* Bureau of American Ethnology, Annual Report, 12, pp. 3-742, Washington.
— (1898), *Introduction to the Study of North American Archaeology,* Clarke, Cincinnati.
Thomas, D. H. (1974), «An archaeological perspective on Shoshonean bands», *American Anthropologist,* 76, pp. 11-23.
— (1976), *Figuring Anthropology: First Principles of Probability and Statistics,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.
— (1978), «The awful truth about statistics in archaeology», *American Antiquity,* 43, pp. 231-244.
Thomas, J. (1987), «Relations of production and social change in the Neolithic of northwest Europe», *Man,* 22, pp. 405-430.
Thompson, M. W. (1965), «Marxism and culture», *Antiquity,* 39, pp. 108-116.
— (1967), *Novgorod the Great,* Evelyn, Adams and McKay, Londres.
— (1977), *General Pitt-Rivers: Evolution and Archaeology in the Nineteenth Century,* Moonraker Press, Bradford-on-Avon.
Thomson, D. F. (1939), «The seasonal factor in human culture», *Proceedings of the Prehistoric Society,* 10, pp. 209-221.
Thomson, G. (1949), «Review of V. G. Childe, *History*», *The Modern Quarterly, n. s.,* 4, pp. 266-269.
Thruston, G. P. (1890), *The Antiquities of Tennessee,* Clarke, Cincinnati.
Thwaites, R. G. (1896-1901), *The Jesuit Relations and Allied Documents,* Burrows Brothers, Cleveland, 73 vols.
Tilley, C. (1984), «Ideology and the legitimation of power in the Middle Neolithic of southern Sweden», en D. Miller y C. Tilley, pp. 111-146.
Toffler, A. (1970), *Future Shock,* Random House, Nueva York.
Tolstoy, P. (1969), «Review of W. Sanders and B. Price, *Mesoamerica*», *American Anthropologist,* 71, pp. 554-558.
Tooker, E., ed. (1982), *Ethnography by Archaeologists,* The American Ethnological Society, Washington.
Toulmin, S. E. (1970), «Does the distinction between normal and revolutionary science hold water?», en *Criticism and the Growth of Knowledge,* ed. por I. Lakatos y A. Musgrave, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 39-47.
Toulmin, S. E., y J. Goodfield (1966), *The Discovery of Time,* Harper and Row, Nueva York.
Trevelyan, G. M. (1952), *Illustrated English Social History,* vol. 4, *The Nineteenth Century,* Longmans, Green, Londres.
«Trevelyan», (1857), «Letters on Irish antiquities by a Cornish man», *Ulster Journal of Archaeology,* 5, pp. 150-152, 185-187, 336-342.

Trevor-Roper, H. R. (1966), *The Rise of Christian Europe,* 2.ª ed., Thames and Hudson, Londres.
Trigger, B. G. (1965), *History and Settlement in Lower Nubia,* Yale University Publications in Anthropology, n.º 69, New Haven.
— (1966), «Sir John William Dawson: a faithful anthropologist», *Anthropologica,* 8, pp. 351-359.
— (1967a), «Settlement Archaeology — its goals and promise», *American Antiquity,* 32, pp. 149-160.
— (1967b), «Engels on the part played by labour in the transition from ape to man: an anticipation of contemporary anthropological theory», *Canadian Review of Sociology and Anthropology,* 4, pp. 165-176.
— (1968a), *Beyond History: The Methods of Prehistory,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.
— (1968b), «The determinants of settlement patterns», en *Settlement Archaeology,* ed. por K. C. Chang, National Press, Palo Alto, pp. 53-78.
— (1969), «The personality of the Sudan», en *East African History,* ed. por D. F. McCall, N. R. Bennett y J. Butler, Praeger, Nueva York, pp. 74-106.
— (1978a), *Time and Traditions: Essays in Archaeological Interpretation,* Edinburgh University Press, Edimburgo.
— (1978b), «The strategy of Iroquoian prehistory», en *Archaeological Essays in Honor of Irving B. Rouse,* ed. por R. C. Dunnell y E. S. Hall, Jr., Mouton, La Haya, pp. 275-310.
— (1978c), «William J. Wintemberg: Iroquoian archaeologist», en *Essays in Northeastern Anthropology in Memory of Marian E. White,* ed. por W. E. Engelbrecht y D. K. Grayson, Occasional Publications in Northeastern Anthropology, n.º 5, Rindge, pp. 5-21.
— (1980a), *Gordon Childe: Revolutions in Archaeology,* Thames and Hudson, Londres (hay trad. cast.: *La revolución arqueológica. El pensamiento de Gordon Childe,* Fontamara, Barcelona, 1982).
— (1980b), «Archaeology and the image of the American Indian», *American Antiquity,* 45, pp. 662-676.
— (1980c), «Review of A. C. Renfrew, *Problems in European Prehistory*», *Antiquity,* 54, pp. 76-77.
— (1981a), «Anglo-American archaeology», *World Archaeology,* 13, pp. 138-155.
— (1981b), «Archaeology and the ethnographic present», *Anthropologica,* 23, pp. 3-17.
— (1982a), «Archaeological analysis and concepts of causality», *Culture,* 2 (2), pp. 31-42.
— (1982b), «If Childe were alive today», *Bulletin of the Institute of Archaeology, University of London,* 19, pp. 1-20.
— (1984a), «Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist», *Man,* 19, pp. 355-370.
— (1984b), «Childe and Soviet archaeology», *Australian Archaeology,* 18, pp. 1-16.
— (1984c), «Marxism and archaeology», en *On Marxian Perspectives in Anthropology,* ed. por J. Maquet y N. Daniels, Undena, Malibú, pp. 59-97.
— (1984d), «History and Settlement in Lower Nubia in the perspective of fifteen years», en *Meroitistische Forschungen 1980,* ed. por F. Hintze, *Meroitica,* 7, pp. 367-380.
— (1984e), «Archaeology at the crossroads: what's new?», *Annual Review of Anthropology,* 13, pp. 275-300.

— (1985a), «Writing the history of archaeology: a survey of trends», en G. W. Stocking, Jr., *History of Anthropology,* University of Wisconsin Press, Madison, 3, pp. 218-235.
— (1985b), *Archaeology as Historical Science,* Varanasi, Banaras Hindu University, Department of Ancient Indian History, Culture and Archaeology, monografía n.º 14.
— (1985c), «The past as power: anthropology and the North American Indian», en *Who Owns the Past?,* ed. por I. McBryde, Oxford University Press, Melbourne, pp. 11-40.
— (1985d), «Marxism in archaeology: real or spurious?», *Reviews in Anthropology,* 12, pp. 114-123.
—, ed. (1986a), *Native Shell Mounds of North America: Early Studies,* Garland, Nueva York.
— (1986b), «Prehistoric archaeology and American society», en D. J. Meltzer *et al.,* pp. 187-215.
— (1986c), «The role of technology in V. Gordon Childe's archaeology», *Norwegian Archaeological Review,* 19, pp. 1-14.
— (1988), «History and contemporary American archaeology: a critical analysis», en *Archaeological Thought in America,* ed. por C. C. Lamberg-Karlovsky y P. L. Kohl, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 19-34.
Trigger, B. G., e I. Glover, eds. (1981-1982), «Regional Traditions of Archaeological Research», I, II, *World Archaeology,* 13 (2); 13 (3).
Tringham, R. (1978), «Experimentation, ethnoarchaeology, and the leapfrogs in archaeological methodology», en R. A. Gould, pp. 169-199.
— (1983), «V. Gordon Childe 25 years after: his relevance for the archaeology of the eighties», *Journal of Field Archaeology,* 10, pp. 85-100.
Tuck, J. A. (1971), *Onondaga Iraquois Prehistory: A Study in Settlement Archaeology,* Syracuse University Press, Syracuse.
Tylor, E. B. (1865), *Researches into the Early History of Mankind and the Development of Civilization,* John Murray, Londres.
— (1871), *Primitive Culture,* John Murray, Londres (hay trad. cast.: *Cultura primitiva,* Ayuso, Madrid, 1977, 2 vols.).
Ucko, P. J. (1983), «Australian academic archaeology: aboriginal transformation of its aims and practices», *Australian Archaeology,* 16, pp. 11-26.
— (1987), *Academic Freedom aqnd Apartheid: The Story of the World Archaeological Congress,* Duckworth, Londres.
Ucko, P. J., y A. Rosenfeld (1967), *Palaeolithic Cave Art,* Weidenfeld and Nicolson, Londres.
Uhle, M. (1907), «The Emeryville shellmound», *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology,* 7, pp. 1-107.
Van Sertima, I. (1977), *They Came Before Columbus: The African Presence in Ancient America,* Random House, Nueva York.
Van Seters, J. (1983), *In Search of History: Historiography in the Ancient World and the Origins of Biblical History,* Yale University Press, New Haven.
Vansina, J. (1985), *Oral Tradition as History,* University of Wisconsin Press, Madison.
Van Trong (1979), «New knowledge on Dong-s'on culture from archaeological discoveries these twenty years ago», en *Recent Discoveries and New Views on Some Archaeological Problems in Vietnam,* Institute of Archaeology, Hanoi, pp. 1-8.
Vastokas, J. M. (1987), «Native art as art history: meaning and time from unwritten sources», *Journal of Canadian Studies,* 21 (4), pp. 7-36.

Vastokas, J. M., y R. K. Vastokas (1973), *Sacred Art of the Algonkians: A Study of the Peterborough Petroglyphs,* Mansard Press, Peterborough.

Vaughan, A. T. (1979), *New England Frontier: Puritans and Indians, 1620-1675,* 2.ª ed., Norton, Nueva York.

— (1982), «From white man to red skin: changing Anglo-American perceptions of the American Indian», *American Historical Review,* 87, pp. 917-953.

Veit, U. (1984), «Gustaf Kossinna und V. Gordon Childe: Ansätze zu einer theoretischen Grundlegung der Vorgeschichte», *Saeculum,* 35, pp. 326-364.

Vita-Finzi, C., y E. S. Higgs (1970), «Prehistoric economy in the Mount Carmel area of Palestine: site catchment analysis», *Proceedings of the Prehistoric Society,* 36, pp. 1-37.

Voget, F. W. (1975), *A History of Ethnology,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.

Wace, A. J. B. (1949), «The Greeks and Romans as archaeologists», *Société royale d'archéologie d'Alexandrie, Bulletin,* 38, pp. 21-35.

Wahle, E. (1915), «Urwald und offenes Land in ihrer Bedeutung für die Kulturentwickelung», *Archiv für Anthropologie,* n.s., 13, pp. 404-413.

Walker, S. T. (1883), «The aborigines of Florida», *Annual Report of the Smithsonian Institution for 1881,* Washington, pp. 677-680.

Walsh, W. H. (1967), *An Introduction to Philosophy of History,* 3.ª ed., Hutchinson University Library, Londres.

Walters, H. B. (1934), *The English Antiquaries of the Sixteenth, Seventeenth and Eighteenth Centuries,* Walters, Londres.

Wallace, A. F. C. (1950), «A possible technique for recognizing psychological characteristics of the ancient Maya from an analysis of their art», *The American Imago,* 7, pp. 239-258.

Wallerstein, I. (1974), *The Modern World-System,* vol. 1, Academic Press, Nueva York (hay trad. cast.: *El moderno sistema mundial, I: La agricultura capitalista,* Siglo XXI, Madrid, 1984[2]).

Wang, Gungwu (1985), «Loving the ancient in China», en *Who Owns the Past?,* ed. por I. McBryde, Oxford University Press, Melbourne, pp. 175-195.

Waring, A. J., Jr., y P. Holder (1945), «A prehistoric ceremonial complex in the southeastern United States», *American Anthropologist,* 47, pp. 1-34.

Warren, S. H. (1905), «On the origin of "eolithic" flints by natural causes, especially by the foundering of drifts», *Journal of the Royal Anthropological Institute,* 35, pp. 337-364.

Washburn, S. L. (1960), «Tools and human evolution», *Scientific American,* 203 (3), pp. 62-75.

Washburn, W. E. (1967), «Joseph Henry's conception of the purpose of the Smithsonian Institution», en *A Cabinet of Curiosities,* ed. por W. M. Whitehill, Press of the University of Virginia, Charlottesville, pp. 106-166.

Watson, P. J. (1979), *Archaeological Ethnography in Western Iran,* Viking Fund Publications in Anthropology, n.º 57, University of Arizona Press, Tucson.

—, ed. (1985), «Golden Anniversary Issue», *American Antiquity,* 50 (2).

—, ed. (1986), «Archaeological interpretation, 1985», en J. Meltzer *et al.,* pp. 439-457.

Watson, P. J., S. A. LeBlanc y C. L. Redman (1971), *Explanation in Archeology: An Explicitly Scientific Approach,* Columbia University Press, Nueva York (hay trad. cast.: *El método científico en arqueología,* trad. de Miguel Rivera Dorado, Alianza, Madrid, 2.ª reimpresión, 1974).

— (1984), *Archeological Explanation: The Scientific Method in Archeology,* Columbia University Press, Nueva York.

Watson, R. A. (1972), «The "New Archaeology" of the 1960s», *Antiquity,* 46, pp. 210-215.

Watson, W. (1981), «The progress of archaeology in China», en J. D. Evans *et al.,* pp. 65-70.

Webb, W. S., y W. D. Funkhouser (1928), *Ancient Life in Kentucky,* Kentucky Geological Survey, Frankfurt.

Wedel, W. R. (1938), *The Direct-Historical Approach in Pawnee Archeology,* Smithsonian Miscellaneous Collections n.º 97 (7), Washington.

— (1941), *Environment and Native Subsistence Economies in the Central Great Plains,* Smithsonian Miscellaneous Collections n.º 101 (3), Washington.

—, ed. (1985), *A Plains Archaeology Source Book: Selected Papers of the Nebraska State Historical Society,* Garland, Nueva York.

Weiss, R. (1969), *The Renaissance Discovery of Classical Antiquity,* Basil Blackwell, Oxford.

Wells, P. S. (1984), *Farms, Villages, and Cities: Commerce and Urban Origins in Late Prehistoric Europe,* Cornell University Press, Ithaca (hay trad. cast.: *Granjas, aldeas y ciudades: comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea,* Labor, Barcelona, 1988).

Wendt, H. (1955), *In Search of Adam,* Houghton Mifflin, Boston (hay trad. cast.: *Tras las huellas de Adán*, Noguer, Barcelona, 1973[9]).

Wenke, R. J. (1981), «Explaining the evolution of cultural complexity: a review», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 4, pp. 79-127.

Whallon, R., Jr. (1968), «Investigations of late prehistoric social organization in New York State», en S. R. y L. R. Binford, pp. 223-244.

— (1982), «Comments on "explanation"», en A. C. Renfrew y S. Shennan, pp. 155-158.

Wheeler, R. E. M. (1954), *Archaeology from the Earth,* Oxford University Press, Oxford (hay trad. cast.: *Arqueología de campo,* Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1979[2]).

White, C. (1799), *An Account of the Regular Gradation in Man, and in Different Animals and Vegetables,* Diley, Londres.

White, J. P. (1974), *The Past is Human,* Angus and Robertson, Sidney.

White, J. P. y J. F. O'Connell (1982), *A Prehistory of Australia, New Guinea and Sahul,* Academic Press, Sidney.

White, L. A. (1945), «"Diffusion vs. evolution": an anti-evolutionist fallacy», *American Anthropologist,* 47, pp. 339-356.

— (1949), *The Science of Culture,* Farrar, Straus, Nueva York (hay trad. cast.: *La ciencia de la cultura*, Paidós, Barcelona, 1982).

— (1959), *The Evolution of Culture,* McGraw-Hill, Nueva York.

— (1975), *The Concept of Cultural Systems,* Columbia University Press, Nueva York.

Wiener, N. (1961), *Cybernetics,* 2.ª ed., M.I.T. Press, Cambridge, Massachusetts.

Wilcox, D. R. y W. B. Masse, eds. (1981), *The Protohistoric Period in the North American Southwest, AD 1450-1700,* Arizona State University, Tempe, Anthropological Research Paper n.º 24.

Wilk, R. R. (1985), «The ancient Maya and the political present», *Journal of Anthropological Research,* 41, pp. 307-326.

Wilson, D. (1851), *The Archaeology and Prehistoric Annals of Scotland,* Sutherland and Knox, Edimburgo.

— (1862), *Prehistoric Man: Researches into the Origin of Civilization in the Old and the New World,* Macmillan, Londres.
— (1863), *The Prehistoric Annals of Scotland,* 2.ª ed., Macmillan, Londres.
— (1876), *Prehistoric Man,* 3.ª ed., Macmillan, Londres.
Wilson, D. (1975), *Atoms of Time Past,* Allen Lane, Londres.
Wilson, D. M., ed. (1976), *The Archaeology of Anglo-Saxon England,* Methuen, Londres.
Wilson, J. A. (1964), *Signs and Wonders upon Pharaoh,* University of Chicago Press, Chicago.
Willey, G. R. (1948), «A functional analysis of "horizon styles" in Peruvian archaeology», en *A Reappraisal of Peruvian Archaeology,* ed. por W. C. Bennett, Memoir (Menasha, Wisconsin, Society for American Archaeology), 4, pp. 8-15.
— (1953), *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Peru,* Bureau of American Ethnology, Bulletin n.º 155, Washington.
—, ed. (1956), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World,* Viking Fund Publications in Anthropology, n.º 23, Nueva York.
—, ed. (1974a), *Archaeological Researches in Retrospect,* Winthrop, Cambridge.
— (1974b), «The Virú Valley settlement pattern study», en G. R. Willey (1974a), pp. 147-176.
— (1985), «Ancient Chinese-New World and Near Eastern ideological traditions: some observations», *Symbols,* spring issue, 14-17, pp. 22-23.
— (1986), «The Classic Maya sociopolitical order: a study in coherence and in stability», en *Research and Reflections in Archaeology and History: Essays in Honor of Doris Stone,* ed. por E. W. Andrews V, Middle American Research Institute, Tulane, pp. 189-198.
Willey, G. R., W. R. Bullard Jr., J. B. Glass y J. C. Gifford (1965), *Prehistoric Maya Settlements in the Belize Valley,* Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, n.º 54, Cambridge.
Willey, G. R., y P. Phillips (1958), *Method and Theory in American Archaeology,* University of Chicago Press, Chicago.
Willey, G. R., y J. A. Sabloff (1974), *A History of American Archaeology,* Thames and Hudson, Londres.
— (1980), *A History of American Archaeology,* 2.ª ed., Freeman, San Francisco.
Wiseman, J. (1980a), «Archaeology in the future: an evolving discipline», *American Journal of Archaeology,* 84, pp. 279-285.
— (1980b), «Archaeology as archaeology», *Journal of Field Archaeology,* 7, pp. 149-151.
— (1983), «Conflicts in archaeology: education and practice», *Journal of Field Archaeology,* 10, pp. 1-9.
Wissler, C. (1914), «Material cultures of the North American Indians», *American Anthropologist,* 16, pp. 447-505.
Wobst, H. M. (1978), «The archaeo-ethnology of hunters-gatherers or the tyranny of the ethnographic record in archaeology», *American Antiquity,* 43, pp. 303-309.
Wolf, E. R. (1982), *Europe and the People without History,* University of California Press, Berkeley.
Wood, M. (1985), *In Search of the Trojan War,* BBC Publications, Londres.
Woodbridge, K. (1970), *Landscape and Antiquity: Aspects of English Culture at Stourhead, 1718-1838,* Oxford University Press, Oxford.
Woodbury, R. B. (1973), *Alfred V. Kidder,* Columbia University Press, Nueva York.
Woolfson, C. (1982), *The Labour Theory of Culture,* Routledge & Kegan Paul, Londres.

Woolley, C. L. (1950), *Ur of the Chaldess,* Penguin (1.ª ed., 1929), Harmondsworth.
Worsaae, J. J. A. (1849), *The Primeval Antiquities of Denmark,* trad. de W. J. Thoms, Parker, Londres.
Wylie, M. A. (1982), «Epistemological issues raised by a structuralist archaeology», en I. Hodder (1982c), pp. 39-46.
— (1985a), «The reaction against analogy», *Advances in Archaeological Method and Theory,* 8, pp. 63-111.
— (1985b), «Facts of the record and facts of the past: Mandelbaum on the anatomy of history "proper'»», *International Studies in Philosophy,* 17, pp. 71-85.
— (1985c), «Putting Shakertown back together: critical theory in archaeology», *Journal of Anthropological Archaeology,* 4, pp. 133-147.
— (1989), «The dilemma of interpretation», en *Critical Traditions in Contemporary Archaeology,* ed. por V. Pinsky y A. Wylie, Cambridge University Press, Cambridge.
Wyman, J. (1875), *Fresh-Water Shell Mounds of the St. John's River, Florida,* Memoirs of the Peabody Academy of Science n.º 4, Salem.
Yellen, J. E. (1977), *Archaeological Approaches to the Present: Models for Reconstructing the Past,* Academic Press, Nueva York.
Yengoyan, A. A. (1985), «Digging for symbols: the archaeology of everyday material culture», *Proceedings of the Prehistoric Society,* 51, pp. 329-334.
Young, T. C., Jr. (1972), «Population densities and early Mesopotamian urbanism», en *Man, Settlement and Urbanism,* ed. por P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby, Duckworth, Londres, pp. 827-842.
Zipf, G. K. (1949), *Human Behavior and the Principle of Least Effort,* Addison-Wesley, Cambridge, Massachusetts.
Zittel, K. A. von (1901), *History of Geology and Palaeontology to the End of the Nineteenth Century,* Scott, Londres.
Zubrow, E. (1972), «Environment, subsistence, and society: the changing archaeological perspective», *Annual Review of Anthropology,* 1, pp. 179-206.
— (1980), «International trends in theoretical archaeology», *Norwegian Archaeological Review,* 13, pp. 14-23.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Abbot, C. C., 124-125
abejas, estudio arqueológico, 250
Abercromby, John, 150
Aberle, David, 336
aborígenes (australianos), 37, 102, 113, 115, 137-141, 142, 250
véase también san (bosquimanos)
Academia Estatal de Historia y Cultura Material (GAIMK), 202, 203, 205-207, 213, 216
Academia Imperial Rusa, 216
Academia Rusa de Ciencias, 199
véase también Academia Soviética de Ciencias
Academia Rusa de Historia de la Cultura Material (RAIMK), 202
Academia Sinica (Beijing), 167-169
Academia Soviética de Ciencias, 216
accidentes, como fuerzas determinantes del cambio cultural, 181, 282, 298, 373
Acosta, José de, 73
aculturación, 258, 308, 312-313
Achelense, período, 132, 223-224
Adams, R. McC., 223, 267, 292, 300
Adán (primer hombre), 42, 73, 94, 112
Adena, cultura de, 105, 328
aficionados, arqueólogos, 126, 137, 374-375, 386
África, desarrollo político, 127, 155, 176, 348, 386
afrikaaners, 128
Agassiz, Louis, 112
Agricola, Georgius, 59
agricultura, *véase* alimentos, producción de; domesticación
agujeros de poste, 193-194
ainu, 171
Alaska, 120, 337
Aldrovandi, Ulisse, 59
Alemania
anticuarismo, 53, 56-58
arqueología clásica, 158, 187-189, 193-194
desarrollo de la arqueología histórico-cultural, 156-158, 159
habitantes prehistóricos, 158-160
influencia política en arqueología, 55-56, 158-160, 240
nacionalismo, 71, 88, 111, 145, 157-158, 160-161
reacción a la arqueología escandinava, 88
vista como centro de desarrollo cultural, 159-160
véase también Bastian; Kossinna; nacionalsocialismo; Ratzel; Virchow
Alexander, John, 313-314
alfabetización
en la época medieval, 220
impacto en las primeras civilizaciones, 37
alfabeto, origen, 160
algonkiense, lenguaje, 122, 182
alimentos, producción de
cese de la, 367
estudio arqueológico, 233-234, 366-367
orígenes, 19, 64-65, 83-84, 222-223, 235-238, 262-264, 277, 284, 285-286, 299, 366-367
Althusser, L., 316
American Antiquarian Society, 107, 108
American Museum of Natural History, 254
American Philosophical Society, 106
análisis
de citas, 382
de fitolitos, 26
de polen, 27, 133, 233, 248
espacial, 357
locacional, 283
politético, 355
temático, 381-382
analíticos, enfoques, 193
analogía
biológica, 114-115, 152, 182, 231-232, 300, 367-368
culturalmente específica (homología), 122-123,

149-150, 242, 246-247, 250, 254, 270, 328-329, 338, 361-362, 371
distinción entre analogías y homologías, 371, 376
fuentes, 345
intercultural (holística), 59-61, 64-65, 86, 99-100, 115-116, 142-143, 150, 222, 242, 304, 312-313, 338
intercultural (específica), 82-84, 88-89, 110, 115, 142-143, 249-250, 270, 338
necesidad de, 339-340, 344, 366
orgánica, *véase* analogía: biológica
papel sugestivo para la, 249-250, 281-282, 318-319, 351
problemas en la aplicación, 337-338, 360-361
rechazo total, 339-340
validez, 376
anatomía, 90, 232
Anau (yacimiento), 157, 234
Andersson, J. G., 167-168
Anglesey, 75
anticuarismo
desarrollo, 383-384
fracaso de desarrollo en algunas culturas, 51
impasse del siglo XVIII, 75-76, 86
tendencias anticuaristas en la arqueología moderna, 142, 344, 353, 385
valor, 77-78
véase también Alemania; China; Escandinavia; Escocia; Estados Unidos; Europa; Francia; Gran Bretaña; Japón
antigüedad de los seres humanos, 90-96, 98-100, 101-103, 385
antipositivismo, *véase* relativismo
antropología
boasiana
histórico-cultural, 275, 283
influencia en la arqueología, 154-155, 178, 240, 272
influencia en W. Taylor, 260-262
posible resurgimiento, 341
desarrollo como disciplina, 110, 123, 330-331, 345, 385-387
historia, 382-384
objetivos, 111, 271, 277
rechazo por el Tercer Mundo, 176
véase también antropología física; antropología social; etnología
antropología física, 23, 74, 106, 110, 112, 139, 170, 194, 213-214, 303, 331, 357, 374, 386
antropología social
antihistoricismo, 231-232, 297
antimarxismo, 231-232
desarrollo, 231-233, 391
estudios recientes del cambio, 313-314, 315-316
influencia en arqueología, 248-249, 257, 262, 267, 270, 272, 284, 299
importancia de sus descubrimientos, 308
véase también etnología; solidaridad
Anyang (yacimiento), 51, 167
Aquiles, lanza de, 39
arcaico, estadio, 183, 274, 369
Archaeological Survey of India, 173
áreas culturales
definidas por Ratzel, 147, 159
en la arqueología americana, 120-122
en la etnología americana, 120-122
véase también macrorregiones
áreas de actividad (en yacimientos arqueológicos), 259, 267
arios, como categoría étnica y racial, 155, 159, 174
aristocracia, como mecenas de la arqueología, 25, 43-44, 46, 55-56, 88, 146, 199, 201, 203-204
Arizona, 126, 293, 302, 344
arqueología
africana, 127-135, 176, 331, 386-387, 389
alcance, 344-345
aplicaciones prácticas, 216-218
clásica
contribuciones metodológicas, 49, 186-187
en Rusia, 199-201
orientación teórica, 22, 87-88
orígenes y desarrollo, 25, 46-47, 49-51, 56-58, 384
prestigio, 126
relación con la historia, 52, 76, 186-187
relación con la arqueología prehistórica, 49, 55-56, 158
véase también escultura clásica
condicionantes políticos y sociales, 14-15, 26-27, 28, 146, 158-159, 168, 171-173, 176, 200, 205-207, 214-215, 221, 356, 358-359, 378, 380-381
conductista, 333-334
contextual, 323-332, 349, 365-366, 393
contribuciones principales, 377-378
cristiana, 175
crítica, 24, 315-316, 342
culta, 373-374; *véase también* salvacionismo extraterrestre
de salvamento, 216
definición, 16-17, 24, 215-216, 332-333
diversidad regional, 19, 22
especialización intradisciplinaria, 22

estructural, 315-316, 342
histórica, 328-329, 343-344, 349, 391-392
importancia política, 157-158, 169-170, 171-172, 175-176
indígena, 11, 37
interrelaciones mundiales, 22, 27-28, 357-358
islámica, 175
limitaciones, 29, 357, 362-365
medieval, 22, 200, 219-220
objetivos y orientación, 13, 19-22, 29, 248-249, 258, 260-261, 277-278, 313-314, 340-341, 343-344, 351, 352-353, 358, 359, 362-363, 377-378, 382-383
paleoindia, 120, 124-125, 178-179, 386
papel en la sociedad, 25-26, 197, 322, 343-344
papel político, 353, 394; *véase también* arqueología: condicionantes políticos
popularización, 173
procesual, *véase* Nueva Arqueología
relación con la historia, 28, 134, 145-146, 168, 171, 172, 174, 175, 195, 206, 215, 222, 227, 292-298, 315, 319, 331, 332, 345-346, 393
relación con las ciencias físicas y biológicas, 27-28, 333, 356, 384
simbólica, 315-316
social, 279
sociológica (Unión Soviética), 222-223
urbana, 219-220
visión popular, 14-15
véase también arqueología evolucionista; arqueología histórico-cultural; arqueología paleolítica; arqueología prehistórica; arqueología soviética; arqueología teorética; asiriología; egiptología; etnología; Nueva Arqueología (arqueología procesual)
arqueología de los asentamientos
comparada con la Nueva Arqueología, 305, 356
impacto metodológico, 26, 288-290, 356
importancia teorética, 247-248, 360-361
limitaciones, 309, 391
orígenes y objetivos, 262, 264-270, 276-278, 391
precursores, 193-194, 211, 228, 247, 255, 358-359
predicción de modelos (Struever), 288-290
véase también análisis espacial; áreas de actividad; modelos de residencia
arqueología escandinava
anticuarismo, 55-56, 60, 70
comparación con la arqueología paleolítica, 98-100, 102, 109, 110, 143, 160-161, 385
primeros desarrollos, 22, 77-89, 193, 215, 358, 368, 380, 385
últimas tendencias e influencia, 152-153, 156, 176-177, 230, 233, 247-248
arqueología evolucionista
en Escandinavia, *véase* arqueología escandinava
en Francia e Inglaterra, siglo XIX, *véase* arqueología paleolítica
en los Estados Unidos, *véase* Nueva Arqueología
resurgimiento en los años cincuenta, *véase* Nueva Arqueología
véase también evolución darwiniana; evolucionismo cultural
arqueología experimental
desarrollo reciente, 333, 337, 340, 344, 357-358, 363, 376, 394
primeros ejemplos, 18, 66-67, 85, 89, 98, 254, 368
arqueología histórico-cultural
adopción en todo el mundo, 132, 167-176, 195, 388-389
crítica y rechazo, 166, 195-196, 222, 230, 232-233, 258-259, 270, 277, 279-280, 282-283, 292-293, 297, 358-359, 391-393
desarrollo en América, 178-186, 195-196, 278, 358-359, 388
desarrollo en Europa, 151, 156, 161, 166, 186, 195, 218-219, 220, 358-359, 375-376
logros metodológicos, 186-195, 196, 270
uso continuado, 230, 277, 282-283, 308, 325-326, 346, 356, 392
véase también difusionismo
arqueología paleolítica y evolucionista unilineal
definición, 96
desarrollo, 23, 77, 89-103, 109, 336-337, 385
en África, 132-133, 176, 366
en Australia, 137-140
en China, 167-169
en el Próximo Oriente, 175
en Europa, 89-103, 142, 145-146, 161, 163-164, 179, 326-328, 337
en la Unión Soviética, 200, 211, 223-227
limitaciones, 102, 164-166, 187-190, 195, 345
véase también arqueología: paleoindia; evolucionismo cultural
arqueología prehistórica
desarrollo, 47-49, 77-89, 109, 118
relación con la arqueología clásica, 53, 54-58, 187-189, 193
arqueología soviética
apoyo financiero, 197, 202-204, 239
carácter general, 197-198, 221-222

desarrollo, 206-220, 356, 389-390
influencia en Occidente, 197-198, 230, 239-240, 243-244, 248, 323
innovaciones, 211-213, 214-215
papel en la sociedad soviética, 197, 239, 293-294
relación con la arqueología occidental, 22, 204, 207, 215, 221, 222-223, 226-228, 246-247, 304, 316-317, 323, 340, 356, 358-359
tendencias recientes, 197-198, 221-229, 240
teorética, 227, 340-341, 359-360.
véase también convergencia en las tradiciones arqueológicas; Rusia (arqueología antes de 1928)
arqueólogos
aficionados, 126, 137, 203, 295, 374-375, 386
reclutamiento, 27, 170, 199-200
relación con los pueblos nativos, 140-141
Artamonov, Mijail, 213
arte
en el Renacimiento, 44
estudio arqueológico, 74, 128, 295, 326-329, 365
relación con el nacionalismo, 140, 294
rupestre, 74, 102, 326, 365
artefactos
estudio de la manufactura, uso, disposición, 194, 253-255, 334, 355
reconocimiento, 30, 53-54, 58-61, 384
relación con los sistemas culturales, 100-101, 183, 279, 297
véase también clasificación
Arturo, rey, 52
Arundel, Thomas Howard, conde de, 46
Ascher, Robert, 332
asentamientos arqueológicos, *véase* arqueología de los asentamientos
Ashmolean Museum, 59-60
Asia Central, arqueología, 216-218, 222-223, 234
asiriología, 22, 47-48, 51-52, 104, 175, 384
Asociación Rusa de Institutos de Ciencias Sociales (RANION), 202, 207
aspecto (definición), 181-182
Atlántida, 73, 373
átomos (Lucrecio), 65
atributos (unidades de clasificación), 30, 193, 225-226, 354
Atwater, Caleb, 106-107
Aubrey, John, 54, 381, 384
Auriñaciense, época, 98, 132, 150
Australia
antropólogos y arqueólogos, 148, 162, 387
desarrollo de la arqueología, 137-141, 387
primeros asentamientos, 139, 366
significado actual de la prehistoria, 140-141
tratamiento de los aborígenes, 137-139
véase también aborígenes (australianos)
australopitecinos, 132-133, 304
Austria, 189
autoconsciencia, como un aspecto de la cultura, 283, 317, 319-320
Avebury (asentamiento), 54-55, 69-70, 75
Avebury, lord, *véase* Lubbock, John
Aziliense, 151
aztecas, 37, 74, 119, 303, 360

Babel, Torre de, 40
Babilonia, babilonio, 38, 47, 155
Bacon, Francis, 61, 67, 108
Bachofen, Johann, 101
Bagford, John, 90
Balcanes, 154
banda (estadio de desarrollo), 273, 368
Bandelier, Adolf, 179
bantú, 129, 131-132, 312
Barnes, A. S., 98
Barnes, Barry, 24, 374
Barton, Benjamin, 105
Bartram, William, 74, 105
base (infraestructura), 208-209, 242, 245, 274, 317-318, 372
Basketmaker, cultura de, 179-180
Bastian, Adolf, 101, 147
Beardsley, R., 269
Beijing (Pekín), 49, 167
belgas, 67, 150
Bélgica, 92
Belice, valle de, 290
Bel-Shalti-Nannar, 38
Belzoni, Giovanni, 47
Benedict, Ruth, 261
Benin (yacimiento), 134
Bennett, J. W., 258
Bent, J. T., 129
Bertalanffy, Ludwig von, 284
Best, Elsdon, 136
Biblia
autoridad, 89, 90-93, 112, 128, 373
fuente de la historia mundial, 40-42, 47, 52, 61, 65-66, 73, 76, 92, 112, 128-129, 383
influencia en la prehistoria europea, 40-43, 79, 155
relación con la arqueología del Próximo Oriente, 49, 52, 174-175, 356

relación con las teorías degenerativas, 40-42
soporte arqueológico, 103-104
bibliotecas, 53, 54, 205
Binford, L. R.
defensor de la teoría de alcance medio, 14, 31-32, 335-341, 360, 364, 368
defensor del positivismo, 280-283, 298, 335, 393
influencia y reputación, 17, 283, 292
papel en la Nueva Arqueología, 224, 276-283, 292, 294, 305, 309, 312-313, 344, 362-363, 371, 391-392
relación con D. L. Clarke, 392
biología
relación con la arqueología, 349, 351, 356, 357, 363-364, 385
uso para explicar el comportamiento humano, 89, 370, 376
Birdsell, J. B., 139
Bisitun, inscripción, 47
Biskupin (yacimiento), 194
Black, Davidson, 167
Blanton, R. E., 267, 302, 309
Boas, Franz, 121, 147, 178, 181, 311
Bordes, François, 224
Boriskovgsky, P. I., 211, 223
Boserup, Ester, 19, 31, 285-286, 299
bosque tropical, conocimiento arqueológico, 369
bosquimanos, *véase* san
Botta, Paul-Émile, 47
Boucher de Crèvecoeur de Perthes, Jacques, 93-94, 95, 97
Boule, Marcelin, 98
Boyle, David, 381
Brackenridge, H. H., 106
Braidwood, R. J., 223, 262, 300, 391
Braithwaite, Mary, 318
Brasil, 22
Braudel, Fernand, 310
British Association for the Advancement of Science, 95, 129, 131
British Museum, 86
British South Africa Company, 129
Brixham Cave (yacimiento), 95
Brongniart, Alexandre, 94
Brown, Ian, 74
Brutus, rey inglés, 42, 52
Bruwer, A. J., 131
Buck, Peter (Te Rangihiroa), 136
Buckingham, George Villiers, duque de, 46
Buckland, William, 18, 91-92
budismo, influencia en Japón, 309-310
Buffon, Georges-Louis Leclerc, conde de, 90, 118
Bulleid, A. H., 190
Bure, Johan, 55-56
Bureau of American Ethnology, 122, 123-124, 126
burguesía
actitud hacia el evolucionismo, 88, 95, 109, 117, 146-147, 271
apoyo a la arqueología en los primeros tiempos de la Revolución industrial, 116, 305
cantera de arqueólogos, 25, 53, 55-56
demarcación, 25
en Rusia, 199-200, 203-207
mecenas de la arqueología, 25, 43, 53-54, 88, 146, 174-175
orientación materialista, 271, 330
papel en la Ilustración, 62-63, 78, 88
relaciones actuales con la arqueología, 25-26, 292-293, 298, 301-302, 330, 351, 383
romanticismo, 71-72, 373-374
véase también ideología; mecenazgo
Burgwall, cultura de, 157
Burkitt, M. C., 128, 164
Burnett, James (lord Monboddo), 62-63
burocracia, en las primeras civilizaciones, 302-303, 309-310
Butzer, K. W., 267

caballos, en la Europa paleolítica, 100
caja negra, explicación, 350
calabaza, estilo decorativo, 324
Caldwell, J. R., 264, 276, 278, 309, 392
California, 120, 293
cambio cultural
base de datos para su explicación, 344-345
efectos sobre la naturaleza humana, 338
en sociedades de pequeña escala, 319-320, 348-349
explicación del materialismo histórico, 209, 215, 220, 221-223, 227, 240-241, 243-244, 246-247, 316-317, 318-320, 359, 372-373
explicaciones deterministas, 42-43
explicaciones difusionistas, 134-135, 232, 239, 252-253, 274
explicaciones posprocesualistas, 308, 311-312, 313-316, 317-318, 329-330, 338, 347, 373, 374-375
explicaciones procesualistas, 271-273, 276-278, 281, 283, 288, 295, 298-302, 331, 359
explicaciones racionalistas, 63-64, 272
explicaciones sistémicas, 253, 261, 264, 266, 269-270, 274-275, 283-288
indeterminación de las explicaciones, 369-370

medición, 284, 300, 355-356
negación del, 119-120
regularidad, 346
tipos (Flannery), 286-288
visión del equilibrio interrumpido, 42, 269, 300-301
visión gradualista, 63, 135, 262-264, 277-278, 284-285, 300
véase también difusionismo; innovación; migración
cambio poblacional
como causa de catástrofes, 299, 301
como causa del cambio cultural, 18-19, 31, 83, 116, 236-238, 252, 262, 269, 286, 299-300, 303
como efecto del cambio cultural, 238, 264, 267, 286, 292
estudio arqueológico, 267, 299-300, 362
véase también determinismo demográfico
Camden, William, 46, 54, 67, 75
«campaniforme», pueblo, 150
Campos de Urnas, cultura de los, 194
Canadá, canadiense, 71, 86, 167, 254, 369
véase también Dawson; Smith (H. I.); Wilson; Wintemberg
cananeos, metáfora para los indios norteamericanos, 73
canibalismo, 368
capitalismo
impacto social, 330, 363-364
influencia en las ciencias sociales, 305, 345
véase también burguesía
carios, 38
Carlomagno, 43, 56
Carlos I de Inglaterra, 46
Carlos II de Inglaterra, 66
Carr, E. H., 16, 297
carroñeros, homínidos, 337, 357, 368
Carson, Rachel, 298
Casa Grande (yacimiento), 126
casualidad, hechos casuales, *véase* accidentes
catastrofismo, 28, 90-94
Caton Thompson, G., 131, 381
Cáucaso, 213, 216, 222, 224
causalidad
determinista, 245, 274, 304
no determinista, 286-290, 297, 314, 316, 330, 349-350, 367, 370-371
papel en el futuro, 342
relación con la cronología, 377
cazadores de moa, 135, 136-137
cazadores-recolectores
crítica del concepto, 312-313, 368-369
estudio arqueológico, 299-300, 304, 314, 334, 338, 355, 358, 360-361, 367-368, 371
celtas, pueblos, 56, 144-145, 150, 159, 161
cementerios, *véase* tumbas
cerámica
análisis, 58, 120, 122, 134, 164, 182, 190-193, 211, 259, 264, 281, 325, 328, 354, 361
primeras ideas sobre, 53-54, 58
Cerámica de Bandas, cultura, 157
«cerrojos de los duendes» (puntas de flecha), 37, 54, 60
César, Julio, 67, 144
césped (acumulación), como técnica de datación, 56
cibernética, 284
ciencias físicas, relación con la arqueología, 356, 357-358
ciencias políticas, 345
Ciriaco de' Pizzicolli (Ciríaco de Ancona), 25, 44
civilización
explicación de su origen, 237-238, 269, 285-286, 366-367, 369
véase también cultura
Clark, J. G. D.
Archaeology and Society, 248-250, 332
como ecologista cultural, 247-253, 269, 277-278
defensa del idealismo, 253, 353, 370
explicaciones del cambio, 252-253
fuentes, 248-249, 252
impacto en la arqueología, 139-140, 253, 257, 261-262, 278-279, 379, 391
metodologista, 26, 250, 382-383
Prehistoric Europe, 252
Clark, W. G., 234
Clarke, D. L., 17, 19, 24, 31, 193, 226, 253, 283, 295-297, 298, 332-333, 343, 356, 392
clase media, *véase* burguesía
clase trabajadora, *véase* proletariado
clasificación de artefactos
en Europa, 192-193, 195
en Japón, 171
en la Unión Soviética, 214, 225-226, 228-229, 240, 359-360
en los Estados Unidos, 192-193, 195
importancia actual, 30-31, 254, 295-297, 333, 340-341, 354-355
primeros desarrollos, 16, 46, 49-50, 56-58, 67, 72, 76, 80, 97, 98-100, 108, 121-122, 132-133, 145, 152, 187-190, 192-194
Clemente VIII (papa), 40
Clinton, De Witt, 105
Coe, M. D., 369

coherencia lógica, 24, 32-33, 75, 322, 351
colaboración en la investigación, *véase* interdisciplinarios, enfoques
Cole, Fay-Cooper, 255
Colegio de Anticuarios (Suecia), 56
colonización
actitudes coloniales en arqueología, 117-118, 127-129, 131, 135, 141-142, 171, 185-186, 348-349, 386-387
en la Rusia zarista, 198-199
impacto en las sociedades indígenas, 155-156, 312-313
relación con la antropología, 345
y desarrollo de la arqueología, 58-59, 128-129, 174, 195, 341, 352, 386
color de la piel, 112-113
Colt Hoare, Richard, 72, 75, 381
Collier, D., 185, 255.
Collingwood, R. G., 14, 24, 35, 352
comercio, *véase* intercambio
Comisión Arqueológica Imperial (San Petersburgo), 200-203
Comisión del Limes Romano-Germánico, 193
competición
dentro de las sociedades, 25, 172, 304, 316-318, 319-321, 324-325, 349. 351, 355, 362, 372-373, 383
entre sociedades, 144, 146, 302, 309, 314, 323, 367
componente (definición), 181-182
comportamiento humano
aspectos ignorados por los arqueólogos, 100, 102, 347-348
explicación, 258, 308, 316-317, 369-370
generalizaciones de alcance medio, 335-337, 368
grados de variabilidad, 281, 288, 349
inferencia arqueológica, 84, 86, 88-89, 160-161, 164, 186, 193-196, 228, 248-249, 250, 253-257, 259-260, 264-266, 269, 295, 331, 342, 344-345, 357-359
límites en su inferencia arqueológica, 29, 332, 337, 339-340, 353-354, 362-365
véase también arqueología contextual; biología; conjuntivo, enfoque; correlaciones; funcionalismo; modelos de subsistencia; naturaleza humana
Comte, Auguste, 231
concheros, estudio, 22, 85, 108, 114-115, 120, 133, 170, 179, 382, 385-386
véase también Omori; vertederos
condicionantes de la cultura
externos, 235, 246, 248-249, 252-253, 285-286, 304-306, 309-310, 316, 326, 330, 342, 349-350, 363-364, 372-373
internos, 244, 248-249, 253, 288, 364-365
papel actual, 377
Condorcet, Marie-Jean de Caritat, marqués de, 62
conflicto de clases, 242
véase también competición
confucianos, estudiosos, 39
Congreso Arqueológico Mundial, 394
conjuntivo, enfoque, 259-261
conocimiento
estudio arqueológico, 362
como guía de la acción, 209, 245-246, 317
véase también cultura, como concepto genérico
consciencia, *véase* consciencia humana; consciencia verdadera; falsa consciencia
consciencia humana, 372
véase tambien consciencia verdadera; falsa consciencia; intencionalidad
consciencia verdadera, 246
conservación de los datos arqueológicos, 44-46, 332
conservadurismo, 71-72, 88, 302-304, 320-321, 323, 370
Constructores de Túmulos, 105-108, 118-119, 124, 128, 131, 178, 380, 386
contexto arqueológico (Schiffer), 334-335
contexto sistémico (Schiffer), 335
contradicciones en la organización social, 208-209, 231, 241, 244, 318-319
véase también arqueología: condicionantes políticos
convergencia
en el cambio cultural, 182, 307
en las tradiciones arqueológicas, 194-195, 228-229, 341, 358-360
Conze, Alexander, 187
Copenhague, 78
Cordell, Linda, 302
correlaciones
entre cultura material y comportamiento humano, 275-276, 280-282, 325, 336-337, 349, 351, 357-358, 359-361, 364-365
estadísticas, 281-282
correspondencia factual, 32-33, 35, 351
Crawford, O. G. S., 162, 234-235, 384
creacionismo, 77, 103-104, 366, 378
creatividad, *véase* innovación
creek, indios, 74
Crimea, 199, 213
Cristián IV de Dinamarca, 55

Cristián VIII de Dinamarca, 84
cristiandad
influencia en la arqueología, 52, 53, 112, 155, 283
influencia en la visión medieval del mundo, 40-44, 64
papel en la sociedad medieval, 42-43, 309-310
cronología cultural
en el desarrollo de la arqueología americana, 179-183, 190-193, 285
en el trabajo de Childe, 162-164
en el trabajo de Kossinna, 160
en el trabajo de Montelius, 152
en la arqueología soviética, 226-227, 240-241, 304, 357, 359-360
impacto en las técnicas físicas de datación, 355-356
importancia continua para la arqueología, 27, 30, 31, 139-140, 171-172, 179-181, 185-187, 192-193, 195, 260, 270
limitaciones, 257, 258-259
presupuestos, 125, 154, 181, 184-185, 297
regional, 154, 163-164, 179-180, 183, 185-186, 214, 230, 240, 297
relativa, 87-88, 96-98, 120-122, 132-134, 149, 152, 155, 163-164, 190-192, 201, 340, 354
y orígenes de la arqueología, 46, 49, 67-70, 75-82, 145
véase también cronologías cortas; cronologías largas; dendrocronología; estratigrafía; Montelius; mundo, edad del; potasio-argón, datación; seriación; termoluminiscencia; Thomsen
cronologías cortas
América, 185
Europa, 154
cronologías largas, 160, 177-178, 285, 297
cuantitativa, comparación, 181-182, 259, 393
culto al oso (Musteriense), 368
cultura, como concepto genérico
naturaleza adaptacional, 347
origen y definición, 156, 266, 272, 283-284, 387-388
visión normativa, 215, 232, 245, 259-260, 278
cultura, como concepto partitivo (cultura etnográfica)
apertura, 181, 308, 310-311, 346-347, 372
integración, 278-279, 364
origen y definición del concepto, 147, 156-157, 178-179, 248-249, 259-261, 277-279, 300-301, 311, 388
sin diversidad, 307-308, 371-372
véase también subsistemas de cultura
cultura material
ciencia de la, 343
clasificación, 236-239, 354-355
definición, 259-260, 279
estudio de la moderna cultura material, 344-345
fuente de información del comportamiento humano, 28-29, 109, 227, 257-258, 280-282, 317-318, 331, 335-336, 361
inconsciencia del cambio, 43
manipulación social, 323-328, 355, 364
preservación, 248
véase también correlaciones; datos arqueológicos
culturas arqueológicas
correlación con la etnicidad, 159, 196
críticas y modificaciones recientes del concepto, 182, 223-224, 226-227, 339-340, 354-355, 357
definición, 30, 157-158, 159, 162-163, 179-182, 226, 250, 261, 276, 388
desarrollo del concepto en América, 178-183, 192-193, 194
desarrollo del concepto en Europa, 150, 156-157, 159, 160-164, 178
desarrollo del concepto en la Unión Soviética, 214, 226, 356, 390
interpretación, 160-161, 164-165, 196, 279
patrón de datación, 266
visión holística, 164, 169, 261, 279, 325
véase también Método Taxonómico del Oeste Medio
culturas del Paleolítico superior, 115
Cunningham, Alexander, 173
Cunnington, William, 72, 381, 384
Curtius, Ernst, 187
Cushing, Frank, 123
Cutler, Manasseh, 106
Cuvier, Georges, 82, 90, 94

Chakrabarti, D. K., 174
chamanismo, reflejado en arqueología, 329, 361
Champollion, Jean-François, 47
Chang, K. C., 267, 278
Chavin, horizonte, 258
Checoslovaquia, 76, 145, 146, 157
Chelense, época, 97-98, 132
Cherry, T., 235
Chiang Kai-Shek, 168
Childe, V. G.
actitud hacia el racismo, 166, 238
concepto de revolución, 238, 264
concepto de tradición cultural, 329

creencias políticas, 162, 166
Dawn of European Civilization, The, 162-163, 179, 183
difusionismo, 164, 177, 236, 237, 239-240, 250
enfoque histórico-cultural, 157, 162-167, 177, 230, 238-239, 278, 388
estudios de asentamientos, 279
evolucionismo, 212-213, 223, 238-239, 240-243, 391
excavaciones y trabajo de campo, 194, 246-247
interpretaciones económicas, 236-241, 310-311, 350, 391
logros, influencia, reputación, 17, 253, 269-270, 278, 323, 379, 381, 388
Man Makes Himself, 240-241
Scotland Before the Scots, 241, 243
Social Evolution, 245, 288
Society and Knowledge, 245-246
teoría del oasis, 19, 236-237
The Prehistory of European Society, 246, 166, 362
uso de conceptos marxistas, 10, 236, 239-247, 266, 350, 370, 372
visión de las inferencias arqueológicas, 363-364, 382-383
visión del papel de la arqueología, 343
visión funcionalista, 163-164, 181-182, 249-250, 278
What Happened in History, 240-241
véase también Rousay; Skara Brae
China
desarrollo de la arqueología, 167-168, 267, 388-389
influencia marxista en la arqueología, 168-170
orígenes del anticuarismo, 49-51, 76, 167, 384
significado social de la historia, 39, 49, 169, 278, 384
Chippindale, Christopher, 35
Chita, 221
Christol, Jules de, 92
Christy, Henry, 97
Chyndonax (mítico rey británico), 75

Dall, William, 120
daneses
supuestas visitas tempranas al Nuevo Mundo, 105
asentamiento en Inglaterra, 161
Daniel, Glyn, 65, 66, 72, 100-101, 110, 162, 321, 344, 379-380, 381, 385
Darío I, rey aqueménida, 47
Darwin, Charles, 65, 96, 113-114, 118, 133, 319, 386
darwinismo social, 113, 115-118
datación interrelacional, *véase* sincronismo
datación radiocarbónica
calibración, 177, 285
primeros usos, 26, 27-28, 149, 164, 227, 263, 285, 355
datos arqueológicos
aspectos específicos ignorados, 214, 224, 339-340, 356
como construcciones intelectuales, 16, 24, 321, 353-354
como fines en sí mismos, 352-353
condicionantes de su interpretación, 24-25, 26, 33-34, 135, 348-349, 353, 361, 362, 365-369, 371, 373, 374-375, 377-378
limitaciones, 26, 359-360, 368
naturaleza acumulativa, 26, 353-354
naturaleza e importancia, 222, 224, 226, 248-249
unicidad, 332-336, 340-341, 394
véase también clasificación; interpretación
datos históricos, 353
Davis, E. H., 107-108, 120
Davy, Georges, 236
Dawkins, W. B., 100, 151
Dawson, J. W., 103, 374
Déchelette, Joseph, 201
deducción, como aproximación a la interpretación arqueológica, 32-33, 75, 275-276, 281-282, 290, 319, 348, 369, 392-393
Deetz, J. J. F., 392
degeneración
del cuerpo humano, 40, 119
del mundo, 40, 61
versiones modernas, 375
degeneración cultural
formulaciones antievolucionistas, 44, 70, 103, 116, 127, 129, 148-149, 373-374
visión medieval, 42, 58-59, 62, 65-66, 73, 76, 105-106
deísmo, 71
Delos, 38
dendrocronología, 106, 285
Depresión de los años treinta, impacto en la arqueología, 194, 255
deriva continental, 338
desarrollo autóctono, 213-214, 220, 227
véase también etnogénesis
Descartes, René, 64, 66
desciframiento de escritos antiguos, 47-49
desechos
arqueología como estudio de los, 334
de la cultura material, 332-333, 334-335, 358
véase también Proyecto Basura

determinismo, rechazo, 244-245, 290, 306, 341, 370-371
véase también determinismo ecológico; determinismo económico; determinismo tecnológico; materialismo cultural
determinismo demográfico, 272, 274, 285-286, 288, 299, 301, 304
véase también cambio poblacional
determinismo ecológico, 10, 253, 267, 272, 273, 283, 288, 301
determinismo económico, 274, 301, 304, 342, 372
determinismo tecnológico, 241, 271, 272-274, 275, 290, 319, 342, 364, 372
Deuel, Thorne, 255
DeVore, Irven, 299
diálogo interno-externo, definición, 14
difusionismo
como explicación del cambio cultural, 146-150, 154-156, 164, 166, 232, 235-236, 243-244, 301, 310, 347, 358-359, 365, 372, 275
en el conocimiento arqueológico, 22, 356-357
explicación de la difusión, 195-196, 235-236, 258, 309-310, 311
importancia política, 183-184, 240
papel en la arqueología histórico-cultural, 127-128, 146-150, 164-166, 169-170, 178, 183-186, 195-196, 204, 235-236, 239-240, 250, 259, 261, 274-275, 300-301, 314, 374-375, 376, 387-388
primeras utilizaciones, 82
rechazo, 134, 140, 177, 183-186, 211-215, 230, 231, 232-233, 266, 270, 272, 277-278, 285, 304, 374-375
sostenido por aficionados, 374-375
uso en la arqueología soviética, 220, 227-228, 358-359
valor actual, 285, 309
véase también hiperdifusionismo
diluvio, 92-93
véase también inundación
dimensiones de las generalizaciones, 30-31
Dinamarca
acontecimientos sociales y políticos, 78, 145, 159-160
desarrollo de la arqueología, 55-56, 66, 70, 75, 77-80, 82-85, 88-89, 108-109
Diospolis Parva (yacimiento), 190
disputa entre antiguos y modernos, 61
Dixon, R. B., 122, 155
Dobrovsky, J., 76
Dolukhanov, Paul, 225
domesticación de animales y plantas, 183-185, 286
Don, río (URSS), 201, 213
Dong-s'on, cultura de, 170
Dordoña, 97
Dörpfeld, Wilhelm, 187
Douglas, James, 72
Dray, William, 348
Drovetti, Bernardino, 47
druidas, 54, 71, 75, 145, 380
Dublín, 177
Dugdale, William, 59
Dumont d'Urville, C., 86
Dunnell, Robert, 286, 302, 326, 339-340, 343, 371
Durkheim, Emile, 231-232, 236, 252, 283, 391
Dushanbe, 221

ecología cultural
como teoría de alto nivel, 31-32, 230, 275-277, 283, 298, 303, 305-306, 346, 358-359, 363-364
condicionantes del sistema cultural, 182, 288, 305-306, 316, 349, 364, 371-373
en el marxismo, 225, 227-229
estudio arqueológico, 233-235, 239, 247, 257-258, 262-266, 359, 391
ignorada, 100, 152, 181-182
importancia, 362
interpretaciones del cambio cultural, 63-64, 73-74, 111-112, 115, 118-119, 136-137, 183-185, 244-245, 248-252, 261-262, 264, 269, 272-273, 274-276, 277-278, 284-286, 293, 297, 311-312, 338, 346-347
limitaciones de las explicaciones, 264-266, 308, 313-314, 316, 325-328, 364-365, 394
véase también determinismo ecológico
economía
como explicación del cambio cultural, 28, 236-239, 249, 252, 254, 267-269, 288, 299, 310, 311, 318, 342, 345, 350, 362
enfoque formalista, 33, 302-303, 360
factores que conforman la economía, 248-249, 305, 364, 372
inferencia arqueológica del comportamiento económico, 249-250, 266, 279, 297, 350, 360, 362-363
límite de su poder de explicación, 308, 326, 364
véase también formalismo; materialismo histórico; sustantivismo
ecosistema, 252, 272, 277, 305
Edad de la Piedra, 66, 79-80
Edad de Oro, 59
Edad del Bronce
conceptualización, 65-66, 79-80
subdivisión, 152-154, 201

Edad del Hierro
conceptualización, 65-66, 79-80
estudio, 134, 150
subdivisión, 80-82, 154
Edén, jardín del, 40
educación de los arqueólogos, 27
Egipto
actitudes actuales hacia el patrimonio cultural, 174-175
control de antigüedades, 175
e hiperdifusionismo, 148-149
estudio, 112, 235-237, 241, 267, 373
visión antigua del pasado, 37-38
egiptología, 22, 47, 49, 52, 87-88, 104, 174-175, 187-189, 384, 386-387
véase también Mariette; Moret; Petrie; Reisner
Egypt Exploration Society, 104
Ehrlich, Paul, 299
Elliot Smith, *véase* Smith, G. Elliot
Emeryville, conchero de (yacimiento), 120
energía, en el análisis de sistemas socioculturales, 272-273, 284
Engels, Friedrich, 207-209, 213, 225, 316, 318, 319-320, 322, 330
Enrique IV de Francia, 56
Enrique VII de Inglaterra, 108, 210, 385
enterramientos, *véase* tumbas
eolitos, 98, 368
epigrafía, 22, 44, 46, 49-51, 56, 75, 87-88, 356
equifinalidad, 282, 335, 364
equilibrio interrumpido, 300
Escandinavia, *véase* arqueología escandinava
escapulimancia, 361
escitas, 213
esclavitud (estadio de desarrollo), 168-169, 213, 216, 242
Escocia
anticuarismo, 60
arqueología, siglo XIX, 85-86, 87, 89, 366
en el trabajo de V. G. Childe, 243, 247
filosofía ilustrada, 62-63, 64-65
Escuela de Frankfurt, 24, 316, 320, 322-323
escuela empírica (Rusia), 201, 204
escuela vienesa de antropología, 147, 204
escultura clásica, 43, 44-46, 56, 328
esfera de interacción, 309, 310-311
eslavos, prehistoria eslava, 58, 157, 158-160, 199, 200, 207, 213, 219
España, 237, 368
especulación, 298
esquimales, 115, 125, 150
véase también nunamiut
estacionalidad, estudio arqueológico, 264
estadios de desarrollo
crítica del concepto de estadio, 165-166, 307-308, 312-313, 341, 346-347, 371-372
demarcación de estadios, 64-65, 96-97, 101-102, 110, 142, 169, 182-183, 202, 274, 302, 339, 367
neoevolucionistas, 362, 273-274
teoría soviética, 213-214, 221, 223-224, 239-240
véase también Edad de la Piedra; Edad del Bronce; Edad del Hierro; jefaturas; sociedades clánicas; sociedades esclavistas; Estado; tres edades, teoría de las; tribu
Estado (estadio de desarrollo), 273
Estados Unidos de América
admiración por la tecnología, 273, 292-294
anticuarismo, 105-108
desarrollo de la antropología, 110-111, 118-127
desarrollo de la arqueología, 74, 104-108, 178-186, 192-193, 194-196, 254-269, 271-283, 292-293, 297, 331-332, 333-340, 385-386, 390-391
ideología conservadora contemporánea, 302-304
influencias marxistas en arqueología, 329
papel como poder mundial, 271, 294, 298, 301-302, 330, 341
tensiones actuales en la sociedad americana, 298-299, 301-302
véase también indios (norteamericanos)
esteticistas, en arqueología, enfoques, 24, 200, 328, 353
estratigrafía
en arqueología histórico-cultural, 163, 179, 183, 186-190, 194, 389
geológica, 94
insuficiencia de su evidencia, 120
primeros estudios, 55-56, 70, 72, 76, 84, 87, 90-92, 120
problemas en la datación de depósitos de cuevas, 92
relación con la arqueología paleolítica, 93-94, 95, 97-102
estructuralismo
en antropología, 231, 315-316, 326
en arqueología, 315-316, 326-328, 339, 347, 354
estudios actualísticos, *véase* etnoarqueología
estudios interculturales, 31, 282, 312-314, 319
etimologías populares, 42
etnicidad
como explicación de los datos arqueológicos, 54-55, 67, 75, 100-101, 109, 120-123, 150-151

como objeto de estudio arqueológico, 56-58, 109, 145-146, 156-157, 159, 160-161, 162-165, 171-172, 174, 176, 182, 195-196, 197, 220
en la arqueología soviética, 213-214, 218-219, 223-224, 359-360
en las sociedades modernas, 110-111, 144, 145-147, 199, 213-214, 216-218
estereotipos, 351
limitaciones, 88, 230, 238, 354-355
renuncia a ser objeto de estudio arqueológico, 230, 270
y cultura material, 278, 323-324, 354-355
etnoarqueología, 334, 336-337, 344, 357-358, 364, 393-394
etnogénesis, 218-220, 224
etnología
afirmación de su superioridad respecto a la arqueología, 28
dependencia de la arqueología, 313, 347
desarrollo, 101, 137-138, 148, 164-165, 382
naturaleza de la evidencia, 313, 368-369
relación con la antropología social, 231, 339
relación con la arqueología evolucionista, 101-102, 103, 110, 120-125, 141-143, 189-190
relación con la arqueología funcional y procesual, 222, 257-258, 260-262, 270, 279-282, 313, 315, 328-329, 331-332, 335-336, 339-340, 344-346, 393
relación con la arqueología histórico-cultural, 134, 135-136, 140, 176-177, 186
véase también antropología social; estudios interculturales; etnogénesis
etnología comparativa, 23, 74, 281, 349
Europa
desarrollo del anticuarismo, 52-72, 75-76
vista como reflejo del Próximo Oriente, 154-155, 237-238, 310, 356-357
vista como zona de especial creatividad cultural, 161-164, 166, 238, 242, 309
Evans, Arthur, 150, 162, 370
Evans, John, 27, 95
Evans-Pritchard, E. E., 252
evolución cataclísmica, 298-302, 303
evolución darwiniana
como modelo para interpretar el cambio cultural, 113, 152, 286, 347, 371, 372
como teoría de alto nivel, 15, 31-32, 103, 114-115, 118, 286, 319
impacto en el desarrollo de la arqueología, 77, 90, 94-96, 113-114, 115-116, 286
relación con el racismo, 113, 117, 126-127, 141, 386
véase también darwinismo social
evolución divergente, 307
Evolución General (White), 272, 307
evolucionismo, *véase* evolución darwiniana; evolucionismo cultural
evolucionismo cultural
concepto actual, 313-314, 341-342, 346-348, 367-368, 369-372
decadencia de la evolución unilineal, 103, 142-143, 149, 236, 241, 330, 342, 375-376
en China, 169
en el marxismo, 169, 209-210, 243, 246, 319-320
en el trabajo de V. G. Childe, 240-244
en la antropología social, 231-232
en la Unión Soviética, 197, 211, 212-215, 216-218, 221, 222-223, 227, 239-240, 243, 304
en los Estados Unidos, 118, 141, 274, 304, 391-392
evolución específica (Sahlins y Service), 273-274
evolución general (Sahlins y Service), 273-274, 307
evolución unilineal (paralela), siglos XVIII-XIX, 64-65, 80-84, 85-86, 97-102, 109, 110, 113-119, 152-156, 209
limitaciones, 249-250, 269, 286-288, 325-326
multilineal, 152-154, 210, 213, 238-239, 243, 245, 273, 307, 346-347
objetivos, 346
orígenes, 61-66, 70-71, 76, 87, 366, 374
reacción pública, 95, 103, 144, 147-148, 166, 299
relación con la historia, 282-283, 316-317, 329, 342, 347-348
resurgimiento después de la Segunda Guerra Mundial, *véase* neoevolucionismo
supuestos factores de retraso, 110-111, 141
véase también cambio cultural; evolución cataclísmica; evolución divergente; Evolución General (White); neoevolucionismo
ex oriente lux, teoría, 154
excavación, técnicas
calidad, 201, 247-248, 259, 333, 362
condicionantes sociales, 171, 295
en el Próximo Oriente, 47-49
en la Unión Soviética, 216
enterramientos, 72
estratigráficas, *véase* excavación, técnicas: verticales
horizontales, 133, 144, 187-189, 193-194, 211, 255

muestreo, 290-292
objetivos, 290
precientíficas, 39, 44, 47, 54, 55-58, 60, 67-70, 74, 76, 86, 129, 178
registro tridimensional, 189-190, 194, 250-251, 389
verticales, estratigráficas, 84, 100, 129, 139, 179, 186-190, 193, 194
véase también saqueo de yacimientos arqueológicos
explicación
estatus conceptual, 346, 349-350, 378
objetivo de la arqueología, 16, 36, 246, 258, 305-306, 314-316, 321, 343-344, 376
problemas en arqueología, 353-354, 367-368, 373
progreso en la, 355-356
reales e ilícitas, 373
visión de los historiadores, 353
véase también deducción; explicación «probable»; historia; inducción; predicción; pruebas alternativas; teoría de bajo nivel
explicación «probable», 348
explicaciones ambientales del cambio cultural, *véase* ecología cultural
explotación, *véase* competición; conflicto de clases
Exposición de París, 101

factores psicológicos
papel en la arqueología, 311-312
papel en la comprensión de la prehistoria, 283, 328, 345, 349-350, 360-361, 365
Fagan, Brian, 127, 128, 133
Fagg, Bernard, 134
Fairbanks, Charles, 255
falsa consciencia
definición, 246, 322
utilización social, 246, 303, 320, 351, 371
véase también ideología
falsificación, 32
fase
en el Método Taxonómico del Oeste Medio, 181
en el sistema de Gladwin, 180, 182-183
Fatyanovo, cultura de, 157
Faussett, Bryan, 72
fayenza, uso para la datación, 154
«fechas secuenciales» (Petrie), 191-192
Federico Barbarroja, 43
feedback (retroalimentación), 284
Fell, Barry, 295
Ferguson, Adam, 62
ferrocarriles, ayuda al desarrollo de la arqueología, 152, 381
Fewkes, J. W., 123
Feyerabend, Paul, 24, 316, 374
fíbula, 154
financiación, 26-27, 28, 133, 173, 262, 293
véase también mecenazgo
Fiorelli, Giuseppe, 187
Flannery, Kent, 284, 286-288, 307, 370, 392
Fleure, H. J., 19, 234-236, 238
flotación, 355
foco (definición), 181-183
folklore
como fuente de información del pasado, 37, 40, 52-54, 71, 74, 75, 135-137, 222, 246, 250, 331, 349
uso en la interpretación arqueológica, 23
Forchhammer, J. S., 85
Ford, Henry, 293
Ford, J. A., 183, 185, 193
Ford, Richard, 294
Forge, Anthony, 349-350
formalismo, en la arqueología rusa, 201, 204, 206, 228
formalista, enfoque, en economía, 33, 302-303, 360
Fort Ancient, cultura de, 178, 254
fósiles, identificación, 59
fósiles-tipo
arqueología, 167
geología, 97
fotografía, usos arqueológicos, 187
véase también fotografía aérea
fotografía aérea, 234, 391
Fox, Cyril, 234-235
Fox Farm (yacimiento), 254
Francia
anticuarismo, 56-60
desarrollo de la arqueología, 97, 89, 90-92, 93, 96-97, 102-103, 109, 110, 142, 384, 385
Ilustración, 62-63, 117
impacto del desarrollo político, 155, 231
marxismo, 315-316, 320
nacionalismo, 111, 144
véase también Revolución francesa
Franciso I de Francia, 56
Frazer, James, 319
Frere, John, 90
Freud, Sigmund, 283
Fried, Morton, 273-274, 308
fuego, conocimiento de su origen, 368
fueguinos, *véase* Tierra del Fuego

fuerzas de producción, 208-209, 225, 227, 239, 244, 319
funcionalismo
crítica, 316-317
orígenes sociológicos, 231, 232-233, 247-248
relación de las características y el sistema social, 246-247, 279
uso formal por los arqueólogos, 235, 246-253, 257-262, 266-270, 275, 277, 278-279, 284, 346, 390-391
uso ingenuo por los arqueólogos, 164, 181-182, 232-233, 269
visión marxista, 208, 211, 223-224, 304, 316, 318
véase también comportamiento; conjuntivo, enfoque
Furtwängler, Adolf, 155
«futuros shocks», 299
Fyodor III, zar 198

galeses, supuestos habitantes prehistóricos en el Nuevo Mundo, 105
Galileo Galilei, 62
Gallatin, Albert, 105, 119
Gallay, A., 328
Ganges (civilización del), estudio, 174, 267
Garlake, Peter, 131-132
Garrigou, Félix, 97
Gathercole, Peter, 136, 317, 322
Gayre of Gayre and Nigg, R., 131
Gedi, 134
Geer, Gerard de, 233
Gellner, Ernest, 326, 328, 352
generalización, *véase* teoría
generalizaciones empíricas, *véase* teoría de alto nivel
Génesis, libro del, 15, 59, 73, 103
Geoffrey de Monmouth, 52
geografía, influencia en arqueología, 28, 234-235, 237, 257
geología
influencia en arqueología prehistórica, 23, 87, 89, 97, 100, 102-103, 338, 385
precursora de la arqueología paleolítica, 89-90, 94-97
Geological Society of London, 95-96
Geological Survey of China, 164
Georgia (Estados Unidos), 255
Ghana, 134
Gilman, Antonio, 317
Gillen, F. J., 137
glaciación, 84, 89
Glacial Kame, cultura de, 178
Gladwin, H. S., y Winifred, 180, 193
Gladwin, sistema, 180, 182
Glastonbury
medieval, 42
yacimiento de la Edad del Bronce, 190, 297
Gledhill, John, 317
Gliddon, G. R., 112
«gobierno de iguales», interacción, 309
Gobineau, Joseph-Arthur, conde de, 111-112
Godelier, Maurice, 316
godos, 42, 213
Godwin, Harry, 233, 248
Gog (nombre bíblico), 42
Goguet, Antoine-Ives, 66
Golson, J., 314
Goodenough, Erwin, 329
Goodwin, A. J. H., 128
Gopal, Lallanji, 173-174
Gorodtsov, Vasily, 201, 203, 207
Götze, A., 157
Gradmann, Robert, 233-235
Graebner, Fritz, 147
Gran Bretaña
aproximación racionalista a la arqueología en el siglo XVIII, 66-70
arqueología paleolítica, 77, 102, 109, 110, 142
arqueología posprocesual, 323-328, 331-333
condiciones sociales a mediados del siglo XIX, 95, 117, 144-146, 155
desarrollo del anticuarismo, 53-55, 59-60, 70-72, 75, 384
impacto del funcionalismo en arqueología, 234-239, 247-253
influencia de la arqueología escandinava, 82, 86, 89, 247
influencia marxista en la arqueología, 239-247, 329
introducción de la cristiandad, 309-310
nacionalismo, 161, 177-178
Nueva Arqueología, 295-298
pretendido centro de creatividad prehistórica, 177-178
reacción a la Ilustración, 78, 117
reacciones negativas a la industrialización, 144, 146-147
Grant, Madison, 112
Gräslund, Bo, 152
Gray, H. S., 190
Grayson, Donald, 90, 368
Great Serpent Mound (yacimiento), 126
Grecia, 38, 40, 44, 160, 176
griegos antiguos, 38, 43, 155, 166, 384

Grigor'ev, G. P., 223-226
Grotefend, Georg, 47
grupos de interés, *véase* competición
guerra, estudio arqueológico, 362
Guerra Fría, 218, 263
Guerra Mundial
  Primera, 190, 203, 234
  Segunda, 218-219, 241, 243
Guest, Edwin, 234
Guo, Moruo, 168
Gustavo Adolfo de Suecia, 55

Haast, Julius von, 135
Habermas, Jürgen, 24, 316, 318
Hall, R. L., 328
«hallazgos cerrados», 79-81, 152, 192
Halley, Edmund, 70
Hallstatt, necrópolis, 189
Hamell, George, 328-329
hamitas, hipótesis hamíticas, 128
Han, dinastía, 49
Harrington, M. R., 254
Harris, Marvin, 31, 149, 274, 278
Haven, Samuel, 108, 123
Haverfield, F. J., 234
Hawkes, Christopher (jerarquía de Hawkes), 249, 305, 362-365
Hébert, Edmond, 94
Hellmich, Max, 234
Hempel, Carl, 282, 298
Herculano (yacimiento), 44-45
Herder, Johann, 145
Hewett, E. L., 123, 179
Higgs, Eric, 253
Hindenburg, Paul von, 158
Hindess, B., 322
hiperdifusionismo, 148-149, 373-374, 387
hipótesis alternativas (e hipótesis de trabajo múltiples) 59, 275, 281, 297-298, 336-337, 348-350, 369, 374, 376
Hirst, P., 322
Hisarlik (yacimiento), 187
historia (disciplina)
  como creadora de mitos, 15, 145
  conjetural/teorética, 64, 101
  de África, 133, 134
  definición y objetivos, 87-88, 176, 313, 351-352
  desarrollo, 37-39, 43-44, 382
  en la Unión Soviética, 210
  explicación, 315, 345-346, 347-348
  historiografía islámica, 51
  métodos, 297-298, 353-354, 382-383
  poco prestigio en Estados Unidos, 292-293
  relación con el evolucionismo cultural, 282-283, 298, 316-317, 329, 342, 347-348
  relación con el nacionalismo, 78, 144-145, 161-162, 167, 172, 175-176
  relación con la arqueología clásica, 51-52
  relación con la ciencia, 273, 282-283, 293-297, 317, 326, 346
  relación con la etnología y la antropología social, 232, 315, 344-345
  véase también arqueología (relación con la historia); arqueología histórico-cultural; historia económica; visión medieval de la historia
historia de la arqueología
  desarrollo, 108, 379-383, 386-387
  enfoques, 15-23
  impacto en la arqueología, 343-344, 352
  papel, 13-14, 15-16, 35
  presente propicio, 9
  recopilación, 383-394
historia del arte, 22, 34, 46-49, 51-52, 88, 134, 222, 328, 356
historia económica, 236
historia social, como objetivo de la arqueología, 249
historicismo cultural, en antropología, 232
histórico directo, enfoque, 74, 123-124, 159, 211, 257, 281, 319, 328, 349, 361, 365-366
Hitler, Adolf, 112, 240
Hodder, Ian, 323-326, 328-330, 349, 357, 371
Hoegh-Guldberg, O., 70
Hoffman, Michael, 51
Hogarth, D. G., 49
Hokkaido, 171
Holder, Preston, 258
holísticos, enfoques, en arqueología, 222, 230, 259, 261, 269-270, 280-281, 293-294, 316-317, 345-346, 348
Holmes, W. H., 120, 122, 125
Holstein, como tierra de origen indoeuropea, 159-160
homeostasis, 252, 277
Homero, homérico, 187, 237
homínidos fósiles, 15, 132, 303, 357-358, 360, 366, 367-368
  véase también antigüedad de los seres humanos; australopitecinos; neanderthal
homología, *véase* analogía culturalmente específica
Hooton, Ernest, 14-15
Hopewell, cultura de, 105, 178-179, 309
horizonte cultural, 183

Hrdlicka, Ales, 125
Huang-he, valle del, 169
Huánuco Pampa (yacimiento), 331
huellas, 67
huellas dactilares, uso arqueológico, 211
huesos oraculares (China), 51
Huffman, T., 131
Hungría, 58, 145, 237
hunos, 52
Hutton, James, 94
Huxley, Thomas, 113, 388
Hvojko, V. V., 157

Ibn Jaldun, Abu Zayd Abd ar-Rahman, 51
iconografía, 329
véase también arte
idealismo
animado por el medio social, 330
influencia en arqueología, 32, 261, 276, 283, 318, 329-330, 342, 373
«ideas elementales» (Bastian), 101
ideología
arqueología como, 24-26, 171-172, 272, 322
detección arqueológica, 211, 323-325
estudio arqueológico, 279, 317-318, 362-363
negación de su influencia en la interpretación arqueológica, 135, 284, 294, 298, 299-306, 317-318, 320-323, 340-342, 345, 348-349, 351, 356-357, 358-359, 370, 372-373, 374-375, 383-384
teorías, 315-316, 317-319, 342
véase también conservadurismo; Estados Unidos; falsa consciencia; materialismo histórico; religión
ideología de conservación, 300
Ikawa-Smith, Fumiko, 170
Ilustración
abandono intelectual de conceptos clave, 71-72, 88, 111, 117, 147, 299, 330, 338
ideas principales, 63-64, 71, 383-384
impacto en el evolucionismo, siglo XIX, 78, 87-88, 101, 109, 110, 119, 152, 209, 383-384
importancia para la arqueología, 64-65
influencia en los Estados Unidos, 118
orígenes, 61-65
inca, civilización, 119, 331-332
India
actitudes tradicionales hacia el pasado, 51
arqueología, 173-174, 190, 389
historiografía en, 173-174
indios (norteamericanos)
especulaciones sobre sus orígenes, 73-74, 112, 123-125, 149-150
estereotipos negativos, 73, 104-105, 109, 117-118, 124-125, 126-127, 141, 178, 182, 183-186, 195, 294-295, 375, 377, 384, 385-386
impacto arqueológico en su comprensión, 195-196, 264-266, 294-295, 312-313, 375
relaciones con los arqueólogos, 122-123, 195-196, 254, 294-295
Indo, valle del, civilización, 173-174, 238
indoeuropeos, 157, 159-160, 162, 166, 173
inducción, como enfoque de la interpretación arqueológica, 33-34, 66-67, 108, 261, 282-283, 286, 288, 290, 311-312, 314, 335, 347-348
industrialización, impacto en la arqueología, 95, 384
véase también ferrocarriles
influencias en el desarrollo de la arqueología
externas, 23-26, 369-375
internas, 195-196, 357-361
Inglaterra, *véase* Gran Bretaña
innovación, capacidad humana para la
estereotipos raciales, 119-120, 159-160
explicación, 275-276, 277-278, 311
impacto en el desarrollo cultural, 238-239, 245
invención múltiple, 237, 309
teorías ambientales, 63, 111, 118-119
visión negativa, 133, 146-147, 148-149, 154-155, 166, 169, 183, 185-186, 195-196, 238-239, 253, 272, 375
visión positiva, 102, 125, 134, 177, 196, 210, 215, 244, 264, 277-278, 285, 294-295, 330, 347
véase también unidad psíquica
instinto, sustituto cultural para el, 15
Instituto Arqueológico de Moscú, 201
Instituto de Arqueología (URSS), 216, 221
Instituto de Historia de la Cultura Material (URSS), 216
integración, en los sistemas socioculturales, 232-233, 245, 252, 260-261, 266, 269, 276, 278, 284, 302, 310-312, 316, 372
intencionalidad, en el comportamiento humano, 210, 283, 286, 301, 304-305, 315-317, 319-320, 330, 342, 349, 377
interacción entre sociedades, 308-314, 341-342, 346-347, 363
véase también difusionismo; «gobierno de iguales»; migración
intercambio, estudio arqueológico, 237-238, 249, 250, 252, 297, 305, 355, 357, 362

interdisciplinarios, enfoques, en arqueología, 22-23, 27-28, 75, 84-85, 110, 136, 222, 264, 331, 349, 366
véase también prehistoria
interpretación de los datos arqueológicos, 15-16, 24-25, 28, 222, 362
ideográfica, 294-295, 315, 316, 325, 346, 348
nomotética, 347; *véase también* teoría de alto nivel
inuit, *véase* esquimales
inundaciòn
Babilonia, 104
Noé, 40, 66, 92-94, 104
invención, *véase* innovación
investigación multidisciplinaria, *véase* interdisciplinarios, enfoques, en arqueología
Irak, 104, 148, 174-175, 237, 238, 241, 262, 267, 316, 373
Irán, 175, 310
Irkutsk, 221
Irlanda, desarrollo de la arqueología, 177
iroqueses, 28-29, 37, 119, 122, 182, 254, 308
irrigación
teorías sobre, 235, 267-269, 285, 369
valor práctico de su investigación arqueológica, 216, 293
véase también teoría del oasis
Isabel I de Inglaterra, 62
Islam, influencia en arqueología, 51, 175
Israel
actitudes hacia la arqueología, 175
antiguo, 104
como metáfora para los europeos, 73
Italia, 43, 46, 52, 111, 150, 154, 160

Jacobo I de Inglaterra, 54
Jairazbhoy, R. A., 295
Japón
anticuarismo, 51, 76, 170, 384
condicionantes en arqueología, 168, 171
desarrollo de la arqueología, 22, 170-172, 389
influencias marxistas en arqueología, 171
introducción del budismo, 309-310
papel de la arqueología en la vida nacional, 171-172
Jarman, M. R., 253
Jarmo Project, 262
jázaros, 213
jefaturas
crítica del concepto, 308
estadios de desarrollo, 273-274
Jefferson, Thomas, presidente de Estados Unidos, 74, 106-107
jerga, en arqueología, 23
Johnson, J. P., 132
Johnson, Samuel, 60, 76
Jomon, cultura de, 22, 170-172
José de Arimatea, 42
Jussieu, Antoine de, 60

Kansas, 74
Kazan, 200
Keene, A. S., 334
Keller, Ferdinand, 86
Kemerovo, 221
Kendrick, T. D., 53
Kenia, arqueología, 132
Kent's Cavern (yacimiento), 92
Kentucky, 254
Kerch, 199
Khaemwese (princesa egipcia), 38
Khorsabad, 47
Khudyakov, M., 213
Kidder, A. V., 179-180, 185, 258, 294, 381, 388
Kilwa (yacimiento), 134
Klemm, Gustav, 156, 159
Kluckhohn, Clyde, 156, 258, 282, 346
Klüver, Philip, 58
Kofun, cultura de, 170-171
Kogenei, Yoshikiyo, 171
Kohl, P., 310
Kolakowski, Leszek, 321-323, 393
Korobkov, I. I., 224
Kossinna, Gustaf, 157-161, 162-163, 164, 166, 202, 240, 375, 388
Kostenki (yacimiento), 200
Krasnoiarsk, 199
Krichevsky, Y., 207
Kristiansen, Kristian, 317
Kroeber, A. L., 120, 156, 179, 192, 259, 283, 286, 389
Kromdraai (yacimiento), 133
Kruglov, A. P., 207, 211-212, 243
Kuhn, T. S., 16-18, 24
Kulturvolker, 159
kurganos, 198-201, 216
Kus, Susan, 317
Kuyunjik (yacimiento), 47

La Madeleine (yacimiento), 97
La Peyrère, Isaac de, 59, 112
La Tène, cultura de, 150
Lafitau, Joseph-François, 71
Lagerheim, Gustav, 233

laissez-faire, *véase* teorías de *laissez-faire*
Lal, M., 267
Lamarck, Jean-Baptiste, 95
Lamberg-Karlovsky, C. C., 310
Laming-Emperaire, Annette, 365
Lartet, Edouard, 96, 100
Laufer, Berthold, 179
Laugerie Basse (yacimiento), 97
Layard, Austen, 15, 47-48
Le Moustier (yacimiento), 97
Leach, E. R., 330
Leakey, Louis, 132-133
Leakey, Mary, 133, 381
Lee, R. B., 299
Legrand d'Aussy, Pierre, 80
Leland, John, 54
Leman, Thomas, 72
lenguaje
análogo a la teoría, 377
importancia para el comportamiento humano, 330
origen, 319
Lenin, V. I., 202, 203, 205, 208, 221, 322
Leningrado, *véase* San Petersburgo
Leone, Mark, 323
Lepsius, Karl, 47, 128
Leroi-Gourhan, André, 326, 339, 365
Levallois, técnica, 226
Lévi-Strauss, Claude, 326
ley científica, *véase* teoría
ley experimental, *véase* teoría de bajo nivel
leyes de cobertura, *véase* teoría de alto nivel
Lhwyd, Edward, 60
Li Ji (Li Chi), 167-168
Libby, Willard, 285
libre albedrío, 272, 283
libros de texto, 17, 66, 114, 236, 367-368, 391-392
linealización de sistemas, condicionantes políticos y sociales, 288
lingüística, relación con la arqueología, 23, 110, 158, 202, 203, 213, 219, 220, 222, 236, 259-260
Linton, Ralph, 264
Liubin, V. P., 224-226
Locke, John, 62
loess (suelos de), y las distribuciones culturales, 233-234
Long, Edward, 112
Longshan, cultura de, 168
longue durée, 310
Louisiana, 60
Lowie, Robert, 257
Lu Dalin, 49
Lubbock, John
apoyo a las visiones raciales, 115-117
carrera, 114
conceptos evolucionistas, 96, 115-118, 142, 144, 147, 158, 243
influencia en los asentamientos coloniales, 117-118, 126-127, 135, 141-142, 386
Prehistoric Times, 96, 113-115, 116
Lucrecio Caro, 65-66, 79
Luis XIV de Francia, 62
Lukács, Gyorgy, 320, 322
Lunacharsky, Anatoly, 203
Lund, Universidad de, 60, 82
Lusatian, cultura de, 219
Lyell, Charles, 94-96, 103, 135
Lyttelton, Charles, 60

MacEnery, John, 92
Mackinder, H. J., 234-235
MacNeish, R. S., 28-29, 262-263, 300, 381, 391
macrorregiones, 309
Madison, James, 105
Magadan, 221
Magdaleniense (época), 98, 150
Maglemosiense, cultura, 159, 247
Mahudel, Nicolás, 65-66, 79
Makapansgat (yacimiento), 133
Malinowski, Bronislaw, 231-232, 248, 257
Mallows, W., 131
mamuts, 90, 92, 198
Mandelbaum, Maurice, 353
Mansurov, M. M., 224
Mao Zedong, 168
maorí, 135-137
Marcus, Joyce, 307, 331
Marcuse, Herbert, 24, 316, 321
Marietta (yacimiento), 106
Mariette, Auguste, 47
Marr, Nikolay, 202, 203, 213-214, 220, 240
Marshack, Alexander, 328
Marshall, John, 173-174
Martin, P. S., 185, 255, 257, 283, 293, 302-303, 392
Mártir de Anglería, Pedro, 59
maruiwi, 136
Marx, Karl, 207-210, 213, 219, 225, 231, 242, 316, 318, 319, 322, 329
marxismo, marxismo-leninismo, *véase* materialismo histórico
Marzahna (yacimiento), 58
Masada (yacimiento), 175
Mason, O, T., 118, 121

Masson, V. M., 222, 226
Masterman, Margaret, 17
materialismo
corriente, 274, 342
papel en el análisis arqueológico, 9, 10, 32, 245, 247, 262, 273, 275-276, 304, 308, 312-313, 319, 330, 342
relación con el cambio social, 65, 239-240, 271, 319, 330, 372
visión marxista, 316-318
véase también determinismo demográfico; determinismo económico; determinismo tecnológico; ecología cultural; materialismo cultural; materialismo histórico
materialismo cultural, 10, 32, 274, 316
materialismo histórico
aplicabilidad a la arqueología, 227, 359-360
aplicación a las sociedades preclasistas, 319-320
aplicaciones recientes en Occidente, 10, 315-325, 329-330, 372-373, 393
como explicación histórica, 209-210, 220-222, 244, 372
como teoría de alto nivel, 10, 32, 221, 228, 243-245, 273-274, 283, 305, 316-317, 319, 321, 330, 345, 359-361
en China, 168-169
en Japón, 171
en la Unión Soviética, 197-198, 204, 210, 213, 214-216, 221-222, 227-229, 242-245, 304-305, 322-323, 390
en México, 173
limitaciones, 228, 239-240
objetivos explicativos, 316-317, 383
principios formulados por Marx y Engels, 207-210, 319-320
reificación pretendida, 322
visión de la naturaleza humana, 320, 338
véase también Childe; evolucionismo cultural
matrimonio, inferencia arqueológica de modelos, 211, 331, 357
véase también modelos de residencia
Mauch, Carl, 129
maya, civilización, 105, 118, 315, 331, 389
McCulloh, James, 105
McGill University, 103
McGuire, J. D., 122
McKern, W. C., 181-182
McLennan, John, 101
mecenazgo, mecenas, de la investigación arqueológica, 25, 27, 43, 44, 46, 55, 72, 88, 126, 199, 201, 203-204, 321, 351
medios de producción, 228-229: *véase también* fuerzas de producción; relaciones de producción
megalitos, 40, 52, 53-54, 58, 60, 70, 145, 148, 151, 177, 247, 317-318
Meggers, B. J., 275
Meiji, revolución, 170
Meillassoux, Claude, 316, 320
Mel'gunov, Aleksey, 199
Mel'gunovski, kurgano, 199
Meltzer, D. J., 123
Mercati, Michel, 59, 61, 65-66
Merenksy, A., 129
Merneptah (faraón), 104
Mesoamérica, 183, 258, 262, 274, 282, 284, 286, 300, 302, 307, 309
Mesolítico (período), estudio, 26, 151, 247, 297, 369
véase también Arcaico (estadio)
Mesopotamia, *véase* Irak
Messikommer, Jakob, 86
mestizaje, 112, 128, 160, 161, 166
metalurgia, estudio de su origen, 61, 82, 177, 183, 237-238, 267, 268
Método Taxonómico del Oeste Medio, 181-183, 255, 257, 276-278, 391-392
metodología arqueológica, 362, 382-383, 389
véase también clasificación; estratigrafía; excavación; seriación; tipología
México
actitudes hacia el pasado, 74, 172
desarrollo de la civilización, 119, 369
objetivos de la arqueología, 180
papel en el mito de los Constructores de Túmulos, 105, 107, 118
práctica de la arqueología, 172-173, 258, 262, 267-268, 389
promoción estatal de la arqueología, 172-173
relaciones con los Estados Unidos, 119, 173, 178
México, valle de, 267, 290-298, 303, 309, 360
Meyer, Eduard, 157
Micenas, civilización micénica, 38, 154, 155, 157
migración
estatus actual, 227-228, 358-359, 366
explicación histórico-cultural del cambio, 139, 147, 149-150, 154, 160-162, 164-166, 171-172, 174, 183-185, 186, 195-196, 204, 220, 227, 235, 237, 243, 258-259, 278, 358-359, 387
identificación arqueológica, 357, 387-388
primeros usos, 67, 82, 122-123, 136, 141
rechazo como explicación, 28-29, 171, 211, 214, 230, 266, 285, 304

véase también difusionismo
Millar, John, 62
Miller, Aleksandr, 201, 203, 207
Miller, Daniel, 317, 320-321, 322
Miller, Mikhail, 204, 207
Mills, W. C., 178
minoica, civilización, 15, 157, 370
Mississippi, valle del, búsqueda arqueológica, 105-108, 122, 183, 192
Mississippi, cultura del, 105, 183, 257-258
Mississippi, modelo del, 181, 182-183, 185
mito, la historia como, *véase* historia
mitología, 326, 329
mixteca, cultura, 307
modelo (definición), 181-183
arcaico, 74, 122, 181, 185
modelo de importancia estadística, 314-315, 348
modelos de residencia, estudio arqueológico, 211, 281, 336, 357, 362
modelos de subsistencia
estudio arqueológico, 83, 88-89, 98, 194, 236, 243, 250-252, 257, 259, 262, 269, 362
importancia para la arqueología procesual, 262, 280, 288-290, 299, 305, 331, 357, 364
modo (unidad analítica), 193
modo de producción asiático, 221
Mohammed, A., 313-314
momificación, 148
monasterios, disolución, 53-54
monogenismo, 112-113, 386
Mont Auxois (yacimiento), 144
Mont Réa (yacimiento), 144
Montelius, Oscar
estudios cronológicos, 17, 151-154, 163, 192, 201, 285
influencia, 204, 206, 214, 228, 239, 241, 275, 310
teorías difusionistas, 154-156, 159, 161-162, 164-166, 177, 387-388
Montesquieu, Charles-Louis, barón de, 62
Montfaucon, dom Bernard de, 60, 66, 79
Moore, C. B., 120
Moore, J. A., 334
Moorehead, W. K., 125, 178
Moret, Alexandre, 236
Morgan, L. H., 101, 118-119, 126, 213, 272
Morlot, Adolf, 108, 391
Morris, Craig, 331
Morse, Edward, 22, 170-171
Mortillet, Gabriel de, 97-102, 142, 144, 150, 201, 385
Morton, Samuel, 106, 112
Moscú, 200-201, 202, 203, 207, 216, 221
movimiento de conservación, 298-299, 301
movimiento ecológico, 298-299, 301
Much, Mattäus, 155
muestreo
en un yacimiento, 290
influencia de la Nueva Arqueología, 290
regional, 290-292
tendencias recientes, 292
Mulvaney, John, 139
Müller, Gerhard, 199
Müller, Sophus, 150-151
mundo, edad del, 40, 76, 89, 90-92
Murdock, G. P., 245, 366, 391
Murray, Kenneth, 134
Museo de Antigüedades del Norte (Copenhague), 82
Museo Hermitage, 199, 200
Museo Histórico de Moscú, 201
Museo Nacional de los Estados Unidos, 125
Museo Nacional de Tokyo, 170
museos, 38, 53-54, 56, 78, 121, 125-126, 134, 145, 168, 173, 195, 197, 199, 239, 252
véase también Ashmolean Museum; Museo Hermitage; Peabody Museum
Musteriense (época), 98, 128, 132, 150, 223-224, 337, 368
Myres, J. L., 162-163, 332, 388

nacionalsocialismo (Alemania), 32, 158, 241, 304, 353, 370
nacionalismo
definición, 167, 387
en África, 134, 176
en Australia, 140
en Egipto y el Próximo Oriente, 174-175
en Europa, 71, 111, 113, 144-146, 157-158, 176-177, 193, 195, 206, 387
en la India, 173-174
en México, 173
y desarrollo de la arqueología, 88, 195-196, 294, 351-352
véase también patriotismo
Nagel, Ernest, 29
Napoleón I, 47, 72, 82, 111
Napoleón III, 144
Naskapi, 361
National Science Foundation (Estados Unidos), 262, 293
naturaleza humana, 25, 34, 62, 64, 71, 88, 308, 319-320, 338, 361, 378
véase también innovación
Naturvolker, 159

nazis, *véase* nacionalsocialismo
neanderthal, hombre de, 114
véase también Musteriense (época)
Nebraska, 257
negros, visión racial
en África, 127-128
en América, 111-113
Neil, W. G., 129
Nelson, N. C., 179
neoclasicismo, 71
neoevolucionismo
aplicación a la arqueología, 177, 275-278, 288, 298, 346-347, 360
características clave, 271-272, 276-278, 281, 299-300
debilidades y declive, 275, 288, 290, 300, 305, 307, 309, 314, 316, 325-326, 329, 335, 338, 342, 346-347, 372, 391-394
orígenes, 271-274, 391
valor explicativo, 10, 222, 346, 348, 363, 371
neohistoricismo, *véase* particularismo histórico
Neolítico, período
definición, 96, 165, 235
subdivisiones, 154
neomarxismo, *véase* materialismo histórico (aplicaciones recientes en Occidente)
neutralidad ética, 393
Newton, Isaac, 62, 67, 245
Nigeria, arqueología, 134
Nilsson, Sven, 19, 82-84, 87, 110, 220, 250, 337
Nimrud (yacimiento), 15, 47
Nínive (yacimiento), 47, 104
normandos, en Inglaterra, 161
normas, *véase* cultura (visión normativa)
Noruega, 66, 157
Nott, J. C., 112
Novgorod (yacimiento), 219
Novosibirsk, 221
Nubia, 267
núcleos culturales, 154-155, 273, 311
nuer, 252
Nueva Arqueología
crítica y limitaciones, 294-295, 305-306, 309, 315-316, 323-328, 329, 342, 362, 392-393
influencia, 174, 292-293, 297, 356
orígenes, 261, 269-270, 275-277, 294-295, 308, 391-393
prejuicios antihistóricos, 292-298, 393
programa, 276-283, 292, 294-295, 302, 309, 315-316, 331, 332-333, 383, 392-393
semblanzas con la arqueología soviética, 293-294, 304-305
tendencias, 283-293, 298-302
visión positiva del cambio, 283-284, 374-375
Nueva Geografía, 283, 295, 392
Nueva Guinea, como fuente de analogías etnográficas, 86, 307-308
Nueva Inglaterra (Estados Unidos), 73, 328
Nueva Política Económica (URSS), 203-205
Nueva York (estado), arqueología, 122, 254-255
Nueva Zelanda
arqueología, 135-137, 387
relaciones entre maoríes y europeos, 136-137
Nuevo Mundo
asentamientos amerindios, 366-367
consecuencias intelectuales del descubrimiento europeo, 73-74
numismática, 27, 43, 70, 72, 79, 87, 385
nunamiut, 338-339
Nyerup, Rasmus, 75, 79

oasis, teoría del, *véase* teoría del oasis
Oaxaca, 267
Obermaier, Henri, 151
Obermailen (yacimiento), 86
objetividad
logro parcial, 373, 375-376, 377-378
objetivo de la interpretación arqueológica, 13, 24-25, 282, 302, 320-321, 342, 343, 352, 368-371, 376
problemas, 35, 329-330, 340-341, 359-360, 361
véase también neutralidad ética
Odessa, 199
Ofir, 128
ofrendas votivas, 37, 38-39
Ohio, valle del, investigación arqueológica, 105-108, 126, 178
olduvariense, industria, 133
Olduvai, Garganta de (yacimiento), 133
Olimpia (yacimiento), 187
olmeca, cultura, 37, 369
Olorgesaillie (yacimiento), 133
Omori, conchero (yacimiento), 22, 170
Ontario, investigación arqueológica, 254
opinión, *véase* subjetividad
organización política
estudio arqueológico, 246-247, 248-249, 266-269, 297, 357, 362
factores determinantes, 364, 372
impacto en los sistemas sociales, 364, 372-373
véase también teorías cíclicas
organización social
como objeto de estudio arqueológico, 86, 88-89, 211, 241, 246, 248-253, 255, 258, 266, 279-281, 288, 297, 304-305, 359-360, 361, 362-363

como objeto de estudio de la antropología social, 231-232
factores determinantes, 248, 305-306, 364, 365, 372
inferencia, 281
papel explicativo, 284, 316-317, 364, 372
organizaciones de estudios regionales (Unión Soviética), 202, 205
Oriente, sociedad oriental, 242
Orme, Bryony, 18-19

Países Bajos, historia de la arqueología, 381
Pakistán, *véase* Indo (valle del)
paleobotánica, 84, 85, 194, 250-252, 253, 355
paleoeconomía, 253
Paleolítico, período
importancia en la arqueología africana, 127-128, 366
interpretación, 100, 142, 150, 374
nombre, 96
problemas de interpretación recientes, 338-339, 357-358, 367-369
subdivisión, 96-98, 109, 151
paleontología
importancia metodológica para la arqueología, 23, 87, 97, 100, 102, 249
origen, 90-92
precursora de la arqueología paleolítica, 89-90, 96-97
paleozoología, 84-85, 103, 250-252, 253, 355, 357
Palestina, arqueología, 104, 174, 175, 187-188, 389
paneslavismo, influencia en la arqueología rusa, 200
paradigma
definición, 16-18
ejemplos en arqueología, 17, 299, 323
orientación subjetivista, 24-25
revolución científica, 17
rivalidad entre paradigmas, 17-18
véase también arqueología histórico-cultural; evolucionismo cultural
París, 78
Parker, A. C., 254
Parlamento, referencias hechas por Childe, 363-364
Parsons, J. R., 288, 290
Partia, 216
particularismo histórico
aplicación a la antropología americana, 181, 261-262
desarrollo, 147-148, 342
rechazo, 272
resurgimiento y validez permanente, 308, 311, 314-317, 325, 341, 342, 347, 371
Partido Comunista (URSS), 202, 205, 207
Partido Laborista (Australia), 140
pasado
realidad, 352-353
su estudio, como meta de la arqueología, 344, 351-352
utilización, 383
visión antigua, 38-39
visión popular, 383
pasado «plano», 123
pastoralismo, discusión de su importancia histórica, 19, 83, 128, 162, 212, 367
patrimonio cultural, 131, 140-141
patriotismo, 52-53, 56, 77, 78-79, 88, 145, 218, 387
véase también nacionalismo
patronazgo, *véase* mecenazgo
Patterson, Thomas, 292
Pausanias, 38-39
Pazyryk (yacimiento), 216
Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, 125, 386
Peake, H. J., 19, 168, 235, 236, 238
Pearson, M. P., 317-318, 320
Pecos, Congreso de, 180
pedernal, *véase* «piedras del trueno»
Pedro I, zar, 198
Pengelly, William, 95
periferia, *véase* periferias culturales
periferias culturales, 154-155, 310
Péringuey, Louis, 132
periódicos, *véase* revistas
Perry, W. J., 148, 235
Persépolis (yacimiento), 175
Perú, 74, 118-119, 258, 264-265, 274
Petrie, W. M. F., 28, 104, 131, 149, 187-188, 190-192, 381, 382, 389
Peyrère, Isaac de la, *véase* La Peyrère, Isaac de
Picard, Casimir, 93
«piedras del trueno», 37, 54, 59-60
piedras rúnicas, 55-57
Piggott, Stuart, 67, 321
pinturas rupestres, *véase* arte rupestre
Pío II, papa, 44
pipas, estudio, 122
Pitt-Rivers, A. L.-F., 189-190, 193, 381, 389
Plejanov, G. V., 210, 322
Plinio el Viejo, 54
Plog, Fred, 293, 302-303
Plot, Robert, 59-60

«poblados lacustres» (Suiza), 86-87
Podgayetsky, G. P., 207, 211, 243
Polanyi, Karl, 197
poligénesis, 59-60, 112-113, 119, 386
Polinesia, arqueología, 331
véase también Nueva Zelanda
Polonia, polacos, 54, 145, 146, 176, 194
Pompeya (yacimiento), 44-46, 187, 334
Pontoppidan, Erik, 61, 70
popularización de la arqueología, 173
posibilismo
en arqueología, 236-237
en geografía, 235, 391
positivismo
crítica, 24, 298, 306, 314, 316, 320-321, 322-323, 352-353, 375
en arqueología, 13, 23, 25, 33, 173, 282, 293-294, 302, 336, 343, 352, 359-360, 383, 393
en el marxismo, 208, 322
en las ciencias sociales, 14
Posnansky, Merrick, 176
Post, E. J. L. von, 233
potasio-argón, datación, 133, 355
Powell, J. W., 123-124, 126
predicción
como explicación, 244-245, 282, 290, 298, 320
del conjunto a partir de las partes y de las partes a partir del conjunto, 346, 363, 372
diferenciada de la explicación, 310, 314-315, 322, 329, 342, 346, 349
véase también interpretación de los datos arqueológicos. ideográfica
prejuicios sexistas, en arqueología, 321, 351
prerrequisitos culturales, 311
Prestwich, John, 95
Prichard, J. C., 112-113
Priest, Josiah, 105-106
«primeros hombres» en el Nuevo Mundo, *véase* arqueología paleoindia
principio del mínimo esfuerzo, 350
procesamiento de datos, electrónico, 28
procesos de formación cultural (C-transforms) (Schiffer), 334-335
procesos de formación natural, *véase* procesos de formación no cultural
procesos de formación no cultural (N-transforms) (Schiffer), 335, 336-337
procesos de reducción, 358
procesos morfogenéticos, 284
profesionalización de la arqueología, 25, 84, 125-126, 132, 135, 137, 143, 215-216, 386
progreso
definición, 209
desilusión, 144, 146-147, 241, 300-301
en la interpretación arqueológica, 18-19, 34, 102, 356, 358, 362, 366-369, 371, 373
fe en el progreso cultural, 61-64, 66, 88, 95, 100-101, 116-118, 244, 272, 273-274
uso del concepto para interpretar los datos arqueológicos, 100
visión medieval, 42
proletariado, 115, 117
promoción (en los sistemas), 288
propaganda, datos históricos y arqueológicos como, 52-53, 55-56, 353
propiedad privada, 211-213, 243
protección de antigüedades, 56, 58, 114, 140
protesta, movimientos de, 298
protestantismo, *véase* Reforma
Próximo Oriente
actitudes tradicionales hacia el pasado, 51
arqueología, 174-175, 187-189, 262-264, 300, 303, 356, 389
centro de desarrollo cultural, 127-128, 154-156, 161-162, 163, 168, 237-239, 241, 262-264, 309
colonización, 155, 160
declive, 238, 242
lugar tradicional de la creación, 40-42, 71, 73
véase también asiriología; egiptología; Israel; Palestina
Proyecto Basura (Garbage Project), 344
pruebas alternativas, 366
Pskov, 200
pueblo, indios, 123, 179-180, 257
Pumpelly, Raphael, 19, 157, 234
puntas de flecha (estilos), en África, 325
puritanos en Nueva Inglaterra, 73
Putnam, F. W., 120, 125-126
Puycourniense, época, 98

Qien, Si-ma, 39, 49
Qin Shihuangdi, 15
Qing, dinastía, 49-51
Quimby, G. I., 185, 255

racionalismo
declive de su importancia, 111, 299-300
influencia en el evolucionismo unilineal, 88, 152, 204
influencia en la arqueología, siglo XVIII, 64, 71, 321
uso actual y valor potencial, 283, 349-350
racismo
desarrollo, 32, 104, 109, 111-113, 115-118,

119-120, 126-127, 137-139, 141, 146-147, 240, 386
influencia en la arqueología, 119-120, 125-128, 131-132, 139, 141, 156, 158-160, 166-167, 171, 196, 204, 375, 386-387
papel social del, 351
rechazo del, 32, 119, 162, 179, 185-186, 199, 214, 238, 295, 370
Radcliffe-Brown, E. R., 231, 232, 248, 257
radiocarbono, *véase* datación radiocarbónica
Raganda, lago, 233
Raglan, lord, 148
Raleigh, Walter, 62
Randall-MacIver, David, 131
Ranke, Leopold von, 353, 392
Rathje, William, 302-303, 344
Ratzel, Friedrich, 147, 156, 178
Ravdonikas, V. I., 205-207, 210, 213
Rawlinson, Henry, 47
Raynal, Guillaume-Thomas, 118
razón, *véase* racionalismo
Real Academia Danesa de Ciencias, 85
realismo filosófico, 208
reclamaciones territoriales, aval arqueológico, 160, 219
recolección de antigüedades
antes del siglo xx, 44-47, 53-54, 56-58, 74, 85-86
en China, 39, 49-51
en Japón, 51
en la antigüedad, 38-39
en la Europa medieval, 43, 53-54
en Rusia, 198-199
Redfield, Robert, 257
redistribución, como fuente de prestigio, 320
Reforma, impacto en el anticuarismo, 53
refutación de teorías, 377
regularidades en la interrelación cultural, 317, 326, 328-329, 341-342, 347-348, 365, 371-372
véase también teorías de alto nivel
Reinach, Salomon, 155
Reisner, George, 179, 189
relaciones de producción, 208-209, 225, 227, 239, 241-242, 244, 246, 274, 319-320, 330
relativismo cultural
ataques a la ciencia, 24-25
estatus actual, 320-322, 350-354, 359, 366, 369, 393-394
evidencias, 342, 359-361, 376
limitaciones, 373-377
oposición, 322, 371
primeras formulaciones, 147, 178
punto de vista marxista, 210, 317, 322
véase también subjetividad
religión
estudio arqueológico de la, 86, 88, 248-249, 258, 279-281, 288, 295, 317, 326, 328, 331-332, 356
factores que influyen en la, 305, 364-365
importancia para la Nueva Arqueología, 305, 362
influencia de lo social en la, 249, 330
su huella en el registro arqueológico, 246
su papel en la interpretación arqueológica, 148, 241, 246, 257, 267, 311-312, 350, 352
Renacimiento, 43-46, 49, 53, 55, 56, 62, 383
Renfrew, A. C., 177, 283, 285, 297, 298, 300, 392
retrodicción, *véase* predicción
reutilización de artefactos, 334-335
Reuvens, C. J. C., 381
revelación de la voluntad divina, 42
revistas, 17, 216
revolución americana, 118
Revolución científica, *véase* paradigma
Revolución Cultural (China), 168
revolución cultural (URSS), 205, 214-215
Revolución francesa, 72, 78, 82
Revolución industrial, 25, 88, 116, 144, 146, 148, 253, 381
revolución neolítica (Childe), 238
revolución política
como resolución de conflictos, 244
China, 168-169
México, 172
Unión Soviética, 201, 203, 205, 215
véase también Childe (concepto de revolución); Revolución francesa; Revolución industrial; revolución neolítica; revolución urbana
revolución urbana, 222-223, 238
Rey, P. P., 316
Rhodes, Cecil, 129
Rigollot, M.-J., 94, 95
Rindos, David, 286
Ripley (yacimiento), 254
Ritchie, William, 255
ritual, 318-319, 243
Rivers, W. H. R., 148
Robenhausen (yacimiento), 86
Robenhausiense, época, 98
Robertson, William, 62, 65, 118-119
Robinson, Keith, 132
Rolando (héroe medieval), 56
Roma, Imperio romano, 38, 39, 43-44, 155, 242, 314

romanos, antiguos, 38-39, 42, 90, 161, 166, 175, 234
romanticismo
influencia en arqueología, 71-72, 111, 321, 375
tendencia literaria, 71-72, 116, 145
Rosetta, piedra, 47
Rostovtsev, M. I., 203
Rous, John, 53
Rousay, 247
Rouse, Irving, 330-331
Rousseau, Jean-Jacques, 71, 116
Rowlands, M. J., 322
Royal Geographical Society, 129
Royal Society of London, 66-67, 95
Rudbeck, Olof, 56
Rusia, arqueología antes de 1928, 198-205, 389
véase también arqueología soviética
Rygh, Olof, 157

Saba, reina de, 128
Sabloff, J. A., 16, 179, 181, 257
Sahlins, M. D., 273-274, 307
Saint Acheul (yacimiento), 94
Saint-Simon, Henri de, 231
saíta, período (Egipto), 38
sajones, papel en la historiografía británica, 161, 177
Salmon, Merrilee, 314-315, 348, 349
Salmon, Wesley, 348
Salomón (rey), 128
salvacionismo extraterrestre, 373-375
Samarkanda, 211
Samotracia (yacimiento), 187
san (bosquimanos), 150, 312, 329, 338
San Petersburgo, 198, 200, 201, 202, 207, 216, 221
Sanders, W. T., 267-268, 288, 290
sánscrito, 173
Santley, R. S., 288, 290
Santo Grial, 42
santuarios griegos, *véase* escultura clásica
saqueo, de yacimientos arqueológicos, 40, 47, 198, 335
Schiffer, Michael, 14, 333-336, 343-344, 358, 362
Schleswig, como tierra de origen de los indoeuropeos, 159-160
Schliemann, Heinrich, 15, 157, 187
Schliz, Alfred, 234
Schmerling, P.-C., 92
Schmidt, Wilhelm, 147
Schofield, John, 134
Schoolcraft, Henry, 111
Schuchardt, Adolf, 155
secuencia (estadio de desarrollo), 273-274
secuencias de depósitos sedimentarios, 233
sedentarización, estudio arqueológico, 264
selección
cultural, 274, 302, 311, 370-371, 377-378
natural, 15, 96, 113, 115-117, 286, 319, 350
Seligman, Charles, 128
Semenov, S. A., 220, 225
semítico-hablantes (pueblos), papel histórico, 162
sentido común, papel en la interpretación arqueológica, 315, 339-340, 376
seriación
aparición, 190, 192, 389
de frecuencia, 179, 190-192, 389
estatus actual, 285
primeros desarrollos, 27, 28-29, 80-82, 84, 87, 97, 109, 120, 152, 183, 186, 192, 385
Sertima, I. van, 295
Service, E. R., 273-274, 307
Servicio de Antigüedades Nigerianas, 134
Servicio de Topografía (Gran Bretaña), 234
Setzler, F. M., 262
Shang, dinastía, 49-51, 167-168, 267, 361
Shetrone, H. C., 178
Shi Ji (libro de historia), 39
Shinnecock (yacimiento), 254
Shinto, 171
Sibbald, Robert, 60
Siberia, 73, 198-199, 216, 361
significado, estudio arqueológico, 326-329
véase también conocimiento; intencionalidad
Silbury Hill (yacimiento), 67, 75
simbolismo, estudio arqueológico,
sincronismo, 154, 163-164, 285, 355-356
sistema-mundo, teoría, 310, 313, 325, 347
sistemas, enfoque de, en arqueología
culturas como sistemas termodinámicos/adaptativos, 272-273, 277-278, 279, 286-288
limitaciones, 305-306, 310-311
véase también funcionalismo
sistemas sociales, naturaleza, 311-312
Sixto IV, papa, 44
Skara Brae (yacimiento), 194, 247
Skinner, H. D., 136
Sklenář, Karel, 70
Smith, George, 104
Smith, G. Elliot, 148-149, 231, 235, 236, 238
Smith, H. I., 254-255
Smith, Percy, 136
Smith, William (Strata), 94
Smithsonian Institution, 108, 123, 381, 386
Sociedad Antropológica de Tokio, 170
Sociedad Arqueológica (Japón), 170
Sociedad Arqueológica Imperial (San Petersburgo), 200

Sociedad de Anticuarios de Zurich, 86
Sociedad del Diletante, 46
sociedades campesinas, 162
sociedades clánicas, 211, 213, 223
sociedades esclavistas (estadio de desarrollo), *véase* esclavismo
sociedades recolectoras, como tipo evolutivo, 368-369
Society of Antiquaries (isabelina), 54
Society of Antiquaries of London, 71-72, 90, 381
Society of Antiquaries of Scotland, 86, 381
sociobiología, 303-304, 340
sociología
  influencia en arqueología, 28, 236, 345
  objetivos, 231
solidaridad social, en las sociedades modernas, 144, 146, 231-232, 301
Solutrense, época, 98
Sollas, V. J., 149-150
Somme, valle del, 93-95, 103
Song, dinastía, 49
Sovetskaya Arkheologiya, 216
Sparrman, Andrew, 127
Spaulding, A. C., 297
Speck, Frank, 257
Spencer, Baldwin, 137-139
Spencer, Herbert, 95, 272
Spengler, Oswald, 204
Spier, Leslie, 179, 192
Spinden, H. J., 274
Spitsyn, A. A., 157, 201, 203
Spriggs, Matthew, 323
Squier, E. G., 107-108, 119, 120, 385
Stalin, Iósiv, 205, 210, 213, 214, 242
Stallings Island (yacimiento), 255
Star Carr (yacimiento), 250-252, 391
Steensturp, Japetus, 18, 84, 85, 233
Steno, Nicolaus, 59
Stephens, J. L., 105, 118
Sterkfontein (yacimiento), 133
Steward, Julian, 241, 262, 264, 272-275, 278, 283, 307, 311, 326, 346, 367
Stewart, Dugald, 64
Stiles, Ezra, 73
Stobeus, Kilian, 61
Stoddard, Amos, 105
Stonehenge (yacimiento), 35, 52, 54, 70, 75, 380
Strong, W. D., 257, 312
Struever, Stuart, 288-290
Stukeley, Anna, 67-70
Stukeley, William, 67-71, 75, 160, 374, 381, 384
subjetividad
  en la interpretación arqueológica, 13, 15, 24, 102, 104, 338, 360-361, 370, 375-376
  estatus actual en la arqueología, 377-378
  en la interpretación histórica, 15, 32, 353
  limitaciones de la, 132, 366
  apoyo a la, 321
  véase también relativismo cultural
subsistemas de cultura
  definición, 279
  integración, 372
Sudán, arqueología, 189, 314
Suecia, arqueología, 55-56, 82-84, 151-152, 156, 318, 328
Suiza, arqueología, 86-87, 89, 108
Suhm, P. F., 66
sumerios, visión del mundo, 378
Summers, R., 132
sustantivismo económico, 34, 297, 302-303, 360
Swartkrans (yacimiento), 133
Sydney (Australia), 162

Tácito, Cornelio, 42, 56
tafonomía, 368
Taiwan, 168
Tallgren, A. M., 204, 207, 248
Tansley, A. G., 252
Tardenoisiense, cultura, 151
tártaros, 213
tasmanianos (aborígenes), 142, 150
Taylor, W. W.
  A Study of Archaeology, 258-262, 276
  crítica de la arqueología americana, 257, 258-259, 261, 388, 391
  influencia en la Nueva Arqueología, 260-261, 276, 278, 279
  programa, 259-261, 269, 277, 282, 294, 382-383, 392
  véase también conjuntivo, enfoque
Tehuacan Archaeological-Botanical Project, 262
teleología, 64, 276
tell (montículo estratificado), 187
Tell el-Hesy (yacimiento), 187-189
Tell el-Muskhuta (yacimiento), 104
Temple, William, 19
Tenochtitlán, 37, 303
Teotihuacán (yacimiento), 37
Teotihuacán, valle de, 292
teoría
  análoga al lenguaje, 377-378
  clasificación de D. L. Clarke, 17, 334
  clasificación de Schiffer, 333-335
  definición general, 15-16, 33-34
  desarrollo gradual, 18-19
  guía de la investigación arqueológica, 36, 275-276, 313, 315

objetivo de la investigación arqueológica, 32-33, 277, 293-298, 315
véase también dimensiones; materialismo histórico; paradigma
teoría analítica (Clarke), 333-334, 356
teoría catastrofista, 28, 300-301, 393
teoría crítica, 393
teoría de alcance medio (Binford), 31-32, 335-341, 359-361, 363-364, 365-366, 369
teoría de alto nivel (general)
ejemplos, 36, 66-67, 210, 260-261, 325-326, 370-371
estatus, 244, 376
naturaleza, 29, 31-33, 304, 315, 336, 341, 345-348, 358-359, 361, 363, 370-371, 377-378
teoría de bajo nivel, 29-31, 32-34, 339, 347-348, 353-355, 357, 359
teoría de la desecación, *véase* teoría del oasis
teoría de la información, 284, 302
teoría de la recuperación (Clarke), 333
teoría de nivel medio, 29, 30-33, 347-348, 368
teoría de sistemas, 283-292, 372-373
véase también Teoría General de Sistemas
teoría del oasis, 19, 234, 235, 236, 264, 350
teoría deposicional (Clarke), 333
Teoría General de Sistemas, 28, 283-284, 303, 342, 364, 393
teoría interpretativa (Clarke), 333
teoría período/área, 154-155
teoría predeposicional (Clarke), 333
teoría posdeposicional (Clarke), 332-333, 358
teorías cíclicas del cambio cultural, 51, 62, 76, 204, 366, 367
teorías de *laissez-faire* en arqueología, 302-303
termoluminiscencia, datación por, 355
Terray, E., 316, 320
terremotos, estudio arqueológico, 293
Teviotdale, David, 136
Thenasiense, época, 98
Thom, René, 300
Thomas, Cyrus, 120, 122-123, 124, 125
Thomas, Isaiah, 107
Thompson, Donald, 331-332
Thompson, J. E. S., 331
Thomsen, Christian, 17, 27, 77-84, 87, 89, 100, 120, 142, 152, 192, 385
Thomson, Donald, 250
Thomson, George, 242
Thorlacius, Skuli, 66
Thruston, G. P., 178
Tiahuanaco, horizonte, 258
Tiblisi, 200
tiempo-sueño (aborígenes australianos), 37
Tierra del Fuego, 115
Tilley, Christopher, 317-319, 320-321, 322
Tindale, Norman, 139
tipo, *véase* clasificación
tipología
estatus actual, 30, 253, 353, 356
papel en la arqueología escandinava, 152-154, 380
papel en la arqueología histórico-cultural, 186-187, 193, 204, 247, 358-359
papel en la Unión soviética, 214-215, 225-226, 240, 356, 358
Tirinto (yacimiento), 38
Tiye (reina), 38
Tokugawa, período, 51
Tolstoy, Paul, 305-306
Tolstoy, S. P., 222
toltecas, 105-106
Torralba (yacimiento), 368
totemismo, 102
Toulmin, Stephen, 18
Tournal, Paul, 92
Toynbee, A., 367
trabajo del hierro, explicación del origen, 42
Tradescant, John, 54
tradición oral, *véase* folklore
tradiciones nacionales en arqueología, estudio, 294-295
tradiciones orales, *véase* folklore
Transvaal, 129, 134
trazas de uso, análisis de, 83-84, 89, 98, 220, 224-225, 228, 249, 270, 376, 390
Trenton, Nueva Jersey (yacimientos), 124
tres edades, teoría de las, 67, 72, 79, 80-82, 84, 86, 145, 211, 385
Tret'yakov, P. N., 207, 211, 281
Trialeti (yacimiento), 216
tribu
crítica del concepto, 307, 312-313
estadio de desarrollo, 273, 355, 367, 368
Tringham, Ruth, 337
Tripolye, cultura de, 157, 200
Trois-Rivières, 74
Troya, 15, 187
Tsuboi, Shogoro, 170-171
Tucídides, 38
Tucson, 344
Tudor, dinastía, 53
tumbas
actitudes respecto a su excavación, 175
interpretaciones contextualistas, 164, 325, 328
interpretaciones procesualistas, 325, 334

interpretaciones soviéticas, 211-213, 243
papel en el desarrollo de la arqueología, 71-72, 80, 190-193, 247, 250
Tumbas de Piedra, raza de las (Tennessee), 178
túmulos funerarios, *véase* tumbas
turcos, imperio turco, 213
Turgot, Anne-Robert-Jacques, 62
Tutankhamon (faraón), 15
Twyne, John, 53-54
Tylor, E. B., 101, 156, 283

Ucrania, 198-199, 200
Udal'tsov, A., 207
Uganda, 134
Uhle, Max, 120, 179
Unetice, cultura de, 157
unidad psíquica, 63, 65, 101, 111, 113, 119, 146, 147
véase también naturaleza humana
Unión Soviética
actitud hacia la ciencia, 201, 214-215
Nueva Política Económica, 203-205
Revolución, 201-203, 205, 215
últimas tendencias intelectuales, 221-222
véase también arqueología soviética; revolución cultural
Universidad de Berlín, 158
Universidad de Cambridge, 128, 132, 134, 136, 139, 148, 247, 283
Universidad de Copenhague, 79, 84
Universidad de Chicago, 257
Universidad de El Cairo, 148
Universidad de Harvard, 126, 167, 179
véase también Peabody Museum
Universidad de Londres, 148
Universidad de Melbourne, 139
Universidad de Michigan, 276, 391
Universidad de Oxford, 91, 162, 234
Universidad de San Petersburgo, 201
Universidad de Sydney, 139, 162
Universidad de Tokio, 170
Universidad de Toronto (University College), 86
Universidad de Yale, 73, 257
Upsala, 56
Ur (yacimiento), 104
Urartu, 217
URSS, *véase* Unión Soviética
Ussher, James, 40
utilitarismo, en arqueología, 216-218, 292-293
Uvarov, Aleksey, 200

variación formal en el registro arqueológico, 341
variación geográfica en los datos arqueológicos, 120-121, 145-146, 151, 154, 159, 161, 166, 178-179, 180, 185-186, 193-194, 270
véase también arqueología de los asentamientos
Vedel Simonsen, L. S., 66, 79
Venus, figurillas (Paleolítico), 223
verificación de teorías, 23, 24-25, 30-33, 246-247, 286, 298, 328-329, 335-337, 376
vertederos, excavación, 22, 85, 108, 120, 170, 179
véase también concheros
Vico, Giambattista, 62
Vidal de La Blache, Paul, 235
Vietnam, arqueología, 170
vigor híbrido, 161
vikingos, estudio arqueológico, 84, 176-177
Virchow, Rudolf, 157
Virgilio, Polidoro, 53
Virginia (colonial), 73, 328
Virú, valle del, 264-267
visión medieval de la historia, 39-43, 51, 52, 56-58, 62, 301, 376-377, 383
Voltaire, François-Marie Arouet, 62

Wahle, Ernst, 234
Walker, S. T., 120
Walmsley, H. M., 129
Wallace, A. R., 113, 386
Wallerstein, Immanuel, 310
Waring, A. J., Jr., 258
Warren, S. H., 98
Webb, W. S., 254-255
Wedel, W. R., 257, 312
Wells, Peter, 303
Wessex, visión histórica, 177
Wetherill, Richard, 179
Whately, Richard, 103
Wheeler, Mortimer, 173, 190, 381
White, Charles, 112
White, Leslie, 272-273, 275-276, 277-279
White Horse, Uffington (yacimiento), 67-70
Whitehouse, W. E., 234-235
Wilson, Daniel
antropólogo del Nuevo Mundo, 119, 274
estudio de la arqueología europea, 85-86, 88, 150, 167, 366
Willey, G. R., 16, 179, 181, 183, 185, 257, 264-267, 274, 279, 282, 290, 294
William de Worcester, 53
Williams-Freeman, J. P., 234
Winckelmann, Johann, 46, 384

Wintemberg, William, 254
Wise, Richard, 75
Wissler, Clark, 121
Wolf, Eric, 308, 311
Wood Quay, Dublín (yacimiento), 177
Woodland, modelo de, 181-183, 185
Woodley, C. L., 104
Worm, Ole, 55-56, 60
Worsaae, J. J. A., 78, 84-85, 87-89, 97, 100, 152, 233
Wylie, Alison, 308, 353
Wyman, Jeffries, 22, 120

Xia, dinastía, 39, 267

Yangshao, cultura de, 167-168
Yanoi, cultura de, 170, 172
Yinxu (yacimiento), 167
York (Inglaterra), 177

zapoteca, cultura, 307
Zhou, dinastía, 168, 267
Zhouloudian, 167, 368
Zimbabwe (yacimiento)
  controversias, 15, 128-132, 387
  importancia para la arqueología, 131-132
Zipf, G. K., 350
zuñi, indios, 179, 192, 295

ÍNDICE DE FIGURAS

1. Los movimientos más importantes en arqueología y algunas figuras principales asociadas a ellos 20-21
2. Las relaciones entre niveles de generalizaciones 30
3. Merlín erigiendo el Stonehenge 41
4. Excavaciones en Herculano, 1782. 45
5. Reconstrucción de un palacio asirio 48
6. Vasija ritual Shang de bronce fundido 50
7. Planta de Avebury 55
8. Grabado de túmulos y piedras rúnicas en Jelling, Dinamarca, 1591 57
9. Panorámica de Avebury, de Stukeley. 68-69
10. Estilos sucesivos de ornamentación 81
11. Thomsen mostrando a los visitantes el Museo de Antigüedades del Norte 83
12. Worsaae perforando uno de los grandes túmulos de Jelling, y explicando el procedimiento al rey Federico VII de Dinamarca . 85
13. Hacha de mano achelense 91
14. Perfil que muestra la situación del material paleolítico . . 93
15. Las épocas de la prehistoria según Mortillet 99
16. Planta de terraplenes perhistóricos en Portsmouth . . . 106
17. Grave Creek Mound, Virginia occidental 107
18. John Lubbock (lord Avebury) (1834-1913). 114
19. «Áreas de caracterización cultural» de Norteamérica basadas en criterios arqueológicos, según Holmes, 1914 121
20. Dibujo del Great Serpent Mound de Ohio 126
21. «Aproximación a la acrópolis», de J. T. Bent 130
22. «La policía nativa dispersando a los negros», *c.* 1882 . . 138
23. Oscar Montelius (1843-1921) 151
24. Artefactos de la Edad del Bronce ordenados según el sistema de Montelius 153
25. Childe con un grupo de obreros en Skara Brae 163
26. Primer esquema de Childe donde correlacionaba las culturas arqueológicas de Europa central 165

27. Perfil realizado por Kidder de una serie de estratos de desperdicios y de niveles de construcción en las ruinas de Pecos . . 180
28. Esquema cronológico de la síntesis de Ford y Willey sobre la prehistoria del este de Norteamérica 184
29. Perfil realizado por Petrie en Tell el-Hesy, 1890 188
30. Tumba de la necrópolis de Hallstatt, Austria 189
31. Cerámica de los períodos sucesivos de la secuencia predinástica de Petrie, de *Diospolis Parva*, 1901 191
32. V. I. Ravdonikas (1894-1976) 206
33. Planta de una cabaña paleolítica en Buryet 212
34. Planta de las excavaciones de Novgorod, 1977-1983 . . . 217
35. Excavaciones en Novgorod, 1977-1982 218
36. Excavaciones en Novgorod 219
37. Planta y sección del Corte II, Star Carr 251
38. Estructuras en la plataforma de un túmulo 256
39. Interpretación de MacNeish del modelo de subsistencia y asentamiento de la fase Ajuereado en el valle de Tehuacán . . . 263
40. Interpretación de Willey de los modelos de comunidad del valle del Virú, Perú, en el período Huancaco 265
41. Reproducción original del modelo de asentamiento de la Cuenca de México del Horizonte Final, de Sanders *et al.* 268
42. Planta de Binford de un área de descuartizamiento moderna de los nunamiut, en Anavik Springs, Alaska 280
43. Esquema del sistema de flujo del ciclo de subsistencia de los indios shoshones 287
44. Diagrama de flujo y supuesta repartición de alimento/monumento en la civilización maya clásica 289
45. Muestreo en Broken K Pueblo, J. N. Hill, 1968 291
46. Unidad modular de casa en el yacimiento de la Edad del Hierro de Glastonbury 296
47 y 48. Registro realizado por Hodder de la distribución etnográfica de los tipos de escudo y de los motivos en forma de calabaza entre diferentes grupos étnicos del área baringa de Kenia, 1982 . . 324
49. Jardín del siglo XVIII de William Paca, Annapolis, Maryland 327
50. Modelo de zonas *drop* y *toss* desarrolladas por Binford en su estudio etnoarqueológico de los nunamiut de Alaska . . . 339

ÍNDICE

Prefacio 9

1. *La importancia de la historia de la arqueología* 13
   Aproximaciones a la historia de la arqueología 16
   El entorno de la arqueología 23
   La interpretación arqueológica 29
   Desafío 34

2. *La arqueología clásica y el anticuarismo* 36
   El mundo antiguo 36
   El paradigma medieval de la historia 40
   El desarrollo de la arqueología histórica 43
   Anticuarismo en la Europa septentrional 52
   La identificación de utensilios de piedra 58
   El paradigma ilustrado 61
   Anticuarismo científico 66
   Anticuarismo y romanticismo 70
   El Nuevo Mundo 73
   El *impasse* del anticuarismo 75

3. *Los comienzos de la arqueología científica* 77
   La datación relativa 77
   El desarrollo y la difusión de la arqueología escandinava . . 82
   La antigüedad de la humanidad 89
   La arqueología del Paleolítico 96
   Reacciones contra la evolución 103
   La arqueología en Norteamérica 104
   Conclusión 109

4. *La síntesis imperial* 110
   La aparición del racismo 111
   La síntesis de Lubbock 113

La arqueología colonial en América 118
La arqueología racista en África 127
La arqueología en Nueva Zelanda 135
La prehistoria australiana 137
El legado de Lubbock 141

5. *La arqueología histórico-cultural* 144
El difusionismo 146
La síntesis de Montelius sobre la prehistoria europea . . . 150
El concepto de cultura 156
Kossinna y el enfoque histórico-cultural 157
Childe y *The Dawn of European Civilization* 161
La arqueología nacional 167
La arqueología histórico-cultural en Norteamérica 178
Los desarrollos técnicos 186
Conclusiones 195

6. *La arqueología soviética* 197
La arqueología en la Rusia zarista 198
La arqueología durante la Nueva Política Económica . . . 201
El nacimiento de la arqueología soviética 205
Consolidación 215
Desarrollos recientes 221
Conclusiones 228

7. *El funcionalismo en la arqueología occidental* 230
El desarrollo de la antropología social 231
Funcionalismo ambiental 233
Enfoques económicos 236
Childe y la arqueología soviética 239
Childe como arqueólogo marxista 243
Grahame Clark 247
El primer funcionalismo en los Estados Unidos 254
El enfoque conjuntivo 258
La arqueología ecológica y de los asentamientos 262
Conclusiones 269

8. *El neoevolucionismo y la Nueva Arqueología* 271
El neoevolucionismo 271
La Nueva Arqueología 276
La teoría de sistemas 283
El antihistoricismo 292
La arqueología cataclísmica 298
Conclusiones 304

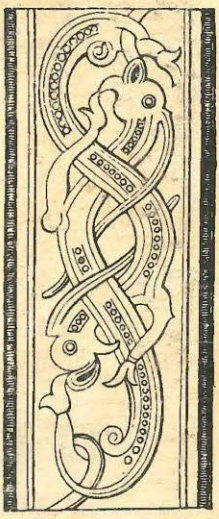
9. *La explicación de la diversidad* 307
El contacto entre sociedades 308
El neohistoricismo 314
El idealismo y el neomarxismo 317
La arqueología contextual 323
La arqueología como ella misma 332
Conclusiones 340

10. *La arqueología y su contexto social* 343
Los objetivos de la arqueología 343
Arqueología: historia y ciencia 345
Críticas relativistas 351
Las colecciones de datos y las generalizaciones empíricas . . 354
Diálogo interno 357
Limitaciones de la inferencia conductista 362
Los logros de la arqueología 365
Diálogo externo 369
El panorama futuro 375

Ensayo bibliográfico 379
Bibliografía 395
Índice alfabético 441
Índice de figuras 471

Crítica *Arqueología*

El libro de Bruce G. Trigger es el primero que analiza la historia de la arqueología, desde la época medieval hasta el presente, con una perspectiva mundial. Partiendo de la base de que todas las interpretaciones del pasado están determinadas por los intereses y el compromiso intelectual del arqueólogo, el profesor Trigger examina en este libro la filiación de los distintos arqueólogos a través de un análisis detallado de las diversas tendencias que se han producido en la arqueología. El autor intenta establecer hasta qué punto esas tendencias reflejan los intereses personales y colectivos de los arqueólogos en la medida en que van unidos –por lo menos en Occidente– a las fluctuantes fortunas de las clases medias. Frente al subjetivismo tradicional, la creciente acumulación de datos arqueológicos en nuestros días estaría ejerciendo una presión positiva sobre las interpretaciones arqueológicas y generando una mayor objetividad en la investigación de la historia y condición humanas. Este libro de historia de la arqueología, a la vez estimulante y objetivo, supera definitivamente el manual al uso que, hasta ahora, constituía el libro de Glyn Daniel *150 años de arqueología.*



Bruce G. Trigger (n. 1937) es profesor de arqueología en la McGill University de Montreal (Quebec). Buen conocedor de la historia de la arqueología y del pensamiento y trayectoria de figuras como V. Gordon Childe, se considera a sí mismo un positivista, al mantener que es posible obtener una visión ajustada del pasado a través del estudio controlado de los datos arqueológicos.

ISBN 84-7423-530-8